Barbara W. Tuchman

LOS CAÑONES DE AGOSTO

Treinta y un días de 1914
que cambiaron la faz del mundo

Cuando terminó el mes de julio de 1914, Europa vivía aún inmersa en la engañosa placidez de la belle époque, instalada en la dilatada continuación de casi tres lustros de un siglo XIX, generoso y fructífero, que no acababa de pasar. Treinta y un días después había comenzado el siglo XX, y de la belle époque no quedaba más que un montón de ruinas humeantes: habían tronado los cañones de agosto. A partir de un impresionante caudal de información histórica, Barbara W. Tuchman nos presenta en este libro clásico el panorama dramático, multicolor, cargado de tensiones psicológicas, abrumador por su incertidumbre, desconcertante por su rapidez, de aquel mes de agosto de 1914 que cambió la faz del mundo. Los hechos que se sucedieron sobre el complicado mosaico de Europa y los personajes que en ellos intervinieron reviven aquí con asombrosa fidelidad, con auténtico calor humano. Las pequeñas miserias, las virtudes, el genio, los rasgos más personales e incluso los defectos físicos de las figuras que entonces tuvieron en sus manos el destino de millones de seres, saltan ante nuestros ojos con expresivo vigor.

Creative Commons

Barbara W. Tuchman

LOS CAÑONES DE AGOSTO

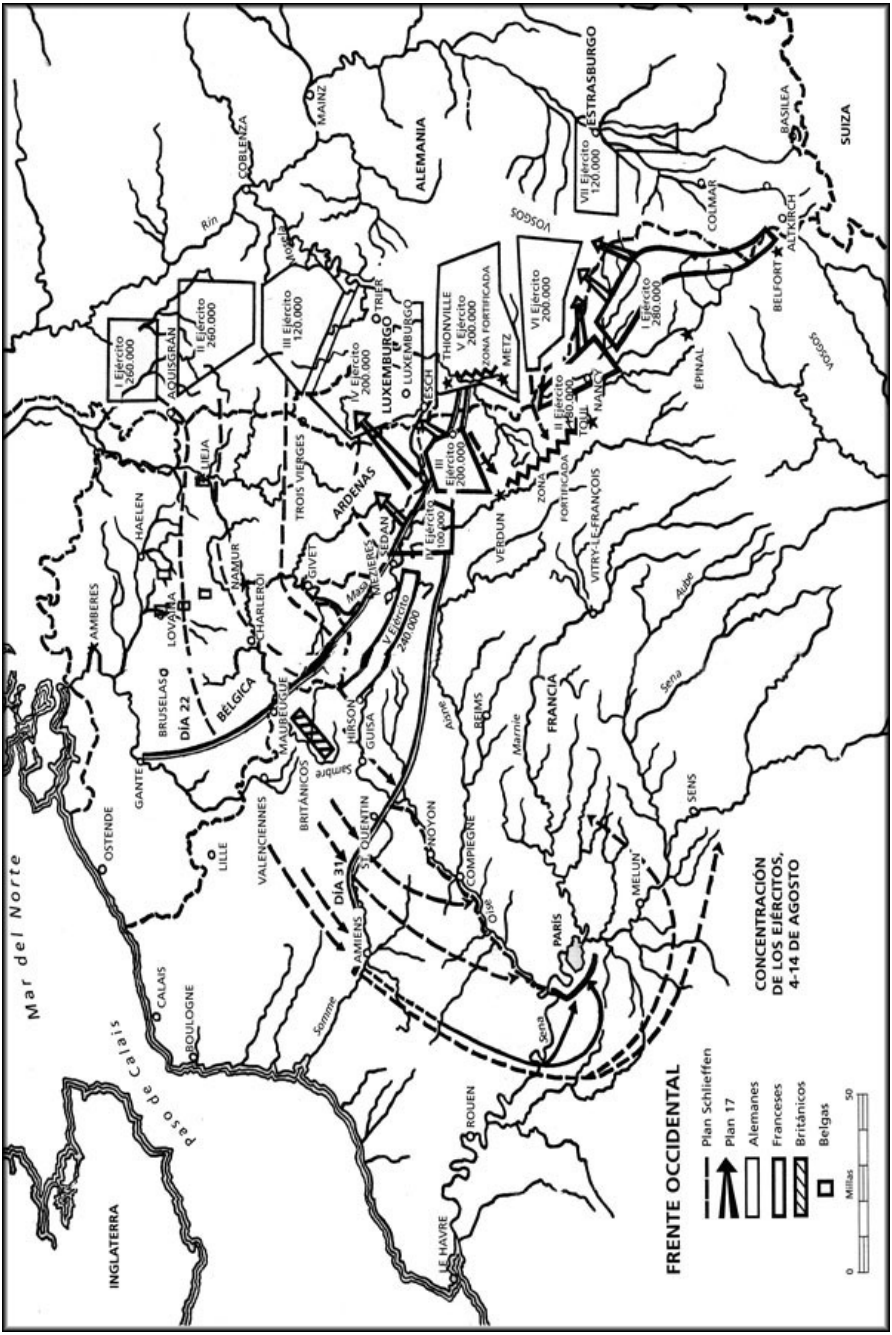
Treinta y un días de 1914 que cambiaron la faz del mundo

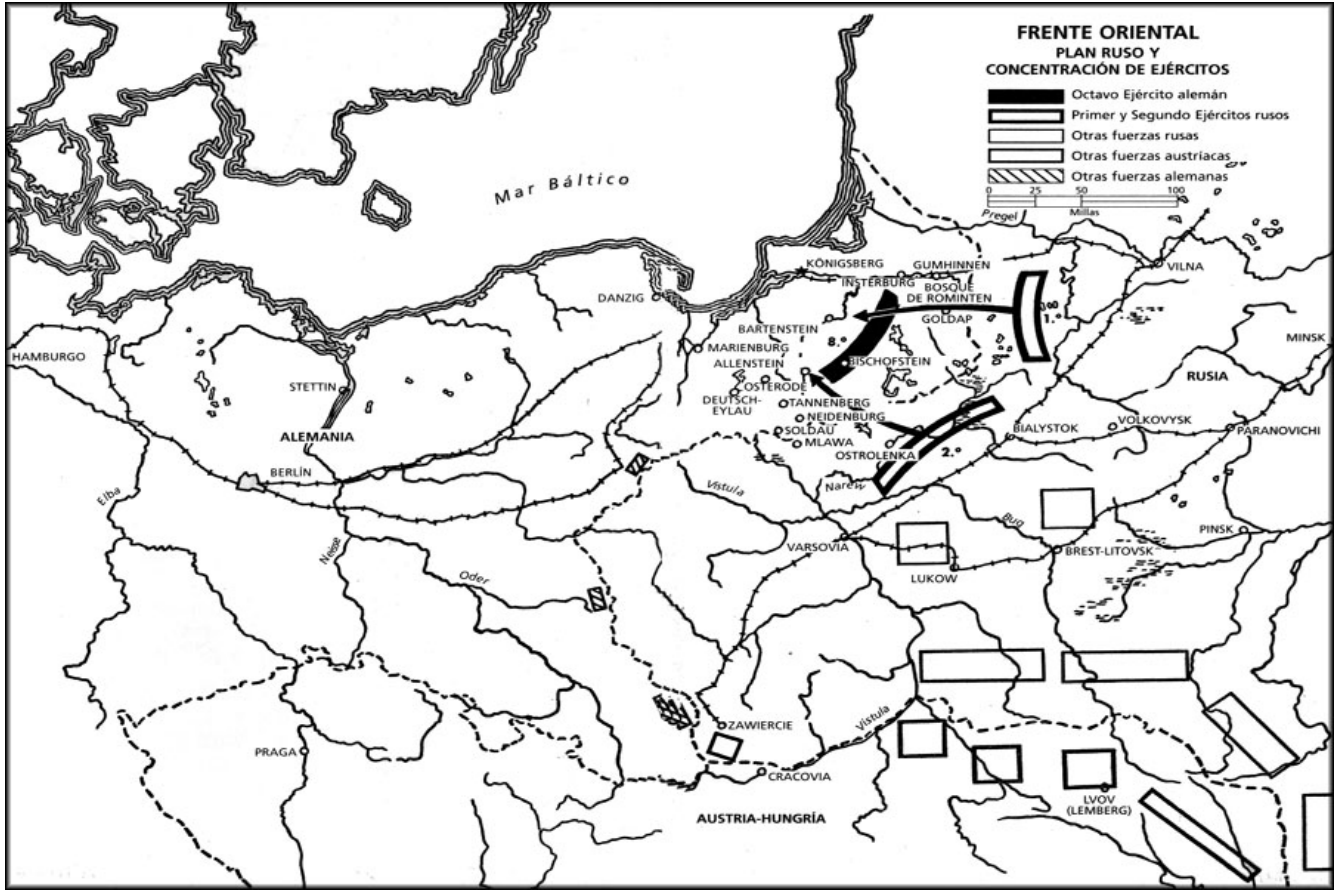
ePub r1.4

Titivillus 31.03.2019

Título original: *The Guns of August*
Barbara W. Tuchman, 1962
Traducción: Víctor Scholz
Retoque de portada: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0


Mar del Norte
Paso de Calais
INGLATERRA
OSTENDE
CALAIS
BOULOGNE
GANTE
BRUSELAS
AMBERES
LOVAINA
HAELEN
DÍA 22
BÉLGICA
LIEJA
AQUISGRAN
I Ejército 260.000
II Ejército 260.000
NAMUR
CHARLEROI
MAUBEUGE
VALENCIENNES
LILLE
BRITÁNICOS
Sambre
Río
COBLENZA
MAINZ
ALEMANIA
III Ejército 120.000
Mosela
TRIER
TROIS VIERGES
GIVET
ARDENAS
Meuse
MEZIERES
SEDAN
IV Ejército 200.000
LUXEMBURGO
LUXAMBURGO
V Ejército 240.000
IV Ejército 160.000
HIRSON
GUISA
DÍA 31
ST QUENTIN
AMIENS
Somme
NOYON
COMPIEGNE
Oise
ROUEN
LE HAVRE
Sena
PARIS
MELUN
SENS
BEIMS
Marne
FRANCIA
Aisne
THIONVILLE
III Ejército 200.000
ZONA FORTIFICADA
VERDUN
ZONA FORTIFICADA
VITRY-LE-FRANÇOIS
Aube
Sena
METZ
VI Ejército 200.000
II Ejército 260.000
TOUL
NANCY
I Ejército 260.000
ÉPINAL
VOSGOS
VII Ejército 120.000
ESTRASBURGO
COLMAR
BELFORT
ALTKIRCH
BASILEA
SUIZA
CONCENTRACIÓN DE LOS EJÉRCITOS, 4-14 DE AGOSTO
FRENTE OCCIDENTAL
Plan Schlieffen
Plan 17
Alemanes
Franceses
Británicos
Belgas
0
Millas
50


FRENTE ORIENTAL
PLAN RUSO Y
CONCENTRACIÓN DE EJÉRCITOS
Octavo Ejército alemán
Primer y Segundo Ejércitos rusos
Otras fuerzas rusas
Otras fuerzas austríacas
Otras fuerzas alemanas
0 25 50 100
Millas
Mar Báltico
Pregel
KÖNIGSBERG
GUMHINNEN
INSTERBURG
BOSQUE DE ROMINTEN
GOLDAP
VILNA
DANZIG
BARTENSTEIN
MARIENBURG
ALLENSTEIN
BISCHOFSTEIN
OSTERODE
DEUTSCH-EYLAU
TANNENBERG
NEIDENBURG
SOLDAU
MLAWA
OSTROLENKA
8.°
1.°
2.°
HAMBURGO
STETTIN
ALEMANIA
BERLÍN
Elba
Neisse
Oder
Vistula
Narew
Bug
MINSK
RUSIA
BIALYSTOK
VOLKOVYSK
PARANOVICHI
PINSK
BREST-LITOVSK
VARSOVIA
LUKOW
ZAWIERCIE
CRACOVIA
PRAGA
AUSTRIA-HUNGRÍA
LVOV
(LEMBERG)

PREFACIO

Durante la última semana de enero de 1962, John Glenn pospuso por tercera vez su tentativa de viajar en cohete al espacio exterior y convertirse en el primer estadounidense en orbitar alrededor de la Tierra. A Bill «Moose» Skowren, el veterano primera base de los Yankees, tras realizar una buena temporada (561 *at bats*, 28 *home runs* y 89 carreras impulsadas) se le concedió un aumento de salario de 3000 dólares, cosa que elevó sus ingresos anuales a 35 000 dólares. *Franny y Zooey* ocupaba el primer lugar de la lista de las novelas más vendidas, seguida unos puestos más abajo por *Matar a un ruiseñor*, mientras que el apartado de obras de no ficción lo encabezaba *My Life in Court*, de Louis Nizer. Ésa fue también la semana en que se publicó una de las mejores obras de historia que un norteamericano haya escrito jamás en el siglo XX.

Los cañones de agosto se convirtió rápidamente en un gran éxito editorial. Los críticos no escatimaron elogios y el boca a boca hizo que decenas de miles de lectores leyeran la obra. El presidente Kennedy entregó un ejemplar al primer ministro británico Macmillan y le comentó que los dirigentes mundiales debían evitar de un modo u otro cometer los errores que condujeron al estallido de la Primera Guerra Mundial. El Comité Pulitzer, que, según lo estipulado por el creador de los galardones, no podía otorgar el Premio de Historia a una obra que no versara sobre algún tema estadounidense, encontró una solución concediéndole a la señora Tuchman el premio de la cate-

goría de ensayo. *Los cañones de agosto* cimentó la reputación de la autora y, en adelante, sus libros siguieron siendo estimulantes y escritos con una prosa elegante. Pero, para que se vendieran, a la mayoría de los lectores les bastaba saber que quien lo había escrito era Barbara Tuchman.

¿Qué es lo que le da a este libro —básicamente una historia militar del primer mes de la Primera Guerra Mundial— un sello tan especial y la enorme reputación de la que goza? En él destacan cuatro cualidades: la aportación de numerosos detalles, cosa que mantiene al lector atento a los acontecimientos, casi como si se tratara de un testigo de los mismos; un estilo diáfano, inteligente, equilibrado y lleno de ingenio; y un punto de vista alejado de los juicios morales, pues la señora Tuchman nunca se dedica a sermonear o a extraer un juicio negativo de los hechos que analiza (opta por el escepticismo, no por el cinismo, y consigue no tanto que el lector sienta indignación por la maldad humana, sino que se entristezca ante el espectáculo de la locura de sus congéneres). Estas tres virtudes están presentes en todas las obras de Barbara Tuchman, pero en *Los cañones de agosto* hay una cuarta que hace que, una vez iniciada la lectura del libro, resulte imposible dejarla. La autora incita al lector a suspender todo conocimiento que se posea de antemano acerca de lo que va a suceder. En las páginas del libro, Barbara Tuchman sitúa ante nuestros ojos un ejército alemán enorme —tres ejércitos de campaña, dieciséis cuerpos, treinta y siete divisiones, setecientos mil hombres— que avanza a través de Bélgica con un objetivo final: París. Esta marea de soldados, caballos, piezas de artillería y vehículos discurre por los polvorientos caminos del norte de Francia, avanzando de modo implacable, a todas luces imparable, hacia la capital francesa, con el objetivo de poner punto final a la guerra en el Oeste, tal y como los generales del káiser lo habían planificado, en cuestión de seis semanas. El lector, al contemplar el avance de los alema-

nes, sabrá ya seguramente que no van a alcanzar su meta, que Von Kluck desviará sus tropas y que, tras la Batalla del Marne, millones de soldados de ambos bandos se agazaparán en las trincheras para dejar paso a cuatro años de carnicería. No obstante, la señora Tuchman hace gala de tanta habilidad que el lector se olvida de sus conocimientos. Rodeado por el estruendo de los cañones y el entrechocar de los sables y las bayonetas, se convierte prácticamente en un personaje más de la acción. ¿Seguirán avanzando los exhaustos alemanes? ¿Podrán resistir los desesperados franceses y británicos? El mayor mérito de la señora Tuchman es que, en las páginas de su libro, consigue revestir los acontecimientos de agosto de 1914 de tanto suspense como el experimentado por las personas que los vivieron realmente.

Cuando *Los cañones de agosto* apareció, en la prensa se describió a Barbara Tuchman como un ama de casa de cincuenta años de edad, madre de tres hijas y esposa de un importante médico de Nueva York. La realidad era más compleja e interesante. Tuchman descendía de dos de las familias de intelectuales y comerciantes judíos más destacadas de Nueva York. Su abuelo Henry Morgenthau senior fue embajador en Turquía durante la Primera Guerra Mundial, su tío Henry Morgenthau júnior fue el secretario del Tesoro de Franklin Delano Roosevelt durante más de doce años, y su padre, Maurice Wertheim, era el fundador de un importante banco. La infancia de Barbara Tuchman transcurrió en dos hogares, primero en una mansión de piedra caliza roja, de cinco pisos de altura, situada en el Upper East Side, donde una institutriz francesa le leía en voz baja pasajes de las obras de Racine y Corneille, y posteriormente en una casa de campo en Connecticut, dotada de establos y caballos. El padre de Barbara Tuchman había prohibido mencionar el nombre de Franklin D. Roosevelt en las comidas familiares, pero un día la adolescente incumplió la norma y se le

ordenó abandonar la mesa. Erguida en la silla, Barbara dijo: «Ya soy mayor para tener que dejar la mesa». Su padre se la quedó mirando perplejo, pero ella no se movió del sitio.

Cuando llegó el momento de graduarse en Radcliffe, Barbara Tuchman no asistió a la ceremonia y, en lugar de ello, prefirió acompañar a su abuelo a la Conferencia Monetaria y Económica Mundial celebrada en Londres, donde Morgenthau encabezaba la delegación estadounidense. Posteriormente pasó un año en Tokio como ayudante de investigación del Instituto de Relaciones del Pacífico, y luego empezó a escribir sus primeros textos para *The Nation*, que su padre había salvado de la bancarrota. A los veinticuatro años de edad cubrió la Guerra Civil española desde Madrid.

En junio de 1940, el mismo día en que las tropas de Hitler entraban en París, Barbara se casó con el doctor Lester Tuchman en Nueva York. El doctor Tuchman, que estaba a punto de partir hacia el frente de guerra, pensaba que traer hijos al mundo no tenía sentido en vista de la situación mundial por la que se atravesaba. La señora Tuchman le respondió que «si esperamos a que las cosas mejoren, tal vez nunca tendremos la oportunidad, pero si lo que realmente deseamos es tener un hijo, debemos tenerlo ahora, sin ponernos a pensar en los desmanes de Hitler». La primera de sus hijas nació nueve meses después. En los años cuarenta y cincuenta, la señora Tuchman se dedicó a criar a sus hijas y escribir sus primeros libros. *Bible and Sword* («La Biblia y la espada»), una historia de la creación de Israel, apareció en 1954, y en 1958 vio la luz *El telegrama Zimmermann*. Esta última obra, que narra el intento por parte del ministro de Asuntos Exteriores alemán de involucrar a México en la guerra contra Estados Unidos bajo la promesa de devolverle Texas, Nuevo México, Arizona y California —escrita con un estilo brillante y lleno de ironía—, constituyó la primera muestra de lo que estaba por venir.

Con el paso de los años, cuando a *Los cañones de agosto* le siguieron obras como *The Proud of Tower (1890-1914. La torre del orgullo: Una semblanza del mundo antes de la Primera Guerra Mundial), Stilwell and the American Experience in China* («Stilwell y la experiencia norteamericana en China»), *A Distant Mirror (Un espejo lejano: El calamitoso siglo XIV), The March of Folly* («La marcha de la locura») y *The First Salute* («El primer saludo»), Barbara Tuchman llegó a ser considerada casi como un tesoro nacional, y la gente no dejó de preguntarse cómo lo había logrado. Lo explicó en una serie de conferencias y ensayos (recopilados en un volumen titulado *Practicing History*). Según Tuchman, lo más importante es «estar enamorado del tema de estudio». En una ocasión, al describir a uno de los profesores que tuvo en Harvard, un hombre apasionado por la Constitución norteamericana, recordó que «sus ojos azules brillaban mientras impartía la lección, y yo entonces me sentaba en el borde del asiento». Explicó también que se sintió muy afligida cuando, años después, conoció a un insatisfecho estudiante de doctorado obligado a escribir una tesis sobre un tema que no le apasionaba, el cual le había sido impuesto desde el departamento por razones prácticas. ¿Cómo podía interesarle a otras personas, se preguntaba Tuchman, si no le interesaba al propio autor? Los libros de Barbara Tuchman versaban sobre personas o acontecimientos que le intrigaban. Había algo que centraba su atención, estudiaba el tema y, con independencia de que se supiera poco o mucho acerca del mismo, si notaba que su curiosidad aumentaba, seguía adelante. Finalmente, Tuchman trataba de enriquecer cada uno de sus temas de estudio con nuevos datos, nuevos enfoques y una nueva interpretación. En cuanto a ese mes de agosto en particular, llegó a la conclusión de que «El año 1914 estaba envuelto en un aura que hacía que todo aquel que la percibiera sintiera compasión por la humanidad». Una vez que logra transmitir la fascinación que siente por el tema,

los lectores que se dejan llevar por la pasión y el talento de nuestra autora no pueden ya escapar al magnetismo de sus escritos.

Barbara Tuchman empezó investigando, es decir, acumulando datos. Durante toda su vida había leído mucho, pero en ese momento tenía por objetivo sumergirse en los acontecimientos de la época, ponerse en la piel de la gente cuyas vidas estaba describiendo. Leyó cartas, telegramas, diarios, memorias, documentos oficiales, órdenes militares, códigos secretos y misivas de amor. Asimismo, pasó infinidad de horas en diferentes bibliotecas: la Biblioteca Pública de Nueva York, la Biblioteca del Congreso, los Archivos Nacionales, la British Library y el Public Record Office, la Bibliothèque National, la Biblioteca Sterling de Yale y la Biblioteca Widener de Harvard. (Según recordó después, durante esos años de estudio las estanterías de la Biblioteca Widener fueron «mi bañera de Arquímedes, mi zarza ardiente, el platillo de ensayo donde descubrí mi penicilina personal. […] Era feliz como una vaca a la que hubieran puesto a pastar en un campo lleno de tréboles frescos, y no me hubiera importado quedar encerrada allí toda la noche»). Un verano, antes de escribir *Los cañones de agosto,* alquiló un pequeño Renault y se dedicó a visitar los campos de batalla de Bélgica y Francia: «Vi los campos sembrados de trigo que la caballería debió de echar a perder, constaté la gran anchura del Mosa a su paso por Lieja y pude apreciar qué vista debían de tener los soldados franceses sobre el territorio perdido de Alsacia al contemplarlo desde las colinas de los Vosgos». En las bibliotecas, en los campos de batalla o en su mesa de trabajo, la fuente de la que Barbara Tuchman siempre bebía era la de los datos gráficos y específicos, que transmitirían al lector la naturaleza esencial de los protagonistas o los acontecimientos. He aquí algunos ejemplos:

El káiser: el «poseedor de la lengua más viperina de Europa».

El archiduque Francisco Fernando: «El futuro causante de la tragedia, alto, corpulento y envarado, con plumas verdes adornando su casco».

Von Schlieffen, el arquitecto del plan de guerra alemán: «De las dos clases de oficiales prusianos, los dotados de un cuello de toro y los gráciles como gacelas, pertenecía a la segunda».

Joffre, el comandante en jefe del Ejército francés: «Imponente y barrigudo en su holgado uniforme […], Joffre parecía Santa Claus y tenía cierto aire de benevolencia e ingenuidad, dos cualidades que no formaban parte de su carácter».

Sujomlinov, el ministro de la Guerra ruso: «Astuto, indolente, amante de los placeres […], con un rostro felino», quien, «obnubilado […] por la hermosa esposa de veintitrés años de un gobernador de provincias, Sujomlinov se las ingenió para romper el matrimonio mediante la presentación de pruebas falsas y convertir a la joven en su cuarta esposa».

El principal objetivo de la investigación de Barbara Tuchman era, simplemente, averiguar lo que había sucedido y, en la medida de lo posible, determinar cómo percibió la gente esos acontecimientos. No le gustaban los sistemas ni los historiadores inclinados a usarlos, y se mostró enteramente de acuerdo con la siguiente afirmación de un reseñador anónimo del *Times Literary Supplement* «El historiador que antepone su sistema a todo lo demás difícilmente puede evitar la herejía de preferir los hechos que mejor se amoldan a dicho sistema». Tuchman recomendaba dejar que los hechos dirigieran la investigación. «En el terreno de la historia, al principio basta con saber qué ocurrió —dijo—, sin tratar de responder demasiado pronto al "por qué" de las cosas. Creo que es más apropiado dejar el "por qué" al margen hasta el momento en que se hayan no solamen-

te reunido los hechos, sino en que se hayan dispuesto en una secuencia lógica; para ser precisos, en frases, párrafos y capítulos. El mismo proceso de transformación de una serie de personajes, fechas, calibres de munición, cartas y discursos en un texto narrativo conduce a la postre a que el "porqué" emerja a la superficie».

El problema que entraña la investigación, por supuesto, es saber cuándo debe uno parar. «Uno se debe parar antes de haber acabado —explicó—, porque, de lo contrario, uno nunca se parará y nunca terminará». «Investigar —afirmó en una ocasión— es una actividad que siempre resulta seductora, pero ponerse a escribir requiere mucho trabajo». Sin embargo, al final empezaba a seleccionar, a destilar, a dar coherencia a los datos, a crear pautas, a construir una forma narrativa; en resumidas cuentas, a escribir. El proceso de escribir, afirmó Tuchman, es «laborioso, lento, a menudo doloroso y, a veces, agónico. Requiere reformular las ideas, revisar el texto, añadir nuevos fragmentos, cortar, volver a escribir. Pero eso proporciona una sensación de excitación, casi un éxtasis, un momento en el Olimpo». Sorprendentemente, a Barbara Tuchman le llevó años perfeccionar su famoso estilo. La tesis que escribió en Radcliffe le fue devuelta con una nota que decía: «Estilo mediocre», y su libro *Bible and Sword* fue rechazado en treinta ocasiones antes de encontrar editor. Con todo, no cejó en su empeño y, finalmente, dio con la fórmula adecuada: «Mucho trabajo, un buen oído y practicar constantemente».

La señora Tuchman creía ante todo en el poder de «esa magnífica herramienta al alcance de todos que es el idioma inglés». De hecho, su fidelidad estaba a menudo escindida entre el tema escogido y el instrumento utilizado para expresarlo. «En primer lugar soy una escritora cuyo objeto de estudio es la historia —afirmó—. El arte de escribir me interesa en igual medida que el arte de la historia. […] Me siento seducida por la sonori-

dad de las palabras y por la interacción de sus sonidos y su sentido». A veces, cuando creía haber escrito una frase o un párrafo particularmente brillantes, deseaba compartir el hallazgo inmediatamente y telefoneaba a su editor para leérselo. El lenguaje elegante y dominado con precisión le parecía el instrumento más adecuado para darle voz a la historia. Su objetivo final era «conseguir que el lector prosiga con la lectura».

En una época marcada por la cultura de masas y la mediocridad, Barbara Tuchman era una elitista. En su opinión, los dos criterios esenciales de calidad eran «un esfuerzo intenso y una actitud honesta en cuanto al propósito. La diferencia no tiene que ver tan sólo con una cuestión de talento artístico, sino también con la intención. O lo haces bien o lo haces medio bien», dijo.

La relación que mantenía con los académicos, los críticos y los reseñadores era de cautela. No estaba doctorada. «Pienso que es lo que me salvó», dijo, pues creía que los requisitos de la vida académica convencional pueden embotar la imaginación, minar el entusiasmo y malograr el estilo. «El historiador académico —afirmó— padece las consecuencias de tener un público cautivo, primero con el director de su investigación y después con el tribunal examinador. Su principal preocupación no es lograr que el lector pase a la siguiente página». En una ocasión alguien le sugirió que tal vez disfrutaría impartiendo clases. «¿Por qué tendría que gustarme enseñar? —respondió con firmeza—. ¡Soy una escritora! ¡No quiero dar clases! ¡No podría dar clases si lo intentara!». Para Tuchman, el lugar que debe ocupar un escritor es la biblioteca o el terreno donde va a realizar la investigación, o en su mesa de trabajo, escribiendo. Como afirmó, Herodoto, Tucídides, Gibbon, MacCauley y Parkman no poseían un título de doctor.

Barbara Tuchman se sintió profundamente molesta cuando los reseñadores, en especial los pertenecientes al ámbito acadé-

mico, afirmaron con desdén que *Los cañones de agosto* era «historia popular», queriendo decir con ello que, al venderse numerosos ejemplares de la obra, ésta no satisfacía los niveles de exigencia en cuanto a calidad. Tuchman ignoró por regla general la política, seguida por muchos escritores, de no responder nunca a las reseñas negativas, porque hacerlo solamente provoca al reseñador y le incita a cargar de nuevo las tintas. Por el contrario, ella devolvía los golpes. «Me he percatado —escribió una vez al *New York Times*— de que los reseñadores que no dejan escapar la oportunidad de criticar a un autor por haber pasado por encima de tal o cual cuestión, normalmente no han leído en toda su extensión el texto que están reseñando». Y en otra ocasión escribió: «Los autores de obras de no ficción entienden que los reseñadores deben hallar algún error a fin de exhibir su erudición, y nosotros esperamos ante todo saber cuál será ese error». A la postre, Tuchman consiguió ganarse el favor de la mayoría de los académicos (o, al menos, impedir que criticaran sus obras con excesiva dureza). Con el paso de los años, pronunció conferencias en muchas de las universidades más importantes del país y recibió el reconocimiento de muchas de ellas, ganó dos premios Pulitzer y se convirtió en la primera mujer en acceder al cargo de presidenta de la Academia e Instituto de las Artes y las Letras Estadounidenses en sus ochenta años de existencia.

Pese a la combatividad que mostraba en el terreno profesional, en las obras de Barbara Tuchman podía constatarse una tolerancia poco frecuente. Los engreídos, los presumidos, los codiciosos, los locos, los cobardes… a todos ellos los describió en términos humanos y, hasta donde ello era posible, les concedió el beneficio de la duda. Un buen ejemplo de esto es el análisis de por qué *sir* John French, quien anteriormente había sido el fiero jefe del Cuerpo Expedicionario Británico destinado en Francia, parecía renuente a enviar a sus tropas al campo de ba-

talla: «Tanto si la causa fueron las órdenes de lord Kitchener [el ministro de la Guerra] y sus advertencias contra "las pérdidas y el despilfarro de material", o que *sir* John French se percatara súbitamente de que tras el CEB no había tropas instruidas en las islas, o bien si al llegar al continente, a unos pocos kilómetros de un enemigo formidable y ante la certeza de tener que entrar en batalla, no pudo soportar el peso de la responsabilidad, o si bajo las palabras y maneras grandilocuentes de que hacía gala se habían ido deslizando de modo invisible los juicios naturales del valor […], nadie que no haya estado en la misma situación puede juzgarlo».

Barbara Tuchman escribía historia para narrar la historia de la lucha, los logros, las frustraciones y las derrotas del ser humano, no para extraer conclusiones morales. No obstante, *Los cañones de agosto* ofrece algunas lecciones. En la obra el lector hallará monarcas, diplomáticos y generales locos que se lanzaron ciegamente a una guerra que nadie quería, un Armagedón que se desarrolló con la misma irreversibilidad inexorable que una tragedia griega. «En el mes de agosto de 1914 —escribió Tuchman— había algo amenazador, ineludible y universal que nos involucraba a todos. Había algo en ese sobrecogedor trecho entre los planes perfectos y el error humano que hace que uno tiemble con una sensación de "Nunca digas de esta agua no beberé"». La esperanza de Tuchman era que sus lectores aprendieran la lección, evitaran esos errores y mejorasen un tanto como personas. Fueron este esfuerzo y estas lecciones lo que atrajo a presidentes y primeros ministros, así como a millones de lectores corrientes.

La familia y el trabajo dominaron la vida de Barbara Tuchman. Lo que le procuraba más placer era sentarse a una mesa y escribir. No toleraba las distracciones. Una vez, cuando ya era famosa, su hija Alma le dijo que Jane Fonda y Barbra Streisand querían que escribiera el guión de una película. Ella negó con la

cabeza. «Pero, mamá —dijo Alma—, ¿ni siquiera quieres hablar con Jane Fonda?». «Oh, no —dijo la señora Tuchman—, no tengo tiempo. Tengo mucho trabajo». Escribía los primeros borradores a mano, en un bloc de notas amarillo, en cuyas hojas «anotaba todos los datos de forma desordenada, con multitud de tachaduras e indicaciones». A continuación transcribía los borradores con su máquina de escribir, a triple espacio, para después recortar los fragmentos con unas tijeras y volver a pegarlos sobre papel en una secuencia diferente. Normalmente trabajaba cuatro o cinco horas seguidas, sin interrupción. «El verano en que estaba finalizando *Los cañones de agosto* —recuerda su hija Jessica— trabajaba a contrarreloj y estaba desesperada por ponerse al día. […] Para mantenerse alejada del teléfono, instaló una mesa de juego y una silla en una vieja vaquería situada junto a los establos, una habitación donde hacía frío incluso en verano. Empezaba a trabajar a las siete y media de la mañana. Mi tarea consistía en llevarle el almuerzo a las doce y media, que incluía un sándwich, un zumo V-8 y una pieza de fruta. Todos los días, cuando me aproximaba silenciosamente sobre el manto de agujas de pino que rodeaba los establos, la veía en la misma posición, siempre absorta en el trabajo. A las cinco de la tarde más o menos solía parar».

Uno de los párrafos que Barbara Tuchman escribió ese verano le costó ocho horas de trabajo y se convirtió en el pasaje más famoso de toda su obra. Es el párrafo con que da inicio *Los cañones de agosto*, y dice así: «Era tan maravilloso el espectáculo aquella mañana de mayo del año 1910…». Con sólo pasar unas páginas, la afortunada persona que hasta ahora no había tropezado con este libro puede empezar a leerlo.

ROBERT K. MASSIE

PRÓLOGO

El origen de esta obra se remonta a dos libros que escribí anteriormente, centrados ambos en la Primera Guerra Mundial. El primero era *Bible and Sword*, acerca de los orígenes de la Declaración Balfour de 1917, confeccionada en previsión de la entrada de los británicos en Jerusalén en el transcurso de la guerra contra Turquía en Oriente Próximo. Como centro y lugar de origen de la religión judeocristiana —y también de la musulmana—, aunque en ese momento se trataba de una cuestión que no suscitaba demasiada preocupación, la toma de la Ciudad Santa se consideró un acontecimiento importante que requería un gesto a la altura de las circunstancias y que proporcionara un fundamento moral adecuado. Para atender dicha necesidad se ideó una declaración oficial que reconociera Palestina como el hogar nacional de los habitantes originales, no como resultado de una ideología proclive al semitismo, sino como consecuencia de otros dos factores: la influencia de la Biblia en la cultura británica, en especial del Antiguo Testamento, y una doble influencia, ese preciso año, de lo que el *Manchester Guardian* llamó «la insistente lógica de la situación militar en los bancos del Canal de Suez»; en definitiva, *Bible and Sword* («La Biblia y la espada»).

El segundo de los libros que antecedieron a *Los cañones de agosto* fue *El telegrama Zimmermann*, sobre la propuesta del entonces ministro de Exteriores alemán, Arthur Zimmermann, de convencer a México, así como a Japón, para que declarara la

guerra a Estados Unidos, bajo la promesa de una futura restitución de los territorios de Arizona, Nuevo México y Texas. La inteligente idea de Zimmermann consistía en mantener a Estados Unidos ocupado en el continente americano a fin de impedir que se involucrara en la guerra que tenía lugar en Europa. Sin embargo, Alemania logró justamente lo contrario cuando el telegrama sin hilos enviado al presidente de México fue descodificado por los británicos y transmitido al gobierno norteamericano, que acto seguido lo publicó. La propuesta de Zimmermann suscitó la ira del pueblo estadounidense y precipitó la entrada del país en la guerra.

Siempre he pensado, en el curso de mi relación con la historia, que 1914 fue, por decirlo así, el momento en que el reloj dio la hora, la fecha en que concluyó el siglo XIX y dio inicio nuestra era, «el terrible siglo XX», como Churchill lo llamó. Al buscar el tema para un libro, tuve la impresión de que 1914 se ajustaba a lo que estaba buscando, aunque no sabía por dónde empezar ni qué estructura utilizar. No obstante, mientras estaba dándole vueltas al asunto, ocurrió un pequeño milagro. Mi agente me llamó para preguntarme lo siguiente: «¿Te gustaría hablar con un editor que quiere que escribas un libro sobre 1914?». Me quedé atónita a medida que mi agente me formulaba la pregunta, pero no hasta el punto de no poder responderle: «Bien, sí, me gustaría». La verdad es que me sentía bastante turbada por el hecho de que alguien hubiera tenido la misma idea, pero el hecho de que esa persona, al ocurrírsele la idea, hubiera pensado en mí me llenaba de satisfacción.

Se trataba de un británico, Cecil Scott, de la Macmillan Company, quien, lamentablemente, ya ha fallecido. Como me dijo más tarde, cuando nos reunimos, lo que quería era un libro acerca de lo que sucedió realmente en la Batalla de Mons, la primera ocasión en que el CEB (Cuerpo Expedicionario Británico) entró en combate en 1914; la batalla puso a prueba hasta

tal punto la capacidad de combate de los alemanes que dio lugar a leyendas sobre la posibilidad de una intervención sobrenatural. Esa semana, tras entrevistarme con el señor Scott, tenía previsto irme a esquiar unos días, así que me llevé a Vermont un maletín lleno de libros sobre los inicios de la Gran Guerra.

Regresé a casa con el propósito de escribir un libro sobre la huida del *Goeben*, el acorazado alemán que, tras zafarse de los cruceros británicos que lo persiguieron por el Mediterráneo, había llegado a Constantinopla y había conseguido que Turquía —y con ella todo el Imperio otomano de Oriente Próximo— entrara en la guerra, cosa que determinó el curso de la historia en toda esa zona hasta nuestros días. Explicar la odisea del *Goeben* me parecía algo natural, puesto que se había convertido en una historia familiar (yo tenía dos años de edad cuando sucedió). Asimismo, el acontecimiento se produjo cuando, junto con mi familia, estaba cruzando el Mediterráneo en dirección a Constantinopla para visitar a mi abuelo, quien por entonces era el embajador estadounidense en la capital otomana. Los miembros de mi familia a menudo explicaban que, desde el barco, pudimos ver la humareda de los disparos que efectuaban los cañones de los cruceros británicos y la posterior huida a toda máquina del *Goeben*. Después, al llegar a Constantinopla, fuimos los primeros en informar a las autoridades y a los diplomáticos de la capital del drama que habíamos presenciado en alta mar. Cuando mi madre explicó que el embajador alemán la había sometido a un duro interrogatorio antes de que pudiera desembarcar e ir a saludar a su padre, tuve conciencia por vez primera, casi de primera mano, del brusco proceder de los alemanes.

Casi treinta años más tarde, cuando regresé de Vermont y le expliqué al señor Scott que ésa era la historia de 1914 sobre la que quería escribir, me dijo que no le interesaba. Todavía tenía la mente puesta en Mons: ¿cómo había conseguido el CEB re-

chazar a los alemanes?, ¿era cierto que habían visto a un ángel sobre el campo de batalla?, ¿cuál era la base de la leyenda del Ángel de Mons, a fin de cuentas tan importante en el frente occidental? La verdad es que yo todavía me sentía más inclinada a escribir sobre el *Goeben* que sobre el Ángel de Mons, pero el hecho de que un editor estuviera tan interesado en publicar un libro sobre 1914 era lo que para mí tenía realmente importancia.

Abordar la guerra en toda su extensión me parecía algo que escapaba a mi capacidad, pero el señor Scott insistió en que podía hacerlo, y cuando elaboré el plan de ceñirme al primer mes de la guerra, que contenía el germen de todo lo acontecido posteriormente, incluidos los episodios del *Goeben* y de la Batalla de Mons —con tal de satisfacer las preferencias de ambos—, el proyecto empezó a parecer factible.

Pese a todo, cuando tuve que enfrentarme a todos esos cuerpos del Ejército numerados con cifras romanas y a los flancos derecho e izquierdo, no tardé en sentirme una ignorante en la materia y en creer que debería haber estudiado durante diez años en la Academia del Estado Mayor antes de escribir un libro de este tipo. Esa sensación la noté con especial intensidad cuando tuve que explicar cómo habían conseguido los franceses, que estaban a la defensiva, recuperar el territorio de Alsacia justo al principio de la conflagración. De hecho, esto no acabé de entenderlo nunca, pero decidí pasar de puntillas sobre el tema y tratar otra cuestión, una artimaña que se aprende en el proceso de escribir historia (camuflar un poco los hechos cuando uno no lo entiende todo). Véanse, si no, las altisonantes y equilibradas frases que a veces escribía Gibbon, las cuales, si se analizan con detenimiento, a menudo carecen de sentido, pero uno acaba ignorando ese hecho ante la maravillosa estructuración de las mismas. Yo no soy Gibbon, pero he aprendido a valorar el esfuerzo de adentrarme en materias que no me resultan

familiares, en lugar de regresar a un terreno del que ya se conocen las fuentes primarias y todos los personajes y circunstancias. Ciertamente, optar por esto último hace que el trabajo sea mucho más fácil, pero impide la emoción del descubrimiento y la sorpresa, que es el motivo por el que me gusta adentrarme en un tema que no conozco con vistas a escribir un libro sobre el mismo. Puede que esto no resulte del agrado de los críticos, pero a mí me satisface. Aunque antes de publicar *Los cañones de agosto* los críticos apenas me conocían y no gozaba de la reputación necesaria entre ellos para disfrutar automáticamente de una buena acogida, el libro se recibió de forma muy calurosa. Clifton Fadiman escribió lo siguiente en el boletín del Club del Libro del Mes: «Uno debe ser precavido ante las grandes palabras. No obstante, es harto probable que *Los cañones de agosto* se convierta en un clásico de la literatura histórica. Posee unas virtudes que prácticamente lo emparentan con las obras de Tucídides: inteligencia, concisión y un distanciamiento mesurado. *Los cañones de agosto* trata de los días que precedieron y siguieron al estallido de la Primera Guerra Mundial, un objeto de estudio que, como los de Tucídides, va más allá del limitado alcance de la mera narrativa. Y es que, con una prosa sólida y muy trabajada, este libro establece los momentos históricos que han conducido de modo inexorable a la situación actual. Sitúa nuestra terrible época en una larga perspectiva, y sostiene que si la mayoría de los hombres, las mujeres y los niños del mundo van a morir abrasados a causa de las bombas atómicas, la génesis de esa aniquilación seguramente deberá buscarse en las bocas de los cañones que hablaron en agosto de 1914. Esto que acabo de escribir puede parecer una simplificación extrema de lo sostenido en la obra, pero describe la tesis de la autora, que expone con absoluta sobriedad. Tuchman está convencida de que el punto muerto del terrible mes de agosto determinó el curso posterior de la guerra y los términos de la paz, la confi-

guración del período de entreguerras y las condiciones de la segunda gran conflagración».

A continuación, Fadiman describía a los principales personajes de la obra. Al respecto decía que «una de las características que distinguen a un buen historiador es su capacidad para arrojar luz sobre los seres humanos en la misma medida que sobre los acontecimientos», y entre esos personajes destacaba a los siguientes: el káiser, el rey Alberto y los generales Joffre y Foch, entre otros, tal y como yo había tratado de describirlos, cosa que me dio la impresión de haber logrado lo que me proponía. Me sentí tan halagada por las palabras de Fadiman —por no mencionar la comparación con Tucídides— que me sorprendí llorando, una reacción que nunca he vuelto a experimentar. Lograr que alguien entienda perfectamente lo que uno ha escrito quizá sólo puede esperarse que ocurra una vez en la vida.

Supongo que lo más importante a la hora de escribir la introducción a una edición conmemorativa es saber si la relevancia histórica del libro se mantiene intacta. Yo pienso que así es. No creo necesario modificar ni una sola línea.

Aunque la parte más conocida del libro es la escena inicial del funeral de Enrique VII, el párrafo final del epílogo condensa el significado de la Gran Guerra en nuestra historia. Aunque puede resultar presuntuoso por mi parte decir algo así, pienso que ello se explica tan bien como en cualquiera de los manuales que conozco acerca de la Primera Guerra Mundial.

Poco después de los elogiosos comentarios de Fadiman pude leer una asombrosa predicción en *Publishers Weekly*, la Biblia del mundo editorial. «Los *cañones de agosto* —decía— será la obra de no ficción más vendida durante la temporada de invierno», e, inspirada por esta rotunda afirmación, la publicación se dejaba llevar por una cierta excentricidad al afirmar que

el libro «captará la atención del público estadounidense y le infundirá un renovado entusiasmo por los momentos eléctricos de este ignorado capítulo de la historia […]». No creo que yo hubiera escogido el término «entusiasmo» para referirme a la Gran Guerra, o que alguien pueda sentir «entusiasmo» por los «momentos eléctricos», o que tenga sentido llamar a la Primera Guerra Mundial, que tiene la lista de referencias bibliográficas más larga de la Biblioteca Pública de Nueva York, un «capítulo ignorado» de la historia, pese a todo lo cual me sentí muy agradecida por la calurosa bienvenida que *PW* le dispensaba a *Los cañones de agosto*. Recuerdo que, mientras escribía el libro, en momentos de desaliento le preguntaba al señor Scott: «¿Quién va a leer esto?», y él me respondía: «Al menos dos personas: usted y yo mismo». Esa observación no resultaba muy alentadora, y por eso las palabras publicadas en *PW* me parecieron más asombrosas aún. Como pudo verse posteriormente, sus predicciones eran acertadas. *Los cañones de agosto* empezó a cosechar un gran éxito de ventas, y mis hijas, a quienes destiné los ingresos en concepto de derechos de autor y derechos de venta en el extranjero, desde entonces han ido recibiendo cheques con sumas nada despreciables. Cuando se tiene que dividir entre tres, la cantidad puede que no sea muy grande, pero es bueno saber que, treinta y seis años después, el libro todavía sigue llegando a las manos de nuevos lectores.

Con esta nueva edición me siento feliz de que pueda darse a conocer a las nuevas generaciones, y espero que al llegar a la mediana edad no haya perdido su encanto o, más precisamente, su interés.

BARBARA W. TUCHMAN

NOTA DE LA AUTORA

Deseo expresar, en primer lugar, mi deuda de gratitud al señor Cecil Scott, de The Macmillan Company, de Nueva York, cuyos consejos, estímulos y conocimiento del tema han sido un elemento esencial y un firme apoyo desde el principio al fin. He tenido, asimismo, la suerte de poder contar con la colaboración crítica del señor Denning Miller, que me ha aclarado muchos problemas de léxico e interpretación y ha conseguido un libro mejor de lo que hubiese sido en caso contrario. Por su ayuda le estoy eternamente agradecida.

Quiero expresar igualmente mi reconocimiento a las fuentes tan valiosas de la New York Public Library, y, al mismo tiempo, el deseo de que, de algún modo, algún día se encuentre en mi ciudad natal un medio para que los recursos que los eruditos puedan hallar en nuestra Biblioteca puedan compararse con los de aquélla. Mi agradecimiento también va dirigido a la New York Society Library por la continua hospitalidad de sus miembros y por facilitarme un lugar donde escribir a la señora Agnes F. Peterson, de la Hoover Library de Stanford, por haberme prestado el *Procés-Verbaux*, de Briey, y haberse esforzado en todo momento en hallar la respuesta a muchas preguntas; a la señorita R. E. B. Coombe, del Imperial War Museum de Londres, por muchas de las ilustraciones; a los miembros de la Bibliothèque de Documentation Internationale Contemporaine de París, por su material original, y al señor Henry Sachs, de la

American Ordenance Association, por sus consejos técnicos y por ayudarme con mi deficiente alemán.

Quiero explicarle al lector que la omisión de Austria-Hungría, Serbia y los frentes ruso-austriaco y serbo-austriaco no ha sido enteramente arbitraria. El inagotable problema de los Balcanes se separa, de un modo natural, del resto de la guerra, y, en mi opinión, la obra adquiere de este modo mayor unidad, y se evita, al mismo tiempo, una ampliación excesiva de su objeto.

Después de haberme sumergido durante mucho tiempo en los recuerdos militares, había confiado en poder renunciar a citar con cifras romanas las unidades militares, que hacen que una página resulte tan fría, pero la costumbre ha resultado más fuerte que las buenas intenciones. No he podido hacer nada con las cifras romanas que, al parecer, están intrínsecamente ligadas a los cuerpos de Ejército, pero sí puedo ofrecer al lector una valiosa regla de orientación: los ríos fluyen hacia abajo, y los ejércitos, incluso cuando dan media vuelta y se repliegan, se considera que marchan hacia el lugar del que partieron, es decir, su izquierda y su derecha siguen siendo las mismas que en el momento en que avanzaban.

En las notas que hay al final del libro, ofrecemos las fuentes de todas las citas. He tratado de evitar atribuciones espontáneas y también el estilo «debió de» de los relatos históricos: «Al contemplar cómo la costa de Francia desaparecía a la luz del sol que se ponía, Napoleón debió de pensar en las largas…». Todos los datos de tiempo, pensamientos o sentimientos y estados de la opinión pública o privada reseñados en las siguientes páginas se basan en documentos originales. Cuando se ha considerado necesario, la prueba aparece en las notas.

INTRODUCCIÓN

1

UNOS FUNERALES[*]

Era tan maravilloso el espectáculo aquella mañana de mayo del año 1910, en que nueve reyes montaban a caballo en los funerales de Eduardo VII de Inglaterra, que la muchedumbre, sumida en un profundo y respetuoso silencio, no pudo evitar lanzar exclamaciones de admiración. Vestidos de escarlata y azul y verde y púrpura, los soberanos cabalgaban en fila de a tres, a través de las puertas de palacio, luciendo plumas en sus cascos, galones dorados, bandas rojas y condecoraciones incrustadas de joyas que relucían al sol. Detrás de ellos seguían cinco herederos al trono, y cuarenta altezas imperiales o reales, siete reinas, cuatro de ellas viudas y tres reinantes, y un gran número de embajadores extraordinarios de los países no monárquicos. Juntos representaban a setenta naciones en la concentración más grande de realeza y rango que nunca se había reunido en un mismo lugar y que, en su clase, había de ser la última. La conocida campana del Big Ben dio las nueve cuando el cortejo abandonó el palacio, pero en el reloj de la Historia era el crepúsculo, y el sol del viejo mundo se estaba poniendo, con un moribundo esplendor que nunca se vería otra vez.

En el centro de la primera fila cabalgaba el nuevo rey, Jorge V, flanqueado a su izquierda por el duque de Connaught, el único hermano superviviente del difunto rey, y a su derecha figuraba un personaje al cual, según reseña del *The Times*, «corresponde el primer lugar entre todos los extranjeros que asisten al funeral», y que «incluso cuando las relaciones han sido más tensas, no ha perdido nunca su popularidad entre nosotros»: Guillermo II, emperador de Alemania. Montado sobre

un caballo gris, luciendo el uniforme escarlata de mariscal de campo británico, llevando el bastón de este rango, el káiser presentaba una expresión, con su famoso bigote con las guías hacia arriba, que resultaba «grave, por no decir severa»[1]. De las varias emociones que agitaban su pecho tan susceptible poseemos algunas indicaciones en sus cartas: «Me siento orgulloso de considerar este lugar mi hogar y de ser miembro de esta familia real»[2], escribió a su casa, después de haber pasado una noche en el castillo de Windsor, en las antiguas habitaciones de su madre. Los sentimentalismos y la nostalgia evocadas en estas ocasiones melancólicas en que convivía con sus familiares ingleses se mezclaban con el orgullo de su supremacía entre los potentados allí congregados y el profundo alivio por la desaparición de su tío del escenario europeo. Había llegado para enterrar a Eduardo, su tormento; Eduardo, el archiconspirador, tal como lo consideraba Guillermo, del bloqueo de Alemania; Eduardo, el hermano de su madre, al que no podía engañar, ni impresionar, cuyo obeso cuerpo arrojaba una sombra entre Alemania y el sol. «Es el diablo. ¡No os podéis imaginar lo diabólico que es!»[3].

Este veredicto, anunciado por el káiser antes de una cena a la que asistían trescientos invitados, en Berlín, en el año 1907, tuvo su origen en uno de los viajes que Eduardo emprendió por el continente con planes claramente señalados de cercarlo. Había pasado una provocadora semana en París, había visitado, sin ninguna razón aparente, al rey de España, que acababa de casarse con su sobrina, y había terminado haciendo una visita al rey de Italia con la evidente intención de disuadirle de su Triple Alianza con Alemania y Austria. El káiser, poseedor de la lengua más viperina de Europa, se había dejado llevar nuevamente por sus impulsos y había hecho uno de aquellos comentarios que, de un modo periódico, durante los veinte últimos años de su reinado, agotaban los nervios de los diplomáticos.

Afortunadamente, aquel diablo que pretendía bloquear Alemania había muerto y había sido sustituido por Jorge, que, tal como le confesó el káiser a Theodore Roosevelt pocos días antes del funeral, era «muy buen muchacho» (tenía cuarenta y seis años; por lo tanto, era seis años más joven que el káiser). «Es un inglés de pies a cabeza y odia a todos los extranjeros, pero eso no tiene importancia, siempre que no odie a los alemanes más que a los otros extranjeros»[4]. Al lado de Jorge, Guillermo cabalgaba confiado, saludando, a su paso, a los regimientos de los dragones reales, de los cuales era coronel honorario. En cierta ocasión había distribuido fotografías suyas luciendo el uniforme de este regimiento y con la inscripción encima de su firma: «Espero mi hora»[5]. Aquel día había llegado su hora, era soberano supremo en Europa.

Detrás de él cabalgaban los dos hermanos de la reina viuda Alexandra, el rey Federico de Dinamarca y el rey Jorge de Grecia, su sobrino, el rey Haakon de Noruega, y tres reyes que habían de perder sus tronos: Alfonso de España, Manuel de Portugal y, luciendo un turbante de seda, el rey Fernando de Bulgaria, que irritaba a los otros soberanos haciéndose llamar «zar» y que guardaba en una caja las insignias reales de emperador de Bizancio en espera del día en que pudiera reunir bajo su cetro los antiguos dominios bizantinos[6].

Maravillados ante esos «espléndidos príncipes montados», tal como los describió *The Times*, pocos observadores prestaban atención al noveno rey, el único que había de alcanzar grandeza como hombre. A pesar de ser un hombre alto y un perfecto jinete, Alberto, rey de los belgas, al que no le gustaba la pompa de las ceremonias reales, obligado a cabalgar junto a aquellos compañeros, se sentía embarazado y ausente. Tenía treinta y cinco años y hacía solamente un año que había subido al trono. Incluso posteriormente, cuando su rostro fue más conocido como símbolo de heroísmo y tragedia, todavía encontramos en él

esta expresión ausente, como si su mente estuviera sumida en otros problemas.

El futuro causante de la tragedia, alto, corpulento y envarado, con plumas verdes adornando su casco, el archiduque Francisco Fernando de Austria, heredero del anciano emperador Francisco José, cabalgaba a la derecha de Alberto, y a su izquierda otro heredero que no llegaría a subir al trono, el príncipe Yusuf, heredero del sultán turco. Detrás de los reyes seguían las altezas reales: el príncipe Fushimi, hermano del emperador de Japón, el gran duque Miguel, hermano del zar de Rusia; el duque de Aosta, vestido de azul claro con verdes plumas, hermano del rey de Italia; el príncipe Carlos, hermano del rey de Suecia; el príncipe Enrique, consorte de la reina de Holanda, y los príncipes reales de Serbia, Rumania y Montenegro. Este último, el príncipe Danilo, «un amable y extremadamente apuesto joven de deliciosos modales», se parecía al amante de la Viuda Alegre por más de un motivo, ya que, para consternación de los funcionarios británicos, había llegado la noche anterior acompañado por «una encantadora joven de grandes atractivos personales», a quien presentó como la dama de honor de su esposa, que le había acompañado a Londres para hacer ciertas compras[7].

Seguía un regimiento de miembros de menor rango de la realeza: los grandes duques de Mecklenburg-Schwerin, Mecklenburg-Strelitz, Schleswig-Holstein, Waldeck-Pyrmont de Coburgo, Sajonia-Coburgo y Sajonia-Coburgo Gotha, de Sajonia, Hesse, Württemberg, Baden y Baviera; este último, el príncipe heredero Rupprecht, había de mandar muy pronto un ejército alemán en el campo de batalla. Figuraba también en el cortejo el príncipe de Siam, un príncipe de Persia, cinco príncipes de la antigua casa real francesa de Orleans, un hermano del jedive de Egipto, que lucía un fez bordado en oro, el príncipe Tsia-tao, de China, con un manto bordado de color azul claro y cuya anti-

gua dinastía había de permanecer todavía durante dos años en el trono, y el hermano del káiser, el príncipe Enrique de Prusia, que representaba la Marina de Guerra alemana, de la que era comandante en jefe. Entre tanta munificencia había tres caballeros vestidos de paisano: el señor Caston-Carlin, de Suiza, el señor Pichon, ministro de Asuntos Exteriores francés, y el expresidente Theodore Roosevelt, enviado especial de Estados Unidos.

Eduardo, objeto de esta reunión sin precedentes de naciones, había sido llamado frecuentemente el «Tío de Europa», un título que, en lo que hacía referencia a las casas gobernantes en Europa, podía ser tomado literalmente. Era el tío no sólo del káiser Guillermo sino también, por la hermana de su esposa, la emperatriz viuda María de Rusia, del zar Nicolás II. Su sobrina Alix era la zarina, su hija Maud era reina de Noruega, otra sobrina, Ena, era reina de España, y una tercera sobrina, María, sería pronto reina de Rumania. La familia danesa de su esposa, además de sentarse en el trono de Dinamarca, había educado al zar de Rusia y proporcionado reyes a Grecia y Noruega. Otros parientes, los descendientes de los nueve hijos e hijas de la reina Victoria, estaban desperdigados por las cortes de Europa.

No eran única y exclusivamente los sentimientos personales o lo inesperado y el choque de la muerte de Eduardo —ya que la opinión pública sólo estaba enterada de que había estado enfermo durante un día y de que había muerto al siguiente— la causa de las profundas muestras de condolencia al paso del féretro. Se trata, en realidad, de un tributo a las grandes dotes de Eduardo como un rey muy social que había prestado servicios muy valiosos a su patria. Durante los nueve años de su breve reinado, el férreo aislamiento de Inglaterra había cedido, bajo presión, a una serie de «entendimientos» y acuerdos, que, sin embargo, no eran alianzas, pues Inglaterra no era partidaria de ligarse, de un modo definitivo, con dos viejos enemigos, Fran-

cia y Rusia, y con una nueva potencia en el firmamento, Japón. Este cambio de equilibrio se manifestaba en todo el orbe y afectaba las relaciones de todos los Estados entre sí. A pesar de que Eduardo nunca inició o influyó en la política de su país, su diplomacia personal ayudó a hacer posible este cambio.

Cuando era niño lo llevaron a visitar Francia, y le dijo a Napoleón III: «Posee usted un bonito país. Me gustaría ser hijo suyo»[8]. Esta preferencia por todo lo francés, en contraste, o tal vez como protesta contra el favoritismo por todo lo alemán de su madre, lo dominó profundamente, y a la muerte de su madre haría un mayor uso de esta preferencia. Cuando Inglaterra, irritada por el reto que representaba el Programa Naval alemán del año 1900, decidió olvidar las viejas rencillas con Francia, las grandes dotes de Eduardo como *Roi Charmeur* lograron allanar el camino. En 1903 se fue a París, a pesar de los consejos de sus políticos de que una visita oficial sería recibida muy fríamente. A su llegada la muchedumbre estaba silenciosa y tensa, excepto unos cuantos gritos de «Vivent les Boers!» y «Vive Fashoda!» que el rey ignoró. A un preocupado ayudante de campo que le musitó: «Los franceses no nos quieren», le replicó: «¿Y por qué habrían de querernos?», y continuó saludando y sonriendo desde su coche[9].

Durante cuatro días se presentó al público, pasó revista a las tropas en Vincennes, asistió a las carreras en Longchamps, a una representación de gala en la Ópera, un banquete oficial en el Elíseo, una comida en el Quai d'Orsay y, en el teatro, inclinó la opinión a su favor cuando, mezclándose con el público en un entreacto, dirigió galantes cumplidos en francés a una famosa actriz en el vestíbulo. En todas partes dirigió graciosos y prudentes discursos sobre su amistad y admiración por todo lo francés, su «gloriosa tradición», su «hermosa ciudad», por la cual confesó una admiración «basada en muchos y bellos recuerdos», su «sincero placer» por la visita que efectuaba, su fir-

me creencia de que antiguos malentendidos habían sido «felizmente superados y apartados a un lado», de que la mutua prosperidad de Francia e Inglaterra estaban íntimamente relacionadas entre sí, y reafirmó su amistad entre los dos países. Cuando abandonó la ciudad, gritó la muchedumbre: «Vive notre roi!». Nunca se había observado en Francia un cambio de actitud tan rotundo como con ocasión de la visita del monarca inglés. Había conquistado el corazón de todos los franceses, tal como informó un diplomático belga. El embajador alemán era de la opinión de que la visita del rey era «un asunto muy enojoso, y de que el acercamiento anglo-francés era el resultado de una aversión general contra Alemania». Al cabo de un año, y después de haber realizado los ministros una gran labor solventando todas las disputas, este acercamiento se convirtió en la Entente anglo-francesa, que fue firmada en abril de 1904.

Alemania hubiera podido llegar a una entente con Inglaterra si sus dirigentes, que creían ver doblez en los ingleses, no hubieran rechazado las insinuaciones del secretario de Colonias, Joseph Chamberlain, en 1899, y de nuevo, en 1901. Ni el oscuro Holstein, que dirigía los asuntos exteriores de Alemania entre bastidores, ni el elegante y erudito canciller, el príncipe Bülow, ni el propio káiser, estaban seguros de la razón de sus sospechas contra Inglaterra y tampoco estaban convencidos de si había algo pérfido en sus pretensiones. El káiser siempre deseó llegar a un acuerdo con Inglaterra, siempre que se pudiera llegar al mismo sin dar la impresión de que él lo deseaba. En cierta ocasión, influenciado por el ambiente inglés y los sentimentalismos familiares con motivo de los funerales de la reina Victoria, le confesó a Eduardo este deseo. «Ni una rata podría moverse en Europa sin nuestro permiso», manifestó, pues así era como él preveía una alianza anglo-germana[10]. Pero tan pronto los ingleses mostraban señales de acercamiento, él y sus ministros cambiaban de rumbo, sospechando algún truco. En el te-

mor de que les pudieran engañar en la mesa de conferencias, preferían mantenerse alejados y dedicar toda su atención y esfuerzos a una Marina de Guerra cada vez más poderosa para obligar a Inglaterra a aceptar sus condiciones.

Bismarck había aconsejado a los alemanes que se contentaran con ser una potencia terrestre, pero sus sucesores no eran, ni individual ni colectivamente, unos Bismarck, Habían perseguido unos objetivos claramente limitados, pero andaban tras unos horizontes más ambiciosos, sin tener una idea clara de lo que deseaban. Holstein era un Maquiavelo sin una política decidida y que actuaba basándose, única y exclusivamente, en un solo principio: recelar de todo el mundo. Bülow no tenía principios de ninguna clase: era un hombre tan escurridizo, se lamentaba su colega el almirante Tirpitz, que, comparado con una anguila, era una sanguijuela[11]. El desconcertante, inconstante y siempre imaginativo káiser se fijaba un objetivo diferente a cada hora y practicaba la diplomacia como un ejercicio de movimiento continuo.

Ninguno de ellos creía que Inglaterra pudiera llegar alguna vez a un entendimiento con Francia, y todas las advertencias fueron rechazadas, incluso por el propio Holstein, como «ingenuas»[12], y de un modo más tajante aún por el barón Eckhardstein, consejero de la embajada alemana en Londres. Durante una cena en Marlborough House, en 1902, Eckhardstein había visto desaparecer al embajador francés Paul Cambon, en la sala de billares, acompañado de Chamberlain, sumidos ambos políticos en una «animada conversación» que duró veintiocho minutos, y las pocas palabras que llegaron a sus oídos —en las memorias del barón no se dice si la puerta estaba abierta o estaba escuchando por la cerradura— fueron «Egipto» y «Marruecos»[13]. Más tarde fue invitado a pasar a la sala de trabajo de Eduardo, en la que el rey le ofreció un cigarro Uppman de 1888

y le dijo que Inglaterra estaba a punto de llegar a un acuerdo con Francia sobre todas las cuestiones en litigio.

Cuando la Entente se convirtió en un hecho, la ira de Guillermo fue tremenda. Pero mucho más rotundo aún era el triunfo de Eduardo en París. El *Reise-Kaiser* (el «emperador viajero»), como era llamado por la frecuencia de sus viajes, gozaba de las entradas ceremoniosas en las capitales extranjeras, y, sobre todo, deseaba visitar París, la inconquistable[14]. Había estado en todas partes, incluso en Jerusalén, en donde había sido necesario ampliar las puertas de Jaffa para permitir su entrada a caballo. Pero París, el centro de lo que era maravilloso, de todo aquello que deseaba, que representaba todo lo que no era Berlín, permanecía cerrada a él. Deseaba escuchar las aclamaciones de los parisienses y recibir el *Grand Cordon* de la Legión de Honor y hacer entender claramente a los franceses su imperial deseo. Pero la invitación no llegaba. Entraba en Alsacia y hacía discursos glorificando la victoria del año 1870, presidía desfiles militares en Metz, Lorena, pero tal vez sea ésta una de las historias más tristes. El káiser llegó a los ochenta y dos años y murió sin haber estado en París.

La envidia hacia las naciones más viejas le atormentaba. Se lamentó delante de Theodore Roosevelt de que la nobleza inglesa en sus viajes por el continente nunca visitara Berlín y siempre fueran a París[15]. Se sentía humillado. «Durante todos estos años de mi reinado, mis colegas, los monarcas de Europa, no han prestado la menor atención a lo que yo digo. Muy pronto, con mi gran flota respaldando mis palabras, serán más respetuosos», le dijo al rey de Italia[16]. Estos mismos sentimientos conmovían a toda la nación, que sufría, lo mismo que su emperador, por la falta de reconocimiento. Llenos de energía y ambición, conscientes de su fuerza, alimentados por Nietzsche y Treitschke, se sentían poderosos para gobernar y estaban molestos ante el hecho de que el mundo no reconociera esta supe-

rioridad. «Hemos de asegurar el nacionalismo alemán y el espíritu germano en todo el mundo obligando a que se guarde el respeto que nos deben… y que no nos han demostrado hasta ahora», escribió Bernhardi, el portavoz del militarismo[17]. Verdaderamente sólo veía un medio para alcanzar este objetivo. Otros Bernhardi, de menor categoría, trataban de ganarse este aprecio y este respeto con amenazas y demostraciones de fuerza. Exigían su «lugar al sol» y proclamaban las virtudes de la espada. Según el concepto alemán, la máxima habitual del señor Roosevelt para tratar con sus vecinos era: «Habla suavemente y ten al lado un buen garrote». Pero cuando los alemanes esgrimían un arma, cuando el káiser ordenó a sus tropas que partieran hacia China para enfrentarse con la rebelión de los bóxers como unos auténticos hunos de Atila (fue suya la comparación de los alemanes con los hunos[18]), cuando las sociedades pangermanas y las ligas navales se multiplicaban y se reunían en congresos para invitar a otras naciones a reconocer sus «legítimas aspiraciones»[19] en pro de la expansión, y las otras naciones respondían con alianzas, entonces gritaban en Alemania «Einkreisung!» («¡Cerco!»). Y el grito «Deutschland gänzlich einzukreisen» resonó durante toda la década[20].

Eduardo continuaba con sus visitas por el extranjero: Roma, Viena, Lisboa, Madrid… y no sólo para visitar a otros monarcas. Cada año tomaba los baños en Marienbad, en donde podía cambiar sus impresiones con el Tigre de Francia, nacido el mismo año que él, y que había sido primer ministro cuatro de los años en los que Eduardo fue rey. El señor Clemenceau compartía la opinión de Napoleón de que Prusia había «nacido de una bala de cañón» y veía esta bala de cañón volar en su dirección. Trabajaba, planeaba, maniobraba a la sombra de una idea fija: que «las ansias alemanas de poder… habían fijado como su ambición la exterminación de Francia». Le decía a Eduardo que cuando llegara el momento en que Francia precisara de ayuda,

el poder marítimo de Inglaterra no sería suficiente, y le recordaba que Napoleón había sido derrotado en Waterloo y no en Trafalgar[21]. El rey, cuyas dos pasiones en la vida eran ir vestido de un modo correcto y disfrutar de una compañía no ortodoxa, pasaba por alto lo primero y admiraba al señor Clemenceau.

En 1908, y con gran disgusto de sus súbditos, Eduardo visitó al zar a bordo de su yate imperial en Reval. Los imperialistas ingleses consideraban a Rusia como el antiguo enemigo de Crimea y más recientemente como la amenaza que se cernía sobre la India, mientras que para los liberales y los laboristas Rusia era el país del látigo, de los pogromos y de la revolución ahogada en sangre del año 1905, y el zar, en opinión del señor Ramsay Macdonald, era «un vulgar asesino»[22]. Esta aversión era recíproca. Rusia detestaba la alianza de Inglaterra con Japón y la odiaba como la potencia que había frustrado las ambiciones históricas de Rusia sobre Constantinopla y los estrechos. Nicolás II mezcló, en cierta ocasión, dos prejuicios favoritos en una simple afirmación: «Un inglés es un *zhid* ["judío"]»[23].

Pero los viejos antagonismos no eran tan fuertes como las nuevas presiones, y ante la insistencia de los franceses, que tenían mucho interés en que sus dos aliados llegaran a un acuerdo, fue firmada en 1907 la Convención anglo-rusa. Se precisaba de un toque personal de real amistad para dejar a un lado cualquier recelo, y por este motivo Eduardo embarcó para Reval. Sostuvo largas conversaciones con el ministro de Asuntos Exteriores ruso, Isvolsky, y bailó el vals de «La viuda alegre» con la zarina, hasta el punto de hacerla reír, siendo el primer hombre en conseguir semejante hazaña desde que la desgraciada mujer colocara sobre sus sienes la corona de los Romanov[24]. No se trataba de un hecho tan frívolo como pueda parecer a simple vista, puesto que la verdad es que el zar gobernaba Rusia como un auténtico autócrata y él mismo estaba bajo la completa influencia de su esposa. Era una mujer hermosa, his-

térica y recelosa que odiaba a todo el mundo, con la excepción de los miembros de su familia y a unos pocos fanáticos o charlatanes lunáticos que ofrecían consuelo a su alma desesperada. El zar, un hombre de mediana inteligencia y mal educado, estaba hecho, según opinión del káiser, «para vivir en una finca en la que se pudiera dedicar al cultivo de nabos»[25].

El káiser consideraba al zar dentro de su propia esfera de influencia, y trataba, por medio de unos hábiles esquemas, de hacerle abandonar la alianza francesa, que había sido la consecuencia de la falta de habilidad del propio Guillermo. La máxima de Bismarck, «amistad con Rusia», y el Tratado de Seguridad de Bismarck con los rusos, había llevado a Guillermo y a Bismarck muy lejos durante su primer y peor acto de gobierno. Alejandro III, el zar alto, fuerte y grave de aquellos días, había dado rápidamente media vuelta en el año 1892 y había concertado una alianza con la Francia republicana, incluso a costa de mantenerse firme cuando interpretaban la «Marseillaise». Además, despreciaba a Guillermo, al que consideraba «un garçon mal élevé»[26], y a quien miraba por encima del hombro. Desde el momento en que Nicolás subió al trono, Guillermo trató de reparar aquel mal paso que había dado escribiéndole al zar largas cartas, en inglés, dándole consejos, hablándole de chismorreos políticos, dirigiéndose a él llamándole «querido Nicky» y firmando «tu querido amigo, Willy». «Una república atea, manchada por la sangre de los nobles, no era buena compañía para mí. Nicky, te doy mi palabra, la maldición de Dios ha caído para siempre sobre este pueblo», le dijo al zar[27]. El verdadero interés de Nicolás estribaba, tal como le señalaba Guillermo, en un *Drei-Kaiser Bund*, una liga de los tres emperadores de Rusia, Austria y Alemania. Sin embargo, recordando el desprecio con que le había tratado el viejo zar, no podía por menos de patrocinar un poco a su hijo. Golpeaba amistosamente a Nicolás en el hombro y le decía: «El consejo que te doy son más discur-

sos y más desfiles»[28]. Y ofreció mandarle tropas alemanas para proteger a Nicolás contra sus rebeldes súbditos, lo que irritaba a la zarina, que odiaba cada vez más a Guillermo después de cada una de estas visitas.

Cuando fracasó, a causa de las circunstancias, en alejar a Rusia de Francia, el káiser urdió un ingenioso tratado obligando a Rusia y Alemania a ayudarse mutuamente en caso de ataque, un tratado que el zar, al firmarlo, tenía que comunicar a los franceses e invitarles a unirse al mismo. Después de los desastres de Rusia en su guerra contra Japón, una guerra que el káiser había considerado necesaria, y los levantamientos revolucionarios que siguieron cuando el régimen se encontraba en un punto difícil, invitó al zar a una entrevista secreta, sin la presencia de ministros, en Björkö, en el golfo de Finlandia. Guillermo sabía perfectamente que Rusia no podía acceder a aquel tratado sin violar la confianza con Francia, pero creía que la firma de dos soberanos era todo lo que se precisaba para borrar todas las dificultades. Nicolás firmó. Guillermo estaba entusiasmado. Había reparado su fatal error, había asegurado la espalda de Alemania y había roto el cerco. «Las lágrimas se agolparon en mis ojos», le escribió a Bülow. Y estaba firmemente convencido que su abuelo Guillermo I, que había muerto murmurando unas palabras sobre una guerra en dos frentes, fijaba contento su mirada en él. Estaba seguro de que su tratado era el golpe maestro de la diplomacia alemana, y sin duda lo hubiera sido si no hubiese sido cancelado. Cuando el zar regresó a palacio con el pacto, sus ministros, después de una lectura del mismo, indicaron horrorizados que, comprometiéndose a unirse a Alemania en una posible guerra, había repudiado su alianza con Francia, un detalle que, sin duda, «había escapado a la atención de Su Majestad bajo el influjo de la elocuencia del emperador Guillermo»[29]. El Tratado de Björkö sólo tuvo un día de vida.

Y ahora se entrevista Eduardo con el zar en Reval. Al leer el informe del embajador alemán sobre esta entrevista y al sugerir que Eduardo deseaba realmente la paz, el káiser escribió furioso, al margen: «Miente. Desea la guerra, pero seré yo quien habrá de empezarla»[30].

El año terminó con el más explosivo *faux paus* de toda la carrera del káiser: una entrevista concedida al *Daily Telegraph* expresando sus puntos de vista sobre la situación, y sobre quién había de luchar contra quién, unos comentarios que no sólo enojaron a sus vecinos, sino también a sus súbditos. El disgusto público fue tan manifiesto que el káiser se metió en cama, estuvo enfermo tres semanas y pasó mucho tiempo antes de que se presentara en público[31].

Desde entonces no había tenido lugar ningún nuevo estallido. Los dos últimos años de la década durante los cuales Europa disfrutó de una bien ganada siesta fueron los más tranquilos. El año 1910 fue pacífico y próspero. Todavía no había surgido la segunda crisis de Marruecos, ni la Guerra de los Balcanes. Un nuevo libro, *La gran ilusión*, de Norman Angell, que acababa de ser publicado, trataba de demostrar que la guerra era imposible. Gracias a unos argumentos convincentes y unos ejemplos irrefutables, Angell demostraba que, en la presente interdependencia financiera y económica de las naciones, el vencedor sufriría tanto como el vencido, por lo que una guerra no entrañaba ya ninguna ventaja ni beneficio, y, por lo tanto, ninguna nación cometería la locura de iniciar una guerra. Traducido a once idiomas, *La gran ilusión* se convirtió rápidamente en libro de culto. En las universidades de Manchester, Glasgow y otras ciudades industriales, se formaron más de cuarenta grupos de estudio de firmes creyentes que se dedicaban a propagar su dogma. El más firme seguidor de Angell era un hombre de gran influencia en la política militar, el amigo y consejero del rey, el vizconde Esher, presidente del Comité de Guerra, encargado

de la reorganización del Ejército británico después de su deficiente actuación durante la guerra contra los bóers. Lord Esher pronunció conferencias basándose en *La gran ilusión*, tanto en Cambridge como en la Sorbona, tratando de demostrar cómo «los nuevos factores económicos prueban claramente la locura de las guerras agresivas». Una guerra en el siglo XX sería de tal magnitud, afirmaba, que sus inevitables consecuencias de desastre comercial, ruina financiera y sufrimientos individuales eran tan evidentes que la hacían completamente inconcebible. Le dijo a un grupo de oficiales en el United Service Club, entre los que figuraba el jefe del Estado Mayor, *sir* John French, que, debido a los vínculos entre las naciones, la «guerra se hacía más difícil e improbable cada día que pasaba»[32].

«Alemania acepta tan entrañablemente como la propia Gran Bretaña la doctrina de Norman Angell», afirmaba lord Esher, firmemente convencido de lo que decía. No sabemos hasta qué punto el káiser y el príncipe heredero aceptaron estos puntos de vista después de haberles regalado sendos ejemplares de *La gran ilusión*[33]. No tenemos pruebas de que mandara un ejemplar al general Von Bernhardi, que en 1910 estaba escribiendo un libro titulado *Alemania y la próxima guerra*, que publicó en el año siguiente y que había de ejercer una influencia tan grande como el libro de Angell, pero desde un punto de vista completamente opuesto. Tres de los capítulos, «El derecho a hacer la guerra», «El deber de hacer la guerra» y «Potencia mundial o hundimiento», resumen toda su tesis. Como oficial de caballería, a los veintiún años de edad, en 1870, Bernhardi había sido el primer alemán en cabalgar por debajo del Arco de Triunfo cuando los alemanes entraron en París[34]. Desde entonces, las banderas y la gloria le habían interesado menos que la teoría, la filosofía y la ciencia de la guerra aplicadas a la «misión histórica de Alemania», otro de los capítulos de su libro. Había sido jefe de la Sección de Historia Militar en el Estado Mayor, era

uno de los miembros intelectuales de aquel cuerpo de esforzados pensadores y duros trabajadores y autor de un libro clásico sobre caballería antes de escribir sobre Clausewitz, Treitschke y Darwin, escritos que reunió en un libro que había de convertir su nombre en un sinónimo de Marte.

La guerra, afirmaba, «es una necesidad biológica, es poner en práctica la ley natural sobre la que se basan todas las restantes leyes de la Naturaleza, la ley de la lucha por la existencia». «Las naciones —escribió— han de progresar o hundirse, no pueden detenerse en un punto muerto, y Alemania ha de elegir entre ser una potencia mundial o hundirse para siempre». Entre las naciones, Alemania figuraba, «a todos los efectos sociopolíticos, a la cabeza de todo progreso en la cultura, pero está confinada en unos límites demasiado estrechos, y, en consecuencia, poco naturales. No puede alcanzar sus elevados fines morales sin un creciente poder político, una mayor esfera de influencia y nuevos territorios. Este creciente poder político, que será la base de nuestra importancia y que estamos autorizados a reclamar, es una necesidad política y el primer y más importante deber del Estado». En sus propias declaraciones, Bernhardi anunciaba: «Aquello que deseamos alcanzar es por lo que hemos de luchar». Y desde aquí iba hasta la consecuencia final: «La conquista ha de convertirse, por tanto, en una ley de necesidad».

Después de probar la «necesidad» (la palabra preferida de los pensadores militaristas alemanes) Bernhardi continuaba estudiando el método. Una vez reconocido el derecho a hacer la guerra, el siguiente paso estribaba en llevarla a un final triunfal. Para una guerra victoriosa, el Estado había de lanzarla en el «momento más favorable» por elección propia, ya que disfrutaba del «reconocido derecho […] de hacer uso de este privilegio por iniciativa propia». Por lo tanto, la guerra ofensiva se convertía en otra «necesidad» y de ello resultaba otra consecuencia: «Es de nuestra incumbencia […] pasar a la ofensiva y ases-

tar el primer golpe». Bernhardi no compartía las preocupaciones del káiser de no cargar con el «odio» del agresor. Ni tampoco se sentía inhibido en decir dónde habían de asestar el primer golpe: «Es completamente inconcebible que Alemania y Francia puedan negociar sus problemas. Francia debe ser aniquilada de tal modo que nunca pueda cruzarse en nuestro camino. Francia debe ser aniquilada de una vez como potencia mundial».

El rey Eduardo no vivió para leer el libro de Bernhardi. En enero de 1910 le mandó al káiser, como de costumbre, sus felicitaciones de cumpleaños, y, como regalo, un bastón de paseo antes de partir para Marienbad y Biarritz. Pocos meses después, había muerto.

«Hemos perdido el fundamento de nuestra política exterior», dijo Isvolsky cuando se enteró de la noticia. Era una hipérbole, puesto que Eduardo era simplemente el instrumento, no el arquitecto, de la nueva situación política creada en Europa. En Francia la muerte del rey causó «profunda emoción» y «sincera consternación», según *Le Figaro*. París, decía, lamentaba la pérdida de un «gran amigo» tan profundamente como lo pudieran sentir en Londres. Las farolas y los escaparates en la Rue de la Paix estaban decorados de negro, igual que Piccadilly, retratos orlados de negro del difunto rey aparecían en las ciudades de provincias de Francia como a la muerte de un gran ciudadano francés. En Tokio, y en recuerdo de la alianza anglojaponesa, colgaban de las ventanas banderas inglesas y niponas entrelazadas, con lazo negro. En Alemania, cualesquiera que fueran los sentimientos, se observó en todo momento un proceder muy correcto. Todos los oficiales del Ejército y de la Marina fueron obligados a llevar luto durante ocho días y los navíos de la Marina dispararon las salvas de ordenanza e izaron las banderas a media asta. El Reichstag se puso en pie para escuchar un mensaje de condolencia leído por su presidente, y el

káiser se entrevistó personalmente con el embajador británico en una visita que duró hora y media[35].

En Londres, durante la semana siguiente, la familia real estuvo atareada recibiendo a los reales invitados en la Estación Victoria. El káiser llegó en su yate, el *Hohenzollern*, escoltado por cuatro destructores ingleses. Echó anclas en el Támesis y recorrió el último trecho del viaje hasta Londres en tren, llegando a la Estación Victoria como un príncipe más. Extendieron una alfombra escarlata en el andén y en el corredor hasta el lugar en que había de subir a su coche. Cuando su tren entró en la estación, en el momento en que el reloj señalaba las doce, la silueta familiar del emperador alemán bajó del tren para ser saludado por su primo, el rey Jorge, a quien besó en ambas mejillas. Después del almuerzo fueron juntos a Westminster Hall, en donde estaba expuesto el cadáver de Eduardo[36]. Una tormenta la noche anterior y la lluvia de toda la mañana no habían desperdigado a los silenciosos y pacientes súbditos de Eduardo que esperaban su turno para visitar la sala. Aquel día, jueves 19 de mayo, la fila de los que esperaban se alargaba cinco millas. Era el día en que la Tierra había de pasar por la cola del cometa Halley, cuya aparición recordaba la tradición que era sinónimo de desgracia. ¿Acaso no había anunciado la conquista de los normandos? El que la desgracia hiciera acto de presencia en momentos como aquéllos, hizo que los redactores de los periódicos se inspirasen en los versos de Julio César:

> Cuando mueren los pordioseros, no se ven cometas, pero el mismo cielo sopla cuando mueren los príncipes.

En la sala, el féretro estaba expuesto majestuosamente, cubierto por la corona, esfera y cetro. Montando la guardia, en sus cuatro ángulos, había cuatro oficiales, cada uno de ellos de diferentes regimientos del Imperio en la actitud tradicional de los oficiales que guardan un féretro, la cabeza inclinada y las manos con guantes blancos cruzadas sobre la empuñadura de

una espada. El káiser estudió todos los detalles con interés profesional. Quedó profundamente impresionado, y años después recordaba todos los detalles de la escena con su «maravilloso ambiente medieval»[37]. Vio cómo los rayos del sol se filtraban a través de las estrechas ventanas góticas que iluminaban las joyas de la corona, y asistió al relevo de la guardia junto al féretro. Después de depositar su ramo de flores rojas y blancas sobre el féretro, se arrodilló al lado del rey Jorge, oró silenciosamente y, al ponerse nuevamente en pie, cogió la mano de su primo en un apretón sincero y viril. Este gesto, que fue ampliamente comentado, causó una inmejorable impresión.

Públicamente, su forma de proceder fue perfecta, pero en privado no pudo resistir la tentación de urdir nuevos planes. Durante una cena, ofrecida por el rey aquella noche en Buckingham Palace en honor de los setenta visitantes reales y embajadores especiales, se llevó a un rincón al señor Pichon, de Francia, y le propuso que, en el caso de que Alemania se embarcara en una guerra contra Inglaterra, Francia se pusiera a favor del bando alemán[38]. Teniendo en cuenta la ocasión y el lugar, este comentario imperial causó un profundo desconcierto, que obligó a *sir* Edward Grey, el secretario de Asuntos Exteriores inglés, a observar: «Los demás soberanos son mucho más silenciosos»[39]. El káiser negó posteriormente haber dicho nada por el estilo, ya que afirmó haberse limitado a hablar sobre Marruecos y otros «asuntos políticos»[40]. El señor Pichon declaró, muy discretamente, que el lenguaje del káiser había sido «amistoso y pacífico»[41].

A la mañana siguiente, en el cortejo, en donde no se le ofrecía la ocasión de poder hablar, el comportamiento de Guillermo fue ejemplar. Mantuvo su caballo una cabeza detrás del corcel del rey Jorge, y a Conan Doyle, corresponsal especial en aquella ocasión, se le antojó «tan noble que Inglaterra habrá perdido algo de su antigua tradición de amistad si hoy mismo

no le encierra de nuevo en sus corazones»[42]. Cuando el cortejo llegó a Westminster Hall, fue el primero en saltar del caballo, y cuando llegó el carruaje en el que iba la reina Alexandra, «corrió hacia la portezuela con tal agilidad que llegó antes que los criados reales». Pero al comprobar que la reina bajaba del carruaje por el otro lado, Guillermo dio rápidamente la vuelta al frente de los criados, llegando antes que ellos, y ayudó a bajar a la viuda y la besó con el afecto de un querido sobrino. Afortunadamente, el rey Jorge llegaba en aquel mismo instante para rescatar a su madre, sabiendo que ésta odiaba al káiser, tanto personalmente como por lo de Schleswig-Holstein. Aunque Guillermo sólo tenía ocho años de edad cuando Alemania se apoderó de los ducados de Dinamarca, nunca se lo había perdonado ni a él ni a su país. Cuando su hijo, durante una visita a Berlín en el año 1890, fue nombrado coronel honorario de un regimiento prusiano, le escribió: «De modo que mi hijo Jorge se ha convertido en un auténtico y vivo soldado alemán de casaca azul… ¡No creía vivir para llegar a ver una cosa así! Pero no importa… Ha sido tu desgracia y no tu culpa»[43].

Los tambores redoblaron amortiguados y se oyó el quedo sonido de las gaitas cuando el féretro, envuelto en la bandera real, fue sacado por un grupo de soldados de la Marina de Guerra, cubiertos con sombreros de paja. Las hojas de los sables relucieron al sol cuando la caballería adoptó la posición de firmes. A la señal de cuatro agudos silbatos, los marineros subieron el féretro sobre el furgón militar pintado en púrpura, rojo y blanco. El cortejo fue avanzando entre filas inmóviles de granaderos que, como rojos muros, contenían al público, una muchedumbre que no emitía un solo sonido. Londres nunca había estado tan poblada, tan silenciosa. Al lado y detrás del furgón militar, que era conducido por la Royal Horse Artillery, marchaban los sesenta y tres ayudantes de campo de Su Majestad, todos ellos coroneles, capitanes de navío o pares, entre los que

figuraban cinco duques, cuatro marqueses y trece condes. Los tres mariscales de campo ingleses, lord Kitchener, lord Roberts y *sir* Evelyn Wood, cabalgaban juntos. Les seguían seis almirantes de la Marina, y detrás de éstos, completamente solo, el gran amigo de Eduardo, *sir* John Fisher, el violento y excéntrico antiguo primer lord del Almirantazgo, con su curiosa cara de mandarín. Marchaban a continuación destacamentos de todos los famosos regimientos, los Coldstreams, los Gordon Highlanders, la Household Cavalry, los Horse Guards y Lancers y Royal Fusiliers, los brillantes húsares y dragones de las unidades de caballería alemana, rusa y austriaca, de los cuales Eduardo había sido coronel honorario, y los almirantes de la Marina de Guerra alemana. Para algunos observadores, este despliegue de fuerzas militares resultaba un poco exagerado en los funerales de un hombre que había merecido el apodo de «El Pacificador».

Su caballo, con la silla vacía y las botas vuelta abajo, conducido por dos caballistas y el terrier César, añadían una nota de sentimiento personal. Seguía la pompa de Inglaterra: los Poursuivants of Arms, en sus tabardos medievales, Silver Stick in Waiting, White Staves, caballerizos mayores, arqueros de Escocia, jueces con peluca y túnicas negras, y el lord Chief Justice, con su túnica escarlata, obispos con la púrpura eclesiástica, alabarderos de la Guardia con sombreros de terciopelo negro y cuellos blancos isabelinos, una escolta de trompeteros y el desfile de los reyes seguidos por la reina viuda y su hermana, la emperatriz viuda de Rusia, y otros doce coches en que iban las reinas, *ladies* y potentados orientales.

A lo largo de Whitehall, Mall, Piccadilly y el Parque, hasta la estación de Paddington, en donde el féretro había de seguir en tren hasta Windsor para su entierro, avanzaba lentamente el largo cortejo. La banda de los Royal Horse Guards interpretaba la marcha fúnebre de Saúl. Después del funeral, lord Esher es-

cribió en su diario: «Nunca se ha conocido un dolor tan intenso. Todos los viejos amigos que han marcado las sendas de nuestras vidas parecen haber desaparecido»[44].

LOS PLANES

2

«DEJAD QUE EL ÚLTIMO HOMBRE DE LA DERECHA ROCE EL CANAL CON SU MANGA»

El conde Alfred von Schlieffen, el jefe del Estado Mayor alemán de 1891 a 1906, se había educado, como todos los oficiales alemanes, en el precepto de Clausewitz: «El corazón de Francia está situado entre Bruselas y París»[1]. Éste era un axioma difícil de cumplir, pues la ruta hacia la que señalaba quedaba obstaculizada por la neutralidad belga, que Alemania, al igual que las otras cuatro grandes potencias europeas, había garantizado a perpetuidad. En la firme creencia de que la guerra era inevitable y de que Alemania había de entrar en la misma en las condiciones más óptimas para asegurarse el éxito, Schlieffen decidió que el problema belga desapareciera para Alemania. De las dos clases de oficiales prusianos, los dotados de un cuello de toro y los gráciles como gacelas, pertenecía a la segunda. Con su monóculo y sus modales reservados, frío y calculador, se concentraba de tal modo en su profesión que, cuando en cierta ocasión un ayudante de campo, después de una cabalgada durante toda la noche por la Prusia oriental, le llamó la atención sobre la belleza del río Pregel, reluciente a la luz del sol que salía por el horizonte, el general echó una rápida y dura mirada al río y replicó: «Un obstáculo sin importancia»[2]. Y lo mismo decidió con respecto a la neutralidad belga.

Una Bélgica neutral e independiente fue creación inglesa, o, mejor dicho, del ministro inglés de Asuntos Exteriores, lord Palmerston. La costa belga fue frontera para Inglaterra. En tierra belga, Wellington derrotó a la más grande amenaza contra Inglaterra desde los tiempos de la Armada Invencible. Por con-

siguiente, Inglaterra, desde aquel momento, decidió transformar aquella franja de terreno abierto y fácilmente transitable en una zona neutral, y después del Congreso de Viena convino con las demás potencias adscribirla al reino de los Países Bajos. Disgustados por la unión con una potencia protestante, dominados por la fiebre del nacionalismo del siglo XIX, los belgas se revolucionaron en el año 1830. Los holandeses lucharon por conservar las provincias; los franceses, ansiosos de reabsorber lo que ya habían poseído en otros tiempos, intervinieron en la contienda, mientras que los Estados autocráticos, Rusia, Prusia y Austria, que trataban de mantener en Europa el *statu quo* acordado en Viena, estaban dispuestos a abrir fuego a la primera señal de levantamiento, fuese donde fuese.

Lord Palmerston logró engañarlos a todos. Sabía que aquella provincia podía ser una eterna tentación, tanto para un vecino como para el otro, y que sólo una nación independiente decidida a conservar su propia integridad podría sobrevivir como zona segura. Después de nueve años de luchas, de tiras y aflojas, de mandar zarpar a la Marina inglesa cuando así lo creía conveniente, logró que fuera firmado un tratado internacional garantizando Bélgica «como un Estado independiente y perpetuamente neutral». Este tratado fue firmado en el año 1909 por Inglaterra, Francia, Rusia, Prusia y Austria.

Ya desde el año 1892, cuando Francia y Rusia firmaron la alianza militar, se hizo evidente que cuatro de las cinco naciones firmantes del tratado de Bélgica se verían comprometidas de un modo automático, dos contra dos, en la guerra que había de planear Schlieffen. Europa era un montón de espadas y resultaba completamente imposible sacar una sin poner en movimiento las demás. De acuerdo con la alianza germano-austriaca, Alemania estaba obligada a ayudar a Austria en el caso de un conflicto con Rusia, y según las cláusulas de la alianza entre Francia y Rusia ambas estaban obligadas a marchar sobre Ale-

mania si una de las dos se veía embarcada en una «guerra defensiva» contra aquella nación. Esta disposición hacía inevitable que, en cualquiera de las guerras en las que se viera comprometida Alemania, tuviera que luchar en dos frentes tanto contra Rusia como contra Francia.

No se conocía aún el papel que podía desempeñar Inglaterra. Podía permanecer neutral, o si se hacía necesario, entrar en la guerra en contra de Alemania. No era un secreto para nadie que la causa podía serlo Bélgica. Durante la Guerra Franco-prusiana, cuando en el año 1870 Alemania era todavía una potencia en ascenso, Bismarck había tenido la suerte de reafirmar, a una insinuación de Inglaterra, la inviolabilidad belga. Gladstone había conseguido la firma de un tratado por ambos bandos en el sentido de que si alguien violaba la neutralidad belga, Inglaterra cooperaría con el otro a fin de defender Bélgica, aunque sin comprometerse en las operaciones generales de una guerra. Aun cuando esta fórmula de Gladstone hubiese sido difícil de llevar a la práctica, los alemanes no tenían motivo alguno para creer que en el año 1914 los ingleses la tomarían menos en serio que en el año 1870. Schlieffen, sin embargo, decidió que en el caso de guerra, había que atacar Francia atravesando Bélgica.

Sus razones eran una «necesidad militar». En una guerra de dos frentes, escribió, todas las fuerzas de Alemania habían de ser arrojadas contra *un* enemigo, el más fuerte, el más poderoso, el enemigo más peligroso, y éste era, única y exclusivamente, Francia[3]. El plan que Schlieffen completó hacia el año 1906, el año en que presentó la dimisión, preveía seis semanas y siete octavos de las fuerzas alemanas para aniquilar Francia, mientras que una octava parte había de mantener el frente del Este contra Rusia hasta que el grueso del ejército pudiera ser destinado a combatir al segundo enemigo[4]. Se decidió, en primera instancia, por Francia, dado que Rusia podía evitar una rápida

victoria retirándose al interior de su inmenso país, obligando a Alemania a una campaña interminable, como había sido en el caso de Napoleón. Francia estaba mucho más cerca y era más fácil de movilizar. Los ejércitos alemán y francés sólo necesitaban dos semanas para una completa movilización antes de poder lanzar un ataque de importancia al decimoquinto día. Rusia, según la aritmética alemana, debido a sus vastas distancias, su deficiente red ferroviaria y su gran número de soldados, tardaría seis semanas antes de poder lanzar una ofensiva de mayor escala, y, para entonces, Francia ya podría haber sido derrotada.

El riesgo de dejar que la Prusia oriental, el corazón de los *junkers* y de los Hohenzollern, sólo fuera defendida por nueve divisiones, era difícil de aceptar, pero ya Federico el Grande dijo: «Es preferible perder una provincia que desperdigar las fuerzas por medio de las cuales queremos alcanzar la victoria»[5]. Y nada conforta tanto a la mente militar como la máxima de un gran, aunque difunto, general. Sólo lanzando el mayor número de fuerzas contra el oeste podía invadirse Francia en un plazo de tiempo relativamente breve. Solamente por medio de la estrategia del envolvimiento, usando Bélgica como ruta de paso, podían los ejércitos alemanes, según opinaba Schlieffen, atacar con éxito a Francia. Sus razonamientos, desde el punto de vista puramente militar, parecían no entrañar ningún error.

Los ejércitos habían aumentado de entre doscientos y trescientos mil hombres en el año 1870 a casi un millón y medio, y requerían ahora mucho más espacio para maniobrar. Las fortalezas francesas, construidas a lo largo de las fronteras de Alsacia y Lorena a partir del año 1870, impedían que Alemania pudiera lanzar un ataque frontal a través de la frontera común. Sólo dando un rodeo podían los franceses ser sorprendidos por la espalda y ser destruidos. Pero a ambos extremos de las líneas francesas estaban situados países neutrales: Suiza y Bélgica. No

había espacio suficiente, para las inmensas fuerzas alemanas, para rodear a los franceses dentro del propio territorio de Francia. Los alemanes lo habían hecho en el año 1870, cuando los dos ejércitos habían sido más reducidos, pero ahora se trataba de maniobrar con un ejército de millones y rodear a otro ejército de millones. El espacio, las carreteras y los ferrocarriles eran elementos esenciales y éstos se encontraban en Flandes. En Bélgica había espacio suficiente para la maniobra de envolvimiento, que era la fórmula recomendada por Schlieffen para alcanzar el éxito, así como también el medio para evitar un ataque frontal, que era su fórmula de la derrota.

Clausewitz, el oráculo del pensamiento militar alemán, había concebido una rápida victoria por medio de una «batalla decisiva» como primer objetivo de una guerra ofensiva. La ocupación del territorio enemigo y obtener el control sobre sus fuentes de producción eran aspectos secundarios de la cuestión. Lo esencial era obtener, lo más rápidamente posible, esta victoria decisiva en el campo de batalla. El tiempo era el factor clave. Lo que más temía Clausewitz era una «reducción gradual» del enemigo o una guerra de posiciones. Escribió durante la década de Waterloo y sus obras se adoptaron como la Biblia de la estrategia desde el mismo momento de su publicación.

Para alcanzar una victoria decisiva, Schlieffen preparó una estrategia derivada de Aníbal y de la Batalla de Cannae. El general que ahora imitaba Schlieffen había muerto hacía muchos años. Dos mil años habían transcurrido desde el clásico doble envolvimiento de Aníbal a los romanos, en Cannae. La artillería y las ametralladoras habían reemplazado al arco y la flecha, pero Schlieffen escribió: «Los principios de la estrategia no han cambiado, sin embargo. El frente del enemigo no es el objetivo. Lo esencial es hundir sus flancos […] y completar el exterminio atacándole por la espalda»[6]. Según Schlieffen, el envolvimien-

to se convertía en lo esencial y el ataque frontal, en un anatema del Estado Mayor alemán.

El primer plan de Schlieffen, en el que ya se incluía la violación de Bélgica, fue formulado en el año 1889. Estaba previsto marchar a través del extremo de Bélgica, al este del Mosa. Incrementado a cada año que pasaba, en el año 1905 se había convertido en un gran movimiento envolvente del ala derecha en el que los ejércitos alemanes cruzarían Bélgica desde Lieja a Bruselas antes de girar hacia el sur, en donde encontrarían grandes facilidades en los territorios abiertos de Flandes, para continuar desde allí contra Francia. Todo dependía de una rápida decisión contra Francia, pero incluso el largo rodeo a través de Flandes sería más rápido que poner cerco a la línea de fortalezas al otro lado de la frontera común.

Schlieffen no contaba con suficientes divisiones para efectuar un doble envolvimiento de Francia a lo Cannae, y por este motivo preparó un ala derecha muy poderosa que cruzara todo el territorio belga a ambos lados del Mosa, se desperdigara por todo el país como un monstruoso rastrillo, cruzara la frontera franco-belga en toda su longitud y descendiera sobre París a lo largo del valle del Oise. La masa alemana se infiltraría entre la capital y los ejércitos franceses, que se verían obligados a retroceder para hacer frente a la amenaza alemana, y serían atacados, lejos de sus zonas fortificadas, en una batalla de aniquilamiento decisiva. Lo esencial para este plan era un ala alemana deliberadamente débil en el frente de Alsacia-Lorena, que tentaría a los franceses a avanzar en esta zona, metiéndose en una «bolsa» entre Metz y los Vosgos. Se confiaba en que los franceses, en su intento de liberar las provincias perdidas, atacarían en aquel frente, y mejor para los planes alemanes si los franceses actuaban en este sentido. Podrían ser entonces contenidos en la bolsa por el ala izquierda alemana, mientras que la victoria principal se alcanzaba en la retaguardia. En lo más íntimo

de Schlieffen vibraba siempre la esperanza de que, una vez planeada la batalla en este sentido, pudiera ser organizado un contraataque del ala izquierda con el fin de conseguir un auténtico doble envolvimiento…, el «colosal Cannae» de sus sueños. Aunque prestara toda su atención al ala derecha, no por ello abandonaba la gran ambición de este sueño. Pero el ala izquierda y sus posibilidades habían de tentar a sus sucesores.

Por lo tanto, los alemanes tenían que penetrar en Bélgica. La batalla decisiva preveía un envolvimiento, y éste hacía necesario el uso del territorio belga. El Estado Mayor alemán dijo que se trataba de una «necesidad» militar, y el káiser y el canciller lo aceptaron con más o menos ecuanimidad, sin pensar si era aconsejable. Si era conveniente en vista del probable efecto sobre la opinión pública mundial, sobre todo en los países neutrales, quedaba postergado a un segundo término. Lo único que valía, en opinión de los alemanes, era que parecía ser necesario para el triunfo de las armas alemanas. El pueblo prusiano se había educado desde 1870 en la creencia de que las armas y la guerra eran la única fuente de la grandeza alemana. El mariscal de campo Von der Goltz les había dicho en su libro *La nación en armas* que «nosotros hemos ganado nuestras posiciones por el filo de nuestras espadas y no por la agudeza de nuestra mente»[7]. Y de esto se desprendía, fácil y claramente, la decisión de violar la neutralidad belga.

Los griegos decían que el carácter es destino. Cien años de filosofía alemana contribuyeron a hacer que esta decisión que entrañaba la semilla de la autodestrucción esperara el momento de ser llevada a la práctica. La voz era la de Schlieffen, pero la mano era la de Fichte, que veía al pueblo alemán elegido por la Providencia para ocupar el lugar supremo en la historia del Universo, y de Hegel, que lo veía dirigiendo el mundo a un glorioso destino de apasionante *Kultur*, de Nietzsche, que les decía que el superhombre estaba por encima del ámbito vulgar y co-

rriente, y de Treitschke, que consideraba el incremento de poder como la obligación moral más elevada del Estado. Lo que forjó el plan de Schlieffen no era Clausewitz, ni tampoco la Batalla de Cannae, sino el acumulado egoísmo que dominaba al pueblo alemán.

El objetivo, la batalla decisiva, era el producto de las victorias sobre Austria y Francia en 1866 y 1870. Batallas antiguas que, al igual que generales difuntos, mantenían en sus garras a la mente militar, y los alemanes, al igual que los otros pueblos, se preparaban para la última guerra. Lo fiaban todo en la batalla decisiva a la imagen de Aníbal, pero incluso el espíritu de Aníbal hubiera debido recordarle a Schlieffen que, aunque Cartago triunfó en la Batalla de Cannae, Roma ganó la guerra.

El anciano mariscal de campo Moltke previó, en el año 1890, que la próxima guerra duraría siete años… o treinta, puesto que los recursos de un Estado moderno eran tan inmensos que no se consideraría vencido después de una sola derrota y no renunciaría a continuar la lucha[8]. Su sobrino, que sucedió a Schlieffen como jefe del Estado Mayor, también tuvo momentos de lucidez en los que veía claramente esta verdad. En un momento de herejía hacia Clausewitz, le dijo al káiser, en el año 1906: «Será una guerra nacional que no estará limitada a una batalla decisiva, sino que será una larga y dura lucha contra una nación que no se rendirá hasta que todas sus fuerzas se agoten, una guerra que agotará a nuestro propio pueblo incluso en el caso de que obtengamos la victoria»[9]. Sin embargo, iba en contra de la naturaleza humana, y de la naturaleza del Estado Mayor, seguir la lógica de sus propias profecías. Amorfa y sin límites, una guerra de larga duración no podía ser científicamente concebida, a diferencia de la ortodoxa y sencilla solución de una batalla decisiva y una guerra corta. El joven Moltke ya era jefe del Estado Mayor cuando hizo su profecía, pero ni él ni sus compañeros, ni el Estado Mayor de ningún otro país, han he-

cho nunca planes para una guerra de larga duración. Además de los dos Moltke, el primero muerto ya, y el segundo muy poco firme en sus convicciones, algunos estrategas militares en otros países preveían la posibilidad de una guerra prolongada, pero todos ellos preferían creer, al igual que los banqueros e industriales, que, debido a la desarticulación de la vida económica, una guerra general europea no podía durar más de tres o cuatro meses. Una constante entre los elementos del año 1914, como de cualquier otra época, era la disposición de todo el mundo, en todos los bandos, a que no era prudente prepararse para una alternativa más dura, ni tampoco actuar en contra de aquellos que consideraban verídicos.

Después de haberse inclinado por la estrategia de la «batalla decisiva», Schlieffen ligó el destino de Alemania a la misma. Confiaba en que Francia invadiría Bélgica tan pronto como el despliegue de Alemania en la frontera belga revelara su estrategia, y, por lo tanto, planeaba que Alemania lo hiciera primero y más rápidamente. «La neutralidad belga ha de ser rota por uno de los dos bandos —decía su tesis—. El que llegue primero allí y ocupe Bruselas e imponga una leva militar de unos 1000 millones de francos, obtendrá la supremacía»[10].

La posibilidad de financiar la guerra a costa del enemigo en lugar de hacerlo por propia cuenta era un objetivo secundario expuesto por Clausewitz. El tercero era ganarse a la opinión pública, lo que se consigue «alcanzando grandes victorias y ocupando la capital del enemigo, lo que contribuye a poner fin a la resistencia»[11]. Sabía muy bien que los éxitos materiales ayudan a conquistar la opinión pública, así como que el fracaso moral la puede perder.

Era éste un peligro que Francia nunca perdió de vista y que le condujo a la conclusión opuesta a la de Schlieffen. Bélgica representaba también para Francia la senda de ataque, no a través de las Ardenas, sino a través de Flandes, aunque su plan de

campaña prohibía a sus ejércitos seguirlo hasta después de haber sido los alemanes los primeros en violar el territorio belga. Para ellos, la lógica del caso resultaba evidente: Bélgica era una ruta abierta en ambas direcciones: si era Alemania o Francia quien había de hacer uso de la misma, dependía de cuál de las dos lo deseara más ardientemente. Tal como expuso un general francés: «El de los dos que desee más la guerra, no podrá hacer otra cosa que violar la neutralidad belga»[12].

Schlieffen y sus colegas no creían que Bélgica luchara y añadiera sus seis divisiones a las fuerzas francesas. Cuando el canciller Bülow, al discutir el problema con Schlieffen en 1904, le recordó la advertencia de Bismarck de que iba en contra del «sentido común» añadir otro enemigo a los que ya luchaban contra Alemania, Schlieffen se ajustó repetidas veces el monóculo a su ojo, tal como era su costumbre, y dijo: «Desde luego. No nos hemos vuelto más estúpidos desde entonces». Y añadió que Bélgica no resistiría con las armas y que se limitaría a una protesta[13].

La confianza alemana se basaba en la conocida actitud de Leopoldo II, que era rey de los belgas en tiempos de Schlieffen. Alto e impresionante, con su barba negra y su aureola, compuesta de amantes, dinero, crueldades en el Congo y otros escándalos, Leopoldo era, en opinión del emperador Francisco José de Austria, «un hombre malo de pies a cabeza»[14]. Había pocos hombres que merecieran esta descripción, solía comentar el emperador, pero el rey de los belgas era uno de ellos. Y dado que Leopoldo era avaro, entre otros vicios, el káiser suponía que la avaricia se impondría al sentido común, y concebía el plan muy astuto de ganarse a Leopoldo para una alianza ofreciéndole territorio francés. Generalmente, cuando el káiser planeaba algo que deseaba llevar a la práctica sin pérdida de tiempo, se encontraba luego, con gran disgusto y asombro por su parte, con que tal proyecto no era realizable. En 1904 invitó

a Leopoldo a que le visitara en Berlín, le habló «con la mayor amabilidad de este mundo» sobre sus orgullosos antepasados, los duques de Borgoña, y le ofreció crear de nuevo el viejo ducado de Borgoña con las tierras de Artois, Flandes y las Ardenas francesas. Leopoldo se lo quedó mirando «boquiabierto», y luego, tratando de tomarlo todo en broma, le recordó al káiser que eran muchas las cosas que habían cambiado desde el siglo XV. Sea como fuere, dijo, ni sus ministros ni su Parlamento tomarían nunca en consideración tal sugerencia[15].

Fue un terrible error dar esta respuesta, puesto que el káiser se dejó dominar por uno de sus ataques de ira y reprochó al rey que pusiera el Parlamento y a sus ministros por encima de la voluntad de Dios, con el cual a veces se identificaba el káiser.

—Le he dicho que no se trata de un juego —informó posteriormente el káiser a su canciller Bülow—. Aquel que en el caso de una guerra europea no esté conmigo, estará contra mí. Soy un soldado, educado en la escuela de Napoleón y Federico el Grande, que habían comenzado sus guerras intimidando a sus enemigos, y lo mismo haré en el caso de que Bélgica no se ponga de mi lado, pues me guiaré única y exclusivamente por razones estratégicas.

Una vez expuesto claramente este modo de pensar, la primera explícita amenaza de romper el tratado confundió y desconcertó al rey Leopoldo. Se dirigió a la estación cabizbajo, mirando de reojo a su ayudante de campo como si hubiera sufrido un grave ataque.

Aunque fallara el plan del káiser, se confiaba todavía en que Leopoldo vendería la neutralidad belga por una bolsa de dos millones de libras esterlinas[16]. Cuando un oficial del Servicio de Información francés, al que le comunicó la cifra un oficial alemán después de la guerra, expresó su sorpresa ante tamaña generosidad, le recordó que los «franceses habían de pagar esta

cantidad»[17]. Incluso cuando Leopoldo fue sucedido en 1909 por su sobrino el rey Alberto, el sucesor de Schlieffen confiaba todavía en que la resistencia de Bélgica sería una simple formalidad. Por ejemplo, según sugirió un diplomático alemán en el año 1911, se limitaría a «una presencia de las fuerzas belgas a lo largo de la ruta que pudieran seguir las fuerzas alemanas»[18].

Schlieffen contaba con treinta y cuatro divisiones para ocupar las carreteras a través de Bélgica, destinando seis divisiones para el caso de que Bélgica, a pesar de que los alemanes no creyeran un solo momento en ello, pudiera ofrecer resistencia. Los alemanes tenían el máximo interés en que los belgas no ofrecieran la menor resistencia, puesto que esto significaba la destrucción de las vías de ferrocarril y de los puentes, y, por lo tanto, la alteración de los planes alemanes, aquel esquema tan rígido al que el Estado Mayor alemán se aferraba tan firmemente. La conformidad belga, por otro lado, evitaría la necesidad de distraer divisiones para cercar las fortalezas belgas, y al mismo tiempo impediría toda desaprobación pública del acto alemán. Con el fin de persuadir a Bélgica contra una inútil resistencia, Schlieffen previó que debía ser advertida, antes de la invasión, con un ultimátum que la requiriera a «entregar todas las fortalezas, ferrocarriles y tropas»[19] o a enfrentarse al bombardeo de sus ciudades fortificadas. Si era necesario la artillería pesada convertiría esta amenaza en una cruda realidad. La artillería pesada, escribía Schlieffen en 1912, sería muy necesaria en el curso de la campaña. «La gran ciudad industrial de Lila, por ejemplo, ofrece un blanco excelente para el bombardeo»[20].

Schlieffen deseaba que su ala derecha llegara hasta Lila con el fin de que el envolvimiento de Francia fuera completo. «Cuando entremos en Francia, dejemos que nuestro último hombre de la derecha roce el Canal con su manga»[21], escribió. Además, contando con la beligerancia inglesa, deseaba que el Cuerpo Expedicionario inglés fuera barrido al mismo tiempo

que las tropas francesas[22]. Daba mayor valor al potencial bloqueo realizado por el poder naval inglés que al ejército británico y, por lo tanto, estaba decidido a obtener una rápida victoria sobre las fuerzas terrestres francesas e inglesas antes de que las consecuencias económicas de la entrada de Inglaterra en la guerra pudieran hacerse notar. Con este motivo, tenía que cargar todos sus efectivos en el ala derecha. Y había de ser un ala muy potente, puesto que la densidad de soldados por milla decidía el territorio que podía ser cubierto.

Haciendo uso solamente del ejército en activo no contaba con divisiones suficientes para hacer frente en el este a un eventual avance ruso y alcanzar la superioridad numérica sobre Francia, que él necesitaba para una rápida victoria. Su solución era tan sencilla como revolucionaria. Necesitaba unidades de reserva en el frente[23]. De acuerdo con las teorías militares que dominaban entonces, solamente los hombres jóvenes estaban en condiciones de una lucha activa; los reservistas que habían prestado el servicio militar obligatorio y que habían regresado a la vida civil eran considerados demasiado débiles para ser enviados al frente de combate. Con la excepción de los hombres menores de veintiséis años que eran destinados a las unidades activas, los reservistas formaron unidades por su propia cuenta para actuar como tropas de ocupación y en otros destinos de la retaguardia. Schlieffen cambió toda esta disposición. Añadió otras veinte divisiones de la reserva, el número cambiaba según el año del plan, a la orden de marcha de las cincuenta o más divisiones en activo. Gracias al aumento de estas divisiones, confiaba en que el envolvimiento sería lo más efectivo y rápido posible.

Después de pasar a la situación de retiro en el año 1906, dedicó el resto de sus años a escribir sobre Cannae, mejorando su plan, redactando informes que sirvieran de guía a sus sucesores, y murió a la edad de ochenta años en 1913, murmurando

en su lecho de muerte: «Ha de haber lucha. Lo que hemos de procurar es que el ala derecha sea fuerte»[24].

Su sucesor, el melancólico general Von Moltke, era un pesimista que carecía de la habilidad de Schlieffen para concentrarse en una sola maniobra. Si la consigna de Schlieffen había sido: «Sed osados y atrevidos», la de Moltke era: «No seáis demasiado osados». Estaba preocupado por la debilidad de su ala izquierda contra los franceses y por la debilidad de las fuerzas alemanas que habían de defender la Prusia oriental contra los rusos. Discutió con sus compañeros la conveniencia de una lucha defensiva contra Francia pero rechazó la idea, pues preveía la posibilidad «de una lucha con el enemigo en territorio propio»[25].

El Estado Mayor manifestó su opinión de que la invasión de Bélgica «estaba justificada»[26], puesto que se trataba de una guerra en que estaba en juego «la defensa y la existencia de Alemania». Fue mantenido en vigor el «Plan Schlieffen», y Moltke se consoló con el pensamiento, tal como dijo en el año 1913, «de que hemos de dejar a un lado todas las acusaciones contra el agresor […], sólo el éxito justifica la guerra»[27]. Pero con el fin de andar sobre seguro, a cada año que pasaba, y en contra de las advertencias de Schlieffen, disminuía la potencia del ala derecha en favor del ala izquierda.

Moltke planeaba un ala izquierda alemana de ocho cuerpos, con un total de 320 000 hombres para formar el frente en Alsacia y Lorena, al sur de Metz. El centro de las fuerzas alemanas de once cuerpos con un total de 400 000 hombres había de invadir Francia, atravesando Luxemburgo y las Ardenas. El ala derecha alemana, con un total de 700 000 hombres, había de atacar a través de Bélgica, aniquilar las célebres fortalezas de Lieja y Namur, que defendían el Mosa, y, después de cruzar el río, alcanzar las llanuras.

Las operaciones estaban previstas de antemano, día por día. No se temía que los belgas lucharan, pero en el caso de que lo hicieran, la fuerza del ataque alemán habría de disuadirles rápidamente e instarles a la rendición. El plan preveía que las carreteras a través de Lieja estarían abiertas a las fuerzas alemanas al duodécimo día de la movilización. El último de los fuertes había de ser conquistado el día 14, Bruselas ocupada el día 19, la frontera francesa había de ser cruzada el día 22, el frente entre Thionville y St. Quentin el día 31, y París ocupada con la victoria decisiva alcanzada el día 29.

El plan de batalla había sido previsto de un modo detallado. De acuerdo con el consejo de Clausewitz, según el cual no se podía dejar ningún detalle sin prever, puesto que ello podía conducir al desastre, los alemanes habían previsto cuidadosa y meticulosamente toda posible contingencia. Los oficiales del Estado Mayor alemán, entrenados en las maniobras y en las aulas de las escuelas militares para proporcionar una solución correcta a las circunstancias que se pudieran presentar, tenían que saber hacer frente a todo lo imprevisto.

Mientras se dedicaba el máximo esfuerzo al plan de invasión de Francia, los temores de Moltke frente a Rusia iban cediendo, en tanto que su Estado Mayor aducía, basándose en un cuidadoso estudio de la red ferroviaria rusa, que Rusia no estaría en condiciones de entrar en la guerra antes del año 1916. Y esto era confirmado por los espías alemanes en aquel país, que alegaban que Rusia «cambiaría de gobierno en el año 1916»[28].

En 1914 dos acontecimientos parecieron dar la razón a Alemania. En abril, Inglaterra había iniciado conversaciones navales con los rusos, y en el mes de junio Alemania había ensanchado el Canal de Kiel, permitiendo un acceso directo de sus nuevos cruceros de combate directamente del mar Báltico al mar del Norte. Cuando se enteró de las conversaciones anglorusas, Moltke le dijo en el mes de mayo a su colega austriaco, el

conde Conrad von Hötzendorf, que «desde aquel momento, todo aplazamiento disminuirá nuestras posibilidades de éxito». Dos semanas más tarde, el 1 de junio, le dijo al barón Eckhardstein: «Estamos dispuestos, y cuanto antes tanto mejor para nosotros»[29].

3

LA SOMBRA DE SEDÁN[*]

El general De Castelnau, segundo jefe del Estado Mayor francés, fue visitado en el Ministerio de la Guerra cierto día del año 1913 por el gobernador militar de Lila, el general Lebas, que llegó para protestar contra la decisión del Estado Mayor de abandonar Lila como ciudad fortificada. Situada a diez millas de la frontera belga y a cuarenta del Canal de la Mancha, Lila estaba en el camino que seguiría cualquier ejército invasor que cruzara Flandes. En respuesta a la solicitud del general Lebas, el general De Castelnau extendió un mapa y midió la distancia con una regla desde la frontera alemana a Lila a través de Bélgica. La densidad normal de tropas requeridas para una ofensiva victoriosa, le recordó a su visitante, era de cinco o seis por metro. Si los alemanes se extendían más allá del oeste de Lila, remarcó Castelnau, entonces sólo dispondrían de dos por metro[1].

«¡Les partiremos por la mitad! El ejército en activo alemán puede disponer de veinticinco cuerpos, alrededor de un millón de hombres en el frente del Oeste… Mire, calcúlelo usted mismo —le dijo a Lebas, alargándole la regla—. Si llegan hasta Lila, tanto mejor para nosotros», terminó con una sonrisa sardónica[2].

La estrategia francesa no ignoraba la amenaza de un envolvimiento por medio de un ala derecha alemana. Por el contrario, el Estado Mayor francés creía que mientras los alemanes hicieran más fuerte su ala derecha, más débil sería su centro y el ala izquierda, en donde el Ejército francés podría lanzar un fuerte ataque. La estrategia francesa dejó de lado la frontera belga y

dedicó toda su atención a este fin. En tanto los alemanes sólo pensaban en el largo rodeo para envolver el flanco francés, éstos planeaban una ofensiva de dos fases por el centro y a la izquierda, a ambos lados de la zona fortificada alemana de Metz, y, al obtener la victoria en este sector del frente, cortar el ala derecha alemana por su base. Se trataba de un plan muy osado nacido del ansia de recuperación de Francia de la humillación sufrida en Sedán.

Según las cláusulas de paz dictadas por Alemania en Versalles en 1871, Francia había sufrido una amputación, había sido obligada a pagar indemnizaciones y a ser ocupada. Entre las cláusulas impuestas figuraba un desfile de las tropas alemanas por los Campos Elíseos. Y este desfile tuvo lugar por una avenida decorada con banderas negras y vacía completamente. En Burdeos, en donde la Asamblea francesa ratificó las cláusulas de paz, los diputados de Alsacia y Lorena abandonaron la sala con lágrimas en los ojos, dejando atrás su protesta: «Proclamamos el derecho de los alsacianos y lorenos de ser eternamente miembros de la nación francesa. Juramos en nuestro nombre, en nombre de nuestros constituyentes, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos, que exigiremos, por todos los tiempos y por todos los medios, este derecho frente al usurpador»[3].

La anexión, aun en contra de la opinión de Bismarck, que la consideraba el talón de Aquiles en el nuevo Imperio alemán, era exigida por el viejo Moltke y su Estado Mayor. Insistieron y convencieron al emperador de que las provincias fronterizas con Metz, Estrasburgo y los Vosgos habían de ser anexionadas por Alemania para evitar, de una vez para siempre, que pudieran ser designadas por Francia para una guerra defensiva. Pretendían exigir de Francia una indemnización de cinco mil millones de francos para hundir a Francia por toda una generación y destinar un ejército a la ocupación del país hasta que hubiera sido pagada esta indemnización. Haciendo un enorme es-

fuerzo, los franceses lograron reunir esta cantidad en el curso de tres años, a partir de los cuales comenzó su recuperación.

Continuaba la sombra de Sedán, una sombra muy negra en el recuerdo de todos los franceses: «N'en parlez jamais: pensez y toujours», había aconsejado Gambetta[4]. Durante cuarenta años sólo pensaban en «aquello». «Aquello» lo representaba todo en la política exterior francesa. Durante los primeros años después de 1870, el instinto y la debilidad militar dictaron una política de estrategia de fortalezas. Francia se defendía tras una línea de fortificaciones comunicadas entre sí. Dos líneas fortificadas, Belfort-Epinal y Toul-Verdún, guardaban el frente oriental, y una, Maubeuge-Valenciennes-Lila, la mitad occidental de la frontera belga. Los huecos dejados tenían que canalizar las fuerzas de invasión extranjeras.

Tras este muro, tal como insistió Víctor Hugo en uno de sus más vibrantes llamamientos, «Francia sólo tendrá que pensar en reconstruir sus fuerzas, concentrar sus energías, alimentar su sagrada ira, llamar a filas a su joven generación para formar un ejército del pueblo, trabajar sin descanso, estudiar los métodos y habilidades del enemigo y ser de nuevo la gran Francia, la del año 1792, la Francia que exponía sus ideas con la punta de su espada. Y llegará el día en que será irresistible. El día en que volverá a apoderarse de Alsacia-Lorena»[5].

Francia prosperó de nuevo, pero bajo las luchas internas, el realismo, el boulangismo, el clericalismo, las huelgas y, finalmente, el devastador asunto Dreyfus, continuaba ardiendo la sagrada ira, sobre todo en el Ejército. Lo único que mantenía unidos a todos los miembros del Ejército, tanto si pertenecían a la vieja guardia o eran republicanos, jesuitas o masones, era la *mystique d'Alsace*. Las miradas de todos estaban fijas en la línea azul de los Vosgos. Un capitán de infantería confesó, en el año 1912, que solía conducir a sus hombres en patrullas de exploración secreta hasta las cumbres desde donde podían divisar la

ciudad de Colmar. «Al regreso de estas expediciones secretas, nuestros hombres se sentían dominados por una incontrolable emoción»[6].

En su origen, Alsacia había sido disputada tanto por Alemania como por Francia, hasta que durante el reinado de Luis XIV fue anexionada al país galo de acuerdo con el Tratado de Westfalia de 1648. Después de que se anexionase Alemania, Alsacia y parte de Lorena en 1870, durante el gobierno de Bismarck, éste aconsejó conceder a sus habitantes la máxima autonomía y estimular todo lo posible su localismo, pues cuanto más alsacianos se consideraran, tanto menos franceses se sentirían. Pero sus sucesores no tuvieron en cuenta nunca este consejo. Jamás tomaron en consideración los deseos de sus nuevos súbditos, no hicieron el menor esfuerzo por ganarse sus simpatías, administraron las provincias como *Reichsland* o «territorio imperial» a las órdenes de funcionarios alemanes como si se tratara de colonias africanas, logrando con ello disgustar a la población hasta que les fue conferida una Constitución en el año 1911. Pero entonces ya era demasiado tarde. La Administración alemana sufrió un rudo golpe con el asunto De Zabern, en el año 1913, que empezó cuando, después de un intercambio de insultos entre la población indígena y los soldados alemanes, un oficial alemán golpeó a un zapatero inválido con su sable. El caso terminó en una exposición pública de la política alemana en el *Reichsland*, en un creciente sentimiento hostil a Alemania en todo el mundo y en el simultáneo triunfo del militarismo en Berlín, en donde el oficial De Zabern se convirtió en un héroe, felicitado por el príncipe heredero.

La Alemania de 1870 no había alcanzado aún su objetivo final. El Día de Alemania en Europa, cuando el Imperio alemán había sido proclamado en la Sala de los Espejos en Versalles, no había llegado aún a su fin. Francia no había sido aniquilada, el Imperio francés continuaba extendiéndose por África del Nor-

te e Indochina, y el mundo del arte y de la belleza continuaba postrándose a los pies de París. Los alemanes sentían una terrible envidia por el país que acababan de conquistar. «Vivir como Dios en Francia» continuaba siendo uno de los dichos más populares entre los alemanes. Al mismo tiempo, consideraban que Francia era un país decadente en su cultura y debilitada por su democracia. «Es completamente imposible para un país que ha tenido cuarenta y dos ministros de la Guerra en cuarenta y tres años, poder luchar de un modo efectivo», anunció el profesor Delbrück, el más célebre entre todos los historiadores alemanes[7]. Considerándose a sí misma superior en espíritu, fuerza y energía, en la industria y en las virtudes nacionales, Alemania alegaba que se merecía el dominio de Europa. La obra de Sedán había de ser completada.

Viviendo a la sombra de esta obra no completada, Francia, que resurgía en espíritu y fuerza, se cansaba de estar eternamente en guardia, exhortada por sus gobernantes a ponerse a la defensiva. A finales de siglo su espíritu se rebeló contra treinta años de actitud defensiva con su consiguiente sentimiento de inferioridad. Francia sabía que físicamente era más débil que Alemania. Tenía menos población y su índice de natalidad era inferior. Precisaba de un arma para tener mayor confianza en sí misma y poder sobrevivir. Un arma de la que careciera Alemania. La «idea armada» cumplía esta necesidad. La fe en su poder convenció a Francia de que el espíritu humano no necesitaba, a fin de cuentas, someterse a las fuerzas predestinadas de la evolución que Schopenhauer y Hegel habían declarado irresistibles. El nuevo concepto francés quedó expresado en las palabras de Bergson como el *élan vital*, el espíritu todo conquistador. El espíritu de Francia sería el factor compensador. Su voluntad de victoria, su *élan*, permitiría a Francia vencer a su enemigo. Su genio estaba en su espíritu, el espíritu de la *gloire*, del año 1792, de la incomparable «Marseillaise», el espíritu de la

heroica caballería del general Margueritte y su carga en Sedán, cuando incluso Guillermo I, mientras contemplaba la batalla, no pudo por menos de exclamar: «Oh, les braves gens!»[8].

La fe en el fervor de Francia, en el *furor gallicae*, reanimó la fe de Francia en sí misma en la generación de después del año 1870. Fue este fervor el que desplegó sus banderas, hizo redoblar sus tambores y armó a sus soldados, y sería el que llevaría a Francia a la victoria en el caso de que volviese a verse mezclada en una guerra.

Traducido a términos militares, el *élan vital* de Bergson se convirtió en la doctrina de la ofensiva, y la atención que merecía la frontera belga fue cediendo gradualmente en favor de un deslizamiento progresivo de gravedad hacia el este, hacia el punto en donde una ofensiva francesa pudiera ser lanzada para romper el frente alemán a través del Rin. Para los alemanes la maniobra de envolvimiento a través de Flandes conducía hacia París; para los franceses no llevaba a ninguna parte. Sólo podían llegar a Berlín por el camino más corto. Cuanto más se decantaba el modo de pensar del Estado Mayor en favor de la ofensiva, tanto mayor era el número de fuerzas que concentraba en el punto de ataque y tanto menos fuerzas dejaban para defender la frontera belga.

Mientras que la filosofía militar francesa había cambiado, la geografía francesa era igual. Los factores geográficos de sus fronteras continuaban siendo aquellos que habían determinado los alemanes en el año 1870. Las demandas territoriales de Alemania, le había explicado Guillermo I a la emperatriz Eugenia, «no tienen otro objetivo que hacer retroceder el punto de partida desde el que los ejércitos franceses pudieran atacarnos en el futuro». Y, al mismo tiempo, hacían avanzar los puntos de partida desde los cuales Alemania podía atacar a Francia. En tanto su geografía obligaba a Francia a adoptar una estrategia

defensiva, su historia y su desarrollo, entre 1870 y 1914, dirigían su mente hacia la ofensiva.

La doctrina de la ofensiva tenía su origen en la École Supérieure de la Guerre, la Academia Militar, la sede de la élite intelectual del Ejército, cuyo director, el general Ferdinand Foch, era el forjador de la teoría militar de la época. La mente de Foch, al igual que un corazón, contenía dos válvulas: la primera alimentaba el espíritu de la estrategia y la segunda hacía circular el sentido común. Por un lado, Foch predicaba una doctrina de voluntad expuesta en su famoso aforismo: «La voluntad de conquista es la primera condición de la victoria», o, de un modo más concreto: «Victoire, c'est la volonté», y «Una batalla ganada es una batalla en la que nos negamos a confesar que hemos sido derrotados»[9].

En la práctica, esto había de convertirse en la famosa orden en el Marne para lanzarse al ataque cuando la situación exigía el repliegue. Su oficialidad de aquellos días siempre recordaría sus gritos de «¡Atacar! ¡Atacar!» mientras hacía violentos gestos y corría de un lado a otro como si sufriera descargas eléctricas. Cuando más tarde le preguntaron por qué había avanzado en el Marne cuando técnicamente había sido derrotado, contestó: «¿Por qué? No lo sé. Debido a mis hombres, porque tenían voluntad. Y, además… Dios estaba con nosotros».

Aunque había estudiado a fondo a Clausewitz, Foch no creía, como los sucesores alemanes de Clausewitz, en el esquema de una batalla estudiada de antemano en todos los detalles. Todo lo contrario, creía en la necesidad de una adaptación continua y una improvisación de acuerdo con las circunstancias que se fueran presentando. «El reglamento es muy bueno a la hora de la instrucción, pero en los momentos de peligro no puede hacerse uso del mismo», solía decir. «Hemos de aprender a pensar». Y pensar significaba dejar libertad a la iniciativa, permitir que lo imponderable ganara sobre lo material, exponer, en todo

momento, la voluntad y el poder sobre las circunstancias. Pero la idea de que sólo la moral podía conquistar y vencer, prevenía Foch, era un «concepto muy infantil».

Pero no se entretenía mucho en sus elucubraciones metafísicas y pensaba en el acto en sus conferencias y los libros que publicó antes de la guerra, *Les principes de la guerre* y *La conduite de la guerre*, en los cuales exponía los factores clásicos de la táctica, el despliegue de las avanzadillas, la necesidad de la *sûreté* o «protección», los elementos logísticos, la necesidad de obediencia y disciplina. Casi todas sus enseñanzas quedaban resumidas en otro aforismo que hizo familiar durante la guerra: «De quois s'agit'il?». («¿Dónde está la esencia del problema?»).

A pesar de su elocuencia cuando hablaba de la táctica, fue la mística voluntad de conquista lo que cautivó la mente de sus discípulos. En cierta ocasión, en 1908, cuando Clemenceau había pensado en Foch, que entonces era profesor, para el cargo de director de la Academia Militar, un agente privado a quien envió a escuchar sus conferencias le informó profundamente consternado: «Ese oficial enseña la metafísica de un modo tan abrupto que convertirá en idiotas a sus discípulos». A pesar de que Clemenceau nombró a Foch para el cargo, había, sin embargo, cierta realidad en el informe del agente. No por el hecho de que fueran enseñanzas tan obtusas, sino por el hecho de que precisamente eran tan atractivas, y los principios de Foch formaron escuela en Francia. Fueron asimilados con especial entusiasmo por un «ardiente y brillante oficial», el coronel Grandmaison, quien en su calidad de director del Troisième Bureau o Sección de Operaciones, pronunció en 1911 dos conferencias en la Academia Militar con efectos tranquilizadores.

El coronel Grandmaison había asimilado única y exclusivamente la cabeza y no los pies de los principios de Foch. Exponiendo su *élan*, sin su *sûreté*, expresó una filosofía militar que electrizó a sus oyentes. Esgrimió ante sus sorprendidos ojos

una «idea armada» que trataba de demostrarles cómo podría ganar Francia una guerra. Lo esencial era la *offensive à outrance* («ofensiva a ultranza»). Sólo así podía alcanzarse la batalla decisiva de Clausewitz, que «es el acto esencial de la guerra», y que, «una vez iniciada, debe ser llevada a buen término, sin segundas intenciones, hasta el límite de la resistencia humana». El tomar la iniciativa era la condición *sine qua non*. Unas disposiciones preconcebidas basadas en un juicio dogmático de lo que haría el enemigo eran completamente prematuras. La libertad de acción se consigue única y exclusivamente imponiendo nuestra voluntad al enemigo. «Todas las órdenes del mando deben estar inspiradas en la voluntad de tomar y conservar la iniciativa». La defensiva queda olvidada, abandonada, descartada, pues su única posible justificación era ocasional «economía de fuerzas en ciertos puntos con vistas a que participaran en el ataque principal».

Los efectos de estas palabras en el Estado Mayor fueron profundos y durante los dos años siguientes los preceptos fueron tenidos en cuenta en las nuevas regulaciones de campaña para la dirección de la guerra y en un nuevo plan de campaña, el «Plan 17», que fue adoptado en mayo de 1913. Tras pocos meses de haber pronunciado Grandmaison sus conferencias[10], el presidente de la República, Fallières, anunció: «Sólo la ofensiva se adapta al temperamento de los soldados franceses […]. Estamos decididos a marchar directamente sobre el enemigo sin ninguna clase de vacilaciones»[11].

Los nuevos planes de campaña aprobados por el gobierno en octubre de 1913, como el documento fundamental para la instrucción y la dirección del Ejército francés, se anunciaban con toques de trompeta: «El Ejército francés, que vuelve a sus tradiciones, desde este momento no admite otra ley que el ataque». Seguían ocho mandamientos que hacían referencia a la «batalla decisiva», a la «ofensiva sin vacilaciones de ninguna clase», «a

la valentía y tenacidad», «a la destrucción de la voluntad del adversario»[12]. Con toda la pasión de la ortodoxia que trataba de aniquilar la herejía, los planes descartaban y abandonaban por completo toda labor defensiva. «Solamente la ofensiva —proclamaba— conduce a resultados positivos». Su Séptimo Mandamiento decía: «Las batallas están por encima de las luchas morales. La derrota es inevitable tan pronto como deja de existir la voluntad de conquista. El éxito no lo consigue el que ha padecido menos, sino aquel cuya voluntad es la más fuerte».

En ningún punto de los ocho mandamientos se hacía la menor referencia a lo que Foch llamaba la *sûreté*. Las enseñanzas se resumían en la palabra favorita del cuerpo de oficiales franceses, *le cran*, «el nervio». Lo mismo que la juventud emprendió la marcha bajo una bandera que lucía el nombre de Excelsior, el Ejército francés fue a la guerra, en el año 1914, bajo una bandera que llevaba el nombre de Cran.

En 1911, el mismo año en que el coronel Grandmaison pronunció sus conferencias, se hizo un último esfuerzo para obligar a Francia a una estrategia defensiva, y este esfuerzo realizado en el Consejo Supremo de Guerra fue hecho, ni más ni menos, que por el comandante en jefe, el general Michel. En su calidad de vicepresidente del Consejo, cargo que llevaba ínsita la función de comandante en jefe en caso de guerra, el general Michel era el oficial decano en el Ejército. En un informe que reflejaba precisamente el modo de pensar de Schlieffen, sometió su opinión sobre la probable línea de ataque alemán y sus propósitos concretos con relación al ala derecha alemana.

A causa de las dificultades naturales y de las fortificaciones francesas a lo largo de la frontera común con Alemania, argüía, los alemanes no podían confiar en ganar una rápida y decisiva batalla en Lorena. Ni tampoco marchando a través de Luxemburgo y el extremo más cercano a Bélgica, al este del Mosa, conseguían espacio suficiente para su estrategia favorita de en-

volvimiento. Sólo aprovechándose de «todo el conjunto del territorio belga», dijo, podían lanzar los alemanes aquella ofensiva «inmediata, brutal y decisiva» que habían de descargar sobre Francia antes de que las fuerzas de sus aliados acudieran en su ayuda. Señaló que desde hacía muchos años los alemanes ambicionaban el gran puerto belga de Amberes y esto les proporcionaba una razón adicional para atacar a través de Flandes. Propuso hacer frente a Alemania a lo largo de la línea Verdún-Namur-Amberes con un ejército francés de un millón de hombres cuya ala izquierda, al igual que la derecha de Schlieffen, rozara el Canal con su manga.

El plan del general Michel no sólo era esencialmente defensivo, sino que dependía de una proposición que era anatema para sus compañeros. Para hacer frente al número de soldados que creía que los alemanes destinarían a través de Bélgica, el general Michel propuso doblar los efectivos fronterizos franceses adscribiendo un regimiento de reserva a cada uno de los regimientos en activo. Si hubiera propuesto admitir a Mistinguett entre los Inmortales de la Academia Francesa probablemente no hubiese levantado más clamor y disgusto.

«Les réserves, c'est zéro!»[13] era el dogma clásico del cuerpo de oficiales francés. Los hombres que habían terminado su instrucción en el servicio militar y que figuraban entre los veintitrés y los treinta y cuatro años quedaban clasificados como reservistas. Al ser movilizadas, las promociones más jóvenes completaban las unidades regulares del Ejército para que contaran con fuerzas de guerra, mientras que el resto de los varones eran incluidos en regimientos de reserva, brigadas o divisiones según distritos geográficos locales. Eran considerados aptos única y exclusivamente para las obligaciones de retaguardia o para ser destinados a las fortalezas, e incapaces, a causa de la falta de oficiales instruidos o de la reserva, para ser destinados como regimientos de primera línea. El desprecio del ejérci-

to regular por las reservas, un desdén que era compartido por los partidos de la derecha, era mayor aún estando la nación en armas. Mezclar a los reservistas con las divisiones en activo equivaldría a clavar un puñal en la garganta del ejército de primera línea. Sólo el ejército activo, decían, puede intervenir en la defensa del territorio.

Los partidos de la izquierda, por otro lado, y en recuerdo del general Boulanger, asociaban el Ejército a *coups d'état* y creían en el principio según el cual toda la nación debía contribuir en el esfuerzo bélico como la única salvaguarda de la República. Eran de la opinión de que unos cuantos meses de instrucción capacitaban a cualquier ciudadano para ir a la guerra y se oponían de un modo rotundo al aumento a tres años del servicio militar. El Ejército exigió esta reforma en el año 1913, no sólo para hacer frente al Ejército alemán, sino porque cuantos más hombres estuvieran bajo las armas en un momento dado, tanto menos habría de confiarse en las unidades de reserva. Después de largos y enojosos debates fue aprobada la ley de tres años en 1913.

El desprecio hacia las reservas quedó aumentado por la nueva doctrina ofensiva, ya que se creía que sólo podía ser inculcada a las tropas en activo. Para realzar el lanzamiento irresistible del *attaque brusquée*, simbolizado por la bayoneta calada, la cualidad esencial era el *élan*, y el *élan* no podía suponerse en unos hombres que vivían entregados por completo a la vida civil y que tenían responsabilidades familiares. Los reservistas mezclados con las tropas activas crearían «ejércitos de decadencia», incapaces de sentir la sed de la conquista.

Se sabía que unos sentimientos parecidos dominaban al otro lado del Rin. El káiser había repetido en innumerables ocasiones: «No queremos padres de familia en el frente»[14]. En el Estado Mayor francés era un dogma que los alemanes no mezclarían las unidades de la reserva con las unidades en activo, y esto

llevó a la creencia de que los alemanes no contarían con hombres suficientes en la línea del frente para hacer dos cosas al mismo tiempo: establecer una potente ala derecha a través de un extenso territorio belga al oeste del Mosa y mantener fuerzas suficientes por parte de los franceses a través del Rin.

Cuando el general Michel presentó su plan, el ministro de la Guerra, Messimy, lo calificó de «comme une insanité»[15]. Como presidente del Consejo Superior de Guerra no sólo intentó anularlo, sino que también consultó con otros miembros del Consejo sobre la conveniencia de sustituir a Michel[16].

Messimy, un hombre exuberante, enérgico y casi violento, de grueso cuello, cabeza redonda, brillantes ojos de campesino, lentes y una voz muy potente, era un antiguo oficial profesional. En 1899, cuando era capitán de cazadores a la edad de treinta años, se había licenciado en el Ejército como protesta contra la negativa de estudiar de nuevo el caso Dreyfus. En aquel ambiente tan apasionado, el cuerpo de oficiales, que tradicionalmente se sentía separado del pueblo, apretó sus filas e insistió en que admitir la posibilidad de la inocencia de Dreyfus, después de su condena, sería destruir el prestigio y la infalibilidad del Ejército. Messimy decidió entonces dedicarse a la carrera política con el fin de «reconciliar al Ejército con la nación»[17]. Examinó el Ministerio de la Guerra en busca de mejoras. Al descubrir un número de generales «incapacitados no sólo para dirigir tropas, sino incluso para seguirlas»[18], adoptó el sistema de Theodore Roosevelt de ordenar a todos los generales que dirigieran las maniobras montados a caballo. Cuando esto provocó protestas de determinados generales que a causa de su edad habrían de licenciarse del Ejército, Messimy replicó que éste era precisamente el objetivo que él perseguía. Fue nombrado ministro de la Guerra en junio de 1911, después de una serie de cuatro ministros en cuatro meses, y al día siguiente de tomar posesión de su cargo se enfrentó con la presencia del

cañonero alemán Panther frente a Agadir, lo que precipitó la segunda crisis en Marruecos. En espera de la movilización en cualquier momento, Messimy se dijo que el generalísimo previsto para el mando, el general Michel, era «incapaz, indeciso» y que «se derrumbaría bajo el peso de la responsabilidad que en un momento dado pudiera caer sobre él»[19]. Messimy estaba firmemente convencido de que en el cargo que ocupaba representaba un «peligro nacional». La «loca» propuesta de Michel fue el pretexto para librarse de él.

Michel, sin embargo, se negó a marcharse antes de que su plan fuera presentado al Consejo, entre cuyos miembros figuraban los más relevantes generales de Francia: Gallieni, el gran colonialista; Pau, el veterano manco de 1870; Joffre, el ingeniero silencioso; y Dubail, el ejemplo de la valentía que llevaba el quepis ladeado sobre un ojo con el *chic exquis* del Segundo Imperio[20]. Todos ellos habían de ocupar puestos de mando en 1914 y dos de ellos fueron ascendidos a mariscales de Francia. Pero ninguno dio su apoyo al plan de Michel. Uno de los oficiales del Ministerio de la Guerra que estuvo presente en la reunión dijo: «No hay necesidad de discutirlo. Michel está mal de la cabeza»[21].

Tanto si este veredicto representaba o no el punto de vista de todos los presentes, pues Michel alegó, más tarde, que el general Dubail se había mostrado en un principio de acuerdo con él, lo cierto es que Messimy, que en ningún momento ocultó la hostilidad al plan, se ganó el visto bueno del Consejo. Quiso el destino que Messimy fuera un hombre de mucho carácter, al contrario que Michel. Estar en lo cierto y ser ignorado es cosa que no olvidan las personas que ocupan posiciones de responsabilidad, pero Michel pagó caras sus presunciones. Fue nombrado comandante militar de París, en donde en un momento crucial demostró, en efecto, que era un hombre «incapaz e indeciso».

Messimy, después de haber abandonado por completo la herejía del plan defensivo de Michel, hizo todo lo que estuvo en su poder en el Ministerio de la Guerra para equipar al Ejército, para que éste se pudiera lanzar a una brillante ofensiva, pero se vio defraudado en su ambición más acariciada: la necesidad de reformar el uniforme francés. Los ingleses habían adoptado el caqui después de la guerra con los bóers, y los alemanes estaban a punto de efectuar el cambio del azul prusiano al gris de campaña. Pero en 1912 los soldados franceses continuaban luciendo las chaquetas azules, el quepis y los pantalones rojos que habían llevado en 1830, cuando los fusiles sólo alcanzaban doscientos pasos y los ejércitos que luchaban con las filas cerradas no tenían necesidad del camuflaje. Cuando visitó el frente de los Balcanes en el año 1912, Messimy vio las ventajas que tenían los búlgaros con sus uniformes parduscos y volvió a Francia decidido a reducir la visibilidad del Ejército francés. Pero su proyecto de embutir a sus soldados en uniformes grises y azules o grises y verdes levantó un sinfín de protestas. El orgullo del Ejército era intransigente a renunciar a sus pantalones rojos, del mismo modo que aceptaba las armas pesadas a disgusto. De nuevo el prestigio del Ejército se encontraba en un callejón sin salida. Vestir a los soldados franceses en un color sucio, poco glorioso, declaraban los altos oficiales del Ejército, sería ceder ante las presiones de los Dreyfus y los masones. Borrar «todo lo que es colorido, todo lo que presta su alegre aspecto a los soldados —escribió el *Echo de París*—, es ir en contra tanto del gusto francés como de la función militar». Messimy insistió en que pudiera muy bien darse el caso de que ambos ya no fueran sinónimos, pero sus contrarios no cedieron. Durante una reunión parlamentaria, un antiguo ministro de la Guerra, el señor Etienne, habló por Francia:

—¿Eliminar los pantalones rojos? —gritó—. ¡Nunca! *Le pantalon rouge, c'est la France*!

«Esta ciega e imbécil preferencia por el más visible de todos los colores tendrá crueles consecuencias», escribió más tarde Messimy[22].

Mientras tanto, todavía en plena crisis de Agadir, tenía que proceder al nombramiento de otro generalísimo en lugar de Michel. Decidió conferir más responsabilidad al cargo combinándolo con el de jefe del Estado Mayor y aboliendo el cargo de jefe del Estado Mayor en el Ministerio de la Guerra, que era ocupado por el general Dubail. El sucesor de Michel tendría todas las riendas del poder reunidas en sus manos.

La primera elección de Messimy recayó en el austero y brillante general Gallieni, que se negó a aceptarlo alegando que, habiendo contribuido a la caída de Michel, ahora sentía escrúpulos en sucederle. Además, sólo le quedaban dos años de servicio activo y opinaba que el nombramiento de un «colonialista» provocaría disgustos en el ejército metropolitano; «une question de bouton»[23], dijo, llevándose el dedo índice a su insignia. El general Pau, a quien le correspondía por turno, puso como condición que se le permitiera nombrar a los generales que ocuparían los cargos más altos, lo que, teniendo en cuenta sus puntos de vista reaccionarios, amenazaba con establecer una barrera entre un Ejército de derechas y una nación republicana. Agradeciendo su honestidad, el gobierno se negó a aceptar esta condición. Messimy consultó con Gallieni, que le sugirió a su antiguo subordinado en Madagascar, «un frío y metódico trabajador con una mente lúcida y precisa»[24]. En consecuencia, el cargo, fue ofrecido al general Joseph-Jacques-Césaire Joffre, que entonces tenía cincuenta y nueve años de edad, antiguo jefe del Cuerpo de Ingenieros y actual jefe de los Servicios de Retaguardia.

Imponente y barrigudo en su holgado uniforme, con rostro carnoso adornado por unos bigotes pesados casi blancos y unas pobladas cejas, piel rosada y juvenil, serenos ojos azules y una

mirada cándida y tranquila, Joffre parecía Santa Claus y tenía cierto aire de benevolencia e ingenuidad, dos cualidades que no formaban parte de su carácter, precisamente. No descendía de una familia de caballeros, no se había graduado en St. Cyr, sino en la menos aristocrática, aunque no menos científica, École Polytechnique, y no había estado en la Academia Militar para recibir una instrucción militar superior. Como oficial del Cuerpo de Ingenieros que cuidaba de temas tan poco románticos como las fortificaciones y los ferrocarriles, formaba parte de una sección del Ejército cuyos oficiales pocas veces eran elegidos para cargos más elevados. Era el mayor de once hijos de un pequeño fabricante burgués de barriles de vino en los Pirineos franceses. Su carrera militar se había distinguido por un silencioso cumplimiento y una gran eficacia en todos los cargos que había desempeñado como comandante de una compañía en Formosa, en Indochina, en Sudán y Tombuctú, como oficial de Estado Mayor en la Sección de Ferrocarriles en el Ministerio de la Guerra, como profesor en la Escuela de Artillería, como oficial de fortificaciones a las órdenes de Gallieni en Madagascar de 1900, a 1905, como general de división en 1905, al mando de un Cuerpo de Ejército en 1908, y como director de la Retaguardia y miembro del Consejo de Guerra desde 1910.

No se le conocían relaciones clericales, monárquicas o de otra índole, había estado lejos del país durante el caso Dreyfus, su reputación de buen republicano era tan intachable como sus bien cuidadas manos y era un hombre sereno y flemático. Su característica más relevante era su habitual silencio, lo que en otros hombres hubiera podido ser tomado como timidez o desprecio hacia los demás, pero que en Joffre inspiraba confianza. Le quedaban todavía cuatro años antes de ser licenciado por alcanzar la edad correspondiente.

Joffre tenía plena conciencia de una deficiencia suya: no estaba al corriente del intrincado trabajo de un Estado Mayor.

Un caluroso día de julio, cuando dejaron abiertas las puertas en el Ministerio de la Guerra que daban a la Rue St. Dominique, unos oficiales vieron en su despacho al general Pau cogiendo a Joffre por un botón de su guerrera. «Bien, *cher ami* —le decía—, le daremos a De Castelnau. Él conoce todo lo referente a la labor en el Estado Mayor… todo marchará sobre ruedas»[25].

Castelnau, que se había graduado tanto en St. Cyr como en la Academia Militar, procedía, como D'Artagnan, de Gascuña, donde se dice que se educan hombres de sangre ardiente y cerebro frío. Tenía la desventaja de estar emparentado con un marqués, de haberse relacionado con los jesuitas y de hacer gala de un catolicismo personal que él practicaba tan públicamente que durante la guerra se ganaría el apodo de «le capucin botté», «el monje con botas». Sin embargo, gozaba de una larga experiencia en el Estado Mayor. Joffre hubiese preferido a Foch, pero sabía que Messimy sentía un inexplicable prejuicio contra este último[26]. Tal como era su costumbre, escuchó los comentarios de Pau y los aceptó.

«¡Ay!», se lamentó Messimy cuando Joffre solicitó el nombramiento de Castelnau como lugarteniente suyo. «Levantará usted una tormenta en los partidos de la izquierda y se creará muchos enemigos»[27]. Sin embargo, con el consentimiento del presidente y del primer ministro, que «puso una cara de desconcierto y consternación», ambos nombramientos merecieron la aprobación oficial. Un general que ambicionaba un cargo para él mismo previno a Joffre contra De Castelnau, diciendo que éste le desplazaría: «Castelnau no», replicó Joffre. «Lo necesito durante seis meses, luego le daré el mando de un Cuerpo de Ejército». Pero luego quedó demostrado que De Castelnau era un oficial realmente incapacitado y Joffre le dio el mando de una división en lugar de un Cuerpo de Ejército.

La suprema confianza de Joffre en sí mismo quedó demostrada al año siguiente cuando su ayudante, el comandante Alexandre, le preguntó si temía que la guerra pudiera estallar pronto.

—Sí, lo temo —replicó Joffre—. Siempre lo he creído. Estallará: lucharé y venceré. Siempre he conseguido lo que me he propuesto… como en Sudán. Y volverá a ser así.

—Esto significaría el bastón de mando de mariscal para usted.

—En efecto —asintió Joffre, con lacónica ecuanimidad[28].

Bajo la égida de un personaje tan poco comunicativo, el Estado Mayor se dedicó, a partir del año 1911, a revisar los reglamentos de campaña, reeducando a la tropa en su espíritu y forjando un nuevo plan de campaña para sustituir el «Plan 16». La mente rectora del Estado Mayor, Foch, había sido ascendido y desde la Academia Militar había pasado a ocupar un mando; su último destino fue Nancy, donde, como solía decir, «la frontera del año 1870 cortaba como una cicatriz el pecho del país»[29]. Allí, guardando la frontera, estaba al mando del XX Cuerpo, que muy pronto había de hacerse famoso. Había dejado atrás, sin embargo, una «capilla», como eran llamadas las camarillas en el Ejército francés, de un número de discípulos que formaban un círculo alrededor de su persona. Y también había dejado atrás un plan estratégico, que fue lo que se convirtió en el marco del «Plan 17». Completado en abril de 1913, fue adoptado sin discusión o consulta, conjuntamente con los nuevos reglamentos de campaña por el Consejo Supremo de Guerra en el mes de mayo. Fueron dedicados los siguientes dieciocho meses a reorganizar el Ejército sobre la base del plan, preparando todas las instrucciones y órdenes de movilización, transportes, servicios de suministros, destinos y concentraciones. En febrero de 1914 estaba listo para ser distribuido en secciones a los

generales de los cinco ejércitos en que estaban divididas las Fuerzas Armadas francesas.

La idea original, tal como fue expuesta por Foch, era: «Hemos de llegar a Berlín pasando por Maguncia»[30], o sea, cruzando el Rin en Maguncia, a 130 millas al noroeste de Nancy. Este objetivo, sin embargo, era única y exclusivamente una idea, un plan. A diferencia del «Plan Schlieffen», el «Plan 17» no contenía un objetivo principal y tampoco un esquema explícito de las operaciones. No era un plan de operaciones, sino un plan de desarrollo con estudio de varias posibles líneas de ataque para cada ejército, según cuáles fueran las circunstancias, pero sin un objetivo concreto. Puesto que, en esencia, era un plan de respuesta, una respuesta al ataque alemán, cuyas rutas de avance no podían ser claramente fijadas por los franceses, tenía por necesidad que ser, tal como expuso Joffre, «*a posteriori* y oportunista»[31]. Su intención era clara: «¡Atacar!». Por todo lo demás, sus disposiciones eran muy flexibles.

Una breve directriz general de cinco frases, clasificadas como secretas, fue lo único que se enseñó a todos los generales que habían de llevar el plan a la práctica, pero sin concederles el derecho a discutirla. Y, en realidad, ofrecía muy poco para una discusión. «Sean cuales fueran las circunstancias, es intención del comandante en jefe avanzar con todas las fuerzas al encuentro de los ejércitos alemanes». El resto de la directriz general indicaba única y exclusivamente que la acción francesa consistía en dos ofensivas mayores, una a la izquierda y la otra a la derecha de la zona fortificada alemana en Metz-Thionville. La primera, a la derecha o «sur de Metz», avanzaría directamente hasta esta ciudad a través de la antigua frontera de Lorena, mientras que una operación secundaria en Alsacia estaba prevista para asentar el ala derecha francesa en el Rin. La ofensiva a la izquierda o «norte de Metz» avanzaría en dirección norte o, en el caso de que el enemigo violara territorio neutral,

en dirección nordeste, por Luxemburgo y las Ardenas belgas, pero este movimiento sería llevado a la práctica solamente en caso de ordenarlo el comandante en jefe. El propósito general, aunque esto no se decía en ninguna parte, era cruzar el Rin, aislando al mismo tiempo el ala derecha invasora alemana desde detrás.

Para este fin, el «Plan 17» desplegaba cinco ejércitos franceses a lo largo de la frontera entre Belfort y Alsacia hasta Hirson, a una tercera parte del camino, aproximadamente, de la frontera franco-belga. Los restantes dos tercios de la frontera belga, desde Hirson hasta el mar, quedaban sin defensa. Era precisamente a lo largo de esta franja donde el general Michel había planeado defender Francia. Joffre encontró su plan en la caja fuerte de su oficina cuando sucedió a Michel. Concentraba el centro de gravedad de las fuerzas francesas en esta extrema sección izquierda de la línea, que, en cambio, Joffre dejaba al descubierto. Era un plan prematuramente defensivo, no permitía tomar la iniciativa, y Joffre, después de un meticuloso estudio, lo calificó como una «locura»[32].

El Estado Mayor francés, a pesar de que recibía mucha información a través del Deuxième Bureau, el servicio de información militar francés, que señalaba un poderoso envolvimiento del ala derecha alemana, creía que los argumentos contra esta maniobra eran más convincentes que su misma evidencia. No creían que los alemanes pudieran cruzar Flandes, a pesar de que les había sido expuesta una primera versión del «Plan Schlieffen» por un oficial del Estado Mayor alemán. Durante el curso de tres entrevistas con un oficial de información francés en Bruselas, Niza y París, el oficial alemán se presentó con la cabeza vendada, dejando sólo una abertura que revelaba unos bigotes grises y unos ojos de mirada penetrante[33]. Los documentos que entregó, a cambio de una cantidad de dinero muy elevada, revelaban que los alemanes planeaban cruzar Bél-

gica por Lieja, Namur, Charleroi, e invadir Francia a lo largo del valle del Oise pasando por Guise, Noyon y Compiègne. La ruta era correcta para el año 1914, puesto que los documentos eran auténticos. El general Pendezac, que entonces era el jefe del Estado Mayor francés, opinaba que la información «correspondía perfectamente con la actual tendencia de la estrategia alemana, que enseña la necesidad de un vasto envolvimiento»[34], pero muchos de sus colegas eran de opinión contraria. No creían que los alemanes pudieran movilizar suficientes hombres para una maniobra de tal escala y sospechaban que la información podía ser una trampa para alejar a los franceses de la zona del ataque efectivo. Los planes franceses eran obstaculizados por una serie de dudas, y una de las mayores la representaba Bélgica. Para la mente francesa era evidente que los alemanes obligarían a entrar en la guerra a Inglaterra si violaban el territorio belga y ocupaban Amberes. ¿Era lógico pensar que los alemanes obligaran a entrar en la guerra a Inglaterra? ¿No era «más lógico» suponer que se basarían de nuevo en el plan del viejo Moltke y atacarían Rusia antes de que los rusos pudieran terminar su lenta movilización?

En su intento de adoptar el «Plan 17» a una de las varias hipótesis de la estrategia alemana, Joffre y Castelnau creían que lo más probable era una gran ofensiva enemiga a través de la meseta de Lorena. Creían que los alemanes violarían el extremo del territorio belga al este del Mosa. Calculaban las fuerzas alemanas en el frente del Oeste sin las reservas, en la línea del frente, en veintiséis cuerpos de Ejército. Castelnau decidió que era por completo «imposible» que estas fuerzas pudieran extenderse al otro extremo del Mosa. «Y yo tenía la misma opinión», escribió Joffre[35].

Jean Jaurès, el gran jefe socialista, pensaba de un modo diferente. En su batalla contra la ley de los tres años insistió, en sus discursos y en su libro *L'Armée nouvelle*, en que la guerra del fu-

turo sería de un ejército de masas en la que intervendrían todos los ciudadanos. Esta guerra era la que estaban preparando los alemanes, y si Francia no hacía uso de todos sus reservistas en el frente, estaría sumida en una terrible inferioridad.

Fuera de la capilla de los protectores del «Plan 17» había otros técnicos militares que abogaban firmemente por la defensiva. El coronel Grouard, en su libro *La guerre eventuelle*, publicado en 1913, escribió: «Es, sobre todo, en la ofensiva alemana a través de Bélgica donde deberíamos fijar toda nuestra atención. Por lo que se puede prever, podemos afirmar, sin vacilaciones de ninguna clase, que si nos lanzamos a la ofensiva desde un principio seremos derrotados. Pero si Francia prepara una defensa contra el ala derecha alemana todas las ventajas estarían a nuestro favor».

En 1913 el Deuxième Bureau reunió suficiente información sobre el destino que los alemanes pensaban dar a sus reservas hasta el punto de que ya era imposible para el Estado Mayor francés ignorar este factor crucial[36]. Una crítica de Moltke sobre las maniobras alemanas en el año 1913, indicando que las reservas serían empleadas en el sentido ya conocido ahora, fue a parar también a manos de los franceses. El comandante Melotte, el agregado militar belga en Berlín, observó e informó de que los alemanes llamaban a filas, en 1913, a un número anormal de reservistas, por lo que dedujo que estaban formando un cuerpo de la reserva para cada uno de los cuerpos en activo. Pero los autores del «Plan 17» no se dejaron convencer. Rechazaban las pruebas que apoyaban la teoría de mantenerse a la defensiva, puesto que sus corazones y sus esperanzas, así como también sus enseñanzas y estrategia, se decantaban firmemente por la ofensiva. Se persuadían a sí mismos diciendo que los alemanes tenían intención de usar las reservas exclusivamente para proteger las líneas de comunicaciones y destinarlas a los «frentes pasivos» y como tropas de ocupación. Rechazaban la

defensa de la frontera belga, insistiendo en que si los alemanes extendían su ala derecha hasta Flandes dejarían el centro tan indefenso que los franceses, tal como argumentara Castelnau, «podrían partirlo por la mitad». Una potente ala derecha alemana proporcionaría a los franceses la ventaja numérica sobre el centro y la izquierda alemana. Éste es el significado de la clásica frase de Castelnau: «¡Tanto mejor para nosotros!».

Cuando el general Lebas abandonó en cierta ocasión la Rue St. Dominique, le dijo a un diputado por Lila que le acompañaba: «Él tiene tres estrellas en la bocamanga y yo, dos. ¿Cómo puedo discutir con él?»[37].

4

«UN SOLO SOLDADO INGLÉS…»

Los planes militares conjuntos de Inglaterra con Francia fueron preparados en 1905 cuando la derrota de Rusia ante los japoneses, revelando de súbito su impotencia, desarticuló el equilibrio europeo. De forma inesperada y simultánea los gobiernos de todas las naciones tuvieron conciencia de que si alguno de ellos elegía aquel momento para provocar la guerra, Francia habría de luchar sin un aliado. Alemania, en el acto, puso el momento a prueba. A las tres semanas de la derrota rusa en Mukden, en 1905, lanzó un reto a Francia por medio de la sensacional presencia del káiser en Tánger, el día 31 de marzo. Para los franceses esto significaba que Alemania probaba de nuevo la «posibilidad», y que la encontraría, si no en aquel momento, sí muy pronto. «Como todos los demás, también yo hube de presentarme en París a las nueve de aquella mañana», escribió Charles Péguy, el poeta, redactor, místico, el socialista contrario a su partido y el católico enemigo de su Iglesia, que hablaba en nombre de la conciencia francesa. «Como todos los demás, sabía también yo a las once y media que, en el transcurso de aquellas dos horas, había comenzado un nuevo período en la historia de mi vida, en la historia de mi patria, en la historia de la humanidad»[1].

Péguy no hablaba porque sí de su propia vida. En agosto de 1914 se alistó como voluntario, a la edad de cuarenta y un años, y murió en el campo de batalla del Marne el 7 de septiembre.

También Gran Bretaña reaccionó ante el reto de Tánger. Su organización militar acababa de ser revisada a fondo por el Comité de lord Esher. Además de éste, en el Comité estaban el

lord del Almirantazgo, *sir* John Fisher, que había reformado la flota con una serie de cañones revolucionarios, y un oficial del Ejército, *sir* George Clarke, conocido por sus modernas ideas sobre la estrategia imperial. El «triunvirato Esher» había creado un Comité de la Defensa Imperial para dirigir la política que estuviera relacionada con la guerra, en el cual Esher era miembro permanente y Clarke, su secretario, y había proporcionado al Ejército un Estado Mayor. Precisamente cuando el káiser montaba un nervioso caballo blanco por las calles de Tánger, el Estado Mayor estaba estudiando una guerra teórica basada en la suposición de que los alemanes cruzarían Bélgica en un amplio movimiento de flanco al norte y oeste del Mosa. Esta maniobra, sobre el mapa, les demostró al director de las operaciones militares, el general Grierson, y su ayudante, el general Robertson, que existían muy pocas posibilidades de detener a los alemanes, a no ser que las fuerzas inglesas «llegaran al escenario de la guerra rápidamente y con potentes fuerzas».

Por aquel entonces los ingleses preveían una acción independiente en Bélgica. El señor Balfour, primer ministro conservador, solicitó en el acto un informe para saber cuánto tiempo necesitaba una fuerza de cuatro divisiones para ser movilizada y desembarcada en Bélgica en el caso de una invasión alemana. Durante esa crisis, mientras Grierson y Robertson se trasladaban al continente para examinar sobre el terreno la frontera franco-belga, Balfour perdió el mando del gobierno.

Los nervios estaban muy excitados por ambas partes ante el temor de que Alemania pudiera aprovecharse de la catástrofe de Rusia para precipitar la guerra en el verano siguiente. No habían sido forjados todavía ninguna clase de planes para una acción militar conjunta anglo-francesa. Debido a que los ingleses estaban metidos en unas elecciones generales y todos los ministros, desperdigados por el país en su campaña electoral, los franceses se vieron obligados a efectuar una *demarche* no

oficial. Su agregado militar en Londres, el comandante Huguet, estableció contacto con un activo y trabajador intermediario, el coronel Repington, corresponsal militar de *The Times*, quien, después de solicitar la previa autorización de Esher y Clarke, inició las negociaciones. En un memorándum sometido al gobierno francés, el coronel Repington preguntaba: «¿Hemos de aceptar como un principio que Francia no violará el territorio belga a no ser que se vea obligada por una previa violación, a cargo de los alemanes?». «Decididamente, sí», contestaron los franceses. «¿Se dan cuenta los franceses de que una violación de la neutralidad belga nos obliga automáticamente a la defensa de nuestros tratados?», preguntaba el coronel en el intento de efectuar tanto una advertencia como una consulta. Jamás un gobierno británico se había obligado a sí mismo a entrar «automáticamente» en acción, pero el coronel marchaba ya muy adelantado a su tiempo. «Francia siempre ha confiado en eso —fue la respuesta un tanto evasiva— pero nunca ha recibido una seguridad oficial»[2].

Por medio de este formulario de preguntas y respuestas, el coronel estableció que Francia no confiaba gran cosa en una acción independiente de los ingleses en Bélgica y creía que la unidad de mando, Francia por tierra y Gran Bretaña por mar, era «absolutamente indispensable».

Mientras tanto habían sido elegidos los liberales. Enemigos, por tradición, de la guerra y de las aventuras extranjeras, confiaban en que las buenas intenciones y la buena voluntad lograrían conservar la paz. Su nuevo secretario de Asuntos Exteriores era *sir* Edward Grey, que sufrió la muerte de su esposa un mes después de haber jurado el cargo. El nuevo secretario de la Guerra, Richard Haldane, era un abogado que sentía una pasión tal por la filosofía alemana que, cuando los elementos militares en el Consejo le preguntaron qué clase de ejército pre-

veía él, repuso: «Un ejército hegeliano». «La conversación terminó en este punto», escribió más tarde[3].

Grey, que fue consultado por los franceses, contestó que no tenían la menor intención de «retirar» ninguna seguridad que su predecesor hubiese dado a Francia. Cuando se enfrentó con una crisis mayor, una semana después de haber ocupado el nuevo cargo, le preguntaron a Haldane si existían compromisos para que los ingleses lucharan al lado de los franceses en caso de emergencia. Haldane consultó los archivos y no encontró nada escrito. La información que le entregaron decía que se tardaría dos meses en destinar cuatro divisiones al continente[4].

Grey se preguntaba sobre la conveniencia de que se celebraran conversaciones entre los estados mayores como «precaución militar», sin comprometer por ello a Gran Bretaña. Haldane consultó con el primer ministro, *sir* Henry Campbell-Bannerman. A pesar de su afiliación al partido, Campbell-Bannerman sentía una afición y una pasión tan grande por todo lo francés que a veces cruzaba el Canal de la Mancha por la mañana para almorzar en Calais y estar de regreso en Londres por la noche[5]. Dio su consentimiento a las entrevistas entre los estados mayores, aunque con cierta prevención por el énfasis puesto en «preparativos conjuntos». Dado que lo más seguro era que se llegara «muy cerca de un honorable entendimiento»[6], temía que pudieran destruir con ello los amables y sueltos ligámenes de la Entente. Para evitarlo, Haldane dispuso que fuera firmada una carta por el general Grierson y el comandante Huguet declarando que las conversaciones, en ningún momento, comprometerían a Gran Bretaña[7]. Una vez establecida esta fórmula, dio su autorización para que comenzaran las negociaciones. A partir de aquel momento, él, Grey, y el primer ministro, sin informar siquiera al resto de los miembros del Gabine-

te, dejaron el futuro desarrollo en manos de los militares, como si se «tratara de un asunto de trámite más»[8].

Los estados mayores iniciaron las conversaciones. Los oficiales británicos, entre los que figuraba *sir* John French, un general de caballería que se había distinguido durante la Guerra de los Bóers, asistieron aquel verano a las maniobras francesas. Grierson y Robertson visitaron la frontera acompañados por el comandante Huguet. Previa consulta con el Estado Mayor francés eligieron bases de desembarco a lo largo de un frente entre Charleroi y Namur y zonas de combate hasta las Ardenas, siempre en el supuesto de una invasión alemana a través de Bélgica[9].

El «triunvirato Esher», sin embargo, era fundamentalmente contrario al destino del Ejército inglés como mera ayuda del francés, y los planes, después de haber sido iniciados en el año 1905 no prosperaron. El general Grierson fue reemplazado. El punto de vista que dominaba, representado por lord Esher, favorecía la acción independiente del mando francés en Bélgica, en donde la defensa de Amberes y la costa contigua era de interés directo de los ingleses[10]. En opinión de *sir* John French, la acción británica había de ser predominantemente naval. Dudaba de la capacidad militar de los franceses, estaba convencido de que los alemanes los derrotarían por tierra y no veía ninguna necesidad de destinar el Ejército inglés al continente para que fuera derrotado conjuntamente con los franceses. La única acción terrestre de la que se declaraba partidario era un audaz desembarco a espaldas de los alemanes, y ya había elegido, a tal fin, el lugar exacto… una «franja de arena dura de diez millas» a lo largo de la costa báltica de la Prusia oriental. Allí, a sólo noventa millas de Berlín, se encontraba el punto más cercano a la capital alemana que podía ser alcanzado por mar, de modo que las tropas inglesas desembarcadas por la Marina conquistarían una base de operaciones y «mantendrían ocupados a un millón

de alemanes». Aparte de esta acción, el Ejército sería «destinado únicamente […] a súbitos ataques contra la costa, la reconquista de Heligoland y la guarnición de Amberes». Su plan de lucha en Francia era, en opinión de Fisher, «una locura suicida», pues el Ministerio de la Guerra sólo se distinguía por su ignorancia de la guerra, y el Ejército debía ser administrado como un «anexo de la Marina»[11]. Ya en 1910, Fisher, que había cumplido los sesenta y nueve años, fue ascendido a la nobleza y relevado del Almirantazgo, pero no por ello había de dejar de prestar valiosos servicios.

Después de haber sido superada la crisis de 1906, los planes militares conjuntos con los franceses apenas progresaron durante los siguientes años. Mientras tanto, dos hombres establecieron una amistad franco-inglesa que había de servir como el primer cable para la construcción de un puente.

El Estado Mayor inglés estaba, entonces, al mando del brigadier general Henry Wilson, un alto y huesudo anglo-irlandés con una cara que se parecía a la de un caballo. Rápido e impaciente, Wilson se agitaba constantemente con nuevas ideas, era un hombre lleno de humor, pasión, imaginación y, sobre todo, energía. Cuando prestaba servicio en el Ministerio de la Guerra en Londres, acostumbraba a dar largos paseos por Hyde Park, antes del desayuno, llevándose el periódico que solía leer de pie aminorando el paso[12]. Educado por una serie de institutrices francesas, hablaba el francés de un modo muy fluido[13]. Lo alemán le interesaba mucho menos. En enero de 1909 Schlieffen publicó una carta anónima en la *Deutsche Revue* para protestar contra ciertos cambios hechos en su plan por su sucesor Moltke. La exposición básica, si no los detalles, de la «colosal Cannae» prevista para el movimiento de los ejércitos francés e inglés, fue revelada y supuesta la identidad del autor. Cuando un estudiante de Camberley le enseñó el artículo a su comandante,

Wilson lo devolvió diciéndole de un modo indiferente: «Muy interesante»[14].

En diciembre de 1909 el general Wilson se propuso visitar a su colega francés, el comandante de la École Supérieure de la Guerre, el general Foch. Asistió a cuatro conferencias y un cursillo y fue invitado cortésmente por el general Foch a tomar el té, ya que, aunque éste estaba molesto por las frecuentes interrupciones por parte de visitantes extranjeros, se creía obligado con su colega inglés. El general Wilson, que estaba entusiasmado por lo que había visto y oído, alargó la charla durante tres horas. Cuando Foch finalmente pudo acompañar a su visitante hasta la puerta confiando en que allí tendría lugar la despedida definitiva, Wilson le anunció que volvería al día siguiente para continuar la conversación. Foch no pudo dejar de admirar el *cran* del inglés y fingir un sincero interés. Pero esta segunda charla sirvió para que los dos hombres se sincerasen. Un mes después Wilson volvía a estar en París para celebrar una segunda entrevista. Foch aceptó su invitación de visitarle en Londres en la primavera siguiente y Wilson prometió estar otra vez en París en verano[15].

En Londres, cuando se presentó Foch, Wilson le presentó a Haldane y a otros en el Ministerio de la Guerra. Al abrir la puerta de una de las oficinas gritó: «Tengo un general francés ahí fuera… el general Foch. Hablo muy en serio… ese muchacho mandará los ejércitos aliados cuando estalle la gran guerra»[16]. Wilson ya había aceptado el principio de la unidad de mando y había elegido al hombre, aunque habían de pasar cuatro años y estar al borde de la derrota antes de que los acontecimientos le dieran la razón.

A través de repetidas visitas desde 1909, los dos comandantes se hicieron muy amigos, hasta el punto de ser admitido Wilson en el círculo familiar del francés e invitado a la boda de la hija de Foch. Con su amigo «Henry», Foch pasaba muchas ho-

ras en lo que un observador calificó de «tremendos chismorreos»[17]. Los dos hombres, el alto y el bajo, solían dar largos paseos y hablar sin interrupción. Wilson había quedado gratamente impresionado por la rapidez y la eficacia con que eran dirigidos los estudios en la Academia Militar. Los oficiales instructores continuamente estimulaban a los cadetes con su «Vite, vite!» y «Allez, allez!». Cuando introdujo este sistema en la Escuela del Estado Mayor en Camberley, la técnica de la rapidez pronto fue llamada «operaciones *allez*» de Wilson[18].

Una pregunta que le dirigió Wilson a Foch, durante su segunda visita en enero de 1910, provocó una respuesta que expresaba, en una sola frase, el problema de la alianza con Inglaterra tal como la veían los franceses.

—¿Cuál es la unidad militar británica más pequeña que sería de ayuda práctica para ustedes? —preguntó Wilson. Como un rayo llegó la respuesta de Foch:

—Un solo soldado inglés… y procuraremos que lo maten[19].

También Wilson deseaba ver a Inglaterra comprometida. Convencido de que la guerra con Alemania era inminente e inevitable, se lanzó a infundir un sentido de responsabilidad en sus compañeros y discípulos sumergiéndose por completo en el problema. En agosto de 1910 llegó su oportunidad. Fue nombrado director de las Operaciones Militares, cargo desde el cual el general Grierson había iniciado las negociaciones de estados mayores con Francia. Cuando el comandante Huguet se presentó a visitar al nuevo director para lamentarse de la falta de progresos hechos desde 1906 en una cuestión tan importante como la cooperación anglo-francesa, Wilson replicó: «¿Una cuestión importante? ¡Una cuestión vital! No hay otra cosa tan importante»[20].

Inmediatamente los planes conjuntos alcanzaron una nueva fase. Wilson no veía otra cosa sino Francia y Bélgica. En su pri-

mera visita en 1909 dedicó diez días a visitar en tren y bicicleta las fronteras franco-belga y franco-germana desde Valenciennes a Belfort. Descubrió que la apreciación de Foch sobre el movimiento alemán a través de Bélgica era exactamente igual que la suya y que la línea más importante estaba situada entre Verdún y Namur, en otras palabras, al este del Mosa[21]. Durante los cuatro años siguientes repitió sus visitas tres y cuatro veces al año, efectuando cada vez excursiones en coche o bicicleta por los antiguos campos de batalla del año 1870 y los que se preveían futuros campos de batalla en Lorena y las Ardenas. En cada una de estas ocasiones conferenció con Foch y, cuando éste fue sustituido, con Joffre, Castelnau, Dubail y otros miembros del Estado Mayor francés.

En el despacho de Wilson, en el Ministerio de la Guerra, había un gigantesco mapa de Bélgica que cubría toda una pared y en el que se habían señalado con lápiz negro todas las carreteras por donde se suponía pudieran marchar las tropas alemanas. Cuando llegó al Ministerio de la Guerra, Wilson comprobó que bajo el nuevo orden impuesto por el «Schopenhauer entre los generales», tal como se llamaba Haldane, el Ejército regular había sido instruido a fondo, preparado y organizado para convertirse en una fuerza expedicionaria en un momento dado con todo dispuesto para que estuviera en pie de guerra el mismo día de la movilización. Pero no se había previsto de ningún modo su transporte al otro lado del Canal de la Mancha, ni tampoco nada que hiciera referencia a los suministros, su despliegue en las zonas de concentración en Francia o sus relaciones con los ejércitos franceses.

Lo que él consideraba un fallo del Estado Mayor producía que se dejara llevar por periódicos arranques de ira que expresaba con las siguientes palabras en su diario: «[…] muy poco satisfactorio […] ninguna disposición de transporte […] falta de suministro para los caballos […] ¡Una situación escandalosa […]

sin comunicaciones ferroviarias hasta los puertos, ninguna disposición naval […] no han pensado en los suministros médicos […] no ha sido solventada la dificultad de los caballos […]! ¡No existe absolutamente nada, es escandaloso! […] ¡La situación de los caballos es desgraciada!». Sin embargo, en marzo de 1911, de toda esta falta de preparativos creó un esquema de movilización por medio del cual «el conjunto de seis divisiones de infantería podía embarcar el cuarto día, la caballería, el séptimo y la artillería, el noveno día»[22].

Todas estas disposiciones llegaron en el momento oportuno. El 1 de julio de 1911 el Panther se presentó frente a Agadir. A través de todas las cancillerías de Europa corrió la palabra: «guerra», que era pronunciada en voz baja. Wilson se trasladó urgentemente a París el mismo mes en que el Consejo de Guerra francés abandonaba definitivamente los planes defensivos del general Michel. Conjuntamente con el general Dubail redactó un informe que preveía, en el caso de una intervención británica, una fuerza expedicionaria de seis divisiones regulares y una división de caballería. Firmada por Wilson y Dubail el 20 de julio, se especificaba una fuerza total de 150 000 hombres y 67 000 caballos que habían de desembarcar en El Havre, Boulogne y, río arriba, en Rouen desde el cuarto al octavo día de la movilización, para continuar por tren a una zona de concentración en la región de Maubeuge, con el fin de estar listas para entrar en combate el día M-13.

En efecto, el acuerdo Dubail-Wilson obligaba al Ejército inglés, si estallaba la guerra y Gran Bretaña entraba en la lucha, a prolongar el frente francés, impidiendo de esta forma que pudiera ser rodeado[23]. Significa, tal como ha expuesto el comandante Huguet, que los franceses habían logrado persuadir a Wilson y al Estado Mayor inglés en contra de «un teatro de operaciones secundario» y en favor de una acción común en el «escenario principal, es decir, el francés»[24]. En realidad, la flo-

ta inglesa era tan responsable como la francesa, puesto que su negativa a garantizar los puertos de desembarco por encima de la línea Dover-Calais impedía un desembarco más próximo o incluso dentro de Bélgica.

Al regreso de Wilson a Londres la cuestión más importante, escribió en su diario, era saber si Alemania iría a la guerra «contra Francia y nosotros». Cuando fue consultado por Grey y Haldane durante un almuerzo, presentó un enfático programa de tres puntos. «Primero, hemos de unirnos a los franceses; en segundo lugar, hemos de movilizarnos el mismo día en que lo haga Francia; y en tercero, hemos de mandar las seis divisiones completas»[25].

Se sintió «profundamente disgustado» por la forma en que los dos estadistas no militares trataban la situación, a pesar de que le ofrecieron una nueva oportunidad para instruir al gobierno sobre los hechos de guerra. El 23 de agosto, el primer ministro Asquith, sucesor de Campbell-Bannerman desde 1908, convocó una reunión especial y secreta del Comité de Defensa Imperial para discutir la estrategia británica en el caso de guerra[26]. El general Wilson dedicó toda una mañana a exponer el punto de vista del Ejército; y el sucesor de Fisher, el almirante *sir* Arthur Wilson, los de la Marina durante toda una tarde. Además de Asquith, Grey y Haldane, estaban presentes otros tres miembros del Gabinete, el canciller de la Tesorería, Lloyd George, el primer lord del Almirantazgo, el señor McKenna, y el secretario del Interior, un joven de unos treinta y siete años, imposible de olvidar, porque desde aquel cargo tan poco apropiado había abrumado al primer ministro durante la crisis con ideas sobre estrategia naval y militar, unas ideas muy acertadas, por cierto, pues, al parecer, no tenía la menor duda de cómo sería la lucha y de todo lo que se precisaría para ganarla. El secretario del Interior se llamaba Winston Churchill.

Wilson, que se enfrentaba con ese grupo de «hombres ignorantes», como él los llamaba, auxiliado por un compañero y futuro jefe del Estado Mayor, *sir* John French, «que no sabe nada del asunto», clavó su gran mapa de Bélgica en la pared y habló durante dos horas. Esfumó muchas ilusiones cuando dijo que Alemania, contando con la lenta movilización rusa, enviaría el grueso de sus fuerzas sobre los franceses alcanzando una superioridad numérica sobre éstos. Predijo, de un modo correcto, el plan de ataque alemán por medio de un envolvimiento del ala derecha, pero, imbuido de las teorías francesas, calculaba la fuerza que bajaría al oeste del Mosa en un máximo de cuatro divisiones. Declaró que si las seis divisiones inglesas eran mandadas inmediatamente después de estallar la guerra al extremo de la línea del frente francés, las posibilidades de detener a los alemanes serían muy favorables.

Cuando le tocó el turno al almirante por la tarde, los sorprendidos asistentes quedaron consternados al descubrir que el plan de la Marina no tenía nada en común con el Ejército. Proponía desembarcar las fuerzas expedicionarias inglesas no en Francia, sino en una «franja de arena dura de diez millas» en las costas septentrionales de Prusia. Su argumento fue violentamente rebatido por los generales. La ausencia de lord Fisher incitó a Asquith a rechazarlo y el Ejército se llevó la victoria. Los gruñidos de disgusto de Fisher no cesaron desde aquel momento. «La abrumadora supremacía de la flota inglesa […] es la única que puede mantener al Ejército alemán lejos de París», le escribió a un amigo pocos meses más tarde. «Nuestros soldados son cómicos con sus absurdas ideas sobre la guerra, pero, por suerte, no tienen poder. Conquistaremos Amberes y no nos iremos de excursión por los Vosgos». Una cierta lógica en la cuestión de Amberes influiría en todos los planes ingleses hasta el último minuto del año 1914 e incluso después[27].

La reunión de agosto de 1911, como la del Consejo de Guerra francés que había destituido al general Michel algunas semanas antes, fue decisiva para la estrategia británica y no tuvo consecuencias de gran valor. Fue decretado un cambio que afectó a los cargos políticos de la Marina y el ambicioso secretario del Interior fue afortunadamente nombrado primer lord del Almirantazgo, en donde, en el año 1914, se haría indispensable.

Los rumores sobre aquella reunión secreta del Comité de Defensa Imperial enojaron a los miembros del Gabinete que no habían sido convocados a la misma y que pertenecían al bando pacifista del partido. Henry Wilson se enteró de que era considerado como el villano y que «pedían su cabeza»[28]. Entonces se inició la crisis en el Gabinete que resultaría tan crítica en los últimos días de la decisión. El gobierno se aferraba al punto de vista de que las «conversaciones» militares eran, según palabras de Haldane, «la consecuencia natural y oficiosa de nuestra estrecha amistad con Francia»[29]. Puede que fueran, efectivamente, la consecuencia natural, pero en ninguno de los casos se trataba de conversaciones oficiosas. Tal como le dijo lord Esher, con cierto realismo, al primer ministro, los planes elaborados por los estados mayores «sin duda nos han comprometido a la lucha, le guste o no al Gabinete».

No se sabe lo que Asquith contestó a esto o lo que él, en lo más íntimo de su ser, pensaba sobre esta cuestión tan crucial.

Durante el año siguiente, en 1912, se llegó a un acuerdo naval con Francia como resultado de un imprevisto viaje, pero no a Francia sino a Berlín. En un esfuerzo por disuadir a los alemanes de que aprobaran una nueva Ley Naval que preveía el aumento de su flota, Haldane fue enviado a entrevistarse con el káiser, Bethmann, el almirante Tirpitz y otros jefes alemanes[30]. Fue el último intento anglo-alemán para hallar una base común de entendimiento, y fracasó. Como un *quid pro quo* para mante-

ner su flota inferior a la inglesa, los alemanes exigían la promesa de la neutralidad británica, en el caso de una guerra entre Alemania y Francia, y los ingleses se negaron a aceptar esta condición. Haldane regresó convencido de que la ambición de Alemania para alcanzar la hegemonía en Europa chocaría más tarde o más pronto con Inglaterra. «Me dije, por mis conocimientos del Estado Mayor alemán, que una vez que el belicismo alemán se pusiera en marcha, no se limitaría únicamente a descartar a Francia o Rusia, sino que se lanzaría a la conquista del mundo». Proviniendo de Haldane, esta conclusión surtió un efecto muy profundo sobre el modo de pensar y sobre las futuras medidas que adoptaron los liberales. El primer resultado fue un pacto naval con Francia por el que los ingleses se comprometían a salvaguardar el Canal de la Mancha y las costas francesas contra los ataques enemigos, permitiendo que la flota francesa se concentrara en el Mediterráneo[31].

Aunque las cláusulas del acuerdo no eran conocidas por la totalidad del Gabinete, se presentía que se había ido demasiado lejos. No satisfechos con la fórmula de «no compromiso», el grupo pacifista insistía en que fuera puesta por escrito. *Sir* Edward Grey insistió mediante una carta dirigida al señor Cambon, el embajador francés[32]. Dictada y aprobada por el gobierno, era una obra maestra de elipsis. «Las conversaciones militares no permiten a ambos bandos decidir en el futuro si deben o no ayudarse mutuamente por medio de las Fuerzas Armadas. El acuerdo naval no ha de basarse en un compromiso de cooperar en caso de guerra. Ante una amenaza de guerra, los dos bandos tomarían en consideración los planes de sus estados mayores respectivos, y luego decidirían qué efectos dar a los mismos».

Este curioso documento logró satisfacer a todo el mundo: a los franceses porque ahora todo el Gabinete inglés conocía oficialmente la existencia de unos planes en común, al grupo paci-

fista porque decía que Inglaterra no se «comprometía», y a Grey porque había dado con una fórmula que salvaba sus planes y silenciaba a sus oponentes. Haber suscrito una alianza definitiva con Francia, se decía en ciertos círculos, hubiera provocado la caída del gobierno[33].

Después de Agadir, cuando cada año aportaba su crisis estival y el aire se iba enrareciendo ante la inminente llegada de la tormenta, la labor en común de los estados mayores se fue intensificando. Los viajes de *sir* Henry Wilson por el extranjero se hicieron más frecuentes. Halló en el nuevo jefe del Estado Mayor francés, el general Joffre, «un hombre elegante, viril, un soldado imperturbable de mucho carácter y decisión», y en De Castelnau, «un oficial muy astuto e inteligente». Continuó sus inspecciones de la frontera belga recorriendo en bicicleta todas las carreteras y caminos regresando siempre a su campo de batalla favorito en 1870, Mars-la-Tour, cerca de Metz, en donde cada vez que veía el monumento a Francia, conmemorando la batalla, experimentaba una viva emoción. Durante una de estas visitas, recordó más tarde: «Coloqué a sus pies un pequeño pedazo del mapa que llevaba encima y en el que figuraban las zonas de concentración de las fuerzas británicas en su territorio»[34].

En 1912 examinó las nuevas construcciones ferroviarias alemanas que convergían en Aquisgrán y la frontera belga. En febrero de aquel año, los planes anglo-franceses habían llegado a tal punto que Joffre pudo decirles a los miembros del Consejo Superior de Guerra que contaba con seis divisiones de infantería, dos divisiones de caballería y dos divisiones montadas inglesas, o sea, con un total de 145 000 hombres[35]. «L'Armée W», como eran llamadas estas fuerzas en honor a Wilson, desembarcaría en Boulogne, El Havre y Rouen, se concentraría en la región de Hirson-Maubege y estaría lista para entrar en acción a los quince días de la movilización. En el otoño del mismo

año, Wilson asistió a las maniobras en compañía de Joffre, de De Castelnau y del gran duque Nicolás de Rusia, y a continuación emprendió un viaje a Rusia para celebrar conversaciones con el Estado Mayor ruso. En 1913 visitó París cada dos meses para celebrar conferencias con los jefes del Estado Mayor francés y asistir a las maniobras del XX Cuerpo de Ejército de Foch, que vigilaba la frontera.

Mientras Wilson reforzaba y perfeccionaba sus acuerdos con los franceses, el nuevo jefe del Estado Mayor Imperial inglés, *sir* John French, hizo un intento en 1912 de volver a la idea de una acción independiente en Bélgica. Unas discretas investigaciones hechas por el agregado militar inglés en Bruselas pusieron fin a estos intentos. Se comprobó que los belgas eran obstinados en el mantenimiento de su propia neutralidad. Cuando el agregado inglés preguntó sobre la conveniencia de unas disposiciones en común para el desembarco de tropas inglesas en Bélgica, partiendo siempre, como es natural, de una previa violación del territorio belga por los alemanes, fue informado de que los ingleses deberían esperar hasta que fuera solicitada su ayuda militar. El ministro inglés averiguó, al hacer investigaciones por su propia cuenta, que en el caso de que las tropas inglesas desembarcaran antes de una invasión alemana o sin el permiso belga, serían el blanco del fuego belga[36].

Esta actitud de los belgas confirmó a los ingleses lo que nunca se cansaban de repetir a los franceses: que todo dependía de que fueran los alemanes los primeros en violar la neutralidad belga. Lord Esher previno al comandante Huguet en 1911: «Nunca, bajo ningún pretexto, permitan que los comandantes franceses sean los primeros en cruzar las fronteras belgas, pues en este caso los ingleses jamás se podrían poner de su lado, mientras que si son los alemanes los primeros en violar la neutralidad belga, nos obligarán a entrar en la guerra»[37]. El señor Cambon, el embajador francés en Londres, se expresaba así:

«Sólo si Alemania viola Bélgica, podrá Francia contar con la cooperación de Inglaterra», insistía en sus numerosos despachos.

En la primavera del año 1914, la labor conjunta de los estados mayores francés e inglés había sido completada hasta el último batallón, pues incluso habían sido fijados los lugares donde tomarían el café. El número de vagones de ferrocarril franceses, el número de intérpretes, la preparación de las claves, el forraje para los caballos, todo estaba ya perfectamente previsto en el mes de julio. El hecho de que Wilson y sus colegas estuvieran en constante comunicación con los franceses había de ser mantenido en secreto. La obra entera del «Plan W», como era denominado el movimiento de las Fuerzas Expedicionarias, tanto por el Estado Mayor inglés como por el francés, fue llevada a cabo en el mayor de los secretos, pues estaban enterados apenas una media docena de oficiales, que incluso eran quienes se dedicaban a pasar los documentos a máquina. Mientras que los militares organizaban las líneas de combate, los jefes políticos de Inglaterra, cubriéndose sus cabezas con la manta del «sin compromiso», se abstenían por completo de controlar estos trabajos[38].

5

EL RODILLO RUSO

El coloso ruso ejercía un embrujo sobre Europa. En el tablero de ajedrez de los planes militares, las dimensiones y el peso de los números representaban su figura mayor. A pesar de su desafortunada actuación en la guerra contra Japón, el pensamiento puesto en el «rodillo» ruso prestaba confianza y valor a Francia y Gran Bretaña, y la amenaza de los eslavos a sus espaldas atemorizaba a los alemanes[1].

A pesar de que los defectos del Ejército ruso eran evidentes, aunque había sido el invierno ruso, y no el Ejército, quien había obligado a Napoleón a retirarse de Moscú; aunque habían sido derrotados en su propio territorio por los franceses y los ingleses en Crimea; aunque los turcos, en 1877, los habían vencido en el cerco de Plevna y sólo habían sucumbido luego ante una superioridad abrumadora; aunque los japoneses los habían derrotado en Manchuria, existía, no obstante, un mito de invencibilidad en torno a los rusos. Las salvajes cargas de la caballería cosaca impresionaban de tal modo a las mentes europeas que los dibujantes de los periódicos en agosto de 1914 los reflejaron minuciosamente, a pesar de que nunca habían estado en el frente ruso. Los cosacos y los millones de austeros *mujiks* dispuestos a morir constituían el núcleo central del Ejército ruso. Y sus números inspiraban respeto: 1 423 000 hombres en tiempos de paz, unos 3 115 000 hombres que podían ser llamados a filas en el momento de la movilización y una reserva de otros 2 000 000, lo que les permitía poder disponer de una fuerza total de 6 500 000 hombres[2].

Una masa gigantesca, letárgica al principio, pero que cuando era sacudida a fondo y puesta en movimiento avanzaba inexorablemente hacia delante y, sin tener en cuenta las bajas, proseguía siempre su avance, puesto que siempre había reservas para cubrir los huecos de los que caían. Los esfuerzos del Ejército para suprimir la incompetencia y la corrupción, después de la guerra con Japón, se creía que habían provocado grandes mejoras. «Todo el mundo, en la política francesa, estaba altamente impresionado por la creciente fuerza de Rusia y sus tremendos recursos, así como por su potencial y riqueza», observó *sir* Edward Grey cuando visitó París en abril de 1914 para negociar el acuerdo naval con los rusos. Y él personalmente compartía esta impresión. «Los recursos rusos son tan enormes que, a la larga, Alemania quedará agotada sin que nosotros tengamos necesidad de ayudar a Rusia», le dijo al presidente Poincaré[3].

Para los franceses el éxito del «Plan 17», la marcha irresistible sobre el Rin, había de ser la puesta a punto de su nación y uno de los grandes momentos en la historia de Europa. Para lograr la rotura del frente alemán por su centro, confiaban en que los rusos atraerían parte de las fuerzas alemanas que se les oponían a ellos. El problema estribaba en hacer que los rusos lanzaran una ofensiva contra la espalda alemana, al mismo tiempo que los alemanes y franceses se aprestaban a la lucha en el oeste, es decir, lo más cerca posible del decimoquinto día de la movilización. Los franceses sabían, como todos los demás, que era físicamente imposible para Rusia completar su movilización y la concentración de sus fuerzas en el transcurso de sólo quince días, pero estaban dispuestos a abrir las hostilidades el día «M-15», con las fuerzas de que dispusieran entonces. Estaban decididos a que Alemania luchara en los dos frentes, desde el primer momento, con el fin de reducir la superioridad numérica alemana frente a la francesa.

En 1911 el general Dubail, que entonces era jefe del Estado Mayor en el Ministerio de la Guerra, fue enviado a Rusia para instruir al Estado Mayor ruso sobre el modo de tomar la iniciativa. Aunque casi la mitad de las fuerzas rusas, en el caso de una guerra europea, se concentrarían contra Austria y sólo la mitad de las previstas para luchar contra Alemania estarían listas para entrar en combate el día «M-15», el espíritu que reinaba en San Petersburgo era muy favorable al punto de vista francés. Anhelantes de restablecer la mancillada gloria de sus armas, los rusos dieron prestamente su consentimiento para lanzar simultáneamente la ofensiva con Francia. Dubail obtuvo la promesa de que tan pronto como sus fuerzas de combate estuvieran en línea, sin esperar la terminación de su concentración, los rusos atacarían cruzando la frontera de la Prusia oriental el día «M-16». «Hemos de pegar en el propio corazón de Alemania. El objetivo que todos hemos de perseguir es Berlín», reconoció el zar en el documento que firmó.

El pacto para una rápida ofensiva rusa fue reforzado y definido en conversaciones anuales entre los estados mayores en el marco de la alianza franco-rusa[4]. En 1912, el general Jilinsky, jefe del Estado Mayor ruso, visitó París, y en 1913 el general Joffre fue a Rusia. Por aquellos días, los rusos ya habían sucumbido al hechizo del *élan*. Desde Manchuria también ellos habían de compensar la humillación de una derrota militar y la conciencia de deficiencias castrenses. Las conferencias del coronel Grandmaison, traducidas al ruso, gozaban de gran popularidad[5]. Cegados por la brillante doctrina de *offensive a outrance*, el Estado Mayor ruso trató de introducir todas las mejoras posibles. El general Jilinsky proyectó en 1912 que los 800 000 hombres destinados al frente alemán estuvieran listos para el día «M-15», a pesar de que los ferrocarriles rusos eran por completo insuficientes para esta labor. En 1913 avanzó la fecha de la ofensiva en dos días, a pesar de que las fábricas de armas

rusas producían menos de dos terceras partes de lo que se había calculado necesario para las granadas y obuses de artillería y menos de la mitad de cartuchos para la infantería[6].

Los aliados no se preocupaban demasiado de los fallos militares rusos, aunque Ian Hamilton, el observador militar inglés cerca de los japoneses, había informado de que eran completamente insalvables en Manchuria[7]. Y, en realidad, lo eran: un ridículo servicio de información, falta de secreto, falta de iniciativa y falta de un buen mando. El coronel Repington, que cada semana publicaba sus comentarios sobre la guerra ruso-japonesa en *The Times*, llegó a unas conclusiones que le impulsaron a dedicar un libro, resumen de sus artículos, al emperador de Japón. Sin embargo, los estados mayores creían que simplemente con hacer que el gigante ruso se pusiera en movimiento, sin tener en cuenta cómo funcionaba, tenían suficiente. Una labor muy difícil, por cierto. Durante la movilización, el número de soldados rusos que habían de ser transportados durante más de setecientas millas era cuatro veces mayor que el de soldados prusianos, y Rusia contaba solamente con una décima parte de ferrocarriles por kilómetro cuadrado que los alemanes. Además, como defensa contra una invasión, los rusos habían sido construidos en un ancho de vías mayor que los alemanes. Los préstamos franceses para financiar la construcción de los ferrocarriles no habían conseguido todavía el objetivo señalado. Una rapidez de movilización igual era de todo punto imposible, pero incluso en el caso de que sólo la mitad de los 800 000 hombres que habían de ser destinados al frente alemán pudieran ocupar sus posiciones antes del día 15 y penetrar en la Prusia oriental bastaba, pues, aunque su preparación fuera por lo demás deficiente, las consecuencias de su invasión en territorio alemán habrían de ser decisivas.

Enviar un ejército a una batalla moderna en territorio enemigo, especialmente teniendo en cuenta la desventaja de la di-

ferente anchura de las vías de ferrocarril, representaba una empresa azarosa y complicada que requería una perfecta organización. Y el atento estudio de los detalles no era una característica del Ejército ruso.

El cuerpo de oficiales estaba repleto de generales ya viejos, cuyo ejercicio intelectual más pesado era jugar a los naipes, y que para salvar su prestigio y posiciones en la corte eran mantenidos en el Ejército sin pasar a la reserva, a pesar de su falta de actividad. Los oficiales eran nombrados y ascendidos por recomendación, social o financiera, y aunque entre ellos había soldados valientes y capaces, el sistema que imperaba impedía que fueran los mejores los que ocuparan los cargos de mayor responsabilidad. Su «abulia y falta de interés» por los deportes al aire libre causó un profundo disgusto en el agregado militar inglés, quien durante una visita que efectuó a una guarnición fronteriza cerca de la frontera afgana quedó sorprendido al no ver «ni un solo campo de tenis»[8]. En las purgas, después de la Guerra Ruso-japonesa, un gran número de oficiales había presentado la dimisión o habían sido licenciados a la fuerza. En un solo año, 314 generales, casi tantos como había en todo el Ejército francés, y 400 coroneles, habían sido licenciados por inútiles. Sin embargo, a pesar de evidentes mejoras en las pagas y ascensos, en 1913 se calculaba que faltaban alrededor de tres mil oficiales. Mucho se había hecho desde la guerra con los japoneses para poner fin al desprestigio en el seno del Ejército, pero el régimen ruso continuaba siendo el mismo.

«Ese loco régimen es una mezcla de cobardía, ceguera, falta de decisión y estupidez», lo calificó su más capaz defensor, el conde Witte, primer ministro de 1903 a 1906[9]. El régimen era gobernado por un soberano que sólo tenía una idea y una preocupación: conservar la monarquía absoluta que le había entregado su padre, y dado que carecía de la inteligencia, la energía y la educación necesarias para completar esta obra, confiaba en

sus favoritos. Su padre, Alejandro III, que deliberadamente evitó que su hijo fuera educado en los asuntos de Estado hasta haber cumplido los treinta años, desgraciadamente se equivocó en los años que habría de ocupar el trono, y murió cuando Nicolás tenía solamente veintiséis años. El nuevo zar, que entonces contaba cuarenta y seis años, no había aprendido nada mientras tanto, y la impresión de imperturbabilidad que causaba en todos los que le conocían era, en realidad, una profunda apatía, propia de una mente indiferente que sólo veía lo superficial en todas las cosas[10]. Cuando le presentaron un telegrama que anunciaba el aniquilamiento de la flota rusa en Tsushima, lo leyó, se lo metió en el bolsillo y continuó jugando al tenis[11]. Cuando el primer ministro Kokovtsov, a su regreso de Berlín en noviembre de 1913, le presentó al zar un informe personal sobre los preparativos bélicos alemanes, Nicolás le escuchó con su indiferente mirada «fija en mis ojos». Al cabo de mucho rato, después de haber terminado de hablar el primer ministro, «y como si despertara de un sueño», dijo gravemente: «Sea la voluntad de Dios»[12]. En realidad, estaba terriblemente aburrido por todo lo que le había expuesto.

El régimen se apoyaba en una policía secreta que vigilaba incluso a todos y cada uno de los ministros, todas las oficinas y departamentos provinciales, hasta el punto de que el conde Witte se veía obligado cada año a depositar las notas y fichas de sus memorias en la caja fuerte de un banco francés. Cuando otro primer ministro, Stolypin, fue asesinado en el año 1911, los criminales fueron desenmascarados como agentes de la policía secreta que habían actuado como *agents provocateurs* con el fin de desacreditar a los revolucionarios[13].

Entre el zar y la policía secreta, el fundamento del régimen estaba en la *tchinovniki*, una clase de burócratas y funcionarios de la nobleza que, en realidad, llevaba los negocios del gobierno. No eran responsables ante ningún cuerpo constitucio-

nal y estaban sujetos únicamente al nombramiento o destitución arbitraria del zar, que, dirigido por las intrigas cortesanas y las sospechas y recelos de su esposa, ejercía constantemente este derecho. En tales circunstancias no había ningún hombre capacitado que lograra mantenerse mucho tiempo en su cargo, y uno de ellos, que solicitó el relevo debido a su «precario estado de salud»[14], hizo que uno de sus compañeros comentara que «aquellos días todos ellos gozaban de un estado de salud muy precario».

Junto con un descontento crónico, Rusia, durante el reinado de Nicolás II, se vio asolada por los desastres, las matanzas, las derrotas militares y la revolución del año 1905. Entonces el conde Witte le aconsejó al zar que debería darle una Constitución al pueblo o restaurar el orden implantando una dictadura militar, y éste se vio obligado, con gran disgusto por su parte, a adoptar la primera alternativa, puesto que el primo de su padre, el gran duque Nicolás, comandante de la región militar de San Petersburgo, rehusó asumir la responsabilidad en el segundo de los casos. Por esta actitud, el gran duque nunca fue perdonado por los más acérrimos partidarios de los Borbones, los barones bálticos de sangre alemana, los Centauros Negros, los «anarquistas de la derecha» y otros grupos reaccionarios que pretendían reforzar la autocracia. Opinaban, al igual que muchos alemanes, entre los que figuraba el káiser, que el interés común de las autocracias, antiguamente unidas en el *Drei-Kaiser Bund*, hacía de Alemania un aliado más natural de Rusia que las democracias occidentales. Considerando a los liberales de Rusia como sus primeros enemigos, los reaccionarios rusos preferían el káiser a la Duma, lo mismo que los elementos de la extrema derecha francesa habrían de preferir, años más tarde, a Hitler en lugar de Léon Blum. Sólo la creciente amenaza de la propia Alemania durante los últimos veinte años anteriores a la guerra

indujo a la Rusia zarista, contra su inclinación natural, a hacer una alianza con la Francia republicana.

Y, en última instancia, esta amenaza la condujo incluso a un acuerdo con Inglaterra, que durante un siglo le había cerrado el paso a través de los estrechos y de quien uno de los tíos del zar, el gran duque Vladimir Alexandrovich, dijo en 1898: «Confío vivir los suficientes años para ver la agonía de Inglaterra. ¡Éste es el ardiente ruego que elevo cada día a Dios!»[15].

Las personas como Vladimir dominaban una corte que vivía en la época de Nerón y cuyas damas gozaban de emociones en las reuniones de tarde en compañía del sucio Rasputín. Pero Rusia también tenía sus demócratas y sus liberales de la Duma, su Bakunin el nihilista, su príncipe Kropotkin, que se convirtió en un anarquista, su *intelligentsia*, de la que dijo el zar: «¡Cómo detesto esta palabra! Me gustaría poder ordenar a la Academia que la borrara del diccionario ruso»[16], sus Levi, que agonizaban lentamente, su socialismo y sus pequeñas granjas, sus tíos Vania con esperanzas, sus características particulares, que instaron a un diplomático inglés a decir que en Rusia todo el mundo estaba un poco loco. También poseía una característica llamada «le charme slav», que era un cierto desenfado, una especie de indolencia *fin de siècle*, que se cernía como una débil neblina sobre la ciudad, junto al Neva, que el mundo conocía por el nombre de San Petersburgo.

En lo que hace referencia a los preparativos para una guerra, el régimen quedaba personificado por su ministro de la Guerra, el general Sujomlinov, un hombrecillo astuto, indolente, amante de los placeres, que pasaba de los sesenta años y de quien un compañero, el ministro de Asuntos Exteriores Sazonov, solía decir: «Era muy difícil hacerle trabajar, pero sonsacarle la verdad era completamente imposible»[17]. Después de haber ganado la Cruz de San Jorge como valiente oficial de caballería en su juventud, en la guerra del año 1877 contra los turcos, Sujo-

mlinov estaba firmemente convencido de que los conocimientos militares que había adquirido durante aquella campaña eran de una duración permanente. Como ministro de la Guerra les reprochó, durante una reunión de instructores del Estado Mayor, que mostraran interés por tales «innovaciones», como la preferencia por las armas de fuego frente al sable, la lanza y la carga a la bayoneta. No podía ni oír la frase «guerra moderna» sin experimentar un profundo disgusto. «La guerra como ha sido siempre, así será siempre […]. Todas esas cosas son meras innovaciones viciosas. Fíjense en mí, por ejemplo: no he leído un solo manual militar durante los últimos veinticinco años»[18]. En 1913 licenció a cinco instructores de la Academia que persistían en enseñar la herejía de las «tácticas con armas de fuego».

La inteligencia natural de Sujomlinov quedaba adulterada por la inconstancia. Era bajo y blandengue, con un rostro felino, patillas y barba blancas y un modo de ser sumiso que cautivaba a aquellos a quienes quería agradar, sobre todo al zar. En otros, como en el embajador francés, Paléologue, inspiraba «desconfianza a primera vista»[19]. Dado que el cargo de ministro, tanto el nombramiento como la destitución, dependía enteramente del zar, Sujomlinov se había ganado y conservado la gracia imperial mostrándose en todo momento sumiso y obsequioso, contando historias divertidas y con actos de bufonería, dejando a un lado todos los asuntos serios y cultivando la amistad de Rasputín. Como resultado de todo ello, resistió a todas las acusaciones de corrupción e incompetencia, a un escandaloso proceso de divorcio y una acusación, más escandalosa todavía, de espionaje.

Obnubilado en 1906 por la hermosa esposa de veintitrés años de un gobernador de provincias, Sujomlinov se las ingenió para romper el matrimonio mediante la presentación de pruebas falsas y convertir a la joven en su cuarta esposa. Abúli-

co por naturaleza, dejó cada vez más su trabajo en manos de sus subordinados para que él, según palabras del embajador francés, «pudiera conservar todas sus fuerzas para una esposa que era treinta y dos años más joven que él». La señora Sujomlinov gustaba de encargar vestidos en París, cenar en restaurantes caros y ofrecer elegantes recepciones[20]. Para hacer frente a tales gastos, Sujomlinov se convirtió en un temprano y afanoso practicante del arte de los «gastos». Cargaba sus gastos de viaje al gobierno en la proporción de veinticuatro verstas a caballo *per diem*, a pesar de que efectuaba sus viajes de inspección en tren. Conocedor de las interioridades de la Bolsa, logró ganar en un período de seis años 702 737 rublos, mientras que su sueldo total ascendió solamente a 270 000 rublos durante el mismo tiempo. En esta labor era ayudado por una serie de oscuros personajes que le prestaban dinero a cambio de pasaportes militares, invitaciones a las maniobras y otra clase de información. Uno de ellos, un austriaco llamado Altschiller, que había proporcionado las pruebas que habían conducido al divorcio de la señora Sujomlinov y que era recibido como un amigo de la familia en el despacho y en casa del ministro, en donde los documentos más secretos estaban a la vista de todo el mundo, fue desenmascarado, después de haber abandonado el país en enero de 1914, como el principal agente secreto austriaco en Rusia. Otro fue el célebre coronel Myasvedev, del que se suponía que era el amante de la señora Sujomlinov, y que, aunque sólo era el jefe de la policía de ferrocarriles en la frontera, estaba en posesión de cinco condecoraciones alemanas y había sido honrado por el káiser, que le había invitado a almorzar en Rominten, el coto de caza imperial al otro lado de la frontera. No es sorprendente, por lo tanto, que el coronel Myasvedev fuera sospechoso de espionaje. Fue arrestado y juzgado en 1912, pero como resultado de la intervención personal de Sujomlinov fue absuelto y se le permitió continuar en sus antiguas funciones,

todavía durante el primer año de guerra[21]. En 1915, cuando su protector perdió finalmente el cargo como resultado de las derrotas rusas, fue detenido de nuevo, juzgado y ahorcado por espía.

La suerte de Sujomlinov, a partir de 1914, es altamente significativa. Escapó a la persecución cuando encarcelaron al coronel Myasvedev, única y exclusivamente por la influencia del zar y de la zarina, pero en agosto de 1917, después de haber abdicado el zar y con el gobierno provisional instalándose ya en sus puestos, fue llevado ante los tribunales. Entre la confusión y los tumultos de aquellos días, fue juzgado de todo menos de traición, que era la acusación nominal. En el discurso del fiscal todos los pecados del antiguo régimen quedaban concentrados en uno solo: que el pueblo ruso, habiéndose visto obligado a luchar sin armas ni municiones, padeció una falta de confianza en el gobierno que se extendió como una plaga con «terribles consecuencias»[22]. Después de un mes de sensacionales testimonios, en los que fueron sacados a relucir los detalles de su vida amorosa y financiera, Sujomlinov fue absuelto del cargo de traición pero considerado culpable de «abuso de poder e inactividad». Condenado a cadena perpetua, fue puesto en libertad pocos meses más tarde por los bolcheviques y se trasladó a Berlín, donde vivió hasta su muerte en el año 1926 y en donde, en 1924, publicó sus memorias, que dedicó al káiser, que había sido depuesto[23]. En el prólogo exponía que las monarquías alemana y rusa habían sido destruidas como enemigas durante la guerra, y sólo el acercamiento y el entendimiento entre los dos países podría restaurarlas en el poder. Este pensamiento impresionó tan vivamente al Hohenzollern en el exilio que se propuso dedicar sus propias memorias a Sujomlinov, pero, al parecer, le disuadieron de hacerlo cuando llegó el momento de editar el libro.

Éste era el hombre que fue ministro de la Guerra en Rusia de 1908 a 1914. Encarnando las opiniones y disfrutando del apoyo de los reaccionarios, su preparación para la guerra contra Alemania, que era la principal labor del ministerio, se hacía completamente a desgana. Tan pronto como ocupó su cargo, hizo lo imposible para detener el movimiento de reforma del Ejército, que había ido progresando desde la vergüenza de la Guerra Ruso-japonesa. El Estado Mayor, después de haber obtenido la independencia para favorecer el estudio de la moderna ciencia militar, quedó, a partir del año 1908, subordinado de nuevo al Ministerio de la Guerra, y el ministro era el único que tenía acceso directo al zar. Cortada su iniciativa y su poder, no halló a un jefe capaz, ni siquiera la consistencia de un jefe de segunda categoría. Durante los seis años anteriores a 1914, seis diferentes jefes del Estado Mayor se fueron sucediendo, modificando cada uno de ellos, a su manera, los planes de campaña y de organización y sin obrar en ningún momento de un modo sistemático.

A pesar de que Sujomlinov dejaba el trabajo en manos de otros, no permitía ninguna libertad de ideas. Aferrándose de un modo obstinado a las teorías absolutistas y a las antiguas glorias, alegaba que las anteriores derrotas de Rusia se habían debido a errores de los oficiales con mando y no a la falta de instrucción, preparación o suministros. Con insistente creencia en la supremacía de la bayoneta sobre las balas, no hizo ningún esfuerzo para mandar construir fábricas de armamento para incrementar la producción de granadas, fusiles y munición. Ningún país, y esto siempre se descubre cuando ya han estallado las hostilidades, está jamás suficientemente bien provisto de munición. La deficiencia de granadas y bombas en Inglaterra había de convertirse en un escándalo nacional. La deficiencia inglesa en todo, desde la artillería pesada hasta las botas para los soldados, significó un escándalo ya antes de empezar la guerra, pero

en Rusia Sujomlinov ni siquiera gastó los fondos que le concedía el gobierno para la fabricación de munición. Rusia comenzó la guerra con 850 granadas por cañón, frente a una reserva de 2000 a 3000 granadas por cañón en los ejércitos occidentales, a pesar de que el propio Sujomlinov había dado su consentimiento, en el año 1912, a un promedio de 1500 granadas por cañón. Las divisiones de infantería rusas contaban con siete cañones de campaña, contra los catorce de las divisiones alemanas. El Ejército ruso poseía, en conjunto, sesenta baterías de artillería pesada y el Ejército alemán, 381. A las advertencias de que se trataría de un duelo entre fusiles y artillería, Sujomlinov respondía con desdén[24].

Mayor sólo que su aversión contra las «tácticas de armas de fuego» era el desprecio que sentía Sujomlinov contra el gran duque Nicolás, que era ocho años más joven que él y representaba la tendencia reformadora en el seno del Ejército[25]. Un metro noventa de alto, delgado, cabeza viril, barba puntiaguda y unas botas tan altas como la panza de un caballo, el gran duque era un personaje galante e impresionante. Después de la Guerra Ruso-japonesa había sido llamado a reorganizar el Ejército como jefe de un Consejo de la Defensa Nacional. Su objetivo era el mismo que el del Comité Esher después de la Guerra de los Bóers, pero, a diferencia del modelo inglés, pronto sucumbió a la indolencia y los mandarines. Los reaccionarios, que estaban resentidos con el gran duque por su participación en el Manifiesto Constitucional, y que temían su popularidad, consiguieron que el Consejo fuera disuelto en el año 1908. Como oficial de carrera que había prestado servicio como inspector general de la Caballería durante la guerra japonesa, y que conocía personalmente a casi todo el cuerpo de oficiales, pues cada oficial tenía que presentarse a él como comandante de la región de San Petersburgo antes de pasar a ocupar un

nuevo cargo, el gran duque era el personaje más admirado en el Ejército.

Y esto no se debía a un éxito específico, sino a que su autoridad y su modo de ser inspiraban confianza y fe en los soldados y devoción o celos en sus compañeros.

Brusco, e incluso duro, en sus maneras hacia los oficiales, era considerado fuera de la corte como el único «hombre» de la familia real[26]. Los soldados campesinos que nunca le habían visto contaban historias en que figuraba como una especie de personaje legendario de la Santa Rusia en la lucha con la «pandilla alemana» y la corrupción palaciega. Los ecos de estos sentimientos no contribuían a su popularidad en la corte, sobre todo por parte de la zarina, que odiaba a Nikolasha, puesto que éste despreciaba a Rasputín. «No tengo la menor fe en N.», le escribió a su esposo. «Sé que es inteligente y, habiendo procedido contra un hombre de Dios, su obra no puede ser bendecida o sus consejos ser buenos». Continuamente sugería que conspiraba para obligar a abdicar al zar y, aprovechándose de su popularidad en el Ejército, ocupar el trono[27].

Los recelos reales le habían impedido ocupar el mando supremo durante la guerra con Japón y, como consecuencia, se salvó de la desgracia que siguió. En toda futura guerra sería imposible prescindir de él: durante los planes de antes de la guerra fue designado para asumir el mando en el frente contra Alemania, mientras que el propio zar actuaría de comandante en jefe con un jefe de Estado Mayor para dirigir las operaciones. En Francia, donde estuvo en varias ocasiones el gran duque para tomar parte en las maniobras, cayó bajo la influencia de Foch, cuyo optimismo compartía plenamente, y era extraordinariamente festejado, tanto por su magnífica presencia, que era todo un símbolo del poder de Rusia, como por su aversión hacia todo lo alemán[28]. Alegremente repetían los franceses los comentarios del príncipe Kotzebue, el ayudante del gran du-

que, que decía que su superior estaba convencido de que sólo en el caso de que Alemania fuera aniquilada de un modo definitivo y dividida, de nuevo, en pequeños Estados, cada uno de éstos felices con su pequeña corte, podía confiar el mundo en vivir en paz[29]. Una amiga no menos enamorada de Francia era la esposa del gran duque, Anastasia, y también su hermana Militza, que estaba casada con el hermano del gran duque, Pedro. Hijas del rey Nikita de Montenegro, su pasión por Francia estaba en proporción directa con su odio natural hacia Austria. En el curso de una fiesta real durante los últimos días de julio de 1914, los «ruiseñores de Montenegro»[30], como Paléologue solía llamar a las dos princesas, se le unieron haciendo comentarios sobre la crisis. «Va a estallar la guerra […] y no va a quedar nada de Austria […] ustedes volverán a Alsacia-Lorena […] nuestros ejércitos se reunirán en Berlín». Una de las hermanas le enseñó al embajador una cajita incrustada de joyas en que llevaba tierra de Lorena, en tanto que la otra le contó que había plantado semillas de cardos de Lorena en su jardín.

En caso de guerra, el Estado Mayor ruso había elaborado dos planes de campaña y la elección definitiva se tomaría cuando se supiera lo que pensaba hacer Alemania. Si Alemania lanzaba su fuerza principal contra Francia, Rusia lanzaría su fuerza principal contra Austria. En este último caso cuatro ejércitos lucharían contra Austria y dos ejércitos, contra Alemania[31].

El plan para el frente alemán preveía una formación de dos cuñas en la Prusia oriental, a cargo del primer y del segundo ejércitos rusos. El primero había de avanzar en dirección norte y el segundo, al sur de la barrera formada por los lagos de Masuria. Puesto que el primero, o ejército de Vilna, como también se le llamaba por su concentración en esta zona, contaba con una línea de ferrocarril directa, sería el primero en ponerse en marcha. Debía partir con dos días de antelación sobre el segundo (o ejército de Varsovia) y dirigirse contra los alemanes «con

el objetivo de atraer sobre sí el mayor número de fuerzas enemigas». Mientras tanto, el segundo ejército había de rodear el obstáculo de los lagos desde el sur y, avanzando tras los alemanes, cortarles la retirada hasta el río Vístula. El éxito de este envolvimiento dependía de una última colaboración entre los dos ejércitos a fin de impedir que los alemanes pudieran atacar a alguno de los dos por separado. El enemigo tenía que ser atacado de un «modo enérgico y decidido, donde y cuando dieran con él». Una vez rodeado y aniquilado el Ejército alemán, seguiría la marcha sobre Berlín, situado a 150 millas más allá del Vístula[32].

El plan alemán no preveía la renuncia a la Prusia oriental. Era un país de ricas granjas y extensos campos de pastoreo en donde se criaba el ganado de Holstein, cerdos y aves, y en el que las famosas Trakehnen suministraban remontas para el Ejército alemán y las grandes fincas eran propiedad de los *junker*, que, con gran horror de una institutriz inglesa empleada por uno de ellos, disparaban contra los zorros en lugar de perseguirlos adecuadamente a caballo[33]. Más hacia el este, cerca de Rusia, estaba el país de las «aguas tranquilas y los negros bosques», bosques de pinos y muchos pantanos y ríos. Su región más famosa era el bosque de Rominten, el coto de caza de los Hohenzollern, al borde de la frontera rusa, en donde el káiser cazaba cada año, con sus pantalones bombachos y su sombrero adornado con plumas[34]. Aunque los indígenas no eran teutones, sino eslavos, la región era gobernada por los alemanes, con algunas interferencias polacas, desde hacía setecientos años, cuando la Orden de los Caballeros Teutónicos se estableció allí en el año 1225. A pesar de la derrota, en 1410, por los polacos y lituanos en una gran batalla en un pueblo llamado Tannenberg, los caballeros habían permanecido en el país transformándose en los *junkers*. En Königsberg, la principal

ciudad de la provincia, el primer soberano Hohenzollern había sido coronado rey de Prusia en el año 1701.

Con tales tradiciones, con sus costas bañadas por el Báltico, con su «ciudad de los reyes», en donde habían sido coronados los reyes de Prusia, la Prusia oriental no era una región que los alemanes abandonaran fácilmente. A lo largo del río Angerapp, que corre por la laguna de Insterburg, habían sido preparadas, cuidadosamente, posiciones defensivas, mientras que en los pantanos de las regiones más orientales habían sido construidas carreteras que limitarían a un enemigo a sus estrechos canales. Además, el conjunto de la Prusia oriental estaba surcado por una red de ferrocarriles que prestarían al ejército defensor la ventaja de la movilidad y un rápido transporte de un frente a otro, para poder detener el avance del enemigo por una de las dos alas.

Cuando fue adoptado el «Plan Schlieffen», en su origen, los temores por la suerte de la Prusia oriental habían sido menores, puesto que Rusia tenía que mantener potentes fuerzas en el Lejano Oriente en guardia contra Japón. La diplomacia alemana, a pesar de su fama de torpe, confiaba en anular el tratado anglo-japonés, considerado por Alemania como una alianza no natural, y mantener a Japón neutral como constante amenaza contra la retaguardia rusa[35].

El especialista del Estado Mayor alemán en los asuntos rusos era el teniente coronel Max Hoffmann, cuya labor era averiguar el probable plan de campaña ruso en una posible guerra contra Alemania. Con cuarenta años, Hoffmann era un oficial alto, de pesada constitución y con la cabeza pelada, lo que daba la impresión de que era calvo. Usaba gafas con montura oscura y arqueaba las cejas en un estudiado movimiento. Cuidaba y se sentía muy orgulloso de sus pequeñas manos y del impecable planchado de sus pantalones. Aunque era indolente, era un hombre de muchos recursos, ya que a pesar de ser un mal jine-

te, un pésimo espada, un glotón y un gran bebedor, era un hombre de ideas rápidas y buen juicio. Era amable y feliz, astuto y no respetaba a nadie. Cuando estaba al mando de un regimiento, antes de la guerra, solía beber vino y consumir salchichas durante toda la noche en el club de oficiales hasta las siete de la mañana, en que se iba a mandar su compañía durante el desfile, y regresaba luego al club para continuar comiendo salchichas y beberse medio litro de vino del Mosela antes del desayuno[36].

Después de graduarse en la Academia del Estado Mayor en 1898, Hoffmann había prestado servicio como intérprete en Rusia durante seis meses, y luego estuvo durante cinco años en la sección rusa del Estado Mayor a las órdenes de Schlieffen, antes de ser destinado como observador alemán a la Guerra Ruso-japonesa. Cuando un general japonés se negó a concederle permiso para asistir a una batalla desde una cercana colina, la etiqueta y la cortesía cedieron ante aquel carácter propio de los alemanes, cuya expresión resulta tan difícil a veces para otros. «¡Es usted un piel amarilla, un individuo por civilizar, si no me permite subir a esa colina!», le gritó Hoffmann al general en presencia de otros agregados extranjeros y, por lo menos, un corresponsal. Miembro de una raza que no es inferior a los alemanes en lo que a la importancia que se confieren a sí mismos se refiere, el general le gritó a su vez: «¡Nosotros, los japoneses, pagamos por esta información militar con nuestra sangre y no tenemos la intención de compartirla con otros!»[37].

A su regreso al Estado Mayor a las órdenes de Moltke, Hoffmann reanudó su labor sobre el plan de campaña ruso. Un coronel del Estado Mayor ruso había vendido una primera versión del plan a un alto precio en 1902, pero, desde entonces, y de acuerdo con las memorias no siempre exactas de Hoffmann, el precio había vuelto a subir muy por encima de los fondos destinados al servicio de información militar alemán[38]. La re-

gión de la Prusia oriental, sin embargo, hacía evidente por sí misma la dirección de la ofensiva rusa: había de dar la vuelta a los lagos de Masuria. El estudio que Hoffmann hizo del Ejército ruso y los factores que determinaban su movilización y transporte permitían a los alemanes jugar con el factor del tiempo. El Ejército alemán, inferior en número, podía elegir una de las dos alternativas clásicas para hacer frente a un enemigo superior en número que avanzaba por dos alas: replegarse o atacar una de las alas antes que la otra. La fórmula dictada por Schlieffen era atacar «con todas las fuerzas disponibles contra el primer ejército ruso que se pusiera al alcance de los alemanes»[39].

EL ESTALLIDO

EL ESTALLIDO

«Alguna locura en los Balcanes —había predicho Bismarck— hará estallar la próxima guerra»[1]. El asesinato del heredero al trono austriaco, el archiduque Francisco Fernando, por los nacionalistas serbios el 28 de junio de 1914, cumplía esta condición. Austria-Hungría, con la belicosa frivolidad de los viejos imperios, decidió hacer uso de la ocasión para absorber Serbia, tal como anteriormente, en 1909, había absorbido Bosnia y Herzegovina. Rusia, en aquella ocasión, debilitada por la guerra con Japón, se había visto obligada a acceder por un ultimátum alemán seguido de la presencia del káiser en «uniforme de combate» al lado de su aliada, Austria[2]. Para vengar aquella humillación, y por el honor de su prestigio como la mayor potencia eslava, Rusia estaba dispuesta ahora a ponerse el uniforme de combate. El 5 de julio, Alemania le garantizó a Austria que podía confiar en su «fiel apoyo» si quería emprender una acción de castigo contra Serbia, aun en el caso de que esta acción la llevara a una guerra con Rusia[3]. Ésta fue la señal que puso en movimiento los acontecimientos que se irían desarrollando a partir de aquel momento. El 23 de julio, Austria presentó un ultimátum a Serbia; el 26 de julio rechazaba la respuesta de ésta y, a pesar de que el káiser, que se había puesto mientras tanto muy nervioso, declaró que «no hay razón para ir a la guerra»[4], el 28 de julio declaraba la guerra a Serbia y el 29 de julio bombardeaba Belgrado. Aquel día Rusia movilizó sus tropas a lo largo de su frontera con Austria y el 30 de julio tanto Austria como Rusia ordenaron la movilización general. El 31 de julio Alemania presentaba un ultimátum a Rusia para

que desmovilizara sus tropas en el plazo de doce horas e «hiciera una clara declaración en tal sentido».

El espectro de la guerra se erguía en todas las fronteras. Asustados repentinamente, los gobiernos luchaban por aniquilarlo. Pero en vano. Los estados mayores, dominados completamente por sus esquemas, esperaban la señal para ganarle una hora de partida a su oponente. Atemorizados ante las perspectivas que se ofrecían ante ellos, los jefes de Estado, que en última instancia eran los responsables del destino que se cernía sobre sus respectivos países, trataron de dar marcha atrás, pero la fuerza de los hechos los empujaba hacia adelante.

6

PRIMERO DE AGOSTO: BERLÍN[*]

Al mediodía del sábado, primero de agosto, expiró el ultimátum que los alemanes habían presentado a Rusia sin haberse obtenido ninguna respuesta por parte de los rusos. Una hora después era enviado un telegrama al embajador alemán en San Petersburgo dándole instrucciones para que declarara el estado de guerra a las cinco de aquella tarde[1]. A las cinco en punto el káiser decretó la movilización general después de haber sido mandada una orden preliminar el día anterior bajo la consigna de *Kriegesgefahr* («peligro de guerra»). A las cinco y media de la tarde el canciller Bethmann-Hollweg, absorto en un documento que sostenía en la mano y acompañado por el pequeño Jagow, el ministro de Asuntos Exteriores, bajó rápidamente las escaleras del Ministerio de Asuntos Exteriores, subió a un taxi y se dirigió rápidamente a palacio[2]. Poco después el general Von Moltke, el jefe del Estado Mayor, era detenido cuando se dirigía de regreso a su despacho con la orden de movilización firmada por el káiser en su bolsillo. Un mensajero en otro coche le adelantó con órdenes de que volviera a palacio. Moltke regresó para escuchar una desesperada proposición de última hora del káiser que le hizo agolpar las lágrimas a los ojos y que hubiera podido cambiar la historia del siglo XX.

Ahora que había sonado la hora, el káiser estaba temeroso por la suerte de la Prusia oriental, a pesar de que su Estado Mayor le había prometido una ventaja de seis semanas antes de que los rusos se pudieran movilizar. «Odio a los eslavos», le había confesado un oficial austriaco. «Sé que esto es un pecado. No deberíamos odiar a nadie, pero no puedo remediarlo, los

odio»[3]. Había hallado consuelo, sin embargo, en las noticias, que recordaban las del año 1905, de huelgas e incidentes en San Petersburgo, de la muchedumbre que arrojaba piedras contra los escaparates y de «violentas luchas callejeras entre la policía y los revolucionarios». El conde Pourtalès, su anciano embajador, que ya llevaba siete años en Rusia, había llegado a la conclusión, y la repetía frecuentemente a su gobierno, de que Rusia no lucharía por miedo a la revolución. El capitán Von Eggeling, el agregado militar alemán, continuaba con esta confianza en el año 1906, y cuando Rusia, sin embargo, se movilizó, informó de que los rusos planeaban «no una violenta ofensiva, sino un lento repliegue, como ya sucedió en el año 1812». En los errores de los diplomáticos alemanes esos juicios establecían toda una marca. Animaron al káiser, que el 31 de julio hablaba a sus oficiales del ambiente que reinaba en la corte rusa[4].

En Berlín, el primero de agosto, la muchedumbre que se concentraba en las calles a millares frente al palacio estaba dominada por la tensión y la ansiedad. El socialismo, que era la tendencia a la que pertenecían la mayoría de los obreros de Berlín, se sentía dominado igualmente por el temor y el odio instintivo hacia las hordas eslavas. Aunque habían oído decir al káiser la noche anterior, desde el balcón de palacio, que existía *Kriegesgefahr*, que «nos han obligado a empuñar la espada», confiaban todos ellos en la débil esperanza de que Rusia mandara una respuesta. Había pasado la hora del ultimátum. Un periodista que se había mezclado con el pueblo sentía el ambiente cargado de electricidad[5]. Algunos decían que Rusia había solicitado un aplazamiento. La Bolsa estaba dominada por el pánico. Aquella tarde pasó en un estado de ansiedad apenas irresistible. Bethmann-Hollweg publicó una declaración que terminaba con las siguientes palabras: «Si rueda el disco de hierro, que Dios nos ayude»[6]. A las cinco en punto se presentó un policía en la verja de palacio y anunció la movilización a la muche-

dumbre, que, obediente, entonó el himno nacional. Los coches circulaban raudos por Unter den Linden y los oficiales iban de pie en ellos ondeando pañuelos y gritando: «¡Movilización!»[7]. Instintivamente conversos de Marx a Marte, el pueblo los vitoreaba vivamente y volcó sus sentimientos contra supuestos espías rusos, varios de los cuales fueron golpeados y muertos durante los siguientes días[8].

Una vez apretado el botón de la movilización, comenzó a girar, de un modo automático, la vasta maquinaria que había previsto el llamamiento a filas, el equipo y el transporte de dos millones de hombres. Los reservistas se presentaban en los lugares que previamente les habían sido señalados, eran embutidos en uniformes, recogían su equipo y armas, se formaban compañías y batallones, creaban las unidades de caballería, ciclistas, artillería, unidades médicas, intendencia, correo de campaña, se dirigían por el camino más rápido a los puntos de concentración cercanos a las fronteras, en donde eran formadas las divisiones, los cuerpos y los ejércitos, listos para avanzar y luchar. Sólo un cuerpo del Ejército, del total de cuarenta en las Fuerzas Armadas alemanas, requirió 170 vagones de ferrocarril para el transporte de sus oficiales, 965 para la infantería, 2960 para la caballería, 1905 para la artillería y 6010 para suministros, agrupados en un total de 140 trenes y un número igual para los siguientes suministros[9]. Desde el momento en que fue dada la orden, todo tenía que moverse al ritmo que previamente había sido establecido, de acuerdo con un esquema tan preciso que fijaba el número de vagones que en un período de tiempo determinado debían cruzar cada puente.

Confiados en su magnífico sistema, el segundo jefe del Estado Mayor, el general Waldersee, ni siquiera había regresado a Berlín cuando empezó la crisis, limitándose a escribirle a Jagow: «Me quedo aquí dispuesto a dar el salto. En el Estado Mayor todos estamos preparados, mientras tanto nosotros no te-

nemos nada que hacer». Era una orgullosa tradición heredera del viejo Moltke, el «grande», quien el día de la movilización en el año 1870 se encontraba tumbado en un sofá leyendo una novela popular, *El secreto de lady Audley*[10].

Su envidiable calma no estaba presente aquel día en palacio. Enfrentado no ya con el espectro, sino con la realidad de una guerra de dos frentes, el káiser estaba de un humor deplorable[11]. Más cosmopolita y más tímido que el arquetipo prusiano, nunca había deseado, en realidad, una guerra general. Ansiaba un mayor poderío, mayor prestigio y, sobre todo, una mayor autoridad por parte de Alemania en los asuntos mundiales, pero prefería obtener todo esto con amenazas antes que luchar con otras naciones. Deseaba la recompensa del gladiador sin tener que ir a la lucha, y cuando la perspectiva de la batalla se acercaba demasiado, como en Algeciras y en Agadir, entonces retrocedía.

Mientras se acercaba el momento final de la crisis, sus anotaciones en los márgenes de los telegramas eran cada vez más agitadas: «¡Ajá, un vulgar engaño!», «¡Rojo!», «Miente», «El señor Grey es un perro falso», «El granuja está loco o es un idiota». Cuando Rusia ordenó la movilización se dejó llevar por un estallido de ira, no contra los eslavos, sino contra su maldito tío: «El mundo se verá embarcado en la más terrible de todas las guerras, cuyo último objetivo será la ruina de Alemania. Inglaterra, Francia y Rusia han conspirado para aniquilarnos […] ésta es la verdad desnuda de la situación creada de un modo lento pero seguro por Eduardo VII […]. El cerco de Alemania es, por fin, un hecho consumado. Hemos metido la cabeza en la soga […]. ¡El difunto Eduardo es más fuerte que yo vivo!».

Consciente de la sombra del difunto Eduardo, el káiser hubiera dado la bienvenida a cualquier solución para zafarse de la obligación de tener que luchar, al mismo tiempo, contra Rusia

y Francia, por no hablar ya de Inglaterra, que todavía no había abierto la boca[12].

En el último instante se le presentó la ocasión. Un colega de Bethmann se le presentó rogándole que hiciera lo imposible para evitar una guerra en dos frentes y sugirió un medio para conseguirlo. Durante años había sido discutida la situación de Alsacia en favor de su autonomía como un Estado fecundo dentro del Imperio alemán. Agradaba y era aceptada por todos los alsacianos y hubiese privado a Francia de una razón para libertar a la provincia que había perdido. El 16 de julio, es decir, muy recientemente, el Congreso socialista francés había votado a favor de esta solución, pero los militares alemanes habían insistido siempre en que la provincia debía estar ocupada militarmente y que sus derechos políticos tenían que quedar subordinados a las «necesidades militares». Hasta el año 1911 no había sido acordada una Constitución y nunca una autonomía. El colega de Bethmann le proponía ahora hacer una inmediata declaración, pública y oficial, convocando una conferencia para discutir la autonomía de Alsacia[13]. Esta declaración impediría que Francia pasara al ataque sin estudiar antes este último ofrecimiento. Con ello, Alemania ganaría tiempo para unir sus fuerzas contra Rusia, mientras que las fuerzas permanecerían estacionadas en el Oeste y manteniendo a Inglaterra alejada del conflicto.

El autor de esta proposición continúa anónimo y puede incluso no haber existido. No importa. La ocasión existía y es posible que el propio canciller la presentara. Pero aprovechar debidamente la ocasión requería valentía, y Bethmann, detrás de su distinguida fachada, sus oscuros ojos y sus modales imperiales, era un hombre que, como dijo Theodore Roosevelt de Taft, «era un debilucho». En lugar de ofrecer a Francia la ocasión de permanecer neutral, el gobierno alemán le mandó un ultimátum, al mismo tiempo que presentaba el ultimátum a Rusia[14].

Exigía de Francia que contestara en el plazo de dieciocho horas si se mantendría neutral en el caso de una guerra germano-rusa y, en caso afirmativo, añadía que Alemania «exigiría la garantía de su neutralidad con la entrega de las fortalezas de Toul y Verdún, que serían ocupadas y devueltas una vez que hubieran terminado las hostilidades»; en otras palabras, la entrega de las llaves que abrían las puertas de Francia.

El barón Von Schoen, el embajador alemán en París, no podía decidirse a presentar aquella «brutal» demanda cuando, en su opinión, la neutralidad francesa era una enorme ventaja para Alemania; su gobierno debería ofrecer un premio en lugar de exigir una penalidad. Presentó la solicitud de neutralidad, pero los franceses, que habían interceptado y descifrado el telegrama, estaban al corriente de la exigencia alemana[15]. Cuando Schoen, a las once de la mañana del primero de agosto, preguntó por la respuesta de Francia, le contestaron que Francia «actuaría de acuerdo con sus intereses».

En Berlín repiqueteó minutos después de las cinco un teléfono en el Ministerio de Asuntos Exteriores. El subsecretario Zimmermann, que contestó a la llamada, se volvió hacia el editor del *Berliner Tageblatt*, que estaba sentado al otro lado de la mesa, y le dijo: «Moltke quiere saber si ya puede empezar»[16]. En aquel momento, un telegrama de Londres que acababa de ser descifrado deshacía todos sus planes. Ofrecía la oportunidad de que si se detenía el movimiento contra Francia, Alemania podría, por fin, hacer la deseada guerra en un solo frente. Bethmann y Jagow cogieron un taxi y se dirigieron con toda rapidez a palacio.

Un telegrama, firmado por el príncipe Lichnowsky, embajador en Londres, informaba de una proposición inglesa, tal como la entendía Lichnowsky, relativa a «que en el caso de que no ataquemos Francia, Inglaterra se mantendrá neutral y garantizará la neutralidad francesa»[17].

El embajador pertenecía a aquella clase de alemanes que hablaban inglés y copiaban los modales ingleses, los deportes y el modo de vestir, en un obstinado esfuerzo en ser el vivo ejemplo de un caballero inglés. Otros compañeros suyos en la nobleza alemana, el príncipe de Pless, el príncipe Blücher y el príncipe Münster, se habían casado con inglesas. Durante un banquete en Berlín en 1911, en honor de un general inglés[18], el invitado de honor quedó altamente sorprendido cuando descubrió que los cuarenta invitados alemanes, entre éstos Bethmann-Hollweg y el almirante Tirpitz, hablaban perfectamente inglés. Lichnowsky se diferenciaba de los de su clase en que no sólo por sus modales, sino de todo corazón, era un anglófilo. Había llegado a Londres con el fin de hacerse apreciar personalmente y hacer apreciar a su país. La alta sociedad inglesa le había invitado frecuentemente a actos sociales durante los fines de semana. Para el embajador no podía existir una tragedia mayor que una guerra entre su país de nacimiento y su patria de adopción, y hacía todo lo que estaba en sus manos para impedirla.

Cuando el secretario de Asuntos Exteriores, *sir* Edward Grey, le telefoneó aquella misma mañana, durante un intervalo en la reunión del Gabinete, Lichnowsky, dominado por su propia ansiedad, interpretó lo que le dijo Grey como un ofrecimiento por parte de Inglaterra de mantenerse neutral y hacer que Francia fuera igualmente neutral en una guerra ruso-germana si, por su lado, Alemania se comprometía a no atacar a Rusia[19].

En realidad no fue esto lo que dijo Grey. Lo que había ofrecido éste era la promesa de que Francia se mantendría neutral si Alemania prometía, por su parte, mantenerse neutral frente a Francia y frente a Rusia, o sea, con otras palabras, a no ir a la guerra contra ninguna de estas dos naciones en espera de los resultados de los esfuerzos que pudieran ser hechos para solventar el conflicto serbio. Después de un período de ocho años

como secretario de Asuntos Exteriores, Grey había perfeccionado un modo de hablar que daba el menor significado posible a sus palabras. La habilidad de quitar todo significado a lo que decía, comentaba uno de sus colegas, se había convertido en un hábito para él. No era difícil que por teléfono, y temeroso por la inminente tragedia, Lichnowsky interpretara mal las palabras de Grey.

El káiser se aferraba a la solución que le ofrecía Lichnowsky para lanzarse a una guerra de un solo frente. Los minutos contaban. La movilización rodaba ya inexorable hacia la frontera francesa. El primer acto hostil, la ocupación de un nudo ferroviario en Luxemburgo, cuya neutralidad habían garantizado las cinco grandes potencias, entre ellas Alemania, había sido previsto para una hora más tarde. Tenía que ser detenido, detenido en el acto. Pero ¿cómo? ¿Dónde estaba Moltke? Moltke había abandonado el palacio. Un ayudante fue enviado en su busca haciendo sonar violentamente la bocina para detenerle. Y Moltke regresó a palacio.

El káiser volvía a ser el de siempre, el Supremo, el Señor de la Guerra, dominado por una nueva idea, con nuevos planes y disposiciones. Le leyó el telegrama a Moltke y dijo en son de triunfo: «Ahora podemos ir a la guerra sólo contra Rusia. ¡Destinaremos todo nuestro Ejército al Este!».

Consternado ante la perspectiva de que la maravillosa maquinaria de la movilización fuera detenida, Moltke se negó a rajatabla. Durante los últimos diez años, primero como ayudante de Schlieffen y, luego, como su sucesor, el trabajo de Moltke había consistido en forjar los planes para cuando llegara aquel día, *Der Tag*, para el que habían sido concentradas todas las energías alemanas, el día en que empezaría la marcha en pos del dominio final de Europa. Eso pesaba sobre él como una responsabilidad opresiva.

Alto, pesado, calvo y habiendo cumplido ya los sesenta y seis años, Moltke generalmente presentaba una expresión de profundo disgusto que impulsaba al káiser a llamarle «der traurige Julius»[20], «el triste Julio», a pesar de que su verdadero nombre era Helmut. Era de delicada salud, por lo que tomaba unas curas cada año en Carlsbad, y la sombra de su gran tío siempre pesaba sobriamente sobre su persona. Desde su ventana en el edificio de ladrillo rojo en la Königsplatz, en donde vivía y trabajaba, contemplaba cada mañana la estatua ecuestre de su homónimo, el héroe de 1870 y, conjuntamente con Bismarck, el arquitecto del Imperio alemán. El sobrino era un mal jinete que solía caerse del caballo en las maniobras y, lo que era peor aún, un discípulo de la Ciencia Cristiana con cierta afición también por el antroposofismo y otros cultos. Por esta debilidad un oficial prusiano era considerado «blando» y, lo que es peor aún, pintaba, tocaba el violonchelo, llevaba el *Fausto* de Goethe en su bolsillo y había comenzado la traducción de *Peleas y Melisenda*, de Maeterlinck[21].

Introspectivo y vacilante por naturaleza, le dijo al káiser cuando fue nombrado para el cargo en 1906: «No sé cómo saldré adelante en caso de guerra, pues soy un crítico muy severo de mí mismo». Sin embargo, no era, ni personal ni políticamente, un hombre tímido. En 1911, disgustado por la retirada de Alemania durante la crisis de Agadir, le escribió a Conrad von Hötzendorf informándole de que presentaría la dimisión si la situación empeoraba, que desorganizaría al Ejército «y nos colocaremos bajo la protección de Japón, porque entonces podremos ganar dinero sin ser molestados por nadie y convertirnos en unos perfectos imbéciles». No vaciló ni un instante en replicar al káiser y le dijo «con sincera brutalidad»[22] en 1900 que su expedición a Pekín era una «loca aventura», y cuando le fue ofrecido el cargo de jefe del Estado Mayor, le preguntó al káiser «si esperaba ganar dos veces el gordo en la misma lote-

ría»…, un pensamiento que, sin duda alguna, había influido en Guillermo en la elección de otro Moltke. Se negó a aceptar el cargo hasta que el káiser dejara de interferir en todos los simulacros bélicos, lo que convertía a éstos en una comedia. Y lo sorprendente es que el káiser obedeció.

Ahora, en la noche del primero de agosto, Moltke no estaba de humor para que el káiser interfiriera de nuevo en los asuntos militares, ni para que pusiera obstáculos a los planes que ya habían sido aprobados y estaban en marcha. Mandar dar media vuelta a un millón de hombres en el mismo momento en que se ponían en marcha, requería más nervios de acero que los que podía exhibir Moltke en aquellos momentos. Veía cómo todos sus planes se derrumbaban, cómo irían los suministros por un lado y los soldados por otro, y quedarían compañías sin oficiales, divisiones sin plana mayor, y los 11 000 trenes que habían de partir en intervalos de diez minutos se verían sumidos en la mayor confusión de la historia militar.

«Majestad, no se puede hacer», replicó Moltke en aquellos momentos. «El despliegue de millones de hombres no puede ser improvisado. Si Vuestra Majestad insiste en mandar todo el Ejército al Este, no será un ejército dispuesto a entrar en batalla, sino un desorganizado grupo de hombres armados que no podrá contar con suministros de ninguna clase. Estas disposiciones han requerido una labor muy minuciosa durante un año…», y Moltke guardó un breve silencio después de haber pronunciado estas palabras, para añadir la base de todo gran error alemán, la frase que provocó la invasión de Bélgica y la guerra submarina contra Estados Unidos, la frase inevitable de los militares cuando intervienen en la política: «… y lo que está dispuesto, no puede ser alterado».

Verdaderamente hubiese podido ser alterado. El Estado Mayor alemán, aunque forjaba los planes desde el año 1905 para atacar Francia, había conservado en sus archivos, que había re-

visado cada año hasta 1913, un segundo plan contra Rusia en el que todos los trenes rodaban en dirección este.

«No construyáis más fortalezas, construid ferrocarriles»[23], había ordenado el viejo Moltke, que había expuesto su estrategia sobre un mapa de los ferrocarriles e insistido en el dogma de que los ferrocarriles eran la clave de toda guerra. En Alemania, el sistema de ferrocarriles estaba bajo control militar y un oficial del Estado Mayor estaba destinado en cada una de las líneas. No podía ser tendida ni cambiada ninguna vía sin permiso del Estado Mayor. Las maniobras anuales mantenían a los oficiales, destinados en los ferrocarriles, en contacto constante con la misión que se les había confiado. Se decía que los mejores cerebros que salían de la Academia Militar eran destinados a la sección de ferrocarriles, y que terminaban en un sanatorio mental[24].

Cuando el «no puede ser alterado» de Moltke fue revelado después de la guerra en sus memorias, el general Von Staab, jefe de la División de Ferrocarriles, quedó tan indignado por lo que él consideraba un reproche contra su sección que escribió un libro para demostrar que sí hubiera podido haberse hecho[25]. En numerosos mapas y gráficos demostró cómo, si se le hubiese consultado el 1 de agosto, hubiera podido transportar cuatro de los siete ejércitos al frente del Este, y esto antes del 15 de agosto dejando tres ejércitos para defender el frente del Oeste. Matthias Erzberger, el diputado del Reichstag y jefe del Partido del Centro, católico, nos ha dejado otro testimonio. Dijo que el propio Moltke, seis meses después de aquella noche, declaró que «el grueso de nuestro Ejército hubiese debido haber luchado antes en el Este para aniquilar el rodillo ruso, limitando las operaciones en el Oeste a impedir un ataque enemigo contra nuestras fronteras»[26].

Pero la noche del primero de agosto, Moltke, que se aferraba a su plan fijo, no tuvo el valor, ni los nervios, para introducir

cambios. «Su tío me hubiera dado una respuesta diferente», le dijo el káiser, muy amargado. Este reproche «me hirió profundamente —escribió Moltke años después—: Nunca pretendí ser igual que el viejo mariscal de campo». Sin embargo, continuó negándose. «Mi protesta de que era completamente imposible mantener la paz entre Francia y Alemania cuando ya los dos países se habían movilizado, no causó la menor impresión. Todos los presentes estaban cada vez más excitados y sólo yo mantenía mi punto de vista».

Finalmente, cuando Moltke convenció al káiser de que los planes de movilización ya no podían ser alterados, el grupo que incluía a Bethmann y Jagow redactó un telegrama dirigido a Inglaterra lamentando que los movimientos contra Francia no pudiesen ser modificados, pero ofreciendo la garantía de no cruzar la frontera francesa antes del 3 de agosto a las siete de la tarde, lo que no les obligaba a nada, puesto que el cruce de la frontera no había sido previsto para una fecha anterior. Jagow despachó un telegrama a su embajador en París instándole a que hiciera todo lo posible para que «Francia se mantuviera cruzada de brazos por el momento». Francia ya había decretado la movilización a las cuatro de aquella tarde. El káiser añadió un telegrama personal al rey Jorge explicándole que, por «razones técnicas», la movilización debía seguir su curso, pero si «Francia ofrece la neutralidad que ha de ser garantizada por la Marina y el Ejército inglés, como es lógico me abstendré de atacar Francia y destinaré mis tropas a otra parte. Confío en que Francia no se pondrá nerviosa»[27].

Faltaban pocos minutos para las siete, la hora prevista para que la División 160 entrara en Luxemburgo. Bethmann insistió excitado en que, en ninguna circunstancia, las tropas alemanas habían de invadir Luxemburgo mientras no se recibiera la respuesta de Inglaterra. En el acto el káiser, sin consultar previamente con Moltke, ordenó a su ayudante de campo que telefo-

neara y telegrafiara a la División 160 en Tréveris para cancelar la orden de atacar. Moltke se vio nuevamente defraudado en sus planes. Los ferrocarriles de Luxemburgo eran esenciales para la ofensiva a través de Bélgica contra Francia. «En aquel momento tuve la sensación de que me partían el corazón».

A pesar de todas sus súplicas, el káiser se negó a ceder. Al contrario, añadió una frase final a su telegrama al rey Jorge: «Las tropas, antes de atravesar la frontera, van a ser detenidas por teléfono y telégrafo prohibiéndoseles cruzar la frontera hacia Francia». En cierto modo decía la verdad, puesto que el káiser no podía decirle a Inglaterra cuál había sido su intención original y que lo que le detenía en aquellos momentos era la violación de un país neutral. En este caso hubiera tenido que reconocer también su intención de violar Bélgica, lo que hubiese sido considerado como un *casus belli* por Inglaterra.

«Desmoralizado», escribió Moltke más tarde por lo que le pasó aquel día, que había de ser el más culminante de su carrera. Regresó al Estado Mayor «y estallé en amargas lágrimas de desesperación». Cuando su ayudante le presentó para su firma la orden escrita anulando el movimiento hacia Luxemburgo, «arrojé mi pluma sobre la mesa y me negué a firmar». Firmar aquella orden, después de la movilización, anulando todos los preparativos que él había hecho tan meticulosamente, se hubiese tomado como una «vacilación e indecisión». «Haga usted lo que quiera con este telegrama —le dijo a su ayudante—, pero yo no lo firmo».

Estaba todavía sumido en sus pensamientos, a las once de la noche, cuando lo llamaron de nuevo a palacio. Moltke encontró al káiser en su dormitorio, vestido de acuerdo con las circunstancias, con un capote militar sobre su camisón de dormir. Había recibido un nuevo telegrama de Lichnowsky, en el que, después de una segunda conversación con Grey, reconocía

su error y telegrafiaba ahora tristemente: «La proposición positiva de Inglaterra se refiere al conjunto, no al detalle».

«Haga usted ahora lo que mejor le parezca», le dijo el káiser, y se metió de nuevo en la cama. Moltke, el comandante en jefe que había de dirigir ahora una campaña que iba a decidir el destino de Alemania, quedó terriblemente impresionado. «Aquélla era mi primera experiencia bélica», escribió años más tarde. «Nunca me recuperé de la impresión del incidente. Algo en mi interior se partió y jamás volví a ser el de antes».

Y tampoco el mundo, hubiera podido añadir. La orden telefónica que el káiser había mandado a Tréveris no llegó a tiempo. A las siete en punto, tal como había sido previsto, fue cruzada la primera frontera de la guerra y el mérito correspondió a una compañía de infantería del Regimiento 69 mandada por el teniente Feldmann. Al otro lado de la frontera luxemburguesa, en las laderas de las Ardenas, a unas doce millas de Bastogne, en Bélgica, había una pequeña ciudad conocida por los alemanes con el nombre de Ulflingen. El ganado pastoreaba por sus campos, pero en sus calles empedradas no se veía una sola brizna de paja, ni siquiera en tiempos de siega, puesto que esto hubiera ido en contra de las leyes de limpieza del Gran Ducado. Al pie de la ciudad había una estación de ferrocarril y una oficina de telégrafos en donde se cruzaban las líneas de Alemania y Bélgica. Éste era el objetivo alemán que la compañía del teniente Feldmann, que llegó en camiones, conquistó como primer objetivo.

Con su acostumbrada falta de tacto, los alemanes habían elegido para violar Luxemburgo un lugar llamado Trois Vierges[28]. Las tres vírgenes representaban la fe, la esperanza y la caridad, pero la historia encarnó en ellas a Luxemburgo, Bélgica y Francia.

A las siete y media llegó un segundo destacamento en camiones, con toda probabilidad como respuesta al mensaje del káiser, dando orden al primer grupo de dar marcha atrás alegando «que había ocurrido un error». Mientras tanto, el ministro de Estado, Eyschen, ya había telegrafiado la noticia a Londres, París y Bruselas, así como mandado una nota de protesta a Berlín. A medianoche, Moltke anulaba la orden del káiser y a finales del día siguiente, 2 de agosto, M-1 según el plan alemán, todo el Gran Ducado era ocupado por las tropas alemanas.

Una pregunta ha atormentado a los historiadores desde entonces: ¿qué hubiese sucedido si los alemanes se hubieran dirigido contra el Este en 1914 mientras permanecían a la defensiva contra Francia? El general Von Staab demostró que esta inversión hubiese sido factible. Haberse vuelto contra Rusia era técnicamente posible. Pero saber si era posible impedir el ataque contra Francia para cuando llegara *Der Tag* es otra cuestión muy diferente.

A las siete en punto en San Petersburgo, a la misma hora en que los alemanes entraban en Luxemburgo, el embajador Pourtalès, con sus ojos azules inyectados en sangre, presentó con mano temblorosa la declaración de guerra alemana a Sazonov, el ministro de Asuntos Exteriores ruso.

—¡La maldición de las naciones caerá sobre ustedes! —exclamó Sazonov.

—Defendemos nuestro honor —replicó el embajador alemán.

—Su honor no está en juego. Pero hay una justicia divina.

—Esto es verdad —murmuró—. Una justicia divina, una justicia divina.

Pourtalès se acercó a la ventana, se apoyó contra la misma y estalló en lágrimas.

—Éste es el fin de mi misión —dijo cuando se sintió de nuevo con fuerzas para hablar.

Sazonov le golpeó amistosamente en el hombro, se abrazaron y Pourtalès se dirigió a la puerta, que apenas logró abrir debido al temblor de su mano, y murmuró:

—Adiós, adiós.

Esta escena tan emotiva nos ha sido transmitida por Sazonov con artísticos comentarios del embajador francés, Paléologue, sin duda alguna por lo que le contara Sazonov[29]. Pourtalès informa de que solicitó por tres veces una respuesta al ultimátum, y cuando Sazonov por tercera vez respondió en sentido negativo, le entregó la nota de acuerdo con las instrucciones recibidas.

¿Por qué motivo había de entregar la nota? El almirante Von Tirpitz, el ministro de la Marina, había preguntado la noche anterior, «basándose más en el instinto que en la razón», por qué si Alemania no tenía la intención de invadir Rusia, era necesario declarar la guerra a Rusia y cargar con el odio hacia el agresor[30]. Esta pregunta era muy pertinente, puesto que el objetivo de Alemania era cargar toda la culpa de la guerra sobre Rusia, con el fin de convencer al pueblo de que estaba luchando a la defensiva y, sobre todo, obligar a Italia a cumplir su compromiso de la Triple Alianza.

Italia estaba obligada a entrar en la guerra al lado de sus aliados sólo en el caso de una guerra defensiva, y se temía que aprovechara la primera oportunidad para cambiar de bando. Bethmann quedó altamente confuso y desconcertado ante el problema. Previno que si Austria se negaba a cualquiera de las concesiones serbias, «sería muy difícil cargar la culpa de una conflagración europea sobre Rusia», y «esto nos colocaría a los ojos de nuestro pueblo en una situación muy delicada»[31]. Pero no le hicieron caso. Cuando llegó el día de la movilización, el

protocolo alemán exigía que la guerra fuera declarada con todas las de la ley. Según Tirpitz, los jurisconsultos del Ministerio de Asuntos Exteriores alegaron que esto era lo que procedía hacer en aquel caso. «Fuera de Alemania no saben apreciar estas ideas», dijo patéticamente.

En Francia sí sabían apreciarlas.

7

PRIMERO DE AGOSTO: PARÍS Y LONDRES

Un primer objetivo dominaba la política francesa: entrar en la guerra con Inglaterra como aliada. Para garantizar este factor y permitir a sus amigos en Inglaterra superar su inercia y aversión en el seno de su propio Gabinete, así como en el país, Francia había de establecer, sin ninguna clase de dudas, quién era atacado y quién el que atacaba. El acto físico y moral de la agresión había de ser cargado en la cuenta de Alemania[1]. Ésta había de cumplir con su parte, pero con el fin de impedir que una patrulla francesa demasiado excitada o llevada por la impremeditación cruzara la frontera, el gobierno francés dio un paso extraordinariamente osado. El 30 de julio ordenó una retirada de diez kilómetros a lo largo de toda la frontera con Alemania, desde Suiza a Luxemburgo.

El primer ministro, René Viviani, un elocuente orador socialista que se había distinguido principalmente en las cuestiones laborales y sociales, propuso esta retirada. Era un caso curioso en la política francesa, un primer ministro que lo era por primera vez y que ahora incluso había asumido la cartera del Ministerio de Asuntos Exteriores. Apenas hacía seis semanas que había jurado el cargo y acababa de regresar el día anterior, 29 de julio, de una visita oficial en compañía del presidente Poincaré a Rusia. Austria había esperado que Viviani y Poincaré estuvieran en alta mar antes de presentar su ultimátum a Serbia. Al recibir la noticia, el presidente francés y su primer ministro habían cancelado una visita proyectada a Copenhague y habían regresado rápidamente a casa.

En París les dijeron que las tropas de vanguardia alemanas habían ocupado sus posiciones a pocos centenares de metros de la frontera. Todavía no sabían nada referente a las movilizaciones en Rusia y Austria. Todavía se albergaban algunas esperanzas de que la crisis pudiera ser resuelta por medio de negociaciones. Viviani estaba «atemorizado ante la posibilidad de que la guerra pudiera estallar por el encuentro de dos patrullas, por un solo gesto amenazador […], una fría mirada, una palabra dura, un disparo»[2]. Por si existía alguna esperanza de solventar la crisis sin ir a la guerra y con el fin de que los frentes quedaran claramente delimitados si se llegaba a este extremo, el Gabinete dio su consentimiento a este repliegue de diez kilómetros[3]. En la orden que les fue cablegrafiada a los comandantes del Cuerpo de Ejército, se les decía, «con el fin de garantizar la colaboración de nuestros vecinos ingleses»[4]. Al mismo tiempo mandaban un telegrama a Inglaterra informándole de la medida que se había adoptado. Este repliegue, en la misma víspera de la invasión, era un riesgo militar calculado y que tomaron, única y exclusivamente, teniendo en cuenta sus consecuencias políticas. Un riesgo «que antes nunca se había tomado en la historia», declaró Viviani, y hubiese podido añadir, como Cyrano: «¡Ah, pero vaya gesto!».

Un repliegue era un amargo movimiento para un comandante en jefe francés educado en la doctrina de la ofensiva y sólo la ofensiva. Hubiese podido destrozar al general Joffre, al igual que la primera experiencia bélica hundió a Moltke, pero el corazón del general Joffre no se partió.

Desde el momento del regreso del presidente y del primer ministro, Joffre había estado solicitando del gobierno la orden de movilización o, al menos, de adoptar los primeros pasos en este sentido: anulación de todos los permisos, pues con motivo de la siega habían obtenido permiso muchos soldados que estaban en filas, y destino de las tropas de cobertura a la frontera[5].

Los abrumaba con informaciones que recibía sobre las medidas de premovilización que ya habían adoptado los alemanes. Exigía autoridad ante un recién nombrado gobierno, el décimo en cinco años, y cuyo predecesor sólo había durado tres días. El presente se distinguía principalmente por no incluir a los hombres más fuertes de Francia. Briand, Clemenceau y Caillaux, todos ellos antiguos primeros ministros, estaban en la oposición. Viviani, según declaraba él mismo, se encontraba en un estado de «tensión nerviosa»[6] que, según Messimy, que volvía a ocupar el cargo de ministro de la Guerra, «se convirtió en un estado permanente durante todo el mes de agosto»[7]. El ministro de Marina, el doctor Gauthier, doctor en medicina que había pasado a ocupar aquel cargo cuando un escándalo político había eliminado a su predecesor, estaba tan abrumado por los acontecimientos que «olvidó» mandar unidades de la flota al Canal de la Mancha y fue sustituido instantáneamente por el ministro de Instrucción Pública[8].

En el presidente, sin embargo, se combinaban inteligencia, experiencia y fines concretos, aunque no tuviera poder constitucional. Poincaré era un abogado, economista y miembro de la Academia, antiguo ministro de Finanzas que ya había actuado como primer ministro y ministro de Asuntos Exteriores en 1912 y había sido elegido presidente de Francia en enero de 1913. El hombre de carácter necesita autoridad, sobre todo en las horas de crisis, y el poco experimentado gobierno cedió gustosamente. Nacido en Lorena, Poincaré recordaba, cuando tenía diez años de edad, haber presenciado la larga fila de los cascos puntiagudos de los alemanes que desfilaban por Bar-le-duc, su ciudad natal[9]. Era acusado por los alemanes de belicoso, sobre todo porque como primer ministro, cuando la crisis de Agadir, había sabido mantenerse muy firme y, en parte, porque como presidente había aprovechado su influencia para hacer aprobar la ley de tres años en contra de la violenta oposi-

ción socialista en el año 1913. Esto y sus fríos modales, su falta de gracia y sus ideas fijas contribuían a que no fuera muy popular en su patria. Las elecciones eran contrarias al gobierno, el descontento de los obreros y de los agricultores iba en aumento, julio había sido un mes caluroso, de Serbia llegaban rumores de crisis y la señora Caillaux, que había disparado contra el editor del *Figaro*, era juzgada por asesinato. Cada día de juicio servía para que salieran a relucir nuevas y desagradables irregularidades en las finanzas, la prensa, los tribunales y el gobierno, por no hablar de la vida privada de Caillaux, lo que en conjunto proporcionó uno de los escándalos más grandes de los últimos tiempos.

Repentinamente, los franceses despertaron y se encontraron a la señora Caillaux en segunda página… y en primera la súbita y terrible noticia de que Francia se enfrentaba a una guerra. En el país políticamente más apasionado y donde nunca terminan las rencillas, vibró desde aquel momento un solo sentimiento. Poincaré y Viviani, a su regreso de Rusia, cruzaron París y oyeron una sola aclamación, repetida una y otra vez: «Vive la France!»[10].

Joffre le dijo al gobierno que si no daba la orden de concentrar y transportar las tropas de defensa de cinco cuerpos del Ejército y caballería a la frontera, los alemanes entrarían en Francia sin disparar un solo tiro[11]. Aceptó la retirada de diez kilómetros de las tropas que ya habían ocupado sus posiciones, no tanto por sumisión al poder civil —Joffre era por naturaleza tan obediente como Julio César— como para dar mayor fuerza a su solicitud en favor de las fuerzas de protección. El gobierno que vacilaba todavía puesto que las propuestas y contrapropuestas que se mandaban por telégrafo podían solventar la crisis, acordó hacerle una concesión «reducida», es decir, sin llamar a los reservistas.

A las cuatro y media del día siguiente, 31 de julio, un banquero amigo de Amsterdam telefoneó a Messimy con la noticia de la *Kriegesgefahr* alemana, lo que se confirmó una hora después oficialmente desde Berlín. Era ésta «une forme hypocrite de la mobilisation»[12], le dijo Messimy enojado al Gabinete. Su amigo de Amsterdam le había confiado que la guerra era cierta y que Alemania estaba preparada para ir a ella, «desde el emperador al último Fritz». Poco después de recibirse estas noticias, llegaba un telegrama de Paul Cambon, el embajador francés en Londres, informando de que Inglaterra estaba «indecisa»[13]. Cambon había dedicado cada día de los últimos dieciséis años que llevaba en el cargo a asegurarse el apoyo activo de Inglaterra para cuando llegara el momento, pero ahora se veía obligado a telegrafiar que, al parecer, el gobierno inglés estaba esperando algún nuevo desarrollo en la situación. Hasta aquel momento la disputa «carecía de interés para Gran Bretaña»[14].

Joffre se presentó con un nuevo informe sobre los movimientos alemanes insistiendo de modo vehemente en que fuera dada la orden de movilización. Le fue permitido mandar todas las tropas de protección, pero nada más, puesto que se acababa de recibir la noticia de un último llamamiento del zar al káiser, que no había de redundar en nada positivo. El gobierno continuaba reunido mientras Messimy se moría de impaciencia, puesto que estaba estipulado que cada ministro hablara cuando le tocara el turno.

A las siete en punto de la tarde el barón Von Schoen, que efectuaba su undécima visita al Ministerio de Asuntos Exteriores francés durante el curso de aquellos siete días, presentaba la demanda alemana para saber qué actitud adoptaría Francia, y dijo que regresaría al día siguiente a la una en punto para recibir una respuesta. El gobierno continuaba reunido discutiendo problemas financieros y la declaración del estado de sitio mientras París esperaba en suspense. Un joven se dejó dominar

por la ansiedad, apuntó con una pistola contra el cristal de un café y mató a Jean Jaurès, cuya dirección en el socialismo internacional y en la lucha contra la ley de los tres años le había convertido, a los ojos de los superpatriotas, en el símbolo del pacifismo.

Un ayudante pálido como un cadáver informó a las nueve al Gabinete de la noticia. ¡Jaurès había sido asesinado! La noticia, que entrañaba una posible lucha civil, confundió al gobierno. Barricadas en las calles, levantamientos populares, incluso una revuelta armada se convertían en una amenaza casi real en vísperas de una guerra. Los ministros reanudaron la viva discusión sin acordarse del *Carnet B*, la lista de los agitadores conocidos, anarquistas, pacifistas y sospechosos de ser espías que eran considerados un peligro para la defensa nacional y que habían de ser arrestados automáticamente el día de la movilización[15]. Tanto el prefecto de policía como el antiguo primer ministro Clemenceau habían aconsejado al ministro del Interior, Malvy, que hiciera uso del *Carnet B*, pero Viviani y otros de sus colegas, con la esperanza de mantener la unidad nacional, eran contrarios a esta forma de proceder. Se mantuvieron firmes. Fueron detenidos algunos extranjeros sospechosos de ser espías, pero ningún francés. Para el caso de levantamientos populares fueron alertadas las tropas aquella noche, pero al día siguiente sólo reinaba un profundo disgusto y un gran silencio. De las 2051 personas que figuraban en el *Carnet B*, el 80 por 100 se presentaron como voluntarios para el frente.

A las dos de la madrugada el presidente Poincaré fue despertado en su lecho por el impetuoso embajador ruso, Isvolsky, un antiguo ministro de Asuntos Exteriores superactivo. Muy agitado, deseaba saber lo que pensaba hacer Francia[16].

Isvolsky no tenía la menor duda con respecto a Poincaré, pero él y otros estadistas rusos temían que, cuando llegara el momento, el Parlamento francés, que no estaba al corriente de las

cláusulas del tratado militar de alianza con Rusia, no lo ratificara. Y estas cláusulas decían de modo específico: «Si Rusia es atacada por Alemania, o por Austria apoyada por Alemania, Francia empleará todas sus Fuerzas Armadas para atacar Alemania». Tan pronto como Alemania o Austria se movilizaran, «Francia y Rusia, sin necesidad de previo y nuevo acuerdo, movilizarán todas sus fuerzas inmediata y simultáneamente y las destinarán, sin pérdida de tiempo, a las fronteras […]. Estas fuerzas comenzarán a entrar en acción con la mayor rapidez posible para que Alemania tenga que luchar al mismo tiempo tanto en el Este como en el Oeste»[17].

Estas cláusulas no ofrecían ninguna clase de dudas, pero en 1912 Isvolsky le había preguntado lleno de ansiedad a Poincaré si el Parlamento francés estaría dispuesto a ratificarlas. En Rusia el poder del zar era absoluto, de modo que Francia «podía estar segura de ellos», pero, «en Francia, el gobierno es impotente sin Parlamento. El Parlamento no conoce el texto del año 1892 […]. ¿Qué garantía tenemos de que vuestro Parlamento acepte las órdenes de su gobierno?». «Si Alemania atacara», le había replicado Poincaré en aquella ocasión, el Parlamento, «sin dudas ni vacilaciones de ninguna clase, acataría las órdenes del gobierno».

En aquellos momentos, en que Isvolsky le había sacado de la cama, Poincaré le aseguró que el Gabinete se reuniría en el curso de las siguientes horas para darle una respuesta. A la misma hora se presentó el agregado militar ruso vestido con su uniforme de diplomático en el dormitorio de Messimy para dirigirle la misma pregunta. Messimy telefoneó al primer ministro Viviani, el cual, aunque agotado por los acontecimientos del día anterior, no se había acostado aún. «¡Dios mío! —exclamó—, esos rusos son más insomnes que bebedores», y muy excitado recomendó: «Du calme, du calme, et ancore du calme!»[18].

Presionados por los rusos a que se manifestaran y por Joffre a movilizarse, y, sin embargo, obligados a cruzarse de brazos para demostrar a Inglaterra que Francia sólo actuaría en caso de defensa, el gobierno francés no lograba la calma tan necesaria en aquellos momentos. A las ocho en punto de la mañana siguiente, primero de agosto, Joffre llegó al Ministerio de la Guerra, en la Rue St. Dominique, para suplicar a Messimy, «en un tono patético que contrastaba con su calma habitual»[19], que consiguiera del gobierno la orden de movilización. Alegó que las cuatro era la hora tope para que la orden pudiera ser despachada por telégrafo a toda Francia, con el fin de que la movilización pudiera empezar a ser cumplida hacia la medianoche. Se presentó, acompañado por Messimy, ante el gobierno a las nueve de la mañana y dirigió por su propia cuenta un ultimátum: cualquier posible aplazamiento de veinticuatro horas antes de la movilización general significaría una pérdida de quince o veinte kilómetros de territorio, y él no estaba dispuesto a asumir esta responsabilidad en su calidad de comandante en jefe. No le quedaba otro remedio al gobierno que hacer frente a aquella situación. Poincaré estaba a favor de una acción inmediata, mientras que Viviani, que representaba la tradición pacifista, confiaba todavía en que el tiempo proporcionaría una solución. A las once fue llamado al Ministerio de Asuntos Exteriores para hablar con Von Schoen, que, excesivamente ansioso, se había adelantado dos horas para recibir la respuesta a la demanda alemana del día anterior: si Francia permanecería neutral en una guerra ruso-germana. «Mi pregunta está fuera de lugar —dijo el desgraciado embajador—, puesto que sabemos que tienen firmado ustedes un tratado de alianza».

«Évidemment», replicó Viviani, y le dio la respuesta que habían convenido con Poincaré. «Francia actuará de acuerdo con sus intereses»[20]. Cuando Schoen se hubo marchado, Isvolsky llegó con la noticia del ultimátum alemán a Rusia. Viviani re-

gresó a la reunión del gobierno, que, por fin, aprobó la orden de movilización. La orden fue firmada y entregada a Messimy, pero Viviani, que aún confiaba en que se presentara una inesperada solución en el curso de las próximas horas, insistió en que Messimy se la guardara en el bolsillo hasta las tres y media de la tarde. Al mismo tiempo fue ratificada la orden de retirada de diez kilómetros[21]. Messimy habló por teléfono personalmente aquella noche con los comandantes de los cuerpos del Ejército: «Por orden de la República, ninguna unidad del Ejército, ninguna patrulla, ningún reconocimiento, ningún explorador, ningún soldado, en fin, debe cruzar al este de la línea fijada. Todo aquel que no cumpla la orden será llevado ante un tribunal militar». Dirigió una advertencia especial al comandante del XX Cuerpo, el general Foch, puesto que se había recibido un informe fidedigno que decía que un escuadrón de coraceros había sido visto «cara a cara» con un escuadrón de ulanos[22].

A las tres y media, tal como se había convenido, el general Ebener, del Estado Mayor de Joffre, acompañado por dos oficiales, llegó al Ministerio de la Guerra para despachar la orden de movilización[23]. Messimy le entregó la orden en medio de un silencio sepulcral. «Consciente de las gigantescas e infinitas consecuencias que podían derivar de aquella hoja de papel, los cuatro notamos como se encogían nuestros corazones». Estrechó la mano de cada uno de los tres oficiales, que saludaron y se alejaron rápidamente para cumplimentar la orden.

A las cuatro en punto apareció el primer bando en las paredes de París (en la esquina de la Place de la Concorde y de la Rue Royale, donde aún se conserva bajo cristal). En Armenonville, el lugar de cita del *haut-monde*, en el Bois de Boulogne, fue suspendido súbitamente el baile cuando el gerente avanzó hacia la orquesta, impuso silencio y anunció: «Ha sido ordenada la movilización. Empezará a medianoche. Interpreten "La Mar-

seillaise”». Las calles de la ciudad ya estaban desiertas de vehículos, que habían sido requisados por el Ministerio de la Guerra. Grupos de reservistas con sus maletas y ramos de flores se encaminaban hacia la Gare de l’Est mientras los transeúntes les saludaban y animaban. Un grupo se detuvo para depositar sus flores a los pies de la estatua envuelta en un manto negro de Estrasburgo, en la Place de la Concorde. La muchedumbre lloraba y gritaba «Vive l’Alsace!», y arrancó el manto negro que había envuelto la estatua desde el año 1870[24]. Las orquestas en los restaurantes interpretaban los himnos francés, ruso e inglés. «Es curioso pensar que los están interpretando músicos húngaros», comentó alguien[25]. El hecho de oír su himno, interpretado como si se quisiera expresar una esperanza, hacía que los ingleses se sintieran a disgusto, y mucho más aún *sir* Francis Bertie, el rosado y obeso embajador inglés, que con su chaquetón gris y su sombrero de copa del mismo color, y que se protegía del sol con una sombrilla verde, entraba en el Quai d’Orsay. *Sir* Francis «se sentía dolorido y avergonzado»[26]. Mandó que cerraran las verjas de su embajada, puesto que, como escribió: «Aunque hoy griten “Vive l’Angleterre”, mañana puede convertirse en la “Pérfida Albión”».

En Londres este mismo sentimiento vibraba en la habitación en la que el pequeño señor Cambon, con su barba blanca, se enfrentaba con *sir* Edward Grey. Cuando Grey le dijo que había que esperar algún «nuevo desarrollo», puesto que la disputa entre Rusia, Austria y Alemania no afectaba a los «intereses» de Gran Bretaña, Cambon dejó que un destello de ira se mezclara con su impecable tacto y dignidad probada.

«¿Acaso Inglaterra está dispuesta a esperar hasta que el territorio francés haya sido completamente invadido antes de intervenir?», preguntó, y sugirió que en este caso su ayuda llegaría demasiado tarde[27].

Grey se sentía igualmente embarazado, con sus labios firmemente apretados y su nariz romana. Estaba plenamente convencido de que a Inglaterra le interesaba ayudar a Francia, incluso estaba dispuesto a presentar la dimisión[28] si su país no cumplía con esta ayuda, pues sabía también que los acontecimientos obligarían a los ingleses a tomar esta decisión, pero en realidad no le podía decir nada oficial a Cambon. Y tampoco era hombre capaz de expresarse de un modo no oficial. Sus modales, que el público inglés, que veía en él la imagen del hombre fuerte y silencioso, apreciaba, como a los de un hombre que les llenaba de confianza, eran considerados por sus colegas extranjeros como «helados»[29]. Se limitó a decir aquello de lo que ya hablaba todo el mundo, que «la neutralidad belga podía ser un factor». Y esto era lo que Grey, y no sólo él, estaba esperando.

La decisión de Gran Bretaña dependía de una división personal, tanto en el seno del Gabinete como entre los partidos. El Gabinete estaba dividido por un abismo que ya duraba desde la guerra contra los bóers entre los liberales imperialistas representados por Asquith, Grey, Haldane y Churchill y los «pequeños ingleses» representados por todos los demás. Herederos de Gladstone, todos ellos, al igual que su difunto jefe, sospechaban y recelaban de todas las alianzas extranjeras y consideraban que la ayuda a los pueblos oprimidos era la única labor que había de hacerse en política exterior. Tendían a considerar Francia como un país frívolo y les hubiera gustado considerar Alemania como un país industrioso y respetable de no ser por los gestos y rugidos del káiser y los militares pangermanos. No estaban dispuestos a ir a la guerra para ayudar a Francia, pero la interferencia de Bélgica, un «pequeño» país que recababa la protección británica, podía alterar esta situación.

El grupo de Grey en el Gabinete, por otro lado, compartía con los *tories* una premisa fundamental: que los intereses nacio-

nales ingleses estaban íntimamente unidos a Francia. Este razonamiento queda expresado en las maravillosas y sencillas palabras de Grey: «Si Alemania dominara el continente, sería desagradable tanto para nosotros como para los demás, puesto que nos veríamos aislados»[30].

En esta frase épica queda compensada toda la política inglesa, y a través de ella se deducía que, si era lanzado el reto, Inglaterra habría de luchar para impedir el resultado «desagradable». Pero Grey no podía hablar sin provocar una división de opiniones en el seno del Gabinete y en el país que sería fatal para cualquier esfuerzo bélico antes de comenzar una guerra.

Gran Bretaña era el único país en Europa que no tenía servicio militar obligatorio, y en caso de guerra debía depender de los voluntarios. Una división del gobierno en el problema de la guerra significaría la formación de un partido pacifista dirigido por los disidentes con un desastroso efecto sobre el reclutamiento. Si el primer objetivo de Francia era entrar en la guerra contando a Inglaterra como aliada, era una primera necesidad para Gran Bretaña entrar en la guerra común con un gobierno unido.

Ésta era la esencia del problema. En las reuniones del Gabinete el grupo que se oponía a la intervención resultó ser muy potente. Su jefe, lord Morley, el viejo amigo y biógrafo de Gladstone, creía contar con «ocho o nueve que están de acuerdo con nosotros» contra la solución que era defendida abiertamente por Churchill con «energía demoníaca» y por Grey con «sorprendente simplicidad». Por las discusiones en el Gabinete era evidente para Morley que la neutralidad de Bélgica era «secundaria respecto a la cuestión de nuestra neutralidad en la lucha entre Alemania y Francia»[31]. Era también evidente para Grey que sólo la violación de la neutralidad belga convencería al partido de la paz de la amenaza alemana y de la necesidad de ir a la guerra en interés nacional.

El primero de agosto esta división de opiniones era visible en el Gabinete y en el Parlamento. Aquel día, doce de los dieciocho miembros que componían el Gabinete se declararon opuestos a darle a Francia la garantía del apoyo inglés en caso de guerra. Aquella tarde, en el *hall* de la Cámara de los Comunes, un grupo de diputados liberales votó diecinueve contra cuatro, aunque con muchas abstenciones, a favor de una moción que defendía que Inglaterra permaneciera neutral, «ocurriera lo que ocurriese en Bélgica o en otras partes». Aquella semana *Punch* publicó «Versos escritos que representan los puntos de vista de un patriota inglés»:

Why should I follow your fighting line
For a matter that's no concern of mine?
[...]
I shall be asked to a general scrap
All over the European map,
Dragged into somebody else's war
For that's what a double entente is for[32].

El patriota medio había gastado ya su carga normal de excitación e indignación con la reciente crisis irlandesa. El «Curragh Mutiny» era la señora Caillaux de Inglaterra. Como resultado de la Ley de Autonomía, el Ulster amenazaba con una rebelión armada contra la autonomía para el resto de Irlanda, y las tropas inglesas estacionadas en Curragh se habían negado a luchar contra los leales del Ulster. El general Gough, el comandante de Curragh, había presentado la dimisión, así como todos sus oficiales, lo que indujo a dimitir a *sir* John French, jefe del Estado Mayor, y provocó la dimisión del coronel John Seely, sucesor de Haldane como secretario de la Guerra. Una conferencia de palacio del rey con los jefes de los partidos no redundó en nada positivo. Lloyd George habló inútilmente «del problema más grave que se ha presentado en este país desde los días de los Estuardo»[33]; las palabras «guerra civil» y «rebelión» eran mencionadas públicamente, y una fábrica de armas

alemana vendió 40 000 fusiles y un millón de cartuchos al Ulster[34]. Mientras tanto, no había secretario de la Guerra y el cargo era ocupado por el primer ministro Asquith, que no podía dedicarle mucho tiempo, además de que tampoco se sentía muy inclinado a hacerlo.

Contaba, sin embargo, con un primer lord del Almirantazgo muy activo. Cuando olía a batalla, Winston Churchill se parecía entonces al caballo de guerra de Job, que no le volvía la espalda a la espada, sino que se «lanzaba al valle y gritaba entre las trompetas». Era el único ministro británico que tenía convencimiento claro de lo que debía hacer Gran Bretaña sin vacilaciones de ninguna clase. El 26 de julio, el día en que Austria rechazó la respuesta serbia y diez días antes de que su propio gobierno tomara una decisión, Churchill redactó una orden crucial.

El 26 de julio la Marina inglesa realizaba maniobras con su tripulación completa, como en caso de guerra, después de haber partido de Portland el 15 de julio. A las siete de la mañana del día siguiente los navíos habían de dispersarse, algunos de ellos destinados a ejercicios en alta mar, otros a los puertos para desembarcar a la tripulación extra que habían cargado y otros a los diques secos para efectuar reparaciones. Aquel domingo, 26 de julio, el primer lord recordó más tarde que había sido un «día extremadamente hermoso», y que cuando se enteró de que Austria ya había tomado una decisión se decidió también él, «con el fin de que la situación diplomática no se adelantara a la situación naval», y, después de consultar con el primer lord del Mar, el príncipe Louis of Battenberg, dio órdenes a la Marina de que no se dispersara[35].

Informó a continuación a Grey de lo que había hecho y, con el consentimiento de Grey, entregó la orden del Almirantazgo a los periódicos en la confianza de que la noticia ejercería un «efecto positivo» en Berlín y Viena.

Pero mantener unida a la Marina no era bastante; tenía que ocupar sus posiciones. La misión principal de una Marina, según el almirante Mahan, el Clausewitz de la guerra naval, era ser «una flota en movimiento». En caso de guerra la Marina británica, de la cual dependía la vida de una nación, tenía que asegurar y dominar las principales rutas comerciales de los océanos, proteger a las Islas Británicas contra una posible invasión, defender el Canal de la Mancha y las costas de Francia de acuerdo con el tratado firmado con Francia, estar concentrada con suficiente potencia para ganar cualquier batalla en caso de que la Marina alemana la provocara y, sobre todo, protegerse a sí misma contra aquella nueva y amenazadora arma de potencial desconocido, los torpedos. El miedo a un súbito y declarado ataque con torpedos mantenía aterrorizado al Almirantazgo.

El 28 de julio Churchill dio órdenes a la Marina de dirigirse a su base naval en Scapa Flow, en el mar del Norte. Abandonó el puerto de Portland el 29 y, al anochecer, dieciocho millas de navíos de guerra habían cruzado hacia el norte a través del Paso de Calais. «Un ataque de torpedos por sorpresa —escribió el primer lord— había sido una pesadilla que ya se había esfumado para siempre».

Después de haber preparado la Marina para la acción, Churchill dedicó el resto de su energía y su sentido de la urgencia a preparar el país. Persuadió a Asquith el 29 de julio para que autorizara el telegrama de aviso que era la clave convenida por el Ministerio de la Guerra y el Almirantazgo para iniciar el Período de Precaución. Como carecían de la *Kriegesgefahr* o del estado de sitio francés que establecía la ley marcial, el Período de Precaución ha sido descrito como un medio «inventado por un genio […] que permite adoptar ciertas medidas en el *ipse dixit* del secretario de la Guerra sin consultar antes con el Gabinete […] cuando el tiempo era el único factor que contaba»[36].

El tiempo impresionaba al inquieto Churchill, quien, con el temor de que el gobierno liberal se hundiera, hizo un avance hacia su viejo partido, los *tories*. Una coalición no era del gusto del primer ministro, que se esforzaba en mantener unido su gobierno. Nadie confiaba en que lord Morley, que ya había cumplido setenta y un años, continuara en el gobierno en caso de guerra. Pero no era Morley, sino el mucho más activo y vigoroso canciller de la Tesorería, Lloyd George, la figura clave a quien el gobierno no podía perder, tanto por su probada eficacia en su ministerio como por su influencia sobre los electores. Astuto, ambicioso y dotado de una brillante elocuencia galesa, Lloyd George formaba parte del grupo pacifista, pero podía inclinarse también hacia el otro lado. Había sufrido una reciente baja en la popularidad pública, veía surgir a un nuevo rival en la jefatura del partido en la persona que lord Morley calificaba de «ese espléndido condotiero en el Almirantazgo», y podía, según la opinión de sus colegas, ver una ventaja política en jugar la «carta de la paz» en contra de Churchill. Era una apuesta incierta y peligrosa[37].

Asquith, que no tenía la menor intención de dirigir un país dividido a la guerra, continuaba esperando con exasperante paciencia el desarrollo de los acontecimientos, que le pudieran servir para convencer al grupo de la paz. La cuestión, tal como expuso sin pasión de ninguna clase en su diario el 31 de julio, era: «¿Hemos de ir a la guerra o mantenernos apartados? Desde luego todo el mundo desearía no tener que intervenir»[38]. En una actitud menos pasiva, Grey, durante la reunión del Gabinete del 31 de julio, casi alcanzó su objetivo. Declaró que la política de Alemania era la de un «agresor europeo tan malvado como lo había sido Napoleón» (un nombre que para Inglaterra tenía un solo significado), y añadió que había llegado el momento en que el Gabinete debía tomar una decisión: o apoyar la Entente o conservar la neutralidad. Dijo que si se votaba a favor

de la neutralidad él no estaba en condiciones de continuar en el cargo[39]. Su amenaza tuvo efectos inmediatos.

«El Gabinete pareció emitir un suspiro de alivio», escribió uno de ellos, y durante unos minutos guardó un «silencio profundo»[40]. Sus miembros se miraban los unos a los otros dándose cuenta repentinamente de que su existencia como gobierno quedaba en entredicho. Levantaron la sesión sin haber tomado ninguna decisión.

Aquel viernes, víspera de la fiesta bancaria inglesa, la Bolsa había cerrado a las diez de la mañana en medio de una ola de pánico que había comenzado en Nueva York cuando Austria declaró la guerra a Serbia, y que obligaba a cerrar todas las bolsas en Europa. Los banqueros y comerciantes estaban «atónitos —según Lloyd George—, asustados y aterrorizados de que pudiera hundirse todo el sistema de créditos, que tenía su centro en Londres». El gobernador del Banco de Inglaterra llamó el sábado a Lloyd George para decirle que la City «se oponía totalmente a nuestra intervención» en una guerra[41].

Aquel mismo viernes fueron llamados a Londres los jefes conservadores, que estaban en el campo, para celebrar una conferencia sobre la crisis[42]. Entrevistándose con todos ellos se encontraba Henry Wilson, el corazón, alma, espíritu, columna y piernas de las «conversaciones» militares anglo-francesas. El eufemismo convenido para los planes conjuntos de los estados mayores era el de «conversaciones». La fórmula de «sin compromiso» que había sido establecida originariamente por Haldane, que había provocado una aversión en Campbell-Bannerman, que había sido rechazada por lord Esher, y que Grey había defendido en 1912 en una carta dirigida a Cambon, continuaba representando la posición oficial, aunque fuera un absurdo.

Si, tal como había dicho tan justamente Clausewitz, la guerra es la continuación de la política por otros medios, también lo son los planes de guerra. Los planes de guerra anglo-franceses, perfeccionados durante un período de más de once años, no eran, a pesar de las costumbres deportivas británicas, un juego, ni tampoco un ejercicio de fantasía, ni una práctica sobre el papel para evitar que las mentes militares pudieran fijar su objetivo en otros asuntos más peligrosos. Era una continuación de la política o no era nada. No eran diferentes de los acuerdos de Francia con Rusia o de Alemania con Austria, con la excepción de la ficción legal final de que no «comprometían» a Gran Bretaña a la acción. Los miembros del gobierno y del Parlamento que no estaban de acuerdo con la política cerraban los ojos y se hipnotizaban a sí mismos para creer en la ficción.

El señor Cambon, durante su visita a los jefes de la oposición, después de su penosa entrevista con Grey, dejó a un lado todo tacto diplomático. «Todos nuestros planes han sido acordados en común, nuestros estados mayores se han consultado mutuamente. Ustedes han visto nuestros planes y nuestros preparativos. ¡Fíjense en su Marina! Toda nuestra Marina está concentrada en el Mediterráneo como consecuencia de nuestros convenios con ustedes y nuestras costas están indefensas frente al enemigo. ¡Nos han desarmado ustedes!». Les dijo que si Inglaterra no intervenía en la guerra Francia nunca lo perdonaría, y terminó con una amarga exclamación: «Et l'honneur? Est-ce-que l'Angleterre comprend ce que c'est l'honneur?»[43].

El honor luce un atavío diferente para distintos ojos, y Grey sabía que había de lucir una túnica belga antes de que el grupo de la paz pudiera ser persuadido. Aquella misma tarde despachó dos telegramas solicitando de los gobiernos francés y alemán una garantía formal de que estaban dispuestos a respetar la neutralidad belga «mientras no fuera violada por ninguna otra potencia»[44]. Al cabo de una hora de recibirse el telegrama,

a última hora de la tarde del 31 de julio, Francia respondió en sentido afirmativo, pero Alemania no contestó.

Al día siguiente, primero de agosto, la cuestión fue planteada ante el Gabinete. Lloyd George trazó con su dedo sobre el mapa lo que él creía sería la ruta alemana a través de Bélgica, la línea más corta hacia París, y dijo que sería «solamente una pequeña violación»[45], dado que sólo afectaría a un extremo del país. Cuando Churchill solicitó autorización para movilizar la Marina, es decir, llamar a filas a todos los reservistas, el Gabinete, después de una «violenta discusión», se la negó. Cuando Grey solicitó autorización para corresponder a las promesas hechas a la Marina francesa, lord Morley, John Burns, el jefe de los sindicatos obreros, *sir* John Simon, el fiscal general y Lewis Harcourt, el secretario de Colonias, presentaron su dimisión. Fuera del Gabinete circulaban rumores sobre la lucha de última hora entre el káiser y el zar y sobre el ultimátum alemán. Grey abandonó la sala para hablar… y ser malinterpretado por Lichnowsky por teléfono y, sin pretenderlo, ser la causa del profundo malestar del general Moltke. Vio también a Cambon y le dijo que «Francia debe tomar sus propias decisiones en este momento sin contar con una ayuda que nosotros no estamos en condiciones de proporcionarle»[46]. Y volvió al Gabinete, mientras Cambon, pálido y tembloroso, se dejó caer en una silla en la habitación de su viejo amigo *sir* Arthur Nicholson, el subsecretario permanente. «Ils vont nous lâcher», dijo[47]. Al redactor de *The Times* que le preguntó lo que pensaba hacer, replicó: «Esperar para saber si hemos de borrar la palabra "honor" del diccionario inglés».

En el Gabinete nadie quería destruir los puentes. Se hablaba de dimisiones, pero nadie las presentaba. Asquith continuaba muy fuerte en su puesto, decía muy poco y esperaba el desarrollo de los acontecimientos mientras el día llegaba a su fin. Aquella noche, Moltke se negó a dirigirse contra el este, la

compañía del teniente Feldmann ocupaba Trois Vierges en Luxemburgo, Messimy confirmaba por teléfono el repliegue de diez kilómetros, y en el Almirantazgo el primer lord invitaba a sus amigos de la oposición, entre ellos el futuro lord Beaverbrook y lord Birkenhead. Para hacer algo que alejara la tensión de sus mentes, jugaron al *bridge* después de la cena. Durante la partida, un correo entró una caja roja, una de las más grandes de las que se usaban para los despachos. Churchill sacó una llave de su bolsillo y la abrió, sacó una sola hoja de papel de la misma y leyó una sola línea: «Alemania ha declarado la guerra a Rusia». Informó a sus invitados, se cambió su esmoquin y salió para ir a cumplir una misión al estilo de un hombre que estaba acostumbrado a enfrentarse con ellas.

Churchill cruzó Horse Guards Parade hacia Downing Street, entró por la puerta del jardín y halló al primer ministro en la primera planta acompañado por Grey, Haldane y lord Crewe, secretario para la India. Les dijo que tenía la intención «de movilizar en el acto a la flota sin esperar la decisión del Gabinete». Asquith no dijo nada, pero en opinión de Churchill dio la sensación de que estaba «contento». Grey, que acompañó a Churchill, le dijo por el camino: «Acabo de hacer algo muy importante. Le he dicho a Cambon que no permitiremos que la flota alemana entre en el Canal de la Mancha». O, por lo menos, esto fue lo que Churchill adivinó de las enigmáticas palabras de Grey. Significaba que la flota estaba comprometida ahora. Si Grey dijo que había dado esta promesa, o si, tal como han intentado adivinar los historiadores desde entonces, pensaba hacerlo al día siguiente, ya no tiene importancia, puesto que meramente confirmaba una decisión que Churchill ya había tomado por su propia cuenta. Regresó al Almirantazgo y «sin pérdida de tiempo dio la orden de movilización»[48].

Tanto su orden como la promesa de Grey de hacer honor al acuerdo naval con Francia eran contrarios a los sentimientos

de la mayoría en el seno del Gabinete. Al día siguiente, el Gabinete debía ratificar estas medidas o dimitir, pero Grey confiaba que llegaría alguna «noticia» desde Bélgica. Al igual que los franceses, esperaba que los alemanes se la proporcionarían.

8

ULTIMÁTUM EN BRUSELAS

Encerrado en la caja fuerte de *Herr* Von Below-Saleske, ministro alemán en Bruselas, había un sobre sellado que le había sido entregado por un correo especial de Berlín, el 29 de julio, y que contenía órdenes «de no ser abierto hasta recibir instrucciones por telégrafo desde la capital». El domingo 2 de agosto, Von Below recibió instrucciones por telegrama de abrir sin pérdida de tiempo el sobre y entregar la nota que contenía a las ocho de aquella noche, procurando dar al gobierno belga «la impresión de que todas las instrucciones referentes a este asunto las ha recibido usted hoy». Debía solicitar una respuesta de los belgas en el curso de las doce horas siguientes, y ésta se tenía que telegrafiar a Berlín «lo más rápidamente posible» y transmitir igualmente por coche al general Von Emmich, en el Hotel Unión, en Aquisgrán, que era la ciudad alemana más cercana a Lieja, la puerta oriental de Bélgica[1].

Herr Von Below, un soltero alto y erguido, de bigotes negros y una pitillera de jade que usaba continuamente, había ocupado su cargo en Bélgica a principios de 1914. Cuando los visitantes a la legación alemana le preguntaban por un cenicero de plata que presentaba un agujero de bala que él tenía sobre su mesa de trabajo, solía entonces reírse y replicar: «Soy un pájaro de mal agüero. Cuando estaba destinado en Turquía sufrieron una revolución. Cuando estaba en China, fueron los bóxers. Uno de ellos disparó por mi ventana e hizo este agujero»[2]. Levantaba delicadamente su cigarrillo hasta los labios en un amplio y elegante gesto, y añadía: «Pero ahora descanso. Aquí, en Bruselas, nunca sucede nada».

Pero desde que había llegado el sobre lacrado, el hombre no descansaba. Al mediodía del primero de agosto recibió la visita del barón de Bassompierre, subsecretario en el Ministerio de Asuntos Exteriores belga, y le dijo que los periódicos de la noche tenían la intención de publicar la respuesta de Francia a Grey, en la que prometía respetar la neutralidad belga. Bassompierre sugirió que, en ausencia de un documento alemán igual al francés, Von Below pudiera desear hacer una declaración. Pero Von Below no estaba autorizado por Berlín para proceder en este sentido. Refugiándose en los procedimientos diplomáticos, se aferró al respaldo de su silla y con la mirada fija en el techo repitió palabra por palabra lo que le acababa de decir Bassompierre, como si pretendiera retenerlo para siempre en su memoria. Se puso en pie, aseguró a su visitante que «Bélgica nada debía temer de Alemania» y dio por finalizada la entrevista[3].

A la mañana siguiente repitió esta declaración al señor Davignon, ministro de Asuntos Exteriores, que había sido despertado a las seis de la mañana para escuchar la noticia de la invasión alemana de Bélgica y que solicitaba una explicación. De nuevo en la legación, Von Below tranquilizó a la prensa con una frase que fue ampliamente citada: «Puede que en el tejado de la casa de vuestros vecinos se haya prendido fuego, pero vuestro tejado está seguro»[4].

Muchos belgas estaban dispuestos a darle crédito, algunos por sus simpatías proalemanas, otros basándose en un modo de pensar lógico, y otros por simple confianza en la buena fe de las potencias internacionales que garantizaban la neutralidad belga. Llevaban setenta y cinco años de independencia y habían conocido la paz durante el período más largo de su historia. El territorio belga había sido la ruta de los guerreros desde el tiempo en que César combatió a los *belgae*. Carlos el Calvo, de Borgoña, y Luis XI, de Francia, habían sostenido sobre aquel

suelo largas y feroces luchas, España había mandado igualmente sus soldados a los Países Bajos, los Marlborough habían combatido a los franceses en la «asesina» Batalla de Malplaquet, Napoleón se había enfrentado allí a Wellington en Waterloo, el pueblo se había levantado infinidad de veces contra los gobernantes, tanto si eran borgoñeses, franceses, españoles, Habsburgos u holandeses, hasta el levantamiento final contra la casa de Orange en 1830. Luego, durante el reinado de Leopoldo de Sajonia-Coburgo, tío materno de la reina Victoria, se habían convertido en una nación, desde entonces próspera, habían gastado sus energías en luchas fraternas entre los flamencos y valones, entre los católicos y protestantes y en sus disputas sobre el socialismo y el bilingüismo entre el francés y el flamenco, y, contentos de su neutralidad, confiaban en que sus vecinos les dejaran eternamente en esta feliz situación.

El rey, el primer ministro y el jefe del Estado Mayor no podían compartir ya por más tiempo la confianza general, pero se veían impedidos por sus deberes de neutralidad y por su firme fe en la neutralidad para hacer planes defensivos con los que rechazar una posible invasión. Hasta el último momento no lograron convencerse a sí mismos de que una de las potencias que había garantizado su independencia violaría su neutralidad. Cuando se enteraron de la *Kriegesgefahr* alemana, el 31 de julio, ordenaron que la movilización de Bélgica fuera iniciada a partir de la medianoche. Durante la noche y el día siguiente, los policías fueron de casa en casa llamando a las puertas y entregando las órdenes, mientras que los hombres saltaban de sus camas o abandonaban sus trabajos, recogían sus objetos de uso personal, se despedían de sus familias y se dirigían inmediatamente al lugar de concentración señalado. Puesto que los belgas, que se aferraban estrictamente a la neutralidad, no habían forjado ninguna clase de planes de campaña, su movilización no iba dirigida contra ningún enemigo en particular, ni orien-

tada tampoco en ninguna dirección concreta. Bélgica estaba obligada, lo mismo que los que la habían garantizado, a conservar su propia neutralidad, y no podía emprender ninguna acción hasta que fuera atacada.

Durante la noche del primero de agosto, al ver que continuaba el silencio de Alemania en respuesta ala demanda de Grey por otras veinticuatro horas, el rey Alberto decidió dirigir un llamamiento personal al káiser. Lo redactó en compañía de su esposa, la reina Isabel, alemana de nacimiento, hija de un duque bávaro, que lo tradujo frase por frase al alemán, discutiendo con el rey la elección de cada palabra y sus diferentes interpretaciones. Reconocía qué «objeciones políticas» podían impedir una declaración pública, pero confiaba en que los «lazos de parentesco y amistad» impulsarían al káiser a darle al rey Alberto una seguridad personal y privada con respecto a la neutralidad belga. El parentesco mencionado procedía de la madre del rey Alberto, la princesa María de Hohenzollern-Sigmaringen, una distante rama católica de la familia real prusiana, que no indujo al káiser a dar la respuesta deseada[5].

En cambio, llegó el ultimátum que durante los últimos cuatro días había estado esperando en la caja fuerte de Von Below. Fue entregado a las siete en punto de la noche del 2 de agosto, cuando un ujier del Ministerio de Asuntos Exteriores asomó la cabeza por la puerta del despacho del subsecretario y comunicó con un excitado susurro de voz: «El ministro alemán ha entrado a ver al señor Davignon»[6]. Quince minutos después vieron como Von Below se alejaba, en su coche, por la Rue de la Loi sosteniendo su sombrero en la mano, sudando copiosamente y fumando con rápidos movimientos propios de un autómata[7]. Inmediatamente después de ver su «elegante silueta» abandonar el Ministerio de Asuntos Exteriores, los dos subsecretarios corrieron al despacho del ministro, en el que hallaron al señor Davignon, un hombre hasta aquel momento siempre inmutable

y de un tranquilo optimismo, extremadamente pálido. «Malas noticias, malas noticias», dijo alargándoles la nota alemana que acababa de recibir. El barón de Gaiffier, el secretario político, la leyó en voz alta, traduciéndola lentamente, discutiendo cada una de las frases para asegurarse de su verdadero significado. Mientras hacía esto, el señor Davignon y su subsecretario permanente, el barón Van der Elst, escuchaban sentados en sendas sillas a ambos lados de la chimenea. Las últimas palabras del señor Davignon, comentando cualquier problema con el que se enfrentase, habían sido siempre: «Todo saldrá bien», pues la estima en que Elst tenía a los alemanes le había impulsado a asegurar a su gobierno durante aquellos últimos años que el rearme alemán iba dirigido, única y exclusivamente, a llevar a la práctica su *Drang nach Osten* y que Bélgica nada había de temer[8].

El barón de Broqueville, primer ministro y al mismo tiempo ministro de la Guerra, entró en el despacho cuando terminaban ya el trabajo. Era un caballero alto y moreno, de elegantes modales, cuyos gestos decididos eran reforzados por unos bigotes negros y unos ojos expresivos del mismo color. Cuando terminaron de leerle el ultimátum, todos los que estaban en la sala tuvieron la certeza de que acababan de escuchar uno de los documentos más trascendentales del siglo.

El general Moltke había escrito dicho documento de su propio puño y letra el 26 de julio, dos días antes de que Austria declarara la guerra a Serbia, el mismo día en que Alemania había rechazado la proposición de *sir* Edward Grey para celebrar una conferencia de las cinco potencias[9]. Moltke había mandado el borrador al Ministerio de Asuntos Exteriores, en donde fue revisado por el subsecretario Zimmermann y el secretario político Stumm, corregido y modificado posteriormente por el ministro de Asuntos Exteriores Jagow y el canciller Bethmann-Hollweg, antes de que el documento final fuera enviado en un

sobre sellado a Bruselas el día 29. Los extremos cuidados que adoptaron reflejan claramente la importancia que atribuían al documento[10].

Alemania había recibido «información fidedigna», decía la nota, de un supuesto avance de los franceses por la ruta Givet-Namur «que no dejaba lugar a dudas sobre la intención de Francia de marchar contra Alemania atravesando el territorio belga». (Dado que los belgas no tenían conocimiento de un movimiento francés en dirección a Namur, por la poderosa razón de que no había habido ninguno, esta acusación de los alemanes no les impresionó en absoluto). Alemania, continuaba la nota, puesto que no podía contar con el Ejército belga para detener el avance francés, se veía en la necesidad, «dictada por el espíritu de autoconservación», de «anticiparse a este ataque hostil». «Lamentaría profundamente» si Bélgica consideraba su entrada en territorio belga como «un acto de hostilidad contra ella». Si, en cambio, Bélgica estaba dispuesta a adoptar una «benevolente neutralidad», Alemania se comprometía a «evacuar el territorio belga tan pronto como hubiese sido firmada la paz», a pagar todos los daños que hubiesen podido haber sido causados por las tropas alemanas y «garantizar a la firma de la paz los derechos soberanos y la independencia del reino». En el original, la frase había terminado con estas palabras: «Y favorecer en todo lo posible cualquier reclamación territorial belga a expensas de Francia». Pero en el último instante, Below recibió instrucciones de anular esta promesa[11].

Si Bélgica se oponía al paso de las tropas alemanas por su territorio, concluía la nota, sería considerada como un enemigo y las futuras relaciones serían decididas «por las armas». Se exigía una «respuesta concreta» en el curso de las doce horas siguientes.

A la lectura de la nota «siguió un largo y dramático silencio que duró varios minutos», recuerda Bassompierre, mientras

cada uno de los presentes pensaba en el futuro de su patria. De dimensiones reducidas y joven en su independencia, Bélgica se aferraba a esta independencia. Pero a ninguno de los que estaban en la sala era necesario decirle cuáles serían las consecuencias si tomaban la decisión de defender esta neutralidad. Su país sería objeto de un ataque, sus hogares serían destruidos, su pueblo dominado por una fuerza diez veces mayor. Si, por el contrario, accedían a la demanda de los alemanes, convertirían Bélgica en un trampolín para atacar Francia y serían los violadores de su propia neutralidad, además de abrir su país a la ocupación alemana, con pocas esperanzas de que más tarde Alemania la volviera a evacuar. De un modo u otro serían ocupados, pero ceder a la demanda de los alemanes significaba, al mismo tiempo, perder el honor.

—Si hemos de ser aniquilados, que sea con gloria —dijo Bassompierre, resumiendo los sentimientos de todos los presentes.

En 1914, la palabra «gloria» se pronunciaba sin inhibiciones de ninguna clase, y el honor era un concepto familiar en el que la gente creía.

Van der Elst rompió el silencio que se había hecho en la sala.

—Bien, señor, ¿estamos preparados? —le preguntó al primer ministro.

—Sí, estamos preparados —contestó Broqueville—. Sí —repitió como si intentara convencerse a sí mismo—, con la excepción de una cosa: no podemos contar todavía con nuestra artillería pesada.

Sólo durante el último año había obtenido el gobierno un aumento en los gastos militares por parte de un Parlamento dominado por su espíritu de neutralidad. La compra de la artillería pesada había sido hecha a la empresa alemana Krupp, que, como no es de extrañar, había aplazado continuamente la entrega.

Había transcurrido ya una hora desde las doce. Mientras sus colegas telefoneaban a los diferentes ministerios para celebrar un consejo de ministros a las nueve, Bassompierre y Gaiffier empezaron a trabajar en la nota de respuesta. No tenían necesidad de preguntarse mutuamente qué dirían. Dejando este trabajo en manos de su compañero, el primer ministro se dirigió a palacio para informar al rey.

El rey Alberto sentía una responsabilidad tan grande como gobernante que sospechaba de toda presión exterior. No había nacido para reinar. Hijo menor del hermano más joven del rey Leopoldo, se había educado en un rincón de palacio bajo la tutela de un suizo mediocre. La vida de la familia Coburgo no era alegre. El propio hijo de Leopoldo había muerto en 1891, y su sobrino Balduino, el hermano mayor de Alberto, también había muerto, dejando a Alberto como heredero al trono a la edad de dieciséis años. El viejo rey, amargado por la muerte de su hijo y de Balduino, al cual había transferido sus afectos personales, consideraba a Alberto como «un sobre cerrado».

Dentro de este sobre había una enorme energía física e intelectual del estilo que caracterizaba a dos grandes contemporáneos, Theodore Roosevelt y Winston Churchill, a los cuales, por otro lado, Alberto no se parecía en nada. Era reservado, mientras que los otros dos eran extrovertidos. Sin embargo, tenía muchos puntos en común con Roosevelt: su amor por la vida al aire libre, por los ejercicios físicos, por la equitación y el montañismo, su interés por las ciencias naturales, la conversación y su pasión por los libros. Lo mismo que Roosevelt, Alberto consumía los libros a razón de dos diarios y sobre el tema que fuera, literatura, ciencias militares, colonialismo, medicina, judaísmo, aviación. Montaba en motocicleta y pilotaba un avión. Pero su gran pasión era el alpinismo, al que se dedicaba de incógnito por toda Europa.

Como príncipe heredero había estado en África para estudiar sobre el terreno los problemas coloniales, y como rey estudió el Ejército, las minas de carbón en Borinage o las «tierras rojas» de los valones. «Cuando el rey habla, da la impresión de que quiere construir algo», dijo sobre él uno de sus ministros[12].

En 1900 se casó con Isabel de Wittelsbach, cuyo padre, el duque, ejercía como oculista en los hospitales de Munich. El evidente afecto que se sentían mutuamente sus tres hijos, su vida familiar modélica, en contraste con lo que había sido habitual en el viejo régimen, hacía que Alberto ya se hubiese ganado la popularidad cuando en 1909 sustituyó al rey Leopoldo II en el trono, con gran alivio y consuelo de sus nuevos súbditos. Los nuevos reyes continuaron haciendo caso omiso de la pompa, invitaban a sus amigos preferidos y eran indiferentes al peligro, la etiqueta y las críticas. No eran unos burgueses, pero sí unos reyes bohemios.

En la Academia Militar, Alberto había sido cadete al mismo tiempo que un futuro jefe del Estado Mayor, Émile Galet. Hijo de un zapatero, Galet había sido mandado a la Academia por suscripción popular de su pueblo natal. Más tarde llegó a profesor en la Academia de Guerra y presentó la dimisión cuando dejó de estar de acuerdo con la teoría de la ofensiva que el Estado Mayor belga, a pesar de que las circunstancias eran muy diferentes, había adoptado de los franceses. Abandonó igualmente la Iglesia católica para convertirse en un convencido evangelista. Hombre pesimista y muy severo consigo mismo, se interesaba mucho por su profesión y se contaba de él que cada día leía la Biblia y que nunca le habían visto reírse[13]. El rey asistió a sus conferencias, lo saludó en el curso de las maniobras militares y quedó impresionado por sus enseñanzas: que la ofensiva porque sí, en todas las circunstancias, era peligrosa; que un ejército debe buscar la batalla «sólo cuando existen probabili-

dades de obtener un éxito importante» y que un «ataque requiere una superioridad de medios». Aunque sólo era capitán e hijo de un artesano y un converso protestante en un país católico, fue elegido por el rey Alberto como consejero personal en cuestiones militares, cargo creado especialmente para este fin.

Puesto que, según la Constitución belga, el rey Alberto no se convertiría automáticamente en comandante en jefe hasta el momento de estallar una guerra, el rey y Galet no podían, mientras tanto, hacer valer sus temores o sus ideas sobre estrategia ante el Estado Mayor. El Estado Mayor se aferraba al ejemplo de 1870, cuando ni un solo soldado prusiano o francés había cruzado la frontera belga, a pesar de que, si los franceses hubiesen cruzado el territorio belga, hubieran tenido espacio más que suficiente para replegarse. El rey Alberto y Galet, sin embargo, estaban convencidos de que el gigantesco crecimiento de los ejércitos hacía más claro cada año que pasaba que, si las naciones volvían a ir a la guerra, cruzarían de nuevo por los viejos senderos para enfrentarse en los antiguos campos de batalla.

El káiser lo había dado a entender claramente durante el curso de aquella entrevista que tanto había sorprendido a Leopoldo II en 1904. Pero cuando regresó a casa, sin embargo, Leopoldo se fue recuperando del *shock*, puesto que, tal como le comunicó a Van der Elst al informarle de su entrevista con el káiser, según él, Guillermo era una veleta y nunca se podía saber a ciencia cierta lo que haría al día siguiente. Durante la devolución de la visita en Bruselas en 1910, el káiser se mostró esta vez del lado opuesto. Le dijo a Van der Elst que Bélgica nada había de temer de Alemania. «No tendrán ustedes motivo de queja contra Alemania. Comprendo perfectamente la posición de su país. Yo no les colocaré nunca en una situación difícil»[14].

En su mayoría los belgas le creían. Tomaban muy en serio su garantía de la neutralidad. Bélgica había descuidado su Ejército,

sus defensas fronterizas, sus fortalezas, todo aquello que implicase falta de confianza en su tratado de protección. El socialismo dominaba el país. Una apatía pública por lo que ocurría en el extranjero y un Parlamento obsesionado por los problemas económicos hicieron que el Ejército llegara a una situación muy similar a la del Ejército turco. Las tropas no estaban disciplinadas.

El cuerpo de oficiales era un poco mejor. Puesto que el Ejército era considerado superfluo y ligeramente despreciado, no atraía a los hombres más inteligentes, de mayor capacidad y ambición. Aquellos que seguían la carrera y pasaban por la École de Guerre quedaban convencidos de la doctrina francesa del *élan* y de la *offensive à outrance*. La remarcable fórmula que urdieron fue: «Para asegurarse contra el peligro de ser ignorados, lo esencial es pasar al ataque»[15].

A pesar de lo magnífica que pudiera ser en espíritu, la fórmula no correspondía con las realidades de la posición belga, y la doctrina de la ofensiva se cernía de un modo absurdo sobre el Estado Mayor de un ejército que estaba obligado, por los deberes de la neutralidad, a hacer planes, única y exclusivamente, defensivos. La neutralidad les tenía prohibido hacer convenios o tratados con cualquier otra nación y exigía de ellos considerar la primera bota que pisara su suelo como hostil, tanto si era inglesa, francesa o alemana. En tales circunstancias, no era fácil concebir un plan de campaña coherente.

El Ejército estaba compuesto de seis divisiones de infantería, además de una división de caballería, para hacer frente a treinta y cuatro divisiones designadas por los alemanes para avanzar a través de Bélgica. Tanto el equipo como las instrucciones eran inadecuados debido a que los fondos del Ejército sólo permitían adquirir munición para dos ejercicios de fuego por hombre y por semana. El servicio militar obligatorio, que no fue introducido hasta el año 1913, sirvió para que el Ejército fuera

más impopular que nunca. En aquel año de tantos rumores contradictorios que llegaban procedentes del extranjero, el Parlamento elevó a desgana el contingente anual de 13 000 a 33 000, pero acordó aprobar los medios económicos para modernizar las defensas de Amberes sólo con la condición de que los gastos fueran absorbidos reduciendo el tiempo en filas de los reclutas. No existió un Estado Mayor hasta el año 1910, en que el rey insistió en crear uno.

Su efectividad quedaba limitada por las extremas divergencias de sus miembros. Una escuela era partidaria de un plan ofensivo concentrando las tropas en la frontera ante la menor amenaza de guerra. Otra escuela abogaba por la defensa concentrando el Ejército en el interior. Un tercer grupo, en el que estaban incluidos el rey Alberto y el capitán Galet, era favorable a una defensa lo más cercana posible a la frontera, pero sin poner en riesgo las líneas de comunicación con la base fortificada de Amberes.

Mientras el firmamento europeo se iba oscureciendo, los oficiales del Estado Mayor belga luchaban entre sí, sin llegar a completar un plan de concentración. Sus dificultades eran aumentadas por el hecho de que no podían especificar cuál sería su enemigo. Habían llegado a un acuerdo sobre un plan de compromiso, pero sólo a grandes rasgos, sin concretar nada que hiciera referencia a los detalles.

En noviembre de 1913, el rey Alberto fue invitado a Berlín, tal como su tío lo había sido hacía nueve años[16]. El káiser le ofreció un banquete real, con una mesa cubierta con violetas y dispuesta para cincuenta y cinco invitados, entre los que figuraban el ministro de la Guerra, el general Falkenhayn, el ministro de Marina, el almirante Tirpitz, el jefe del Estado Mayor, el general Moltke, y el canciller Bethmann-Hollweg. El embajador belga, el barón Beyens, que también estaba presente, observó que durante toda la cena el rey estuvo especialmente serio.

Después de la cena, Beyens le vio conversar con Moltke y vio que Alberto mostraba una expresión cada vez más sombría mientras escuchaba a su interlocutor. Al despedirse, le dijo a Beyens: «Vaya a verme mañana a las nueve. He de hablar con usted».

Por la mañana paseó con Beyens por la Puerta de Brandeburgo hasta el Tiergarten, en donde podían hablar sin ser «molestados». Durante aquella visita, Alberto le contó que había recibido el primer *shock* cuando el káiser le mostró a cierto general que era el hombre designado «para mandar las tropas en su marcha hasta París». (Se trataba de Von Kluck, que ya había sido previsto para la misión que le correspondería llevar a la práctica nueve meses más tarde). Luego, antes del banquete de la noche anterior, el káiser, que se lo llevó a un lado para hablar en privado con él, había lanzado una terrible diatriba contra Francia. Había dicho que Francia en ningún momento había dejado de provocarle. Como resultado de su actitud, la guerra con Francia no sólo era inevitable, sino que se había convertido en una necesidad. La prensa francesa trataba con malicia a Alemania, la ley de los tres años era un acto deliberadamente hostil y Francia entera se sentía dominada por el espíritu de *revanche*. Tratando de hacer frente a aquel alud de palabras, Alberto dijo que creía conocer bien a los franceses, pues cada año visitaba Francia y podía asegurarle al káiser que no se trataba de un país agresivo, sino que deseaba sinceramente la paz. Pero el káiser continuó insistiendo en que la guerra era inevitable.

Después de la cena, Moltke reanudó la tonadilla. La guerra con Francia era inevitable. «Esta vez hemos de poner fin a esta situación. Vuestra Majestad no puede imaginarse el irresistible entusiasmo que dominará a Alemania cuando llegue El Día». El Ejército alemán era invencible, nadie podía hacer frente al *furor teutonicus*, una terrible destrucción señalaría su paso y su victoria era indiscutible.

Confuso y desconcertado por lo que podía motivar aquellas sorprendentes confidencias, así como por lo que entrañaban en sí, Alberto sólo podía llegar a la conclusión de que lo que pretendían era asustar a Bélgica. Era evidente que los alemanes habían tomado una decisión y opinaban que Francia debía ser prevenida. Dio instrucciones a Beyens para que le repitiera todo, al pie de la letra, a Jules Cambon, el embajador francés en Berlín, y le encargó que informara de todo ello al presidente Poincaré en los términos más firmes.

Más tarde se enteraron de que el comandante Melotte, el agregado militar belga, había mantenido un diálogo todavía más violento con el general Moltke durante la misma cena. También a él le dijeron que la guerra con Francia era «inevitable» y «mucho más próxima de lo que usted pueda imaginarse». Moltke, que generalmente solía mostrarse muy reservado frente a los agregados militares extranjeros, esta vez se «destapó». Dijo que Alemania no deseaba la guerra, pero que el Estado Mayor estaba preparado para todas las eventualidades. Dijo que Francia había de renunciar a provocarles y molestarles, o, en caso contrario, llegarían a las manos. Y cuanto antes mejor. «Estamos ya hartos de estas continuadas alarmas». Como ejemplo de las provocaciones francesas, citó Moltke, aparte de los «casos graves», la fría recepción de que habían sido objeto los aviadores alemanes en París y el boicot de los salones de París al comandante Winterfield, el agregado militar alemán. La madre del comandante, la condesa de Alvensleben, se había quejado muy amargamente. En cuanto a Inglaterra, lógicamente no habían construido la Marina para mantenerla anclada en los puertos. Atacaría y con toda probabilidad sería derrotada. Alemania perdería sus barcos, pero Inglaterra perdería el dominio de los mares, que pasaría a manos de Estados Unidos, que sería el único país que saldría beneficiado de una guerra en

Europa. Inglaterra lo sabía, y por este motivo, en opinión del general, lo más probable es que permaneciera neutral.

Pero no terminaba todo aquí. ¿Qué haría Bélgica, le preguntó al comandante Melotte, en el caso de que un país extranjero invadiera su territorio? Melotte replicó que defendería su neutralidad. En un esfuerzo por saber si Bélgica se contentaría con una protesta, tal como suponían los alemanes, o si irían a la lucha, Moltke insistió en que fuera más concreto. Cuando Melotte le contestó: «Nos opondremos, con todas nuestras fuerzas, al país que viole nuestras fronteras», Moltke insinuó que no bastaba con las buenas intenciones. «Tienen que contar ustedes con un ejército capaz de cumplir con el deber que impone la neutralidad»[17].

De nuevo en Bruselas, el rey Alberto solicitó inmediatamente un informe sobre los planes de movilización. Se encontró con que no se había hecho ningún progreso. Basándose en lo que había oído en Berlín, obtuvo el consentimiento de Broqueville para un plan de campaña basado en la hipótesis de una invasión alemana. Encargaron de esta tarea al coronel De Ryckel, que prometió presentar el resultado de sus estudios en el mes de abril. Pero en el mes de abril aún no había terminado su labor. Mientras tanto, Broqueville había nombrado a otro oficial, el general De Selliers de Moranville, como jefe del Estado Mayor por encima de la autoridad de De Ryckel. En el mes de julio estaban en estudio cuatro planes diferentes.

El desánimo no hizo cambiar de opinión al rey. Su política quedó fijada en un informe redactado por el capitán Galet inmediatamente después de su visita a Berlín. «Estamos decididos a declarar la guerra en el instante en que una potencia viole deliberadamente nuestro territorio, hacer la guerra con todas nuestras energías y con el conjunto de nuestros recursos militares, allí donde sea necesario, incluso más allá de nuestras

fronteras, y continuar la guerra incluso después de haberse retirado el invasor, hasta la conclusión de la paz general»[18].

El 2 de agosto, el rey Alberto presidía el Consejo de Estado cuando éste se reunió a las nueve de la mañana en palacio, y abrió la sesión con las siguientes palabras: «Nuestra respuesta debe ser que no, sean cuales fueren las consecuencias. Nuestro deber es defender nuestra integridad territorial. Y en esto no hemos de fracasar». Remarcó, sin embargo, que nadie debía hacerse ilusiones, que las consecuencias serían graves y terribles y que el enemigo procedería sin escrúpulos de ninguna clase. El primer ministro Broqueville advirtió de que nadie creyera en las promesas alemanas de restaurar la integridad belga después de la guerra[19]. «Si Alemania saliera victoriosa, Bélgica, fuera cual fuese su actitud, sería anexionada al Imperio alemán», dijo[20].

Un anciano e indignado ministro que había invitado muy recientemente al duque de Schleswig-Holstein, cuñado del káiser, no pudo contener su indignación contra la perfidia de las manifestaciones de amistad del duque. Cuando el general De Selliers, el jefe del Estado Mayor, se puso en pie para explicar la estrategia de defensa que había de ser adoptada, su lugarteniente, el coronel De Ryckel, murmuró entre dientes: «Il faut piquer dedans, il faut piquer dedans». («Hemos de pegarles allí donde duela»). Cuando le concedieron la palabra, sorprendió a sus oyentes proponiéndoles anticiparse al agresor atacándole en su propio territorio antes de que pudiera cruzar la frontera belga.

A medianoche fue aplazada la sesión mientras un comité, compuesto por el primer ministro y los ministros de Asuntos Exteriores y de Justicia, regresaron al Ministerio de Asuntos Exteriores para redactar una respuesta. Mientras estaban trabajando, penetró en el patio interior un coche y poco después les era anunciada la visita del embajador alemán. Era la una y media de la madrugada. ¿Qué podía desear a aquella hora?

La visita nocturna de Von Below reflejaba la creciente inquietud de su gobierno sobre la respuesta al ultimátum, que ahora había sido comprometido sobre el papel y que actuaba de un modo inexorable sobre el pueblo belga[21]. Los alemanes se habían estado convenciendo mutuamente, durante muchos años, de que los belgas no lucharían, pero ahora que se presentaba la ocasión sufrían una profunda y terrible ansiedad. Un valiente «no» por parte de Bélgica influiría enormemente sobre los países neutrales con resultados poco favorables para Alemania. Confiados en una guerra de corta duración, los alemanes, en aquella fase, no se sentían demasiado preocupados por los países neutrales, pero sí por una posible resistencia armada belga, que echaría por tierra los planes, previstos detalladamente, que habían de conducirles a una rápida victoria sobre Francia. Un Ejército belga que luchara en lugar de «asistir al desfile de las tropas alemanas» entretendría unas divisiones que eran necesarias para la marcha sobre París. Con la destrucción de las vías de ferrocarril y los puentes podían desarticular el avance alemán.

El gobierno alemán, dominado por esta ansiedad, envió de nuevo a Von Below con el fin de influir en la respuesta belga presentando nuevas acusaciones contra Francia. Informó a Van der Elst de que los dirigibles franceses habían arrojado bombas y de que las patrullas francesas habían cruzado la frontera.

—¿Y dónde han tenido lugar estos hechos? —preguntó Van der Elst.

—En Alemania.

—En este caso, no es de nuestra incumbencia.

El ministro alemán explicó que tales actos, perpetrados sin previa declaración de guerra, indicaban que Francia no pensaba respetar las leyes internacionales y que, por lo tanto, lo más probable es que violara la neutralidad belga. Sin contestar a es-

tas últimas palabras, Van der Elst acompañó a su visitante hasta la puerta[22].

A las dos y media de la madrugada, el Consejo se reunió de nuevo en palacio para aprobar la respuesta a Alemania acordada por los ministros. Decía que el gobierno belga «sacrificaría el honor de la nación y traicionaría su deber hacia Europa» si aceptaba la proposición alemana. Y se declaraba «firmemente decidido a rechazar por todos los medios cualquier ataque contra sus derechos».

Después de aprobar la respuesta sin efectuar ningún cambio, el Consejo entabló una viva discusión sobre la insistencia del rey en que no se hiciera ningún llamamiento a las potencias que habían garantizado la neutralidad belga hasta que los alemanes entraran en Bélgica. A pesar de numerosos desacuerdos, convinieron finalmente este punto. La sesión fue levantada a las cuatro de la mañana. El último ministro que abandonó la sala se volvió y vio al rey Alberto de espaldas a la puerta con la respuesta en la mano y mirando por la ventana, por donde empezaba a clarear[23].

También en Berlín se celebraba una última reunión aquella noche del 2 de agosto. En la residencia del canciller hablaban Bethmann-Hollweg, el general Von Moltke y el almirante Tirpitz sobre una declaración de guerra a Francia, al igual que la noche anterior habían tratado de Rusia[24]. Tirpitz se lamentó «repetidas veces» de que no comprendía por qué eran necesarias estas declaraciones de guerra. Tenían un «sabor agresivo» y cualquier ejército podía emprender la marcha «sin esas cosas». Bethmann dijo que la declaración de guerra a Francia era necesaria, dado que Alemania deseaba cruzar Bélgica. Tirpitz repitió las advertencias del embajador Lichnowsky desde Londres, señalando que una invasión de Bélgica obligaría a entrar en la lucha a Inglaterra, y sugirió que fuera «aplazada» la entrada en Bélgica. Moltke, aterrorizado ante una nueva traba a sus

planes, declaró en el acto que esto era completamente «imposible» y que nada debía interferirse con la «maquinaria del transporte».

Confesó que él, personalmente, no daba mucha importancia a esas declaraciones de guerra. Los hostiles actos de Francia durante aquel día había que considerarlos, en realidad, como actos de guerra. Hacía referencia a los supuestos bombardeos franceses en la región de Nuremberg, que la prensa alemana había comentado en ediciones extra durante todo el 2 de agosto, hasta el extremo de que los habitantes de Berlín miraban nerviosamente hacia el cielo[25]. En realidad, no había tenido lugar ningún bombardeo y esos informes habían sido inventados como pretexto para justificar el ultimátum a Bélgica y la consiguiente declaración de guerra a Francia. Ahora, de acuerdo con la lógica alemana, se hacía necesaria la declaración de guerra a causa de aquellos supuestos bombardeos.

Tirpitz lo lamentaba. No podía caber la menor duda para nadie, en ninguna parte del mundo, de que los franceses, «por lo menos intelectualmente, eran los agresores», pero debido a la falta de tacto de los políticos alemanes en no hacerlo comprender claramente a la opinión pública mundial, la invasión de Bélgica, que era «una medida puramente de emergencia», aparecería injustamente «como un brutal acto de violencia».

En Bruselas, después de haber terminado la reunión del Consejo a las cuatro de la mañana del 3 de agosto, Davignon regresó al Ministerio de Asuntos Exteriores y dio instrucciones a su secretario político, el barón de Gaiffier, para entregar la respuesta belga al ministro alemán[26]. A las siete en punto, el último momento de las doce horas de plazo, Gaiffier llamó a la puerta de la legación alemana y entregó la respuesta a Von Below. Al regresar a su casa oyó que los vendedores de periódicos voceaban el texto del ultimátum y la respuesta belga. El valiente «no» de Bélgica entusiasmó al público. Muchos expresaban su

opinión de que ello obligaría a los alemanes a alterar sus planes y a no invadir el territorio belga para no exponerse a una repulsa mundial. «Los alemanes son peligrosos, pero no son unos maníacos», se decían como consuelo.

Incluso en palacio, y entre los ministros, reinaba una cierta esperanza, puesto que era difícil creer que los alemanes empezaran la guerra con un paso en falso. Pero la última esperanza se esfumó cuando la tardía respuesta del káiser al llamamiento del rey Alberto se recibió la noche del 3 de agosto, un intento más para inducir a los belgas a no luchar. «Solamente por mis intenciones más amistosas hacia Bélgica. En tales condiciones, la posibilidad de mantener nuestras antiguas y presentes relaciones continúa en manos de Vuestra Majestad», telegrafió el káiser[27].

«¿Por quién me toma?», exclamó el rey Alberto en su primer ataque de ira desde que empezó la crisis[28]. Al asumir el mando supremo, su primera orden fue la voladura de los puentes sobre el Mosela, en Lieja, y los túneles de ferrocarril y los puentes en la frontera de Luxemburgo. Aplazó todavía el envío de un mensaje de ayuda militar, de acuerdo con su alianza con Francia y Gran Bretaña. La neutralidad belga había sido un acto colectivo de las potencias europeas que casi había obtenido éxito. El rey Alberto no quería certificar su partida de defunción hasta que tuviera lugar un acto de invasión.

9

«EN CASA ANTES DE QUE CAIGAN LAS HOJAS»

La tarde del domingo 2 de agosto, pocas horas antes de ser entregado el ultimátum alemán en Bruselas, Grey solicitó la autorización del Gabinete para cumplir el acuerdo naval de defender las costas francesas del Canal de la Mancha[1]. Un gobierno inglés no puede enfrentarse con un momento más doloroso que aquel que requiere una decisión dura, rápida y concreta. Después de una larga sesión aquella tarde, el Gabinete se sentía violento, inútil y poco dispuesto a aprobar un compromiso definitivo.

En Francia la guerra había sido aceptada como una especie de destino nacional, a pesar de que la inmensa mayoría hubiese preferido evitarla. Sorprendido, un corresponsal inglés informaba sobre las manifestaciones de «devoción nacional», junto con «una ausencia casi completa de nerviosismo»[2], en un pueblo del que se había dicho, muy frecuentemente, que la influencia anarquista había minado su patriotismo, lo que resultaría fatal en el caso de una guerra. Bélgica, que estaba realizando uno de los pocos actos realmente heroicos de la historia, era admirada por la poco complicada conciencia de su rey, que, enfrentado con la elección de ceder o resistir, había tomado la decisión en menos de tres horas, a sabiendas de que era una decisión mortal.

Gran Bretaña no tenía ningún Alberto, y tampoco ninguna Alsacia. Sus armas estaban a punto, pero no su voluntad. Durante los últimos diez años había estudiado y se había preparado para la guerra que ahora se cernía sobre el país, y había desarrollado, desde 1905, un sistema llamado «War Book»[3], pen-

sado para evitar el tradicional confusionismo. Todas las órdenes que debían ser despachadas en caso de guerra estaban preparadas para la firma, habían sido escritas las direcciones en los sobres, los avisos a la población ya habían sido impresos o estaban en la imprenta, y el rey no se alejaba un solo instante de Londres sin ir acompañado de aquellos que llevaban consigo los documentos que requerían su firma inmediata. El método era sencillo, pero en la mente británica reinaba la confusión.

Dado que la presencia de la flota alemana en el Canal de la Mancha hubiese sido un reto contra Gran Bretaña tan directo como la presencia de la Armada española de otros tiempos, el Gabinete, reunido el domingo, accedió a regañadientes a la solicitud de Grey. El escrito que aquella tarde le entregó a Cambon decía: «Si la flota alemana pasa por el Canal de la Mancha o por el mar del Norte para emprender operaciones hostiles contra las costas o barcos franceses, la flota inglesa la protegerá en todo lo que esté a su alcance». Grey añadió, sin embargo, que esto «no les ligaba a ir a la guerra contra Alemania, a no ser que la flota alemana emprendiera la acción señalada»[4]. Expresando los temores generales del Gabinete, dijo que, puesto que Inglaterra había de defender sus propias costas, «era imposible enviar nuestras fuerzas militares fuera del país».

El señor Cambon preguntó si Inglaterra decidía con esto que nunca las mandaría, y Grey contestó que sus palabras «se referían exclusivamente a la situación actual». Cambon propuso mandar dos divisiones para lograr un cierto efecto intimidatorio, pero Grey señaló que mandar una fuerza reducida de dos o cuatro divisiones «entrañaría el máximo riesgo para las mismas y produciría el mínimo efecto». Añadió que el compromiso naval no debía ser hecho público hasta que el Parlamento fuera informado al día siguiente.

Desesperado, pero al mismo tiempo más esperanzado, Cambon informó a su gobierno en un telegrama «muy secreto»[5],

que fue recibido en París a las ocho y media de aquella noche. Aunque se trataba de un compromiso a medias, mucho menos de lo que Francia había confiado en obtener, esperaban que sería suficiente, puesto que las naciones no hacen las guerras «a medias»[6].

Pero el compromiso naval fue arrancado al Gabinete a costa de iniciar aquella crisis que Asquith había tratado de evitar con tanto ahínco. Dos ministros, lord Morley y John Burns, presentaron la dimisión, y el formidable Lloyd George «dudaba». Morley estaba convencido de que «aquella misma tarde se procedería a la disolución del Gabinete», y Asquith confesó: «Estamos al borde de la crisis»[7].

Churchill, siempre dispuesto a adelantarse a los acontecimientos, se ofreció para que su antiguo partido, el conservador, entrara a formar parte de un gobierno de coalición. Tan pronto como terminó la reunión, fue a visitar a Balfour, el antiguo primer ministro conservador, que influía en los otros jefes de su partido en el sentido de que Gran Bretaña debía llevar hasta el amargo final la política que había diseñado la Entente[8]. Churchill le dijo que, probablemente, la mitad liberal del Gabinete presentaría la dimisión si se declaraba la guerra. Balfour le contestó que su partido estaba dispuesto para formar una coalición, a pesar de que, si se llegaba a esta necesidad, preveía que el país se iba a ver asolado por un movimiento pacifista dirigido por los liberales disidentes.

Hasta aquel momento no se conocía el ultimátum alemán dirigido a Bélgica. El pensamiento que dominaba a los hombres como Churchill, Balfour, Haldane y Grey era la amenazadora hegemonía de Alemania en Europa en el caso de que Francia fuera aniquilada. Pero la política que requería el apoyo de Francia se había desarrollado entre bastidores y nunca había sido confesada abiertamente al país. La mayor parte del gobierno liberal no la aceptaba. En esta situación, ni el gobierno ni el país

hubieran ido unidos a la guerra. Para muchos, por no decir la mayoría de los ingleses, la crisis era una nueva fase de las viejas rencillas entre Alemania y Francia, que no eran de la incumbencia de Inglaterra. Para que afectaran a Inglaterra, según la opinión pública, la condición indispensable era la violación de Bélgica (hija de la política inglesa), ya que cada paso que dieran los invasores pisotearía un tratado del que Inglaterra era el arquitecto y signatario. Grey decidió solicitar del Gabinete, a la mañana siguiente, que considerase esta invasión como un *casus belli* formal.

Aquella noche, mientras cenaba con Haldane, un correo del Ministerio de Asuntos Exteriores trajo un telegrama que, según relato de Haldane, prevenía de que «Alemania estaba a punto de invadir Bélgica». No queda claro de quién procedía aquel telegrama, pero Grey debió de considerarlo auténtico. Lo alargó a Haldane y le preguntó su opinión. «Movilización inmediata», repuso Haldane[9].

Inmediatamente se levantaron de la mesa y se dirigieron a Downing Street, donde hallaron al primer ministro reunido con unos pocos invitados. Lo hicieron pasar a una habitación contigua, le enseñaron el telegrama y solicitaron la autorización para movilizar. Asquith dio su consentimiento. Haldane sugirió que le volvieran a nombrar ministro de la Guerra, puesto que el primer ministro estaría demasiado ocupado al día siguiente para cumplir con estas funciones. Asquith dio otra vez su consentimiento, principalmente debido a que no veía con buenos ojos que ocupara aquel cargo el mariscal de campo lord Kitchener, de Jartum, que le había sido sugerido para el cargo.

El día siguiente, un día claro y hermoso de verano, Londres estaba atestada de gente que, debido a la festividad de los bancos y a la crisis, en vez de irse a las playas había acudido a la capital. Hacia el mediodía había tal gentío en Whitehall que los coches no podían cruzarlo y los murmullos podían oírse en la

habitación en que estaba reunido el Gabinete, donde los ministros, en una sesión casi continua, trataban de llegar a un acuerdo sobre si se debía luchar en caso de invasión de Bélgica.

En el Ministerio de la Guerra, Haldane despachaba ya los telegramas llamando a filas a los reservistas y territoriales. A las once en punto el Gabinete recibió noticias de la decisión belga de enfrentarse, con sus seis divisiones, al Imperio alemán. Media hora más tarde recibía una carta de los jefes conservadores, escrita antes de ser conocido el ultimátum a Bélgica, declarando que sería «fatal para el honor y la seguridad del Reino Unido» vacilar en prestar apoyo a Francia y Rusia[10]. Rusia, como aliada, no era del agrado de la mayoría de los ministros liberales[11]. Dos más, *sir* John Simon y lord Beauchamp, presentaron la dimisión, pero los acontecimientos en Bélgica decidieron al vacilante Lloyd George a seguir en el gobierno.

Al primer ministro le mencionaron, muy acertadamente, a un colega mucho más interesante todavía: lord Kitchener, cuyo inmenso prestigio se necesitaba, y que estaba a punto de tomar el vapor en Dover para regresar a Egipto. La presencia de lord Kitchener en el Gabinete, después de sus años de reinado en Oriente, era para Asquith una perspectiva peor que la guerra, y hubiese sido una felicidad para él si el vapor hubiese partido puntual, pero fue detenido por una cortés nota de Balfour, transmitida por un ajetreado intermediario, Winston, que sugirió que todavía se estaba a tiempo de detener al mariscal de campo en Dover. Con desgana, Asquith cogió el teléfono y le rogó que permaneciera en Inglaterra, pero esto fue todo lo que hizo por el momento[12].

Hubiese preferido nombrar de nuevo para el cargo a Haldane, cuya actuación en el Ministerio de la Guerra había redundado en la creación de un Ejército y de un Estado Mayor capaz de luchar en una guerra europea. Pero Haldane era discutido por la prensa de Northcliffe. Como único ministro inglés que

tenía un perfecto conocimiento del idioma alemán y que en cierta ocasión había comentado, muy imprudentemente por cierto, en el curso de una cena, que «Alemania es mi patria espiritual», había sido tildado de proalemán. Lord Northcliffe se presentó personalmente en Downing Street amenazando con denunciar su nuevo nombramiento en el caso de que se efectuara. El primer ministro no tenía la menor intención de entablar nuevas luchas cuando todos sus esfuerzos se dirigían a conservar la unidad. Lord Haldane fue arrojado de la vida pública por la prensa sin que sus buenos amigos Asquith, Grey o Churchill elevaran una protesta pública.

A las tres en punto de aquella tarde del 3 de agosto, Grey debía hacer ante el Parlamento el primer anuncio público y oficial del gobierno en relación con la crisis. Toda Inglaterra, así como también toda Europa, estaba pendiente de esta declaración. La misión de Grey estribaba en llevar a su país a la guerra, pero unido. Había de persuadir a su propio partido, el partido tradicionalmente pacifista. Había de explicarle al cuerpo parlamentario más antiguo y más experimentado de todo el mundo que Gran Bretaña estaba comprometida a ayudar a Francia a causa de algo que no era un compromiso oficial. Había de presentar a Bélgica como la causa, sin señalar a Francia como la causa básica; había de apelar al honor inglés haciendo entender que el interés británico era el factor decisivo; había de mostrarse muy firme en un Parlamento en el que los debates sobre asuntos exteriores habían florecido durante trescientos años, y sin la brillantez de Burke ni la fuerza de Pitt, sin la maestría de Canning o el nervio de Palmerston, sin la retórica de Gladstone o el ingenio de Disraeli, debía justificar el curso de la política exterior inglesa bajo su dirección y la guerra que no podía evitarse. Había de convencer en el presente, medirse con el pasado y hablar para la posteridad.

No había tenido tiempo para preparar un discurso por escrito. En el último momento, cuando trataba de redactar sus notas, le anunciaron la visita del embajador alemán. Lichnowsky entró lleno de ansiedad, preguntando por la decisión que había tomado el Gabinete. ¿Qué pensaba decir Grey en el Parlamento? ¿Sería una declaración de guerra? Grey contestó que no sería una declaración de guerra, sino «una declaración sobre las condiciones». ¿Era Bélgica una de estas condiciones?, preguntó Lichnowsky. «Imploró» a Grey que no la considerara como tal. No estaba al corriente de los planes del Estado Mayor alemán, pero no podía suponer que hubiesen planeado una violación «seria», a pesar de que muy bien pudiera ser el caso de que las tropas alemanas cruzaran por un pequeño extremo del territorio belga. «Si es así, nada podemos cambiar ahora», dijo Lichnowsky, repitiendo el eterno epitafio del hombre que ha de rendirse ante los hechos.

Hablaban junto al umbral de la puerta, impulsado cada uno de ellos por su propio sentido de la urgencia: Grey procurando que le dejaran a solas durante unos instantes con el fin de poder preparar su discurso, y Lichnowsky tratando de aplazar el momento decisivo. Se despidieron y oficialmente no volvieron a verse nunca más[13].

La Cámara estaba atestada por primera vez desde que Gladstone presentó la Ley de Autonomía en 1893. Para acomodar a todos los miembros incluso tuvieron que colocar sillas en el corredor. La galería diplomática estaba también atestada, con la excepción de dos sillas vacías que señalaban los lugares reservados a los embajadores de Alemania y Austria. Los miembros de la Cámara de los Lores llenaban la tribuna de los invitados, y entre éstos figuraba el mariscal de campo lord Roberts, que durante tanto tiempo, aunque en vano, había abogado por el servicio militar obligatorio. Todos los ojos estaban fijos en el banco del gobierno, en donde Grey, con un claro traje de verano, se

sentaba entre Asquith, cuyo rostro no expresaba nada, y Lloyd George, cuya melena y pálido rostro le hacían aparentar más viejo[14].

Grey, pálido y cansado[15], se puso en pie. Aunque ya hacía veintinueve años que era miembro de la Cámara y ocupaba el banco del gobierno desde hacía ocho, pocos diputados, y mucho menos aún el país, estaban informados sobre su política exterior. Las preguntas dirigidas al ministro de Asuntos Exteriores casi nunca obtenían de Grey una respuesta clara y contundente, y sus evasivas, que en más de un estadista hubiesen sido puestas en entredicho, no despertaban el menor recelo frente a aquel hombre. Un hombre tan poco atrevido, tan poco cosmopolita, tan inglés, tan provinciano, tan reservado, no podía ser considerado por nadie como alguien que gustase de inmiscuirse en los asuntos de otras naciones. No le gustaban los asuntos exteriores, ni tampoco su cargo, pero lo aceptaba como un deber. No pasaba los fines de semana en el continente, sino que iba al campo. No hablaba ninguna lengua extranjera, excepto el francés, que había aprendido en la escuela. Viudo a los cincuenta y dos años, sin hijos, parecía no tener otra pasión que su trabajo.

Hablando de un modo lento, pero con evidente emoción, Grey rogó a la Cámara que enfocara la crisis desde el punto de vista de «los intereses, el honor y las obligaciones británicos». Expuso la historia de las «conversaciones» militares con Francia. Dijo que ningún «acuerdo secreto» ligaba a la Cámara o coartaba su libertad de movimientos para adoptar el acuerdo que considerara más conveniente. Dijo que Francia se hallaba en guerra debido a su «obligación de honor» con Rusia, pero «nosotros no formamos parte de la alianza ruso-francesa, ni siquiera estamos informados de las cláusulas de esta alianza»[16]. Iba tan hacia atrás para demostrar que Inglaterra no se había comprometido con nadie, que un diputado conservador, lord

Derby, le susurró enojado a su vecino: «¡Dios mío, van a abandonar a Bélgica!»[17].

Grey reveló entonces el acuerdo naval con Francia. Les dijo a los miembros de la Cámara que, como consecuencia del acuerdo con Gran Bretaña, la flota francesa estaba concentrada en el Mediterráneo, dejando completamente abandonadas las costas norte y occidental de Francia. Dijo que era de la opinión de que «si la flota alemana pasa por el Canal de la Mancha y bombardea y ataca las indefensas costas francesas, no podemos mantenernos apartados y ver cómo sucede esto, prácticamente delante de nosotros, cruzándonos de brazos, contemplándolo todo sin pasión alguna, sin hacer nada». En los bancos de la oposición aplaudieron vivamente, mientras que los liberales escuchaban «asintiendo sobriamente».

Para explicar que ya había comprometido a Gran Bretaña a defender las costas de Francia, Grey empezó dando un largo rodeo hablando de los «intereses británicos» y de las rutas comerciales inglesas en el Mediterráneo. Y de aquí pasó «a unas consideraciones mucho más serias, que a cada hora que pasaba se convertían en más graves», es decir, la neutralidad belga.

Para dar a este tema toda su importancia, Grey, que no confiaba en su propia oratoria, se basó en el discurso de Gladstone en el año 1870. «¿Puede este país cruzarse de brazos y ser testigo del crimen más sucio que nunca haya manchado las páginas de la historia y convertirse de esta forma en cómplice del pecado?». Y también usó una frase de Gladstone para expresar la cuestión fundamental: que Inglaterra debía adoptar una posición «frente a un engrandecimiento desmesurado de cualquier potencia».

Y, sin más citas, continuó: «Ruego a la Cámara que considere desde el punto de vista de los intereses británicos lo que está en juego. Si Francia es obligada a claudicar, si Bélgica cae bajo la

misma influencia dominadora y luego Holanda y Dinamarca […] si en una crisis como ésta hacemos caso omiso de nuestras obligaciones de honor e intereses en relación con el tratado belga […] no creo por un solo instante que al final de esta guerra, incluso aunque nos mantengamos alejados, seamos capaces de reparar lo que ya se habrá hecho, impedir que el conjunto de Europa se oponga a nosotros al caer bajo la dominación de una sola potencia, y yo creo que debemos sacrificar nuestro respeto, buen nombre y reputación ante el mundo para no sufrir las más graves consecuencias económicas».

Les expuso claramente la «situación y la elección que tomar». La Cámara, que había escuchado en «penoso silencio» durante una hora y cuarto, estalló en vivos aplausos significando, de este modo, su respuesta. Las ocasiones en que un individuo es capaz de convencer a todo un país son memorables, y el discurso de Grey significa uno de esos momentos cruciales, por el cual luego la gente señala las fechas. Algunos disidentes hicieron oír sus voces, puesto que, a diferencia de los parlamentos continentales, la Cámara de los Comunes no puede ser exhortada o persuadida de un modo unánime. Ramsay MacDonald, que habló en nombre del Partido Laborista, dijo que Gran Bretaña hubiera debido mantener la neutralidad. Keir Hardie dijo que levantaría a la clase obrera en contra de la guerra, y luego, en el vestíbulo, un grupo de liberales que no se habían dejado convencer adoptó una resolución en la que decían que Grey no había justificado la entrada en la guerra[18]. Pero Asquith estaba convencido de que, en conjunto, «los pacifistas han sido silenciados, aunque muy pronto volverán a hacerse oír». Los dos ministros que habían presentado la dimisión aquella misma mañana fueron persuadidos por la noche para que regresaran al seno del Gabinete, y la impresión general era que Grey había conquistado la voluntad del país.

—¿Y ahora qué? —le preguntó Churchill a Grey cuando, juntos, abandonaron la Cámara[19].

—Ahora les mandaremos, en el plazo de veinticuatro horas, un ultimátum para que detengan la invasión de Bélgica —replicó Grey.

Y a Cambon, unas pocas horas más tarde, le dijo: «Si se niegan, habrá guerra»[20].

Aunque habían de pasar veinticuatro horas antes de mandar el ultimátum, los temores de Lichnowsky se habían cumplido: Bélgica había sido la condición.

Los alemanes aceptaron el riesgo, puesto que confiaban en una guerra de corta duración, ya que, a pesar de las lamentaciones y las aprensiones de sus jefes civiles en el último momento sobre lo que pudiera hacer Inglaterra, el Estado Mayor alemán había tomado ya en consideración la beligerancia de Inglaterra y le había quitado toda importancia, pues creían que la guerra habría terminado en el curso de los cuatro meses siguientes.

Un prusiano difunto y un profesor vivo, aunque no comprendido, Clausewitz y Norman Angell, se habían unido para inducir el concepto de la guerra de corta duración en las mentes europeas. La necesidad alemana era obtener una rápida y decisiva victoria, pues la imposibilidad económica de una guerra de larga duración era la pesadilla de todo el mundo.

«Estaréis en casa antes de que caigan las hojas de los árboles», les dijo el káiser a las tropas que partían para el frente durante la primera semana de agosto[21]. Un comentarista de la alta sociedad alemana escribió el 9 de agosto que el conde Oppersdorf se presentó en palacio aquella tarde y dijo que las cosas no durarían más de diez semanas, que el conde Hochberg creía que sólo serían ocho, y que luego: «Usted y yo nos volveremos a encontrar en Inglaterra»[22].

Un oficial alemán que partía para el frente del Oeste comentó que confiaba en tomar el desayuno en el café de la Paix de París, el día de Sedán (2 de septiembre[23]). Los oficiales rusos esperaban estar en Berlín por la misma fecha[24]. Seis semanas era el plazo de tiempo que, generalmente, se fijaban todos ellos. Un oficial de la Guardia Imperial preguntó al médico del zar si consideraba conveniente llevarse su uniforme de gala para la entrada en Berlín, o si era mejor que se lo llevara un correo especial al frente. Un oficial inglés, que, después de haber prestado servicio como agregado militar en Bruselas, era considerado *au courant*, fue interrogado, cuando llegó a su regimiento, sobre la duración de la guerra. El oficial contestó que no lo sabía, pero que tenía entendido que «había razones financieras por las que las grandes potencias no continuarían la guerra durante mucho tiempo»[25]. Se lo había oído decir al primer ministro, «quien me dijo que esto se lo había dicho lord Haldane».

En San Petersburgo la cuestión no era si los rusos ganarían o no la guerra, sino si, para ganar la guerra, tardarían dos o tres meses, y los pesimistas que hablaban de seis meses eran considerados derrotistas. «Vasilii Fedorovich [Guillermo, hijo de Federico, es decir, el káiser] ha cometido un error y no podrá repararlo», anunció solemnemente el ministro ruso de Justicia[26]. No estaba equivocado. Alemania no había hecho ningún preparativo para una guerra de larga duración, y cuando estalló ésta, contaba con una reserva de nitratos para la fabricación de pólvora de sólo seis meses[27]. Sólo la posterior utilización de un método que fijaba el nitrógeno del aire, le permitió continuar sus esfuerzos bélicos. Los franceses, que apostaban por un rápido fin, no destinaron tropas a lo que hubiese sido una difícil defensa de Lorena y sus minas de hierro, y permitieron que los alemanes se apoderaran de las mismas con la confianza de que las recuperarían rápidamente. Como consecuencia de esto, perdieron el 80 por 100 de sus minerales de hierro y casi perdie-

ron la guerra. Los ingleses, con su modo de ser tan impreciso, confiaban vagamente en la victoria, pero sin especificar cuándo, dónde y cómo, pero sí en el curso de los siguientes meses.

Fuese por instinto o intelecto, tres mentes, todas ellas militares, veían cómo la negra sombra se alargaba durante años y no meses. Moltke, que temía la «larga y dura lucha», era uno de ellos. Joffre, el segundo. Entrevistado por los ministros en 1912, dijo que si Francia ganaba la primera batalla en la guerra, comenzaría entonces la resistencia nacional alemana, y viceversa. Sea como fuere, otras naciones se verían mezcladas en las hostilidades, lo que haría que la guerra se convirtiese en una lucha de «duración indefinida»[28]. Sin embargo, ni él ni Moltke, que eran los jefes militares de sus respectivos países desde 1911 y 1906, hicieron ningún cambio en sus planes en favor de otros planes para una guerra de larga duración.

El tercero —y el único que supo actuar en consonancia con su visión— era lord Kitchener, que no había tomado parte en los planes originales. Nombrado ministro de la Guerra el día en que Inglaterra se convirtió en beligerante, ya desde un principio anunció que la guerra duraría tres años. A un incrédulo compañero le dijo que incluso podía durar más, «pero conformémonos por el momento con esos tres años. Una nación como Alemania, después de haber forzado la guerra, no se rendirá hasta haber sido aniquilada por completo. Y esto durará mucho tiempo y nadie puede saber cuánto».

Con la excepción de lord Kitchener, que desde el primer día en que ocupó su cargo insistió en preparar un ejército de millones para una guerra que iba a durar muchos años[29], nadie más hizo planes que sirvieran para más de tres o seis meses. En el caso de los alemanes, la idea fija de una guerra de corta duración entrañaba el corolario de que, en una guerra corta, la beligerancia de Inglaterra carecía de importancia.

«Si alguien me hubiera dicho de antemano que Inglaterra iba a tomar las armas contra nosotros…», se lamentó el káiser durante el almuerzo en el cuartel general un día más tarde, ya en guerra[30]. Alguien aventuró en voz baja: «Metternich», en referencia al embajador alemán en Londres que había sido destituido en el año 1912 por su cansina costumbre de repetir que el rearme naval llevaría a la guerra con Inglaterra no más allá del año 1915. En 1912, Haldane le dijo al káiser que Gran Bretaña nunca podría permitir la ocupación alemana de los puertos franceses en el Canal de la Mancha, y le recordó las obligaciones que por su tratado tenían contraídas con Bélgica. Y también en 1912 el príncipe Enrique de Prusia le preguntó a su primo el rey Jorge, sin andarse en ningún momento por las ramas: «En el caso de que Alemania y Austria fueran a la guerra contra Rusia y Francia, ¿Inglaterra acudiría en ayuda de estas dos últimas potencias?». A lo que el rey Jorge respondió: «Desde luego, en determinadas circunstancias, sí»[31].

A pesar de estas advertencias, el káiser se negaba a creer lo que él sabía que era cierto. Según la evidencia de un compañero, estaba todavía «convencido» de que Inglaterra se mantendría neutral cuando subió de nuevo a bordo de su yate él 5 de julio, después de haberle dejado las manos libres a Austria[32]. Sus dos *Korpsbrüder* de los días de estudiante en Bonn, Bethmann y Jagow, cuyas cualidades para el cargo que ostentaban se debían más que nada a la debilidad sentimental del káiser por los «hermanos» que llevaban las cintas blanca y negra de la fraternidad y que se tuteaban, se consolaban uno a otro dándose seguridades mutuas sobre la neutralidad inglesa[33].

Moltke y su Estado Mayor no necesitaban de Grey ni de nadie para que les dijeran lo que haría Gran Bretaña. Estaban firmemente convencidos de que Inglaterra iría a la guerra. «Cuantos más ingleses, mejor», le dijo Moltke al almirante Tirpitz, significando con esto que cuantos más ingleses desembar-

caran en el continente, más serían aniquilados en la derrota decisiva[34]. El pesimismo natural de Moltke le hacía pensar de un modo muy realista. En un informe que redactó en 1913 expuso la situación de un modo mucho más claro de lo que hubiese podido hacerlo un inglés. Si Alemania cruzaba el territorio belga sin el consentimiento de Bélgica, escribió, «entonces Inglaterra se unirá, sin ninguna duda, a nuestros enemigos», teniendo en cuenta que ya había expuesto esta intención en el año 1870. Sabía que nadie en Inglaterra creería en las promesas alemanas de evacuar Bélgica después de haber derrotado a Francia, y sabía también que en una guerra entre Alemania y Francia, Inglaterra lucharía, tanto si los alemanes atravesaban el territorio belga como si no lo hacían, «puesto que temen la hegemonía alemana, y de acuerdo con su política de mantener el equilibrio harán todo lo que esté en su poder para impedir el incremento del poder alemán»[35].

«Durante los años anteriores a la guerra no teníamos la menor duda sobre la rápida llegada del cuerpo expedicionario inglés a las costas francesas», testimonió el general Von Kuhl, que ostentaba un alto cargo en el Estado Mayor[36], donde se calculaba que el cuerpo expedicionario inglés sería movilizado el décimo día, se concentraría en los puestos de embarque el undécimo, comenzaría a embarcar el duodécimo día y llegaría a Francia el decimocuarto día. Y en ello andaban muy acertados.

Tampoco el Estado Mayor naval alemán se hacía ilusiones de ninguna clase. «Inglaterra será probablemente, hostil en caso de que se llegue a la guerra», telegrafió el Almirantazgo el 11 de julio al almirante von Spee, a bordo del *Scharnhorst* en el Pacífico[37].

Dos horas después de haber terminado su discurso en la Cámara de los Comunes, ocurrió aquello en que habían estado pensando todos a ambos lados del Rin desde el año 1870, y que habían manifestado de un modo más o menos público desde el

año 1905: Alemania declaró la guerra a Francia. Para Alemania era, según palabras del príncipe heredero, la «solución militar» de aquella tensión que iba en aumento cada día que pasaba, el fin de la pesadilla del cerco alemán[38]. «Es una alegría vivir», anunció un periódico alemán aquel día en un titular de su edición especial que rezaba: «La bendición de las armas». «Los alemanes exultamos de felicidad […]. Hemos deseado tan ardientemente que llegara esta hora […]. Las espadas que nos hemos visto obligados a empuñar, no las enfundaremos hasta que nuestros objetivos hayan sido alcanzados y nuestro territorio engrandecido tal como lo requieren sus necesidades»[39]. No todo el mundo saltaba de alegría. Los diputados de la izquierda, que habían sido convocados por el Reichstag, estaban «deprimidos» y «nerviosos»[40]. Uno de ellos, dispuesto a votar todos los créditos bélicos que fueran necesarios, comentó: «No podemos permitir que destruyan el Reich». Y otro se lamentaba: «Esta diplomacia tan poco competente…».

Para Francia, la señal sonó a las 6:15 de la tarde, cuando el primer ministro Viviani oyó sonar su teléfono y habló con el embajador norteamericano, Myron Herrick, que le decía, con voz ahogada por las lágrimas, que acababa de recibir el ruego de hacerse cargo de la embajada alemana e izar la bandera norteamericana en su mástil. Había aceptado el encargo, le dijo Herrick, pero no estaba dispuesto a izar la bandera[41].

Sabiendo perfectamente que esto significaba la guerra, Viviani esperó la inminente llegada del embajador alemán, que le fue anunciada pocos minutos más tarde. Von Schoen, que estaba casado con una belga, entró visiblemente impresionado. Empezó quejándose de que, en su camino, una dama había metido la cabeza por la ventanilla de su coche y le «había insultado a él y a su emperador». Viviani, que había de hacer inauditos esfuerzos por dominarse, preguntó si esta queja era el motivo de su visita, pero Schoen confesó que debía cumplir otra mi-

sión y, desdoblando el documento que llevaba encima, leyó su contenido, que decía que, como consecuencia de los «actos de hostilidad organizada» por Francia y de los ataques aéreos contra Nuremberg y Karlsruhe y la violación de la neutralidad belga por el vuelo de aviadores franceses sobre territorio belga, «el Imperio alemán se considera en estado de guerra con Francia»[42].

Viviani rechazó formalmente las acusaciones que habían sido formuladas, no para impresionar al pueblo y al gobierno francés, que sabía que aquellos hechos no se habían producido, sino para convencer al pueblo alemán de que era víctima de la agresión francesa. Acompañó a Von Schoen hasta la puerta, y allí, como si no deseara que aquélla fuera la despedida final, abandonó con él el edificio, bajó las escalinatas y le acompañó hasta la portezuela del coche que le estaba aguardando. Los dos representantes de los «enemigos hereditarios» permanecieron durante unos minutos silenciosos y con expresión muy triste, hasta que, finalmente, Von Schoen subió al coche y se alejó.

Aquella noche, en Whitehall, *sir* Edward Grey, que estaba de pie junto a la ventana acompañado de un amigo mientras en la calle encendían las farolas, hizo la observación que desde entonces ha señalado aquella hora: «Las lámparas van a apagarse en toda Europa, y ya no las volveremos a ver brillar en toda nuestra vida»[43].

A las seis de la mañana del día siguiente, el 4 de agosto, el señor Von Below efectuó su última visita al Ministerio de Asuntos Exteriores de Bruselas. Entregó una nota que decía que, en vista de que habían sido rechazadas «las proposiciones hechas de buena fe de su gobierno, Alemania se ve obligada a llevar a la práctica medidas para su propia seguridad, en caso necesario por la fuerza de las armas». La palabra «necesario» había sido incluida para ofrecerle a Bélgica una última oportunidad para cambiar de parecer[44].

Aquella tarde, el embajador norteamericano, Brand Whitlock, que había sido llamado para hacerse cargo de la embajada alemana, encontró a Von Below y su primer secretario, Von Stumm, hundidos en dos sillones, sin hacer el menor intento de recoger sus cosas y hacer las maletas, dando la impresión de estar «completamente abatidos»[45]. Sosteniendo el cigarrillo con una mano y frotándose con la otra la ceja, Below permanecía inmóvil, mientras que dos ancianos funcionarios, con una vela, lacre y tiras de papel, recorrían lenta y solemnemente la estancia, sellando los armarios de caoba que contenían los archivos.

«¡Oh, esos pobres locos! ¿Por qué no se apartan de la ruta de la apisonadora? Nosotros no queremos dañarles, pero si se oponen a nuestra marcha, serán hundidos en el barro. ¡Oh, esos pobres locos!», repetía Von Stumm, como si hablara consigo mismo.

Sólo mucho tiempo después se preguntaron, en el bando alemán, quiénes habían sido los pobres locos aquel día. Fue el día, descubrió posteriormente el conde Czernin, el ministro de Asuntos Exteriores austriaco, de «nuestra mayor desgracia»[46], el día en que, según reconoció el propio príncipe heredero, «los alemanes perdieron la primera gran batalla a los ojos del mundo»[47].

A las ocho y dos minutos de aquella mañana, la primera ola de soldados alemanes cruzó la frontera belga en Gemmerich, a treinta millas de Lieja. Los gendarmes belgas abrieron fuego desde sus puestos de centinela. La fuerza destacada del grueso de los ejércitos alemanes para el ataque contra Lieja, al mando del general Von Emmich, comprendía seis brigadas de infantería, cada una de éstas con artillería y otras armas, y tres divisiones de caballería. Hacia el anochecer habían alcanzado el Mosa en Visé, un nombre que había de ser el primero en una larga serie de ruinas.

Hasta el momento de la invasión fueron muchos los que todavía creían que, para evitar problemas, los ejércitos alemanes no cruzarían las fronteras belgas. ¿Por qué habían de mezclar deliberadamente en la lucha contra ellos a otros dos enemigos? Dado que nadie podía suponer que los alemanes fueran tan estúpidos, la respuesta que se daban los franceses era que el ultimátum alemán a Bélgica era sólo un truco. No sería seguido por una invasión *de facto*, sino que lo había hecho, única y exclusivamente, «para que seamos nosotros los primeros en penetrar en territorio belga», dijo Messimy cuando prohibió a los soldados franceses que «ni una sola patrulla, ni un solo jinete, cruce la frontera»[48].

Fuese por esta razón o por otra, Grey no había mandado aún el ultimátum alemán. El rey Alberto todavía no había apelado a las potencias garantizadoras de la neutralidad solicitando ayuda militar[49]. También él temía que dicho documento pudiera ser una «finta colosal». Si llamaba demasiado pronto a los ingleses y franceses, su presencia arrastraría a Bélgica a la guerra, aun en contra de su voluntad, y temía, en lo más interior de su ser, que una vez en territorio belga, sus vecinos no tuvieran muchas prisas por abandonarlo. Sólo cuando el avance de las columnas alemanas en dirección a Lieja puso punto final a todas las dudas y ya no le dejaron otra alternativa al rey, al mediodía del día 4, hizo su llamamiento a favor de una acción militar «concertada y en común» con los valedores del tratado.

En Berlín, Moltke confiaba aún en que, después de los primeros disparos hechos para salvar el honor, los belgas serían persuadidos a llegar a un «entendimiento»[50]. Por esta razón, la nota alemana decía sencillamente «por la fuerza de las armas», y por una vez no hablaba de una declaración de guerra. Cuando el barón Beyens, el embajador belga, se presentó para recoger sus pasaportes la mañana de la invasión, Jagow se adelantó precipitadamente a su encuentro y le preguntó, como si confiara

en una proposición: «Bien, ¿qué tiene usted que decirme?». Reiteró el ofrecimiento alemán de respetar la independencia belga y pagar todos los daños causados en Bélgica si ésta se abstenía de destruir los ferrocarriles y volar los puentes y túneles y dejaba pasar las tropas alemanas sin defender Lieja. Cuando Beyens se volvió para marcharse, Jagow le siguió esperanzado, diciendo: «Tal vez nosotros dos tengamos que discutir todavía ciertos puntos»[51].

En Bruselas, unas horas después de haber comenzado la invasión, el rey Alberto, con su sencillo uniforme de campaña, fue a reunirse con el Parlamento. A marcha ligera iba la pequeña procesión por la Rue Royale, encabezada por un carruaje descubierto en el que iban la reina y sus tres hijos, seguidos de dos automóviles y, detrás, el rey a caballo. Las casas, a lo largo del recorrido, habían sido adornadas con banderas y flores, y por las calles se veía una excitada muchedumbre. Los desconocidos se estrechaban las manos, reían y lloraban, todos ellos se sentían entrañablemente unidos a aquel hombre «por un lazo común de amor y odio»[52]. Los aplausos se repetían como si el pueblo, en una manifestación de emoción universal, tratara de decirle al rey que él era el símbolo de su país y de su voluntad de defender su independencia. Incluso el embajador austriaco, que se había olvidado de mantenerse alejado de aquella ocasión y que, junto con otros diplomáticos, contemplaba la procesión desde las ventanas del Parlamento, se secaba las lágrimas de los ojos[53].

En la gran sala, después de haber tomado asiento los diputados, así como la reina y la corte, entró el rey, solo, arrojó su gorra y sus guantes sobre la mesa y empezó a hablar en un tono de voz que se hacía muy difícil de entender[54]. Después de recordar que el Congreso del año 1830 había creado una Bélgica independiente, preguntó: «Caballeros, ¿están ustedes inalterablemente decididos a mantener intacto el sagrado legado de

nuestros antepasados?». Los diputados, incapaces de dominarse por más tiempo, se pusieron en pie y gritaron: «Oui! Oui! Oui!»[55].

El embajador norteamericano, al describir esta escena en su diario, dice que no apartó la vista del heredero del trono, que contaba doce años y que, embutido en su uniforme de marinero, escuchaba muy atentamente y tenía la mirada fija en su padre, no dejando de preguntarse: «¿Qué pensamientos vibrarán en la mente de este muchacho?». Como si tuviera ya una visión del futuro, el señor Whitlock se preguntó: «¿Será testigo en años futuros de una escena parecida a ésta? ¿Cómo? ¿Cuándo? ¿En qué circunstancias?». Aquel muchacho en uniforme de marinero había de sucumbir, como Leopoldo III, a otra invasión alemana en el año 1940.

En las calles, después del discurso, el entusiasmo se desbordó. El Ejército, que hasta aquel momento había sido despreciado, era ahora una institución heroica. El pueblo gritaba: «¡Abajo los alemanes! ¡Muerte a los asesinos! *Vive la Belgique indépendant!*». Después de haberse marchado el rey, el pueblo requirió la presencia del ministro de la Guerra, el hombre más impopular en el gobierno debido al cargo que ostentaba. Cuando el señor De Broqueville apareció en el balcón, incluso aquel suave hombre de mundo lloró dominado por la ferviente emoción compartida por todos aquellos que aquel día se encontraban en Bruselas.

Aquel mismo día, en París, los soldados franceses, con pantalones rojos y guerreras azules, cantaban mientras marchaban por las calles:

C'est l'Alsace et la Lorraine,
c'est l'Alsace qu'il nous faut,
oh, oh, oh, oh!

Para terminar, emitían un triunfante grito cuando lanzaban el último «¡oh!». El general Paul, a quien la pérdida de un brazo

le había dado una gran popularidad, pasó a caballo luciendo los lazos verdes y negros de los veteranos de 1870. Regimientos de caballería de los coraceros con pecheras de metal reluciente y largas colas de pelo negro de caballo colgando de sus cascos no tenían la menor conciencia de su anacronismo. Les seguían enormes camiones que transportaban aeroplanos y plataformas sobre ruedas, con los largos y delgados cañones de campaña pintados de gris, los *soixante-quinzes*, que eran el orgullo de Francia. Durante todo el día, el desfile de hombres, caballos, armas y material continuó a través de los altos portales de la Gare du Nord y de la Gare de l'Est.

Por los bulevares, desiertos de toda clase de vehículos, marchaban compañías de voluntarios con banderas y pancartas que proclamaban: «¡Luxemburgo nunca será alemana!»; «Rumania se alía a la madre de las razas latinas»; «Italia, cuya libertad fue comprada con sangre francesa»; «España, la querida hermana de Francia»; «Voluntarios ingleses por Francia»; «Griegos que aman Francia»; «Los escandinavos en París»; «Los pueblos eslavos al lado de Francia»; «América Latina vive por la madre de la cultura latinoamericana». Frenéticos aplausos y vítores a la pancarta: «Los alsacianos regresamos a casa»[56].

En una sesión conjunta del Senado y la Cámara, Viviani, pálido como la muerte y dando la impresión de que sufría física y mentalmente, superó su propia capacidad de elocuencia, con un discurso que fue proclamado, como los discursos de todo el mundo aquel día, como el más brillante y grande de su carrera. Llevaba en su cartera el texto del tratado francés con Rusia, pero nadie le preguntó por él. Vivos aplausos coronaron sus palabras cuando declaró que Italia, «con la claridad de visión propia del intelecto latino», había declarado su neutralidad, relevando con ello a Francia de una guerra en dos frentes. Como se había previsto, el tercer miembro de la Triple Alianza, cuando llegaba el momento de la prueba, se había desentendido de sus

compromisos alegando que el ataque de Austria contra Serbia era un acto de agresión que liberaba a Italia de sus obligaciones contractuales. Relevando a Francia de mantener la guardia en su frontera meridional, la neutralidad de Italia resultaba para Francia un ahorro de cuatro divisiones, es decir, 80 000 hombres.

Después de haber hablado Viviani, fue leído el discurso del presidente Poincaré, ya que éste no podía asistir personalmente al Parlamento por razón de su cargo. Todos los presentes se pusieron en pie durante la lectura del documento. Francia se alzaba ante todo el mundo en su lucha por la Libertad, la Justicia y la Razón, dijo, alterando de un modo característico la trinidad tradicional francesa[57]. Mensajes de simpatía de todos los lugares que podían ser calificados de «mundo civilizado» animaban a Francia. Mientras era leído el discurso, el general Joffre, «muy sereno y pleno de confianza», se fue a despedir del presidente antes de partir para el frente[58].

La lluvia caía sobre Berlín mientras los diputados del Reichstag se reunían para escuchar el discurso del káiser desde su trono. Bajo las ventanas del edificio del Reichstag, adonde acudían después de una reunión preliminar con el canciller, oían el incesante paso de los cascos de caballos sobre el pavimento mientras, uno tras otro, los escuadrones de caballería trotaban por las relucientes calles[59]. Los jefes de los partidos se reunieron con Bethmann en una sala presidida por un inmenso retrato que representaba el grato espectáculo del káiser Guillermo I pisoteando gloriosamente la bandera francesa[60]. Le representaba, al lado de Bismarck y del mariscal de campo Moltke, señalando con la diestra hacia el campo de batalla de Sedán, mientras que un soldado alemán, en primer término, extendía la bandera bajo los cascos del caballo del emperador. Bethmann expresó la necesidad de alcanzar una unidad y exhortó a los diputados a ser «unánimes» en sus decisiones. «Seremos unáni-

mes, excelencia», declaró un portavoz de los liberales, obedientemente. El omnipotente Erzberger, que, como encargado del Comité de Asuntos Militares e íntimo colaborador del canciller, era considerado como hombre que tenía los oídos en el Olimpo, se movía entre sus compañeros diputados asegurándoles que los serbios serían derrotados, «como máximo, el lunes próximo», y que todo iba a pedir de boca[61].

En Berlín, el soberano no se dirigió al Parlamento para pronunciar su discurso el 4 de agosto, sino que los diputados fueron a palacio. Las entradas estaban guardadas y vigiladas, y las credenciales fueron controladas cuatro veces antes de que los representantes del pueblo fueran finalmente admitidos en la Weisser Saal. Muy silencioso, acompañado por varios generales, el káiser se sentó en el trono. Bethmann, con uniforme de los dragones de la Guardia, sacó unos papeles de su cartera real y se los entregó al káiser, que se puso en pie, muy pequeño y bajo al lado del canciller, y leyó el discurso con el casco puesto y con la otra mano sobre la empuñadura de su espada. Sin hacer la menor referencia a Bélgica, declaró: «Esgrimimos nuestra espada con la conciencia y las manos limpias». Dijo que la guerra había sido provocada por Serbia, con la ayuda de Rusia, y provocó gritos de «¡Vergüenza!» cuando habló de las iniquidades rusas. Después de aquel preparado discurso, el káiser levantó el tono de su voz y proclamó: «¡Desde este día no reconozco partidos políticos, sino solamente a alemanes!», preguntando a los jefes de los partidos si estaban de acuerdo con estos sentimientos, y que, en este caso, avanzaran unos pasos y estrecharan su mano. En medio de una «gran excitación», todos actuaron como se les había indicado, mientras que el resto de los allí congregados estallaban en vítores[62].

A las tres en punto, los diputados se reunieron en el Reichstag para escuchar el discurso del canciller y cumplir con lo que faltaba por hacer, es decir, votar los presupuestos militares y

luego aplazar las sesiones. Los socialdemócratas convinieron en votar afirmativamente y pasaron sus últimas horas de responsabilidad parlamentaria en ansiosa consulta sobre si debían lanzar un «Hoch!» al káiser[63]. El problema quedó satisfactoriamente resuelto, decidiéndose por un *Hoch* «al káiser, al pueblo y al país».

Todo el mundo, cuando Bethmann se levantó para hablar, esperaba con profunda ansiedad lo que tuviera que decirles sobre Bélgica. Un año antes, el ministro de Asuntos Exteriores, Jagow, había asegurado, durante una reunión secreta del Reichstag, que Alemania nunca violaría la neutralidad belga, y el general Von Heeringen, el ministro de la Guerra, había prometido que el Alto Mando, en el caso de una guerra, respetaría la neutralidad belga, siempre que también la respetaran los enemigos de Alemania[64]. El 4 de agosto, los diputados todavía no sabían que sus ejércitos ya habían invadido Bélgica aquella misma mañana. Estaban al corriente del ultimátum, pero no conocían la respuesta belga, puesto que el gobierno alemán, en su deseo de dar la impresión de que Bélgica había dado su consentimiento al mismo y que, por lo tanto, su resistencia armada era ilegal, no lo publicó.

Bethmann informó a su audiencia: «Nuestras tropas han ocupado Luxemburgo, y tal vez [este "tal vez" ya había sido superado a las ocho] ya se encuentren en Bélgica». (Gran conmoción). En efecto, Francia había garantizado la neutralidad belga, pero «sabíamos positivamente que Francia estaba preparada para invadir Bélgica y no podíamos esperar». Dijo que se trataba de algo inevitable, de un caso de necesidad militar, y «la necesidad no conoce leyes»[65].

Hasta aquel momento había mantenido fija la atención de sus oyentes, tanto de los de derechas, que le despreciaban, como los de izquierdas, que recelaban de él. Su siguiente frase causó sensación. «Nuestra invasión de Bélgica es contraria a las

leyes internacionales, pero el mal que cometemos —hablo con toda sinceridad— lo repararemos tan pronto como alcancemos nuestros objetivos militares». El almirante Tirpitz consideró que éste era el paso en falso más grave que había dado un estadista alemán: Conrad Haussman, uno de los jefes del Partido Liberal, lo conceptuó como lo mejor de todo el discurso. Una vez confesado el acto en un público *mea culpa*, le liberaba a él y a los diputados de izquierdas de toda responsabilidad, y saludó al canciller con un fuerte «Sehr richtig!». En una sorprendente frase final, y antes de que terminara el memorable día lleno de máximas de Bethmann, todavía añadiría una más que habría de hacerle inmortal, pues dijo que todos aquellos que hubiesen sido amenazados como lo habían sido los alemanes, hubieran procedido de igual forma.

Fue aprobado por unanimidad un presupuesto extraordinario para fines militares de cinco mil millones de marcos, después de lo cual el Reichstag aplazó sus sesiones por un período de cuatro meses o, por lo que se creía, para siempre. Bethmann terminó su discurso con una seguridad que entrañaba en sí el tono propio del saludo de los gladiadores: «Sea cual fuere nuestra suerte, el 4 de agosto de 1914 será eternamente uno de los días más grandes de Alemania».

Aquella noche, a las siete en punto, la respuesta de Inglaterra, que había sido esperada con gran ansiedad por muchos, se conoció de un modo definitivo. Aquella mañana, el gobierno inglés había decidido dirigir un ultimátum, que fue presentado, sin embargo, en dos fases, puesto que la decisión no era tan firme como podía parecer a primera vista. En primer lugar, Grey solicitaba la seguridad de que las demandas alemanas sobre Bélgica «no continuarían» y exigía una «respuesta inmediata», pero puesto que no fijaba un límite de tiempo y tampoco mencionaba sanciones en el caso de no recibirse tal respuesta, el mensaje en cuestión no podía ser considerado como un ultimá-

tum desde el punto de vista técnico. Esperó hasta saber con certeza que el Ejército alemán había invadido Bélgica antes de mandar una segunda nota, declarando que Gran Bretaña se sentía obligada «a defender la neutralidad de Bélgica y la observación del tratado del cual también Alemania es un signatario». Se requería una «respuesta satisfactoria» antes de medianoche, y en el caso de no recibirse ésta, entonces el embajador inglés reclamaría sus pasaportes[66].

El hecho de que el ultimátum no fuera enviado la noche anterior, inmediatamente después de haber dado el Parlamento su aprobación al discurso de Grey, sólo puede ser explicado por la indecisión que dominaba a todo el gobierno. La clase de «respuesta satisfactoria» que confiaban en recibir, o sea, que los alemanes volvieran sobre sus pasos y cruzaran de nuevo aquella frontera, que aquella misma mañana habían violado de un modo deliberado e irrevocable, y el motivo por el que Inglaterra esperó hasta medianoche, es difícil de comprender y explicar. En el Mediterráneo, aquellas horas que se habían perdido antes de medianoche habían de ser cruciales.

En Berlín, el embajador británico, *sir* Edward Goschen, presentó el ultimátum en el curso de una entrevista histórica con el canciller[67]. Halló a Bethmann «muy agitado». Según éste, «mi sangre se sulfuró cuando presentaron a Bélgica como motivo, cuando sabía que no era Bélgica lo que había impulsado a Inglaterra a la guerra». La indignación tornó muy locuaz a Bethmann. Le dijo que Inglaterra hacía algo «impremeditado», que actuaba como «el hombre que es apuñalado por la espalda cuando está luchando por su vida contra dos atacantes», que, como resultado de este «paso tan terrible», Inglaterra se hacía responsable de todas las consecuencias que pudieran presentarse, y «todo por una sola palabra, "neutralidad", todo por un pedazo de papel […]».

Sin darse cuenta de la frase que daría la vuelta al mundo, Goschen la incluyó en su informe sobre la entrevista. Replicó que si por razones estratégicas era una cuestión de vida o muerte para Alemania avanzar a través de Bélgica, también, por otra parte, era una cuestión de vida o muerte para Gran Bretaña mantener sus compromisos. «Su Excelencia estaba tan excitado, tan abrumado por las noticias de nuestra actitud, que no estaba dispuesto a entrar en razón», y por este motivo se abstuvo de otros argumentos.

Al abandonar el edificio, dos hombres que iban en una furgoneta del *Berliner Tageblatt* arrojaban octavillas que anunciaban, un tanto prematuramente, dado que el ultimátum no expiraba hasta la medianoche, la declaración de guerra inglesa. Después de la defección de Italia, este último acto de «traición», esta última deserción, esta nueva ventaja para sus enemigos, irritó a los alemanes, un gran número de los cuales se transformó, durante la siguiente media hora, en un populacho que se dedicó a apedrear las ventanas de la embajada inglesa[68]. Inglaterra se convirtió, de la noche a la mañana, en el enemigo más odiado, «Rassenverrat!» («traición a la raza») era el eslogan favorito. El káiser, en uno de los comentarios menos profundos sobre la guerra, se lamentó: «Pensar que Jorge y Nicky me han engañado… Si hubiese vivido mi abuela nunca lo hubiera permitido»[69].

Los alemanes no podían superar aquella perfidia, sobre todo cuando se les había hecho creer que los ingleses habían degenerado hasta el punto de que las sufragistas dominaban al primer ministro y desafiaban a la policía, y que eran demasiado decadentes para la lucha. Creían que Inglaterra, aunque poderosa e impulsiva, había envejecido, y sentían hacia ella, lo mismo que los visigodos hacia Roma, un desprecio mezclado con el sentimiento de inferioridad del recién llegado. «Los ingleses creen

que nos pueden tratar como si fuéramos Portugal», se lamentó el almirante Tirpitz[70].

La traición de Inglaterra agudizó todavía más su amargura. Tenían conciencia de que eran una nación que no era amada. ¿Cómo era posible que Niza, que había sido anexionada por Francia en 1860, se adaptara tan rápidamente y pudiera llegar a olvidar que había sido una ciudad italiana, mientras que medio millón de alsacianos preferían abandonar sus hogares en lugar de vivir bajo el gobierno alemán? «Nuestro país no es amado en ninguna parte y, además, frecuentemente es odiado», anotó el príncipe heredero en el curso de sus viajes[71].

Mientras la muchedumbre clamaba venganza en la Wilhelmstrasse, los deprimidos diputados de la izquierda se reunían en los cafés.

—El mundo entero se levanta en contra nuestra —dijo uno de ellos—. El germanismo tiene tres enemigos en el mundo: los latinos, los eslavos y los anglosajones, y ahora todos ellos están unidos para luchar contra nosotros.

—Nuestra diplomacia nos ha dejado como único amigo a Austria y somos nosotros quienes tenemos que apoyarla —comentó otro.

—Al menos una cosa buena es que esto no puede durar mucho —los consoló un tercero—. Dentro de cuatro meses tendremos paz, pues desde el punto de vista económico y financiero no podemos durar más.

—Nuestras esperanzas están en los turcos y los japoneses —sugirió alguien[72].

Un rumor había circulado por los cafés la noche anterior, después de oír unas distantes voces por las calles. Tal como recuerda un periodista de la época: «El rumor se iba acercando. El pueblo escuchaba, de pronto se pusieron en pie. Los vítores eran cada vez más audibles, resonaban por la Potsdamer Platz y

alcanzaron las proporciones de una tormenta. Los clientes dejaban sus cenas y salían a la calle. Los seguí. ¿Qué había sucedido? "¡Japón ha declarado la guerra a Rusia!", gritaban. "¡Hurra! ¡Hurra!". Una inmensa alegría invadió a todos. Alguien gritó entonces: "¡A la embajada japonesa!". Y todos enfilaron hacia la embajada, que pronto quedó cercada. "Viva Japón", hasta que, por fin, el embajador japonés hizo acto de presencia y, perplejo, murmuró su gratitud por aquel inesperado y, al parecer, no merecido homenaje». A pesar de que al día siguiente ya se supo que el rumor era falso, hasta qué punto no era merecido no habría de saberse con exactitud hasta transcurridas dos semanas[73].

Cuando el embajador Lichnowsky y sus funcionarios abandonaron Inglaterra, un amigo que fue a despedirles quedó sorprendido por la «tristeza y amargura» del grupo en la estación Victoria. Acusaban a los diplomáticos de Alemania de haber ido a la guerra sin otro aliado que Austria.

—¿Qué posibilidades tenemos si somos atacados por todas partes? ¿Acaso no hay ningún amigo de Alemania? —preguntó uno de los funcionarios.

—Me han dicho que Siam es amiga nuestra —le contestó un compañero[74].

Apenas habían entregado los ingleses su ultimátum cuando estallaron nuevas disputas en el seno del Gabinete sobre la cuestión de enviar un cuerpo expedicionario a Francia. Después de haberse declarado dispuestos a ir a la guerra, querían saber hasta qué punto debían comprometerse. Sus planes en común con los franceses preveían una fuerza expedicionaria de seis divisiones en el extremo del frente francés entre el M-4 y el M-15. El plan ya había sido alterado, puesto que el M-1 inglés (5 de agosto), que debía ser dos días después del francés, ya sufría un retraso de tres días y seguiría un nuevo aplazamiento

si no se llegaba a un acuerdo sobre cuándo habría de efectuarse el embarque de las tropas.

El Gabinete de Asquith estaba paralizado por el temor a la invasión. Aunque el Comité de Defensa Imperial, después de años de estudio del problema, había declarado que la invasión era «impracticable» y la defensa de las islas estaba garantizada suficientemente por la Marina, aquel 4 de agosto los jefes ingleses no se atrevían a desmantelar las islas del Ejército regular. Algunos eran partidarios de mandar menos de seis divisiones, otros querían aplazar el momento del embarque y otros ni siquiera mandarlas. Le comunicaron al almirante Jellicoe que su prevista escolta para el Cuerpo Expedicionario a través del Canal de la Mancha «no se necesitaba por el momento». Ningún botón en el Ministerio de la Guerra puso automáticamente el CEB en marcha, puesto que el gobierno inglés no llegaba a ningún acuerdo sobre este asunto. El propio Ministerio de la Guerra, que no había tenido ministro durante los últimos cuatro meses, adolecía de la falta de un jefe. Asquith había invitado a lord Kitchener a regresar a Londres, pero aún no se atrevía a ofrecerle el puesto. El impetuoso y tempestuoso *sir* Henry Wilson, cuyo diario había de provocar un revuelo tan grande después de la guerra cuando fue publicado, estaba «revolucionado ante este estado de cosas». Y también lo estaba el pobre señor Cambon, que se presentó con un mapa ante Grey para demostrarle lo vital que era que el flanco izquierdo francés fuera alargado por las seis divisiones inglesas. Grey prometió someter el asunto a la consideración del Gabinete[75].

El general Wilson, enfurecido por el retraso, del que culpaba a las «pecaminosas» vacilaciones de Grey, indignado les presentó a sus amigos en la oposición una copia de la orden de movilización, que en lugar de decir «movilización y embarque» sólo decía «movilización»[76]. Este detalle retrasaría los planes cuatro días. Balfour se ofreció para instigar al gobierno. Le re-

cordó, en una carta dirigida a Haldane[77], que la esencia misma de la Entente y de los acuerdos militares era la defensa de Francia, y que si el país galo era aniquilado «el futuro entero de Europa puede cambiar en una dirección que nosotros habremos de considerar como desastrosa». Una vez adoptada una política, lo que cabía hacer, sugirió, era «atacar rápido y con toda la fuerza». Cuando Haldane fue a verle para explicarle la naturaleza de las vacilaciones del Gabinete, Balfour no pudo por menos de comentar que se caracterizaban «por una indecisión de pensamiento y de propósito».

Aquella tarde del 4 de agosto, la misma hora en que Bethmann se dirigía al Reichstag y Viviani, a la Cámara de Diputados, Asquith comunicó a la Cámara de los Comunes un «mensaje de Su Majestad firmado por su propia mano». El secretario se puso en pie, así como todos los diputados, y fue leída la Proclamación de la Movilización[78]. A continuación, leyendo una copia escrita a máquina que temblaba ligeramente en su mano, Asquith informó de los términos del ultimátum que acababa de ser telegrafiado a Alemania. Cuando leyó las palabras «una respuesta satisfactoria antes de medianoche», los vítores ahogaron las restantes palabras[79].

Lo único que cabía hacer era esperar hasta medianoche, a las once, hora inglesa. A las nueve el gobierno se enteró, por medio de un telegrama interceptado, despachado desde Berlín, que Alemania se consideraba en guerra con Gran Bretaña desde el momento en que el embajador británico había reclamado sus pasaportes. Convocado urgentemente, el Gabinete sospechaba que los alemanes habían apretado el gatillo con el fin de lanzar un ataque sorpresa con submarinos u otro golpe que pudiera tener lugar en cualquier punto oscuro de las costas inglesas. Discutieron si declarar la guerra ya desde aquel momento o esperar hasta que terminara el plazo señalado. Decidieron esperar. En silencio, cada uno de ellos sumido en sus propios pensa-

mientos, continuaron sentados alrededor de la mesa de tapete verde en la débilmente iluminada sala de sesiones, conscientes de las sombras de aquellos que en otros momentos históricos se habían sentado allí antes que ellos. Los ojos contemplaban como avanzaban las manecillas del reloj. «¡Doong!». El Big Ben dio la primera campanada de las once y cada campanada posterior sonó en los oídos de Lloyd George con un sentido melodramático parecido a «Doom, doom, doom» («muerte, muerte, muerte…»).

Veinte minutos más tarde era despachado el telegrama de guerra: «Guerra, Alemania, acción». No había sido decidido todavía cuándo y dónde debía actuar el Ejército, pues esta decisión la debía tomar el Consejo de Guerra convocado para el día siguiente. El gobierno inglés se acostó aquella noche como beligerante, por no decir belicoso.

Al día siguiente, con el ataque contra Lieja, comenzaba la primera batalla de la guerra. Europa entraba, le escribió aquel día Moltke a Conrad von Hötzendorf, «en la lucha que decidiría el curso de la historia durante los siguientes cien años»[80].

LAS BATALLAS

10

«GOEBEN… UN ENEMIGO QUE HUYE»[*]

Antes de que comenzara la batalla terrestre, un mensaje telegráfico del Almirantazgo alemán al mando alemán en el Mediterráneo, el almirante Wilhelm Souchon, cruzó los aires a primeras horas del 4 de agosto. Decía: «Alianza con Turquía concluida 3 de agosto. Diríjase inmediatamente a Constantinopla»[1]. Aunque estas órdenes resultaron prematuras y fueron anuladas casi inmediatamente, el almirante Souchon puso rumbo a la dirección que se le indicaba. Tenía el mando sobre dos nuevos navíos rápidos, el crucero de batalla *Goeben* y el crucero ligero *Breslau*. Ninguna otra hazaña de guerra arrojó una sombra tan densa sobre el mundo entero como el viaje realizado por su comandante durante los siete días siguientes.

Cuando ocurrió lo de Sarajevo, Turquía contaba con muchos enemigos y no tenía aliados, puesto que nadie la consideraba digna de una alianza. Durante un centenar de años el Imperio otomano, llamado el «hombre enfermo» de Europa, había sido considerado moribundo por las potencias europeas, que esperaban el momento oportuno para arrojarse sobre el cadáver.

Pero año tras año el fabuloso inválido se negaba a morir, apretando todavía en sus decrépitas manos las llaves de inmensas posesiones. Al contrario, durante los últimos seis años, desde que la revolución de los Jóvenes Turcos derrocó al viejo sultán, Abdul el Maldito, en 1908, y formó con su hermano un gobierno presidido por el Comité de la Unión y el Progreso, Turquía había comenzado a rejuvenecerse. El Comité, es decir, los Jóvenes Turcos, dirigidos por su «pequeño Napoleón», Enver Bey, estaban decididos a reorganizar el país, forjar la fuerza ne-

cesaria para mantener unido al Imperio, alejar a los buitres que estaban esperando y rehacer la dominación panislámica de los días de la gloria otomana. Este proceso era seguido con evidente atención por Rusia, Francia e Inglaterra, que tenían ambiciones en aquella zona. Alemania, que había llegado más tarde al escenario imperial y con sus propios sueños de Berlín a Bagdad, decidió convertirse en el apoyo de los Jóvenes Turcos. Una misión militar alemana enviada en 1913 para reorganizar el Ejército turco provocó un resentimiento tan grande en Rusia que sólo los esfuerzos concentrados de todas las potencias interesadas hicieron posible que el asunto no fuera «aquella maldita locura en los Balcanes» un año antes de Sarajevo.

A partir de aquel momento, los turcos estaban a la expectativa del día en que habrían de inclinarse por un bando u otro. Dado que temían a Rusia, estaban resentidos contra Inglaterra y recelaban de Francia, los turcos no lograban decidirse. El «héroe de la revolución», el joven y apuesto Enver, con sus rosadas mejillas y sus bigotes negros con las puntas vueltas hacia arriba al estilo del káiser, era el único sincero y entusiasta abogado de una alianza con Alemania[2]. Creía en Alemania como la forjadora del futuro. Talaat Bey, el «jefe» político del Comité y su auténtico dirigente (un aventurero capaz de devorar una libra de caviar de una sola vez e ingerir a continuación dos copas de *brandy* y dos botellas de champaña), no estaba tan convencido de ello[3]. Creía que Turquía podría obtener un precio mejor de Alemania que de la Entente, y no tenía confianza en las posibilidades de supervivencia de Turquía como nación neutral en una guerra entre las grandes potencias. Si ganaban las potencias de la Entente, las posesiones de los otomanos se derrumbarían bajo su presión, y si ganaban las potencias centrales, entonces Turquía se convertiría en un vasallo alemán. Otros grupos en el gobierno turco hubiesen preferido una alianza con la Entente, en el caso de poderse conseguir, con la

esperanza de eliminar de esta forma a Rusia, el eterno enemigo de Turquía. Durante diez siglos, Rusia había luchado por obtener el control sobre el mar Negro. El estrecho y célebre paso de los Dardanelos, de cincuenta millas de longitud y con un máximo de tres millas de ancho, había sido reclamado año tras año por los rusos.

Turquía jugaba una carta de indudable valor: su posición geográfica en la unión de las rutas del Imperio. Por esta razón Inglaterra había sido durante cien años el protector tradicional de Turquía, pero lo cierto es que Inglaterra había dejado de considerar a Turquía. Durante un siglo había apoyado al sultán frente a todos los que se levantaban contra él, dado que prefería a un déspota débil y, por lo tanto, maleable situado en la ruta que conducía a la India. Inglaterra había empezado a despreocuparse ahora de lo que Winston Churchill llamaba amistosamente la «escandalosa, hundida, decrépita y arruinada Turquía»[4]. La reputación turca de mal gobierno, corrupción y crueldad había molestado al buen olfato europeo desde hacía muchísimo tiempo.

Los liberales, que habían gobernado Inglaterra desde el año 1906, eran los herederos del célebre llamamiento de Gladstone para expulsar a los turcos, «la gran especie antihumana de la humanidad», de Europa. Estaban convencidos de que Turquía era incorregible, que no podía ser reformada, y que había de morir muy pronto. La metáfora de lord Salisbury después de la Guerra de Crimea («Hemos apostado nuestro dinero por el caballo perdedor») adquirió un valor de profecía. La influencia inglesa en la Puerta otomana debía durar hasta el momento en que ya no se pudiera obtener el menor beneficio.

Una solicitud presentada por Turquía para una alianza permanente con Gran Bretaña fue rechazada en 1911 por objeción de Winston Churchill, que había visitado Constantinopla en 1909 y establecido «relaciones amistosas», tal como él las con-

cebía, con Enver y otros ministros de los Jóvenes Turcos[5]. En el estilo pomposo que era empleado para dirigirse a los Estados orientales, se decía que, aunque Gran Bretaña no podía aceptar ninguna alianza, Turquía haría bien en no abusar de la amistad inglesa «volviendo a los métodos opresivos del antiguo régimen o tratando de alterar el *statu quo* británico», tal como existía entonces. Desde su privilegiado puesto en el Almirantazgo, recordó a Turquía que la amistad inglesa sería valiosa para Turquía mientras Gran Bretaña, «sola entre los Estados europeos [...], conservara la supremacía sobre los mares». El hecho de que la amistad turca, o incluso su neutralidad, pudiera ser de igual valor para Inglaterra, nunca fue tomado en serio por él o por cualquier otro ministro durante los últimos años anteriores a 1914.

En julio de 1914, cuando la guerra de dos frentes se cernía sobre el país, los alemanes tuvieron interés en asegurarse la amistad y alianza de alguien que pudiera aislar a los rusos en el mar Negro y separarlos de sus aliados y sus suministros. Una antigua proposición de alianza que habían dejado sobre el tapete adquiría ahora un nuevo valor a sus ojos. El káiser, en su alarma, insistió en que era necesario «emplazar todos los cañones en los Balcanes para que éstos disparen contra los eslavos». Cuando Turquía empezó a discutir las condiciones y hacer una insinuación hacia la Entente, el káiser, cada vez más asustado, ordenó a su embajador que contestara al ofrecimiento turco «aceptando sus peticiones [...]. En ningún caso podemos permitirnos renunciar a esta alianza»[6].

El 28 de julio, el día en que Austria declaró la guerra a Serbia, Turquía solicitó formalmente de Alemania una ofensiva secreta y una alianza defensiva en el caso de que uno de los dos bandos fuese a la guerra contra Rusia[7]. Aquel mismo día la solicitud fue recibida en Berlín, aceptada y el borrador, firmado por el canciller. En el último momento los turcos se enfrenta-

ron con dificultades para hacer el nudo que sabían que ligaría su suerte en el futuro a la de los alemanes. Si al menos tuvieran la certeza de que Alemania iba a ganar…

Mientras todavía vacilaban, Inglaterra les ayudó a tomar una decisión apoderándose de dos barcos de guerra turcos que eran construidos, por contrato, en los astilleros ingleses. Eran dos navíos de primera categoría, iguales que los mejores de Gran Bretaña, uno de los cuales estaba armado con cañones de 13,5 pulgadas. El impetuoso primer lord «requisó», por emplear sus propias palabras, los navíos de guerra turcos el 28 de julio. Uno de éstos, el Sultán Osman, había sido acabado en mayo y ya se había efectuado el primer pago, pero cuando los turcos insistieron en llevárselo a casa, los ingleses, haciendo ciertas siniestras alusiones a que los griegos pretendían hundirlo con sus submarinos, persuadieron a los turcos para que lo dejaran en un puerto inglés hasta que pudiese ser acompañado por su navío gemelo, el Reshadieh. Cuando terminaron la construcción del Reshadieh, a principios de julio, los ingleses presentaron nuevas excusas para impedir que los turcos se llevaran los dos barcos, que ya eran de su propiedad. Cuando se enteró de la orden de Churchill, el capitán turco, que estaba esperando, con 500 marineros turcos a bordo de un barco de transporte en Tyne, amenazó con abordar los dos barcos e izar la bandera turca. El Almirantazgo dio entonces la orden de defender ambos barcos «por la fuerza si fuera necesario»[8].

Los dos navíos le habían costado una inmensa fortuna a Turquía, 7 500 000 libras esterlinas[9]. El dinero había sido conseguido por medio de suscripciones populares, a partir del momento en que sus derrotas en las guerras balcánicas habían despertado en el público turco la necesidad de proceder a una renovación de sus Fuerzas Armadas. Todos y cada uno de los campesinos de Anatolia había aportado su dádiva. Aunque la noticia todavía no era conocida por el pueblo, la requisa llenó

de «ansiedad mental» al gobierno, tal como lo expresó Djemal Pasha, el ministro de Marina.

Inglaterra no se tomó la molestia de suavizar la situación. *Sir* Edward Grey, cuando informó oficialmente a los turcos de este acto de piratería en el Tyne, estaba convencido de que Turquía comprendería por qué tenía necesidad Inglaterra de aquellos dos barcos «en medio de la crisis a la que se enfrentaban». La pérdida financiera —un asunto que el gobierno de Su Majestad lamentaba muy vivamente— sería objeto de un detenido estudio. No se hacía mención a ningún tipo de compensaciones. Bajo los efectos acumulados del «hombre enfermo» y «el caballo perdedor», Inglaterra había llegado a considerar a todo el Imperio otomano como de menor valía que dos navíos de guerra. El telegrama de Grey fue despachado el 3 de agosto. Aquel mismo día Turquía firmó el tratado de alianza con Alemania.

Sin embargo, no declaró la guerra a Rusia, tal como estaba obligada por el tratado, ni tampoco bloqueó el mar Negro, ni emprendió ninguna acción que la pudiera comprometer públicamente, sino que se aferró estrictamente a su neutralidad. Después de haber obtenido una alianza con una potencia, que había aceptado sus condiciones, Turquía no mostró ninguna prisa en ayudar a su nueva aliada. Sus vacilantes ministros preferían esperar hasta saber qué rumbo tomaban las primeras batallas que se libraban en la guerra. Alemania estaba muy lejos, mientras que Rusia y Gran Bretaña estaban muy cerca y nunca habían dejado de representar una amenaza para ella. La entrada de Inglaterra en la guerra provocaba en los turcos un nuevo desconcierto. Temiendo que Turquía se dejara llevar por nuevos derroteros, el gobierno alemán dio instrucciones a su embajador, el barón Wangenheim, para obtener la declaración turca de guerra a Rusia, «aquel mismo día si era posible», puesto que era «de la mayor importancia evitar que Turquía escape de nuestra influencia como consecuencia de la acción emprendida

por Inglaterra». Turquía, sin embargo, no cedió. Todo el mundo, excepto Enver, deseaba aplazar un acto explícito contra Rusia hasta que se pudiera vislumbrar quién iba a salir vencedor de la contienda[10].

En el Mediterráneo, siluetas grises efectuaban maniobras ante las batallas que se avecinaban. Los radiotelegrafistas recibían órdenes de distantes almirantazgos. La primera e inmediata misión de las flotas británica y francesa era vigilar el paso de África del Norte a Francia del Cuerpo Colonial francés con sus dos divisiones y sus cuerpos de Ejército auxiliares, que totalizaban unos ochenta mil hombres, La presencia o ausencia de todo un cuerpo de Ejército podía ser decisiva para los planes de campaña franceses y para la guerra, que, tal como creían ambos bandos, sería decidida por la suerte de Francia cuando se enfrentara, en el curso de las primeras batallas, con Alemania.

Tanto el almirantazgo francés como el británico tenían sus ojos fijos en el *Goeben* y el *Breslau* como principal amenaza contra los transportes de tropas francesas. Los galos contaban con la Marina más poderosa del Mediterráneo para la protección de sus transportes, de dieciséis acorazados de combate, seis cruceros y veinticuatro destructores. La flota inglesa del Mediterráneo, con su base en Malta, estaba al mando de tres cruceros de combate, el *Inflexible*, el *Indomitable* y el *Indefatigable*, cada uno de éstos con un desplazamiento de 18 000 toneladas, un armamento de ocho cañones de 12 pulgadas y una velocidad de 27 a 28 nudos. Habían sido proyectados para aniquilar todo lo que navegase sobre la superficie de las aguas, con la excepción de los acorazados de combate del tipo Dreadnought. Además, la Marina inglesa contaba con cuatro cruceros armados de 14 000 toneladas, cuatro cruceros ligeros de menos de 5000 toneladas y catorce destructores. La Marina italiana era neutral. La Marina austriaca, con su base en Pola, en la cabeza del Adriático, estaba formada por ocho navíos en activo, que

comprendían dos nuevos Dreadnought con cañones de 12 pulgadas y un número apropiado de otros navíos. Pero su valor era solamente teórico.

Alemania, que poseía la segunda flota más importante del mundo, sólo contaba con dos navíos de guerra en el Mediterráneo. Uno de ellos era el crucero de combate *Goeben*, de 23 000 toneladas, tan grande como un acorazado de combate, con una velocidad comprobada de 27 a 28 nudos, igual que la de los Inflexibles ingleses, y una potencia de fuego similar. El segundo era el *Breslau*, de 4550 toneladas, navío parecido a los cruceros ligeros ingleses. Debido a su velocidad, que era mayor que la de cualquiera de los acorazados o cruceros de combate franceses, el *Goeben* era «muy capaz», de acuerdo con la previsión del primer lord del Almirantazgo inglés, de «rehuir a las flotas de batalla francesas, atacar los transportes y hundir uno tras otro los barcos cargados de soldados». Un modo de pensar característico de la Marina inglesa antes de que estallara la guerra era la tendencia a atribuir a la Marina de Guerra alemana una audacia mucho mayor y la disposición a correr riesgos superiores a los que se consideraban capaces de asumir los propios ingleses o a los que realmente corrieron los alemanes cuando llegó el momento de la gran prueba.

Atacar a los transportes franceses era, desde luego, la única razón la cual el *Goeben* y su consorte habían sido destinados al Mediterráneo después de haber sido botados en el año 1912. En el último momento Alemania descubrió que tenían una misión mucho más importante que realizar. El 3 de agosto, cuando Alemania se dio cuenta de que era preciso ejercer la máxima presión posible sobre la vacilante Turquía para que esta nación entrara en la guerra, el almirante Souchon recibió órdenes de poner rumbo a Constantinopla.

Souchon, un marinero oscuro, robusto, de cincuenta años, había izado su bandera en el *Goeben* en 1913. Desde entonces

había recorrido las islas y las bahías, había rodeado las costas y los cabos, había visitado los puertos y se había ido familiarizando con los lugares y las personalidades con los que habría de tratar en caso de guerra. Había estado en Constantinopla y había trabado conocimiento con los turcos; además, había intercambiado saludos con los italianos, los griegos, los austriacos y los franceses, pero no con los ingleses, los cuales, tal como informó al káiser, se negaban vivamente a que sus navíos anclasen en el mismo puerto y al mismo tiempo que los navíos alemanes. Acostumbraban a presentarse inmediatamente después de haber hecho acto de presencia los alemanes en algún lugar, con el fin de borrar la impresión que éstos hubiesen podido causar o, tal como solía decir expresivamente el káiser, para «escupir en la sopa»[11].

En Haifa, cuando se enteró de las noticias procedentes de Sarajevo, Souchon tuvo inmediatamente el presentimiento de guerra y una honda preocupación por sus calderas. Desde hacía algún tiempo perdían vapor, y el *Goeben* debía ser sustituido por el Moltke en el mes de octubre y regresar a Kiel para ser reparado. Decidido a prepararse para lo peor ya desde aquel momento, Souchon puso rumbo a Pola después de haber telegrafiado a sus superiores que le mandasen nuevas tuberías y especialistas para que se reunieran con él en dicho puerto. Trabajaron activamente durante el mes de julio. Todos los miembros de la tripulación que sabían manejar un martillo fueron llamados al servicio. En el curso de dieciocho días lograron localizar y reparar cuatro mil tubos. Las reparaciones aún no habían terminado cuando Souchon recibió su telegrama de alarma y abandonó Pola para no quedar bloqueado en el Adriático.

El 1 de agosto llegó a Brindisi, donde los italianos, alegando que el mar estaba demasiado movido para las barcazas, se negaron a suministrarle carbón. Esto era un anticipo de que Italia estaba dispuesta a traicionar la Triple Alianza. Reunió a sus ofi-

ciales para discutir con ellos la actitud que se debía seguir en aquellas circunstancias. Sus posibilidades de romper el bloqueo aliado hasta el Atlántico infligiendo todo el daño que pudieran a los transportes franceses, dependían de la velocidad que pudieran desarrollar y ésta, a su vez, de las calderas.

—¿Cuántas calderas pierden vapor? —le preguntó Souchon a su ayudante[12].

—Dos durante las últimas cuatro horas.

—¡Maldita sea! —exclamó el almirante, maldiciendo la suerte que paralizaba a su barco en una hora como aquélla.

Decidió poner rumbo a Mesina, donde podía obtener carbón de los barcos de transporte alemanes anclados en este puerto. Para el caso de guerra, Alemania había dividido los mares en un sistema de distritos, cada uno de ellos al mando de un oficial que tenía poderes para mandar todos los barcos de guerra alemanes y destinar los recursos de los barcos y empresas comerciales para las necesidades de los navíos de guerra.

Mientras daba la vuelta a la bota italiana, el *Goeben* interceptaba mensajes dirigidos a los barcos mercantes alemanes para que pusieran rumbo a Mesina. En Tarento se les unió el *Breslau*.

«Urgente. Navío alemán *Goeben* en Tarento», telegrafió el cónsul inglés el 2 de agosto[13]. Esta noticia despertó ardientes esperanzas en el Almirantazgo, ya que haber localizado al enemigo significaba haber ganado la mitad de la batalla. Pero como Inglaterra todavía no estaba en guerra, no podían iniciar la persecución. Siempre alerta, el 31 de julio Churchill había enviado instrucciones al comandante de la flota del Mediterráneo, el almirante *sir* Berkeley Milne, de que su primera misión había de consistir en proteger los transportes franceses «cubriéndolos y, en lo posible, haciendo entrar en acción a los barcos rápidos alemanes, en especial el *Goeben*»[14]. Recordó a Milne que «la velocidad de nuestros barcos es suficiente para permitirle a us-

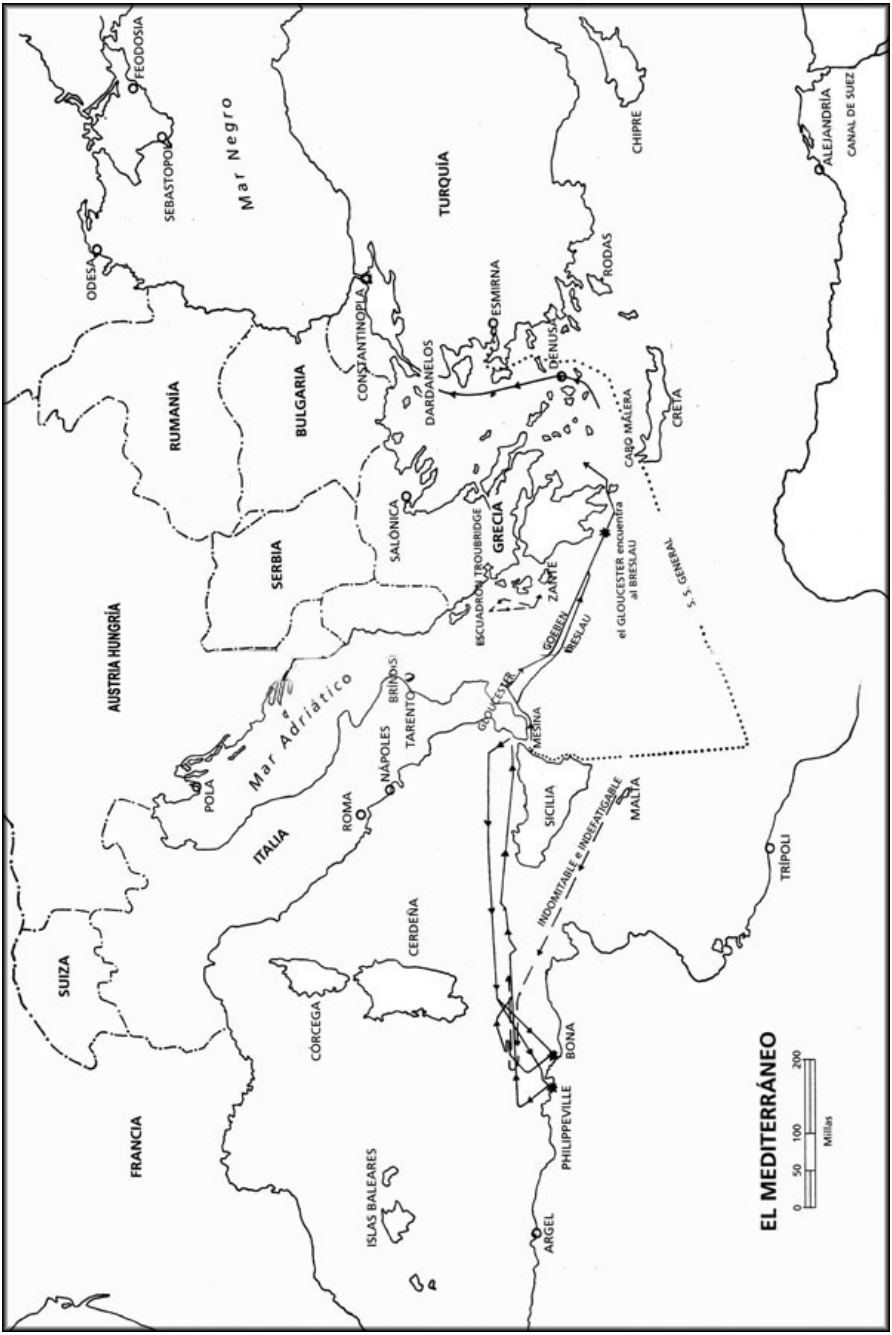
ted elegir el momento apropiado». Al mismo tiempo, sin embargo, y con cierta precaución, le recomendaba «no emprender ninguna acción con fuerzas superiores». Esta última orden había de sonar de un modo melancólico durante los acontecimientos de los días siguientes.

La «fuerza superior» en la que pensaba Churchill, tal como explicó más tarde, era la Marina austriaca. Sus acorazados de combate guardaban la misma relación con los Inflexibles ingleses que los acorazados de combate franceses con el *Goeben*, es decir, contaban con armas más pesadas, pero eran más lentos. Churchill explicó asimismo más tarde que su orden no representaba un «veto a los navíos ingleses de entrar en acción si así lo requieren las circunstancias». Si no era un veto, entonces correspondía a los comandantes interpretarlo a su modo, según el temperamento de cada uno de ellos[15].

Cuando llega el momento decisivo, el momento hacia el que ha sido dirigida toda su educación profesional, cuando las vidas de otros hombres dependen de él, cuando se enfrenta con una batalla y el resultado de esta batalla depende de la orden que pueda dar en un momento dado, ¿qué sucede entonces en lo más íntimo de los corazones de los comandantes? Algunos se sienten muy atrevidos, otros, indecisos, otros se dejan guiar por un claro juicio, otros quedan paralizados y no saben qué hacer.

El almirante Milne era un hombre prudente, un solterón de cincuenta y nueve años, un conocido personaje en la sociedad, antiguo compañero de Eduardo VII y uno de sus íntimos en la corte, hijo de un almirante de la Marina, nieto y padrino de otros almirantes, un valiente pescador. *Sir* Archibald Berkeley Milne era el hombre indicado, en 1911, para asumir el mando de la flota del Mediterráneo, el cargo más elegante, a pesar de no ser el mejor, de la Marina de Guerra inglesa. Fue nombrado para este cargo por el nuevo primer lord del Almirantazgo, Churchill. Este nombramiento fue denunciado poco después,

aunque en privado, como una «traición a la Marina»[16] por el almirante lord Fisher, antiguo primer lord del Almirantazgo, creador de la flota de Dreadnoughts, el más apasionado y menos lacónico inglés de su época. Su proyecto más querido había sido asegurar el nombramiento para la guerra, que él profetizaba que estallaría en el mes de octubre del año 1914, en favor del almirante Jellicoe, el experto logístico de la Marina, en quien él veía al comandante en jefe de la Marina de Guerra.


FEODOSIA
SEBASTOPOL
ODESA
Mar Negro
TURQUÍA
CHIPRE
ALEJANDRÍA
CANAL DE SUEZ
RODAS
ESMIRNA
DENUSA
CONSTANTINOPLA
DARDANELOS
RUMANÍA
BULGARIA
CABO MÁLERA
CRETA
SALÓNICA
GRECIA
ESCUADRON TROUBRIDGE
ZANTE
GOBEEN
BRESLAU
el GLOUCESTER encuentra al BRESLAU
S.S. GENERAL
SERBIA
AUSTRIA HUNGRÍA
Mar Adriático
BRINDISI
TARENTO
GLOUCESTER
MESINA
NÁPOLES
POLA
ROMA
ITALIA
SICILIA
MALTA
INDOMITABLE e INDEFATIGABLE
TRÍPOLI
SUIZA
CERDEÑA
CÓRCEGA
BONA
PHILIPPEVILLE
FRANCIA
ISLAS BALEARES
ARGEL
EL MEDITERRÁNEO
0 50 100 200
Millas

Cuando Churchill nombró a Milne para el Mediterráneo, mientras que Fisher deseaba este cargo para Jellicoe, su ira fue tremenda. Acusó a Winston de haber sucumbido a las influencias de la corte, lanzó sus diatribas contra Milne calificándole de «comandante completamente incapacitado». Se refirió a él en varias ocasiones llamándole «una serpiente del tipo más rastrero» y dijo que compraba el *The Times* de segunda mano pagando un penique[17].

Todo lo que decían las cartas de Fisher, que llevaban siempre escrita al margen la indicación «¡Quémese!», lo que no hicieron aquellos que las recibieron, debe ser reducido a su justa proporción si queremos establecer una relación exacta con la realidad. No era una serpiente del tipo más rastrero ni tampoco era un Nelson. El almirante Milne era un oficial de alta graduación normal y corriente. Cuando Fisher descubrió que no estaba previsto que asumiera el mando de la Marina, entonces dejó en paz al pobre Milne para que disfrutara de sus cruceros por el Mediterráneo.

También Milne visitó Constantinopla en junio de 1914, donde cenó con el sultán y sus ministros y los invitó a bordo de su buque insignia sin pensar un solo momento, como tampoco ningún otro inglés, en el posible papel que Turquía pudiera representar en el Mediterráneo.

El 1 de agosto, al recibir la primera advertencia de Churchill, reunió en Malta a su flota compuesta de tres cruceros de combate, y la segunda flota de cruceros armados, cruceros ligeros y destructores, que estaban al mando del contralmirante *sir* Ernest Troubridge. El 2 de agosto recibió un segundo aviso de Churchill que le decía: «El *Goeben* debe ser seguido por dos cruceros de combate», y el Adriático, «vigilado» con toda seguridad para cuando hiciera acto de presencia la Marina austriaca[18]. La orden de mandar dos cruceros de combate tras el *Goe-*

ben pronosticaba claramente la batalla, pero Milne no la acató. Destinó su *Indomitable* y su *Indefatigable*, conjuntamente con la escuadra de Troubridge, a vigilar el Adriático. Al ser informado de que el *Goeben* aquella mañana había abandonado el puerto de Tarento rumbo suroeste, mandó un crucero ligero, el *Chatham*, para vigilar el estrecho de Mesina, en donde con toda probabilidad había de encontrarse y en donde, en realidad, estaba.

El *Chatham* abandonó Malta a las cinco de la tarde, cruzó el estrecho a las siete de la mañana siguiente e informó de que el *Goeben* no había sido avistado. Se había retrasado seis horas, puesto que el almirante Souchon ya había abandonado aquella zona.

Había arribado a Mesina la tarde anterior, poco después de haber declarado Italia su neutralidad. Nuevamente los italianos le habían negado el suministro de carbón, pero un mercante alemán le proporcionó dos mil toneladas. Requisó como transporte un mercante alemán, el *General*, de las Líneas Alemanas del África Oriental, después de desembarcar a los pasajeros, a quienes se les pagó un billete de ferrocarril hasta Nápoles. Dado que hasta aquel momento no había recibido órdenes del Almirantazgo, Souchon decidió ponerse en posición para lanzarse a la acción ya desde el primer momento después de comenzar las hostilidades y antes de que fuerzas superiores le obligaran a hacer su voluntad. A la una de la noche del 3 de agosto abandonó Mesina rumbo a la costa de Argelia, en donde tenía intención de bombardear los puertos de embarque franceses de Bône y Philippeville.

A la misma hora, Churchill mandó una tercera orden a Milne: «Vigile la salida del Adriático, pero su objetivo es el *Goeben*. Sígale y no le pierda de vista, vaya donde vaya y prepárese para actuar cuando se declare la guerra, lo que parece probable e inminente». Cuando recibió esta orden, el almirante Milne no sa-

bía dónde estaba el *Goeben*, puesto que el *Chatham* lo había perdido de vista. Creía que había puesto rumbo oeste para atacar a los transportes franceses y, por un informe que había recibido de un mercante alemán en Mallorca, llegó a la conclusión de que desde allí pondría rumbo a Gibraltar y hacia el Atlántico. Sacó al *Indomitable* y al *Indefatigable* de su vigilancia en el Adriático y los mandó rumbo oeste para que persiguieran al *Goeben*. Durante el 3 de agosto, el *Goeben*, que se alejaba desde Mesina hacia el oeste, fue seguido por los ingleses con un día de retraso.

Al mismo tiempo la flota francesa se dirigía de Tolón a África del Norte. Tendría que haber partido un día antes, pero en París el 2 de agosto los nervios estallaron a causa del ministro de Marina, el doctor Gauthier, cuando se descubrió que se había olvidado de mandar las lanchas torpederas al Canal de la Mancha. En el desconcierto que siguió, las órdenes destinadas a la flota del Mediterráneo sufrieron un aplazamiento. Messimy, el ministro de la Guerra, no tenía otro pensamiento que hacer llegar lo antes posible a la metrópoli al Cuerpo Colonial. Gauthier, tratando de reparar su descuido en el Canal de la Mancha, propuso atacar el *Goeben* y el *Breslau* sin previa declaración de guerra. «Sus nervios están a punto de estallar», se dijo el presidente Poincaré. El ministro de Marina retó al ministro de la Guerra a un duelo, pero después de fervientes esfuerzos por parte de sus colegas para separar y calmar a los combatientes, abrazó a Messimy con lágrimas en los ojos y aceptó presentar la dimisión por motivos de salud[19].

La incertidumbre francesa sobre el papel que desempeñaría Inglaterra, que todavía no se había aclarado, complicó aún mucho más las cosas. A las cuatro de la tarde el Gabinete logró redactar un telegrama, más o menos coherente, al comandante en jefe francés, el almirante Boué de Lapeyrère, informándole de que el *Goeben* y el *Breslau* habían sido avistados en Brindisi, que

tan pronto como recibiera la señal para abrir las hostilidades debía «detener» a los dos navíos y tenía que proteger los transportes cubriéndolos, no por el sistema de convoy[20].

El almirante De Lapeyrère, un firme carácter que era responsable de haber sacado a la Marina francesa de su letargo, decidió rápidamente formar convoyes, puesto que, desde su punto de vista, el «indeciso» papel de los ingleses no le permitía otra alternativa. A las cuatro de la mañana del día siguiente se hizo a la mar, pocas horas después de haber salido Souchon de Mesina. Durante las siguientes veinticuatro horas las tres escuadras de la Marina francesa pusieron rumbo hacia el sur en dirección a Orán, Argel y Philippeville, mientras que el *Goeben* y el *Breslau* se dirigían desde el oeste hacia el mismo punto.

A las seis de la tarde del 3 de agosto el almirante Souchon recibió la noticia de que había sido declarada la guerra contra Francia. Mandó poner la máxima velocidad, como también hicieron los franceses, pero Souchon era más rápido. A las dos de la mañana del 4 de agosto se acercaba a su objetivo y, cuando llegó el momento de abrir fuego, recibió la orden del almirante Tirpitz de «dirigirse en el acto hacia Constantinopla». Puesto que no estaba dispuesto a dar marcha atrás sin, tal como escribió, «disfrutar el momento de abrir fuego, un momento tan ardientemente deseado por todos nosotros»[21], continuó el camino hacia la costa de Argelia hasta que la alcanzó con las primeras luces del amanecer. Izó la bandera rusa y abrió fuego causando «la muerte y el pánico»[22]. «Nuestro truco dio excelente resultado», refirió un miembro de la tripulación que luego hizo un detenido relato del viaje. Según el *Kriegsbrauch*, el manual de comportamiento en guerra publicado por el Estado Mayor alemán, «el ponerse uniformes del enemigo y el uso de las banderas de éste o de países neutrales con la intención de engañarle está permitido».

Después del bombardeo de Philippeville y de Bône por el *Breslau*, el almirante Souchon puso de nuevo rumbo a Mesina, volviendo por el mismo camino por el que había llegado. Planeaba cargar allí los depósitos con el carbón que le suministrarían los mercantes alemanes antes de dirigirse hacia Constantinopla, que se encontraba a una distancia de 1200 millas.

El almirante De Lapeyrère, que se enteró del bombardeo casi en el mismo momento en que estaba sucediendo, supuso que el *Goeben* continuaría en dirección oeste, tal vez para atacar Argelia y para salir al Atlántico. Forzó su velocidad con la esperanza de interceptar al enemigo si éste «hacía acto de presencia». No destinó ningún navío para explorar la ruta del *Goeben*, puesto que, razonaba, si el enemigo se presentaba, sin duda alguna plantearía batalla. Lo mismo que todos por el lado aliado, el almirante Lapeyrère pensaba en el *Goeben* solamente desde el punto de vista de la estrategia naval. Que realizaría una misión política que había de afectar profundamente y prolongar el curso de la guerra, ni él ni nadie lo consideró un solo instante. Cuando el *Goeben* y el *Breslau* no hicieron acto de presencia ante la flota francesa, el almirante Lapeyrère no se entretuvo en buscarlos. Por este motivo el 4 de agosto perdía su primera oportunidad. Aún había de presentársele otra muy poco después.

A las nueve y media de aquella mañana, el *Indomitable* y el *Indefatigable*, que durante toda la noche habían puesto rumbo al oeste, se encontraron con el *Goeben* y el *Breslau*, cuando los navíos alemanes, después de haber bombardeado Bône, regresaban rumbo este hacia Mesina. Si Grey hubiese mandado su ultimátum a Alemania la noche anterior, inmediatamente después de haber pronunciado su discurso ante el Parlamento, Gran Bretaña y Alemania ya hubiesen estado entonces en guerra y hubieran actuado los cañones de los navíos de guerra. Pero ahora los barcos pasaban silenciosos a una distancia de ocho

mil yardas contentándose con apuntar, pero omitiendo el acostumbrado intercambio de saludos.

El almirante Souchon procuró, a continuación, poner la mayor distancia entre él y los ingleses. El *Indomitable* y el *Indefatigable* dieron media vuelta y se pusieron a seguir a los alemanes, decididos a mantenerse a tiro hasta que fuera declarada la guerra. Por radio lo comunicaron al almirante Milne, que inmediatamente informó al Almirantazgo: «*Indomitable* e *Indefatigable* siguen a *Goeben* y *Breslau*, 37,44 norte, 7,56 este»[23].

El Almirantazgo estaba furioso. Allí, en las aguas que bañaban el cabo Trafalgar, los navíos británicos tenían a tiro el enemigo, pero tenían que guardar silencio. «Muy bien. No los pierdan de vista. Guerra inminente»[24], telegrafió Churchill, y sugirió al primer ministro y a Grey que si el *Goeben* atacaba los transportes franceses, entonces los cruceros de Milne debían ser autorizados «en el acto a librar batalla». Desgraciadamente, cuando informó sobre su posición, el almirante Milne se olvidó de especificar qué dirección seguían el *Goeben* y el *Breslau*, y Churchill supuso que continuaban en dirección oeste con muy malas intenciones para los franceses[25].

«Winston, que se moría de impaciencia —escribió Asquith—, [26] deseaba una batalla naval para hundir al *Goeben*». Asquith estaba dispuesto a concederle esta oportunidad a Churchill, pero el Gabinete, al que tuvo la mala ocurrencia de informar después de la situación, se negó a permitir una acción de guerra antes de que expirara el ultimátum a medianoche. Con ello se perdía una segunda oportunidad, aunque de todas formas se hubiese perdido, puesto que la orden de Churchill hubiera servido en el caso de que los alemanes hubiesen atacado a los transportes franceses, lo que el *Goeben* no tenía intención de hacer.

A partir de aquel momento se inició una desesperada búsqueda por las serenas superficies estivales del mar, mientras el almirante Souchon trataba de poner la mayor distancia entre él y sus perseguidores y los ingleses procuraban mantenerse a tiro hasta medianoche. Sacando el máximo rendimiento de sus barcos, Souchon logró avanzar a razón de veinticuatro nudos. Los carboneros, que sólo podían trabajar dos horas seguidas en aquel calor y polvo de carbonillo, debían trabajar ahora ininterrumpidamente alimentando las calderas mientras los tubos estallaban en torno a ellos. Aquel día murieron cuatro tripulantes, a causa de heridas sufridas en las calderas[27]. Lentamente, pero de un modo perceptible, fue haciéndose cada vez mayor la distancia entre perseguidos y perseguidores. El *Indomitable* y el *Indefatigable*, que sufrían también varias averías en sus calderas, no podían mantener aquella velocidad. Por la tarde se les unió en la larga y silenciosa caza el crucero ligero Dublin, al mando del capitán John Kelly. Mientras pasaban las horas fue aumentando la distancia entre las dos flotas hasta que, hacia las cinco, el *Indomitable* y el *Indefatigable* quedaron fuera del alcance alemán, mientras sólo el Dublin continuaba a la vista del *Goeben*. A las siete se posó una capa de niebla sobre la superficie del mar y a las nueve, después de haber rebasado el cabo San Vito, en la costa norte de Sicilia, el *Goeben* y el *Breslau* desaparecían de la vista de los ingleses.

Durante todo aquel día, en el Almirantazgo Churchill y sus colaboradores sufrieron los «tormentos del Tántalo»[28]. A las cinco de la tarde el primer lord del Almirantazgo, el príncipe Louis of Battenberg, observó que todavía quedaba tiempo para hundir el *Goeben* antes de que se hiciera oscuro. Obligado por la decisión del Gabinete, Churchill no podía dar la orden. Mientras los ingleses esperaban la señal de medianoche, el *Goeben* arribaba a Mesina y cargaba sus depósitos.

Cuando amaneció, y los ingleses estaban en guerra y podían disparar, los alemanes ya estaban muy lejos. Por el último informe del Dublin antes de perder el contacto con los navíos alemanes, juzgaban que éstos se encontraban en Mesina, pero, mientras tanto, había hecho acto de presencia un nuevo obstáculo. Una orden del Almirantazgo que informaba a Milne de la declaración de neutralidad italiana, le señalaba «que la respetara estrictamente y no permitiera que ninguno de sus barcos se acercara a más de seis millas de la costa italiana». El veto, previsto para evitar cualquier «incidente» con los italianos, fue, tal vez, una precaución excesiva[29].

Dado que le estaba prohibido por el límite de las seis millas penetrar en el estrecho de Mesina, el almirante Milne puso una guardia a ambas salidas y, ya que estaba convencido de que el *Goeben* de nuevo pondría rumbo hacia el este, él personalmente, a bordo de su buque insignia *Inflexible*, y juntamente con el *Indefatigable*, se apostaron en la salida hacia el Mediterráneo occidental, mientras que sólo un crucero ligero, el Gloucester, al mando del capitán Howard Kelly, hermano del comandante del Dublin, fue destinado en misión de patrulla al Mediterráneo oriental, y debido también a que deseaba concentrar todas sus fuerzas en el oeste, el almirante Milne mandó al *Indomitable* a repostar en Bizerta en lugar de mandarlo más al este, a Malta. Por este motivo ninguno de los tres cruceros de combate podía interceptar al *Goeben* en el caso de que éste pusiera rumbo hacia el este.

Durante dos días, 5 y 6 de agosto, Milne patrulló las aguas al oeste de Sicilia con la idea fija de que el *Goeben* intentaría abrirse paso hacia el oeste. El Almirantazgo, que tampoco podía imaginarse otro rumbo para el *Goeben*, es decir, poner rumbo hacia Gibraltar o Pola, dio su visto bueno a estas disposiciones.

Durante estos dos días, hasta la noche del 6 de agosto, el almirante Souchon se enfrentaba con nuevas dificultades en Me-

sina. Los italianos insistían en las leyes de neutralidad, que dicen que debía hacerse a la mar pasadas veinticuatro horas de su llegada. El repostaje desde los mercantes alemanes, que debían desmontar antes sus cubiertas, ocupaba tres veces más tiempo. Mientras el almirante discutía los puntos de vista legales con las autoridades del puerto, todos los miembros de la tripulación trabajaban en cargar el carbón. A pesar de ser estimulados por raciones extra de cerveza, por una banda de música y por discursos patrióticos de los oficiales, los hombres desfallecían bajo el fuerte calor de agosto. A mediodía del 6 de agosto, cuando ya habían sido cargadas 1500 toneladas, que no bastaban para alcanzar los Dardanelos, ningún hombre era capaz de hacer el menor esfuerzo. «Con el corazón dolorido», el almirante Souchon dio la orden de poner fin al trabajo, y señaló un descanso y dio la orden de que estuvieran listos para hacerse a la mar a las cinco.

Había recibido dos mensajes en Mesina que aumentaban sus riesgos y le enfrentaban con una decisión crítica. La orden de Tirpitz de que pusiera rumbo a Constantinopla fue súbitamente anulada por un telegrama que decía: «Por razones políticas arribo a Constantinopla no aconsejable en los actuales momentos». Esta anulación era dada por divergencia de opiniones en Turquía. Enver había dado permiso al embajador alemán para que el *Goeben* y el *Breslau* cruzaran entre los campos de minas que guardaban los Dardanelos. Debido a que en este caso se violaría claramente la neutralidad que Turquía mantenía públicamente, el gran visir y otros ministros habían insistido en que se retirara este permiso.

El segundo mensaje de Tirpitz informaba a Souchon de que los austriacos no podían proporcionar ayuda naval a Alemania en el Mediterráneo, y le dejaba libertad para que se dirigiera, en aquellas circunstancias, a donde le pareciera más oportuno[30].

Souchon sabía que sus calderas no podrían proporcionarle la velocidad suficiente para atravesar el denso bloqueo en Gibraltar. Era reacio a encerrarse en Pola y depender allí de los austriacos. Decidió, por lo tanto, poner rumbo hacia Constantinopla, a pesar de las órdenes en contra que había recibido. Su propósito, según sus propias palabras, era muy claro: «Forzar a los turcos, incluso a pesar de su voluntad, a extender la guerra al mar Negro contra su antiguo enemigo, Rusia»[31].

Dio la orden de hacerse a la mar a las cinco en punto. Todo el mundo a bordo, igual que en tierra, sabía que el *Goeben* y el *Breslau* iban a emprender un viaje decisivo. Durante todo el día los excitados sicilianos se habían agolpado en los muelles vendiéndoles tarjetas postales y recuerdos a «aquellos que iban a morir», y los titulares de los periódicos rezaban: «En las garras de la muerte»; «¿Venganza o derrota?»; «¿Viaje a la gloria o a la muerte?»[32].

Sabiendo que le iban a perseguir, el almirante Souchon deliberadamente decidió abandonar el puerto cuando todavía era de día y poner rumbo al norte, como si pretendiera entrar en el Adriático. Cuando se hiciera de noche, entonces planeaba cambiar el rumbo en dirección sureste y eludir la persecución bajo la protección de la oscuridad. Dado que carecía de carbón suficiente para todo el viaje, todo dependía de su habilidad para encontrarse con un barco de transporte que había recibido órdenes de esperarle en el cabo Maleas, en el extremo sureste de Grecia.

Cuando el *Goeben* y el *Breslau* salieron por la boca oriental del estrecho de Mesina, fueron avistados inmediatamente y seguidos por el Gloucester, que patrullaba por aquellas aguas. Dado que el Gloucester podía atreverse con el *Breslau* pero hubiera sido hundido por los más pesados cañones del *Goeben*, con un alcance de 18 000 yardas, no podía hacer otra cosa que procurar no perder de vista al enemigo hasta que llegaran re-

fuerzos. El capitán Kelly telegrafió la posición y el curso al almirante Milne, que con sus tres cruceros de combate patrullaba todavía al oeste de Sicilia. Cuando hacia las ocho empezó a hacerse oscuro, cambió de curso hacia tierra para no perder de vista al *Goeben* a la luz de la luna, que se elevaba por su derecha. Esta maniobra le puso al alcance del *Goeben*, pero éste no se dejó llevar por la tentación de abrir fuego. En la clara noche las dos sombras, seguidas por una tercera, enfilaron hacia el norte bajo el cielo de oscuras nubes, que los hacía visibles a larga distancia.

El almirante Milne, tan pronto como se enteró de que el *Goeben* había abandonado Mesina por la salida oriental, se quedó donde estaba. Se dijo que si el *Goeben* continuaba el rumbo que había emprendido, sería interceptado por la flota del almirante Troubridge, que vigilaba el Adriático. Si, tal como él se sentía inclinado a creer, el curso que seguía era un ardid y, al final, había de tomar el curso oeste, su propia flota de cruceros de combate lo interceptaría. No se le ocurrió ninguna otra posibilidad. Solamente un barco, el crucero ligero Dublin, fue enviado al este con órdenes de unirse a la escuadra de Troubridge.

Mientras tanto Souchon, incapaz de desprenderse del Gloucester, no podía permitirse seguir un rumbo erróneo si quería llegar al Egeo con el carbón de que disponía. Tanto si le seguían como si no, debía alterar su curso hacia al este. A las diez de la noche cambió de rumbo, procurando, al mismo tiempo, interceptar el servicio de radio del Gloucester con la esperanza de impedir con ello que pudiera informar de su cambio de rumbo. No lo consiguió. El servicio de radio del capitán Kelly avisó del cambio de rumbo tanto a Milne como a Troubridge. Milne se dirigió a Malta, donde tenía intención de repostar y continuar la caza. Incumbía ahora a Troubridge, en cuya dirección llegaba el enemigo, interceptarlo.

Troubridge había adoptado nuevas posiciones a la salida del Adriático con el fin de «impedir que los austriacos salieran y evitar al mismo tiempo que los alemanes entraran»[33]. Por el camino que había emprendido el *Goeben* era evidente que se alejaba del Adriático. Sin embargo, ¿podía atreverse a plantear la batalla? Su escuadra comprendía cuatro cruceros armados, el *Defence*, el *Black Prince*, el *Warrior* y el *Duke of Edinburgh*, de 14 000 toneladas cada uno, con cañones de 9,2 pulgadas cuyo alcance era inferior a los cañones de 11 pulgadas del *Goeben*. La orden original del Almirantazgo, que le había sido transmitida aparentemente como una instrucción de su superior, el almirante Milne, prohibía una acción «contra fuerzas superiores». Al no recibir ninguna orden de Milne, Troubridge decidió tratar de interceptar al enemigo antes de las seis de la mañana, cuando las primeras luces del amanecer le proporcionaran suficiente visibilidad, lo que había de ayudarle a superar la desigualdad de alcance de las armas de fuego. Poco después de medianoche ponía rumbo al sur a toda velocidad, pero cuatro horas después cambió de parecer.

Como agregado naval con los japoneses durante la Guerra Ruso-japonesa, Troubridge había aprendido a respetar la eficacia del fuego de largo alcance. Además de disfrutar del famoso linaje de su bisabuelo, que había luchado con Nelson en el Nilo, y haberse ganado la reputación del «más apuesto oficial de la Marina» en sus jóvenes días, creía en la guerra naval «como un soldado de Cromwell creía en la Biblia»[34]. Churchill le apreciaba lo suficiente como para nombrarle miembro del recién creado Estado Mayor de la Marina en el año 1912. Pero el linaje histórico y la excelente labor realizada en el seno de un Estado Mayor no son, a veces, una buena ayuda cuando se trata de hacer frente a un combate inminente.

Cuando a las cuatro de la mañana Troubridge no dio con el *Goeben*, decidió que no podía enfrentarse con éste en condicio-

nes de combate favorables para él. Estaba convencido de que a la luz del día, el *Goeben*, en el caso de ser interceptado, se mantendría alejado del alcance de sus cañones y hundiría sus cuatro cruceros uno tras otro. Y no veía la menor oportunidad de que uno de sus cuatro cruceros u ocho destructores pudiera alcanzar al navío alemán por fuego de cañón o torpedo. Decidió que se trataba de una «fuerza superior», a la que el Almirantazgo le había prohibido hacer frente. Renunció a la caza, y a tal efecto informó por radio a Milne, después de pasar frente a la isla de Zante a las diez de la mañana, todavía con la esperanza de ver aparecer a uno de los cruceros de combate de Milne, destinados al puerto de Zante para reanudar su vigilancia sobre los austriacos en el Adriático. De esta forma se perdía una tercera oportunidad y el *Goeben* seguía su rumbo.

A las cinco y media de la mañana, Milne, que todavía estaba convencido de que el *Goeben* acabaría poniendo rumbo hacia el oeste, ordenó al Gloucester «que gradualmente pusiera rumbo a popa para evitar la captura»[35]. Ni él ni el Almirantazgo creían que el *Goeben* fuera un navío que se encontrara huyendo, mucho más ansioso de evitar el combate que de buscarlo y haciendo uso de toda la velocidad que le permitían sus calderas para alcanzar su distante objetivo. Después de la impresión obtenida por el ataque contra Philippeville, los ingleses lo consideraban un corsario dispuesto a surcar los mares como un barco mercante camuflado. Confiaba en que enfilaría hacia un puerto u otro, pero su caza carecía de una urgencia imperativa, puesto que, en la esperanza de que, de un momento a otro, cambiaría de rumbo, no se percataban en absoluto de que el barco continuaba su rumbo este… directamente hacia los Dardanelos. Su fracaso era menos naval que político. «No recuerdo otro escenario político sobre el cual el gobierno inglés estuviera menos informado que sobre el turco», relató Churchill mu-

chos años después. Todo ello se fundamentaba en la aversión liberal contra Turquía.

Era el 7 de agosto. Solamente el Gloucester, haciendo caso omiso de la orden de Milne, continuaba la persecución del *Goeben* cuando éste, nuevamente acompañado del *Breslau*, se acercaba a las costas de Grecia. El almirante Souchon, que no se atrevía a reunirse con el barco mercante que había de aprovisionarle de carbón a la vista del enemigo, estaba desesperado al no poderse librar de su perseguidor. Ordenó al *Breslau* que diera marcha atrás haciendo varias pasadas frente al Gloucester, colocando minas y usando otras tácticas de destrucción.

El capitán Kelly, que todavía confiaba en recibir refuerzos, empezaba a desesperar. Cuando el *Breslau* hizo marcha atrás para intimidarlo, decidió atacarlo con el fin de que también el *Goeben* hiciera marcha atrás para protegerlo, y poco le importaba si se trataba de una «fuerza superior» o no. Abrió fuego contra el *Breslau*, que contestó debidamente al ataque. Tal como había confiado, también el *Goeben* hizo marcha atrás y disparó. Ningún navío sufrió el menor daño. Un pequeño vapor de pasajeros italiano de Venecia a Constantinopla, que casualmente pasaba por allí, fue testigo de la acción. El capitán Kelly renunció a la lucha contra el *Breslau* y se alejó. El almirante Souchon, que no podía malgastar su precioso tiempo en perseguir al enemigo, reanudó su camino, y el capitán Kelly reanudó la persecución.

Durante más de tres horas siguió al *Goeben* sin perderlo de vista, hasta que Milne le prohibió, de un modo imperativo, que continuara la caza más allá de cabo de Matapán en el extremo de Grecia. A las cuatro y media de la tarde, cuando el *Goeben* daba la vuelta al cabo para entrar en el Egeo, el Gloucester renunció finalmente a la caza. Libre de toda vigilancia, el almirante Souchon desapareció entre las islas griegas para reunirse con el barco de transporte.

Unas ocho horas después, pasada la medianoche, después de haber repostado y haber efectuado las reparaciones necesarias, el almirante Milne, al mando del *Inflexible*, el *Indomitable*, el *Indefatigable* y el crucero ligero *Weymouth*, abandonó Malta rumbo este. A la velocidad de doce nudos, en la creencia de que forzar la velocidad en aquella fase era un consumo innecesario de carbón, su persecución no entrañaba ninguna prisa. A las dos de la tarde siguiente, el 8 de agosto, cuando se encontraba a medio camino entre Malta y Grecia, fue detenido por una orden del Almirantazgo. Austria había declarado la guerra. Por desgracia la consigna era un error cometido por un funcionario que despachó el telegrama clave previamente convenido para el caso de que estallaran las hostilidades con Austria antes del tiempo señalado[36]. Pero este telegrama hizo que Milne abandonara la persecución y tomara posiciones en donde no pudiera quedar aislado de Malta por la posible presencia de la flota austriaca, y ordenó a Troubridge y al Gloucester que se unieran a él. Otra oportunidad que se perdía irremisiblemente.

Allí permanecieron concentrados durante casi veinticuatro horas hasta el mediodía del día siguiente, en que se enteraron de que Austria aún no había declarado la guerra. El almirante Milne reanudó una vez más la caza, pero el *Goeben*, que había entrado en el Egeo la tarde del 7 de agosto, les llevaba cuarenta horas de ventaja. Mientras decidía en qué dirección buscar al enemigo, el almirante Milne, según su posterior relato, consideró que el *Goeben* podía haber tomado cuatro rumbos diferentes. Todavía creía que podía intentar escapar en dirección oeste hacia el Atlántico, o en dirección sur para atacar el Canal de Suez, o buscar refugio en alguno de los puertos griegos, o incluso atacar Salónica… dos suposiciones un tanto extravagantes si tenemos en cuenta que Grecia era un país neutral. Por alguna razón no creía que el almirante Souchon intentara, ni por un momento, violar la neutralidad turca, y Milne tampoco pen-

só en los Dardanelos como destino, como tampoco ninguno de los miembros del Almirantazgo. Su estrategia, tal como él la concebía, era embotellar el *Goeben*, en el Egeo, «hacia el norte».

«Hacia el norte» era exactamente el curso que había emprendido Souchon, pero dado que los turcos habían minado la entrada a los estrechos, no podía entrar en éstos sin permiso de aquéllos. No podía continuar hasta haber repostado y haberse puesto en comunicación con Constantinopla. El buque de transporte, el Bogadir, estaba esperando enarbolando la bandera griega en el cabo de Maleas. Por temor a que fuera descubierto recibió órdenes de dirigirse a Denusa, una isla más hacia el norte del Egeo. Sin saber que los ingleses habían suspendido la persecución, recorrió las islas durante el día 8 de agosto, y no llegó a las costas de Denusa hasta la mañana del día 9. El *Goeben* y el *Breslau* repostaron allí durante todo aquel día mientras mantenían sus calderas a presión para hacerse a la mar en media hora. Apostaron unos vigías en lo alto de una colina para vigilar a los ingleses, que en aquellos momentos se encontraban a quinientas millas de distancia, vigilando a los austriacos.

El almirante Souchon no se atrevió a usar la radio para comunicarse con Constantinopla, ya que con ello hubiese revelado su posición al enemigo. Ordenó al General, que le había seguido desde Mesina en un curso más hacia el sur, que se dirigiera a Esmirna y desde allí transmitiera un mensaje al agregado naval alemán en Constantinopla: «Necesidad militar inevitable requiere ataque contra enemigo en el mar Negro. Consiga mi paso por los estrechos con permiso del gobierno turco, si es posible, y sin su aprobación si es necesario»[37].

Durante todo el día 9 esperó Souchon la respuesta. Sus telegrafistas interceptaron un texto, pero no lograron descifrarlo. Llegó la noche sin que hubiesen recibido ninguna respuesta. Por aquella hora la flota de Milne, después de haberse enterado del error en relación con Austria, avanzaba otra vez en direc-

ción al Egeo. Souchon decidió, si no recibía respuesta, forzar los Dardanelos si era necesario. A las tres de la madrugada del 10 de agosto oyó señales inalámbricas de los ingleses cuando éstos penetraban en el Egeo. Ya no podía esperar más tiempo. Fue en aquel preciso instante cuando recibió noticias del General, que decía: «Entrad. Exigid rendición de los fuertes. Capturad piloto»[38].

Ignorando si esto significaba una demostración de fuerza para salvar la responsabilidad de Turquía o si había de abrirse paso a la fuerza, Souchon abandonó Denusa al amanecer. Mientras durante todo el día seguía la marcha hacia el norte a una media de dieciocho nudos, el almirante Milne ponía rumbo hacia la salida del Egeo para impedir que pudiera escapar por allí. A las cuatro de la tarde Souchon avistó Tenedos y las llanuras de Troya, y a las cinco llegó a la entrada del histórico e invencible paso bajo los cañones de la fortaleza de Chanak. Con su tripulación en los puestos de combate y todo el mundo a bordo con los nervios tensos, se fue acercando lentamente mientras izaba en el mástil de señales la bandera de «Mandad un piloto».

Aquella mañana había arribado a Constantinopla el pequeño vapor italiano que había sido testigo de la acción del Gloucester contra el *Goeben* y el *Breslau*. Entre los pasajeros figuraban la hija, el hijo político y tres nietos del embajador norteamericano, Henry Morgenthau. Hicieron un relato muy emocionante de lo que habían visto. El capitán italiano les había dicho que dos de los barcos eran el *Goeben* y el *Breslau*, que acababan de hacer su célebre salida de Mesina. El señor Morgenthau, que horas más tarde se entrevistó con el embajador Wangenheim, le informó del relato de su hija. Inmediatamente después del almuerzo, acompañado por su colega austriaco, se presentó en la embajada estadounidense, en donde los dos embajadores «se hundieron solemnemente en sus sillones» frente a la dama nor-

teamericana y la sometieron a un minucioso, aunque cortés, interrogatorio. Sin descuidar un solo detalle inquirieron cuántos disparos habían sido hechos, qué rumbo habían emprendido los dos barcos alemanes, qué habían dicho los pasajeros que se encontraban a bordo, etcétera, y abandonaron el edificio con un estado de ánimo muy alegre[39].

Se habían enterado de que el *Goeben* y el *Breslau* habían escapado a la flota inglesa. Dependía todo ahora de que Turquía consintiera su paso por los Dardanelos. Enver Pasha, que en su cargo de ministro de la Guerra controlaba los campos de minas, estaba muy bien dispuesto, pero había de hacer frente a sus más nerviosos colegas. Un miembro de la Misión Militar alemana estaba con él aquella tarde cuando le anunciaron la llegada de otro miembro, el teniente coronel Von Kress. Éste dijo que el comandante de Chanak había informado de que el *Goeben* y el *Breslau* solicitaban permiso para entrar en los estrechos. Enver replicó que deseaba antes consultar al gran visir. Kress insistió en que el fuerte requería una respuesta inmediata. Enver guardó un profundo silencio durante varios minutos y, por fin, dijo de un modo brusco: «Se les permite la entrada»[40].

Kress y el otro oficial, que inconscientemente habían contenido la respiración, respiraron de nuevo aliviados.

«Si los navíos ingleses les siguen, ¿tienen permiso para disparar contra ellos?», preguntó Kress a continuación. De nuevo Enver se negó a responder alegando que antes había de consultar con el Gabinete pero Kress insistió en que no podían dejar sin instrucciones concretas a los barcos.

«¿Podrán disparar o no contra los ingleses?». Se hizo una larga pausa y, finalmente, Enver contestó: «Sí».

A la entrada del estrecho, a unas 150 millas de distancia, un destructor turco se alejó de la costa y se acercó al *Goeben* mien-

tras todo el mundo a bordo del navío alemán lo seguía con incontenible ansiedad. «Seguidme», decían las banderas de señales a bordo del destructor. A las nueve de aquella noche, el 10 de agosto, el *Goeben* y el *Breslau* entraban en los Dardanelos llevando consigo, tal como reconoció Churchill mucho más tarde y muy sobriamente, «más matanzas, más miserias y más ruinas de lo que jamás haya llevado otro barco»[41].

La noticia dio inmediatamente la vuelta al mundo y llegó también a Malta aquella misma noche. El almirante Milne, que continuaba su búsqueda por las islas del Egeo, se enteró de la noticia al día siguiente. Sus superiores comprendían tan poco la misión del *Goeben* que dieron órdenes de que estableciera un bloqueo de los Dardanelos por si se daba el caso de que los barcos alemanes se decidieran a abandonarlos[42].

El comentario del primer ministro Asquith sobre la noticia fue que era «muy interesante». Pero escribió en su diario que, «puesto que nosotros insistiremos» en que la tripulación del *Goeben* sea reemplazada por turcos que no sabrán qué hacer con el navío, «no tiene gran importancia». Este «insistiremos», en opinión de Asquith, era lo único necesario de hacer[43].

Los embajadores aliados insistieron, sin pérdida de tiempo y de un modo furioso y repetido. Los turcos, que confiaban aún en mantener su neutralidad como una baza para obtener mejores ventajas, decidieron solicitar de los alemanes que desarmaran el *Goeben* y el *Breslau*, «de forma temporal y superficial solamente», pero Wangenheim se negó rotundamente a tomar en consideración esta propuesta. Después de nuevas y agitadas discusiones, uno de los ministros sugirió de pronto: «¿Por qué los alemanes no nos venden sus barcos? ¿Por qué no consideramos su llegada como la entrega de un objeto de contrato?»[44].

Todo el mundo quedó encantado con esta idea, que no sólo solventaba el dilema, sino que se correspondía plenamente con

la arbitraria justicia inglesa de apoderarse de dos navíos de guerra turcos. Con el consentimiento de Alemania, fue hecho el anuncio al cuerpo diplomático y poco después el *Goeben* y el *Breslau* fueron rebautizados con los nombres de Jawus y Midilli, enarbolaban la bandera turca y con su tripulación, que lucía coloridos feces, fueron visitados por el sultán entre el entusiasmo de la población. La súbita aparición de los dos barcos de guerra alemanes, que habían sido mandados como por arte de magia para ocupar el puesto de aquellos dos que habían sido robados por los ingleses, hizo que la población se dejara llevar por el más vivo entusiasmo y los alemanes se vieran rodeados de una aureola de popularidad.

Pero los turcos se negaban todavía a declarar la guerra a Rusia a pesar de que los alemanes les presionaban fuertemente en este sentido. Por el contrario, comenzaron a exigir de los aliados un precio cada vez mayor por mantener su neutralidad. Rusia estaba tan alarmada por la llegada del *Goeben* a la puerta del mar Negro que, al igual que el pecador renuncia a hábitos de toda la vida cuando se halla al borde de la muerte, incluso estaba dispuesta a renunciar a Constantinopla. El 13 de agosto el ministro de Asuntos Exteriores Sazonov propuso a Francia ofrecer a Turquía una solemne garantía sobre su integridad territorial y una promesa de «grandes ventajas financieras a expensas de Alemania» en compensación a su neutralidad. E incluso estaba dispuesto a incluir la promesa de que Rusia haría honor a la garantía incluso en «el caso de resultar los rusos vencedores»[45].

Los franceses se mostraron de acuerdo y «removieron cielo y tierra», según las palabras de Poincaré, para que los turcos se mantuvieran quietos y neutrales y persuadir a los ingleses a unirse a una garantía en común sobre los territorios turcos. Pero los ingleses no estaban dispuestos a discutir o pagar por la neutralidad de su antiguo protegido. Churchill, el «más belico-

so» y «violento antiturco»[46], propuso al Gabinete mandar una flotilla de torpederos a los Dardanelos para hundir el *Goeben* y el *Breslau*. Era éste el único gesto que hubiese podido convencer a los turcos y que hubiese podido impedir lo que sucedió luego. Una de las mentes más inteligentes y osadas de Francia ya lo había sugerido el día en que fueron violados los estrechos. «Debemos seguirles —había dicho el general Gallieni—, en caso contrario, Turquía se pondrá en contra nuestra»[47]. En el Gabinete inglés la idea de Churchill fue desautorizada por lord Kitchener, que dijo que Inglaterra no podía permitirse ganarse como enemigos a los mahometanos lanzándose a una acción ofensiva contra Turquía. Este país «debe dar el primer golpe»[48].

Durante casi tres meses, mientras los aliados alternativamente amenazaban y negociaban, y mientras la influencia militar alemana en Constantinopla aumentaba a cada día que pasaba, los grupos en el seno del gobierno turco discutían y vacilaban. A finales de octubre los alemanes decidieron poner fin a esta situación. La activa beligerancia de Turquía, con el fin de bloquear a Rusia por el sur, se había hecho imperativa.

El 28 de octubre, los antiguos *Goeben* y *Breslau*, al mando del almirante Souchon y acompañados por varias lanchas torpederas turcas, entraron en el mar Negro y bombardearon Odesa, Sebastopol y Feodosia, causando bajas entre la población civil y hundiendo un cañonero ruso[49].

Consternados por el *fait accompli* ejecutado por el almirante Souchon, la mayoría del gobierno turco estaba decidida a desautorizar tal acción, pero no pudo hacerlo. El factor que lo impidió fue la presencia del *Goeben* en el Bósforo, al mando de sus propios oficiales y de su propia tripulación. Tal como señaló Talaat Bey, el gobierno, el palacio, la capital, ellos mismos, sus hogares, su soberano y califa estaban bajo la amenaza de sus cañones. No podían acceder a la expulsión de las misiones militar

y naval alemanas, tal como exigían los aliados como prueba de la neutralidad turca. El acto de guerra había sido cometido en nombre de Turquía y el 4 de noviembre Rusia declaraba la guerra a Turquía, siguiéndole Francia e Inglaterra el 5 de noviembre.

Desde aquel momento, los límites rojos de la guerra se extendieron por otro medio mundo. Los vecinos de Turquía —Bulgaria, Rumania, Italia y Grecia— se vieron complicados en la guerra y, puesto que su salida al Mediterráneo quedaba cerrada, Rusia quedaba pendiente de Arkangel, bloqueada por los hielos durante medio año, y de Vladivostok, a 8000 millas del frente de combate. Al cerrarse el mar Negro, sus exportaciones bajaron el 98 por 100 y sus importaciones, el 95 por 100. El bloqueo de Rusia, con todas sus consecuencias, la vana y sanguinaria tragedia de Gallípoli, la actuación de las fuerzas aliadas en la campaña de Mesopotamia, Suez y Palestina, el derrumbamiento final del Imperio otomano y la subsiguiente historia de Oriente Próximo, fueron las secuelas del viaje del *Goeben*.

Otras consecuencias fueron tan amargas, aunque no tan importantes. Al recibir las censuras de sus compañeros, el almirante Troubridge solicitó que fuera convocado un Tribunal de Investigación, que ordenó su juicio por un tribunal marcial en noviembre de 1914, acusándole de «no haber perseguido al *Goeben*… un enemigo que huye»[50]. Sobre la base de que estaba justificado considerar el *Goeben* como una «fuerza superior», la Marina de Guerra le absolvió por su propia cuenta y riesgo. Aunque continuó en el servicio, no le volvieron a dar destino en alta mar. El almirante Milne, que fue llamado el 18 de agosto con el fin de dejar la flota del Mediterráneo al mando de los franceses, se licenció. El 30 de agosto anunció el Almirantazgo que su conducta y órdenes en relación con el *Goeben* y el *Breslau* habían sido objeto de un «cuidadoso examen», con el resul-

tado de que «Sus Señorías habían aprobado en todos los sentidos las medidas adoptadas por él». Sus Señorías, que habían ignorado Constantinopla, no buscaban una cabeza de turco[51].

11

LIEJA Y ALSACIA[*]

Mientras continuaba la concentración de los ejércitos, los grupos de choque de las fuerzas alemanas y francesas marchaban adelante como si pasaran por una puerta giratoria. Los alemanes entraban desde el este y los franceses, desde el oeste. El primer movimiento de cada uno de los dos oponentes era ocupar posiciones en la parte derecha del perímetro de la puerta giratoria, a trescientas millas de distancia el uno del otro. Los alemanes, sin tener en cuenta lo que pudieran hacer los franceses, estaban decididos a atacar Lieja, a reducir su anillo de doce destacamentos con el fin de abrir las carreteras a través de Bélgica a los ejércitos de su ala derecha. Los franceses, también completamente indiferentes a lo que pudieran hacer los alemanes, avanzaban hacia la Alta Alsacia en un movimiento, más sentimental que estratégico, destinado a despertar una ola de entusiasmo nacional e incitar un levantamiento de la población local contra Alemania[1]. Desde el punto de vista estratégico su propósito era establecer el ala derecha francesa en el Rin.

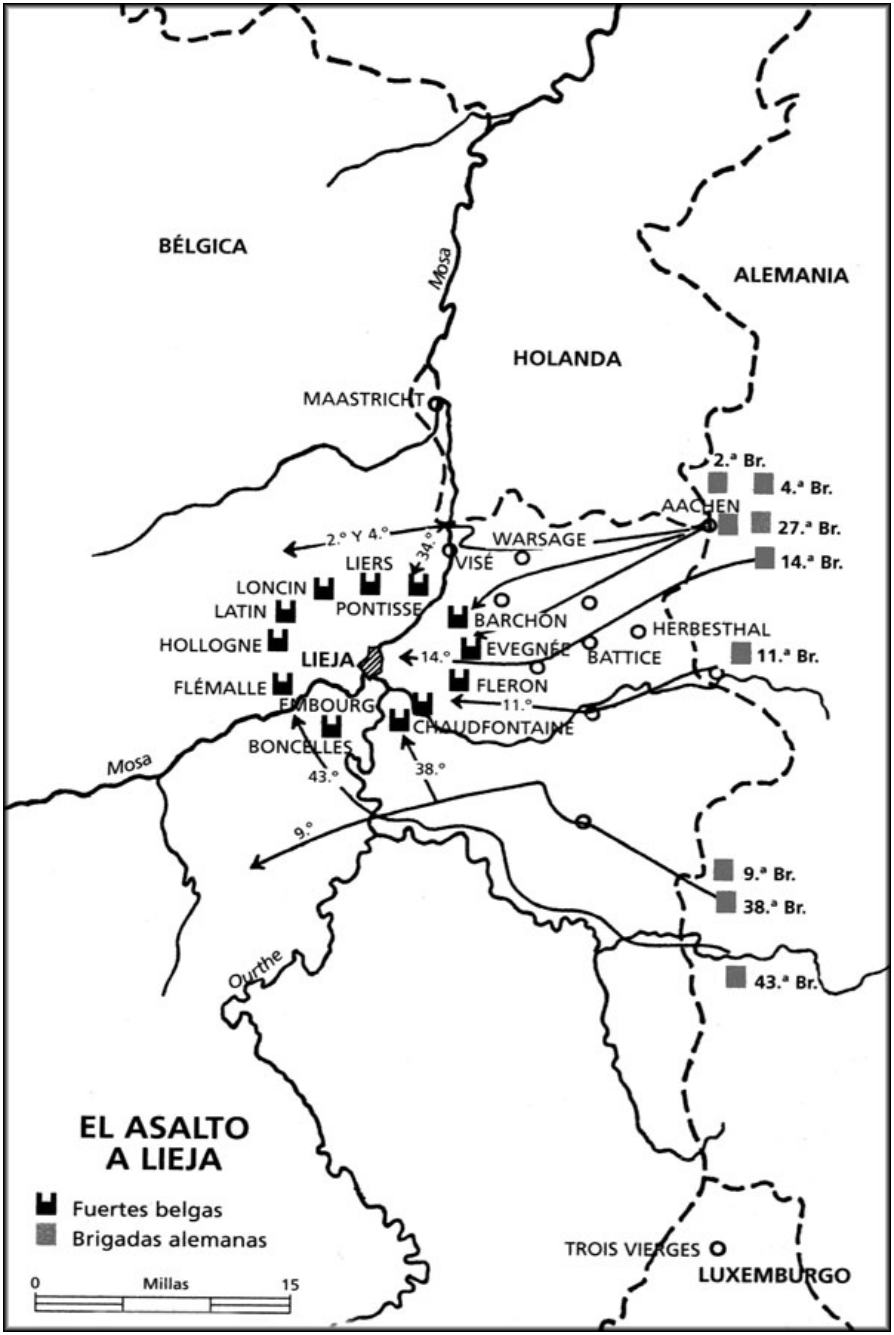
Lieja era el portal de la verja que conducía a Bélgica desde Alemania. Edificada sobre una altura que llegaba hasta los quinientos pies partiendo desde la orilla izquierda del Mosa, rodeada por el río, que allí tiene una anchura de doscientas yardas, y por una circunferencia de treinta millas de destacamentos, era considerada por todo el mundo como la más perfecta y formidable posición fortificada en Europa. Diez años antes Port Arthur había resistido un cerco de nueve meses antes de rendirse. La opinión pública mundial confiaba en que Lieja no

fuera menos que Port Arthur; es más, confiaban en que iba a resistir indefinidamente.

Siete ejércitos alemanes que totalizaban más de 1 500 000 hombres estaban concentrados a lo largo de las fronteras belga y francesa. Comprendían, por orden numérico, desde el Primer Ejército, en el extremo derecho de los alemanes frente a Lieja, hasta el Séptimo Ejército, en la parte más a la izquierda, en Alsacia. El Sexto y el Séptimo Ejércitos componían el ala izquierda alemana de dieciséis divisiones, el Cuarto y el Quinto Ejércitos, el centro, con veinte divisiones, y el Primero, Segundo y Tercero Ejércitos formaban el ala derecha, de treinta y cuatro divisiones, que debía cruzar por Bélgica. Un cuerpo de caballería independiente de tres divisiones estaba adscrito al ala derecha. Los ejércitos del ala derecha estaban al mando de los generales Von Kluck, Von Bülow y Von Hausen. Todos tenían sesenta y cinco años de edad y los dos primeros eran veteranos de la guerra de 1870. El comandante del cuerpo de caballería era el general Von Marwitz.

El Primer Ejército de Von Kluck debía recorrer el camino más largo, y su avance tenía que ser realizado al ritmo del avance general. Después de concentrarse al norte de Aquisgrán debían seguir por las carreteras que cruzan el Mosa por los cinco puentes de Lieja, cuya conquista era, por lo tanto, el primer objetivo vital del que dependía todo lo demás. Los cañones de los destacamentos de Lieja dominaban el espacio entre la frontera holandesa y los bosques y colinas de las Ardenas, y sus puentes proporcionaban el único paso múltiple del Mosa. Al mismo tiempo, sus cuatro líneas de ferrocarril unían Alemania con Bélgica y con el norte de Francia. Hasta que estos puntos fueran conquistados y sus destacamentos puestos fuera de combate, el ala derecha alemana no podría iniciar ningún movimiento.

Un «ejército especial del Mosa», formado por seis brigadas, al mando del general Von Emmich, fue desgajado del Segundo Ejército para abrir camino hacia Lieja. Se confiaba, a no ser que los belgas ofrecieran una resistencia seria, en poder cumplir rápidamente esta misión mientras los principales ejércitos continuaban su concentración. En una de sus indiscreciones antes de la guerra, el káiser había dicho en cierta ocasión durante unas maniobras a un oficial inglés: «Pasaré por Bélgica así»[2], y cortó el aire con su fusta de montar. La intención declarada por Bélgica de ir a la lucha era, en opinión de los alemanes, ni más ni menos que la «ira de unos corderos dormidos»[3], tal como un estadista alemán calificó en una ocasión a sus oponentes. Una vez tomada Lieja, con el Primero y el Segundo Ejércitos en las carreteras a ambos lados de la ciudad al mismo nivel que aquélla, empezaría el avance principal.


BÉLGICA
ALEMANIA
HOLANDA
Mosa
MAASTRICHT
2.ª Br.
4.ª Br.
AACHEN
27.ª Br.
14.ª Br.
2.º Y 4.º
34.º
WARSAGE
VISÉ
LIERS
LONCIN
LATIN
PONTISSE
BARCHON
HERBESTHAL
HOLLOGNE
LIEJA
14.º
EVEGNÉE
BATTICE
11.ª Br.
FLÉMALLE
FLERON
EMBOURG
11.º
CHAUDFONTAINE
BONCELLES
43.º
38.º
Mosa
9.º
9.ª Br.
38.ª Br.
Ourthe
43.ª Br.
EL ASALTO
A LIEJA
Fuertes belgas
Brigadas alemanas
0
Millas
15
TROIS VIERGES
LUXEMBURGO

Brialmont, el ingeniero de fortificaciones más grande de su tiempo, había construido los fuertes de Lieja y Namur durante la década de 1880 ante la insistencia de Leopoldo II. Situados en alturas que formaban un círculo alrededor de cada ciudad, estaban pensados para impedir el paso del Mosa a un invasor, procediera de la dirección que fuere. Las fortificaciones o destacamentos de Lieja estaban enclavados a ambos lados del río, a una distancia media de cuatro o cinco millas de la ciudad y de dos o tres millas el uno del otro. Seis estaban en la orilla este, de cara a Alemania, y seis, en la orilla oeste, alrededor y detrás de la ciudad. Lo mismo que castillos medievales hundidos bajo tierra, estas fortificaciones no presentaban nada en la superficie, salvo solamente un foso triangular del que sobresalían las cúpulas de los emplazamientos de la artillería. Todo lo demás era subterráneo. Unos túneles inclinados conducían a las cámaras subterráneas y conectaban los torreones con los depósitos y las salas de control de fuego. Los seis fuertes más grandes y los seis más pequeños contaban con un total de 400 piezas de artillería, de los cuales los más largos eran los obuses de 8 pulgadas (210 mm). En los vértices de los triángulos había unos torreones menores en donde estaban emplazados los cañones de fuego rápido y las ametralladoras que cubrían las laderas de las colinas. Un foso seco de treinta pies de profundidad rodeaba cada uno de los fuertes. Cada uno de ellos contaba con un foco acoplado a una torre de observación de acero que podía ser descendido bajo tierra, al igual que las piezas de artillería. La guarnición de cada uno de los fuertes más grandes era de cuatrocientos hombres, con dos compañías de artillería y una de infantería. Previstas como avanzadillas para defender las fronteras, más que como últimos refugios para hacer frente a un cerco, los fuertes dependían del ejército de campaña para defender los espacios libres intermedios.

Demasiado confiados en la gran obra de Brialmont, los belgas hicieron muy poco para mantener esos destacamentos al día, destinando a los mismos unas guarniciones compuestas de las clases más veteranas de las reservas y solamente con un oficial por compañía. Por temor a dar a Alemania la menor excusa para declarar que la neutralidad belga no era tal, la orden para construir trincheras y alambradas para defender los espacios intermedios entre los fuertes y para abatir los árboles y derribar las casas no fue dada hasta el 2 de agosto. Cuando comenzó el ataque, apenas habían sido iniciadas estas medidas defensivas.

Los alemanes, por su parte, con la creencia de que los belgas cederían ante su ultimátum o a lo sumo ofrecerían una resistencia de compromiso, no habían traído consigo su arma sorpresa, un cañón de proporciones tan gigantescas y de un poder destructivo tan enorme que nunca se hubiese creído posible que tales cañones pudieran ser hechos transportables. Uno de éstos, construido por la Skoda, la fábrica de armamentos austriaca, era un mortero de 12 pulgadas (305 mm), y el otro, construido por la Krupp de Essen, era un monstruo de 16,5 pulgadas (420 mm), que, conjuntamente con la base de su transporte, tenía una longitud de 7,30 metros, pesaba 98 toneladas, disparaba un obús de 90 cm de longitud que pesaba 816 kilos a una distancia de 14,5 kilómetros y requería unos 200 servidores. Hasta entonces los cañones más grandes conocidos eran los navales británicos de 34,3 cm, y el cañón de tierra más grande de la artillería de la costa no era transportable y lanzaba un obús de 28 cm. Japón, después de seis meses de esfuerzos inútiles por reducir Port Arthur, había retirado de sus defensas costeras tales cañones para usarlos en el cerco, pero había tardado tres meses antes de que el fuerte ruso sucumbiera bajo su fuego[4].

El plan alemán no podía perder tanto tiempo para reducir los fuertes belgas. Moltke le había dicho a Conrad von Hötzen-

dorf que confiaba en que la batalla en el Oeste estuviera terminada en treinta y nueve días[5], y había prometido mandar tropas alemanas hacia el Este para ayudar a Austria el día después. Aunque se confiaba en que los belgas no lucharían, el plan alemán, en su meticulosidad, debía prever esta contingencia. El problema consistía en diseñar el cañón antifortificaciones más pesado posible que pudiera ser transportado por tierra. Debía ser un mortero o un obús de ángulo alto de fuego, capaz de arrojar sus granadas sobre el techo de los fuertes.

Las fábricas Krupp, que trabajaban en el mayor de los secretos, lograron presentar un modelo del 420 en el año 1909. Aquel gigante, aunque muy eficaz en sus disparos, era muy difícil de transportar. Debía ser transportado por ferrocarril en dos secciones y cada una requería una locomotora. Debido a su enorme potencia de retroceso, había que construir un foso de cemento armado, y la colocación del cañón en posición requería seis horas. Durante otros cuatro años, Krupp trabajó para construir un cañón que pudiera ser transportado por carretera, y desmontable en varias secciones. En febrero de 1914 obtuvo éxito en este modelo, que fue probado en Kummersdorf con gran satisfacción del káiser, que fue invitado en aquella ocasión. Otras pruebas realizadas con motores de vapor y gasolina e incluso con tiros de múltiples caballos demostraron que era preciso introducir mejoras. Fue fijada como fecha límite el 1 de octubre de 1914.

El 305 austriaco de Skoda, que fue terminado en Pilsen en 1910, tenía como ventaja una superior movilidad. Con un transporte a motor para las tres secciones que se hacían del cañón, la base y el fundamento transportable, podía recorrer de quince a veinte millas por día. En lugar de ruedas, corría sobre cadenas continuas, que fueron descritas, en aquel tiempo, como «pies de hierro». En el lugar de su emplazamiento se colocaba el fundamento, sobre éste se montaba la base y el cañón, a ésta.

Este proceso requería cuarenta minutos, y el cañón podía ser desmontado en el mismo tiempo, lo que hacía casi imposible que pudiera ser capturado. Podía ser girado hacia la derecha o la izquierda en un ángulo de sesenta grados y tenía un alcance de 11,2 km. Lo mismo que los 420, lanzaba una granada de acción retardada, lo que permitía que la explosión tuviera lugar después de haber alcanzado su objetivo.

Cuando estalló la guerra, en el mes de agosto, varios de los cañones 305 austriacos estaban en Alemania, prestados por Conrad von Hötzendorf hasta que el modelo alemán estuviera listo. Krupp tenía en existencia, entonces, cinco modelos 420 sobre vías y dos del modelo por carretera, pero todavía no estaban listos para entrar en acción. El 2 de agosto se dieron órdenes para que fueran terminados lo antes posible. Cuando comenzó la invasión de Bélgica, Krupp trabajaba desesperadamente de día y de noche para montar cañones, motores, equipos e instruir al personal de camiones y de artillería.

Moltke todavía confiaba en poder continuar sin tener que hacer uso de estas armas. Sin embargo, si los belgas eran tan estúpidos como para luchar, los alemanes confiaban en que los fuertes se rendirían ante el primer ataque. Ningún plan había sido previsto por Ludendorff, un oficial que era el más devoto discípulo de Schlieffen en el Estado Mayor alemán. Su férrea disciplina de trabajo y un carácter de granito habían dado al capitán Erich Ludendorff, en ausencia del «von», el derecho a usar las franjas rojas del Estado Mayor, en cuyas filas ingresó a la edad de treinta años, en 1895. Aunque su corpulenta constitución, sus rubios bigotes sobre unos labios que se caían por los extremos, su redondo doble mentón y aquella protuberante nuca que Emerson calificó como la señal de la bestia[6], caracterizaban a Ludendorff como perteneciente al tipo físicamente opuesto al aristocrático Schlieffen, lo cierto es que Ludendorff admiraba y veneraba a su antiguo maestro. Muy reservado, el

hombre que dos años después ejercería un poder mayor sobre el pueblo y el destino de Alemania que cualquier otro desde Federico el Grande, era por aquellos días poco conocido y poco apreciado. No le rodeaban recuerdos de amigos o familia, ni anécdotas personales, e incluso cuando fue ascendiendo avanzaba sin crear leyendas sobre su persona. Era un hombre sin sombra.

Considerando a Schlieffen como «uno de los soldados más grandes que nunca ha existido»[7], Ludendorff, como miembro y, finalmente, como jefe de la Sección de Movilización del Estado Mayor de 1904 a 1913, dedicó su vida entera a asegurar el éxito del plan de su maestro, de la bondad del cual, solía afirmar, todo el Estado Mayor estaba plenamente convencido. «Nadie creía en la neutralidad belga»[8]. En caso de guerra, Ludendorff confiaba en ser nombrado jefe de la Sección de Operaciones Militares, pero en el año 1913 discutió con el ministro de la Guerra, el general Von Heeringen, y fue destinado al mando de un regimiento. En abril de 1914 fue ascendido a general y destinado al Segundo Ejército como segundo jefe del Estado Mayor. En este cargo fue destinado, el 2 de agosto, al ejército del Mosa de Emmich para el ataque contra Lieja, y encargado de establecer el enlace entre las fuerzas de ataque y el mando principal.

El 3 de agosto el rey Alberto asumió el mando, como comandante en jefe, sobre el Ejército belga… sin hacerse la menor ilusión. El plan que Galet y él habían forjado sobre la hipótesis de una invasión alemana había fracasado. Habían querido destinar las seis divisiones belgas a la barrera natural del Mosa, en donde podían reforzar las posiciones fortificadas de Lieja y Namur, pero el Estado Mayor y su nuevo jefe, el general Selliers de Moranville, poco dispuesto a que el joven rey y el capitán Galet dictaran la estrategia oscilando entre las ideas ofensivas y las defensivas, no había tomado ninguna disposición para destinar

el Ejército detrás del Mosa. De acuerdo con la política de estricta neutralidad, las seis divisiones estaban estacionadas, antes de la guerra, para hacer frente a las posibles rutas de invasión. La 1.ª División en Gante frente a Inglaterra, la 2.ª en Amberes, la 3.ª en Lieja frente a Alemania, la 4.ª y la 5.ª en Namur, Charleroi y Mons, frente a Francia, la 6.ª y la caballería en el centro, en Bruselas. El plan del general Selliers, una vez identificado el enemigo, era concentrar el Ejército en el centro del país de cara al invasor, dejando que las guarniciones de Amberes, Lieja y Namur cuidaran de sí mismas. La fuerza de los planes existentes es siempre mayor que el impulso a cambiarlos. El káiser no pudo alterar el plan de Moltke ni Kitchener alterar el de Henry Wilson, ni Lanrezac, el de Joffre. El 3 de agosto, cuando el rey Alberto, convertido oficialmente en comandante en jefe, asumió el mando por encima del general Selliers, ya era demasiado tarde para destinar todo el Ejército al Mosa. La estrategia que adoptaron fue concentrar el Ejército belga ante Lovaina, en el río Gette, a unas cuarenta millas al este de Bruselas, en donde estaban decididos a ofrecer resistencia. Lo único que pudo hacer el rey fue insistir en que la 3.ª División se quedara en Lieja y la 4.ª, en Namur, con el fin de reforzar las guarniciones fronterizas, en lugar de reunirse con el grueso del Ejército en el centro del país.

El rey había obtenido el nombramiento, en enero de 1914, de su protegido, el general Leman, el comandante de sesenta y tres años de la Academia Militar, como comandante de la 3.ª División y gobernador de Lieja. Antiguo oficial de ingenieros, al igual que Joffre, Leman había pasado los últimos treinta años, con la excepción de un intervalo de seis años, en el Estado Mayor de Ingenieros en la Academia Militar, en la que Alberto había estudiado a sus órdenes. Dispuso de siete meses para reorganizar las defensas de los fuertes de Lieja, sin el apoyo del Estado Mayor. Cuando estalló la crisis, un cúmulo de órde-

nes cayó sobre su cabeza. El 1 de agosto, el general Selliers solicitó una brigada de la 3.ª División equivalente a una tercera parte de su potencia. Respondiendo a una petición de Leman el rey anuló la orden. El 3 de agosto, el general Selliers anuló la orden de Leman de demoler los puentes, más arriba de Lieja, alegando que se precisaban para los movimientos del Ejército belga. De nuevo apeló Leman y el rey apoyó al general en contra del jefe del Estado Mayor, y añadió una carta personal encargando a Leman «defender la posición que le ha sido confiada»[9].

La voluntad de defender el país era superior a los medios. En cuanto a ametralladoras, el arma esencial de la defensa, la proporción del Ejército belga por hombre era la mitad que la del Ejército alemán. La artillería de campaña pesada, que era la precisa para las posiciones defensivas entre los fuertes, brillaba por su ausencia.

La proyectada ampliación del servicio militar que preveía incrementar el Ejército de Tierra hasta 150 000 hombres con 70 000 reservistas y las tropas en los fuertes hasta 130 000 en 1926, apenas se había iniciado. En agosto de 1914 el Ejército contaba con 117 000 hombres, pero sin reservistas que hubiesen pasado por una debida preparación. La Guardia Cívica, una organización burguesa que usaba sombreros altos y uniformes de un verde brillante, fue llamada al servicio activo, mientras que muchas de sus obligaciones eran asumidas por los *boy scouts*. El Ejército en activo no tenía ninguna experiencia en las obras de fortificación y apenas herramientas con las que cavar trincheras. Faltaban medios de transporte, y tampoco se contaba con tiendas y cocinas de campaña, mientras que el material telefónico era mínimo. El Ejército marchaba en el caos de la improvisación.

Marchaba también, o era llevado, sobre la cumbre del entusiasmo creado por un sinfín de ilusiones. Los soldados, que de

la noche a la mañana se habían transformado en seres populares, eran abrumados de regalos consistentes en víveres, besos y cerveza. Se salían de la formación cuando desfilaban por las calles para saludar a sus amigos y enseñarles sus uniformes. Los padres se unían a los hijos para ver de cerca lo que era, en realidad, una guerra. Magníficos coches, requisados para el transporte, recorrían las calles cargados de barras de pan y sacos de carne. Eran saludados con grandes vítores. Y también eran vitoreadas las ametralladoras, que, al igual que los carretones en que se transporta la leche en Flandes, eran arrastradas por perros.

El 4 de agosto, una mañana clara, silenciosa y luminosa, entraban en Bélgica, a setenta millas al este de Bruselas, los primeros invasores, las unidades de la caballería de Von Marwitz. A trote seguro, avanzaban llevando lanzas de doce pies, con punta de acero, e iban cargados con un verdadero arsenal de sables, pistolas y fusiles. Los segadores, desde el borde de las carreteras, y los campesinos, a través de las ventanas de sus casas, musitaban: «¡Ulanos!». Esta palabra, con su aureola de los salvajes jinetes tártaros de los cuales deriva, evocaba recuerdos de las ancestrales invasiones europeas por los tártaros. Los alemanes, cuando se embarcaron en su histórica misión de introducir su *Kultur* a sus vecinos, revelaron siempre su preferencia, al igual que el káiser, por el uso de la palabra «hunos», por aquellos uniformes y modales que producían pánico.

Como avanzadilla de la invasión, la misión de la caballería estribaba en reconocer la posición de los ejércitos francés y belga, vigilar los posibles puntos de desembarco de los ingleses y proteger el despliegue alemán contra la caballería enemiga. El primer día de su misión los escuadrones, apoyados por la infantería, que era transportada en camiones, habían de dedicarse a la conquista y ocupación de los puentes sobre el Mosa antes de que éstos fueran destruidos, además de capturar granjas y

poblados como fuente de suministro de víveres y forraje. En Warsage, ya al otro lado de la frontera, el señor Flechet, el alcalde, de setenta y dos años, luciendo sus galones de oficial, se plantó en la plaza del pueblo cuando los jinetes cruzaban por el empedrado del *pavé* belga[10]. El oficial que estaba al mando del escuadrón se acercó a él, con una cortés sonrisa, y le alargó una proclama impresa en la que se expresaba el «disgusto» alemán al «verse obligado por la necesidad» a entrar en territorio belga. Aunque deseaba evitar toda acción bélica, añadía: «Necesitamos paso libre por las carreteras. La destrucción de puentes, túneles y ferrocarriles será considerada un acto hostil». En las plazas de todos los pueblos, a lo largo de la frontera desde Holanda a Luxemburgo, los ulanos fueron distribuyendo estas proclamas, arriaban la bandera belga de los balcones de los ayuntamientos e izaban la bandera del águila negra del Imperio alemán, y luego continuaban su marcha confiados en las afirmaciones que les habían hecho sus altos jefes de que los belgas no lucharían[11].

Detrás de ellos, llenando las carreteras que convergían sobre Lieja, llegaba la infantería de la fuerza de asalto de Emmich. Sólo el número del regimiento pintado en rojo en los cascos rompía la monotonía de los uniformes grises de campaña. Seguía la artillería arrastrada por caballos. Compañías de ciclistas avanzaban rápidas para apoderarse de los cruces, granjas y tender líneas telefónicas. Los automóviles se abrían paso entre las filas de los soldados transportando oficiales, que lucían monóculos, acompañados de sus asistentes, que esgrimían revólveres en sus manos. Cada regimiento contaba con una cocina de campaña móvil inspirada en unas que el káiser había visto durante unas maniobras en Rusia. Tal era la perfección del equipo y la precisión de su marcha que los invasores daban la impresión de estar participando en un desfile.

Cada soldado llevaba sesenta y cinco libras de peso: fusil con munición, mochila, cantimplora, un par de botas de repuesto, herramientas para cavar trincheras, bayoneta y un macuto en el que llevaban la «ración de hierro», es decir, dos latas de carne, dos de legumbres, dos paquetes de bizcocho, un paquetito de polvo de café y una botella de *whisky* que sólo podía abrirse con el permiso de sus respectivos oficiales, y que era controlada cada día para saber si los soldados cumplían esa orden. En una bolsa llevaban agujas de coser, alfileres, vendas y cinta adhesiva, y en otra, cerillas, chocolate y tabaco. De los cuellos de los oficiales colgaban prismáticos y mapas en fundas de piel en las que previamente había sido señalada la ruta que debía seguir cada regimiento. Y mientras avanzaban, los alemanes cantaban el «Deutschland über Alles», «Die Wacht am Rhein» y «Heil dir im Siegeskranz». Cantaban cuando hacían un alto en la marcha, cuando les servían el rancho y antes de subir otra vez a los camiones. Los hombres que vivieron los treinta días siguientes de terribles combates, agonía y terror, recordarían luego los sonidos de interminables canciones masculinas, que fueron el peor tormento de la invasión.

Las brigadas del general Von Emmich, que avanzaban sobre Lieja desde el norte, este y sur, descubrieron al llegar al Mosa que los puentes situados más arriba y más abajo de la ciudad ya habían sido destruidos. Cuando intentaron cruzarlos sobre pontones, la infantería belga abrió fuego y los alemanes, con gran estupor por su parte, se encontraron metidos de lleno en el combate, con heridos y moribundos. Eran 60 000 hombres que se enfrentaban a 25 000 belgas. Hacia el anochecer, lograron cruzar el río en Visé, al norte de la ciudad, mientras que las brigadas que atacaban desde el sur fueron detenidas y las que atacaban por el centro alcanzaron la línea de los fuertes antes de llegar al río.

Durante el día, mientras las botas, las ruedas y los cascos de las filas alemanas cruzaban los pueblos y pisaban los campos de grano maduro, iba en aumento el tiroteo, y con ello la vejación de las tropas alemanas, a las que les habían asegurado que los belgas eran «soldados de chocolate»[12]. Sorprendidos y enfurecidos por la resistencia, los soldados alemanes, con los nervios excitados por la primera experiencia bélica, reaccionaron furiosamente la primera vez que se pronunció la palabra «francotiradores». Y desde aquel momento se dejaron llevar por el convencimiento de que los paisanos belgas disparaban contra ellos ocultos detrás de todas las casas y vallas. Y desde aquel momento, también la consigna «Man hat geschossen!» había de ser la señal para toda clase de represalias contra los elementos civiles, desde Visé hasta las puertas de París. Desde el primer día, la sombra de los terribles *franc-tireur*, que tanto se recordaba del año 1870, y que los alemanes habían de conjurar hasta adquirir proporciones gigantescas, encontraría forma.

El espíritu de la resistencia, que pronto tomó su portavoz en el famoso periódico clandestino *Le Libre Belge*, apenas había despuntado aquella primera mañana entre los habitantes de las ciudades fronterizas. Su propio gobierno, conociendo la naturaleza del enemigo, había distribuido ya bandos que debían ser expuestos en todas las comunidades, ordenando a los elementos civiles que entregaran sus armas a las autoridades y advirtiendo a la población de que quien fuera capturado por los alemanes con armas en la mano podía ser condenado a muerte. Los bandos advertían a la población que no luchara ni insultara a los alemanes y que permaneciera en el interior de las casas con las ventanas cerradas, con el fin de evitar «cualquier pretexto para medidas de represión que podían derivar en derramamientos de sangre, pillajes o la matanza de ciudadanos inocentes». Debido a esta advertencia, y atónita a la vista de los in-

vasores, la población civil no estaba preparada para hacer frente al invasor con sus escopetas de caza[13].

Sin embargo, ya el primer día de la invasión los alemanes empezaron el fusilamiento, no sólo de paisanos, sino también de sacerdotes belgas, asunto mucho más delicado. El 6 de agosto, el general mayor Karl Ulrich von Bülow, hermano del antiguo canciller y comandante de una división de caballería en el ataque a Lieja, le dijo a otro oficial que desaprobaba las ejecuciones sumarias de sacerdotes belgas que habían tenido lugar el día anterior[14]. El pretexto de que los clérigos belgas estaban complicados en una conspiración para incitar la acción de los francotiradores, organizada en el curso de las primeras veinticuatro horas y sin obedecer lo que les había sido dictado por el propio gobierno, era el resultado de aquella teoría desarrollada por el emperador Calígula: «Oderint dum metuant». («No importa que nos odien siempre que nos teman»).

También aquel primer día los alemanes fusilaron a seis rehenes que habían apresado en Warsage, y para establecer su autoridad incendiaron el pueblo de Battice[15]. «Fue incendiado y destruido hasta sus cimientos», escribió un oficial alemán que pasó por allí algunos días más tarde. En otro lugar, en donde habían sido muertos tres húsares alemanes, «fue puesto todo el poblado en llamas, el ganado rugía desesperado en los establos, las aves de corral corrían ardiendo de un lado a otro, y dos hombres estaban apoyados muertos contra una pared»[16].

«Nuestro avance a través de Bélgica es, sin duda, brutal, pero luchamos por nuestras vidas, y todo el mundo debe cargar con las consecuencias que entraña este hecho»[17], le escribió Moltke a Conrad el 5 de agosto. Pero lo cierto es que no tenía en cuenta las consecuencias que esto pudiera acarrear a Alemania. De hecho, había empezado ya el proceso que había de convertir a Bélgica en el némesis de Alemania.

El 5 de agosto, las brigadas de Emmich iniciaron el ataque contra los cuatro fuertes más orientales de Lieja, con un bombardeo a cargo de la artillería de campaña seguido por un asalto de la infantería. Dado que las granadas eran demasiado débiles para derribar las fortificaciones, los cañones belgas abrían fuego contra las filas alemanas, causando una gran mortandad. Una compañía tras otra fue lanzada al asalto para ocupar los espacios libres entre los fuertes. En algunos puntos en los que los alemanes lograron avanzar, ascendieron por las laderas de las colinas, en donde eran atacados por el fuego de las ametralladoras belgas. Los muertos formaban montones de hasta un metro de alto. En el fuerte de Barchon los belgas, al ver que las filas alemanas vacilaban, efectuaron una carga a la bayoneta y los obligaron a replegarse. Los alemanes se lanzaron una y otra vez al ataque, sin importarles las pérdidas humanas, pues sabían que contaban con una gran reserva. «No hicieron el menor intento de despliegue. Avanzaban casi en fila, casi hombro contra hombro, y caían muertos unos encima de los otros, formando una terrible barricada de la muerte. Tan alta era esta "montaña", que no sabíamos si disparar a través de la misma o hacer una incursión para, con nuestras propias manos, abrir boquetes entre los muertos y heridos. Es increíble casi… Desde luego, también nosotros tuvimos bajas, pero no pueden compararse con la matanza que nosotros infligimos al enemigo», refirió más tarde un oficial belga[18].

Este desprecio hacia las vidas humanas por parte de todos los beligerantes, que había de ir aumentando hasta alcanzar los cientos de miles en el Somme y el millón en Verdún, comenzó aquel segundo día de la guerra en Lieja. En su furioso desengaño por su primer fracaso, los alemanes lanzaron un regimiento tras otro contra los fuertes, con la esperanza de alcanzar los objetivos que les habían sido señalados por el mando.

Durante la noche del 5 de agosto las brigadas de Emmich se reagruparon para efectuar un renovado ataque, previsto para la medianoche. El general Ludendorff, que acompañaba a la 14.ª Brigada, que ocupaba el centro de la línea alemana, se encontró con que la tropa estaba «sombría y nerviosa». Delante de ellos, los cañones belgas se alzaban amenazadores. Eran muchos los oficiales que tenían dudas de que la infantería pudiera hacerles frente. Corrían rumores de que una compañía completa de ciclistas que habían sido destinados aquella mañana a misiones de exploración había sido «aniquilada» hasta el último hombre. Una columna que había seguido una ruta equivocada tropezó con otras fuerzas alemanas y se organizó una terrible confusión. Ludendorff, que fue a investigar las causas de aquella detención, se tropezó con el asistente del general Von Wussow, comandante de la 14.ª Brigada, que conducía el caballo del general. El asistente le comunicó que el general había muerto por fuego de ametralladora algo más adelante en aquella misma carretera. Ludendorff no vaciló un segundo. Asumió el mando sobre la brigada y dio la señal de ataque para ocupar el espacio abierto entre el fuerte Fléron y el fuerte D'Evegnée. Y mientras avanzaban, los soldados iban cayendo bajo el fuego y, por primera vez en su vida, Ludendorff oyó el «peculiar ruido de las balas cuando chocan con los cuerpos humanos».

Por una de aquellas extrañas ironías de la guerra, los cañones del fuerte Fléron, que estaban a menos de dos millas de distancia, no abrieron fuego. En un pueblo en donde se había entablado una lucha cuerpo a cuerpo, Ludendorff mandó emplazar un obús que «disparó a derecha e izquierda dentro de las casas» y pronto logró abrirse paso. A las dos de la tarde del día 6, la brigada había avanzado entre el anillo de fuertes y alcanzado las alturas en la margen derecha del Mosa, desde donde divisaban Lieja y su ciudadela, un impresionante pero inútil fuerte situado al otro lado del río. Aquí se les unió el general Von Em-

mich, pero aunque esperaban otras tropas con creciente ansiedad, dirigiendo sus miradas hacia las carreteras que llevaban al norte y al sur, éstas no hicieron acto de presencia. La 14.ª Brigada se encontró aislada dentro del cinturón de fuertes, pues era la única que había logrado abrirse paso. Su artillería de campaña fue enfilada hacia la ciudadela y abrieron fuego como señal para las otras brigadas, así como «para intimidar al gobernador de la fortaleza y a sus habitantes»[19].

Enojados por el hecho de tener que perder tiempo y hombres combatiendo a un pueblo que, según los dictados del sentido común, les hubiese tenido que haber dejado el paso libre sin ofrecer la menor resistencia, los alemanes se sintieron dominados, durante todo el mes de agosto, por la necesidad de «intimidar» a los belgas haciendo que renunciaran a su estúpida y fútil resistencia. El antiguo agregado alemán en Bruselas, que conocía personalmente al general, fue comisionado el día anterior para persuadir o, en caso de no lograr su intento, obligar a la rendición con amenazas. El emisario le dijo a Leman que los zepelines destruirían la ciudad de Lieja si no dejaban pasar a los alemanes[20]. El emisario fracasó y el 6 de agosto fue enviado el zepelín L-Z desde Colonia para bombardear la ciudad. Las trece bombas que arrojó y los nueve civiles que murieron inauguraron una nueva costumbre del siglo XX.

Después del bombardeo, Ludendorff mandó a un nuevo emisario, que también fracasó en su empeño de lograr la rendición de Leman. También usaron argucias. En un esfuerzo por secuestrar o matar al comandante, un destacamento de treinta hombres y seis oficiales, disfrazados con uniformes del Ejército inglés, pero sin distintivos de ninguna clase, se presentaron, en coche, ante el cuartel general de Leman, en la Rué Sainte-Foi, en donde solicitaron ser recibidos por el general. Su ayudante, el coronel Marchand, corrió hasta la puerta y gritó: «¡No son ingleses, son alemanes!», y fue muerto en el acto. Fue vengado

inmediatamente por sus compañeros. En la confusión que se originó, el general Leman escapó al fuerte Loncin, al oeste de la ciudad, desde donde continuó dirigiendo la defensa.

Sabía ahora que una brigada alemana había penetrado entre los fuertes y que no podía defender la ciudad. Si las brigadas que atacaban desde el norte y el sur lograban también abrirse paso, Lieja quedaría cercada y la 3.ª División quedaría aislada del resto del Ejército, y sería aniquilada. El servicio de información de Leman había identificado unidades de cuatro cuerpos del Ejército alemán entre las fuerzas de ataque, lo que parecía concederle a Emmich el equivalente a ocho divisiones, por una que tenía Leman. De hecho, las tropas de Emmich no estaban organizadas en cuerpos, y comprendían, con los refuerzos que le habían sido mandados urgentemente, unas cinco divisiones. La solitaria 3.ª División no era lo bastante fuerte para defenderse a sí misma o a la ciudad de Lieja. La mañana del 6 de agosto, el general Leman, sabiendo que el rey tenía el firme propósito de mantener unido todo el Ejército y en contacto directo con Amberes, sin tener en cuenta lo que pudiera pasar en otros puntos, ordenó que la 3.ª División abandonara Lieja y se uniera al grueso del Ejército en Lovaina. Esto significaba que la ciudad, aunque no así los fuertes, caería en manos del enemigo, puesto que mucho más importante que Lieja era la independencia belga. A no ser que el rey continuara al mando de un ejército en algún rincón de su propio territorio, estaría a la merced, no sólo de sus enemigos, sino también de sus aliados.

El 6 de agosto reinaba en Bruselas una inaudita euforia cuando se recibieron las noticias de que los alemanes habían sido rechazados el día anterior. «Grande victoire belge!», proclamaban los periódicos. Alegre, la gente se congregaba en los cafés y se felicitaba mutuamente, hablaba de venganza y dedicaba la noche a celebrar el acontecimiento, y al día siguiente los belgas leyeron, llenos de alegría, el parte de guerra, que decía que

120 000 alemanes «habían atacado inútilmente y tres cuerpos del Ejército habían quedado aislados y desarticulados». Haciéndose eco de este optimismo, la prensa aliada informaba de una completa derrota alemana, diciendo que varios regimientos habían sido aniquilados y se habían hecho muchos prisioneros, que los alemanes habían sufrido 20 000 bajas, que los defensores habían obtenido un completo éxito en todas partes y que los invasores habían sido contenidos. Pero no explicaban cómo encajaba en todo este optimismo el hecho de que la 3.ª División hubiese tenido que replegarse.

En el cuartel general belga, en el antiguo Ayuntamiento de Lovaina, reinaba un optimismo tan grande que parecía que el Ejército belga contara con treinta y cuatro divisiones y los alemanes con seis, en lugar de lo contrario. Los más optimistas en el Estado Mayor hablaban ya de «planes para pasar inmediatamente a la ofensiva».

El rey se opuso inmediatamente a estos planes. Sabía cuál era la potencia de las fuerzas que atacaban la ciudad de Lieja y en las informaciones sólo hacían referencia a cinco cuerpos alemanes que habían sido identificados, lo que indicaba el esquema de la estrategia de Schlieffen. Todavía quedaba la posibilidad, en el caso de recibir pronto ayuda de las fuerzas francesas e inglesas, de contener a los alemanes en el río Gette, a medio camino entre Amberes y Namur. Ya había mandado dos urgentes despachos a Poincaré. Confiaba, como todo el mundo en Bélgica, que llegados a este punto las fuerzas aliadas se unirían a él en territorio belga. «¿Dónde están los franceses? ¿Dónde están los ingleses?», se preguntaba todo el mundo por las calles. En un pueblo, una mujer belga ofreció un ramo de flores con la bandera inglesa a un soldado que llevaba un extraño uniforme color caqui. Un tanto confuso y desconcertado, el soldado se identificó como alemán.

En Francia, Poincaré y Messimy, que en su optimismo habían decidido destinar, sin pérdida de tiempo, cinco cuerpos de Ejército a Bélgica, estaban impotentes frente a la silenciosa y obstinada negativa de Joffre a cambiar sus planes, ni aunque fuera mandar una sola brigada. Tres divisiones de caballería francesas, al mando del general Sordet, entraron en Bélgica el 6 de agosto para reconocer la potencia alemana al este del Mosa, pero sólo la ausencia de los ingleses, afirmó Joffre, le induciría a extender su flanco izquierdo. A última hora del 5 de agosto se recibieron noticias de Londres de que el Consejo de Guerra, después de haber estado reunido durante todo el día, había tomado la decisión de enviar una fuerza expedicionaria, pero sólo de cuatro divisiones, aparte de la correspondiente caballería, en lugar de las seis divisiones previstas anteriormente. Aunque muy descorazonador, esto no indujo a Joffre a destinar divisiones a su izquierda para compensar así la deficiencia británica. Mantenía unidas todas sus fuerzas para el ataque por el centro. Lo único que destinó a Bélgica, además de la caballería, fue un solo oficial de Estado Mayor, el coronel Brécard, con una carta para el rey Alberto. Proponía que el Ejército belga aplazara una acción decisiva y se replegara a Namur, en donde establecería contacto con los franceses, y una vez terminada la concentración francesa, se unirían los dos ejércitos en una ofensiva común. Cuatro divisiones francesas, afirmaba Joffre, serían destinadas a Namur, pero no llegarían a esta ciudad hasta el 15 de agosto.

Tal como lo veía Joffre, el Ejército belga, haciendo caso omiso del interés belga en favor de un frente común, debía actuar como ala del Ejército francés, de acuerdo con la estrategia francesa. Tal como lo veía el rey Alberto, con su sentido más claro del peligro del ala derecha alemana, si permitía que el Ejército belga se replegara a Namur podía ser separado de su base en Amberes por las avanzadillas alemanas y ser expulsado de Bél-

gica por la frontera francesa. Más interesado en conservar el Ejército belga en su territorio que en unirse a una estrategia común, el rey Alberto estaba decidido a mantener abierta su línea de retirada hacia Amberes. Las consideraciones puramente militares señalaban hacia Namur, y las razones históricas y nacionales, hacia Amberes, a pesar del riesgo de que el Ejército quedara embotellado en una zona en donde no pudiera ejercer una influencia directa en la guerra.

Si era obligado, el Ejército belga se replegaría sobre Amberes, no sobre Namur, le contestó el rey al coronel Brécard. Amargamente desengañado, Brécard informó a Joffre de que no podían confiar en los belgas para unirse a una ofensiva combinada con ellos.

El 7 de agosto, el gobierno francés, que nunca había sido consultado con respecto al «Plan 17» y que, debido al mismo, ahora no podía acudir en ayuda de Bélgica, confirió la Gran Cruz de la Legión de Honor a la ciudad de Lieja y la Medalla Militar al rey Alberto. El gesto, muy poco indicado en aquellas circunstancias, expresaba, sin embargo, la extraordinaria admiración del mundo entero por la resistencia belga. No sólo «defiende la independencia de Europa, es la campeona del honor», declaró el presidente de la Cámara francesa. Se ha ganado «fama inmortal» deshaciendo la superstición de que los ejércitos alemanes eran invencibles, declaró *The Times*, en Londres.

Mientras los tributos se multiplicaban, la población de Lieja pasaba la primera de las innumerables noches que los europeos del siglo XX pasarían en los sótanos. Después del día de terror por el bombardeo desde el zepelín, Lieja fue atacada durante toda la noche por las granadas y obuses de la artillería de campaña de Ludendorff, en un desesperado intento para obligar a capitular la ciudad. Este método resultó tan poco fructífero como el bombardeo a larga distancia de París por los Grosse Ber-

tha en 1918 o el bombardeo por la Luftwaffe y los proyectiles V-2 de Londres en la última guerra[21].

Después de este bombardeo preliminar, Emmich y Ludendorff decidieron entrar en la ciudad sin esperar a las restantes brigadas. Al no encontrar resistencia, puesto que la 3.ª División belga se había replegado, la 14.ª Brigada cruzó dos puentes que habían quedado intactos. Ludendorff, convencido de que la ciudadela ya había sido ocupada por las avanzadillas que había mandado para tal fin, subió por la empinada y tortuosa carretera acompañado sólo por su ayudante. Cuando llegó al patio, no vio un solo soldado alemán, puesto que las avanzadillas aún no habían llegado. Pero sin pensarlo un solo momento «llamó a la puerta» y, cuando le abrieron, le ofrecieron la rendición de la ciudadela los pocos soldados belgas que quedaban dentro. Tenía cuarenta y nueve años, el doble que Napoleón en 1793, pero aunque Ludendorff no fuera Napoleón, Lieja fue su Tolón.

En la parte baja de la ciudad, el general Emmich, al no dar con Leman, detuvo al alcalde, a quien le dijo que la ciudad sería bombardeada e incendiada a no ser que los fuertes capitularan, y le ofreció un salvoconducto para obtener la rendición del general Leman o el rey. Se negó y continuó prisionero. Hacia el anochecer, otras tres brigadas alemanas habían roto el cinturón de fortificaciones y se habían reunido con la 14.ª dentro de la ciudad.

A las seis de aquella tarde, un oficial cruzó raudo en su coche las calles de Aquisgrán para llevar al cuartel general del Segundo Ejército la noticia de que el general Emmich estaba en la ciudad de Lieja y que en aquellos momentos estaba negociando con el alcalde. En medio de la euforia y de los «Hochs!» fue interceptado un mensaje que Emmich mandaba a su esposa: «¡Hurra, en Lieja!». A las ocho de la tarde, un oficial informaba de que, a pesar de que el general Leman había logrado escapar, el obispo y el alcalde habían sido hechos prisioneros, que la

ciudadela se había rendido y que la ciudad había sido evacuada por las tropas belgas, pero que Emmich aún no había recibido ninguna noticia de los fuertes[22].

En Berlín, donde el Cuartel General Supremo, u Oberste Heeresleitung (en adelante, OHL), permaneció hasta el final del período de concentración, el káiser estaba eufórico. Al principio, cuando todo daba a entender que, a pesar de todo, los belgas estaban dispuestos a ir a la lucha, le había reprochado amargamente a Moltke: «¡Ahora me ha echado usted encima a los ingleses sin necesidad de que esto hubiese tenido que suceder!», pero cuando se enteró de la noticia de la capitulación de Lieja, le llamó «queridísimo Moltke» y éste escribió que «me besó apasionadamente». Sin embargo, los ingleses continuaban preocupando al káiser. El 10 de agosto, el embajador norteamericano, el señor Gerard, que se presentó para ofrecer la mediación del presidente Wilson, le encontró muy «deprimido». Sentado en el jardín de palacio, frente a una mesa de hierro verde y debajo de una gran sombrilla con papeles y telegramas ante él, así como con dos Dachshunde a sus pies, el káiser se lamentó: «Los ingleses cambian toda la situación, son gente obstinada, harán que la guerra se alargue. No puede terminar pronto».

La amarga verdad de que ninguno de los fuertes había sido conquistado llegó al día siguiente de la ocupación de la ciudad, cuando Ludendorff salió de ella para presentar su informe. Insistió en que debían ser emplazados, sin pérdida de tiempo, los cañones previstos para romper los cercos, puesto que los belgas no revelaban la menor intención de rendirse. El avance del Primer Ejército de Kluck, que en un principio había sido previsto para el día 10, tuvo que ser aplazado hasta el día 13.

Mientras, en Essen, permanecían inmóviles los feos y gruesos morteros y se hacían inauditos esfuerzos para requisar material rodado y concentrar a los artilleros especialistas. El 9 de

agosto los dos modelos de transporte por carretera estaban listos y aquella noche fueron cargados sobre los vagones de carga para ser transportados en ferrocarril. El tren abandonó Essen el día 10 y llegó a Bélgica hacia el anochecer, pero en Herbesthal, a veinte millas al este de Lieja, fue detenido el convoy a las once de la noche. El túnel del ferrocarril, que había sido volado por los belgas, bloqueaba el camino. Los gigantescos cañones fueron descargados y continuaron su camino por carretera. Aunque sólo debían recorrer once millas para estar al alcance de los fuertes, un obstáculo tras otro fue impidiendo su emplazamiento. Los motores fallaban, las carreteras estaban bloqueadas, e incluso las tropas fueron llamadas para colaborar. Durante todo el día continuó la lucha para emplazar los cañones «mamut».

Mientras los cañones del 420 eran colocados, el gobierno alemán hizo un último esfuerzo para persuadir a Bélgica de que permitiera el paso por su territorio. El 9 de agosto, el señor Gerard fue encargado de dar una nota a su colega en Bruselas para que fuera entregada al gobierno belga: «Ahora que el Ejército belga ha demostrado su honor por su heroica resistencia frente a una fuerza muy superior, el gobierno alemán ruega al rey de los belgas y a su gobierno que le ahorre a Bélgica los futuros horrores de la guerra», decía la nota. Alemania estaba dispuesta a concertar cualquier compromiso con Bélgica, si permitía el paso libre de sus soldados, y daría su «solemne garantía» de que no tenía la menor intención de quedarse con territorio belga y que evacuaría su territorio tan pronto como se lo permitiera el futuro curso de la guerra. Tanto los ministros americanos en Bruselas como los de La Haya se negaron a ser portadores de tales mensajes, pero a través del gobierno holandés llegó a manos del rey Alberto el 12 de agosto. Como es natural, la rechazó.

Su firmeza, a la vista de la enormidad de la amenaza sobre su país, resultaba incluso increíble para sus propios aliados. Nadie había confiado en aquel heroísmo por parte de Bélgica. «Sí, nos vimos obligados a reaccionar así», dijo el rey Alberto poco después de la guerra, en respuesta a las palabras de un estadista francés que alababa su actitud. En 1914 los franceses todavía tenían sus dudas, y el 8 de agosto se mandó al subsecretario de Asuntos Exteriores, el señor Berthelot, para entrevistarse con el rey y saber con seguridad lo que había de cierto en el rumor que circulaba de que el rey estaba dispuesto a hacer las paces con Alemania. Berthelot fue encargado de la desagradecida misión de explicarle al rey que Francia haría todo lo que estuviera en su mano para ayudar a Bélgica, pero que no admitía ninguna interferencia en sus propios planes de operaciones. Alberto trató nuevamente de hacer comprender a los franceses que los alemanes mandarían su impresionante ala derecha a través de Flandes. Dijo que para evitar el aniquilamiento por fuerzas muy superiores, el Ejército belga podría tener que replegarse a la zona fortificada de Amberes, con la intención de pasar a la ofensiva cuando tuviera la certeza de la presencia de las fuerzas aliadas.

Pero el mundo creía sinceramente, tal como anunció el corresponsal militar de *The Times*, que los alemanes que habían atacado Lieja «habían sido derrotados con elegancia». En cierto modo, esto correspondía a la verdad. El terrible Ejército alemán, que se había temido que venciera con tanta facilidad al «cordero dormido», no había logrado conquistar los fuertes en su primer asalto. Hizo un alto el 9 de agosto en espera de la llegada de refuerzos…, pero no de soldados, pues esperaban la llegada de los monstruosos cañones.

En Francia, el general Joffre y sus colaboradores se negaban a prestar la menor atención a Flandes, centrando su objetivo, más ardientemente que nunca, en el Rin. Los cinco ejércitos

franceses, que totalizaban aproximadamente las mismas sesenta divisiones que los alemanes tenían en el frente del Oeste, estaban desplegados de derecha a izquierda. Divididos por la zona fortificada de Verdún-Toul, estaban concentrados en dos grupos, en la misma proporción que los ejércitos alemanes estaban situados a ambos lados de Metz-Thionville. El Primero y el Segundo Ejércitos frente al Sexto y Séptimo alemanes, en Alsacia y Lorena formaban conjuntamente el ala derecha francesa, cuya misión estribaba, por medio de un poderoso ataque, en arrojar a los alemanes al otro lado del Rin y abrir una profunda cuña entre el centro y la izquierda alemanas.

Más hacia la derecha estaba emplazada una fuerza especial de asalto, parecida a la de Emmich en Lieja, para iniciar el movimiento a través de Alsacia. Desgajado del Primer Ejército y compuesto por el VII Cuerpo y la 8.ª División de caballería, debía liberar Mulhouse y Colmar y organizar su base en el Rin, en la zona donde tienen fronteras comunes Alemania, Alsacia y Suiza.

Muy cerca de éste se hallaba el Primer Ejército, al mando del apuesto general Dubail, que se correspondía perfectamente con el retrato del oficial francés ideal, que no daba la impresión de ser un hombre del siglo XX y que siempre había inspirado comparaciones con un «soldado de Corneille» o con el romántico general Bourbaki, al tiempo que conquistó todos los corazones cuando se fue a la guerra en el año 1870 al mando de sus turcos. Se decía que Dubail, que no conocía la imposible e indomable voluntad y la ilimitada energía que se oculta en los intrincados repliegues de la política militar francesa, no estaba en muy buenas relaciones con el general Castelnau, su inmediato superior en el ala izquierda. Castelnau había abandonado el Estado Mayor para asumir el mando del Segundo Ejército, que defendía el frente crucial alrededor de Nancy.

El Tercer, Cuarto y Quinto Ejércitos estaban concentrados al otro lado de Verdún para la gran ofensiva a través del centro alemán, como estaba previsto en el «Plan 17». Estas fuerzas se extendían desde Verdún a Hirson. El Quinto Ejército, concentrado en el flanco abierto, estaba previsto que fuera destinado en dirección noreste para la ofensiva a través de las Ardenas, en lugar de ir hacia el norte para hacer frente a las fuerzas descendentes del ala derecha alemana. La posición a la izquierda del Quinto Ejército, que se centraba en la antigua fortaleza de Maubeuge, que durante los últimos años había sido muy descuidada, debía ser reforzada por los ingleses, los cuales, sin embargo, no se presentarían con el número de soldados que habían prometido al principio. Pero este hecho no preocupaba mucho a Joffre y a su Estado Mayor, cuya atención estaba centrada en otros puntos, pero sí enormemente al comandante del Quinto Ejército, el general Lanrezac.

Dado que debía resistir el impacto del ala derecha alemana, el general Lanrezac se percataba perfectamente de que se encontraba en una posición sumamente difícil y delicada. Su antecesor en el mando del Quinto Ejército antes de la guerra había sido Gallieni, quien, después de haber intentado convencer al Estado Mayor para que modernizara las fortificaciones de Maubeuge, no había hecho gran cosa en favor del mismo. Cuando Gallieni llegó a la edad de retiro, en febrero de 1914, Joffre nombró a Lanrezac, un «auténtico león»[23], cuyas dotes intelectuales admiraba mucho, y que había sido uno de sus tres candidatos para el cargo de segundo jefe del Estado Mayor en 1911. Debido a su «viva inteligencia», Lanrezac era considerado una estrella en el Estado Mayor, que le perdonaba su manera de ser tan seria, su mal humor y su lenguaje poco cortés. A los sesenta y dos años se correspondía perfectamente, al igual que Joffre, Castelnau y Pau, con el retrato típico de los generales franceses.

En mayo de 1914, cuando cada uno de los generales de los cinco ejércitos recibió la parte correspondiente del «Plan 17» que hacía referencia, única y exclusivamente, a las fuerzas que estaban a su mando, Lanrezac, sin pérdida de tiempo, llamó la atención sobre los peligros que entrañaba su flanco tan expuesto si los alemanes atacaban con fuerza con sus tropas al oeste del Mosa. Sus objeciones fueron ignoradas a causa de la teoría del Estado Mayor de que cuanto más potente fuera el ala derecha alemana, «mucho mejor para nosotros». Durante los días anteriores a la movilización, Lanrezac expuso sus objeciones por escrito, en una carta dirigida a Joffre, que se convertiría en un documento de gran importancia ante el alud de críticas y controversias que después de la guerra se produjo alrededor del fracaso del «Plan 17»[24]. El tono de Lanrezac en aquella carta, tal como se expresó un oficial, más que el veto a un plan ya establecido era la crítica de un profesor a un trabajo de su alumno, al que le daba un suspenso. Señalaba que la ofensiva planeada para el Quinto Ejército se basaba en la teoría de que los alemanes avanzarían por Sedán, cuando en realidad era mucho más probable que lo hicieran más hacia el norte, por Namur, Dinant y Givet. «Claramente, tan pronto como el Quinto Ejército se vea lanzado a una ofensiva en dirección a Neufchâteau, en las Ardenas, le será completamente imposible detener un ataque alemán más al norte», exponía el profesor.

Éste era realmente el punto crucial, pero como si pretendiera cubrirse, Lanrezac redujo la fuerza de su argumento añadiendo: «Se trata, simplemente, de una sugerencia». Joffre, que recibió esta carta el día de la movilización, el 1 de agosto, decidió que era «muy inoportuna» y, en la confusión de los importantes acontecimientos que llenaban el día, no contestó a la misma[25]. Al mismo tiempo, rechazó los temores del general Ruffey, comandante del Tercer Ejército, que fue a verle para expresar su miedo ante una posible «marcha alemana a través de

Bélgica». Con su característica brevedad de lenguaje, Joffre le replicó: «Está usted equivocado». En su opinión, a un generalísimo no le incumbía dar explicaciones, sino órdenes. Y un general no debía pensar sino en cumplir las órdenes que recibía. Y cuando un general recibía una orden, debía llevarla a la práctica con la tranquilidad de un hombre que sabe que cumple con su deber[26].

El 3 de agosto, el día en que Alemania declaró la guerra, los generales se reunieron en una conferencia convocada por Joffre, con la confianza de que, por fin, se les expondría la totalidad del «Plan 17» y la estrategia que entrañaba. La esperanza fue vana. Joffre escuchó en silencio los comentarios. Al final, Dubail dijo que la ofensiva que debía lanzar su ejército precisaba de unos refuerzos que no le habían sido concedidos. Joffre replicó escuetamente: «Éste puede ser su plan, pero no es el mío»[27]. Dado que nadie comprendió lo que quería decir con esto, Dubail, creyendo que no había sido suficientemente claro, repitió su observación, y Joffre, «con su acostumbrada sonrisa beatífica», repitió las palabras que ya había dicho antes: «Éste puede ser su plan, pero no es el mío». Lo cierto es que para Joffre lo que tenía valor en el inmenso caos de la guerra era única y exclusivamente la energía con que los planes eran llevados a la práctica. La victoria no se la llevaría el que tuviera el mejor plan, sino la voluntad más fuerte y la confianza más firme, y, en esto no le quedaba la menor duda, él era el mejor y mayor exponente.

El 4 de agosto estableció su cuartel general, conocido con el nombre de Grand Quartier General (en adelante, GQG), en Vitry-le-François, en el Marne, a medio camino entre París y Nancy, que se encontraba a idéntica distancia, de ochenta a noventa millas, de cada uno de los cinco cuarteles generales de los ejércitos. A diferencia de Moltke, que durante su breve actuación como comandante en jefe nunca visitó el frente o los

puestos de mando de los ejércitos, Joffre estuvo en constante y personal contacto con sus comandantes. Cómodamente sentado en el asiento posterior de su coche, era llevado, a una velocidad de setenta millas por hora, por su chofer particular, Georges Bouillot, tres veces vencedor del Grand Prix de automovilismo[28]. Los generales alemanes, que habían recibido instrucciones muy concretas, no necesitaban, según opinaba el Alto Mando, que se les aconsejara en sus decisiones. Los generales franceses, tal como había dicho Foch, debían saber pensar, pero Joffre, temeroso siempre de debilidades humanas, prefería tenerlos bajo su control directo. Después de las últimas maniobras en 1913, el pase a la reserva de cinco generales en activo había causado gran sensación y un estremecimiento en todas las guarniciones de Francia, pues nunca había sucedido algo similar. Durante el mes de agosto, cuando se produjo el escándalo sobre el problema de las municiones, Joffre decidió destituir a cualquier general al primer signo de lo que él consideraba incompetencia o falta de *élan*.

Y en Vitry, a orillas del tranquilo Marne, orlado de árboles, reinaba un *élan* muy vivo. En la escuela que fue requisada por el GQG, un abismo insuperable separaba la Sección de Operaciones, el Troisième Bureau, que ocupaba las aulas, del Servicio de Información, el Deuxième Bureau, que estaba instalado en el gimnasio. Durante todo el día, el Deuxième reunía información, interrogaba a los prisioneros, descifraba documentos, planteaba ingeniosas conjeturas y pasaba toda la información a sus vecinos. Y toda ella hacía referencia, de un modo constante, a la actividad alemana al oeste del Mosa. Durante todo el día, el Troisième leía esta información, la criticaba y rechazaba todo lo que pudiera inducir a los franceses a modificar sus planes ofensivos.

Cada mañana, a las ocho en punto, Joffre presidía la reunión de los jefes de sección, como un majestuoso e inmóvil árbitro,

pero nunca como la marioneta que afirmaban algunos que era, engañados por su silencio y por no tener nunca una hoja de papel sobre su mesa. Tampoco tenía mapas colgando de las paredes, no escribía nada y decía muy pocas cosas. Los planes eran preparados para él, dijo Foch, «él los estudiaba y decidía». No había nadie que no temblara delante de él. Todos aquellos que llegaban con cinco minutos de retraso a la mesa, eran recibidos con un fruncimiento del ceño y durante el resto de la comida eran ignorados. Joffre comía en silencio prestando atención a lo que comía. Se lamentaba continuamente de que no le tenían al corriente de los hechos. Cuando un oficial hizo referencia a un artículo aparecido en la última edición de *L'Illustration* que Joffre no había visto, gritó furioso: «¡Ya ven ustedes cómo me lo ocultan todo!». Entonces solía frotarse la frente y decir: «¡Pobre Joffre!», lo que aquellos que le rodeaban fueron comprendiendo que era la señal de que no iba a hacer algo a lo que le quisieran obligar. Se dejaba arrastrar por la ira cuando alguien, de un modo demasiado abierto, trataba de hacerle cambiar de parecer[29]. Lo mismo que Talleyrand, desconfiaba de quienes intentasen convencerle. Sin la probada inteligencia de Lanrezac o el intelecto creador de Foch, se sentía inclinado, por temperamento, a confiar en aquellos que él mismo había elegido como colaboradores. Pero siempre actuaba como el dueño y señor, casi un déspota celoso de su autoridad, siempre resentido contra aquellos que parecían querer imponérsele. Cuando le propusieron que Gallieni, que había sido designado por Poincaré como sucesor de Joffre en caso de emergencia, se instalara también en el GQG, Joffre, temiendo estar a la sombra de su antiguo comandante, se negó a ello y le confió a Messimy: «Siempre he estado a sus órdenes. "Il m'a toujours fait mousser". ("Siempre me hacía irritar")»[30], una confesión de cierta importancia en vista del papel que las relaciones personales entre Joffre y Gallieni desempeñarían durante las trágicas horas

antes del Marne. Como consecuencia de la negativa de Joffre a admitirle en el GQG, Gallieni se quedó en París sin nada que hacer.

Había llegado el ansiado momento de izar la bandera francesa en Alsacia. Las tropas de asalto que esperaban tras los espesos y frondosos bosques de pinos de los Vosgos temblaban de excitación dispuestas a lanzarse al ataque. Aquéllos eran los montes que ellos tanto recordaban, con sus lagos y cascadas y el dulce perfume de los helechos que crecen entre los pinos. Los campos de pastoreo alternaban con los bosques. Delante de ellos, la silueta púrpura del Ballon d'Alsace, la cumbre más alta de los Vosgos. Las patrullas que se aventuraban hasta allí podían ver a sus pies los pueblos de tejados rojos del territorio perdido, los grises campanarios y la brillante cinta del Mosela, cerca de su nacimiento, lo bastante estrecho como para ser vadeado. Terrenos de patatas en flor alternaban con franjas verdes. La tierra estaba en el apogeo de su fertilidad. El sol lo iluminaba todo con esplendor. Jamás había parecido ser digno luchar por aquella tierra. No es de extrañar que *L'Illustration*, en su primer ejemplar, después de haber sido declarada la guerra, presentara a Francia en la persona de un apuesto *poilu* abrazando a la hermosa doncella Alsacia.

Una proclama dirigida a sus habitantes ya había sido impresa por el Ministerio de la Guerra para ser pegada en las paredes de las ciudades liberadas. Los reconocimientos en avión habían demostrado que la zona no estaba muy defendida por los alemanes; había pocas fuerzas alemanas, en opinión del general Bonneau, comandante del VII Cuerpo, que no temía «caer en una trampa»[31]. Envió no obstante, a un ayudante el 6 de agosto por la noche para informar al general Dubail de que consideraba la operación Mulhouse «delicada y arriesgada», y de que temía por su flanco derecho y su retaguardia. El GQG, consultado por el general Dubail, que había mostrado una preocupa-

ción similar durante la reunión de generales celebrada el 3 de agosto, consideraba todas las dudas como un fracaso del ánimo ofensivo. Expresadas al comienzo de una operación, las dudas de un comandante, aunque fueran razonables, con demasiada frecuencia se habían revelado como un pretexto para el repliegue. En la doctrina militar francesa, tomar la iniciativa era mucho más importante que un examen a fondo de la fuerza enemiga. El éxito dependía del espíritu de lucha del comandante, y permitirle adoptar una serie de precauciones y vacilaciones ya al principio hubiera sido, en opinión de Joffre y de los que le rodeaban, ir directamente al fracaso. El GQG insistió en que el ataque contra Alsacia fuera efectuado lo antes posible. Obediente, Dubail llamó al general Bonneau por teléfono, le preguntó si estaba «preparado» y, al recibir una respuesta afirmativa, ordenó el ataque para la mañana siguiente.

A las cinco en punto de la mañana del 7 de agosto, pocas horas antes de que Ludendorff dirigiera su brigada dentro de Lieja, el VII Cuerpo del general Bonneau cruzó las vertientes orográficas de los Vosgos, presentando armas al cruzar la frontera, y se lanzó a un clásico ataque a la bayoneta sobre Altkirch, una población de unos cuatro mil habitantes, en el camino hacia Mulhouse[32]. Tomaron Altkirch al asalto en una batalla que duró seis horas y en la que sufrieron cien bajas. Ésta no iba a ser la única carga a la bayoneta en una guerra que habría de caracterizarse por las trincheras llenas de barro, pero hubiese podido serlo. Ejecutada según los cánones clásicos y el espíritu del *Règlement* del año 1913, pareció ser la plena demostración del *cran*, la apoteosis de la *gloire*.

Como se expresó en el parte de guerra francés, «la toma fue de una emoción indescriptible». Arrancaron de cuajo las vallas fronterizas y las llevaron en señal de triunfo por la ciudad. Pero el general Bonneau, que no estaba todavía convencido, no continuó en dirección a Mulhouse. Impaciente por su falta de pro-

greso, el GQG le dirigió, al día siguiente, una orden imperativa para que ocupara Mulhouse y destruyera los puentes sobre el Rin aquel mismo día. El 8 de agosto, el VII Cuerpo entraba en Mulhouse sin disparar un tiro una hora después de que las tropas alemanas la hubiesen abandonado para defender la frontera más al norte.

La caballería francesa, con sus relucientes corazas y su plumaje de cola de caballo, galopaba por las calles. Atónito ante tan inesperada presencia, el pueblo se quedó, en un principio, silencioso y sollozante hasta que, gradualmente, fue estallando la alegría. En la plaza principal celebraron un desfile de las tropas francesas que duró más de dos horas. Las bandas interpretaban la «Marseillaise» y el «Sambre et Meuse». Los cañones eran adornados con cintas y flores encarnadas, blancas y azules. En las paredes se pegaba la proclama de Joffre, que calificaba a sus soldados de «vanguardia de la gran obra de la revancha […], que llevan en los repliegues de sus banderas las palabras mágicas: "Derecho y Libertad"». Chocolates y paquetes de tabaco eran arrojados a los soldados. Desde todas las ventanas hacían ondear banderas y pañuelos e incluso los tejados de las casas estaban atestados de público.

No todos los habitantes estaban contentos, pues había muchos alemanes que se habían instalado allí a partir del año 1870. Un oficial a caballo se fijó en «rostros graves e impasibles, la pipa entre los dientes, que nos miraban como si nos estuvieran contando»…, y así era, en efecto, pues más tarde corrieron a comunicar el número de las tropas francesas.

Los refuerzos alemanes, enviados a toda prisa desde Estrasburgo, fueron desplegados alrededor de la ciudad, mientras los franceses se dedicaban a ocuparla. El general Bonneau, que desde un principio no había tenido confianza en el éxito de la empresa, había tomado las disposiciones necesarias para evitar quedar cercado. Cuando empezó la batalla, el 9 de agosto por la

mañana, su flanco izquierdo en Cernay luchó valientemente durante todo el día, pero su flanco derecho no ocupó a tiempo las posiciones que le habían sido señaladas. Finalmente, reconociendo la necesidad de refuerzos que tanto había solicitado Dubail desde el principio, el GQG mandó una división de reserva, pero para fortalecer el frente se hubieran necesitado dos. La batalla duró veinticuatro horas, hasta las siete de la mañana del día 10 de agosto, en que los franceses, obligados a replegarse y ante el temor de quedar cercados, abandonaron la ciudad que acababan de liberar en el primer triunfo de la *revanche*.

A pesar de lo humillante que era para el Ejército, después de la euforia y la retórica de los partes de guerra y las proclamas, la pérdida de Mulhouse, ésta fue más cruel aún debido a que sus habitantes quedaban ahora a merced de las represalias alemanas. Los que más se habían distinguido en dar la bienvenida a las tropas francesas fueron denunciados por sus conciudadanos alemanes, con consecuencias muy desagradables. El VII Cuerpo se retiró hasta diez millas de Belfort. En el GQG se reavivó la natural y eterna enemistad entre los oficiales del Estado Mayor y los que estaban al mando de las tropas. Convencido de la realidad de su sospecha de falta de *cran* por parte de Bonneau, Joffre inició las destituciones por las que había de hacerse célebre. El general Bonneau fue el primero de los *limogés*, llamados así porque los oficiales que eran relevados debían presentarse en Limogés para recibir nuevo destino en la retaguardia. Acusados de «incumplimiento en la ejecución»[33], Joffre destituyó, en el curso de los tres días siguientes, al comandante del VIII Cuerpo de caballería y a otro general de división.

Aferrándose a su plan original de liberar Alsacia y obligar a las fuerzas alemanas a estar en aquel frente, y sin tener en consideración los informes que llegaban procedentes de Bélgica, Joffre destinó una división regular y tres de la reserva y las agregó al VII Cuerpo para formar un nuevo ejército de Alsacia

y lanzarlo a una renovada acción en su flanco derecho. El general Pau, ya retirado, fue llamado para ponerse al mando del mismo. Durante los cuatro días en que fue reorganizado, en otros puntos del frente se sucedían los ataques del enemigo. El 14 de agosto, el día en que Pau debía lanzarse hacia delante, fueron vistas treinta cigüeñas volando hacia el sur sobre Belfort, abandonando Alsacia dos meses antes de lo que solían hacerlo normalmente[34].

La nación francesa apenas estaba enterada de lo que había sucedido, pues los partes de guerra del GQG eran una obra maestra de oscuridad. Joffre operaba sobre el principio de que no se les ha de explicar nada a los civiles. Ningún periodista recibió autorización para trasladarse al frente y no se mencionaban los nombres de los generales, ni tampoco el número de bajas que se sufrían. Con el fin de no ofrecer al enemigo la menor información, el GQG adoptó el principio de los japoneses de hacer la guerra «silenciosamente y de un modo anónimo». Francia estaba dividida en dos zonas: la de los ejércitos y la de la retaguardia. En esta última, Joffre no era un dictador absoluto, pero en la primera sí, y ningún civil, ni siquiera el presidente y mucho menos aún los despreciados *parlementaires*, podían entrar en la misma sin su autorización. En las proclamas que iban dirigidas a los habitantes de Alsacia figuraba su firma en lugar de la del presidente.

Los ministros protestaban, argumentando que conocían mejor los movimientos de los ejércitos alemanes que los de los franceses. Poincaré, a quien Joffre, que se consideraba independiente del Ministerio de la Guerra, informaba directamente, se lamentaba de que nunca le hablaban de los reveses que sufrían. En cierta ocasión, cuando fue propuesta una visita presidencial al Tercer Ejército, Joffre dirigió «severas órdenes» a su comandante «de que no debía discutir con el presidente ninguno de los problemas estratégicos o de política exterior»[35]. Y exigía

que se le mandara un informe por escrito sobre las conversaciones. Todos los generales fueron prevenidos de no discutir las operaciones militares con los miembros del gobierno. «En los partes que transmito, nunca hago mención de las operaciones en curso o de mis intenciones», les decía Joffre[36].

Aunque su sistema pronto habría de derrumbarse ante la creciente presión de la opinión pública, en el mes de agosto, cuando desaparecían las fronteras y las naciones eran invadidas, mientras grandes ejércitos se desplegaban en lo que todavía era una guerra de movimientos y la tierra era conmovida por el estruendo de la guerra desde Serbia a Bélgica, las noticias que llegaban del frente eran escasas. A pesar de todos los esfuerzos de los cronistas, la historia no fue relatada con meticulosidad durante aquel mes. El general Gallieni, vestido de civil, sentado en un pequeño café en París la noche del 9 de agosto, oyó que un redactor de *Le Temps*, sentado a la mesa contigua, le decía a un amigo: «Le aseguro a usted que el general Gallieni acaba de entrar en Colmar al frente de treinta mil hombres». Y el general, volviéndose hacia el amigo que le acompañaba, le dijo en voz baja: «Así es como se escribe la historia»[37].

Mientras en Lieja los alemanes esperaban la llegada de los cañones, el mundo entero se maravillaba ante la continuada resistencia de los fuertes, y en Londres, el *Daily Mail*, haciéndose eco de la voz de la calle, afirmó que «nunca serán conquistados». Mientras continuaba la agrupación de los ejércitos, algunos hombres esperaban llenos de ansiedad que se revelara más concretamente el esquema de la ofensiva alemana. Uno de ellos era el general Gallieni, quien se preguntaba: «¿Qué sucede detrás del frente alemán? ¿Qué concentración en masa se está efectuando al otro lado de Lieja? Con los alemanes siempre hemos de temer algo gigantesco»[38].

Para encontrar la respuesta a todas estas preguntas, fue enviada la caballería francesa al mando del general Sordet. Sin

embargo, el impulso de los coraceros fue tan grande que pronto llegaron demasiado adelante[39]. Entraron en Bélgica el 6 de agosto, y cabalgaron a lo largo del Mosa para reconocer la potencia y la dirección de la concentración alemana. Después de cubrir ciento diez millas en tres días, casi cuarenta millas diarias, atravesaron el río por Neufchâteau y llegaron a nueve millas de Lieja. Dado que, según la costumbre establecida, los franceses no desmontaban durante los altos, los caballos estaban agotados por aquellas marchas forzadas. Después de un día de descanso, la caballería continuó su reconocimiento por las Ardenas y al oeste del Mosa hasta Charleroi, pero cuando llegaban comprobaron que los alemanes habían cruzado ya el Mosa con grandes contingentes, y en todas partes la activa artillería alemana formaba una cortina de protección ante la concentración que se estaba llevando a cabo al otro lado de la frontera. Los franceses no pudieron lanzarse a la emocionante carga de caballería y el entrechocar de sables, que era como tradicionalmente se iniciaban las guerras. Aunque más hacia el norte la caballería alemana efectuó una carga en su ofensiva sobre Lovaina y Bruselas, allí evitaron una lucha directa cubriendo todas las concentraciones alemanas con ayuda de los batallones de ciclistas y los cazadores en camiones que mantenían alejados a los franceses con fuego de ametralladora.

Fue descorazonador. Los soldados de caballería de ambos bandos todavía creían en la espada desnuda, la *arme blanche*, a pesar de las experiencias de la guerra civil americana, cuando el general confederado Morgan, empleando a sus hombres como infantería montada con rifles, había gritado: «Vamos, muchachos, aquí vienen esos locos con sus sables. ¡A por ellos!». En la Guerra Ruso-japonesa, un observador inglés, el futuro general *sir* Ian Hamilton, informó de que lo único que podía hacer la caballería frente a los nidos de ametralladoras era cocinar el arroz para la infantería, causando esta noticia tanta extrañeza

en el Ministerio de la Guerra que llegaron a sospechar que sus muchos meses de estancia en Oriente habían trastornado su mente. Cuando un observador alemán en la misma guerra, el futuro general Max Hoffmann, informó de unas conclusiones similares sobre el poder defensivo de los nidos de ametralladoras, Moltke comentó: «¡Nunca ha existido una forma más estúpida de hacer la guerra!»[40].

En 1914, los alemanes obtuvieron pleno éxito en lo que se habían propuesto evitando un encuentro directo entre las dos caballerías. El informe de Sordet de que no habían visto ninguna gran concentración de masas alemanas bajando por la izquierda francesa confirmó las ideas preconcebidas del GQG. Pero los signos de una maniobra de envolvimiento a cargo del ala derecha alemana comenzaban ya a ser muy claros para el rey Alberto y el general Lanrezac, que, puesto que eso les afectaba más directamente, estaban muy preocupados ante estas perspectivas. Otro de éstos era el general Fournier, gobernador de la fortaleza francesa de Maubeuge. Informó al GQG de que la caballería alemana había entrado el 7 de agosto en Huy, junto al Mosa, y que sus informes señalaban que eran la avanzadilla de cinco o seis Cuerpos de Ejército enemigos. Dado que Huy está enclavada en el único sitio donde hay un puente entre Lieja y Namur, era evidente que esta fuerza enemiga tenía la intención de cruzar el Mosa y Maubeuge y, en este caso, tal como prevenía su comandante, no podía hacer frente a un número tan elevado de fuerzas enemigas. Al GQG se le antojó que esta cifra de cinco o seis cuerpos respondía a las elucubraciones de una mente derrotista. Eliminar a los vacilantes fue la principal labor a que se dedicó Joffre durante aquel mes de agosto, y sin pérdida de tiempo relevó al general Fournier de su mando[41]. Más tarde, después de una investigación, la orden fue anulada. Mientras tanto se comprobó que se necesitarían, por lo menos,

quince días para transformar Maubeuge en una plaza fuerte de eficaz capacidad defensiva.

La ansiedad del general Lanrezac, que también había recibido el informe de Huy, iba en aumento[42]. El 8 de agosto mandó a su jefe de Estado Mayor, el general Hely d'Oissel, a convencer al GQG de la grave amenaza de envolvimiento por parte del ala derecha alemana. Las preocupaciones del general Lanrezac eran «prematuras», replicó el GQG, pues tal movimiento sería «desproporcionado respecto a los medios de que disponía el enemigo». Continuaban llegando nuevos informes procedentes de Bélgica, pero ante cada uno de estos informes los cerebros del «Plan 17» encontraban la respuesta adecuada: las brigadas que habían sido vistas en Huy cumplían «una misión especial» o las fuentes de la información «carecían de crédito». El ataque contra Lieja tenía como único objeto «ni más ni menos» que la conquista de una cabeza de puente allí. El 10 de agosto, el GQG se sintió «confirmado en la impresión de que la principal maniobra alemana no se efectuaría en Bélgica»[43].

Aferrándose a sus propios planes ofensivos, el Estado Mayor francés sólo tenía interés en que el Ejército belga resistiera hasta que pudiera ser reforzado por el Quinto Ejército y los ingleses. Joffre envió a otro emisario, el coronel Adelbert, con una carta personal de Poincaré para el rey Alberto, confiando en una «acción conjunta» de ambos ejércitos. Este oficial, que llegó a Bruselas el 11 de agosto, recibió la misma respuesta que su antecesor, de modo que se le dijo que si tenía lugar una ofensiva alemana a través de Bélgica, tal como creía el rey, éste no podía permitir que su ejército quedara dividido en Amberes. El coronel Adelbert, un ferviente apóstol del *élan*, no se atrevía a transmitir el pesimismo del rey Alberto al GQG. Esta desagradable misión le fue ahorrada por una batalla librada al día siguiente, de la que los belgas salieron llenos de gloria[44].

Los ulanos que penetraban en dirección a Lovaina fueron detenidos en el puente de Haelen por el fuego de la caballería belga, al mando del general De Witte. Empleando a su tropa como fusileros de a pie, con ayuda de la infantería, De Witte repitió el éxito del general Morgan en Tennessee. Desde las ocho de la mañana hasta las seis de la tarde, sus fusileros rechazaron las cargas de la caballería alemana con sus lanzas y sus sables. Los ulanos de los mejores escuadrones de Von Marwitz cubrían el suelo y, por fin, los últimos emprendieron la retirada abandonando el campo a los belgas. La gloriosa victoria, anunciada por felices corresponsales en Bruselas como la batalla decisiva de la guerra, provocó el entusiasmo del Estado Mayor belga y el de sus amigos franceses, que ya se veían en Berlín[45]. Los coroneles Adelbert y Ducarne informaron al GQG de que podía considerarse «la retirada de la caballería alemana como definitiva y el proyectado ataque a través de las regiones centrales de Bélgica como aplazado o incluso abandonado».

Su optimismo parecía confirmarse por la resistencia de los fuertes de Lieja. Cada mañana, los periódicos belgas publicaban el triunfal titular: «Les forts tiennent toujours!». El 12 de agosto, el mismo día de la Batalla de Haelen, llegaron los gigantescos cañones que los alemanes esperaban para aniquilar los fuertes.

Lieja estaba aislada del resto del mundo. Cuando los grandes cañones negros se situaron dentro del campo de tiro de los fuertes, sólo los habitantes locales presenciaron la llegada de los monstruos. Sus cavernosas bocas apuntaban hacia arriba como si trataran de perforar el firmamento. A última hora de la tarde del 12 de agosto, uno de los 420 ya había sido emplazado y apuntaba hacia el fuerte de Pontisse. Los servidores, que se cubrían los ojos, la boca y los oídos, estaban tumbados, cuerpo a tierra, en espera del disparo, que se haría eléctricamente desde una distancia de trescientas yardas. A las seis y media, la pri-

mera detonación tronó sobre Lieja[46]. El obús se levantó describiendo un arco de cuatro mil pies y tardó sesenta segundos en alcanzar su objetivo. Cuando dio en el blanco se levantó una gigantesca nube cónica de polvo y humo que subió a una altura de hasta mil pies. Mientras tanto, habían sido emplazados igualmente los Skoda 305 que disparaban contra los otros fuertes, y sus disparos eran dirigidos por observadores de artillería que se habían subido a los campanarios de las iglesias y en globos. Los soldados de las guarniciones belgas oían descender los obuses, que producían un intenso silbido, y oían cómo las detonaciones se acercaban más y más a medida que los tiros eran corregidos, hasta que los obuses estallaban sobre ellos y destruían las fortificaciones de acero y cemento armado. Las galerías quedaban bloqueadas y el fuego, los gases y los ruidos llenaban las cámaras subterráneas, mientras los hombres enloquecían en espera del siguiente disparo.

Antes de que los cañones entraran de nuevo en acción, sólo uno de los fuertes había sido tomado al asalto. El fuerte de Pontisse recibió cuarenta y cinco obuses en el curso de veinticuatro horas, antes de quedar lo suficientemente destruido como para poder ser tomado al asalto por la infantería el día 13 de agosto. Otros dos fuertes cayeron aquel día, y el 14 todos los fuertes al este y al norte de la ciudad estaban en manos del enemigo. Sus cañones habían sido destruidos y las carreteras del norte de la ciudad estaban abiertas. Había empezado el avance del Primer Ejército de Kluck.

Los cañones alemanes fueron transportados para ser empleados en los fuertes del norte. Uno de los 420 fue transportado por la ciudad para ser emplazado contra el fuerte de Loncin. El señor Célestin Demblon, diputado por Lieja, se encontraba en la plaza de San Pedro cuando vio llegar «una pieza de artillería de unas proporciones tan colosales que no podía dar crédito a mis ojos […]. El monstruo avanzaba en dos partes, arras-

tradas por treinta y seis caballos. El empedrado temblaba. El público estaba mudo de consternación por la aparición de aquel aparato tan monstruoso. Lentamente cruzó la Place de Saint Lambert, entró en la Place du Théâtre, luego por los bulevares de la Sauvenière y de Avroy, atrayendo a muchos curiosos. ¡Los elefantes de Aníbal no causaron más asombro a los romanos! Los soldados marchaban muy erguidos, casi con solemnidad religiosa. En el parque de Avroy fue montado con todo cuidado y luego siguió la aterradora explosión, la tierra tembló como si fuera un terremoto y todos los cristales de las ventanas de la vecindad se rompieron [...]»[47].

El 16 de agosto, once de los doce fuertes habían caído en manos del enemigo, y sólo resistía el fuerte de Loncin. Durante los intervalos de los bombardeos, los alemanes enviaban emisarios con bandera blanca para exigir la rendición del general Leman. Éste se negaba. El 16, Loncin fue alcanzado por un obús que explotó en el polvorín y voló el fuerte desde su interior. Cuando los alemanes entraron en las ruinas hallaron el cuerpo, aparentemente sin vida, del general Leman, apresado entre la obra de mampostería. «Respetad al general, está muerto», dijo un ayudante, con el rostro ennegrecido, que montaba guardia junto al cadáver. Sin embargo, Leman estaba vivo, aunque inconsciente. Cuando más tarde lo condujeron en presencia del general Von Emmich le entregó la espada, al tiempo que decía:

—Me han capturado cuando estaba inconsciente. Quiero que esto figure en su informe[48].

—El honor militar no ha sido violado por vuestra espada —le replicó Emmich, devolviéndosela.

Desde Alemania, adonde fue llevado como prisionero, el general Leman le escribió al rey Alberto: «Gustosamente hubiese entregado mi vida, pero la muerte no me quiso»[49]. Sus oponentes, los generales Emmich y Ludendorff, fueron distingui-

dos con la cruz azul, blanca y oro «Pour le Mérite», la más elevada condecoración alemana.

Al día siguiente de la capitulación del fuerte Loncin, empezaron el Segundo y Tercer Ejércitos su avance, dirigiendo el grueso del ala derecha alemana en movimiento en su marcha a través de Bélgica. Puesto que no se había previsto que la marcha empezara antes del 15 de agosto, Lieja había retrasado el avance alemán dos días, y no dos semanas, como el mundo creyó en aquellos momentos. Pero lo que los belgas ofrecieron con su valor a los aliados no fueron ni dos semanas ni dos días, sino una causa y un ejemplo.

12

EL CUERPO EXPEDICIONARIO BRITÁNICO HACIA EL CONTINENTE[*]

El retraso en cubrir el flanco expuesto a la izquierda del general Lanrezac fue debido a una disputa y un desacuerdo que se produjo entre los ingleses, que eran quienes habían de defender este frente. El 5 de agosto, su primer día de guerra, el plan del Estado Mayor, estructurado hasta sus mínimos detalles por Henry Wilson, en lugar de ser llevado automáticamente a la práctica como lo eran los planes de guerra en el continente, tenía que ser aprobado previamente por el Comité de Defensa Imperial. Cuando el Comité se reunió para formar el Consejo de Guerra a las cuatro de aquella tarde, figuraban los jefes civiles y militares y un espléndido coloso, que se sentaba entre ellos por primera vez, y que reunía ambas circunstancias. El mariscal de campo lord Kitchener no se sentía más feliz de ser el nuevo secretario de Estado para la Guerra que sus colegas de tenerle entre ellos. El gobierno estaba nervioso por tener en su seno al primer soldado en activo que formaba parte de un gobierno desde que el general Monk había prestado servicio durante el reinado de Carlos II. Los generales estaban preocupados ante la posibilidad de que utilizara su posición o fuera convencido por el gobierno para que interfiriera en el mando del Cuerpo Expedicionario a Francia. Nadie se sintió desengañado. Kitchener, ya desde el principio, expuso su profundo desprecio hacia la estrategia, la política y el papel asignados al Ejército inglés por el plan anglo-francés.

No resultaba claro cuál había de ser su autoridad, dada su posición. Inglaterra entraba en la guerra con un vago entendi-

miento de que la suprema autoridad residía en el primer ministro, pero sin disposiciones precisas sobre cuáles eran los consejos que había de recibir y aceptar. Los oficiales con mando despreciaban a los oficiales del Estado Mayor, de los que decían que «tenían los cerebros de canario y los modales de los prusianos»[1], y ambos bandos estaban disgustados por la interferencia de los ministros civiles, que eran conocidos como los «ranas». Los civiles hablaban de los militares como los «testarudos»[2]. Durante el Consejo del 5 de agosto, los civiles estaban representados por Asquith, Grey, Churchill y Haldane, y el Ejército, por once generales, entre los que se incluían el mariscal de campo *sir* John French, el previsto comandante en jefe de las fuerzas expedicionarias, sus dos comandantes de cuerpo, *sir* Douglas Haig y *sir* James Grierson, su jefe de Estado Mayor, *sir* Archibald Murray, todos ellos tenientes generales, y el segundo jefe de Estado Mayor, el general mayor Henry Wilson, cuya habilidad para ganarse enemigos políticos había brillado durante la crisis de Curragh y le había hecho perder cargos más elevados. Entre ambos bandos, sin saberse exactamente por cuál se decantaba, estaba lord Kitchener, que consideraba los objetivos de las fuerzas expedicionarias con profundo desprecio y no sentía la menor admiración por su comandante en jefe[3]. No tan volcánico en su forma de expresión como el almirante Fisher, Kitchener empezó a proyectar toda su ira y disgusto contra el plan del Estado Mayor de situar el Ejército inglés a remolque de la estrategia francesa.

Puesto que no había colaborado personalmente en los planes militares para la guerra en el continente, Kitchener podía ver las fuerzas expedicionarias en sus exactas proporciones y no creía que sus seis divisiones pudieran afectar al resultado del inminente choque entre setenta divisiones alemanas y setenta divisiones francesas. Aunque era un soldado profesional, «el más capaz que he conocido en mi vida», dijo lord Cromer

cuando Kitchener asumió el mando en la campaña de Jartum, su carrera había continuado durante los últimos años a nivel olímpico. Trataba los asuntos indios, egipcios y del Imperio a gran escala. Nunca se le había visto hablar o darse cuenta de la presencia de un soldado raso. Al igual que Clausewitz, consideraba la guerra como una continuación de la política y la aceptaba desde este punto de vista. A diferencia de Henry Wilson y del Estado Mayor, no se interesaba por los detalles del desembarco, los horarios de transporte, los caballos y el forraje. Dado que estaba en un plano superior a todos esos detalles, podía ver la guerra en todo su conjunto, en términos de relaciones de potencias, y comprender el inmenso esfuerzo de la expansión militar nacional que se requería para una guerra de larga duración.

«Hemos de estar preparados para organizar ejércitos de millones de soldados y mantenerlos durante varios años»[4], anunció. Sus oyentes se lo quedaron mirando atónitos e incrédulos, pero Kitchener parecía muy seguro de lo que decía. Les dijo que, para luchar y ganar una guerra europea, Gran Bretaña había de contar con un ejército de setenta divisiones, al igual que los ejércitos continentales, y había calculado que este ejército no podría desplegar toda su potencia hasta el tercer año de guerra, repitiendo continuamente que la guerra duraría muchos años. Consideraba el Ejército regular, con sus oficiales profesionales, como el valioso núcleo para la organización e instrucción del ejército que él ya veía en su mente. Mezclarse y perder una batalla inmediata en que él consideraba que concurrían circunstancias altamente desfavorables y en donde su presencia no podría ser decisiva, lo calificaba como una auténtica locura. Si perdía aquellas tropas, no podría contar con otras que las reemplazaran.

La falta del servicio militar obligatorio era la más destacada de las diferencias existentes entre los ejércitos inglés y conti-

nentales. El Ejército regular estaba previsto más para servir en ultramar que para la defensa de la patria, de la que tenían que cuidar los territoriales. Desde que el duque de Wellington declaró que los reclutas para el servicio exterior «deben ser voluntarios»[5], los esfuerzos bélicos ingleses se dirigieron inmediatamente a la organización de un ejército de voluntarios que dejaba en la incertidumbre a las restantes naciones hasta que Gran Bretaña se comprometiera en una nueva guerra. Aunque lord Roberts, el mariscal de campo decano, que ya había rebasado los setenta años, había abogado esforzadamente por la implantación del servicio obligatorio contando con un solo partidario en el Gabinete, que no creemos necesario tener que decir que era Winston Churchill, los obreros se oponían a ello y no había ningún gobierno que quisiera cargar con esta responsabilidad. Las Fuerzas Armadas inglesas en el suelo patrio comprendían seis divisiones y una división de caballería del Ejército regular, y cuatro divisiones regulares con un total de sesenta mil hombres en ultramar, así como catorce divisiones de los territoriales. Una reserva de unos trescientos mil hombres estaba dividida en dos clases: la reserva especial, que no podía completar apenas el Ejército regular para la guerra, y la reserva nacional, que había de reemplazar a los territoriales. En opinión de Kitchener, los territoriales carecían de instrucción, eran unos «aficionados» sin utilidad práctica, y él los consideraba con el mismo desdén, y tan injustamente, como los franceses a sus reservistas, es decir, como una nulidad.

A los veinte años, Kitchener había luchado como voluntario en el Ejército francés en la guerra del año 1870 y hablaba francés perfectamente. Si, como consecuencia de ello, sentía una simpatía especial por Francia no lo demostraba, pues lo cierto es que no era partidario de la estrategia francesa. Durante la crisis de Agadir, le dijo al Comité de Defensa Imperial que temía que los alemanes cruzaran Francia como si fueran «perdi-

ces»[6], y se negó a tomar parte cuando le invitaron en cualquier decisión que pudiera acordar el Comité.

Que Inglaterra le confiara en 1914 el Ministerio de la Guerra, a pesar de ser el único hombre que insistía en organizarse para una guerra de larga duración, no fue debido a sus opiniones, sino a su prestigio. Sin talento para la burocracia de la Administración oficial y sin el menor deseo de conformarse con la «rutina de las reuniones de gobierno», después de estar acostumbrado al estilo de vida de un procónsul, Kitchener hizo todo lo que estuvo en su poder para escapar a su destino. El gobierno y los generales, más conscientes de sus defectos de carácter que de sus virtudes de vidente, gustosamente le hubieran visto partir de nuevo para Egipto, pero no se atrevían a actuar sin él. No fue nombrado ministro de la Guerra por sus puntos de vista, que nadie compartía, sino porque su presencia era indispensable para «tranquilizar los sentimientos públicos»[7].

Desde Jartum, el país había sentido una fe casi religiosa en Kitchener, y existía entre él y el público aquella misma unión mística que había de crearse entre el pueblo de Francia y «Papá Joffre» o entre el pueblo alemán y Hindenburg. Las iniciales «K de K» eran una fórmula mágica, y sus grandes bigotes marciales, un símbolo nacional, que eran para Inglaterra lo mismo que el *pantalon rouge* para Francia. Alto y ancho de hombros, semejaba una imagen victoriana de Ricardo Corazón de León, excepto por algo inescrutable tras sus solemnes y brillantes ojos. Desde el 7 de agosto, los bigotes, los ojos y el índice levantado y señalando encima de la leyenda «Tu país TE necesita», impresionó a todos los ingleses desde los cartelones que pegaban por las paredes. Para Inglaterra, haber ido a la guerra sin Kitchener era lo mismo que un domingo sin ir a misa.

El Consejo de Guerra, sin embargo, daba poco crédito a sus profecías en el momento en que todo el mundo estaba pensando en el problema inmediato de mandar seis divisiones a Fran-

cia. «Jamás se supo cómo o por qué razonamientos predijo que la guerra iba a durar muchos años», escribió Grey mucho más tarde, con sincera admiración. Kitchener estuvo en lo cierto cuando todos los demás estaban equivocados, pero sea porque nunca explicó cómo llegó a aquel convencimiento o sea porque no se consideraba que un militar tuviera tal capacidad de razonamiento, todos sus colegas y contemporáneos supusieron que llegó a esa conclusión, tal como dice Grey, «por instinto, más que por razonamiento»[8].

Cualquiera que fuera la razón, lo cierto es que Kitchener también predijo el esquema de la ofensiva alemana al oeste del Mosa. También en este caso dijeron posteriormente que lo había «adivinado», en lugar de haberlo deducido por «un conocimiento de los tiempos y las distancias», en opinión de un oficial del Estado Mayor. En realidad, lo mismo que el rey Alberto, Kitchener veía el asalto contra Lieja como la acción que arrojaba las primeras sombras del plan de envolvimiento de Schlieffen. Sabía que Alemania no había violado el territorio belga y obligado con ello a entrar a Inglaterra en la guerra para lo que Lloyd George calificaría de «solamente una pequeña violación» a través de las Ardenas. Ya que no cargaba con la responsabilidad de los planes que habían sido hechos antes de estallar la guerra, ahora no podía impedir el destino de las seis divisiones, pero no veía motivo para arriesgar su aniquilamiento en Maubeuge, en donde él temía que se concentrara toda la potencia del avance alemán. Propuso concentrar las divisiones en Amiens, a unas setenta millas más atrás.

Exasperados por este drástico cambio de planes, los generales vieron consolidar su pesimismo en todo lo que hacía referencia a lord Kitchener y a sus interferencias. El bajo, robusto y fornido *sir* John French, que había de asumir el mando en el campo de batalla, se encontraba dominado por sentimientos contradictorios. Su expresión, normalmente crispada, hacía

que presentara el aspecto del hombre que de repente va a sufrir un *shock*, y lo cierto es que los sufrió, si no físicamente, por lo menos emotivamente. Cuando fue nombrado jefe del Estado Mayor Imperial en 1912, informó sin pérdida de tiempo a Henry Wilson de que estaba dispuesto a preparar el Ejército para la guerra contra Alemania, que él consideraba «un hecho cierto»[9]. Desde entonces había sido nominalmente responsable de los planes conjuntos con Francia, aunque en realidad el plan de campaña francés le era prácticamente desconocido…, como también el alemán. Lo mismo que Joffre, había sido nombrado jefe del Estado Mayor sin experiencia en un Estado Mayor o haber pasado por una academia superior.

La elección, lo mismo que la de lord Kitchener para el Ministerio de la Guerra, se debía menos a calificaciones innatas que a su rango y reputación. En los campos de batalla coloniales, donde se había ganado Gran Bretaña su reputación militar, *sir* John había revelado valor y recursos, y lo que una autoridad había calificado como «una visión práctica para las tácticas menores»[10]. Durante la Guerra de los Bóers, sus hazañas como general de la caballería, que habían culminado en el romántico galope a través de las líneas bóers para acudir en auxilio de Kimberley, le habían ganado la fama de ser un valiente comandante dispuesto a correr todos los riesgos, y una reputación popular casi tan grande como las de lord Roberts y Kitchener. Dado que el rendimiento de Gran Bretaña, frente a un adversario no instruido y que carecía de armas modernas, no había sido muy brillante, el Ejército estaba orgulloso y el gobierno se sentía agradecido de poder contar con un héroe. Como oficial de caballería, estaba convencido de formar parte de la élite del Ejército. Su amistad con lord Esher en ningún momento se había revelado como un obstáculo, y políticamente estaba aliado con los liberales, que habían subido al poder en 1906. En 1907 fue ascendido a inspector general. En 1908, representando al

Ejército, acompañó al rey Eduardo durante la visita oficial al zar en Reval. En 1912 fue nombrado jefe del CIGS. En 1913 fue ascendido a mariscal de campo. A la edad de sesenta y dos años era el segundo oficial en grado después de Kitchener, que era dos años mayor, aunque daba la impresión de ser más viejo. Todo el mundo estaba firmemente convencido de que asumiría el mando sobre las fuerzas expedicionarias en caso de una guerra.

En marzo de 1914, cuando la rebelión de Curragh, que había caído sobre las cabezas del Ejército como el templo de Sansón, le obligó a dimitir, parecía como si su carrera hubiese terminado de un modo brusco. Sin embargo, ganó nueva reputación en el seno del gobierno, que creía que había sido la oposición la que había organizado el motín. Cuando, cuatro meses más tarde, se presentó la crisis, French resurgió, y el 30 de julio fue nombrado comandante en jefe para el caso de que Gran Bretaña fuera a la guerra.

Poco inclinado al estudio y con una mente cerrada a los libros, por lo menos, después de sus primeros éxitos en el campo de batalla, French era más conocido por su irritabilidad que por su capacidad mental[11]. «No creo que sea muy inteligente. Es hombre de terrible mal humor»[12], le confió el rey Jorge V a su tío. Lo mismo que su colega al otro lado del Canal de la Mancha, French era un soldado antiintelectual, con la diferencia fundamental de que, mientras que la característica más sobresaliente de Joffre era su firmeza, French era un hombre que cedía a las presiones externas y hacía caso de la gente y de los prejuicios. Se decía de él que tenía «el temperamento belicoso que se atribuye vulgarmente a los irlandeses y a los soldados de caballería». Joffre era imperturbable, hiciera el tiempo que hiciera, pero, en cambio, *sir* John alternaba entre extremos de agresividad con el buen tiempo y depresión con el mal tiempo[13]. Impulsivo y atento a las opiniones ajenas, poseía, en opi-

nión de lord Esher, «el corazón de un niño romántico»[14]. En cierta ocasión le regaló a su antiguo jefe de Estado Mayor, en la Guerra de los Bóers, un frasco de oro como recuerdo de «nuestra larga y firme amistad puesta a prueba bajo el sol y la oscuridad». El amigo en cuestión, Douglas Haig, era algo menos sentimental, pues en agosto de 1914 escribió en su diario: «En lo más íntimo de mi ser, sé que French no está capacitado para este cargo de mando, en este momento de crisis en la historia de nuestra nación». Esta afirmación de Haig estaba en cierto modo condicionada por el hecho de que él mismo se consideraba el hombre más capacitado para aquel cargo, y no había de parar hasta conseguirlo.

El destino y objetivo del Cuerpo Expedicionario inglés, planteado ahora otra vez por Kitchener, fueron debatidos en el seno del Consejo, que, en opinión de Henry Wilson, «ignoraba en su mayoría el problema […] y empezó a discutir sin fundamento cuestiones estratégicas». *Sir* John French, de repente, hizo la ridícula proposición de ir a Amberes, alegando que, dado que la movilización inglesa no había sido completada, aún cabía la posibilidad de cooperar con el Ejército belga. Haig, que igual que Wilson escribía su diario, tembló ante la forma tan despistada en que su jefe cambiaba de planes. Igualmente confuso, *sir* Charles Douglas dijo que todo había sido previsto para el desembarco en Francia y que los ferrocarriles franceses estaban preparados para el transporte de las tropas inglesas, y que cualquier cambio en los planes provocaría «consecuencias graves».

No había otro problema que preocupara tanto al Estado Mayor como la diferencia de capacidad entre los vagones de tren franceses y los ingleses. Los cálculos matemáticos que debían hacerse para el transporte de las tropas resultaban tan complicados que hacían temblar a los oficiales de transporte cada vez que se les amenazaba con un cambio de planes.

Afortunadamente para su estado y tranquilidad espiritual, el desembarco en Amberes fue vetado por Churchill, quien dos meses después había de trasladarse personalmente a aquel puerto y concebir el osado y desesperado desembarco de dos brigadas de marines y de una división territorial en el último minuto, un vano esfuerzo para salvar el puerto belga, tan vital. El 5 de agosto, sin embargo, declaró que la Marina no podía proteger a los barcos de transporte en su larga ruta a través del mar del Norte hasta el Escalda, mientras que, en cambio, podía garantizar, y esto de un modo absoluto, el paso a través del Canal de la Mancha hasta Dover. Añadió que la flota había tenido tiempo para disponer el paso por el Canal de la Mancha y que, por lo tanto, el momento era favorable, e insistió en que las seis divisiones fueran enviadas sin pérdida de tiempo. Haldane le apoyó, así como lord Roberts. Se inició entonces la discusión sobre el número de divisiones que debían mandarse y si había de retenerse una o más hasta que los territoriales hubieran tenido tiempo suficiente para ampliar su instrucción o hasta que pudieran ser traídos refuerzos desde la India[15].

Kitchener insistió en su idea de estacionarse en Amiens y fue apoyado en este sentido por su amigo y futuro comandante en la campaña de Gallípoli, *sir* Ian Hamilton, que, sin embargo, opinaba que las fuerzas expedicionarias tenían que emprender la marcha lo antes posible. Grierson abogó por «números decisivos en los puntos decisivos». *Sir* John French, el más impetuoso de todos, sugirió que «debemos trasladarnos allí ahora mismo y luego ya buscaremos y decidiremos nuestro destino». Fue acordado ordenar el transporte de las seis divisiones y dejar la cuestión de su destino hasta que un representante del Estado Mayor francés fuera consultado con respecto a la estrategia francesa.

Al cabo de veinticuatro horas, como resultado de un temor de invasión que nació en el curso de la noche, el Consejo cam-

bió de parecer y redujo las divisiones a sólo cuatro. Mientras tanto, se habían traslucido las discusiones sobre la potencia de las fuerzas expedicionarias inglesas. La influyente *Westminster Gazette*, órgano de los liberales, denunció el «arriesgado» desmantelamiento del país. Desde el campo opuesto, lord Northcliffe elevó su protesta contra el envío de un solo soldado. Aunque el Almirantazgo confirmara las decisiones del Comité de Defensa Imperial en 1909 y opinara que no se debía pensar en serio en una invasión, no podían borrarse las visiones de desembarcos hostiles en la costa oriental. Con gran disgusto de Henry Wilson, Kitchener, que ahora era el responsable de la seguridad de Inglaterra, destinó a Inglaterra una división que estaba preparada para embarcar rumbo a Francia directamente desde Irlanda y destinó dos brigadas de otras divisiones a la vigilancia de las costas orientales, «provocando la confusión en todos nuestros planes», se lamentó Wilson. Convinieron en mandar las cuatro divisiones y la división de caballería sin pérdida de tiempo, pues el embarque debía empezar el 9 de agosto, enviar algo más tarde la 4.ª División y mantener la 6.ª División en Inglaterra. Cuando el Consejo aplazó sus sesiones, Kitchener estaba bajo la impresión, que no era compartida por los generales, de que se había convenido el destino de las fuerzas a Amiens como lugar de concentración.

Cuando llegó el coronel Huguet, que había sido mandado a toda prisa por el Estado Mayor francés, Wilson le informó detalladamente sobre el embarque. A pesar de que se trataba de una cuestión que no podía mantenerse en secreto frente a los franceses, se ganó la repulsa de Kitchener por haber violado las leyes de seguridad. Wilson contestó violentamente, puesto que, como escribió, «no tenía la menor intención de dejarme intimidar por Kitchener, principalmente cuando dice tonterías, como ha hecho hoy». Así comenzó, o fue agravada, una antipatía mutua que iba a servir de mucha ayuda a las fuerzas expediciona-

rias inglesas. Wilson, que de todos los oficiales ingleses era el que sostenía las relaciones más estrechas con los franceses y que era el portavoz de *sir* John French, era considerado demasiado violento y presuntuoso, y, en consecuencia, era ignorado por Kitchener, mientras que Wilson tenía por un «loco» a Kitchener y lo consideraba un «enemigo tan desaprensivo de Inglaterra como lo era Moltke»[16], y abrumaba con sus intrigas la mente del suspicaz y excitable comandante en jefe.

Del 6 al 10 de agosto, mientras en Lieja los alemanes esperaban la llegada de los cañones monstruo y los franceses liberaban y volvían a perder Mulhouse, 80 000 soldados del Cuerpo Expedicionario inglés, con 30 000 caballos, 316 piezas de artillería de campaña y 125 ametralladoras, eran concentrados en Southampton y Portsmouth. Los sables de los oficiales habían sido recién afilados[17], pues una orden decía que al tercer día de la movilización sus armas debían ser enviadas al maestro armero con este fin, a pesar de que jamás solían usarse para otra cosa que para saludar durante los desfiles. Aparte de estos gestos nostálgicos, ese ejército, según las palabras de un historiador, fue «el ejército inglés mejor instruido, mejor organizado y mejor equipado que nunca fue a una guerra»[18].

El embarque se inició el 9 de agosto y los transportes partían a intervalos de diez minutos. Cada vez que uno de los barcos se hacía a la mar, los otros barcos en el puerto hacían ulular sus sirenas, y los tripulantes saludaban a los que partían. El ruido era tan ensordecedor que un oficial comentó que, sin duda alguna, llegaría a oídos de Kluck[19]. Sin embargo, dado que la Marina había dado la garantía de haber «bloqueado» el Canal de la Mancha al enemigo, no había necesidad de tomar muchas precauciones para el cruce del canal. Los transportes se hicieron a la mar, por la noche, sin escolta. Un soldado que se despertó a las cuatro y media de la mañana se quedó sorprendido al comprobar que toda la flota de barcos de transporte tenía los moto-

res parados, que flotaban sobre un mar liso como un espejo y sin ningún destructor a la vista, pues estaban esperando los barcos de transporte que habían salido de otros puertos para reunirse en mitad del Canal de la Mancha[20].

Cuando desembarcaron los primeros soldados ingleses en Rouen fueron recibidos con más entusiasmo, según un testigo francés, que si hubiesen llegado para expiar lo de Juana de Arco. En Boulogne desembarcaron otros al pie de una columna erigida en honor de Napoleón, en el mismo lugar donde había planeado la invasión de Inglaterra. Otro transporte fue enviado a El Havre, en donde los soldados franceses se subieron a los tejados de sus cuarteles y saludaban con alegres gritos a sus nuevos compañeros de armas. Aquel día, bajo el eco de unos lejanos truenos, el sol se puso de un rojo muy vivo[21].

A la mañana siguiente, por fin vieron en Bruselas al aliado inglés. Hugh Gibson, primer secretario de la legación norteamericana y que había ido a visitar al agregado militar inglés, entró sin anunciarse en el despacho de este último y vio a un oficial inglés, en uniforme de campaña, sucio y sin afeitar, que estaba escribiendo sobre una mesa. Gibson preguntó si el resto del Ejército inglés se ocultaba en el edificio. En realidad, el lugar del desembarco inglés había sido mantenido tan en secreto que los alemanes no conocieron la llegada del Cuerpo Expedicionario inglés hasta que se lo encontraron frente a frente en Mons.

En Inglaterra, las antipatías entre los comandantes empezaban a surgir a la superficie. El rey, durante una visita de inspección, le preguntó a Haig, que era muy popular en la corte, su opinión sobre *sir* John French como comandante en jefe. Haig consideró su deber responder: «Tengo graves dudas sobre si sus conocimientos militares son suficientes para permitirle un mando eficaz». Después de haberse marchado el rey, Haig escribió en su diario que las ideas militares de *sir* John durante la

Guerra de los Bóers «frecuentemente me habían confundido», y añadió la «pobre opinión» que le merecía *sir* Archibald Murray, una «vieja mujer» que «acata en silencio» las órdenes, aunque vayan en contra de su parecer, con el único fin de evitar cualquier discusión con *sir* John. Tampoco él, en opinión de Haig, «está capacitado para el cargo que ostenta ahora». Le dijo a un compañero que *sir* John no le haría el menor caso a Murray, «pero, en cambio, hará todo lo que le diga Wilson, lo que es mucho peor». Wilson no era un soldado, sino un político, una palabra que, según Haig, era «sinónimo de turbios manejos y falsa valoración de los hechos».

El suave, cortés, inmaculado e impecable Haig, que tenía amigos en todos los sitios donde hacía falta tenerlos y que a los cincuenta y tres años tenía una carrera de éxitos ininterrumpidos, estaba preparando el camino para renovar sus laureles.

El 11 de agosto, tres días antes de partir para Francia, *sir* John French se enteró, por primera vez, de unos hechos sumamente interesantes relacionados con el Ejército alemán. Con el general Callwell, segundo jefe de Operaciones, visitó el Servicio de Información[22], cuyo jefe empezó a hablarles de que los alemanes hacían uso de sus reservas. «Empezó a hablar de divisiones de reserva y de divisiones extra de la reserva», escribió Callwell, «como un prestidigitador que se saca una paloma tras otra de su sombrero. Parecía hacerlo a propósito […] era como para enfadarse con aquel hombre». Éstos eran los mismos hechos que habían llegado a oídos del Servicio de Información francés en la primavera de 1914, pero demasiado tarde como para impresionar al Estado Mayor o cambiar sus planes con respecto a la potencia del ala derecha alemana. Unos informes que igualmente llegaron demasiado tarde para cambiar el punto de vista de los ingleses. Para que una nueva idea imprimiera un cambio fundamental en la estrategia, así como en todos los

infinitesimales detalles físicos, hubiera requerido tiempo, mucho más del que se disponía.

Al día siguiente se entabló de nuevo la discusión sobre los problemas estratégicos entre Kitchener y los generales, durante una reunión del Consejo. Además de Kitchener, estaban presentes *sir* John French, Murray, Wilson, Huguet y otros dos oficiales franceses[23]. Aunque Kitchener no podía oír, si no era mentalmente, la explosión de los obuses de los 420, aseguró, sin embargo, que los alemanes se abrirían paso por el Mosa «con potentes fuerzas»[24]. Con un movimiento de su brazo señaló la maniobra alemana en un mapa que colgaba de la pared. Si el Cuerpo Expedicionario inglés se concentraba en Maubeuge, alegó, sería aniquilado antes de haberse preparado para la batalla y lo obligarían a replegarse, lo que resultaría un verdadero desastre para la moral, en este primer encuentro con un enemigo europeo desde la Guerra de Crimea. Insistió en destinar a los ingleses más allá de Amiens para que pudieran disfrutar de una mayor libertad de movimientos.

Sus seis oponentes, los tres oficiales ingleses y los tres franceses, se aferraban insistentemente al plan original. *Sir* John French, apoyado por Wilson, protestó alegando que todo cambio «desarticularía los planes franceses» e insistió en Maubeuge. Los oficiales franceses remarcaron la necesidad de cubrir su flanco izquierdo. Wilson consideró en lo más íntimo de su ser como una «cobardía» la sugerencia de Amiens. Kitchener replicó que el plan francés era peligroso, ya que en lugar de pasar a la ofensiva, a la que estaba «totalmente opuesto», hubiesen debido haber esperado el ataque alemán. La discusión se prolongó durante tres horas, hasta que Kitchener, a pesar de no estar convencido, tuvo que ceder. El plan había sido estructurado hacía cinco años y él lo había conocido y desaprobado fundamentalmente durante estos cinco años. Ahora que las tropas ya ha-

bían sido embarcadas, había que aceptarlo, puesto que no se disponía de tiempo para introducir cambios.

En un último y fútil gesto —o un gesto calculado para librarse de toda responsabilidad— Kitchener se hizo acompañar por *sir* John French en una visita al primer ministro. «Puesto que no entendía nada de todo ello», relató Wilson en su diario, Asquith hizo lo que cabía esperar. Cuando le expusieron el punto de vista de Kitchener y el del Estado Mayor, se decidió por este último. A pesar de haberse reducido a cuatro en lugar de las seis divisiones originales, el CEB partió para su destino tal como había sido convenido.

Kitchener, sin embargo, a diferencia de los ministros francés y alemán de la Guerra, conservó la dirección de los esfuerzos bélicos de su patria, y las instrucciones que le dictó a *sir* John French para la dirección del Cuerpo Expedicionario en Francia reflejan, con claridad, su deseo de conservar las manos libres durante la primera fase de la guerra. Al igual que Churchill, que ya preveía la inmensa tarea que le correspondería llevar a cabo a la Marina inglesa, había ordenado a la flota del Mediterráneo que combatiera al *Goeben* pero que rehuyera una «fuerza superior», también Kitchener, pensando en el ejército compuesto de millones de soldados, asignó una política y una misión al Cuerpo Expedicionario inglés que eran irreconciliables.

«El objetivo especial de las fuerzas bajo su mando —escribió — es apoyar y cooperar con el Ejército francés […] y ayudar a los franceses a impedir o repeler la invasión alemana del territorio francés o belga». Con un cierto optimismo añadió: «[…] y en la medida de lo posible restaurar la neutralidad belga», un proyecto comparable a restaurar la virginidad. Puesto que «la potencia numérica de las fuerzas inglesas es muy limitada» y «teniendo siempre presentes» estas consideraciones, se hacía necesario tener «el mayor cuidado para sufrir el mínimo de bajas y pérdidas». Reflejando la desaprobación de Kitchener por

los planes ofensivos franceses, sus órdenes decían que si eran invitados a participar en cualquier «movimiento ofensivo» en el que los franceses no contaran con una superioridad numérica, o en el curso del cual los ingleses pudieran ser «atacados al exponerse innecesariamente», *sir* John debía consultar previamente con su gobierno y tener «siempre en cuenta que vuestro mando es independiente y que en ninguna circunstancia debe ponerse a las órdenes de un general aliado».

Nada podía ser más claro. De un modo radical Kitchener anulaba el principio de unidad de mando. Su objetivo era preservar el Ejército inglés como un núcleo para el futuro, y sus consecuencias, teniendo en cuenta el temperamento de *sir* John, anulaban todo «apoyo» y «cooperación» con los franceses. Esto afectaría enormemente a los esfuerzos bélicos de los aliados mucho después de haber sido sustituido *sir* John y haber muerto Kitchener.

El 14 de agosto, *sir* John French, Murray, Wilson y un oficial del Estado Mayor, el comandante *sir* Hereward Wake, llegaron a Amiens, desde donde las tropas inglesas debían partir para sus zonas de concentración alrededor de Le Cateau y Maubeuge. Aquel día las fuerzas del ejército de Kluck iniciaban su marcha desde Lieja. El Cuerpo Expedicionario inglés, que marchaba por las carreteras de Le Cateau y Mons, era vitoreado frenéticamente con gritos de «Vivent les anglais!». El recibimiento de que era objeto hacía olvidar la advertencia de lord Kitchener de que las tropas se enfrentarían con ciertas «tentaciones, vinos y mujeres»[25], a las que debían «resistir». Cuanto más avanzaban hacia el norte, mayor era el entusiasmo. Eran besados y cubiertos de flores. Les servían de comer y de beber y se negaban a cobrarles. Durante todo el camino, escribió más tarde un oficial de caballería, «fuimos halagados y vitoreados por aquella gente, que pronto vería sólo nuestras espaldas»[26]. Y añade que

el avance del Cuerpo Expedicionario inglés en dirección a Mons «fue un camino de rosas»[27].

13

SAMBRE Y MOSA[*]

En el frente occidental, al decimoquinto día finalizó el período de concentración y de ataques preliminares. Se inició la fase de la batalla ofensiva. El ala derecha francesa, que comenzaba la ofensiva contra Lorena, ocupada por los alemanes, siguió por un viejo sendero de guerra como existen tantos y tantos en Francia y Bélgica, y en donde siglo tras siglo habían cruzado las legiones arrasando todo lo que encontraban a su paso. En la ruta al este de Nancy los franceses pasaron frente a una lápida que lleva la siguiente inscripción: «Aquí, en el año 362, Jovino derrotó a las hordas teutónicas».

Mientras en el extremo derecho el ejército del general Pau renovaba la ofensiva en Alsacia, el Primero y el Segundo Ejércitos de los generales Dubail y Castelnau marchaban por dos corredores naturales de Lorena que determinaban la línea del ataque francés. Uno llevaba hacia Sarrebourg, objetivo del ejército de Dubail, y el otro, que descendía de las colinas alrededor de Nancy, llevaba por nombre el «Grand Couronné» y conducía por Château Salins a un valle que terminaba en la fortaleza natural de Morhange, objetivo del ejército de Castelnau. Los alemanes habían fortificado la región contra el previsto ataque francés con alambradas, trincheras y emplazamientos de artillería. Tanto en Sarrebourg como en Morhange contaban con posiciones bien fortificadas, de las cuales sólo podían ser desalojados por medio de un ataque de *élan* irresistible o por la artillería pesada. Los franceses contaban con lo primero y desdeñaban lo segundo.

«¡Gracias a Dios que no tenemos artillería pesada!»[1], replicó un oficial de artillería del Estado Mayor cuando en 1909 le preguntaron sobre los cañones del 105, la artillería pesada de campaña. «Lo que da su fuerza al Ejército francés es el poco peso de sus cañones». En 1911 el Consejo de Guerra propuso equipar con cañones del 105 al Ejército francés, pero fueron los propios oficiales de artillería, fieles al famoso cañón francés del 75, los que se opusieron rotundamente a esta innovación. Desdeñaban los pesados cañones de campaña, pues alegaban que entorpecían la movilidad de la ofensiva francesa y los consideraban, al igual que las ametralladoras, armas puramente defensivas. Messimy, el ministro de la Guerra, y el general Dubail, que figuraba entonces en el Estado Mayor, habían logrado que fueran aprobadas algunas baterías del 105, pero debido a los cambios de gobierno y el desdén del cuerpo de artillería, en el año 1914 sólo algunas pocas habían sido incorporadas al Ejército francés.

Por el lado alemán, el frente de Lorena era defendido por el Sexto Ejército de Rupprecht, príncipe heredero de Baviera, así como por el Séptimo Ejército del general Von Heeringen, que el 9 de agosto fue colocado a las órdenes directas de Rupprecht. La misión de éste era involucrar al mayor número posible de tropas francesas en su frente con el fin de que no pudieran ser opuestas al ala derecha alemana. Había de cumplir esta misión, de acuerdo con la estrategia de Schlieffen, replegándose y haciendo que los franceses se metieran en una bolsa en donde, después de haber alargado sus líneas de comunicaciones, podían ser obligados al combate mientras la batalla decisiva se estaba librando en otro punto del frente. La esencia del plan era dejar avanzar al enemigo y, tentándole con una victoria táctica, infligirle una derrota estratégica[2].

Del mismo modo que el plan previsto para la Prusia oriental, se trataba de una estrategia que incluía «peligros psicológicos».

En la hora en que sonaban las trompetas, cuando sus compañeros avanzaban victoriosos, Rupprecht debía aceptar disciplinadamente la necesidad del repliegue, perspectiva poco agradable para un enérgico comandante que sentía un afán indiscutible de victoria y gloria.

Alto y esbelto, de mirada firme y elegantes bigotes, Rupprecht no recordaba en nada a sus dos caprichosos antecesores, los dos reyes Luis de Baviera, cuyas varias y exageradas pasiones, uno por Lola Montez y el otro por Richard Wagner, habían sido la causa de que uno quedara trastornado y el otro fuera declarado loco. Descendía de una rama menos excéntrica de la familia que le había nombrado regente en lugar del rey loco, y descendía del príncipe Ruperto, que había luchado con Carlos I de Inglaterra contra Cromwell. En memoria del rey Carlos, rosas blancas decoraban el palacio de Baviera cada aniversario del regicidio[3]. Rupprecht gozaba de estrechas relaciones con los aliados a causa de la hermana de su esposa Isabel, casada ésta con el rey Alberto de Bélgica. El Ejército bávaro, sin embargo, era esencialmente alemán. Eran «bárbaros», informó el general Dubail después del primer día de batalla, que antes de evacuar una ciudad saqueaban las casas en donde se habían hospedado, destruían las sillas y los colchones, se apropiaban de todo lo que había en los armarios y lo abandonaban todo en ruinas. Éstas eran las costumbres de un ejército que se veía obligado a replegarse. Pero Lorena todavía debería ver cosas mucho peores[4].

Durante los primeros cuatro días de la ofensiva de Dubail y de Castelnau, los alemanes se fueron replegando lentamente según el plan previsto, efectuando únicamente aisladas acciones de retaguardia contra los franceses. Éstos avanzaban por las amplias y rectas carreteras orladas de plátanos, con sus guerreras azules y sus pantalones rojos. Desde los puntos altos en la carretera podían ver a gran distancia los campos de cultivo,

algunos con la alfalfa verde, otros con el grano dorado ya maduro, y otros que ya habían sido arados para la próxima siembra, todo muy cuidado. Las baterías del 75 rugían sobre los campos mientras los franceses entraban en el territorio anexionado que antes había sido suyo. Durante los primeros combates contra una resistencia alemana no muy firme, los franceses alcanzaron la victoria, a pesar de que la artillería pesada alemana, cuando la empleaban, destrozaba sus líneas. El general Dubail, el 15 de agosto, vio pasar las ambulancias que transportaban a los primeros heridos, pálidos y algunos con los miembros arrancados de cuajo. Visitó el campo de batalla del día anterior, que estaba cubierto todavía de cadáveres. El 17, el XX Cuerpo del ejército de Castelnau, al mando del general Foch, ocupó Château Salins y llegó a corta distancia de Morhange. El 18, Dubail conquistó Sarrebourg. La confianza se extendía por todas partes, la *offensive à outrance* parecía haber triunfado, las tropas estaban ebrias de triunfo y ya se veían en el Rin. En aquel momento el «Plan 17» comenzó a desmoronarse, aunque realmente ya hacía varios días que se hundía por sí mismo.

En el frente opuesto de Bélgica, el general Lanrezac había estado insistiendo sin cesar cerca del GQG para que le autorizaran a dirigirse hacia el norte, hacia la derecha alemana en pleno avance, en lugar de tenerlo que hacer en dirección noreste para una ofensiva por las Ardenas y frente al centro de avance alemán[5]. Se veía a sí mismo cercado por las fuerzas alemanas que bajaban por el oeste del Mosa, cuya verdadera fuerza sospechaba, e insistió en que se le permitiera destinar parte de su ejército a la orilla izquierda del Mosa, en un ángulo con el Sambre, en donde podría bloquear el paso de los alemanes. Allí defendería una línea a lo largo del Sambre, el río que nace en el norte de Francia y corre en dirección noreste a través de Bélgica, bordeando los distritos mineros de Borinage, para unirse al Mosa en Namur. Las barcazas de carbón surcan sus aguas

cuando salen de Charleroi, una histórica ciudad que después del año 1914 traería a los franceses recuerdos tan lúgubres como Sedán.

Lanrezac bombardeó al GQG con informes sobre sus propias operaciones de reconocimiento de las unidades alemanas y los movimientos alemanes, que indicaban que una gran masa fluía a ambos lados de Lieja, «cientos de miles, tal vez fueran setecientos mil y puede también que sean dos millones»[6]. El GQG insistía en que estas cifras estaban equivocadas. Lanrezac replicó que potentes fuerzas alemanas bajarían por su flanco en dirección a Namur, Dinant y Givet cuando su propio Quinto Ejército entrara en las Ardenas. Cuando su jefe de Estado Mayor, Hely d'Oissel, cuya conocida melancolía se volvía cada día más y más sombría, llegó al GQG para abogar en nombre de su superior, el oficial que le recibió le gritó: «¿Otra vez? ¿Acaso vuestro Lanrezac continúa preocupado por ser envuelto por su izquierda? Eso no sucederá». Y añadió, haciéndose el portavoz de la tesis básica del GQG: «Y si es así, mucho mejor para nosotros»[7].

Sin embargo, aunque decididos a que nada les distrajera de la ofensiva principal, que debía iniciarse el 15 de agosto, el GQG no podía cerrar sus oídos a la creciente evidencia de una maniobra de envolvimiento a cargo de la derecha alemana. El 12 de agosto, Joffre permitió que Lanrezac destinara su cuerpo izquierdo a Dinant, «en el último momento», musitó Lanrezac, cáustico, pues este movimiento ya no era suficiente. Todo su ejército había de ser destinado al oeste. Joffre se negó, insistiendo, que el Quinto Ejército debía seguir orientado hacia el este para cumplir con la misión que se le tenía asignada en las Ardenas. Siempre celoso de su autoridad, le dijo a Lanrezac: «La responsabilidad de detener un movimiento de envolvimiento no le corresponde a usted»[8]. Exasperado, como todos los hombres de rapidez mental, ante la ceguera de los demás y

acostumbrado a ser respetado como estratega, Lanrezac continuó acosando al GQG. Joffre comenzó a irritarse ante sus continuadas críticas. Opinaba que la misión de los generales era ser leones en el campo de batalla y tan obedientes siempre con sus superiores como un buen perro dócil, un ideal que Lanrezac no podía cumplir, sobre todo cuando se veía frente a un peligro inminente. «Mi inquietud iba en aumento a cada hora que pasaba», escribió más tarde. El 14 de agosto, el último día antes de la ofensiva, fue personalmente a Vitry.

Encontró a Joffre en su despacho acompañado por los generales Belin y Berthelot, su jefe y segundo jefe de Estado Mayor. Belin, que era conocido por su vivacidad, revelaba ya los grandes esfuerzos de días pasados. Berthelot, rápido e inteligente como su colega inglés Henry Wilson, era un inveterado optimista que nunca veía dificultades. Pesaba ciento cinco kilos, y dejando a un lado toda dignidad militar, debido al fuerte calor que reinaba aquel mes de agosto, trabajaba en mangas de camisa y zapatillas. Lanrezac, cuyo oscuro rostro de criollo traslucía ya toda su preocupación, insistió en que los alemanes harían acto de presencia a su izquierda cuando él ya hubiera profundizado por las Ardenas, en donde las dificultades del terreno harían completamente imposible obtener un éxito rápido, y menos aún permitirle alterar entonces los planes. Y en este caso, el enemigo gozaría de plena libertad de movimientos para efectuar su envolvimiento por la izquierda.

Hablando en el tono que Poincaré llamaba «suave», Joffre le dijo a Lanrezac que sus temores eran prematuros, y añadió: «Tenemos la impresión de que los alemanes no tienen nada preparado allí»[9] («allí» era el oeste del Mosa). Belin y Berthelot confirmaron la impresión de que «nada estaba preparado allí» y se dedicaron a darle nuevos ánimos a Lanrezac. Le invitaron a que se olvidara de todo movimiento de envolvimiento y que pensara única y exclusivamente en la ofensiva. Abandonó

el GQG, tal como escribió más tarde, «con la muerte en el alma»[10].

A su regreso al cuartel general del Quinto Ejército en Rethel, en los límites de las Ardenas, encontró sobre su mesa un informe del Servicio de Información del GQG que le hizo comprender que se hallaban, efectivamente, al borde del desastre. Valoraban la fuerza enemiga en el Mosa en unos ocho cuerpos de Ejército y entre cuatro y seis divisiones de caballería… en realidad, unas cifras inferiores a las reales. Lanrezac inmediatamente mandó a un ayudante con una carta a Joffre llamándole la atención sobre estos informes «que proceden de vuestro cuartel general» e insistiendo en que el movimiento del Quinto Ejército a la región entre el Sambre y el Mosa debía ser «estudiado y preparado sin dilación»[11].

Mientras, en Vitry, otro visitante llegaba embargado por una profunda ansiedad para intentar convencer al GQG del peligro que representaba el flanco izquierdo. Cuando Joffre se negó a admitir a Gallieni en su cuartel general, Messimy le había dado un cargo en el Ministerio de la Guerra, en el que todos los informes iban a parar a sus manos. Aunque no figuraban entre éstos los informes del Servicio de Información del GQG que Joffre sistemáticamente no mandaba al gobierno, Gallieni reunió suficiente material para adivinar a grandes rasgos la potente corriente que se cernía sobre Francia, la «terrible inmersión» que Jaurès, previendo el uso de los reservistas en el campo de batalla, ya había predicho. Gallieni le dijo a Messimy que debía trasladarse a Vitry para hacer que Joffre alterara sus planes, pero Messimy, que tenía unos veinte años menos que Joffre, le dijo que había de ser el propio Gallieni, a quien Joffre debía mucho en su carrera y no podría desatender[12]. Cuando llegó Gallieni, Joffre sólo le concedió algunos minutos, y luego lo pasó a Belin y Berthelot. Éstos repitieron las seguridades que ya le habían dado a Lanrezac. El GQG había cerrado su mente «a todas

las pruebas» y se negaba a considerar el avance alemán al oeste del Mosa como una amenaza seria, informó Gallieni a su regreso a Messimy.

Sin embargo, aquella misma noche, ante la cantidad de pruebas que se iban acumulando, el GQG comenzó a vacilar. Joffre, en respuesta al último y urgente mensaje de Lanrezac, convino en «estudiar» el nuevo destino del Quinto Ejército y permitir «unas disposiciones preliminares»[13] para el movimiento solicitado, aunque insistía en que la amenaza en el flanco de Lanrezac «no era inmediata y en modo alguno cierta». A la mañana siguiente, 15 de agosto, la amenaza ya estaba mucho más cerca. El GQG, que dedicaba toda su atención a la gran ofensiva, miraba ahora temeroso hacia la izquierda. Llamaron por teléfono a Lanrezac, a las nueve de la mañana, autorizándole a preparar el movimiento, pero prohibiéndole ejecutarlo hasta recibir órdenes directas del comandante en jefe. Durante el día llegaron informes al GQG comunicando que diez mil soldados de la caballería alemana habían cruzado el Mosa en Huy. Luego, otro informando de que el enemigo atacaba Dinant y había ocupado la ciudadela que dominaba la ciudad de la rocosa colina en la orilla derecha, luego otro comunicado diciendo que habían intentado un nuevo paso del río, pero que se habían tropezado con el I Cuerpo de Lanrezac, que después de una violenta lucha, durante la cual uno de los primeros heridos fue un joven teniente de veinticuatro años de edad llamado Charles De Gaulle, los habían obligado a cruzar de nuevo el puente. Éste era el cuerpo cuyo movimiento al otro lado del río había sido autorizado el 14 de agosto.

La amenaza a la izquierda no podía ser ya minimizada. A las siete de la tarde fue dada, por teléfono, la orden de Joffre de dirigir el Quinto Ejército al ángulo del Sambre y el Mosa. Una hora más tarde, seguía la orden por escrito. El GQG había sucumbido…, pero no totalmente. La orden, «Instrucción Espe-

cial número 10»[14], cambiaba los planes, única y exclusivamente, para hacer frente al peligro de envolvimiento, pero sin renunciar, ni por un momento, a la ofensiva prevista en el «Plan 17». Reconocía que el enemigo «parece dirigir su principal esfuerzo por su ala derecha, al norte de Givet», como si fuera necesario decírselo a Lanrezac, y ordenaba que el grueso del Quinto Ejército emprendiera la marcha en dirección noroeste «para operar conjuntamente con los ejércitos inglés y belga contra las fuerzas enemigas al norte». El resto del Quinto Ejército había de continuar cara al nordeste en apoyo del Cuarto Ejército, al que ahora era transferida la carga principal de la ofensiva por las Ardenas. De hecho, la orden alargaba el Quinto Ejército hacia el oeste, en un frente más ancho y con menos hombres para cubrirlo.

La Orden núm. 10 instruía a la nueva cabeza de puente, el general De Langle de Cary, comandante del Cuarto Ejército, para preparar el ataque «en la dirección general de Neufchâteau», es decir, en el mismo corazón de las Ardenas. Para reforzar la fuerza combativa de su ejército, Joffre puso en movimiento una serie de complicados cambios de tropas[15] entre los ejércitos de De Castelnau, Lanrezac y De Langle. Como resultado de ello, dos cuerpos que habían sido instruidos por Lanrezac le fueron arrebatados y les fueron asignados oficiales nuevos. Aunque estas unidades comprendieran las dos divisiones de gran valor procedentes de África del Norte que el *Goeben* había intentado detener, estos movimientos y los cambios de última hora aumentaron la amargura y el desespero de Lanrezac.

Mientras que el resto del Ejército francés cargaba hacia el este, se veía obligado a proteger la indefensa ala izquierda de Francia del golpe que él estaba convencido iba dirigido a matarla. Se enfrentaba con la misión más difícil, aun cuando el GQG se negara a reconocerlo, y con mínimos medios a su dis-

posición. Su confianza no mejoró en absoluto ante la perspectiva de tener que colaborar con dos ejércitos independientes, el inglés y el belga, a cuyos comandantes no conocía y que eran de rango superior al suyo. Sus hombres debían realizar, bajo el calor de agosto, una marcha de ochenta millas, para la que se precisaban cinco días, e incluso si llegaban a la línea del Sambre antes de que lo hicieran los alemanes, temía que ya fuera demasiado tarde. Los alemanes ya habrían concentrado entonces fuerzas más que suficientes para poder ser contenidos.

¿Dónde estaban los ingleses que debían hallarse a su izquierda? Hasta aquel momento nadie los había visto. A pesar de que por el GQG hubiera podido enterarse exactamente de dónde estaban, Lanrezac ya no tenía ninguna confianza en el GQG y sospechaba sobriamente que Francia era víctima de un indigno truco inglés. O el CEB era un mito o lo más probable es que estuviera jugando una última partida de críquet antes de encaminarse al frente de combate, y se negó a creer en su existencia hasta que fueran vistos personalmente por alguno de sus oficiales. Cada día mandaba destacamentos de exploración, entre los que figuraba el teniente Spears, oficial inglés de enlace con el Quinto Ejército, pero no veían por ninguna parte uniformes ingleses. Esto contribuía aún más a la sensación de peligro por parte de Lanrezac. «Mis temores llegaron a su punto culminante», escribió[16].

Al mismo tiempo que redactaba la Orden número 10, Joffre solicitaba de Messimy trasladar tres divisiones territoriales desde la costa para ocupar el espacio entre Maubeuge y el Canal de la Mancha. Buscaba ahora por dónde lanzar un rápido movimiento contra el ala derecha alemana, pero sin retirar por un solo instante una sola compañía de las que él tenía previstas para su adorada ofensiva. Ni tampoco estaba dispuesto a reconocer que la voluntad del enemigo se imponía ya a la suya. Ni todos los Lanrezac o Gallieni hubiesen podido sacar al GQG de

su íntimo convencimiento de que, cuanto más fuerte fuera el ala derecha alemana, más prometedoras serían las perspectivas para una ofensiva francesa por el centro.

Las tropas alemanas, a través de Bélgica, al igual que las hormigas voraces que periódicamente emergen de las junglas sudamericanas para trazar un sendero de desolación a través del país, se abrían camino por entre los campos, las carreteras, los pueblos y las ciudades, lo mismo que las hormigas, sin detenerse ni ante los ríos ni ante ningún obstáculo, cualquiera que fuera. El ejército de Von Kluck avanzaba hacia el norte de Lieja, y el de Von Bülow, hacia el sur, a lo largo del valle del Mosa, en dirección a la ciudad de Namur. «El Mosa es un precioso collar y Namur, su perla», había dicho el rey Alberto. Corriendo a través de un ancho cañón entre alturas rocosas alejadas de las orillas, el Mosa era la región de las vacaciones donde todos los meses de agosto acampaban las familias, nadaban los jóvenes, los hombres pescaban en sus orillas bajo las sombrillas, las madres hacían sus labores de punto y las barcas con los excursionistas hacían el recorrido entre Namur y Dinant. Parte del ejército de Bülow atravesaba ahora el río en Huy, a medio camino entre Lieja y Namur, para avanzar a lo largo de ambas orillas hacia la segunda fortaleza belga más célebre. El cinturón de fuertes de Namur, construidos en el mismo estilo que los de Lieja, era el último bastión ante Francia. Plenamente confiados ahora en sus gigantescos cañones, que habían dado un rendimiento tan fantástico en Lieja y que acompañaban a Von Bülow, en la segunda misión que le era confiada, los alemanes esperaban haber rebasado Namur en el plazo de sólo tres días. A la izquierda de Von Bülow el Tercer Ejército, al mando del general Von Hausen, avanzaba sobre Dinant, de modo que los dos ejércitos convergían hacia el ángulo del Sambre y el Mosa al mismo tiempo que el ejército de Lanrezac se dirigía a marchas forzadas al mismo sitio. Mientras en el campo de batalla la es-

trategia de Schlieffen se iba desarrollando según el plan previsto, tras el frente hacía su aparición una serie de factores desconcertantes.

El 16 de agosto, el OHL, que había continuado en Berlín hasta el final del período de concentración, se trasladó a Coblenza, en el Rin, a unas ochenta millas detrás del centro del frente alemán. Aquí había soñado Schlieffen con un comandante en jefe que no fuera un Napoleón montado sobre un caballo blanco y contemplara la batalla desde lo alto de una colina, sino un «moderno Alejandro»[17] que la dirigiera desde una «casa con espaciosas oficinas con telégrafos, teléfonos y radio, mientras una flota de coches y motocicletas esperaba para llevar las órdenes. Allí, sentado en un cómodo sillón, el comandante en jefe estudiaría todos los movimientos por medio de un gigantesco mapa. Allí, por teléfono, recibiría los partes de su comandante y daría todas las órdenes pertinentes, en tanto que los globos y dirigibles le informarían de todos los movimientos del enemigo».

Pero la realidad hizo añicos este sueño. El moderno Alejandro era Moltke, que, según su propia confesión, nunca se recuperó de su descorazonadora experiencia con el káiser la primera noche de guerra. Las órdenes que él había de dar habrían sido en vano. Nada causaba mayores preocupaciones a los alemanes que operaban en territorio enemigo que las comunicaciones. Los belgas cortaban las líneas telefónicas y telegráficas, y la poderosa Torre Eiffel interceptaba e interfería las ondas de tal modo que las comunicaciones llegaban incompletas y habían de ser retransmitidas tres o cuatro veces antes de poderse descifrar[18]. La única estación receptora del OHL estaba tan abrumada de mensajes que éstos tardaban de ocho a doce horas en llegar a su destinatario. Ésta era una de las «fricciones» que el Estado Mayor alemán, engañado por la facilidad de las co-

municaciones durante las maniobras, no había tenido en cuenta.

La firme resistencia de los belgas y la visión del «rodillo» ruso avanzando por la Prusia oriental, llenaban de preocupación al OHL. En el Estado Mayor comenzaron a notarse una serie de fricciones. El culto a la arrogancia practicado por los oficiales prusianos afectaba más dolorosamente a ellos mismos y a sus aliados que a nadie. El general Von Stein, el segundo jefe del Estado Mayor, aun cuando era considerado un hombre inteligente, consciente y trabajador, era descrito por el oficial de enlace austriaco en el OHL como un oficial rudo, déspota, un característico representante de lo que era llamado «el tono de la Guardia de Berlín»[19]. El coronel Bauer, de la Sección de Operaciones, odiaba a su jefe, el coronel Tappen, por su «tono mordaz» y sus «odiosos modales» delante de sus subordinados[20]. Los oficiales se quejaban de que Moltke prohibiera el champaña durante las comidas y de que la comida en la mesa del káiser fuera tan mísera que luego debían alimentarse con bocadillos extra[21].

Desde el momento en que los franceses comenzaron su ataque en Lorena, la decisión de Moltke de seguir al pie de la letra el plan de Schlieffen cargando todo el peso en el ala derecha comenzó a ceder. Él y su Estado Mayor confiaban en que los franceses destinarían el grueso de sus fuerzas a su izquierda para hacer frente al ala derecha alemana. Con la misma ansiedad con la que Lanrezac mandaba explorar en busca de los ingleses, el OHL buscaba pruebas de fuertes movimientos franceses al oeste del Mosa, y hasta el 17 de agosto no descubrió nada importante. La negativa del enemigo a comportarse como ellos habían esperado les confundía y desconcertaba. Llegaron a la conclusión, por la ofensiva en Lorena y la ausencia de todo movimiento de importancia en el oeste, de que los franceses estaban concentrando sus fuerzas principales para una ofensiva a

través de Lorena, entre Metz y los Vosgos. Y empezaron a preguntarse si esto no requería un reajuste de la estrategia alemana. Si ésta había de ser la principal dirección del ataque francés, ¿no podrían los alemanes, destinando fuerzas al ala izquierda, librar una batalla decisiva en Lorena antes de que el ala derecha pudiera completar su envolvimiento? ¿Acaso no podrían completar con ello una auténtica Cannae, el doble envolvimiento en que siempre había soñado Schlieffen? El OHL discutió el problema de arrojar el centro de gravedad al ala izquierda desde el 14 al 17 de agosto. Aquel día decidieron que los franceses no se concentraban en Lorena con la intensidad que ellos habían temido en un principio y volvieron al plan original de Schlieffen[22].

Pero una vez que ha sido puesta en duda la certeza de una doctrina, resulta muy difícil volver a tener una completa fe en ella. Mentalmente, Moltke había abierto su mente a una estrategia alternativa, según lo que pudiera hacer el enemigo. La sencillez del «Plan Schlieffen» de arrojar todo el peso a una sola ala y aferrarse estrictamente a este plan, independientemente de lo que hiciera el enemigo, era vista con graves dudas. El plan, que aparecía tan perfecto sobre el papel, comenzaba ahora a derrumbarse. Desde aquel momento, Moltke se sintió atormentado siempre por las dudas antes de tomar una decisión. Y precisamente el 16 de agosto, el príncipe Rupprecht exigió una decisión urgente: solicitó permiso para pasar al contraataque. Su cuartel general en Saint-Avold, una oscura ciudad hundida en un valle del distrito minero del Sarre, no ofrecía diversiones principescas, ni un solo castillo en donde pudiera alojarse, ni siquiera un Grand Hotel. Hacia el oeste se extendía una región de colinas bajo el cielo abierto sin obstáculos de importancia ante el Mosa y, reluciente en el horizonte, el premio: Nancy, la joya de Lorena.

Rupprecht argüía que la mejor manera de cumplir la misión que se le había asignado, es decir, comprometer el mayor número posible de tropas francesas en su frente, se realizaría del mejor modo pasando al ataque, una teoría completamente contraria a la del «saco». Durante tres días, del 16 al 18 de agosto, continuó la discusión por teléfono, que funcionaba felizmente en todo el territorio alemán, entre el cuartel general de Rupprecht y el cuartel general. ¿Acaso aquel ataque francés era el principal esfuerzo del enemigo? Según parecía, no hacían nada «serio» en Alsacia o al oeste del Mosa. ¿Qué significaba todo esto? ¿Acaso el enemigo se negaba a atacar y caer en la «bolsa»? En el caso de que Rupprecht continuara su repliegue, la brecha que se abriría entre él y el Quinto Ejército, su vecino a la derecha, ¿no incitaría a los franceses a atacar por allí? ¿No originaría esto la derrota del ala derecha? Rupprecht y su jefe de Estado Mayor, el general Krafft von Dellmensingen, afirmaban que sí[23]. Alegaban que sus tropas estaban esperando impacientes la orden de ataque, que resultaba difícil contenerlas, que era una vergüenza hacer replegar a unas fuerzas que «querían lanzarse hacia delante», y, peor aún, una locura renunciar a un territorio en Lorena al comienzo mismo de las hostilidades, aunque solamente fuera una medida provisional y temporal.

Fascinado pero asustado, el OHL no adoptaba ninguna decisión. Un comandante de Estado Mayor llamado Zollner fue enviado al cuartel general del Sexto Ejército en Saint-Avold para discutir personalmente la situación. Señaló que el OHL consideraba un cambio en el repliegue planeado, pero no podía renunciar, de un modo definitivo, a la maniobra de la «bolsa». Volvió sin haber llegado a nada definitivo. Apenas se marchó, un avión de reconocimiento informó de movimientos locales franceses en dirección al Grand Couronné, que fueron «inmediatamente interpretados» por el Estado Mayor del Sexto Ejército como prueba de que el enemigo no pensaba «meterse»

dentro de la bolsa y que, por lo tanto, lo mejor que podía hacerse en aquellas circunstancias era atacar sin pérdida de tiempo.

Se avecinaba la crisis. Nuevas conversaciones telefónicas se establecieron entre Rupprecht y Von Krafft por un lado, y Von Stein y Tappen por el otro. Otro mensajero del OHL, el comandante Dommes, llegó, el 17 de agosto, con noticias que hacían que una contraofensiva apareciera como más deseable que nunca. Indicó que el OHL estaba convencido ahora de que los franceses estaban trasladando tropas a su ala occidental y que estas tropas ya no quedaban «ligadas» en Lorena, informó del éxito de los cañones monstruo en Lieja, lo que hacía que las líneas fortificadas francesas ya no parecieran inconquistables, dijo que el OHL creía que los ingleses aún no habían desembarcado en el continente y que, si lograban entablar una batalla decisiva en Lorena, tal vez nunca llegaran a desembarcar. Pero, desde luego, dijo el comandante Dommes, estaba obligado por las instrucciones recibidas de Moltke a fin de evitar y evitar los azares de una contraofensiva, de la cual el principal y más importante riesgo era el de que se trataría de un ataque frontal —el anatema de la doctrina militar alemana—, que hacía completamente imposible el envolvimiento a causa de las montañas y de las fortificaciones francesas.

Rupprecht replicó que existían menos riesgos en el ataque que en una nueva retirada, que cogería al enemigo por sorpresa, que él y su Estado Mayor habían considerado todos los riesgos y sabrían cómo hacer frente a los mismos. Y anunció que ya había tomado la decisión de atacar, a no ser que recibiera una orden tajante del OHL prohibiéndoselo. «¡Que me permitan atacar o que me manden órdenes concretas!», gritó.

Confundido por el «violento tono» del príncipe, Dommes corrió otra vez al OHL en busca de nuevas instrucciones. En el cuartel general de Rupprecht, como escribió el general Von Krafft, «esperábamos preguntándonos si nos transmitirían la

prohibición». Esperaron durante todo el 18 y, al no recibir ninguna orden por la tarde, Von Krafft telefoneó a Von Stein para preguntar si cabía esperar alguna orden. Von Krafft, que había perdido la paciencia, solicitó un «sí» o un «no». «¡Oh, no, nosotros no le prohibimos pasar al ataque! Usted debe asumir la responsabilidad. Tome la decisión que le dicte su conciencia», replicó Von Stein, haciendo poca gala de la autoridad que incumbía a un moderno Alejandro.

—Ya la he tomado. ¡Atacaremos!

—*Na* —contestó Von Stein, usando una expresión vernácula que equivale a un encogimiento de hombros—. Ataque, pues, y que Dios esté con usted.

De esta forma abandonaron la maniobra de la «bolsa». Fue transmitida al Sexto y Séptimo Ejércitos la orden de dar media vuelta y prepararse para la contraofensiva.

Mientras tanto, los ingleses, que los alemanes creían que todavía no habían desembarcado, ya se dirigían hacia las posiciones que les habían sido señaladas en el extremo izquierdo del frente francés. Los apasionados saludos y vítores por parte de la población francesa se debían menos a un profundo amor hacia los ingleses, sus enemigos durante siglos, que a un agradecimiento casi histérico por la aparición de un aliado en una lucha a vida o muerte para Francia. Para los soldados ingleses, que eran besados, alimentados y cubiertos de flores, era como una celebración, una gigantesca fiesta en la que ellos eran los héroes indiscutibles.

Su comandante en jefe, *sir* John French, desembarcó el 14 de agosto, en compañía de Murray, Wilson y Huguet, que había sido destinado al mando inglés como oficial de enlace. Pasaron la noche en Amiens y al día siguiente se trasladaron a París para ser recibidos por el presidente, el primer ministro y el ministro de la Guerra. «Vive le general French! Eep, eep, ooray. Vive

l'Angleterre! Vive la France!», gritaban veinte mil ciudadanos franceses que se habían congregado frente a la Gare du Nord y que llenaban las calles[24]. A lo largo de todo el recorrido hasta la embajada inglesa, la muchedumbre, que decían que era más numerosa que cuando Blériot sobrevoló el Canal de la Mancha, lanzaba vítores entusiastas.

Poincaré quedó un poco sorprendido al descubrir en su visitante a un hombre de modales muy quietos, muy poco militar por su aspecto, de bigotes caídos, que se parecía más bien a un atareado ingeniero que a un valiente oficial de caballería. Un hombre lento y metódico sin mucho *élan*, a pesar de que su hijo político era francés y poseía una finca de verano en Normandía, y que hablaba muy pocas palabras en francés que lograran entenderse. Comenzó asustando a Poincaré cuando le anunció que sus tropas no estarían listas para entrar en combate hasta pasados diez días, es decir, hasta el 24 de agosto. Y Lanrezac temía que el 20 de agosto ya fuera demasiado tarde. «¡Cómo hemos sido engañados! ¡Les creíamos ya preparados para todo y ahora no podrán acudir a la cita!», escribió Poincaré en su diario.

Realmente, se había efectuado un cambio sorprendente en aquel hombre, cuya cualificación más notable para el mando, aparte de su antigüedad y de poseer buenas amistades, había sido hasta aquel momento su ardor combativo. Desde el momento en que desembarcó en Francia, *sir* John French empezó a mostrar una preferencia por la «espera»[25], una curiosa aversión a lanzar el CEB al ataque, un temor a la lucha. Tanto si la causa fueron las órdenes de lord Kitchener y sus advertencias contra «las pérdidas y el despilfarro de material», o que *sir* John French se percatara súbitamente de que tras el CEB no había tropas instruidas en las islas, o bien si al llegar al continente, a unos pocos kilómetros de un enemigo formidable y ante la certeza de tener que entrar en batalla, no pudo soportar el peso de

la responsabilidad, o si bajo las palabras y maneras grandilocuentes de que hacía gala se habían ido deslizando de modo invisible los juicios naturales del valor o se sintió un profundo disgusto por luchar en tierra extranjera por el bien de otra nación, nadie que no haya estado en la misma situación puede juzgarlo.

Desde un principio, las entrevistas con *sir* John French les dejaron a todos profundamente defraudados, sorprendidos o irritados. El objetivo inmediato por el cual el CEB había arribado a Francia —impedir que fuera aniquilada por los alemanes—, parecía tenerle completamente indiferente, o al menos no reaccionaba ante el peligro con la urgencia que requería el caso. Daba la impresión de que creía que su mando independiente, en el que tanto había insistido lord Kitchener, significaba «que podía elegir a su antojo las horas en que debía luchar y las que tenía que descansar»[26], tal como se expresó Poincaré, totalmente indiferente a que los alemanes pudieran aniquilar Francia mientras tanto, haciendo innecesaria toda futura lucha. Tal como había señalado el incomparable Clausewitz, un ejército aliado que lucha bajo un mando independiente es inoportuno, pero si era inevitable, entonces, al menos, era esencial que su comandante «no fuera el más prudente y el más precavido, sino el más emprendedor»[27]. Durante las siguientes tres semanas, las más críticas de la guerra, las razones que argumentó Clausewitz resultarían evidentes.

Al día siguiente, el 16 de agosto, *sir* John French visitó el GQG en Vitry, en donde Joffre descubrió que el hombre «estaba firmemente aferrado a sus propias ideas» y «ansioso de mezclar lo menos posible a su propio ejército»[28]. *Sir* John French, por su lado, no quedó impresionado, debido, tal vez, a la actitud de un oficial inglés frente a las condiciones sociales. La lucha por republicanizar el Ejército francés había redundado en una desgraciada proporción, desde el punto de vista in-

glés, de muchos oficiales que no eran «caballeros». «*Au fond*, no son gente de estirpe. Hemos de tener en cuenta la clase social de que generalmente proceden los generales franceses»[29], le escribió *sir* John a Kitchener algunos meses más tarde. No cabía la menor duda de que el generalísimo francés era hijo de un comerciante.

En aquella ocasión, de un modo cortés pero insistente, Joffre expresó su deseo de que el CEB entrara en acción en el Sambre al lado de Lanrezac el 21 de agosto. Contrariamente a lo que le había dicho a Poincaré, *sir* John French dijo que haría todo lo que estuviera a su alcance para acudir a la cita en esta fecha. Solicitó, dado que debía defender el extremo más expuesto del frente francés, que Joffre pusiera la caballería de Sordet y dos divisiones de la reserva «directamente a mis órdenes». Joffre se negó rotundamente. Cuando informó a Kitchener, *sir* John French dijo que había quedado «altamente impresionado»[30] por el general Berthelot y el Estado Mayor, a los que veía «muy confiados y serenos», y que habían hecho gala de una «completa ausencia de confusión». No expresó ninguna opinión respecto a Joffre, salvo que parecía valorar la «actitud de espera», un juicio curioso y erróneo.

La siguiente visita fue a Lanrezac. El ambiente que reinaba en el cuartel general del Quinto Ejército quedó expresado por el primer saludo que le dirigió Hely d'Oissel a Huguet cuando se presentó con su coche, acompañando a los oficiales ingleses, la mañana del 17 de agosto: «Por fin ha llegado, ya era hora. Si somos derrotados, se lo deberemos a usted»[31].

El general Lanrezac salió al encuentro de sus visitantes, cuya presencia personal no logró esfumar sus sospechas de que se trataba de unos comandantes sin tropa. Y durante la media hora siguiente, nada logró disipar tales recelos. A pesar de que no hablaba inglés y sus visitantes se expresaban en un francés muy deficiente, los dos generales se retiraron a conferenciar sin in-

térpretes, lo que sólo cabe explicar por la manía de guardar el secreto, pero que en aquellos momentos estaba enteramente fuera de lugar, tal como ha dicho el general Spears. Poco después se reunían con sus respectivos estados mayores, algunos de los cuales hablaban los dos idiomas, en la Sala de Operaciones. *Sir* John French fijó su mirada en el mapa, se colocó las gafas, señaló un punto en el Mosa y preguntó en su ininteligible francés si el general Lanrezac creía que los alemanes cruzarían el río en aquel punto que tenía un nombre tan difícil de pronunciar: Huy. Dado que el puente en Huy era el único entre Lieja y Namur y las tropas de Von Bülow lo estaban cruzando mientras él hablaba, la pregunta de *sir* John French era correcta, aunque superflua. Se detuvo ante la frase «cruzar el río» y fue ayudado por Wilson, que dijo «traverser la fleuve» y se detuvo de nuevo antes de pronunciar la palabra «Huy».

«¿Qué dice? ¿Qué dice?», preguntó Lanrezac, impaciente. Le explicaron que el comandante en jefe británico deseaba saber si los alemanes tenían la intención de cruzar el Mosa en Huy. «Dígale al mariscal que creo que los alemanes se han ido a pescar al Mosa», replicó Lanrezac.

«¿Qué dice? ¿Qué dice?», preguntó a su vez *sir* John French, que había comprendido perfectamente el tono, pero no el significado[32].

En el ambiente que se había creado no es extraño que se produjeran malentendidos. Los alojamientos y las líneas de comunicaciones, una inevitable fuente de fricciones entre dos ejércitos vecinos, fueron los primeros en producirlos. Hubo un grave malentendido en el uso de la caballería, pues cada comandante deseaba usarla como medio de reconocimiento para sus propios fines. El cansado cuerpo de Sordet, que Joffre había agregado a Lanrezac, había sido destinado a establecer contacto con los belgas al norte del Sambre, con la esperanza de persuadirles de que no se replegaran hacia Amberes. Lanrezac tenía gran

necesidad, al igual que los ingleses, de obtener información sobre el despliegue del enemigo. Deseaba hacer uso de la caballería británica, que estaba fresca, pero *sir* John French se negó. Dado que había llegado a Francia al frente de cuatro divisiones en lugar de seis, deseaba conservar la caballería como fuerza de la reserva. Lanrezac creyó que lo que pretendía era usarla como infantería montada en el frente.

La discusión más seria se originó cuando se planteó la cuestión de la fecha en que el CEB estaría en condiciones para entrar en acción. A pesar de que el día anterior le había dicho a Joffre que estaría listo el día 21, *sir* John French declaró lo mismo que le había dicho a Poincaré: que no estaría preparado hasta el día 24. Para Lanrezac, éste fue el golpe final. ¿Creía acaso el general inglés que el enemigo esperaría hasta que él estuviera dispuesto? Era evidente, tal como él había sospechado desde un principio, que no podía confiar en los ingleses. La entrevista terminó con los «rostros sonrojados». Posteriormente, Lanrezac informó a Joffre de que los ingleses no estarían listos «hasta el 24, como mínimo», «que pensaban usar su caballería como infantería montada» y «que no puede contarse en absoluto con ellos», y planteó la cuestión de la confusión que se originaría en las carreteras con los ingleses «en el caso de una retirada». Esta frase produjo un choque en el GQG. Lanrezac, el «auténtico león» de admirada agresividad, ya consideraba la posibilidad de una retirada.

También *sir* John French recibió un *shock* cuando llegó a su cuartel general, que había sido establecido provisionalmente en Le Cateau, en donde se enteró de que el comandante de su Segundo Cuerpo, su buen amigo el general Grierson, había muerto súbitamente aquella mañana en el tren, cerca de Amiens. La solicitud de French de que le enviaron un determinado general fue rechazada[33]. Kitchener mandó al general *sir* Horace Smith-Dorrien, con el que French nunca había simpatizado. Al igual

que Haig, Smith-Dorrien no sentía el menor respeto por el comandante en jefe y tendía a actuar por iniciativa propia[34]. *Sir* John French dedicó toda su aversión hacia Smith-Dorrien, y la puso de manifiesto, cuando todo acabó, en aquel triste y complejo documento que tituló «1914», que un distinguido crítico calificó como «el libro más desgraciado que jamás se haya escrito»[35].

En el cuartel general del Ejército belga, en Lovaina, el 17 de agosto, el día en que *sir* John French se entrevistaba con Lanrezac y Rupprecht pedía permiso para pasar al contraataque, el primer ministro De Broqueville llegó para discutir con el rey Alberto la cuestión de trasladar el gobierno de Bruselas a Amberes. Destacamentos de todos los ejércitos de Von Kluck, en la proporción de cuatro o cinco frente a uno de los belgas, atacaban el frente belga junto al río Gette, a una distancia de quince millas. Ocho mil soldados del ejército de Von Bülow atravesaban el río en Huy, a treinta millas de distancia, y enfilaban hacia Namur. Si Lieja había caído, ¿qué confianza podía inspirar Namur? El período de concentración había terminado, el grueso del avance alemán estaba en marcha y todavía no habían llegado aquellos ejércitos que iban a proteger la neutralidad belga. «Estamos solos. Los alemanes, lo más seguro es que invadan las regiones centrales de Bélgica y ocupen Bruselas, y no sabemos cuál será el curso final de los acontecimientos», le dijo el rey a De Broqueville[36]. Es cierto que se confiaba en que la caballería francesa llegara aquel día a la región de Namur, pues Joffre, cuando informó al rey Alberto de su misión, le había dicho que la opinión que le merecían al GQG las unidades alemanas al oeste del Mosa era sencillamente la de formar una «cortina de humo»[37]. Le había prometido que pronto llegarían nuevas unidades francesas para cooperar con los belgas en su lucha contra el enemigo. Pero el rey Alberto no estaba de acuerdo con la opinión de que los alemanes en el Gette y en Huy fueran una

cortina de humo. Adoptaron el triste acuerdo de que el gobierno abandonara la capital. El 18 de agosto el rey ordenó también el repliegue general del Ejército desde el Gette a la zona fortificada de Amberes y el traslado del cuartel general de Lovaina a quince millas hacia atrás, en Malinas.

La orden produjo un «profundo disgusto y desconsuelo»[38] entre los altos mandos del Estado Mayor belga, y de un modo especial en el coronel Adelbert, representante personal del presidente Poincaré. Enérgico y brillante, cualificado para la ofensiva en la guerra, lo era «mucho menos» para las operaciones diplomáticas, como admitió el ministro francés en Bélgica.

«¿No pretenderán ustedes retirarse ante una simple avanzadilla de caballería?», vociferó el coronel Adelbert. Sorprendido y enojado, acusó a los belgas de «abandonar» a los franceses sin previa advertencia en el preciso momento en que los cuerpos de caballería franceses habían hecho acto de presencia al norte del Sambre y del Mosa. «Las consecuencias militares serán graves, la moral de los alemanes aumentará y Bruselas quedará expuesta a las incursiones de la caballería alemana». Ésta era la opinión que le merecía el enemigo que dos días después había de conquistar Bruselas con más de un cuarto de millón de hombres. Aunque su juicio era equivocado y su tono, duro, la angustia del coronel Adelbert, desde el punto de vista francés, era completamente comprensible. La retirada hacia Amberes significaba que el Ejército belga se replegaría, asimismo, del flanco aliado y rompería todo contacto con los franceses en vísperas de la gran ofensiva francesa[39].

Durante el día 18 de agosto, la decisión del rey fue rectificada diversas veces en la agonía de la indecisión entre el deseo de salvar al Ejército belga del aniquilamiento y la aversión a renunciar a unas buenas posiciones para cuando pudiera llegar la ayuda de los franceses. Antes de que terminara el día, el dilema del rey fue solucionado por la Orden número 13 de Joffre, de

aquella fecha, que daba a entender, sin dudas de ninguna clase, que el principal esfuerzo francés se realizaría en otra dirección, dejando a Bélgica la protección de su flanco en Namur con la ayuda que le pudieran proporcionar el Quinto Ejército y los ingleses. El rey Alberto no vaciló un momento más. Confirmó la orden de retirada hacia Amberes, y aquella noche las cinco divisiones belgas abandonaron sus posiciones en el Gette y se replegaron a Amberes, a la que llegaron el 24 de agosto.

La Orden número 13 de Joffre[40] era la señal de «preparados» para la gran ofensiva a través del centro alemán, en la que los franceses habían depositado todas sus esperanzas. Iba dirigida al Tercer, Cuarto y Quinto Ejércitos y también fue comunicada a belgas e ingleses. Instruía al Tercer y Cuarto Ejércitos, de los generales Ruffey y De Langle de Cary, para disponer el ataque a través de las Ardenas, y dejaba abiertas dos alternativas al Quinto Ejército, según la apreciación final de la fuerza alemana al oeste del Mosa. En el primer caso, Lanrezac debía atacar en dirección noroeste por el Sambre, «en estrecho enlace con los ejércitos belga e inglés», y en el segundo caso, en el supuesto de que el enemigo lanzara «sólo una fracción de su grupo del ala derecha» al oeste del Mosa, Lanrezac debía atravesar de nuevo el río y apoyar la ofensiva principal en las Ardenas, «dejando a los ejércitos belga e inglés la tarea de hacer frente a las fuerzas alemanas al norte del Sambre y del Mosa».

Se trataba en este caso de una orden imposible. Exigía del ejército de Lanrezac, que no era una unidad sino una masa heterogénea de tres cuerpos y siete divisiones separadas que cubrían un frente de treinta millas de anchura y que estaba marchando hacia el Sambre, que formara un frente en dos direcciones y, en la segunda alternativa, volver a sus posiciones originales, de las cuales se había marchado Lanrezac hacía sólo tres días. Paralizaba a Lanrezac en espera de que Joffre se decidiera por una de las dos alternativas. Pero la frase «sólo una fracción

de su ala derecha» hizo que perdiera toda su confianza en el GQG. Haciendo caso omiso de la segunda alternativa, continuó su marcha hacia el Sambre. Ocuparía sus posiciones el 20 de agosto, según informó a Joffre, y entonces podría contraatacar a cualquier enemigo que intentara atravesar el río entre Namur y Charleroi «y obligarle a volver sobre el Sambre»[41].

Mientras avanzaban hacia sus nuevas posiciones, sus batallones entonaban «Sambre et Meuse», la canción favorita del Ejército francés, en recuerdo del año 1870.

Le régiment de Sambre et Meuse marchait toujours au cri de liberté.
Cherchant la route glorieuse qui l'a conduit a l'immortalité.
Le régiment de Sambre et Meuse reçut la mort aux cris de liberté.
Mais son histoire glorieuse lui donne droit a l'immortalité.

Lo que motivaba la Orden número 13 era la idea fija del GQG de llevar a la práctica el «Plan 17», que centraba todas sus esperanzas de victoria en una batalla decisiva. En agosto, cuando la guerra era reciente, todavía prevalecía la esperanza de poder poner fin a la misma por medio de una batalla decisiva. El GQG creía firmemente que, a pesar de lo fuerte que pudiera ser el ala derecha alemana, una ofensiva francesa por el centro alemán podría aislarlo y destruirlo. Aquella noche, Messimy, «preocupado» por la debilidad con que era defendida la frontera más abajo del Sambre, telefoneó a Joffre y le dijeron que el generalísimo estaba durmiendo. Pero su respeto era mayor que su angustia y Messimy dijo que no le despertaran. Berthelot le respondió, lleno de confianza: «Si los alemanes cometen la imprudencia de una maniobra de envolvimiento por el norte de Bélgica, ¡mucho mejor! Cuantos más hombres destinen al ala derecha, más fácil resultará para nosotros romper el centro de su frente»[42].

Aquel mismo día, el ala derecha alemana daba la vuelta a través de Bélgica; el ejército de Von Kluck, en el ala derecha, avanzaba sobre Bruselas; Von Bülow, por el centro, se dirigía hacia

Namur, y Von Hausen, por el interior, avanzaba sobre Dinant. Namur, que era defendida por la 4.ª División belga y las tropas de guarnición, estaba aislada y era considerada todavía, a pesar de lo que había ocurrido en Lieja, como una fortaleza inexpugnable. Todos estaban convencidos de que Namur resistiría el tiempo suficiente para permitir a Lanrezac cruzar el Sambre y establecer contacto con sus defensores. El comandante Duruy, antiguo agregado militar en Bruselas, que había sido enviado como oficial de enlace a Namur, informó a Lanrezac el 19 de agosto de que no confiaba en que la fortaleza pudiera resistir durante mucho tiempo. Aislado del resto de su ejército, la moral de sus defensores era muy baja y su reserva de municiones, escasa. Aunque sus puntos de vista fueron rebatidos por muchos, Duruy insistió en su pesimismo[43].

El 18 de agosto, las avanzadillas de Von Kluck llegaron al Gette. La misión de Von Kluck era el aniquilamiento total del Ejército belga. Confiaba realizar esta misión cruzando entre los belgas y Amberes y rodeándolos antes de que pudieran llegar a la zona fortificada de Amberes. Pero llegaba demasiado tarde. La retirada del rey Alberto salvó a su Ejército, que se convirtió en una amenaza para la retaguardia de Von Kluck cuando más tarde continuó en dirección sur en su marcha sobre París. «Han logrado rehuirnos de modo que su ejército no ha sido derrotado de un modo total y ni siquiera hemos logrado alejarlo de Amberes», se vio obligado Von Kluck a informar al OHL.

Poco después había de volverse hacia el sur no sólo con los belgas en su retaguardia, sino con un nuevo enemigo frente a ellos: los ingleses. Los alemanes habían llegado a la conclusión de que el lugar lógico para que los ingleses desembarcaran era en los puertos cercanos al frente belga, y los reconocimientos de la caballería de Von Kluck observaron que los ingleses desembarcaban en Ostende, Calais y Dunkerque el 13 de agosto[44]. En vista de esto, en cualquier momento habían de cruzarse en

el camino de Von Kluck. Pero lo cierto es que desembarcaban mucho más abajo de la costa, en Boulogne, Rouen y El Havre. El informe sobre el desembarco en Ostende, sin embargo, hizo que el OHL temiera que, cuando Von Kluck emprendiera la marcha hacia el sur, su flanco derecho pudiera ser atacado por los ingleses, y que si lanzaba su ala izquierda para combatirlos, entonces podría abrirse una brecha entre su ejército y el de Von Bülow. Para evitar este peligro, el 17 de agosto el OHL colocó a Von Kluck a las órdenes de Von Bülow. ¿Cómo era posible que el OHL reaccionara ante un informe que decía que los ingleses desembarcaban en Ostende, cuando el mismo día le dijeron a Rupprecht que los ingleses todavía no habían desembarcado y que era posible que no llegaran nunca a desembarcar en el continente? Se trata de una de aquellas anomalías de la guerra que sólo pueden ser explicadas por medio de conjeturas. Tal vez los oficiales del Estado Mayor en el OHL que controlaban el ala izquierda formaban un grupo distinto de aquellos a quienes incumbía todo lo relacionado con el ala derecha y no se consultaron mutuamente.

Los comandantes del Primero y Segundo Ejércitos ya habían cumplido los sesenta y ocho años. Von Kluck, un hombre extraño, moreno y de mirada dura, apenas aparentaba esta edad, mientras que Von Bülow, con sus blancos bigotes y rostro sonrosado, daba la impresión de ser mucho mayor. Von Kluck, que había sido herido durante la guerra del año 1870 y había adquirido su título de «von» a los cincuenta años, había sido elegido antes de la marcha y le había sido conferida la fuerza de choque que debía ser el martillo del ala derecha, que tenía que imponer el ritmo de la marcha y que poseía mayor fortaleza, con una densidad de 18 000 hombres por milla, en contraste con los 13 000 de Von Bülow y los 3300 de Rupprecht[45]. Pero, asustado por la perspectiva de un vacío, el OHL creyó que Von Bülow, en el centro del ala derecha, estaría en mejores condicio-

nes para que los tres ejércitos marcharan de acuerdo. Von Kluck, profundamente disgustado[46], discutía diariamente las órdenes que le daba Von Bülow[47], lo que originó muchos inconvenientes, que, junto con la deficiencia en las comunicaciones, provocaron que el OHL, a los diez días, se viera obligado a anular la orden… con el resultado de que se creó un vacío que ya no pudo ser llenado.

Pero, mucho más que Von Bülow, fueron los belgas los que pusieron a prueba a Von Kluck. Su Ejército, al obligar a los alemanes a luchar, retrasó su marcha, y al volar los puentes y los ferrocarriles interrumpió el suministro de munición, víveres, medicamentos y correo, obligando a los alemanes a una continuada división de fuerzas para proteger su retaguardia. Los civiles bloqueaban las carreteras y cortaban las líneas telefónicas y telegráficas, lo que dificultaba las comunicaciones no sólo entre los mandos alemanes y el OHL, sino también entre los mismos ejércitos y entre sus cuerpos. Esta «agresiva lucha de guerrilleros», como la llamó Von Kluck, y, sobre todo, la presencia de los *francs-tireurs*, le exasperaba a él, así como a todos los oficiales alemanes. Desde el momento en que su ejército penetró en Bélgica, consideró necesario tomar, según sus propias palabras, «severas represalias»[48], como «el fusilamiento de civiles y el incendio de sus hogares», para protegerse contra los «traidores» ataques de la población civil. Los pueblos incendiados y los rehenes muertos señalaban el paso del Primer Ejército. El 19 de agosto, después de haber cruzado los alemanes el Gette, al descubrir que el Ejército belga se había replegado durante la noche, desataron su ira contra Aerschot, un pequeño pueblo entre el Gette y Bruselas, que fue el primero en sufrir las consecuencias de una ejecución en masa. En Aerschot fueron fusilados ciento cincuenta ciudadanos[49]. Esta cifra iría aumentando cuando el proceso fue repetido por el ejército de Von Bülow en las Ardenas y Tamines, y culminó en la matanza por el ejército

de Von Hausen de seiscientos doce ciudadanos en Dinant. El método consistía en reunir a los habitantes en la plaza principal, los hombres a un lado y las mujeres al otro, elegir uno de cada diez, conducirlos a un campo cercano y fusilarlos allí. En Bélgica existen muchos cementerios en los que se ven infinidad de lápidas funerarias en las que aparece inscrito un nombre, la fecha 1914 y una leyenda que se repite continuamente: «Fusillé par les allemands». En muchos cementerios han añadido infinidad de nuevas lápidas con la misma leyenda y la fecha del año 1944.

El general Von Hausen, que estaba al mando del Tercer Ejército, era de la opinión, lo mismo que Von Kluck, de que la «pérfida» conducta de los belgas al «multiplicar los obstáculos» en su ruta exigía unas represalias «del máximo rigor y sin la menor vacilación», como eran «la detención de importantes rehenes, por ejemplo los terratenientes, los alcaldes y los sacerdotes, el incendio de sus casas y granjas y la ejecución de todas las personas descubiertas en un acto de hostilidad». El ejército de Von Hausen estaba compuesto por sajones, cuyo nombre, en Bélgica, se convirtió en sinónimo de «salvajes»[50].

Hausen no lograba convencerse de la «hostilidad del pueblo belga». Descubrir «cuánto somos odiados» era una sorpresa para él. Se quejó amargamente de la actitud de la familia D'Eggremont, cuyo lujoso castillo de cuarenta habitaciones, con jardines y establos para cincuenta caballos, le sirvió de alojamiento durante una noche. El anciano conde «no se sacaba las manos de los bolsillos» y los dos hijos mayores se ausentaron durante la cena, el padre llegó demasiado tarde a la mesa y se negó a hablar e incluso a responder a las preguntas que le dirigían, y continuó en esta actitud, a pesar de que Von Hausen prohibió expresamente que sus soldados confiscaran las armas chinas y japonesas que el conde D'Eggremont había coleccio-

nado durante su largo servicio diplomático en Oriente. Ésta fue una experiencia muy desconsoladora para los alemanes.

La campaña alemana de represalias no fue, excepto en casos individuales, una respuesta espontánea a las provocaciones belgas. Había sido preparada de antemano, con aquella conocida meticulosidad alemana, y había sido prevista para intimidar a los belgas y salvar de esta forma tiempo y hombres. La velocidad era un factor vital. Era necesario entrar en Francia con todos los batallones que tuvieran a su disposición. La resistencia belga, que exigía dejar tropas en la retaguardia, era un obstáculo para el plan. Las proclamas ya habían sido impresas con antelación[51]. Tan pronto como los alemanes entraban en un pueblo, las paredes quedaban blancas a causa del gran número de bandos que prevenían a la población contra todo acto de «hostilidad». El castigo para los ciudadanos que dispararan contra los soldados era la pena de muerte, así como también para una gran cantidad de actos menores: «Todo aquel que se acerque a menos de doscientos metros de un aeroplano o un globo será fusilado en el lugar». Y también serían fusilados los propietarios de casas en las cuales fueran halladas armas. Los dueños de las casas en donde se ocultaran soldados belgas serían enviados a «trabajos forzados a perpetuidad» en Alemania. Los pueblos en los que se cometieran actos «hostiles» contra los soldados alemanes, «serán incendiados». En el caso de que estos actos se realizaran «en la carretera entre dos pueblos, se aplicará el mismo castigo a ambos».

En resumen, concluían las proclamas: «Por todos los actos de hostilidad serán aplicados los siguientes principios: todos los castigos serán ejecutados, los rehenes serán apresados». La práctica del principio según el cual toda la comunidad sería considerada responsable, responsabilidad colectiva que había sido expresamente prohibida por la Convención de La Haya,

dejó atónito al mundo del año 1914, que había creído en el progreso de la humanidad.

Von Kluck se lamentaba de que, en cierto modo, estos métodos «eran demasiado lentos para solucionar el mal»[52]. La población belga continuaba haciendo gala de la más implacable hostilidad. «Esa maldita actitud de la población afecta a la parte más vital de nuestro Ejército». Las represalias se hicieron más frecuentes y más graves. Los pueblos incendiados, las carreteras atestadas de fugitivos, los alcaldes fusilados como rehenes, eran hechos conocidos por el mundo entero a través del gran número de corresponsales aliados, norteamericanos y neutrales que, no autorizados a trasladarse al frente por orden expresa de Joffre y Kitchener, habían llegado a Bélgica desde el primer día de la guerra. Entre aquel grupo de agudos comentaristas figuraban, entre los norteamericanos, Richard Harding Davis, para una cadena de periódicos, Will Irwin, del *Collier's*, Irwin Cobb, del *Saturday Evening Post*, Harry Hansen, del *Chicago Daily News*, y John T. McCutcheon, por el *Chicago Tribune*, entre otros. Después de haberse asegurado las credenciales del Ejército alemán, lo acompañaban en su avance. Escribían sobre las ruinas que hallaban a su paso, sobre aquellas casas incendiadas en las que ya no residía ningún ser humano, las agonizantes vacas con las ubres llenas, las columnas de fugitivos en las carreteras, las cosechas sin recoger y la pregunta que les hacían todos ellos, todos los belgas: «¿Han visto ustedes a los franceses? ¿Dónde están los franceses? ¿Dónde están los ingleses?». Un muñeco de trapo en la carretera con la cabeza aplastada por la rueda de un vehículo alemán se le antojó a un corresponsal norteamericano como símbolo del triste sino de Bélgica en aquellos días de guerra[53].

El 19 de agosto, mientras resonaban los disparos de los fusilamientos en Aerschot, reinaba en Bruselas un extraño silencio. El gobierno se había marchado el día anterior. Las banderas to-

davía ondeaban en las calles. La capital, en sus últimas horas, se refugiaba en un impenetrable silencio. Poco antes de finalizar el día fueron vistos los primeros franceses, un escuadrón de cansados jinetes que bajaban por la Avenue de la Toisón d'Or. Algunas horas después llegaron cuatro coches atestados de oficiales en curiosos uniformes de color caqui. La población se animó para lanzar un débil «Les anglais!». Por fin llegaban los aliados de Bélgica, aunque demasiado tarde para salvar su capital. El 19 continuaban llegando los fugitivos del este. Fueron arriadas las banderas, la población había sido prevenida, se respiraba una amenaza en el aire.

El 20 de agosto fue ocupada Bruselas[54]. De pronto hicieron acto de presencia en las calles escuadrones de ulanos con sus lanzas. Eran los heraldos de un sombrío desfile, casi inconcebible en sus efectivos y grandeza. Comenzó a la una marchando una columna tras otra de infantería, con sus uniformes gris verdoso, afeitados y con las botas brillantes y las bayonetas relucientes al sol y las filas cerradas para eliminar los vacíos de aquellos que faltaban. La caballería hizo su aparición con los mismos uniformes gris verdoso y cintas blancas y negras en sus lanzas, como jinetes procedentes de la Edad Media. La falange de sus innumerables cascos parecía anunciar que pisotearían todo lo que encontraran a su paso. La artillería pesada tronaba sobre el empedrado. Doblaban los tambores. Y los soldados cantaban «Heil dir im Siegeskranz» y «Dios salve al rey». Una brigada tras otra. La silenciosa muchedumbre que asistía al desfile estaba estupefacta ante su inmensidad y su perfección. La exhibición del equipo militar cumplió su objetivo.

Los soldados desfilaban por un lado de la avenida para que, por el otro, pudieran circular los oficiales en sus coches y los carteros en sus bicicletas. Los oficiales de caballería causaban una gran impresión. Algunos de ellos fumaban con indolencia y otros llevaban monóculos, pero todos ellos lucían en sus ros-

tros la expresión de un máximo desprecio. Hora tras hora continuó el desfile de los conquistadores, durante toda la tarde y toda la noche hasta el día siguiente. Durante tres días y tres noches los 320 000 soldados del ejército de Von Kluck desfilaron por las calles de Bruselas. Un gobernador general alemán se hizo cargo de la ciudad, la bandera alemana fue izada en el Ayuntamiento, los relojes fueron puestos a la hora alemana y fue impuesta una indemnización de 50 millones de francos a la capital y 450 millones a la provincia de Brabante, que debía hacerse efectiva en el plazo máximo de diez días.

En Berlín, cuando se recibió la noticia de la caída de Bruselas, doblaron las campanas, por las calles se oían gritos de orgullo y satisfacción, el pueblo se dejaba llevar por el entusiasmo, los desconocidos se abrazaban y reinaba una «feroz alegría»[55].

El 20 de agosto, Francia todavía no renunciaba a su ofensiva. Lanrezac había llegado al Sambre y los ingleses estaban a su misma altura. *Sir* John French le aseguró a Joffre que estaba preparado para entrar en acción al día siguiente. Pero llegaron malas noticias de Lorena. Había comenzado la contraofensiva de Rupprecht con tremendos impactos. El Segundo Ejército de Castelnau, desequilibrado por la pérdida del cuerpo que Joffre había transferido al frente de Bélgica, estaba en plena retirada, y Dubail informaba de que debía hacer frente a duros ataques. En Alsacia, ante unas fuerzas enemigas muy reducidas, el general Pau había reconquistado Mulhouse y toda la región circundante, pero ahora que el movimiento de Lanrezac hacia el Sambre había restado fuerza a la ofensiva central, las tropas de Pau habían de ocupar de nuevo su puesto en el frente. Incluso Alsacia, el sacrificio más grande, debía ser sacrificada a causa del «Plan 17». Aunque se confiaba en reconquistar Alsacia en la batalla decisiva, la desesperación del general Pau se trasluce claramente en la última proclama que dirigió a la población que acababa de liberar: «En el norte comienza la gran batalla que

decidirá el destino de Francia y, además, el de Alsacia. Es allí donde el comandante en jefe concentra todas las fuerzas de la nación para el ataque decisivo. Profundamente doloridos, nos vemos en la necesidad de abandonar Alsacia, temporalmente, para asegurar esta victoria final. Es ésta una cruel necesidad a la que han de someterse el ejército de Alsacia y su comandante, un abandono que no harían nunca si no fuera por un caso de extrema necesidad». Lo único que desde aquel momento quedó en manos de los franceses fue una estrecha franja de terreno alrededor de Thann, adonde llegó Joffre en el mes de noviembre para decir sencillamente ante una población silenciosa: «Je vous apporte le baiser de la France». Pasarían cuatro largos años antes de la liberación de Alsacia[56].

En el Sambre, donde Lanrezac debía pasar a la ofensiva al día siguiente, «el día 20 fue un día excitante para la tropa», en palabras del teniente Spears. «Se presentía una crisis en el aire. Todo el mundo se daba cuenta de que se avecinaba una gran batalla. La moral del Quinto Ejército era muy elevada […]. Estaban seguros del éxito». No tan seguro estaba su comandante. El general D'Amade, comandante del grupo de tres divisiones territoriales que Joffre, en un gesto de última hora, había destinado a la izquierda de los ingleses, también estaba inquieto. En respuesta a una pregunta que dirigió al GQG le contestó el general Berthelot: «Los informes sobre la presencia de fuerzas alemanas en Bélgica son enormemente exagerados. No hay motivo para ponerse nervioso. Las disposiciones ordenadas por mí son suficientes por el momento»[57].

A las tres de la tarde, el general De Langle de Cary, del Cuarto Ejército, informó de movimientos enemigos en su sector y preguntó a Joffre si ya debía pasar a la ofensiva. En el GQG continuaba reinando el firme convencimiento de que, cuanto mayores fueran los movimientos en el ala derecha alemana, más débil sería su centro. «Comprendo su impaciencia —repu-

so Joffre—, pero, en mi opinión, no ha llegado todavía el momento de atacar […]. Cuanto más abandonada esté la región [de las Ardenas] en el momento en que pasemos a la ofensiva, mejores serán los resultados que alcanzará el Cuarto Ejército apoyado por el Tercero. Por lo tanto, es necesario que permitamos al enemigo continuar su marcha sin atacarle prematuramente»[58].

A las nueve de aquella noche consideró que había llegado el momento y dio la orden al Cuarto Ejército de que se lanzara a la ofensiva sin pérdida de tiempo. Había sonado la hora del *élan*. Joffre informó a Messimy a última hora del 20 de agosto: «Hay razones para esperar confiadamente el desarrollo de las operaciones»[59].

14

EL DESASTRE: LORENA, ARDENAS, CHARLEROI, MONS

«Es un pensamiento glorioso y horrible —escribió Henry Wilson en su diario el 21 de agosto— el de que, antes de que termine la semana, se habrá librado la batalla más grande que haya conocido la humanidad»[1]. Cuando escribía estas palabras, la batalla ya había empezado. Del 20 al 24 de agosto todo el frente del Oeste quedó enrojecido por la batalla; en realidad, fueron cuatro batallas, mencionadas por la historia colectiva con el nombre de «las Batallas de las Fronteras». Comenzando por la derecha en Lorena, donde la lucha proseguía desde el 4 de agosto, sus resultados se comunicaban a lo largo de la frontera hacia la izquierda, de tal modo que la Batalla de Lorena ejercía sus efectos sobre las Ardenas, y los de ésta sobre el Sambre y el Mosa, en la Batalla de Charleroi, y Charleroi sobre Mons.

La mañana del 20 de agosto, en Lorena, el Primer Ejército del general Dubail y el Segundo Ejército del general De Castelnau se habían lanzado en un sangriento castigo contra las defensas de los alemanes en Sarrebourg y Morhange. La *offensive à outrance* fue contenida demasiado pronto por la artillería pesada, las alambradas y los nidos de ametralladoras. Al preparar las tácticas de asalto, los mandos franceses habían calculado que en veinte segundos la infantería podía recorrer cincuenta metros antes de que el enemigo tuviera tiempo de llevarse el fusil al hombro, apuntar y disparar. Con las ametralladoras, el enemigo sólo necesitaba ocho segundos para disparar, en lugar de veinte. Las Regulaciones de Campaña[2] habían calculado igualmente que la metralla de los 75 «neutralizaría» las defen-

sas y obligaría al enemigo a mantener baja la cabeza y «a disparar sin apuntar al blanco». Por el contrario, tal como Ian Hamilton había advertido desde la Guerra Ruso-japonesa, un enemigo bajo el fuego de la propia artillería, si estaba atrincherado tras parapetos, podía continuar disparando por los agujeros directamente sobre el atacante.

A pesar de los reveses que habían sufrido, los dos generales ordenaron un avance para el día 20 de agosto. Sin el apoyo de artillería, sus tropas se lanzaron contra las líneas fortificadas alemanas. El contraataque de Rupprecht, que el OHL no había tenido el valor de prohibir, se inició aquella misma mañana con un intenso fuego de artillería, que provocó grandes huecos en las filas francesas. El XX Cuerpo de Foch del ejército de Castelnau formaba la punta del ataque. El ataque fue frenado ante Morhange. Los bávaros, cuyo ardor combativo Rupprecht había tenido que contener durante tanto tiempo, se desperdigaron por territorio francés y, tan pronto como alguien lanzaba el grito de «francs-tireurs», saqueaban, fusilaban e incendiaban. En la antigua ciudad de Nomeny, en el valle del Mosela, entre Metz y Nancy, cincuenta ciudadanos fueron fusilados o pasados por la bayoneta el 20 de agosto, y lo que quedó de sus casas, después de haber sido reducidas a escombros por la artillería, fue incendiado por orden del coronel Von Hannapel, del 8.º Regimiento bávaro.

Cuando estaba luchando duramente a lo largo de todo el frente, el ejército de Castelnau fue atacado por su flanco izquierdo por un destacamento alemán procedente de la guarnición de Metz. Cuando su izquierda inició la retirada, con todo el resto de sus reservas mezcladas en la lucha, Castelnau comprendió que sus esperanzas de avance se habían esfumado y renunció a continuar la batalla. La retirada —la palabra prohibida, la idea prohibida— era la única alternativa en aquella situación. Si supo reconocer, tal como afirman los más duros críti-

cos del «Plan 17», que la obligación y el deber del Ejército francés no era atacar, sino defender el territorio francés, es difícil adivinarlo. Ordenó un repliegue general a la línea defensiva del Grand Couronné, puesto que no le quedaba otro remedio que proceder en este sentido. A su derecha el Primer Ejército de Dubail, a pesar de sufrir severas bajas, defendía sus posiciones e incluso había logrado avanzar. Cuando su flanco derecho quedó al descubierto, a causa de la retirada de Castelnau, Joffre ordenó al Primer Ejército que se retirara, al igual que su vecino. La «repugnancia» de Dubail por tener que abandonar unos territorios que había conquistado después de varios días de duras luchas era enorme, y su antigua antipatía por Castelnau no quedó en modo alguno suavizada por una retirada que, según él, «mi ejército no tiene ninguna necesidad de emprender».

A pesar de que los franceses no conocían aún la matanza de Morhange, ya se había apagado la brillante llama de la doctrina de la ofensiva. Murió en el campo de Lorena, en donde al final de aquel día no quedaba otra cosa visible que montones de cadáveres, como si hubiera pasado un huracán de muerte. Fue una de aquellas lecciones, tal como escribió un superviviente, «por medio de las cuales Dios enseña la ley a los reyes». El poder de la estrategia defensiva, que había de transformar la inicial guerra de movimientos en una guerra de posiciones que iba a durar cuatro largos años y a consumir una generación de vidas europeas, se reveló en toda su intensidad en Morhange. Foch, el padre espiritual del «Plan 17»[3], el hombre que decía: «Sólo hay un medio para defendernos: atacar tan pronto como estemos preparados para ello», iba a experimentarlo allí mismo. Durante cuatro años de incesantes luchas, de matanzas inútiles, los dos beligerantes trataron de aprender la lección. Al final fue Foch quien se llevó la victoria. Pero entonces la lección aprendida resultó falsa para la guerra siguiente.

El 21 de agosto, el general De Castelnau se enteró de que su hijo había muerto en el campo de batalla. A los oficiales de su Estado Mayor, que intentaron expresarle sus condolencias, les dijo, después de unos momentos de silencio, una frase que se convertiría en una especie de eslogan en Francia poco después: «Caballeros, hemos de continuar»[4].

Al día siguiente, el tronar de la artillería pesada de Rupprecht sonó incesante. Cuatro mil granadas cayeron sobre Ste. Geneviève, cerca de Nomeny, en un bombardeo que duró setenta y cinco horas. Castelnau consideró que la situación era tan grave como para ordenar la retirada detrás del Grand Couronné para defender Nancy. «Fui a Nancy el 21 —escribió Foch más tarde— y me enteré de que querían evacuar la ciudad. Les dije que el enemigo se encontraba a cinco días de Nancy y que el XX Cuerpo estaba allí. ¡No pasarían por encima del XX Cuerpo!»[5]. Ahora la metafísica de la sala de conferencias se convertía en el «Attaquez!» del campo de batalla. Foch arguyó que, con las líneas fortificadas a sus espaldas, la mejor defensa era pasar al contraataque, y salió victorioso en su punto de vista. El 22 de agosto vio una oportunidad. Entre las zonas fortificadas de Toul y Epinal existía una brecha natural llamada Trouée de Charmes, por la que los franceses habían confiado en canalizar el ataque alemán. Los reconocimientos demostraron que Rupprecht, al continuar su ofensiva en dirección a Charmes, exponía su flanco al ejército de Nancy.

El movimiento de Rupprecht había sido decidido en otra de aquellas conversaciones telefónicas con el OHL. El éxito de los ejércitos alemanes en el ala izquierda, donde obligaron a replegarse a los franceses de Sarrebourg y Morhange, tuvo dos resultados: le fue conferida a Rupprecht la Cruz de Hierro, de Primera y Segunda Clase —un resultado relativamente inofensivo—, y reavivó la visión del OHL de una batalla decisiva en Lorena. Tal vez, a fin de cuentas, se dijeron, la potencia alema-

na podía vencer en un ataque frontal. Tal vez Epinal y Toul resultarían tan vulnerables como Lieja y el Mosela, y no serían un obstáculo mayor de lo que había sido el Mosa. Tal vez, a fin de cuentas, los dos ejércitos del ala izquierda lograran avanzar a través de la línea fortificada francesa y, en cooperación con el ala derecha, efectuar un doble envolvimiento. Tal como nos ha relatado el coronel Tappen, ésta era la perspectiva que brillaba ante los ojos del OHL.

Mientras estas perspectivas eran discutidas por Moltke y sus consejeros, llegó una llamada telefónica del general Von Krafft, el jefe de Estado Mayor de Rupprecht, que deseaba saber si debían continuar el ataque o detenerse. Siempre se había partido de la premisa de que, una vez que los ejércitos de Rupprecht hubiesen detenido la ofensiva inicial francesa y estabilizado el frente, deberían detenerse, organizar sus defensas y destinar todas las fuerzas libres a reforzar el ala derecha. Una alternativa conocida como «Caso 3», sin embargo, había sido cuidadosamente prevista y hacía referencia a un ataque a través del Mosela, pero sólo por orden expresa del OHL[6].

—Hemos de conocer de un modo concreto cómo continuar las operaciones —dijo Krafft—. Supongo que hemos de atenernos al «Caso 3».

—¡No, no! —replicó el coronel Tappen, el jefe de Operaciones—. Moltke no lo ha decidido todavía. Si espera usted cinco minutos podré darle las órdenes que desea.

Antes de cinco minutos volvió con una respuesta sorprendente:

—Continúe la persecución en dirección a Epinal[7].

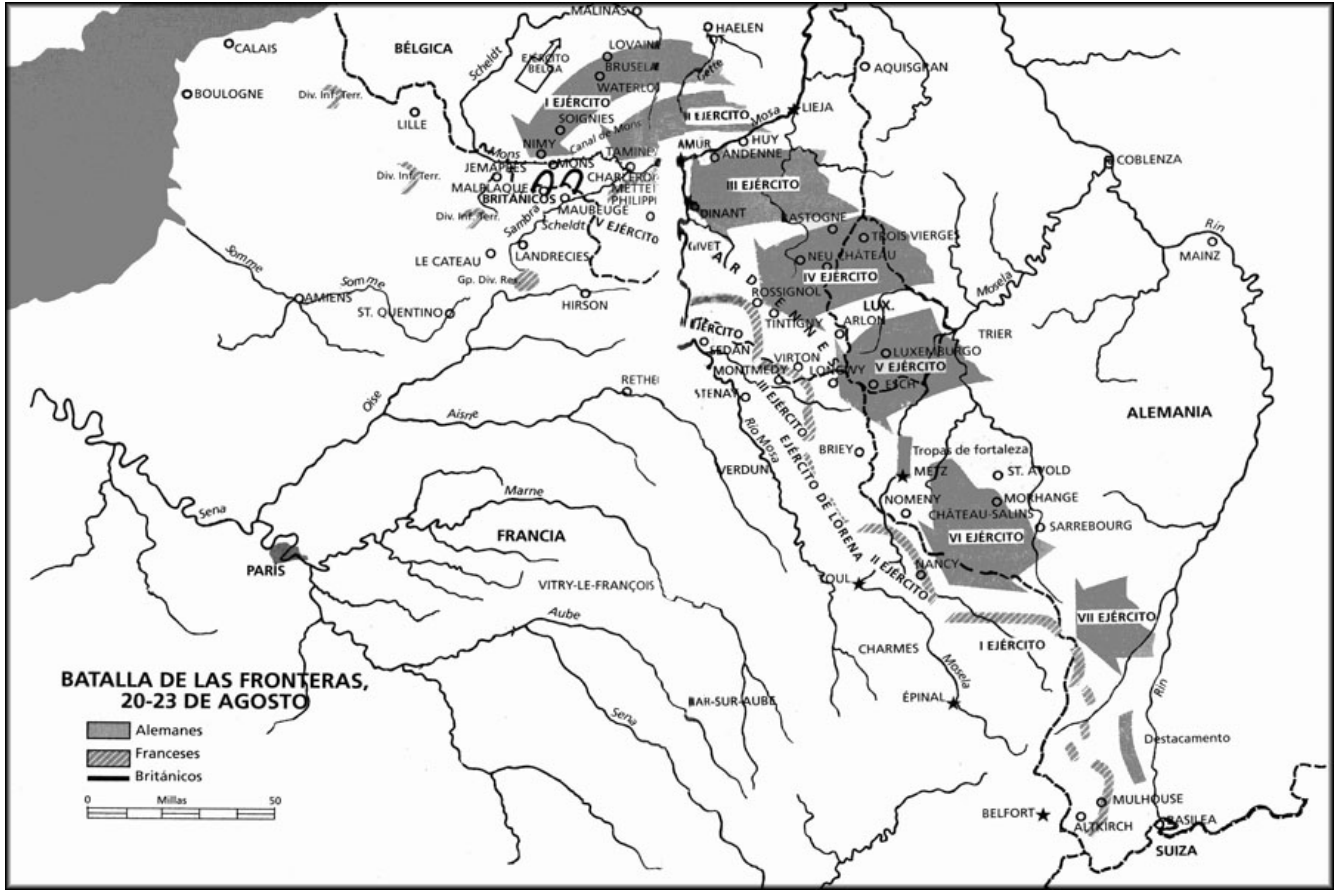
Krafft estaba atónito. «En aquellos momentos tuve la sensación de que había sido tomada una de las decisiones más importantes de la guerra».

«Continúe la persecución en dirección a Epinal» significaba la ofensiva a través de Trouée de Charmes, embarcar al Sexto y Séptimo Ejércitos en un ataque frontal contra la línea fortificada francesa en lugar de tenerlos en reserva, para reforzar el ala derecha. Rupprecht atacó enérgicamente al día siguiente, el 23 de agosto. Foch contraatacó. Durante los días siguientes el Sexto y Séptimo Ejércitos alemanes se enfrentaron en combate con el Primero y Segundo Ejércitos franceses, que estaban apoyados por las baterías de Belfort, Epinal y Toul. Mientras continuaba esta batalla, en otros puntos también se luchaba.

El fracaso de la ofensiva en Lorena no desconcertó a Joffre. Al contrario, vio en el violento contraataque de Rupprecht, que comprometía en la lucha al ala izquierda alemana, el momento propicio para lanzar su ofensiva contra el centro alemán. Después de enterarse de la retirada de Castelnau, la noche del 20 de agosto, Joffre dio la señal para el ataque en las Ardenas, la maniobra central y básica del «Plan 17»[8]. Al mismo tiempo que el Tercer y Cuarto Ejércitos entraban en las Ardenas, ordenó al Quinto Ejército que iniciara la ofensiva a través del Sambre contra el «grupo norte» del enemigo; así era como el GQG llamaba al ala derecha alemana. Dio esta orden a pesar de que acababa de enterarse, por medio del coronel Adelbert y de *sir* John French, de que no podía confiar, como estaba previsto, con la ayuda de los ingleses y los belgas. El Ejército belga, con la excepción de una división estacionada en Namur, se había replegado. El Ejército inglés, en opinión de su comandante, aún tardaría de tres a cuatro días en estar listo para entrar en acción. Además de estos cambios en las circunstancias, la Batalla de Lorena había revelado peligrosos errores. Éstos ya habían sido reconocidos el 16 de agosto, cuando Joffre dictó instrucciones a todos los comandantes del Ejército sobre la necesidad de «esperar el apoyo de la artillería» y de impedir que la tropa se «expusiera impremeditadamente al fuego enemigo»[9].

Sin embargo, Francia había confiado en el «Plan 17» como su único medio para obtener una victoria decisiva, y el «Plan 17» exigía la ofensiva… en aquel momento y no más tarde. La única alternativa posible hubiese sido pasar a la defensiva a lo largo de todo el frente. Pero teniendo en cuenta la instrucción recibida, los planes que habían sido estructurados, el modo de pensar y el espíritu de los organismos militares franceses, esto era completamente inconcebible.

Además, el GQG estaba convencido de que el Ejército francés disfrutaría de una superioridad numérica en el centro. El Estado Mayor no lograba librarse de las garras de la teoría que había dominado todos sus planes: que los alemanes eran muy débiles en el centro. En esta creencia, Joffre dio la orden para la ofensiva general en las Ardenas y en el Sambre para el 21 de agosto.


BATALLA DE LAS FRONTERAS,
20-23 DE AGOSTO
Alemanes
Franceses
Británicos
0
Millas
50
BÉLGICA
ALEMANIA
FRANCIA
SUIZA
CALAIS
BOULOGNE
LILLE
MALINAS
HAELEN
LOVAINA
BRUSELAS
WATERLOO
EJÉRCITO BELGA
I EJÉRCITO
SOIGNIES
NIMY
MONS
JEMAPES
MALPLAQUET
BRITÁNICOS
TAMINES
CHARLEROI
METTEI
PHILIPPI
MAUBEUGE
V EJÉRCITO
LANDRECIES
LE CATEAU
HIRSON
AMIENS
ST. QUENTINO
Div. Inf. Terr.
Gp. Div. Res.
Canal de Mons
Sambre
Scheldt
Somme
Oise
Aisne
Marne
Sena
Aube
Mosa
Tarte
Rio Mosa
Mosela
Rin
II EJÉRCITO
LIEJA
AMUR
HUY
ANDENNE
III EJÉRCITO
DINANT
LASTOGNE
KIVET
ARDENNES
NEU CHÂTEAU
IV EJÉRCITO
ROSSIGNOL
TINTIGNY
ARLON
LUX.
LUXEMBURGO
V EJÉRCITO
ESCH
SEDAN
MONTMEDY
VIRTON
LONGWY
STENAY
RETHEL
VERDUN
BRIEY
EJÉRCITO DE LORENA
II EJÉRCITO
III EJÉRCITO
AQUISGRAN
COBLENZA
MAINZ
TRIER
TROIS VIERGES
Tropas de fortaleza
METZ
ST. AVOLD
NOMENY
MORHANGE
CHÂTEAU-SALINS
SARREBOURG
VI EJÉRCITO
NANCY
TOUL
VITRY-LE-FRANÇOIS
BAR-SUR-AUBE
CHARMES
ÉPINAL
VII EJÉRCITO
I EJÉRCITO
Destacamento
MULHOUSE
BELFORT
ALTKIRCH
BASILEA
PARIS

La región de las Ardenas no es adecuada para una ofensiva. Hay bosques, colinas empinadas desde el lado francés y muchos ríos. César, que tardó diez días en cruzar la región, describió aquellos secretos y oscuros bosques como «un lugar lleno de horror», sendas misteriosas, envueltas siempre en la neblina. Grandes extensiones habían sido taladas y cultivadas desde entonces, las carreteras, los pueblos e incluso dos o tres ciudades de mayor importancia habían sustituido a los bosques de César, pero grandes extensiones de terreno estaban cubiertas todavía de frondosos bosques, y las carreteras eran pocas y propicias para la emboscada. Oficiales del Estado Mayor francés habían recorrido la región antes del año 1914 y conocían perfectamente las dificultades que presentaba. A pesar de sus advertencias, se eligió las Ardenas como el punto para lanzar la ofensiva, puesto que se calculaba que allí la fuerza alemana sería menor. Los franceses se habían persuadido a sí mismos de que era el terreno más favorable, dado que estaban en inferioridad de condiciones en cuanto a artillería pesada, pero disfrutaban de superioridad en artillería de campaña[10]. Las memorias de Joffre, aunque siempre usan el pronombre «yo», fueron compiladas y escritas por una serie de colaboradores militares, y representan una versión muy cuidadosa y virtualmente oficial del pensamiento que dominaba en el Estado Mayor antes y durante el año 1914[11].

El 20 de agosto, en el GQG sospecharon que los movimientos enemigos al otro lado del frente indicaban que unidades alemanas se dirigían al Mosa, ya que las Ardenas estaban relativamente «desprovistas» de enemigos. Puesto que Joffre intentaba convertir su ataque en un movimiento por sorpresa, prohibió los reconocimientos por la infantería, ya que podrían establecer contacto y provocar escaramuzas con el enemigo antes de lanzar el ataque principal. En efecto, consiguieron la sorpresa…, pero ésta lo fue también para el lado francés.

El extremo inferior de las Ardenas limita con Francia en la frontera superior de Lorena, donde está localizada la cuenca de Briey. La región había sido ocupada por el Ejército prusiano en 1870, pero, dado que aún no había sido descubierto el proceso de refinar los minerales de fósforo, Briey no había sido incluida en aquella parte de Lorena anexionada por Alemania. El centro de la región minera era Longwy, a orillas del Chiers, y el honor de conquistar Longwy había sido reservado al príncipe heredero, comandante del Quinto Ejército alemán.

A los treinta y dos años, el heredero imperial era una criatura de torso estrecho, delgado, alto y con cara de zorro, que no se parecía en nada a sus cinco robustos hermanos, que la emperatriz, a intervalos anuales, había regalado a su esposo. Guillermo, el príncipe heredero, daba la impresión de fragilidad física y, según las palabras de un observador americano, «de una capacidad mental normal»[12], a diferencia de su padre. Del mismo modo que a su padre, le gustaban las actitudes teatrales y sufría del compulsivo antagonismo filial tan frecuente en los hijos mayores de los reyes. Se había convertido en el jefe y miembro de la opinión militarista más agresiva y su fotografía era vendida en las tiendas de Berlín con la siguiente leyenda: «Sólo con la espada podemos conquistar el lugar al sol al que tenemos derecho y que nos es negado»[13]. A pesar de su educación para el mando militar, su instrucción, a los treinta y dos años, aún no había alcanzado un grado muy elevado. Era coronel de los Húsares de la Calavera y había prestado un año de servicio en el Estado Mayor, pero nunca había tenido mando sobre una división o un cuerpo. Sin embargo, el príncipe heredero opinaba que su experiencia en el Estado Mayor y su participación en las maniobras durante aquellos últimos años, «le conferían una base teórica para mandar grandes unidades»[14]. Su confianza no hubiese sido compartida por Schlieffen, que era enemigo del nombramiento de comandantes jóvenes y sin experiencia. Te-

mía que pudieran lanzarse a una «*wilde Jagd nach dem Pour le Mérite*» —una caza salvaje en busca de la más alta condecoración—, y no obedecer un plan estratégico.

El papel del Quinto Ejército del príncipe heredero, conjuntamente con el Cuarto Ejército, al mando del duque de Württemberg, había de ser el eje del ala derecha, avanzando lentamente por el centro mientras el ala derecha hacía su maniobra de envolvimiento. El Cuarto Ejército debía avanzar por las Ardenas septentrionales sobre Neufchâteau, mientras que el Quinto Ejército avanzaría a través de las Ardenas meridionales sobre Virton y las dos ciudades francesas fortificadas, Longwy y Montmédy. El cuartel general del príncipe heredero en Thionville, llamado Diedenhofen por los alemanes, en el que tomaba su rancho como un soldado corriente, compuesto de sopa de col, patatas y ternera hervida, era complementado, como concesión a un príncipe, con pato salvaje, ensalada, frutas, vino, café y cigarros. Rodeado por los rostros «graves y sombríos»[15] de la población nativa y celoso de la gloria que había sido conquistada en Lieja y del avance del ala derecha, el príncipe heredero y su Estado Mayor esperaban febrilmente poder lanzarse al ataque. Por fin, el 19 de agosto, llegó la orden de marcha.

Frente al ejército del príncipe heredero estaba el Tercer Ejército francés, a las órdenes del general Ruffey. Solitario apóstol de la artillería pesada, Ruffey era conocido, por su elocuencia a favor de los grandes cañones, como «le poète du canon»[16]. No sólo había osado poner en duda la omnipotencia del 75, sino que incluso había propuesto el uso de los aeroplanos como arma ofensiva y la creación de unas Fuerzas Aéreas de tres mil aviones. La idea no mereció la menor aprobación. «Tout ça c'est du sport!»[17], exclamó el comandante de la École Supérieure, el general Foch, en 1910. Para su uso en el Ejército, añadió en aquella ocasión, «l'avion c'est zéro!». Al año siguiente, durante las maniobras, el general Gallieni, empleando un

avión de reconocimiento, capturó a un coronel del Consejo Superior de Guerra y a todos sus oficiales. En el año 1914 el Ejército francés hacía uso de la aviación, pero el general Ruffey continuaba siendo considerado un hombre de «demasiada imaginación». Además, como había revelado falta de respeto por las opiniones de sus oficiales de Estado Mayor, se había ganado varios enemigos en el GQG antes de entrar en las Ardenas. Su cuartel general estaba en Verdún y su tarea era echar al enemigo hacia la línea Metz-Thionville y reconquistar la cuenca de Briey en el curso de su avance. Mientras hacía retroceder al enemigo a la derecha del centro alemán, su vecino, el Cuarto Ejército, al mando del general De Langle de Cary, lo haría retroceder por la izquierda. Los dos ejércitos franceses se abrirían paso por el centro y atacarían el ala derecha alemana por el flanco.

El general De Langle, un veterano del año 1870, había sido conservado como oficial con mando, a pesar de que ya había llegado a la edad de retiro un mes antes de estallar la guerra. Hombre ágil, fuerte y muy enérgico, se parecía físicamente a Foch y, al igual que éste, en las fotografías siempre daba la impresión de ir a lanzarse hacia delante. En efecto, el general De Langle estaba dispuesto a lanzarse a la acción y se negaba a que lo apartaran de su objetivo proporcionándole noticias poco reconfortantes. Su caballería, que combatía cerca de Neufchâteau, se había tropezado con una fuerte oposición y había sido obligada a retirarse. Una expedición de reconocimiento realizada por un oficial del Estado Mayor le había prevenido nuevamente. El oficial había hablado en Arlon con un preocupado funcionario del gobierno luxemburgués que le había dicho que los alemanes habían concentrado «grandes fuerzas» en los bosques cercanos. El coche en que viajaba el oficial fue ametrallado durante el viaje de regreso, pero su informe fue considerado «pesimista»[18] en el cuartel general del Cuarto Ejército. Había

llegado el momento de demostrar valor y no discreción; el momento de avanzar con rapidez y sin vacilaciones. Tras la batalla recordaría que había estado en desacuerdo con la orden de Joffre de atacar «sin haber procedido antes a un detenido reconocimiento», y escribió: «El GQG deseaba la sorpresa, pero fuimos nosotros los sorprendidos»[19].

El general Ruffey estaba más preocupado que sus vecinos. Tomaba mucho más en serio los informes de los campesinos belgas que hablaban de fuerzas alemanas ocultas en los bosques y en los trigales. Cuando telefoneó al GQG y explicó sus cálculos sobre las fuerzas enemigas que se le oponían, no le prestaron la menor atención[20].

Una densa capa de niebla se cernía sobre todas las Ardenas la mañana del 21 de agosto. El Cuarto y Quinto Ejércitos alemanes habían avanzado durante los días 19 y 20 fortificando sus posiciones. Esperaban un ataque francés, aunque no sabían cuándo ni dónde. En la densa niebla las patrullas de la caballería francesa enviadas a explorar el terreno «iban completamente a ciegas»[21]. Los ejércitos enemigos, que avanzaban a través de los bosques y entre las colinas, incapaces de ver más allá de unos pasos, se tropezaron con ellos antes de que supieran con quién se las tenían que ver. Tan pronto como las primeras unidades establecieron contacto y sus comandantes se percataron de que la batalla había sido iniciada, los alemanes se atrincheraron. Los franceses, cuyos oficiales, en las instrucciones que habían recibido antes de la guerra, desdeñaban instruir a sus tropas en las prácticas defensivas, y que llevaban encima el menor número posible de picos y palas, se lanzaron a un *attaque brusquée* a la bayoneta. Fueron abatidos por el fuego de ametralladora. En otras refriegas, los 75 franceses demolieron unidades alemanas que fueron cogidas por sorpresa.

Durante el primer día, los encuentros fueron aislados y de carácter preliminar, pero el 22 de agosto los bajos de las Arde-

nas estaban azotados por una violenta batalla. En combates separados en Virton, Tintigny, Rossignol y Neufchâteau tronaban y llameaban los cañones, los hombres se lanzaban los unos contra los otros, caían los heridos y se iban amontonando los muertos. En Rossignol, los argelinos de la 3.ª División Colonial francesa fueron rodeados por el VI Cuerpo de Ejército del príncipe heredero y lucharon durante seis horas hasta que quedaron muy pocos supervivientes. Su comandante de división, el general Raffenel, y un comandante de brigada, el general Rondoney, resultaron muertos. Durante la guerra del año 1914, los oficiales caían como si se tratara de soldados rasos.

En Virton, el VI Cuerpo francés, a las órdenes del general Sarrail, atacó a un cuerpo alemán por el flanco con su fuego de los 75. «El campo de batalla fue luego un espectáculo inconcebible», escribió un oficial francés horrorizado[22]. «Miles de muertos quedaron de pie, apoyándose los unos contra los otros». Los oficiales de St. Cyr iban a la batalla con plumas y guantes blancos, pues era considerado muy *chic* morir llevando puestos los guantes blancos. Un sargento francés anónimo llevaba un diario: «Los cañones retroceden a cada disparo. Cae la noche y se asemejan a unos ancianos que sacan sus lenguas y escupen fuego. Montones de cadáveres, alemanes y franceses, cubren todo el campo de batalla con sus fusiles empuñados. Llueve y se oye el estallar de los obuses […], un estallido ininterrumpido. El fuego de la artillería es lo peor. He pasado toda la noche oyendo los gemidos de los heridos […], algunos de ellos eran alemanes. Continúa el cañoneo. Y cuando cesa volvemos a oír el gemido de los heridos en los bosques. Cada día hay dos o tres hombres que se vuelven locos»[23].

En Tintigny, un oficial alemán también llevaba un diario: «No puede uno imaginarse nada más horrible. Hemos avanzado demasiado rápidamente […]. Un civil ha disparado contra nosotros […]. Ha sido fusilado en el acto […]. Hemos recibido

órdenes de atacar el flanco enemigo en el bosque […]. Hemos perdido la dirección […]. El enemigo ha abierto fuego […]. Las granadas caían sobre nosotros como fuego del infierno»[24].

El príncipe heredero, que no deseaba ser superado por Rupprecht, cuyas victorias en Sarrebourg y Morhange ya eran conocidas por todo el mundo, instaba a sus fuerzas a igualar los «prodigios, valor y sacrificios»[25] de sus compañeros en armas. Había trasladado su cuartel general a Esch, en Luxemburgo, y desde allí seguía la batalla en grandes mapas que colgaban de las paredes. El suspense les atormentaba, las comunicaciones telefónicas con Coblenza eran muy malas, el OHL «estaba demasiado atrás», la lucha era terrible y las pérdidas, horripilantes, Longwy aún no había sido conquistada, pero «tenemos la impresión de haber rechazado la ofensiva enemiga». «Sabemos que las unidades francesas se retiran en desorden, pues ya no se trata de un repliegue ordenado».

Y esto era lo que ocurría efectivamente. En el último momento, antes de la batalla, el general Ruffey se dejó arrastrar por la ira al descubrir que tres divisiones de reserva, unos cincuenta mil hombres que habían formado parte de su ejército, ya no pertenecían al mismo[26]. Joffre las había retirado, en respuesta a la amenaza de la ofensiva de Rupprecht para formar un ejército especial de Lorena compuesto por estas tres divisiones y otras cuatro que había sacado de otros puntos del frente. El ejército de Lorena, a las órdenes del general Maunoury, comenzó a formarse el 21 de agosto, entre Verdún y Nancy, para proteger el ejército de Castelnau y el flanco derecho en su avance a través de las Ardenas. Ésta fue una de las reorganizaciones de última hora que demostraban claramente la flexibilidad del Ejército francés, pero que en aquel momento obtuvo un resultado negativo. Redujo la potencia de Ruffey y mantuvo inmóviles siete divisiones en aquel momento crucial. Ruffey alegó posteriormente que si hubiera podido contar con aquellos

cincuenta mil hombres, hubiese podido ganar la Batalla de Virton. Cuando un oficial del GQG llegó a su cuartel general durante la batalla, Ruffey explotó: «Ustedes en el GQG nunca han leído los informes que nosotros les hemos mandado. No tienen la menor idea respecto a las intenciones del enemigo […]. Díganle ustedes al generalísimo que se comporta de un modo mucho peor que en el año 1870, que no sabe absolutamente nada, que por todas partes reina la incapacidad»[27]. Éste no era un mensaje del agrado del Olimpo, donde Joffre y sus dioses achacaban toda la culpa a la incapacidad de sus comandantes y de la tropa, entre ellos Ruffey.

Aquel mismo día, 22 de agosto, el general De Langle experimentaba uno de los momentos más dolorosos para un comandante mientras esperaba nuevas noticias del frente. Atado, «lleno de angustia»[28], a su cuartel general en Stenay, en el Mosa, a veinte millas de Sedán, recibía malas noticias de ambas partes. El instinto de correr a luchar con sus unidades sólo podía contrarrestarlo recordando que un general no debe perderse entre sus hombres, sino que debe dirigir sus movimientos a distancia. Conservaba la sangre fría ante su Estado Mayor, «y demostrar aquel control de sí mismo en los momentos cruciales» resultaba muy difícil.

Cuando finalizaba el día iban conociéndose las terribles bajas sufridas por el Cuerpo Colonial. Otro cuerpo, aunque mal dirigido por su comandante según la opinión de De Langle, se hallaba en retirada, poniendo en peligro a todos sus vecinos. «Grave derrota en Tintigny, pues todas las tropas luchan en situaciones desfavorables», informó a Joffre, comunicando las bajas y la desorganización de sus unidades, lo que hacía completamente imposible llevar a cabo las órdenes que había recibido el 23 de agosto. Pero Joffre no le dio el menor crédito. Con gran serenidad informó a Messimy, incluso después de haber recibido el informe de De Langle, de que los ejércitos ha-

bían tomado posiciones «allí donde el enemigo era vulnerable, para asegurarse de esta forma una superioridad numérica»[29]. Había sido realizada la obra del GQG. Incumbía ahora a la tropa y a sus comandantes completar la obra, dado que disfrutaban «de superioridad numérica». Repitió esta seguridad a De Langle, insistiendo en que, puesto que contaba con sólo tres cuerpos enemigos frente a él, había de reanudar la ofensiva.

En realidad, las tropas en las Ardenas no gozaban de ninguna superioridad, sino todo lo contrario. El ejército del príncipe heredero incluía, además de los tres cuerpos que los franceses habían identificado, dos cuerpos de la reserva con el mismo número de soldados que los cuerpos en activo, al igual que el ejército del duque de Württemberg. Juntos comprendían un número mayor de hombres y armas que el Tercer y Cuarto Ejércitos franceses.

La lucha prosiguió durante el 23 de agosto, pero al final de aquel día ya se sabía que la flecha francesa no había dado en el blanco. El enemigo no había sido «vulnerable» en las Ardenas, tal como habían esperado. A pesar de la potencia masiva de su ala derecha, su centro no había sido débil.

Los franceses no habían logrado romper su frente por el centro. Con el grito de «En avant!», esgrimiendo los sables, con todo el orgullo del Ejército francés, los oficiales habían conducido a sus compañías al ataque… contra un enemigo que se atrincheraba y vomitaba fuego con sus cañones de campaña. Los uniformes grises, que se confundían con la niebla y las sombras, habían derrotado a los *pantalon rouge*, demasiado visibles. Una destrucción sólida, metódica y pertinaz había vencido al *élan*. Los dos ejércitos franceses en las Ardenas estaban en retirada, el Tercero se replegaba sobre Verdún y el Cuarto, sobre Stenay y Sedán. No habían logrado recuperar las minas de Briey, que durante cuatro años más servirían para forjar las

municiones alemanas para la larga guerra. Sin aquellos minerales, posiblemente Alemania no hubiera podido luchar[30].

Sin embargo, la noche del 23 de agosto, Joffre no se percató aún de lo completa que era la derrota en las Ardenas. La ofensiva había sido «momentáneamente detenida», le telegrafió a Messimy, pero añadió: «Haré todo lo posible para reanudar la ofensiva»[31].

El ejército del príncipe heredero pasó aquel día por Longwy, y dejando que la fortaleza fuera ocupada por las tropas de asalto y los pioneros, siguió avanzando con órdenes de alejar al Tercer Ejército francés de Verdún. El príncipe, que hacía menos de un mes había sido prevenido por su padre para que obedeciera a su jefe de Estado Mayor en todo y por todo, quedó «profundamente conmovido» aquel día de triunfo al recibir un telegrama de «papá Guillermo» concediéndole lo mismo que a Rupprecht, la Cruz de Hierro de Primera y de Segunda Clase. El telegrama pasó de mano en mano para que todos lo pudieran leer. Muy pronto sería el propio príncipe el que distribuiría las medallas, en una «túnica de blancura inmaculada», caminando entre dos filas de soldados y distribuyendo Cruces de Hierro que cogía de una cesta que le llevaba un asistente. En aquel entonces, sin embargo, tal como informó un oficial austriaco, la Cruz de Hierro de Segunda Clase se concedía con tal frecuencia que, prácticamente, uno sólo podía evitarla suicidándose, pero aquel día el vencedor de Longwy, como pronto había de ser apodado, se había ganado la gloria, lo mismo que Rupprecht, y si entre todas las adulaciones el espíritu de Schlieffen hubiera dicho algo sobre «vulgares victorias frontales» sin maniobras de envolvimiento o aniquilamiento del enemigo, o hubiera hecho alguna despectiva insinuación a la «salvaje caza de medallas», nadie le hubiese prestado la menor atención.

Mientras tanto, en el Sambre, el Quinto Ejército de Lanrezac había recibido órdenes de Joffre de atravesar el río y, «apoyán-

dose sobre la fortaleza de Namur», con su ala izquierda pasando por Charleroi, tomar como objetivo el «grupo norte» del enemigo. Un cuerpo del Quinto Ejército había de continuar en el ángulo de los dos ríos para proteger la línea del Mosa contra un posible ataque alemán desde el este. Aunque Joffre no tenía autoridad para dar órdenes a los ingleses, su orden invitaba a *sir* John French a cooperar en esta acción avanzando «en la dirección general de Soignies», es decir, cruzar el Canal de Mons. El canal es una extensión del Sambre que conduce la navegación hasta el Canal de la Mancha por el Escalda. Forma parte de una vía fluvial constituida por el Sambre desde Namur a Charleroi y por el canal desde Charleroi hasta el Escalda, y era un obstáculo a la ruta del ala derecha alemana.

Según las previsiones del plan alemán, el ejército de Von Kluck debía llegar a esta línea el 23 de agosto, mientras que el ejército de Bülow, que en su camino debía conquistar la fortaleza de Namur, la alcanzaría antes y la cruzaría al mismo tiempo.

Según el plan inglés, expuesto en la orden de marcha de *sir* John French, el CEB alcanzaría el canal el 23, el mismo día que los alemanes. Pero ninguno de los ejércitos tenía conocimiento aún de esta coincidencia. Las avanzadillas de las columnas británicas debían llegar antes a la línea, es decir, al anochecer del 22. El 21, el día en que Lanrezac recibió la orden de cruzar el Sambre, el CEB, del que se confiaba que podría «cooperar en la acción»[32], llevaba un día de retraso en la marcha con respecto a los franceses. En lugar de luchar conjuntamente, como se había planeado, los dos ejércitos, debido al retraso de los ingleses en ponerse en marcha y al deficiente enlace a causa de las desafortunadas relaciones que reinaban entre sus comandantes, iban a librar dos batallas separadas, Charleroi y Mons. Durante la batalla, sus cuarteles generales sólo estuvieron a una distancia de treinta y cinco millas.

En el corazón del general Lanrezac ya había muerto la doctrina de la ofensiva. No podía ver el cuadro completo, tan claro ahora, de tres ejércitos alemanes que convergían sobre su frente, pero sí presentía su presencia. El Tercer Ejército de Hausen avanzaba hacia él desde el este, el Segundo Ejército de Bülow, desde el norte, y el Primer Ejército de Kluck, sobre el Ejército inglés desde su izquierda. No conocía sus nombres, ni tampoco su número, pero sabía que estaban allí. Sabía o deducía por los reconocimientos efectuados que avanzaban en mayor número de lo que él podría disponer. La evaluación de la potencia enemiga no es exacta, sino una cuestión de unir los diversos informes recibidos de los reconocimientos efectuados, y trazar un cuadro para encajar con una teoría preconcebida o responder a las exigencias de una estrategia especial y particular. Lo que un Estado Mayor hace con las informaciones que obran en su poder depende de su grado de optimismo o pesimismo sobre lo que desean o temen creer, y a veces, de la sensibilidad o intuición del individuo.

Para Lanrezac y el GQG los mismos informes sobre la potencia alemana al oeste del Mosa formaban dos panoramas diferentes. El GQG veía un débil centro alemán en las Ardenas. Lanrezac, en cambio, presentía una gran ola que rodaba hacia el Quinto Ejército directamente por su ruta. El GQG calculaba la potencia alemana al oeste del Mosa en diecisiete o dieciocho divisiones. Por su parte, contaban con las trece divisiones de Lanrezac, un grupo independiente de dos divisiones de la reserva, las cinco divisiones británicas y una división belga en Namur, lo que hacía un total de veintiuna, por lo que consideraban que poseían una confortable superioridad numérica. El plan de Joffre era que esta fuerza contuviera a los alemanes detrás del Sambre hasta que el Tercer y Cuarto Ejércitos franceses rompieran el centro alemán en las Ardenas, y luego todos jun-

tos avanzaran en dirección norte para arrojar a los alemanes de Bélgica.

El Estado Mayor inglés, que era dirigido de hecho, aunque no por su rango, por Henry Wilson, estaba de acuerdo con estos cálculos del GQG. En su diario del 20 de agosto, Wilson anotó la misma cifra de diecisiete o dieciocho divisiones para los alemanes al oeste del Mosa, y añadió tranquilo y feliz: «Cuantas más mejor, dado que esto debilitará su centro». De nuevo en Inglaterra, lejos del frente, lord Kitchener se sentía dominado por la ansiedad y los negros pensamientos. El 19 de agosto, telegrafió a *sir* John French informando de que los alemanes barrían la región al norte y oeste del Mosa, y que lo que él ya le había prevenido «parece ser que se está convirtiendo en realidad». Solicitó ser informado continuamente y al día siguiente repitió este ruego. Lo cierto es que las Fuerzas Armadas alemanas al oeste del Mosa no eran diecisiete o dieciocho divisiones, sino treinta, siete cuerpos activos y cinco cuerpos de la reserva, cinco divisiones de caballería, además de otras unidades. El ejército de Von Hausen, que aún no había cruzado el Mosa, pero que formaba parte del ala derecha, debía lanzar al combate otros cuatro cuerpos con ocho divisiones. Mientras que en el conjunto de la Batalla de las Fronteras la superioridad numérica alemana era de uno y medio a uno, la superioridad del ala derecha era casi de dos a uno.

El núcleo principal de esta fuerza era el ejército de Lanrezac, y él lo sabía. Se daba cuenta de que los ingleses, después de su desgraciada entrevista con su comandante, no estaban preparados y no podía confiar en ellos. Sabía que las defensas belgas se hundían en Namur. Uno de los cuerpos que le había sido asignado en el reciente cambio de unidades, y que había de defender su flanco izquierdo al oeste de Charleroi, todavía no había ocupado sus posiciones el día 21 de agosto. Si atacaba por el Sambre, tal como se le había ordenado, temía ser rebasado en

su flanco por las fuerzas alemanas que descendían por su izquierda, y entonces los alemanes tendrían la ruta libre hacia París. El principio que él había enseñado en St. Cyr y en la École Supérieure, el principio que impulsaba y dominaba al Ejército francés, era «atacar al enemigo allí donde se tropezara con él»[33]. Pero ahora veía frente a sí una calavera.

Lanrezac vacilaba. Le escribió a Joffre que, si emprendía la ofensiva al norte del Sambre, el Quinto Ejército «habría de luchar solo», ya que los ingleses aún no estarían preparados para establecer contacto con él. Si los dos debían actuar al unísono, entonces el Quinto Ejército se vería obligado a esperar hasta el 23 o el 24. Joffre replicó: «Dejo a su juicio el momento de iniciar la ofensiva», pero el enemigo no era tan condescendiente[34].

Destacamentos del ejército de Bülow, cuyas principales fuerzas ya atacaban Namur, descendieron hacia el Sambre el 21 de agosto, logrando cruzarlo en dos puntos entre Namur y Charleroi. Lanrezac les había dicho a las tropas del Quinto Ejército que, para su propia ofensiva, esperaba la llegada de los «ejércitos vecinos» y que, mientras tanto, había que impedir que los alemanes cruzaran el Sambre. Los preparativos defensivos no figuraban en el vocabulario militar francés, y por este motivo el X Cuerpo, que defendía aquel sector, no se había atrincherado, ni instalado alambradas, ni había organizado ninguna clase de defensas en la orilla sur, sino que esperaba únicamente el momento de lanzarse sobre el enemigo[35]. «Con el redoble de los tambores y las banderas en alto», pero sin preparación de artillería, los franceses se lanzaron, efectivamente, al asalto. Después de un duro pero corto combate, fueron rechazados y, hacia el anochecer, el enemigo continuaba en posesión de Tamines y de otro pueblo en la margen sur del río.

Confundiéndose con los disparos de los fusiles y el estallido de los obuses se percibía un sonido más sordo, como un gigan-

tesco tambor a mucha distancia. Los monstruosos cañones alemanes habían iniciado el bombardeo de los fuertes de Namur. Los cañones 420 y 305 que habían sido retirados del frente de Lieja habían sido emplazados nuevamente y arrojaban sus granadas de dos toneladas sobre la segunda fortaleza belga. Las granadas «llegaban produciendo un largo silbido»[36], escribió una inglesa que conducía una ambulancia en Namur. Parecían dirigirse directamente sobre el que las oía donde éste estuviera y estallar a sólo una yarda de donde se encontrara. La ciudad tembló durante dos días bajo el terrible tronar de las explosiones sobre los fuertes y sus alrededores. Y se repitieron los mismos efectos que en Lieja: los gases explosivos, los muros de cemento armado que se venían abajo, los hombres que enloquecían en las cámaras subterráneas. Aisladas del resto del Ejército belga, las tropas de la guarnición y de la 4.ª División se consideraban abandonadas. El comandante Duruy, oficial de enlace de Lanrezac en Namur, regresó al cuartel general del Quinto Ejército para informar de que no creía que los fuertes pudieran resistir durante otro día si los franceses no acudían en su ayuda. «Han de ver a los franceses con las banderas desplegadas y a las bandas de música interpretando himnos triunfales[37]. Han de escuchar una banda militar», suplicó. Los tres batallones franceses, un regimiento de unos 3000 hombres, fueron enviados aquella misma noche y se unieron a los defensores de Namur a la mañana siguiente. Éstos eran unos 37 000 hombres. La fuerza alemana que se había lanzado al asalto de Namur del 21 al 24 de agosto, ascendía a entre 107 000 y 153 000 hombres, con entre 400 y 500 piezas de artillería.

Aquella noche del 21 de agosto *sir* John French informó a Kitchener de que no creía que se librara ninguna batalla seria antes del 24. «Creo conocer perfectamente la situación y la considero favorable para nosotros»[38], escribió. Pero no la conocía tan a fondo como se imaginaba. Al día siguiente, mientras

las tropas inglesas marchaban por la carretera de Mons «en la dirección general de Soignies», las patrullas de caballería informaron de que un cuerpo alemán marchaba por la carretera Bruselas-Mons e igualmente en dirección a Soignies. Por sus posiciones podían alcanzar el pueblo aquella misma noche. No era posible que el enemigo esperara la fecha del 24 que se había fijado *sir* John French. Un aviador alemán aportó noticias más alarmantes al informar de que otro cuerpo alemán marchaba por una carretera bastante alejada para envolver el flanco izquierdo británico. Envolvimiento. Repentinamente, con sorprendente claridad, la amenaza brilló ante los ojos de los ingleses…, por lo menos ante los ojos de la Sección de Información. «La maniobra que lo barrerá todo», de la que lord Kitchener hablaba eternamente, ya no era una idea, sino columnas de hombres vivos. Los comandantes del Estado Mayor, bajo la influencia de Henry Wilson, sin embargo la rechazaban. Aferrándose, lo mismo que Wilson, a la estrategia francesa, no se sentían más inclinados que el GQG a aceptar un punto de vista alarmista sobre el ala derecha alemana. «La información que ha recogido usted y que ha transmitido al comandante en jefe parece ser un poco exagerada»[39], decidieron, y no alteraron la orden de marcha para el flanco izquierdo.

Confiaban en seguir por la senda de pasados triunfos. Diez millas al sur de Mons cruzaron por Malplaquet, en la frontera entre Francia y Bélgica, y vieron junto a la cuneta el monumento que señalaba el lugar en donde Marlborough derrotó a los ejércitos de Luis XIV y se ganó la inmortalidad en una canción popular francesa. Delante de ellos, entre Mons y Bruselas, estaba Waterloo. Regresando al campo de batalla victorioso, casi en el centenario de la batalla, no podían sentirse menos confiados.

Cuando las avanzadillas de sus columnas se acercaban a Mons el día 22, parte de un escuadrón de caballería que exploraba la carretera norte del canal vio a un grupo de cuatro jine-

tes que cabalgaban en su misma dirección. Se les antojaron poco familiares. En el mismo instante, los desconocidos jinetes vieron a los ingleses y se detuvieron. Hubo un momento de silenciosa pausa mientras comprendían que estaban viendo al enemigo. Los ulanos se volvieron para reunirse con el resto del escuadrón perseguidos por los ingleses, que les dieron alcance en las calles de Soignies[40]. En una corta escaramuza los ulanos se vieron «dificultados por sus largas lanzas y muchos de ellos las arrojaron». Los ingleses mataron a tres o cuatro y abandonaron victoriosos aquel pequeño campo de batalla. El capitán Hornby, jefe del escuadrón, mereció la DSO por ser el primer oficial británico que había matado a un alemán con la nueva espada de caballería. La guerra había sido iniciada en un estilo muy correcto, con los más esperanzadores resultados.

Después de haber establecido este primer contacto, en la carretera de Soignies, tal como se había planeado, los comandantes del Estado Mayor no veían ningún motivo para variar sus cálculos sobre la potencia o posición de los alemanes. Las fuerzas alemanas que se oponían a los ingleses eran calculadas ahora por Wilson en uno o, como máximo, dos cuerpos y una división de caballería, lo que resultaba inferior a los dos cuerpos y la división de caballería del CEB. El enérgico carácter de Wilson, su alta moral y su reconocida familiaridad con la región hacían que rechazase de plano los informes que recibía. La muerte de *sir* James Grierson, que entre los ingleses había sido el que más a fondo había estudiado la teoría y la práctica militar alemana, proporcionaba a Wilson y sus teorías, que eran un duplicado de las del GQG, un mayor impulso. La batalla era esperada con gran confianza por el Estado Mayor y los comandantes de cuerpo, aunque no tanto por parte de *sir* John French.

El hombre estaba de un pésimo humor. Sus vacilaciones eran casi las mismas que las de Lanrezac. Cuando el general Smith-Dorrien, que acababa de llegar a Francia para reemplazar a

Grierson, se presentó el día 21, le dijeron que «había de dar la batalla en la línea del Canal de Condé»[41]. Cuando Smith-Dorrien preguntó si esto significaba pasar a la ofensiva o mantenerse a la defensiva, le dijeron que debía «obedecer órdenes». Un hecho que preocupaba a *sir* John French era el desconocimiento que tenía del plan de batalla de Lanrezac en su flanco derecho, ya que temía que pudiera abrirse una brecha entre ellos. El 22 por la mañana subió a su coche para dirigirse a conferenciar personalmente con su vecino, pero cuando le dijeron que Lanrezac se hallaba camino del cuartel general del cuerpo en Mettet, en donde el X Cuerpo se encontraba en plena batalla, regresó sin haberlo visto. En su cuartel general le esperaba una buena noticia: la 4.ª División, que en un principio había sido dejada en Inglaterra, había llegado a Francia y se hallaba camino del frente. La sombra del avance alemán por Bélgica y la retirada del Ejército belga a Amberes habían inclinado a Kitchener a enviar esta división.

El general Von Kluck quedó más sorprendido aún que los ingleses al encontrarse con la caballería en las calles de Soignies. Hasta aquel momento —tan efectivas habían sido las medidas de seguridad francesas e inglesas— no sabía que los británicos estaban frente a él. Sabía que habían desembarcado, dado que había leído la noticia en los periódicos belgas, que publicaban el comunicado oficial de Kitchener anunciando la llegada sin novedad del CEB «al territorio francés». Este comunicado, del 20 de agosto, fue la primera noticia que Inglaterra, el mundo y el enemigo tuvieron del desembarco. Kluck continuaba completamente convencido de que habían desembarcado en Ostende, Dunkerque y Calais, sobre todo porque así deseaba creerlo, ya que su intención era «atacar y dispersar» a los ingleses conjuntamente con los belgas antes de dirigirse contra los franceses[42].

Ahora, mientras avanzaba desde Bruselas, temía una salida belga desde Amberes contra su retaguardia y un posible ataque

contra su flanco a cargo de los ingleses que se desplegaban misteriosamente, así lo creía él, en algún lugar de Bélgica a su derecha. Continuó dirigiendo su ejército en dirección oeste con el fin de encontrarse con los ingleses, pero Bülow, que temía una brecha, dio órdenes de que se dirigiera más hacia el interior. Kluck protestó, pero Bülow insistió. «En caso contrario —dijo —, el Primer Ejército puede alejarse demasiado y no estar en condiciones de apoyar al Segundo Ejército»[43]. Al descubrir a los jinetes ingleses frente a él en Soignies, Kluck intentó de nuevo dirigirse hacia el oeste con el fin de encontrar y atacar el flanco del enemigo. Cuando de nuevo Bülow se lo prohibió, elevó una firme protesta al OHL. Los conocimientos del OHL sobre el paradero de los ingleses eran mucho más vagos que los conocimientos de los aliados sobre el ala derecha alemana. «Desde aquí tenemos la impresión de que no han tenido lugar desembarcos de importancia»[44], contestó el OHL, y rechazó la proposición de Von Kluck. Privado de la oportunidad de envolver al enemigo y condenado a un ataque frontal, Kluck avanzó a regañadientes sobre Mons. Las órdenes que dio para el 23 de agosto eran cruzar el canal, ocupar la región situada al sur y empujar al enemigo sobre Maubeuge mientras cortaba su retirada desde el oeste.

Aquel día, 22 de agosto, Bülow se tropezaba con tantas dificultades con Hausen, que estaba a su izquierda, como con Kluck, a su derecha. La tendencia de éste era continuar avanzando, mientras que la de Hausen era la de retrasarse. Dado que las unidades de avance de su ejército estaban embarcadas en el Sambre contra el X Cuerpo de Lanrezac, Bülow planeaba una batalla de aniquilamiento, después de un gran ataque conjunto de su propio ejército y el de Hausen. Pero el día 22, Hausen aún no estaba preparado. Bülow se lamentó amargamente de la «insuficiente cooperación» por parte de su vecino. Hausen se quejó, con igual acritud, de «sufrir las continuas demandas de ayu-

da de Bülow». Dispuesto a no esperar más, Bülow arrojó tres cuerpos a un violento ataque sobre la línea del Sambre[45].

Durante aquel día y el siguiente, los ejércitos de Bülow y Lanrezac se lanzaron a la Batalla de Charleroi, uniéndose a la misma el ejército de Hausen al finalizar el primer día. Eran los mismos días en que el Tercer y Cuarto Ejércitos franceses luchaban con poca fortuna entre la niebla y los bosques de las Ardenas. Lanrezac se encontraba en Mettet para dirigir la batalla, un proceso que consistía sobre todo en la espera agonizante de los comandantes de división y de cuerpo para que le informaran de lo que estaba sucediendo. Pero a éstos, a su vez, les resultaba muy difícil saber a qué atenerse, ya que en el fragor de la batalla apenas había un oficial que les pudiera ofrecer un cuadro exacto de la situación. Una prueba visual llegó a Mettet antes que los partes. Un coche que conducía a un oficial herido entró en la plaza en la que Lanrezac y su Estado Mayor esperaban ansiosamente, demasiado preocupados como para permanecer dentro del edificio. El oficial herido fue reconocido como el general Boë, comandante de una división del X Cuerpo. Con el rostro pálido y los ojos entornados, musitó lentamente a Hely d'Ossel, que corrió al coche: «Dígale… dile al general… que hemos resistido… todo lo que hemos podido»[46].

A la izquierda del X Cuerpo, el III Cuerpo, en el frente de Charleroi, informó de «terribles» pérdidas[47]. La ciudad industrial enclavada a ambos lados del río había sido invadida por los alemanes durante el día, y los franceses luchaban desesperadamente para arrojarlos de allí. Cuando los alemanes atacaban en densas formaciones —tal como era su costumbre antes de que aprendieran mejor la lección—, eran unos magníficos blancos para los 75. Pero los cañones del 75, que disparaban quince veces por minuto, habían sido provistos de munición para disparar 2,25 disparos por minuto[48]. En Charleroi, los «turcos» de las dos divisiones de Argelia, todos ellos voluntarios, lucha-

ban tan valientemente como lo habían hecho sus padres en Sedán. Un batallón cargó contra una batería alemana, pasó a la bayoneta a sus servidores y regresó con sólo dos soldados que no habían sido heridos de un total de 1030. En todas partes los galos estaban desmoralizados. Sentían una ira inútil contra los aeroplanos alemanes que actuaban como localizadores de la artillería, y cuyos vuelos sobre sus líneas eran invariablemente seguidos por un ataque de la artillería alemana.

Aquella noche, Lanrezac tuvo que informar de que el X Cuerpo «se había visto obligado a replegarse»[49] después de haber «sufrido terribles bajas», y de que el III Cuerpo estaba luchando violentamente, con «graves bajas entre la oficialidad», y que el XVIII Cuerpo a la izquierda estaba intacto, pero el cuerpo de caballería de Sordet, en el extremo izquierdo, «estaba agotado» y se había visto también obligado a replegarse, dejando una brecha entre el Quinto Ejército y los ingleses. Resultó ser ésta una brecha de dieciséis kilómetros, lo suficientemente ancha para que pudiera pasar un cuerpo enemigo. La ansiedad de Lanrezac era tan grande que rogó a *sir* John French que atacara el flanco derecho de Bülow con el fin de proporcionar alivio a la presión contra los franceses. *Sir* John contestó que no podía acceder a la demanda, pero prometió mantener el frente en el Canal del Mons durante veinticuatro horas[50].

Durante la noche, las posiciones de Lanrezac se vieron más amenazadas aún cuando Hausen lanzó a la lucha cuatro cuerpos de refresco y puso en acción 340 cañones en el Mosa. Atacó durante la noche y conquistó cabezas de puente al otro lado del río, en donde fue contraatacado por Franchet d'Esperey con su Primer Cuerpo, cuya misión era defender el Mosa al lado derecho del frente de Lanrezac. Éste había sido el único cuerpo del Quinto Ejército que había atrincherado sus posiciones.

La intención de Hausen, de acuerdo con las órdenes del OHL, era atacar en dirección suroeste hacia Givet, con lo que

confiaba llegar a la retaguardia del ejército de Lanrezac, que podría ser atrapado entre sus fuerzas y las de Bülow y destruido. Bülow, sin embargo, cuyas unidades en este sector habían sido castigadas tan duramente como las del enemigo, estaba decidido a realizar un ataque masivo y definitivo, y ordenó a Hausen que atacara en dirección a Mettet al grueso del Quinto Ejército, en lugar de hacerlo en dirección suroeste por su línea de retirada. Hausen se quejó, pues se trataba de una clara equivocación, pero obedeció y, durante todo el 23 de agosto, se vio arrastrado a un ataque frontal contra las posiciones fuertemente defendidas y la vigorosa dirección de Franchet d'Esperey y su cuerpo, que dejó abierta la línea de retirada de Lanrezac… una abertura por la que se escapa la oportunidad de una batalla de aniquilación total.

En las claras y cálidas horas del 23 de agosto, el cielo de verano se vio ennegrecido por el estallido de las granadas y los obuses. Aquellas nubecillas negras y grasientas que ensuciaban el cielo habían sido bautizadas por los franceses con el nombre de «marmites», ya que les recordaban las marmitas que se ven en las casas de campo de Francia. «Il plut de marmites». («Llueven cascos de granada»)[51] fue todo lo que dijo de aquel día un soldado francés. En algunos puntos, los franceses continuaban atacando, tratando de arrojar a los alemanes nuevamente al otro lado del río Sambre; en otros lugares aún resistían y, en otros, se retiraban en pleno desorden. Las carreteras estaban bloqueadas por innumerables refugiados belgas, cubiertos de polvo y barro, que cargaban con sus chiquillos y los enseres de sus casas, y avanzaban lentamente hacia el sur sin objetivo determinado tratando únicamente de escapar de los cañones que se oían hacia el norte.

Las columnas de refugiados pasaron por Philippeville, a treinta millas de Charleroi, en donde Lanrezac había establecido su cuartel general aquel día. En el centro de la plaza, con las

piernas separadas y las manos a sus espaldas, Lanrezac los contemplaba sobriamente, sin decir nada. Tenía el rostro pálido y las mejillas hundidas. La presión enemiga se cernía sobre él desde casi todos los puntos. No poseía ninguna directriz del GQG. Lanrezac tenía plena conciencia de la brecha que había quedado abierta a causa de la retirada de la caballería de Sordet. Al mediodía llegó la noticia, prevista y sin embargo increíble, de que la 4.ª División belga evacuaba Namur. La ciudad dominaba la confluencia del Sambre y el Mosa, así como también los fuertes de detrás de la ciudad, que pronto caerían en manos de Bülow. No se recibía ninguna noticia del general De Langle de Cary, del Cuarto Ejército, a quien Lanrezac había mandado un mensaje aquella misma mañana rogándole una maniobra para reforzar el sector en donde enlazaban sus fuerzas.

El Estado Mayor de Lanrezac insistía en que se les permitiera un contraataque por parte de Franchet d'Esperey, que veía una brillante oportunidad ante él. Unas fuerzas alemanas en persecución del X Cuerpo, en retirada, le presentaban su flanco. Otros insistían en un contraataque en el extremo izquierdo por parte del XVIII Cuerpo para aliviar la presión sobre los ingleses, que aquel día estaban luchando en Mons contra el grueso de las fuerzas del ejército de Von Kluck. Con gran disgusto de todos ellos, Lanrezac se opuso. Continuó en su impenetrable silencio, sin dar órdenes, esperando. Durante la controversia que años después habían de iniciar los críticos sobre la Batalla de Charleroi, todos explicaron lo que ocurría en el alma del general Lanrezac en aquellos momentos. Para algunos fue un general pusilánime o paralizado, mientras que para otros era un hombre que serenamente calibraba las posibilidades en una situación oscura y peligrosa. Sin órdenes del GQG debía tomar él su propia decisión.

A última hora de la tarde ocurrió el incidente decisivo de aquel día. Tropas del ejército de Hausen reforzaron y amplia-

ron una cabeza de puente al otro lado del Mosa, en Onhaye, al sur de Dinant. Franchet d'Esperey envió en el acto una brigada al mando del general Mangin para hacer frente al peligro que amenazaba al Quinto Ejército por la espalda. Al mismo tiempo, por fin, Lanrezac recibía noticias del general De Langle. Nada hubiera podido ser peor. No sólo el Cuarto Ejército no había obtenido ningún éxito en las Ardenas, tal como había informado un anterior comunicado del GQG, sino que se veía obligado a replegarse y dejar indefensa la franja del Mosa entre Sedán y el flanco derecho de Lanrezac. Inmediatamente la presencia de los sajones de Hausen en Onhaye adquirió un cariz más amenazador aún. Lanrezac creía —«Estaba obligado a creerlo»— que aquella fuerza era la avanzadilla de un ejército que gozaría de libertad de movimientos a causa de la retirada de De Langle y que sería reforzado si no era rechazado inmediatamente. No sabía todavía, puesto que aún no había ocurrido, que la brigada del general Mangin, tras una brillante carga con la bayoneta calada, había arrojado a los sajones de Onhaye.

Además de éstos, llegó otro mensaje del III Cuerpo frente a Charleroi comunicando que había sido igualmente atacado, que no había podido contener al enemigo y que se replegaba. El comandante Duruy llegó con la noticia de que los alemanes habían capturado los fuertes al norte de Namur y habían entrado en la ciudad. Lanrezac regresó al cuartel general del cuerpo en Chimay, en donde, tal como escribió más tarde, «recibí confirmación del fracaso del Cuarto Ejército, que se había estado replegando desde la mañana dejando totalmente al descubierto el flanco derecho del Quinto Ejército».

Para Lanrezac el peligro a su derecha se le antojó «agudo». Le perseguía el recuerdo de otro desastre en aquel mismo lugar en que ahora se replegaba De Langle, «en donde cuarenta y cuatro años antes un ejército había sido cercado por los alema-

nes y forzado a capitular, aquel abominable desastre que hizo irremediable nuestra derrota… ¡Vaya recuerdo!»[52].

Para salvar a Francia de un nuevo Sedán, el Quinto Ejército había de ser salvado de su destrucción. Ahora era evidente para él que los ejércitos franceses se estaban replegando en toda la línea del frente desde los Vosgos al Sambre. Mientras los ejércitos existieran, la derrota no era irremediable, tal como lo había sido Sedán, y la lucha podía seguir. Pero si el Quinto Ejército era destruido, entonces seguiría una derrota completa e irremediable. Un contraataque, aunque muy urgente, ya no podía salvar la situación en su conjunto.

Lanrezac habló por fin. Dio la orden de retirada general. Sabía que le tomarían por un «catastrophard» del que se desprenderían, como en efecto sucedió. «Hemos sido derrotados, pero el mal es remediable. Mientras exista el Quinto Ejército, Francia no está perdida». Aunque este comentario tenga la aureola de las memorias que se escriben cuando ya ha tenido lugar una decisión final, tal vez fue vertido. Los momentos decisivos tienden a evocar frases grandilocuentes, sobre todo a cargo de los franceses.

Lanrezac tomó una decisión que estaba seguro que Joffre no iba a aprobar. «El enemigo amenaza mi derecha en el Mosa —informó—, Onhaye ocupada, Givet amenazada, Namur evacuada»[53]. Debido a su situación y al fracaso del Cuarto Ejército, había ordenado el repliegue del Quinto Ejército[54]. Con este mensaje se esfumaba la esperanza francesa de derrotar al viejo enemigo en una guerra de corta duración. Había fracasado la última de las ofensivas francesas. Joffre desaprobó la orden… pero no aquella noche. Durante las amargas horas de la noche del domingo 23 de agosto, cuando todo el plan francés se hundía, cuando nadie sabía a ciencia cierta lo que ocurría en el sector vecino, cuando el espectro de Sedán atormentaba a muchas mentes, además de la de Lanrezac, el GQG no contraordenó el

repliegue del Quinto Ejército. Con su silencio, Joffre ratificó la decisión, pero no lo olvidó.

Más tarde, el relato oficial de la Batalla de Charleroi había de afirmar que el general Lanrezac, «creyéndose amenazado a la derecha, ordenó la retirada en lugar de pasar al contraataque». Esto ocurría cuando el GQG, en busca de un cabeza de turco por el fracaso del «Plan 17», exigió cuentas al comandante del Quinto Ejército. En la hora en que tomó su decisión, sin embargo, nadie en el GQG sugirió que solamente él se creía amenazado en su derecha.

En el ala izquierda, ya desde primeras horas de la mañana, los ingleses y el ejército de Kluck habían entablado un duelo por el Canal de Mons, de una anchura de veintiún metros. El sol de agosto atravesaba la neblina y la lluvia de la mañana anunciando un fuerte calor para cuando el día fuera avanzando. Las campanas de las iglesias llamaban a sus feligreses, que se dirigían a escuchar la santa misa con sus negros trajes dominicales. El canal, bordeado por vías de ferrocarril y los grandes tinglados, tenía las aguas negras a causa de los desperdicios de las fábricas de productos químicos.

Los ingleses habían ocupado posiciones a ambos lados del Mons. Hacia el oeste, el II Cuerpo, al mando del general Smith-Dorrien, defendía la franja de quince millas de canal entre Mons y Conde y ocupaba un saliente, al este de Mons, en donde el canal forma un ángulo hacia el norte de unos tres kilómetros de ancho y dos kilómetros y medio de profundidad. A la derecha del I y el II Cuerpo, del general Haig, mantenía un frente diagonal entre Mons y el ala izquierda del ejército de Lanrezac. La división de caballería, al mando del general Allenby, futuro conquistador de Jerusalén, se mantenía en la retaguardia. Frente a Haig estaba la línea divisoria entre los ejércitos de Kluck y Bülow. Kluck se mantenía lo máximo posible hacia el oeste, por lo cual el cuerpo de Haig no fue atacado

durante las luchas del 23 de agosto, que habían de ser conocidas para la historia y la leyenda como la Batalla de Mons.

El cuartel general de *sir* John French estaba en Le Cateau, a treinta millas al sur de Mons. Las cinco divisiones que debía mandar en un frente de cincuenta y seis kilómetros —en contraste con las trece divisiones de Lanrezac, en un frente de ochenta kilómetros— no requerían que se mantuviera tan atrasado. Tal vez la mente vacilante de *sir* John aconsejaba esta decisión. Preocupado por los informes de los reconocimientos desde el aire y de su caballería, desconfiando de sus vecinos, molesto por la línea en zigzag del frente, que ofrecía un sinfín de posibilidades al enemigo, se sentía tan desgraciado de tener que emprender una ofensiva como el propio Lanrezac[55].

La víspera de la batalla convocó a los altos jefes del Estado Mayor de ambos cuerpos y de la división de caballería en Le Cateau y les informó de que, «debido a la retirada del Quinto Ejército francés», la ofensiva británica no sería efectuada. Excepto por su X Cuerpo, que no enlazaba con los ingleses, el Quinto Ejército no se replegaba en aquellos momentos, pero *sir* John French tenía que cargarle la culpa a alguien. Este mismo espíritu de camaradería había impulsado al general Lanrezac el día anterior a cargar la responsabilidad de no haber pasado a la ofensiva a la no aparición de los ingleses. Cuando Lanrezac ordenó a su cuerpo que defendiera la línea del Sambre en lugar de atacar por el mismo, *sir* John French dictó órdenes de defender la línea del canal. A pesar de que Henry Wilson continuaba confiando en la gran ofensiva en dirección norte que había de arrojar a los alemanes de Bélgica, la posibilidad de un movimiento muy diferente les era ofrecida ahora a los comandantes. El general Smith-Dorrien dio la orden, a las 2:30 de la madrugada, de preparar la voladura de los puentes sobre el canal. Una precaución muy lógica, pero que no había sido tenida en cuenta por los franceses y que fue la causa del elevado índice de bajas

durante el mes de agosto de 1914. Cinco minutos antes de iniciarse la batalla, Smith-Dorrien dictó otra orden de que los puentes fueran destruidos por orden de los comandantes de división «en el caso de que se hiciera necesaria la retirada»[56].

A las seis de la mañana, cuando *sir* John French dio sus últimas instrucciones a los comandantes de cuerpo, sus cálculos —o los de su Estado Mayor— sobre la potencia del enemigo con el que iban a enfrentarse continuaban siendo los mismos: uno o, como máximo, dos cuerpos, además de la caballería. Realmente, en aquel momento, Von Kluck estaba al mando de cuatro cuerpos y tres divisiones de caballería, 160 000 hombres con 600 cañones, y a muy corta distancia del CEB, cuyos efectivos eran de 70 000 hombres y 300 cañones. De los dos cuerpos de reserva de Kluck, uno estaba a sólo un día de marcha detrás del suyo, y el otro le protegía de un posible ataque desde Amberes.

A las nueve de la mañana, los primeros cañones alemanes abrieron fuego contra las posiciones inglesas. El primer ataque fue dirigido contra el saliente formado por la curva del canal. El puente de Nimy, en el punto más al norte del saliente, fue el centro del ataque. Con sus densas formaciones, los alemanes ofrecían «un blanco perfecto» para los fusileros ingleses, los cuales, bien protegidos y perfectamente instruidos, disparaban con tal rapidez y seguridad que los alemanes estaban convencidos de que disparaban contra ellos con ametralladoras. Cuando varias olas de asalto fueron batidas, los alemanes se presentaron con nuevos refuerzos y abrieron sus formaciones. Los ingleses, que habían recibido órdenes de ofrecer una «resistencia obstinada»[57], continuaron su fuego en un punto que era más pequeño a cada momento que pasaba. A partir de las diez y media, la batalla se extendió a la sección recta del canal, hacia el oeste, cuando una batería tras otra de los alemanes, primero del III y luego del IV Cuerpo, se fueron poniendo en acción.

A las tres de la tarde, cuando los regimientos ingleses que defendían el saliente habían resistido el bombardeo de la artillería y los asaltos de la infantería durante seis horas, la presión se hizo demasiado intensa. Después de volar el puente en Nimy se replegaron, una compañía tras otra, a una segunda línea de defensa que había sido preparada dos o tres millas más atrás. Dado que el abandono del saliente ponía en peligro a las tropas que defendían la sección recta del canal, éstas recibieron también la orden de repliegue, que se inició alrededor de las cinco de la tarde. En Jemappes, donde la curva enlazaba con la sección recta, y en Mariette, a dos millas hacia el oeste, surgió un peligro inesperado cuando se descubrió que los puentes no podían ser destruidos por falta de alguien que hiciera estallar las cargas. El ataque de los alemanes por el canal, durante el movimiento de repliegue, podía transformarse en una rotura del frente. Pero un oficial de los Royal Engineers, el capitán Wright, saltó al agua bajo el puente de Mariette en un intento de conectar las cargas. En Jemappes, un cabo y un soldado intentaron lo mismo durante una hora y media bajo el fuego del enemigo. Consiguieron su objetivo y fueron condecorados con la Cruz de la Victoria y la DCM, pero el capitán Wright fracasó, a pesar de que, herido, lo intentó por segunda vez. También se mereció la Cruz de la Victoria y tres semanas después murió en el Aisne[58].

A primeras horas de la noche continuó el delicado proceso de despliegue del enemigo bajo el fuego esporádico de cada regimiento, que cubría la retirada de su vecino hasta haber alcanzado los poblados y alojamientos de la segunda línea de defensa. Los alemanes, que al parecer también habían sufrido un duro castigo durante el día, no mostraron gran interés en perseguir a los ingleses. Al contrario, en la oscuridad, los ingleses, en su retirada, oían como los cornetas alemanes tocaban el «alto el

fuego», después las inevitables canciones y, finalmente, el silencio al otro lado del canal.

Afortunadamente para los ingleses, Von Kluck no había hecho uso de la superioridad numérica. Incapaz, debido a las persistentes órdenes de Bülow, de llegar al flanco del enemigo y envolverlo, Kluck se había enfrentado con los ingleses con sus dos cuerpos centrales, el III y el IV, y había sufrido graves bajas como consecuencia de este ataque frontal. Un capitán alemán de la reserva del III Cuerpo fue el único superviviente de su compañía, y un comandante quedó solo en su batallón.

—Usted es mi único consuelo —se lamentó su comandante —. El batallón ya no existe, mi orgulloso y hermoso batallón[59].

El regimiento había quedado «reducido a un puñado de hombres». El coronel del regimiento, que, como todos en el frente, sólo podía juzgar el curso de la batalla por lo que le sucedía a su propia unidad, pasó una noche terrible y dijo: «Si los ingleses tienen la menor sospecha de nuestro estado y pasan al contraataque, nos aniquilarán».

Ninguno de los cuerpos laterales de Von Kluck, el II, a su derecha, y el IX a su izquierda, había sido lanzado a la batalla. Al igual que el resto del Primer Ejército habían recorrido ciento cincuenta millas en once días y se encontraban a varias horas de marcha en la retaguardia del cuerpo por el centro. Si hubieran atacado conjuntamente el 23 de agosto, es posible que la historia hubiese seguido un curso muy diferente. Durante aquella tarde, Von Kluck, al comprender su error, ordenó a sus dos cuerpos centrales que contuvieran a los ingleses hasta que pudiera destinar sus dos cuerpos laterales a realizar la maniobra de envolvimiento y forzar una batalla de aniquilamiento. Pero antes de que llegara el momento, los ingleses se vieron obligados a un cambio radical de sus planes.

Henry Wilson cargaba mentalmente hacia delante en su medieval ardor del «Plan 17», incapaz de comprender que ya no podía ser llevado a la práctica. Lo mismo que Joffre, que todavía insistió en la ofensiva a las seis horas de haber recibido las desastrosas noticias de De Langle en las Ardenas, Wilson, incluso después de haber tenido que renunciar a defender el canal, se sentía animado para lanzarse a la ofensiva a la mañana siguiente. Hizo unos «cálculos exactos»[60] y llegó a la conclusión «de que sólo tenemos un cuerpo y una división de caballería, y posiblemente dos cuerpos delante nuestro». «Persuadió» a *sir* John French y a Murray «con éxito, ya que se le autorizó a redactar las órdenes para el ataque del día siguiente». A las ocho de la mañana, cuando terminaba de firmar las órdenes, éstas fueron anuladas por un telegrama de Joffre en el que les comunicaba a los ingleses que se habían recibido pruebas fidedignas de que se enfrentaban con tres cuerpos y dos divisiones de caballería. Esto fue más persuasivo que Wilson y terminó inmediatamente con todo intento de ataque. Todavía llegaron noticias peores[61].

A las once de la noche llegó el teniente Spears procedente del cuartel general del Quinto Ejército para informar de que el general Lanrezac ponía fin a la batalla y retiraba el Quinto Ejército a una línea en la retaguardia del CEB. El resentimiento y el disgusto de Spears ante una decisión que había sido tomada sin consultar y sin informar a los ingleses fueron parecidos a los del coronel Adelbert cuando se enteró de la decisión del rey Alberto de retirarse de Amberes. Se nota todavía en el relato de Spears, escrito diecisiete años más tarde.

El repliegue de Lanrezac, que dejaba el CEB al descubierto, lo colocó en un peligro inminente. En el curso de una conferencia convocada a toda prisa, se acordó retirar las tropas tan pronto como pudieran firmarse las órdenes correspondientes y ser despachadas al frente de combate. El retraso, que costó mu-

chas vidas, fue debido a una extraña elección del cuartel general de cuerpo de Smith-Dorrien. Se había instalado en una modesta casa de campo particular que llevaba el nombre de Château de la Roche et Sars-la-Bruyère, un aislado caserón en el que no existían comunicaciones telegráficas ni telefónicas y con una carretera muy difícil de encontrar durante el día y mucho más durante la noche[62]. Incluso los dos predecesores ducales, Marlborough y Wellington, no habían desdeñado unos alojamientos más convenientes, aunque no tan elegantes, en la carretera principal, el primero en una abadía y el segundo en una taberna. Las órdenes de Smith-Dorrien debían ser entregadas en coche y no las recibió hasta las tres de la tarde, mientras que el I Cuerpo de Haig, que no había luchado, recibió sus órdenes por telégrafo una hora antes y pudo organizar su retirada antes del amanecer.

Por aquel entonces ya habían llegado los dos cuerpos laterales alemanes y fue reanudado el ataque, con lo que la retirada del II Cuerpo, que durante todo el día había estado bajo fuego, comenzó a estar otra vez bajo el fuego enemigo. En la confusión que se originó, un batallón no llegó a recibir las órdenes y luchó hasta que fue rodeado y murieron casi todos sus hombres. Solamente dos oficiales y doscientos hombres de un total de mil se salvaron, aunque fueron hechos prisioneros.

Así terminó el primer día de lucha para los primeros soldados ingleses que combatían a un enemigo europeo desde Crimea y los primeros que luchaban en tierras europeas desde Waterloo. Fue un amargo desengaño, tanto para el I Cuerpo, que había marchado adelante bajo el sol y el polvo y ahora se veía obligado a dar media vuelta sin apenas haber disparado un tiro, como todavía mucho más para el II Cuerpo, que se sentía orgulloso de la demostración hecha frente a un afamado y formidable enemigo, pero que no estaba enterado de la superioridad

numérica de los alemanes ni de la retirada del Quinto Ejército y que no podía entender la orden de replegarse.

Fue un «grave» desengaño para Henry Wilson, que achacó toda la culpa a Kitchener y al gobierno por haber mandado sólo cuatro divisiones en lugar de las seis previstas[63]. Si éstas hubiesen estado en el frente de combate, alegó con aquella maravillosa incapacidad para admitir el error que finalmente le había de dar el rango de mariscal de campo, «su retirada hubiera sido un avance y la derrota, una victoria».

Sir John French se dejó llevar por la desesperación. Aunque apenas hacía una semana que se encontraba en Francia, la tensión, las angustias y la responsabilidad, combinadas con las iniquidades por parte de Lanrezac y el fracaso producido el primer día de batalla, le habían afectado muy profundamente. Terminó su informe a Kitchener al día siguiente con una sugerencia: «Creo que debe prestarse atención inmediata a la defensa de El Havre»[64]. El Havre, en la desembocadura del Sena, se encontraba a cien millas más al sur del puerto de desembarco original de los ingleses en Boulogne.

Ésta fue la Batalla de Mons. Como primera batalla de los ingleses en lo que había de convertirse años más tarde en la Gran Guerra, mereció una categoría y le fue conferido un lugar en el panteón inglés, igual que a las batallas de Hastings o Agincourt. Comenzaron las leyendas en torno a los Ángeles de Mons. Todos sus hombres habían sido unos valientes y todos sus muertos, unos héroes. Y al final, parecía como si Mons, en lugar de una derrota, hubiese significado una victoria. No cabe la menor duda de que en Mons los ingleses lucharon con valentía y bien, mejor que algunas de las unidades francesas, pero no mejor que todas, ni mejor que los belgas en Haelen o los «turcos» en Charleroi, o que la brigada del general Mangin en Onhaye, o que el mismo enemigo en muchas ocasiones. La batalla, antes de que comenzara el repliegue, duró nueve horas, comprome-

tió a dos divisiones, o sea, treinta y cinco mil soldados ingleses, costó un total de mil seiscientas bajas inglesas y detuvo durante un día el avance del ejército de Von Kluck. Durante la Batalla de las Fronteras, en la que combatieron sesenta divisiones francesas, un millón doscientos cincuenta mil hombres combatieron, en diferentes momentos y lugares, durante más de cuatro días. Las bajas francesas, durante esos cuatro días, ascendieron a más de ciento cuarenta mil, es decir, el doble que todo el Cuerpo Expedicionario inglés en Francia.

Charleroi y Mons estaban cubiertas por el blanco polvo de las paredes derruidas de sus casas y señaladas por las ruinas de la batalla. La paja que los soldados habían usado para dormir en las calles se mezclaba con sacos vacíos y restos de vendajes. «Un extraño olor lo invadía todo —escribió Will Irwin—, un olor que nunca antes había oído mencionar en ningún libro sobre la guerra […] el olor de medio millón de hombres que no se habían bañado […] se cernía sobre todas aquellas ciudades por las que pasaban los alemanes»[65]. Y con este olor se confundía también el de la sangre y las medicinas, los excrementos de los caballos y el hedor de los cadáveres. Los muertos debían ser enterrados por sus propias tropas antes de medianoche, pero frecuentemente eran tantos, y tan pocos los que podían dedicarse a esa piadosa tarea, que permanecían al aire libre durante días. Los campesinos belgas que intentaban limpiar sus campos después de las batallas recordaban, con sus picos y azadones, a un cuadro de Millet.

Y entre los cadáveres figuraban también los fragmentos del «Plan 17» y destrozadas, asimismo, las Regulaciones de Campaña francesas: «Desde este momento, el Ejército francés no conoce otra ley que la ofensiva […]. Sólo la ofensiva puede llevar a resultados positivos».

Joffre permanecía mágicamente imperturbable entre la debacle de todas las esperanzas francesas, cuya responsabilidad

pesaba en última instancia sobre él, y todos sus ejércitos se hallaban en retirada o luchando desesperadamente. Pero al achacar en el acto toda la culpa a los elementos ejecutivos y absolver a los que habían forjado el plan, logró conservar una perfecta confianza en sí mismo y en Francia. Y, al proceder de este modo, consiguió aquella premisa esencial y única para los calamitosos días que se avecinaban[66].

La mañana del 24 dijo: «No podemos rehuir la evidencia de los hechos», e informó a Messimy de que el Ejército estaba «condenado a una actitud defensiva» y se veía obligado a resistir apoyándose sobre sus líneas fortificadas, procurando desgastar al enemigo y esperando una ocasión favorable para reanudar la ofensiva. Inmediatamente se dedicó a organizar las líneas de repliegue y a preparar el reagrupamiento de sus ejércitos para formar un ejército capaz de reanudar el ataque partiendo de una línea defensiva que se confiaba en establecer en el Somme. Se sentía estimulado por un reciente telegrama de Paléologue desde San Petersburgo y confiaba en que muy pronto los alemanes se verían obligados a retirar fuerzas del Oeste para hacer frente a la amenaza rusa, y al día siguiente de su propio desastre ya confiaba ansiosamente en oír en la lejanía el sordo avanzar del rodillo ruso, pero lo único que recibió fue un telegrama informando de que «estaban en curso graves operaciones estratégicas» en la Prusia oriental y la promesa de «futuras operaciones ofensivas».

Después de la reforma de sus líneas, la labor más urgente con la que se enfrentaba Joffre era hallar la causa del fracaso. Sin ninguna clase de vacilaciones la descubrió «en la incapacidad por parte de sus comandantes». Algunos de ellos se habían hundido bajo el terrible peso de la responsabilidad de mando. Un general de la artillería había tenido que sustituir al comandante del III Cuerpo en el frente de Charleroi cuando el oficial desapareció en el momento más culminante de la batalla. En la

Batalla de las Ardenas un general de división del V Cuerpo se suicidó. Los seres humanos, al igual que los planes, pueden fallar en presencia de aquellos ingredientes que no figuran en las maniobras: el peligro, la muerte y las balas. Pero Joffre, que no estaba dispuesto a admitir el fallo de su plan, tampoco lo permitía en sus hombres. Solicitó los nombres de todos aquellos generales que habían demostrado debilidad o incapacidad y aumentó el número de *limogés* con mano dura.

Del mismo modo que Wilson, que tampoco admitía un error teórico o estratégico, atribuyó el fracaso a la táctica defensiva «a pesar de la superioridad numérica» y a una «falta de espíritu ofensivo». Hubiera podido decir más bien «exceso». En Morhange, en Lorena, en Rossignol, en las Ardenas, en Tamines y en el Sambre no fue demasiado poco, sino demasiado *élan* lo que ocasionó el fracaso francés. En un «Comunicado a todos los ejércitos», publicado el día siguiente del desastre, el GQG atribuyó la falta a una «falsa interpretación» del espíritu ofensivo. Las Regulaciones de Campaña, alegaba, «habían sido mal interpretadas o mal aplicadas». Los ataques de la infantería habían sido lanzados desde demasiada distancia y sin apoyo de la artillería, sufriendo a causa de ello bajas por fuego de ametralladora que hubiesen podido ser evitadas. Por lo tanto, cuando «se ocupa un terreno hay que organizarse, sin pérdida de tiempo. Hay que cavar trincheras». El «error capital» había sido la falta de coordinación entre la artillería y la infantería, lo que era absolutamente necesario rectificar. Los 75 habían de disparar a la máxima distancia. «Finalmente, hemos de imitar al enemigo en el uso de aeroplanos para preparar los ataques de la artillería». Fuesen cuales fuesen los otros errores cometidos por los franceses, lo cierto es que no había ningún error táctico.

El GQG tuvo menos prisa en localizar los fracasos en sus propias ideas estratégicas, incluso cuando el 24 de agosto el Deuxième Bureau hizo un sorprendente descubrimiento: había

descubierto que los cuerpos activos enemigos eran seguidos por cuerpos de la reserva que empleaban el mismo número de cuerpo[67]. Ésta, la primera prueba de que las unidades de la reserva eran usadas en el frente de combate, revelaba la causa de que los alemanes hubieran sido tan fuertes en el centro como en el ala derecha al mismo tiempo. Pero esto no indujo a creer a Joffre que el «Plan 17» se asentaba sobre una base falsa. Continuaba convencido de que se trataba de un buen plan que había fracasado por una deficiente ejecución. Cuando fue llamado a declarar después de la guerra, ante un comité parlamentario, sobre los motivos de la catástrofe que abrió Francia a la invasión, le preguntaron las razones de su opinión de antes de la guerra de que, cuanto más fuerte fuera el ala derecha alemana, tanto mejor para Francia.

—Y sigo creyéndolo —contestó Joffre—. La prueba es que nuestra Batalla de las Fronteras fue planeada para este fin, y si hubiésemos obtenido un éxito habríamos tenido el camino libre ante nosotros […]. Y habríamos alcanzado este éxito si el Cuarto y el Quinto Ejércitos hubiesen luchado bien. Si lo hubieran hecho así, se hubiese conseguido el aniquilamiento de todo el avance alemán[68].

En la oscura mañana del mes de agosto de 1914 en que comenzó la retirada, casi no culpó al comandante del Cuarto, pues era al del Quinto Ejército a quien él achacaba la responsabilidad. Aunque también los ingleses se descargaron sobre la cabeza de Lanrezac, un anónimo portavoz del Ejército británico declaró que la decisión de Lanrezac de replegarse en lugar de pasar al contraataque el 23 de agosto había evitado «otro Sedán». Y hablando de la insistencia de destinar el Quinto Ejército al oeste del Mosa, a Charleroi, añadió: «No cabe la menor duda de que este cambio de plan salvó al CEB y posiblemente a los ejércitos franceses del aniquilamiento»[69].

El 24 de agosto, lo único que parecía claro y evidente era que los ejércitos franceses se batían en retirada y que el enemigo avanzaba con potencia arrolladora. La amplitud del desastre fue ignorada por la opinión pública hasta el 25 de agosto, cuando los alemanes anunciaron la conquista de Namur y de cinco mil prisioneros[70]. La noticia conmovió a un mundo incrédulo. *The Times*, de Londres, había afirmado que Namur resistiría un asedio de seis meses, y había caído en cuatro días. En Inglaterra se decía que la conquista de Namur «se considera una evidente desventaja, pues todas las posibilidades de poner un pronto fin a la guerra han disminuido considerablemente».

Sin embargo, nadie podía saber lo lejano que estaba este fin. Nadie podía saber que, en lo que se refería al número de soldados que habían intervenido en la batalla y al número de bajas, ya había sido librada la batalla más grande de la guerra. Pero nadie podía prever sus consecuencias: que la ocupación de toda Bélgica y del norte de Francia pondría a Alemania en posesión del poder industrial de ambos países, de las fábricas de Lieja, del carbón del Borinage, de las minas de hierro de Lorena, las manufacturas de Lila, los ríos, los ferrocarriles y la agricultura, y que su ocupación, cumpliendo las ambiciones alemanas e imprimiendo en Francia la firme resolución de luchar hasta la última gota de su sangre, bloquearía todos los futuros intentos para una paz de compromiso, «una paz sin victoria», y prolongaría la guerra durante otros cuatro años.

Pero no nos adelantemos a los acontecimientos. El 24 de agosto los alemanes se sentían muy confiados y esperanzados. Delante de ellos sólo veían ejércitos derrotados, el genio de Schlieffen había demostrado su valor y la victoria decisiva parecía estar al alcance de los alemanes. En Francia, el presidente Poincaré escribió en su diario: «Tenemos que hacernos a la idea de la retirada y de la invasión. Se han esfumado las ilusiones de

los últimos quince días. Ahora el futuro de Francia depende totalmente de sus poderes de resistencia»[71].

El *élan* no había sido suficiente.

15

«¡LLEGAN LOS COSACOS!»[*]

El 5 de agosto, en San Petersburgo, el embajador francés Paléologue vio a un regimiento de cosacos que partía para el frente. Su general, al distinguir la bandera francesa en el coche del embajador, desmontó de su caballo, le abrazó y pidió permiso para hacer desfilar a su regimiento. Mientras Paléologue pasaba revista solemnemente a las fuerzas desde su coche, el general, entre los gritos de mando de sus oficiales, dirigió gritos de estímulo al embajador: «¡Destruiremos a esos sucios prusianos! […]. ¡Exterminaremos Prusia, asolaremos Alemania! […]. ¡Guillermo a Santa Helena!». Una vez hubo terminado el desfile, galopó detrás de sus hombres con el sable al aire, repitiendo: «¡Guillermo a Santa Helena!»[1].

Los rusos, cuyas rencillas con Austria habían desencadenado la guerra, estaban agradecidos a Francia porque había hecho honor a su alianza, y a su vez ansiosos por demostrar la misma lealtad apoyando todos los esfuerzos galos. «Nuestro objetivo —declaró el zar, demostrando mayor entusiasmo que el que sentía en realidad—, es el aniquilamiento del Ejército alemán», indicando a los franceses que consideraba sus operaciones contra Austria como «secundarias», y que le había ordenado al gran duque «abrir a toda costa el camino hacia Berlín desde el primer momento»[2].

El gran duque había sido nombrado comandante en jefe durante los últimos días de la crisis a pesar de la rivalidad de Sujomlinov, que deseaba este cargo. Entre ambos, ni siquiera el régimen ruso de los últimos días de los Romanov fue tan estúpido como para elegir a Sujomlinov, de orientación teutona, para

dirigir una guerra contra Alemania. Sin embargo, continuó en su puesto de ministro de la Guerra.

Desde el momento en que los franceses iniciaron las hostilidades, Francia, incierta sobre si los rusos cumplirían o podrían cumplir lo que habían prometido, no dejó pasar un solo momento sin exhortar a sus aliados a hacer honor a lo pactado. «Suplico a Vuestra Majestad —rogó el embajador Paléologue durante una audiencia que le concedió el zar el 5 de agosto— que dé la orden a sus ejércitos de pasar inmediatamente a la ofensiva, pues en caso contrario corremos el riesgo de que el Ejército francés sea aniquilado»[3]. No satisfecho con esta visita al zar, Paléologue se entrevistó también con el gran duque, que le aseguró al embajador que pensaba lanzar una vigorosa ofensiva el 14 de agosto, cumpliendo la promesa de emprender la acción al decimoquinto día de la movilización, sin esperar a que sus ejércitos hubiesen terminado su concentración. Aunque famoso por sus vanas promesas y por sus discursos, que, frecuentemente, no podían ser reproducidos, el gran duque redactó inmediatamente un mensaje al estilo de los caballeros medievales dirigido a Joffre. «Firmes en la convicción de la victoria», telegrafió, marcharía contra el enemigo llevando a su lado, junto a su estandarte, la bandera de la República francesa que Joffre le había regalado con motivo de las maniobras del año 1912[4].

Que existía un abismo entre las promesas dadas a los franceses y los preparativos para pasar a la acción era evidente para todo el mundo, y posiblemente fue la causa de las lágrimas que vertió el gran duque cuando fue nombrado comandante en jefe. Según palabras de un compañero suyo, «no estaba preparado para la tarea que se exigía de él, y cuando recibió la orden imperial se puso a llorar, dado que no sabía cómo hacer frente a la situación»[5]. Considerado por un historiador militar ruso como «eminentemente calificado» para su labor, el gran duque

debió de verter sus lágrimas más por Rusia y el mundo entero que por él. El año 1914 estaba envuelto en un aura que hacía que todo aquel que la percibiera sintiera compasión por la humanidad. Las lágrimas se agolpaban en los ojos incluso de los más valientes y decididos. Messimy, cuando abrió la sesión del Gabinete el 5 de agosto, la inició con un discurso lleno de valor y firmeza, interrumpió la sesión al mediodía, hundió la cabeza entre sus manos y sollozó incapaz de continuar. Winston Churchill, al desear una rápida victoria al Cuerpo Expedicionario inglés y despedirse de Henry Wilson, «se puso a llorar sin poder terminar sus frases». Esta misma emoción debía de experimentarse en San Petersburgo[6].

Los compañeros del gran duque no eran los pilares más firmes de apoyo. El jefe de Estado Mayor, en 1914, era el general Yanushkevich, de cuarenta y cuatro años, de bigotes negros y pelo rizado que no lucía barba, y al que el ministro de la Guerra tenía «todavía por un chiquillo». Más cortesano que soldado, no había participado en la guerra contra los japoneses, aunque había prestado servicio en el mismo regimiento que Nicolás II, lo que era una buena razón para obtener un rápido ascenso. Se había graduado en la Academia del Estado Mayor y más tarde había sido nombrado comandante de la misma, había prestado servicio en el Ministerio de la Guerra y, cuando estalló la guerra, apenas hacía tres meses que era jefe del Estado Mayor. Lo mismo que el príncipe heredero alemán, estaba completamente bajo la influencia de su lugarteniente, el grave y silencioso general Danilov, un hombre muy trabajador y muy disciplinado que era el cerebro del Estado Mayor. El antecesor de Yanushkevich como jefe del Estado Mayor, el general Jilinsky, había preferido renunciar al cargo y convenció a Sujomlinov para que le nombrara comandante de la región militar de Varsovia. Estaba al mando, a las órdenes del gran duque, del grupo de ejércitos del noroeste en el frente contra Alemania. Durante la Guerra

Ruso-japonesa no había logrado sobresalir, pero tampoco había cometido ningún error grave como jefe del Estado Mayor del comandante en jefe, el general Kuropatkin, y había logrado permanecer entre los favoritos sin gozar de una popularidad personal ni poseer siquiera talento militar.

Rusia no había hecho ninguna clase de preparativos para lanzarse a aquel prematuro ataque que había prometido a los franceses. A última hora había de improvisarse todo. Fue ordenada una «movilización de urgencia»[7] para ganar varios días. Los montones de telegramas que llegaban de París, entregados personalmente por Paléologue, mantenían viva esta presión. El 6 de agosto las órdenes del Estado Mayor ruso decían que era esencial prepararse «para una enérgica ofensiva contra Alemania lo antes posible, con el fin de aliviar la situación de Francia, pero, desde luego, cuando se dispusiera de las fuerzas necesarias». El 10 de agosto, sin embargo, ya se había renunciado a la premisa de «fuerzas necesarias». Las órdenes transmitidas aquel día decían: «Nuestro deber es acudir en ayuda de Francia, en vista del gran ataque que los alemanes preparan contra ella. Esta ayuda ha de efectuarse atacando lo más rápido posible a las fuerzas alemanas que se hallan estacionadas en la Prusia oriental». El Primer y Segundo Ejércitos recibieron órdenes de estar en «posición» el decimocuarto día de la movilización, 13 de agosto, a pesar de que habrían de ponerse en marcha sin sus servicios de aprovisionamiento, que no podrían estar concentrados hasta el vigésimo día de la movilización, o sea, el 19 de agosto.

Las dificultades de organización eran inmensas; la esencia del problema, tal como el gran duque le confesó en cierta ocasión a Poincaré, era que, en un imperio tan extenso como el ruso, cuando se daba una orden nunca se podía obtener la certeza de que dicha orden había llegado a su punto de destino. Las deficiencias en el sistema telefónico y telegráfico y la falta de es-

pecialistas hacían imposible una comunicación rápida y segura. La falta de camiones dificultaba también el ritmo de movilización ruso. En 1914, el Ejército contaba con 418 vehículos a motor, 259 turismos y dos ambulancias a motor. Contaba, sin embargo, con 320 aeroplanos. Como resultado de todo ello, tan pronto como los transportes abandonaban el sistema ferroviario habían de fiarse, única y exclusivamente, del transporte por tiro animal.

Los servicios de suministro estaban en un estado deplorable. Investigaciones judiciales después de la Guerra Ruso-japonesa habían revelado la existencia de numerosos casos de corrupción en estos servicios. Incluso cuando el gobernador de Moscú, el general Reinbot, fue juzgado y encarcelado por soborno en los suministros al Ejército, hizo gala de toda su influencia personal para ser perdonado y vuelto a nombrar para su antiguo cargo[8]. Cuando se reunió por primera vez con sus colaboradores, el gran duque les dijo: «Caballeros, basta de latrocinios»[9].

El vodka, otro compañero tradicional en la guerra, fue prohibido. Durante la última movilización en el año 1904 se tardó una semana en volver a poner orden en el caos que se había originado a causa de las borracheras y botellas rotas en los cuarteles. Ahora que los franceses decían que recuperar el retraso era una cuestión de vida o muerte, Rusia decretó la prohibición durante el período de la movilización. Nada podía dar una prueba más práctica y más leal de las intenciones de cumplir lo antes posible los planes franceses, pero con aquella característica impremeditación, el gobierno, por medio de un decreto del 2 de agosto, extendió la prohibición a todo el tiempo que durase la guerra. Puesto que la venta de vodka era un monopolio del Estado, esta disposición rebajó repentinamente los ingresos del gobierno en una tercera parte. En todos los tiempos, comentó un miembro de la Duma, los gobiernos han trata-

do por todos los medios de elevar los impuestos durante la guerra, «pero ésta es la primera vez en la historia de la humanidad que un país, en tiempos de guerra, renuncia a sus principales fuentes de ingreso»[10].

A última hora del decimoquinto día, a las once, una hermosa noche de verano, el gran duque abandonó la capital para dirigirse a su cuartel general de campaña en Baranovichi, un centro ferroviario en la línea Moscú-Varsovia a medio camino entre los frentes alemán y austriaco. El gran duque y sus compañeros se reunieron en los andenes de la estación de San Petersburgo en espera de que el zar fuera a despedir a su comandante en jefe. Sin embargo, los celos de la zarina dejaron de lado todo protocolo y Nicolás no hizo acto de presencia. Las palabras de despedida fueron pronunciadas en voz baja y los hombres ocuparon silenciosamente sus puestos en el tren y partieron.

En el frente todavía continuaban los esfuerzos para concentrar los ejércitos. La caballería rusa, en sus misiones de exploración, había penetrado en territorio alemán ya desde el primer día de la guerra. Pero estas excursiones, que no tenían ningún objetivo militar, servían como pretexto para que los periódicos alemanes denunciaran en grandes titulares los salvajes ataques de los cosacos y las brutalidades que cometían. Ya el 4 de agosto en Frankfurt, en los límites occidentales de Alemania, un oficial oyó rumores de que treinta mil refugiados de la Prusia oriental buscaban alojamiento en la ciudad[11]. Las peticiones de salvar a Prusia oriental frente a las hordas eslavas comenzaron a distraer al Estado Mayor alemán de su tarea de concentrar todos los esfuerzos bélicos contra Francia.

El 12 de agosto por la mañana un destacamento del Primer Ejército del general Rennenkampf, consistente en una división de caballería al mando del general Gourko y apoyada por una división de infantería, inició la invasión de la Prusia oriental al

frente del grueso de las Fuerzas Armadas rusas y ocupó la ciudad de Marggrabowa, cinco millas más allá de la frontera. Disparando mientras cabalgaban por las afueras de la ciudad, al entrar en la plaza del mercado descubrieron que la ciudad estaba indefensa y había sido evacuada por los soldados alemanes. Las tiendas estaban cerradas, pero los habitantes les miraban desde detrás de los cristales de las ventanas. La primera mañana, los rusos vieron grandes fuegos a ambos lados de su ruta de avance, y cuando se acercaron vieron que no eran las granjas lo que los alemanes habían incendiado, sino grandes pajares, para de esta forma ir señalando la dirección del avance ruso. Por todas partes se descubrían pruebas de que los alemanes lo tenían todo previsto y preparado. En lo alto de las colinas habían construido torres de observación de madera. Las tropas alemanas habían distribuido bicicletas por las granjas para que los muchachos de trece a catorce años actuaran de mensajeros. Los soldados alemanes, destinados como informadores, habían sido vestidos como campesinos e incluso disfrazados de mujeres. Estos últimos fueron descubiertos, probablemente en acciones que nada tenían que ver con objetivos militares, pero la mayoría no fueron identificados, pues, tal como comentó el general Gourko, no era posible levantar las faldas a todas las mujeres que habitaban en la Prusia oriental.

Al recibir los informes del general Gourko, indicando que las ciudades habían sido evacuadas y que la población había emprendido la huida, el general Rennenkampf llegó a la conclusión de que los alemanes no planeaban una defensa seria tan lejos de su base en el Vístula, y sintió más ansia aún de lanzarse hacia delante y mucha menor preocupación por sus servicios de aprovisionamiento. Elegante oficial de sesenta y un años, de mirada firme y bigotes enérgicos, se había ganado fama de osado, decidido y hábil táctico durante la rebelión de los bóxers, como comandante de una división de caballería en la Guerra

Ruso-japonesa y como jefe de la expedición de castigo contra China, en la que exterminó sin ninguna compasión a quienes quedaban tras la revolución de 1905. Su pericia militar quedaba, en cierto modo, ensombrecida por su ascendencia alemana y por cierto inexplicable embrollo que, en opinión del general Gourko, «dañó considerablemente su reputación moral». Cuando durante las semanas siguientes volvieron a resurgir todos estos hechos, sus compañeros no vacilaron un solo momento en afirmar su lealtad a Rusia.

Haciendo caso omiso de las prevenciones del general Jilinsky, comandante del grupo de ejércitos del noroeste, un hombre pesimista ya desde el principio, apresurando la concentración de sus tres Cuerpos de Ejército y las cinco divisiones y media de caballería, Rennenkampf inició su ofensiva el 17 de agosto. Su Primer Ejército, compuesto de unos doscientos mil hombres, cruzó la frontera en un frente de treinta y cinco millas dividido por los bosques de Rominten. Su objetivo era Insterburg, a treinta y siete millas de la frontera y a tres días de marcha, una franja de terreno abierto de unas treinta millas de ancho y situada entre la zona fortificada de Königsberg al norte y los lagos de Masuria al sur. Era una región de pequeños pueblos y grandes granjas. Por allí tenía pensado pasar el Primer Ejército, para enfrentarse con el grueso de las fuerzas alemanas, hasta que el Segundo Ejército de Samsonov, que rodeaba la región de los lagos desde el sur, llegara para asestar el golpe de gracia a los alemanes por el flanco y la retaguardia. Los dos ejércitos rusos debían reunirse en un frente común en la zona de Allenstein.

La línea objetivo del general Samsonov, a la misma altura que Allenstein, estaba a cuarenta y tres millas de la frontera, de tres y medio a cuatro días de marcha si todo iba bien. Entre el punto de partida, sin embargo, y su objetivo existían muchas posibilidades para casualidades inesperadas… lo que Clausewi-

tz llamaba las «fricciones» de la guerra. Debido a no poder contar con una vía de ferrocarril dirección este-oeste a través de la Polonia rusa hacia la Prusia oriental, el ejército de Samsonov no pudo cruzar la frontera hasta dos días después de haberlo hecho Rennenkampf. Su línea de marcha era por carreteras arenosas a través de una región poblada de pequeños bosques y pantanos y habitada por unos escasos campesinos polacos. Una vez dentro del territorio hostil habría pocas oportunidades para aprovisionarse de víveres y de forraje.

El general Samsonov, a diferencia de Rennenkampf, no conocía la región y era nuevo para sus tropas y los miembros de su Estado Mayor. En 1877, a los dieciocho años, ya había luchado contra los turcos, fue ascendido a general a la edad de cuarenta y tres años, durante la Guerra Ruso-japonesa había estado al mando de una división de caballería, y desde 1909 había ostentado el cargo semimilitar de gobernador del Turquestán. Contaba cincuenta y cinco años cuando estalló la guerra, estaba de permiso por enfermedad en el Cáucaso y no llegó a Varsovia y al cuartel general del Segundo Ejército hasta el 12 de agosto. Las comunicaciones entre su ejército y Rennenkampf, así como también con el cuartel general de Jilinsky, que había de coordinar los movimientos de los dos ejércitos, eran anormales. La precisión en el tiempo nunca había sido una de las virtudes del mando militar ruso. Durante las maniobras del mes de abril habían ejercitado los planes casi con las mismas tropas y los mismos mandos que luego habían de actuar en el frente, y el Estado Mayor ruso tenía pleno conocimiento de todas las dificultades que entrañaba la acción. Aunque las maniobras, durante las cuales Sujomlinov desempeñó el papel de comandante en jefe, habían revelado que el Primer Ejército había emprendido la marcha demasiado pronto, cuando estallaron las hostilidades se aferraron al mismo esquema, que habían estructurado sin introducir ningún cambio[12]. Contando los dos días

de ventaja que llevaba Rennenkampf y los cuatro días de marcha de Samsonov, quedaban seis días durante los cuales el Ejército alemán habría de enfrentarse a un solo ejército ruso.

El 17 de agosto, los dos cuerpos de caballería de Rennenkampf, que vigilaban sus flancos a la derecha y a la izquierda, recibieron órdenes no sólo de proteger el avance, sino de interrumpir las dos vías de los ferrocarriles alemanes para que éstos no pudieran replegar su material móvil. Por haber usado un ancho de vías diferente del alemán como defensa contra una posible invasión, los rusos no podían hacer uso de su material rodante o de la valiosa red de ferrocarriles de la Prusia oriental, a no ser que capturaran también los trenes alemanes. Como es natural, los alemanes no dejaban atrás ni un solo vagón que pudiera caer en manos de los rusos. El Ejército ruso, que se alejaba cada vez más de sus bases por una región hostil, comenzó muy pronto a agotar cada vez más sus reservas, que eran transportadas en carros. Para las comunicaciones, dado que no contaban con líneas propias, los rusos dependían de las líneas telegráficas alemanas, y cuando se encontraron con que los alemanes habían destruido sus líneas, no les quedó otro remedio que hacer uso de las comunicaciones inalámbricas, pero sin clave, pues no contaban con los expertos necesarios[13].

Los aeroplanos hicieron muy pocas misiones de reconocimiento o de localización de la artillería, puesto que la mayoría de los aparatos habían sido enviados al frente austriaco. Al observar un avión, el primero que veían, los soldados rusos, sin fijarse en su nacionalidad, arrojaron los fusiles y emprendieron la huida convencidos de que sólo los alemanes eran capaces de una invención tan diabólica. Los soldados rusos consumían ingentes cantidades de pan negro y té, e iban armados con una bayoneta de cuatro filos que, cuando era montada en el fusil, formaba un arma más alta que un hombre y que, en un combate cuerpo a cuerpo, les daba ventaja sobre los soldados alema-

nes. Sin embargo, en cuanto a potencia de fuego y eficacia en el combate, la superioridad alemana en artillería hacía que dos divisiones alemanas equivalieran a tres divisiones rusas. Las desventajas rusas eran agravadas aún más por el odio mutuo entre Sujomlinov, como ministro de la Guerra, y el gran duque, como comandante en jefe, sobre todo debido a que las comunicaciones entre el frente y la retaguardia eran muy malas y el problema de los suministros, mucho peor todavía. Antes de que terminara el primer mes de lucha, la falta de obuses y de cartuchos era tan desesperada, y la indiferencia del Ministerio de la Guerra tan descorazonadora, que el 8 de septiembre el gran duque apeló directamente al zar. Informó de que en el frente austriaco debían ser aplazadas las operaciones hasta que llegaran las municiones, cien obuses por cañón. «En este momento sólo disponemos de veinticinco por cañón. Suplico a Vuestra Majestad que apresure el envío de munición».

El grito «Kosaken kommen!»[14] («¡Llegan los cosacos!») que llegaba desde la Prusia oriental, debilitó la decisión alemana de dejar un mínimo de defensa en aquella provincia alemana. El Octavo Ejército de la Prusia oriental, que comprendía cuatro cuerpos y medio, una división de caballería, la guarnición de Königsberg y algunas brigadas territoriales, era tan potente en número como cualquiera de los ejércitos rusos. Las órdenes que había recibido de Moltke eran las de defender la Prusia oriental y la occidental, pero no permitir en ningún momento que les atacara una fuerza superior, o ser obligados a replegarse hasta la zona fortificada de Königsberg. Si eran atacados por una fuerza numéricamente superior, entonces debían replegarse al otro lado del Vístula abandonando la Prusia oriental al enemigo. Tales órdenes «entrañaban peligros psicológicos para dos caracteres débiles»[15], en opinión del coronel Max Hoffmann, que había sido nombrado segundo jefe de Operaciones del Octavo Ejército.

El carácter débil a que hacía referencia Hoffmann era el del comandante del Octavo Ejército, el teniente general Von Prittwitz und Gaffron. Como favorito de la corte, Prittwitz había disfrutado de una carrera de rápidos ascensos porque, según un oficial compañero suyo, «sabía cómo alegrar los oídos del káiser durante las comidas con toda clase de chistes y relatos muy sabrosos»[16]. Contaba entonces sesenta y seis años y era una versión alemana de Falstaff, «impresionante en su aspecto físico, consciente hasta el grado máximo de su personalidad, rudo e incluso brutal». Conocido por el apodo de «Der Dicke» («el Gordo»), no poseía ningún interés intelectual o militar. Inútilmente Moltke, que nunca le consideró apto para aquel cargo, había tratado hacía años de darle un nuevo destino, pero las buenas relaciones de Prittwitz eran mucho más fuertes que todos los intentos contra él. Lo mejor que podía hacer Moltke en aquellas circunstancias era nombrar a su propio segundo jefe, el conde Von Waldersee, como jefe del Estado Mayor de Prittwitz. En el mes de agosto Waldersee, que sufría las consecuencias de una operación, no «estaba a la altura de las circunstancias», en opinión de Hoffmann, y dado que Prittwitz nunca lo había estado, todo esto le indujo a creer que el poder real para mandar el Octavo Ejército debía colocarse en manos del hombre mejor capacitado para ello, es decir, él.

Las preocupaciones por la Prusia oriental se agudizaron cuando el 15 de agosto Japón se declaró a favor de los aliados, liberando, con esta decisión, un gran número de fuerzas rusas. De nuevo los diplomáticos alemanes habían fracasado en ganarse o conservar a unos amigos.

Japón tenía sus propias ideas sobre lo que más le convenía en una guerra europea, y esto lo sabía muy bien su presunta víctima. «Japón se aprovechará de esta guerra para obtener el control sobre China», predijo el presidente Yuan Shi-kai[17]. Como ya es sabido, Japón se aprovechó de la guerra cuando las poten-

cias europeas estaban mezcladas en otros asuntos, para imponer sus Veintiuna Demandas a China y hacer incursiones por territorios de soberanía china. El inmediato resultado de esta decisión japonesa fue que Rusia podía disponer de numerosas fuerzas estacionadas en el Lejano Oriente. Ante la visión de nuevas hordas eslavas los alemanes empezaron a temer que Prusia oriental no pudiera ser defendida sólo por el Octavo Ejército.

Ya desde un principio el general Von Prittwitz había tenido dificultades en imponerse al comandante de su I Cuerpo, el general Von François, un inteligente oficial de antepasados hugonotes, de cincuenta y cinco años, que se parecía a un Foch alemán. El I Cuerpo había sido reclutado en Prusia oriental y su comandante, decidido a que ni un solo eslavo pisara el suelo prusiano, amenazaba ahora con desarticular toda la estrategia del Octavo Ejército al avanzar demasiado lejos.

Basándose en los cálculos de Hoffmann, sería el primero en avanzar para enfrentarse con él en una batalla anticipada el 19 y 20 de agosto en la zona de Gumbinnen, a unas veinticinco millas de la frontera rusa, antes de que llegara a la zona de Insterburg. Tres cuerpos y medio, entre los que figuraba el I de François y una división de caballería, fueron enviados al encuentro de los rusos, mientras que el IV Cuerpo fue enviado en dirección sur para que estableciera contacto con el ejército de Samsonov. El 16 de agosto el cuartel general del Octavo Ejército fue trasladado a Bartenstein, más cerca del fuerte de Insterburg, en donde descubrieron que François había alcanzado ya y rebasado Gumbinnen. Era de la opinión de que había que pasar lo antes posible a la ofensiva, en tanto que los planes de Hoffmann decían que era más conveniente dejar avanzar a los rusos lo máximo posible hacia el oeste, basándose en que cuanto más alejados estuvieran de sus bases más vulnerables serían. Hoffmann deseaba que los rusos llegaran lo antes posible a la

zona de Gumbinnen, con el fin de presentarles batalla antes de tener que hacer frente también al ejército de Samsonov.

El avance de François más allá de Gumbinnen, donde estableció su cuartel general el 16 de agosto, amenazaba con tener que mandar al resto del Octavo Ejército detrás de él para apoyarle en los flancos. Prittwitz le mandó orden el 16 de que se detuviera, pero François protestó indignado por teléfono de que, cuanto más cerca de Rusia se librara la batalla, menos peligro habría para el territorio alemán. Prittwitz replicó que la pérdida de la Prusia oriental era inevitable, y despachó una orden por escrito a François remarcando que él era el único comandante y prohibiendo un nuevo avance[18]. François hizo caso omiso de la orden. A la una de la tarde del 17 de agosto, Prittwitz recibió, «con gran asombro por su parte», un mensaje de François diciéndole que había entrado en acción en Stallupönen, veinte millas más allá de Gumbinnen y a sólo ocho millas de la frontera rusa.

Aquella mañana, cuando el grueso del ejército de Rennenkampf cruzó la frontera, su III Cuerpo, en el centro, inició la marcha, más por falta de coordinación que conscientemente, varias horas antes que los otros dos. Habiendo sido reconocidas las tropas de François en Stallupönen, los rusos recibieron la orden de atacar. La batalla se libró a pocas millas al este de la ciudad. El general Von François y su jefe de Estado Mayor asistían a la batalla desde la escalinata de la iglesia de Stallupönen, cuando «en medio de aquella tensión que destrozaba los nervios» comenzó, de pronto, a doblar la campana de la iglesia. El telescopio vibró sobre su trípode y unos enfurecidos oficiales lanzaron un sinfín de maldiciones teutónicas sobre la cabeza del desgraciado consejero municipal que había considerado su deber prevenir a la población del avance de los rusos[19].

Una indignación similar reinaba en el cuartel general del Octavo Ejército cuando se recibió el mensaje de François. Reci-

bió órdenes por teléfono y telégrafo de poner fin a la acción y un general de división fue enviado urgentemente en persona para confirmar la orden. «¡El general en jefe le manda que cese la batalla en el acto y se retire a Gumbinnen!», le gritó a François. Furioso por el tono y los modales, François replicó: «Informe al general Von Prittwitz de que el general Von François pondrá fin a la acción cuando haya derrotado a los rusos».

Mientras tanto, una brigada alemana con cinco baterías de artillería había dado la vuelta al flanco derecho alemán para atacar a los rusos por la espalda. Puesto que el avance del III Cuerpo ruso, especialmente de su 27.ª División, que ahora combatía en Stallupönen, había abierto una brecha entre la misma y los vecinos cuerpos rusos a su izquierda, no quedaba protegida contra el ataque alemán. El regimiento sobre el que se lanzaron los alemanes emprendió la huida arrastrando consigo a toda la 27.ª División y abandonando tres mil prisioneros a los alemanes. A pesar de que el resto del ejército de Rennenkampf alcanzó la línea objetivo que se había fijado para aquel día, la 27.ª División tuvo que retirarse a la frontera para reorganizarse, deteniendo el previsto avance para el día siguiente. François se retiró aquella misma noche a Gumbinnen, después de evacuar Stallupönen, convencido personalmente de las virtudes de la disciplina.

A pesar del choque, el ejército de Rennenkampf reanudó el avance, pero el 19 de agosto ya comenzaban a notar las consecuencias de su deficiente servicio de aprovisionamiento. Apenas a quince millas de su propia frontera, los comandantes de los cuerpos se lamentaban de no recibir el suministro que pedían y de que los mensajes no llegaban al cuartel general del ejército. Delante de ellos las carreteras quedaban bloqueadas por los rebaños de ganado y por la población que había emprendido la huida. Esta huida de la población y el movimiento

de repliegue del cuerpo de Von François hicieron creer a Rennenkampf y a su superior, el general Jilinsky, comandante del frente noreste, que los alemanes evacuaban Prusia oriental. Esto no se correspondía con los deseos de los rusos, ya que si el Ejército alemán se retiraba demasiado pronto escaparía a la destrucción por las tenazas rusas. Por lo tanto, Rennenkampf ordenó un alto para el día 20, menos debido a sus propias dificultades que a su deseo de instigar a los alemanes al combate y permitir que el Segundo Ejército asestara el golpe decisivo a los alemanes por la espalda[20].

El general Von François aceptó el reto. Oliendo de nuevo la batalla, telefoneó al general Von Prittwitz en el cuartel general del Octavo Ejército el día 19 solicitando permiso para pasar al contraataque en lugar de continuar su retirada hacia Gumbinnen. Dijo que se encontraba con una oportunidad de oro, puesto que el avance ruso estaba descohesionado. Describió con palabras vehementes la huida de la población e insistió, de un modo apasionado, en que no podía permitirse bajo ninguna circunstancia que las hordas eslavas mancillaran el suelo alemán. Prittwitz estaba indeciso. Puesto que había sido su intención luchar detrás de Gumbinnen, el Octavo Ejército había construido allí buenas posiciones defensivas a lo largo del río Angerapp. Pero el prematuro avance de François aquel día había desarticulado el plan y ahora estaba a unas diez millas, en el lado opuesto de Gumbinnen. Permitirle lanzarse al ataque allí significaba, al mismo tiempo, permitirle aceptar la batalla lejos de la línea defensiva de Angerapp, y que los otros dos cuerpos y medio se verían arrastrados con él y quedarían aún más separados del XX Cuerpo, que había sido destinado a proteger el frente sur contra el avance del ejército de Samsonov y que en el momento más inesperado podía reclamar apoyo.

Por otro lado, exhibir, en medio de una población aterrorizada, el espectáculo del Ejército alemán en retirada sin haber li-

brado una batalla seria, a pesar de que esta retirada sólo fuera por unas veinte millas, influía grandemente en todos los oficiales alemanes. La decisión se hizo más difícil cuando los alemanes se enteraron de que Rennenkampf había dado la orden de alto a sus tropas. La orden fue despachada a los comandantes de cuerpo rusos por radio, en una clave muy sencilla que un profesor alemán de matemáticas, adscrito al Octavo Ejército como criptógrafo, no tuvo gran dificultad en descifrar[21].

Se planteaba una cuestión: ¿durante cuánto tiempo se detendría Rennenkampf? El período de tiempo que les quedaba a los alemanes para lanzarse contra el Segundo Ejército ruso se iba acortando; aquella noche habrían pasado tres de los seis días que habían calculado. Si los alemanes esperaban en el río Angerapp a que los rusos se les echaran encima, podían entonces ser apresados al mismo tiempo entre los dos ejércitos rusos. En aquellos momentos se recibió la noticia de que el ejército de Samsonov había cruzado la frontera aquella misma mañana. Avanzaba la segunda punta de la tenaza. Los alemanes debían decidir si se lanzaban sin pérdida de tiempo contra Rennenkampf, renunciando a las posiciones que habían preparado en el Angerapp, o se volvían contra Samsonov. Prittwitz y sus oficiales de Estado Mayor se decidieron por lo primero, y ordenaron a François que atacara a la mañana siguiente, el 20 de agosto. La única dificultad estaba en que los otros dos cuerpos y medio, que estaban estacionados en el Angerapp, no podían ser destinados a tiempo al frente de combate.

La artillería pesada de François abrió fuego antes del amanecer cogiendo a los rusos por sorpresa, y el bombardeo continuó durante media hora. A las cuatro de la mañana su infantería se lanzó hacia delante por los campos de rastrojos en la semioscuridad hasta que llegaron a tiro de fusil de las líneas rusas. Cuando llegó la mañana las baterías de campaña rusas comenzaron a vomitar fuego contra las filas grises y vieron cómo, repentina-

mente, la carretera blanca frente a ellos se volvía gris por los cadáveres que empezaban a cubrirla. Una segunda ola de color gris pasó a la carga, esta vez más cerca. Los rusos podían ver ahora las puntas de sus cascos. Sus baterías volvieron a abrir fuego y la ola se dobló, pero llegó otra. Los cañones rusos, que contaban con un suministro de 224 balas por día, disparaban a razón de 440 por día. Un aeroplano con la cruz gamada sobrevoló las líneas rusas y bombardeó los emplazamientos de artillería. Las olas grises continuaban avanzando. Estaban a quinientos pasos cuando los cañones rusos enmudecieron, porque habían agotado sus municiones. Las dos divisiones de François aislaron la 28.ª División rusa, infligiéndole unas bajas de un 60 por 100, es decir, un virtual aniquilamiento. La caballería de François, con tres baterías de artillería, hizo una rápida maniobra por el flanco abierto de los rusos, sin encontrar oposición por parte de la caballería rusa, que no contaba con artillería, permitiendo a los alemanes caer sobre los transportes rusos. Ésta fue la suerte que corrieron los cuerpos en el ala derecha de Rennenkampf. En el centro y en la izquierda los acontecimientos se desarrollaban de forma muy diferente.

Allí, los rusos, prevenidos por el fuego de artillería de François, estaban preparados para un ataque que cubría un frente de cincuenta y seis kilómetros. En el centro, el XVII Cuerpo alemán no llegó al frente hasta las ocho de la mañana, cuatro horas después de hacerlo François, y en la derecha alemana el I Cuerpo de la reserva no llegó hasta el mediodía. El XVII estaba mandado por el general August von Mackensen, otro de los integrantes de aquellos grupos de generales que habían luchado en el año 1870 y que ya habían rebasado los sesenta y cinco años. El I Cuerpo de la reserva estaba a las órdenes del general Otto von Below. Habían estado detrás del Angerapp la noche del 19, cuando recibieron la inesperada orden de reunirse con François en una ofensiva más allá de Gumbinnen a la

mañana siguiente. Reuniendo rápidamente sus unidades, Mackensen cruzó el río durante la noche, pero al llegar al otro lado sus hombres se vieron obstaculizados por los refugiados, los carromatos y los rebaños de ganado. Cuando lograron formar de nuevo sus unidades y avanzar lo suficiente como para establecer contacto con el enemigo, habían perdido la ventaja de la sorpresa y los rusos abrieron fuego. Los efectos de la artillería pesada son devastadores para el bando que recibe las granadas y obuses, y en este caso, uno de los pocos en 1914, los que recibían eran los alemanes. La infantería tuvo que echarse cuerpo a tierra sin atreverse a levantar la cabeza; los carros de suministro volaban hechos pedazos y los caballos corrían sin jinetes. Por la tarde, la 35.ª División de Mackensen sucumbió bajo el fuego. Una compañía arrojó sus armas y emprendió la retirada, y otra fue presa del pánico, luego todo un regimiento, después los dos que estaban a ambos lados, y muy pronto las carreteras estaban atestadas de soldados que emprendían la huida. Mackensen y sus oficiales del Estado Mayor intentaron inútilmente poner fin a la huida, lo que no consiguieron hasta unos veinticuatro kilómetros después.

A la derecha de Mackensen, el I Cuerpo de la reserva de Von Below no podía acudir en su ayuda, pues había entrado en acción incluso más tarde, y cuando llegó al sector al que había sido destinado, Goldap, en los límites de los bosques de Rominten, en el acto se vio embarcado en una dura lucha con los rusos. La marcha de los cuerpos de Von Mackensen en el centro, sin estar protegidos por el flanco izquierdo de Von Below, le obligó también a retirarse, en parte para proteger a Von Mackensen y en parte a sí mismo. A la derecha de Von Below, la 3.ª División de la reserva, al mando del general Von Morgen, que había sido la última en partir del Angerapp, llegó hacia el anochecer, cuando ya todo había terminado. Aunque los alemanes hicieron una retirada ordenada y los rusos habían sufrido

graves pérdidas por la acción de François, la Batalla de Gumbinnen fue, en su conjunto, una victoria rusa.

Prittwitz vio como todo su plan de batalla se derrumbaba. Una vigorosa persecución por parte de los rusos podía romper el centro alemán, atravesar Insterburg dividiendo al Octavo Ejército y empujar a los cuerpos de François hacia el norte para buscar refugio en la zona fortificada de Königsberg, lo que el OHL había advertido que no debía acontecer en ninguno de los casos. Para salvar al Octavo Ejército y mantenerlo unido, Prittwitz veía como única solución la retirada hasta el Vístula. Las últimas palabras que le había dirigido Moltke habían sido: «Mantenga unido el ejército. No permita que le alejen del Vístula, pero en caso de necesidad abandone la región del Vístula». Prittwitz consideró que había llegado este caso de emergencia, sobre todo después de una conversación por teléfono con Mackensen, que le describió fielmente el pánico que dominaba a sus tropas[22].

A las seis en punto de aquella noche, 20 de agosto, llamó a François y le dijo que, a pesar de la victoria que había obtenido en su sector, su ejército debía replegarse al Vístula. François protestó violentamente, expuso muchas razones para que Prittwitz reconsiderara la orden, alegó que, debido a las pérdidas que habían sufrido, los rusos no podían lanzarse a una persecución, y le conminó a cambiar de parecer. Colgó el auricular con la impresión de que Prittwitz estaba dispuesto a estudiar otra vez la situación.

En el cuartel general, en medio del caos de las idas y venidas de los informes contradictorios, comenzaron a percatarse de una situación sorprendente: en efecto, los rusos no se lanzaban a la persecución. En el cuartel general ruso Rennenkampf había dado la orden de perseguir al enemigo aquella misma tarde entre las tres y las cuatro, pero, debido a ciertos informes que decían que la artillería pesada protegía la retirada de Von Ma-

ckensen, anuló la orden a las cuatro y media. En la incertidumbre de no conocer con exactitud la ruta alemana por el centro, esperaba. Un agotado oficial de Estado Mayor que le pidió permiso para acostarse, recibió como concesión dicho permiso de acostarse, pero vestido. Durmió una hora y cuando despertó se encontró a su lado a Rennenkampf, que le miraba sonriente y le dijo: «Ahora ya puede desnudarse, los alemanes se retiran»[23].

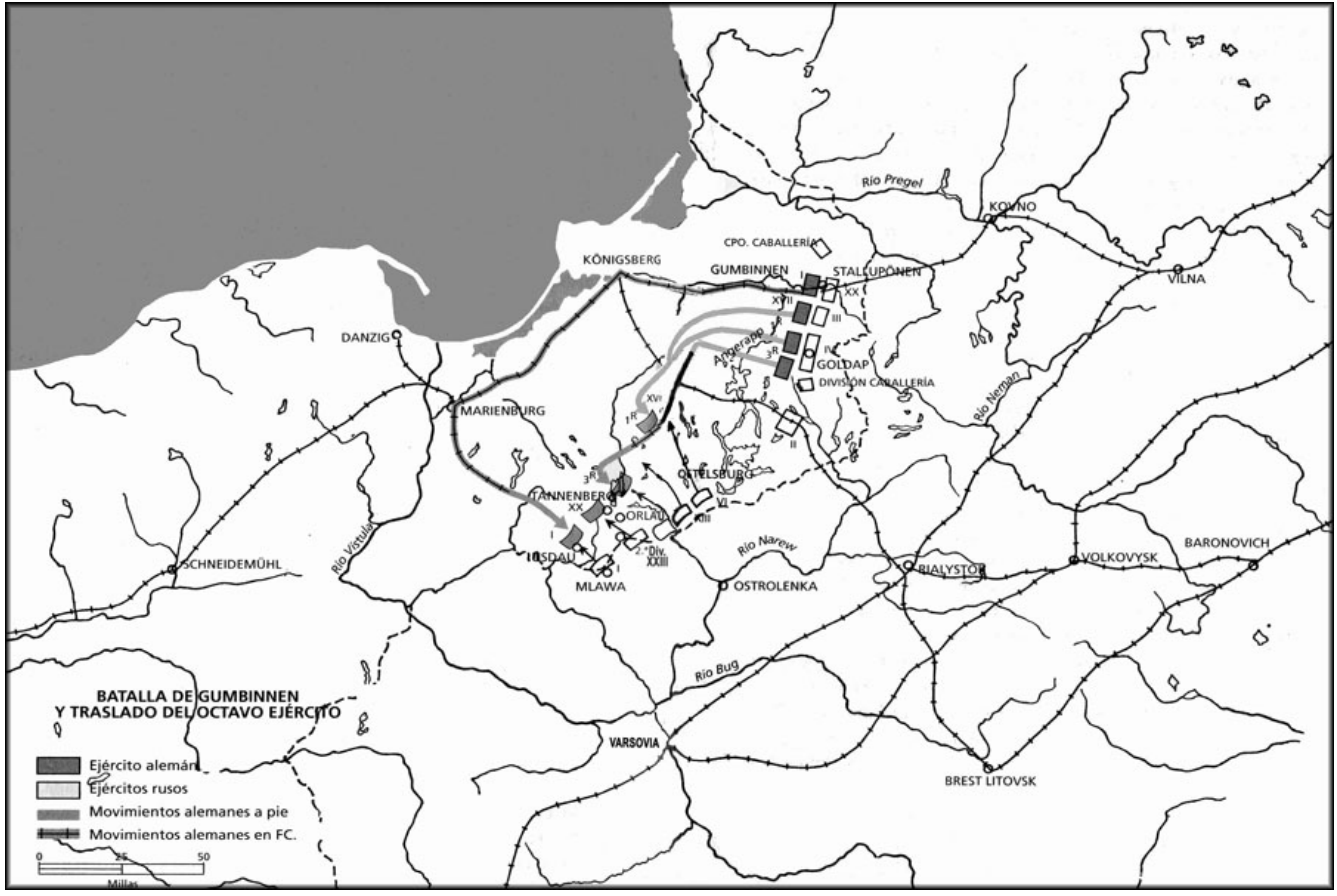
Estas palabras han sido comentadas extensamente por los críticos militares que invaden los campos de batalla cuando éstas han terminado, y de un modo especial por Hoffmann, con extrema malicia, en una versión muy personal de los hechos. La verdad es que cuando un enemigo emprende la retirada es el momento de lanzarse en su persecución, en lugar de meterse en la cama y dormir. Debido a los históricos resultados de la Batalla de Tannenberg, de la cual Gumbinnen fue una acción preliminar, el episodio de la decisión de Rennenkampf de no actuar ha levantado nubes de fervientes explicaciones y acusaciones, sin que fueran omitidas ciertas insinuaciones sobre su ascendencia alemana y la explícita acusación de que era un traidor. La más probable explicación fue ofrecida por Clausewitz, cien años antes: «Todo el peso de lo que es físico y sensual en un ejército —escribió cuando discutía el problema de perseguir a un enemigo— busca el descanso y la recuperación. Se requiere un vigor excepcional para comprender y ver más allá del momento presente y reaccionar en el acto para alcanzar aquellos resultados que, en un momento dado, parecen ser solamente un mero embellecimiento de la victoria… la lujuria del triunfo»[24].

Tanto si Rennenkampf percibía estos últimos resultados como si no, el hecho es que no podía, o consideraba que no podía, lanzarse tras el enemigo que había emprendido la huida, para obtener la victoria final. Sus vías de suministro estaban desarticuladas, extendía sus líneas por territorio hostil, mientras que

los alemanes se acercaban, en su repliegue, a sus bases. No podía usar los ferrocarriles alemanes sin antes capturar su material rodante. Sus medios de transporte estaban sumidos en el caos después del ataque de la caballería alemana, su caballería en el ala derecha se había portado de un modo deplorable y había perdido toda una división. Se quedó donde estaba.

La noche era cálida. El coronel Hoffmann estaba delante de la casa donde se había instalado el cuartel general alemán, discutiendo la batalla y las perspectivas que se presentaban para el día siguiente con su inmediato superior, el general de división Granen, en el cual confiaba para dominar las voluntades más débiles de Prittwitz y Waldersee. En aquel preciso momento les entregaron un mensaje. Procedía del general Scholtz, del X Cuerpo, informando de que el ejército ruso del sur había cruzado la frontera con cuatro o cinco cuerpos y que avanzaba en un frente de cincuenta a sesenta millas de ancho. Hoffmann, con aquella forma tan peculiar de decir las cosas de modo que nadie sabía si había que tomarle en serio o no, sugirió «suprimir» el mensaje con el fin de que no llegara a manos de Prittwitz y Waldersee, que, «momentáneamente, habían perdido el control de sus nervios». No hay ninguna otra frase en las memorias de guerra que sea usada con tanta frecuencia y haya adquirido un carácter tan universal cuando un soldado hace referencia a otro que la de decir: «Ha perdido el control de sus nervios»[25]. Pero en este caso concreto estaba justificada. Con todo, el complot de Hoffmann fue inútil, puesto que en aquel momento Prittwitz y Waldersee salían de la casa y en sus expresiones se adivinaba claramente que también ellos habían recibido el mensaje en cuestión. Prittwitz los llamó a todos ellos dentro de la casa y les dijo: «Caballeros, si proseguimos la batalla contra el ejército de Vilna, el ejército de Varsovia avanzará sobre nuestra retaguardia y nos aislarán del Vístula. Hemos de renunciar a nuestra lucha contra el ejército de Vilna y retirarnos

tras el Vístula»[26]. No hablaba ya de retirarse «al», sino «tras» el Vístula.


BATALLA DE GUMBINNEN
Y TRASLADO DEL OCTAVO EJÉRCITO
Ejército alemán
Ejércitos rusos
Movimientos alemanes a pie
Movimientos alemanes en FC.
0
25
50
Millas
KÖNIGSBERG
GUMBINNEN
CPO. CABALLERÍA
STALLUPÖNEN
GOLDAP
DIVISIÓN CABALLERÍA
Angerapp
DANZIG
MARIENBURG
TANNENBERG
ORLAU
OLTELSBURG
HOHENSTEIN
MLAWA
OSTROLENKA
SCHNEIDEMÜHL
Río Vístula
Río Narew
Río Bug
Río Pregel
Río Neman
KOVNO
VILNA
BIALYSTOK
VOLKOVYSK
BARONOVICH
VARSOVIA
BREST LITOVSK

Inmediatamente, Hoffmann y Grünert presentaron objeciones, alegando que podían «terminar» la batalla contra el ejército de Vilna en dos o tres días y disponer de tiempo suficiente para hacer frente al peligro que llegaba desde el sur, y que hasta entonces el cuerpo de Scholtz «sabría defenderse por su propia cuenta».

Prittwitz les interrumpió bruscamente diciendo que le incumbía a él y a Waldersee tomar las últimas decisiones. Insistió en que la amenaza del ejército de Varsovia era demasiado grande y ordenó a Hoffmann que adoptara las medidas necesarias para la retirada tras el Vístula. Hoffmann remarcó que el ala izquierda del ejército de Varsovia estaba ya más cerca del Vístula que los propios alemanes, y, haciendo una demostración con un compás, señaló que la retirada era completamente imposible. Rogó que le dieran «instrucciones» sobre cómo realizar esta maniobra. Prittwitz, bruscamente, los mandó salir a todos y telefoneó al OHL en Coblenza anunciando su intención de replegarse hasta el Vístula y no detrás del río. Añadió que debido al calor del verano las aguas estaban muy bajas y dudaba que pudiera defender aquella posición si no recibía refuerzos[27].

Moltke estaba fuera de sí[28]. Ésta era la consecuencia de dejar a aquel gordo idiota al mando del Octavo Ejército. Abandonar la Prusia oriental era sufrir una enorme derrota moral y perder, al mismo tiempo, la región ganadera y lechera más importante del país. Todavía peor: si los rusos cruzaban el Vístula, no sólo amenazarían Berlín, sino también el flanco austriaco e incluso Viena. ¡Refuerzos! ¿De dónde sacar estos refuerzos sino del frente occidental, en donde todos los batallones estaban sumidos en una dura lucha? Sacar tropas del frente occidental era retrasar la campaña contra Francia. Moltke estaba demasiado confundido o demasiado alejado del campo de batalla como para dar una contraorden. No sabía con exactitud lo que había ocurrido en la Batalla de Gumbinnen y, por el momento, orde-

nó a su Estado Mayor que tratara de averiguar los hechos en conversaciones directas con François, Mackensen y los restantes comandantes de cuerpo.

Mientras tanto, en el cuartel general del Octavo Ejército Hoffmann y Grünert trataban de persuadir a Waldersee de que el repliegue no era la única solución; al contrario, era una solución imposible. Hoffmann propuso entonces una maniobra por medio de la cual el Octavo Ejército, aprovechando la ventaja de sus líneas interiores y del uso de los ferrocarriles, pudiera hacer frente al peligro que representaban los dos ejércitos y, si todo se desarrollaba como él lo preveía, estar en posición de arrojar su fuerza contra uno de ellos[29].

Propuso, en caso de que el ejército de Rennenkampf no iniciara la persecución al día siguiente, y él estaba convencido de que no lo haría, dirigir el I Cuerpo de François a reforzar el XX Cuerpo de Scholtz en el frente del sur. François debía adoptar posiciones a la derecha de Scholtz, es decir, frente al ala izquierda de Samsonov, que, dado que era la que estaba más cerca del Vístula, era también la más amenazadora. La división del general Von Morgen, que no había entrado en acción en Gumbinnen, sería destinada también al apoyo de Scholtz por una línea de ferrocarriles diferente. El movimiento de las tropas con todo su armamento, equipo, caballos y munición, la concentración de los trenes, las estaciones atestadas de fugitivos y el cambio de una línea de ferrocarriles a la otra sería una cuestión sumamente compleja, pero Hoffmann estaba firmemente convencido de que el incomparable sistema ferroviario alemán, en el que se había empleado tanta inteligencia y tantos esfuerzos, respondería plenamente.

Mientras se realizaba esta operación, el repliegue de los cuerpos de Mackensen y Von Below sería dirigido hacia el sur durante una marcha de otros dos días, de modo que cuando volvieran a gozar de libertad de movimientos estarían unas

treinta millas más cerca del frente del sur. Desde este punto, si todo se realizaba tal como estaba previsto, recorrerían la menor distancia posible para ocupar sus posiciones a la izquierda de Scholtz, a donde llegarían poco después de haber llegado François a su derecha. De este modo, el ejército de cuatro cuerpos y medio estaría en posición para hacer frente al ejército enemigo del sur. La caballería y las reservas de Königsberg quedarían como protección frente al ejército de Rennenkampf.

El éxito de esta maniobra dependía completamente de una sola condición: que Rennenkampf no efectuara un solo movimiento. Hoffmann creía que continuaría estacionado durante un día o dos para descansar y reorganizar sus líneas de suministro. Su confianza no se basaba en una traición misteriosa y tampoco en una inteligencia siniestra o sobrenatural, sino simplemente en la creencia de que Rennenkampf se había detenido por causas naturales. Sea como sea, los cuerpos de Mackensen y de Von Below no cambiarían de frente durante dos o tres días. Y por entonces, con la ayuda de algún mensaje interceptado, sabrían ya a qué atenerse con relación a las intenciones de Rennenkampf.

Tal era el argumento de Hoffmann, y logró persuadir a Waldersee. Sea como fuere, lo cierto es que aquella noche Waldersee logró persuadir a Prittwitz o, al menos, permitió a Hoffmann que despachara las órdenes necesarias sin la previa autorización de Prittwitz; la cuestión no parece clara. Puesto que el Estado Mayor no estaba al corriente de que, mientras tanto, Prittwitz había informado al OHL de sus intenciones de replegarse al Vístula, nadie se molestó en informar al Alto Mando de que habían renunciado a la retirada.

A la mañana siguiente dos oficiales del Estado Mayor de Moltke, después de luchar durante varias horas contra la deficiencia del servicio telefónico de campaña, lograron hablar individualmente con los comandantes de cuerpo en el Este y lle-

garon a la conclusión de que la situación era grave, pero que la retirada era una solución demasiado precipitada. Mientras hablaba con su lugarteniente, Von Stein, el coronel Hoffmann disfrutaba de la deliciosa sensación de estar en lo cierto; por lo menos, hasta aquel momento. El reconocimiento había demostrado que el ejército de Rennenkampf no se movía. «No nos persiguen»[30]. Inmediatamente despacharon las órdenes para destinar el I Cuerpo de François en dirección sur. François, según su propio relato, quedó abrumado por la emoción aquella tarde cuando abandonó Gumbinnen. Al parecer, Prittwitz había dado su consentimiento e inmediatamente lo había lamentado. Aquella noche volvió a llamar al OHL y les comunicó a Von Stein y Moltke que la proposición de su Estado Mayor de avanzar contra el ejército de Varsovia era «imposible […], demasiado osada». Como respuesta a una pregunta, contestó que no podía siquiera garantizar defender el Vístula con «un puñado de hombres». Necesitaba refuerzos. Esto selló definitivamente su destitución[31].

Dado que el frente del Este estaba en peligro de derrumbarse, se necesitaba a un hombre osado, fuerte y decisivo para asumir en el acto el mando. La reacción de un comandante al enfrentarse con una crisis en una guerra nunca se puede saber por anticipado, pero el OHL tenía la suerte de poder contar con un oficial de Estado Mayor que solamente hacía una semana había demostrado su valor en plena campaña: Ludendorff, el héroe de Lieja. Éste sería el jefe del Estado Mayor del Octavo Ejército. En el sistema de mando alemán, el jefe del Estado Mayor era tan importante como el comandante en jefe, y algunas veces, según su capacidad y temperamento, todavía más. Ludendorff se encontraba en aquellos momentos con el Segundo Ejército de Bülow en las afueras de Namur, donde, después de sus éxitos en Lieja, dirigía el asalto de la segunda gran fortaleza belga. Se encontraba en el umbral de Francia en un momento

crucial… pero las necesidades del frente oriental eran tajantes. Moltke y Von Stein convinieron que era necesario llamarle. Un capitán del Estado Mayor fue enviado inmediatamente en coche con una carta que llegó a manos del general Ludendorff a la mañana siguiente, el 22 de agosto.

«Usted puede salvar la situación en el Este», le escribió Von Stein. «No conozco a otro hombre en quien poder confiar tan plenamente». Se disculpaba de llamar a Ludendorff en vísperas de un acción tan decisiva «que, si Dios quiere, será definitiva», pero el sacrificio era «imperativo». «Desde luego, no será responsable de lo que ha ocurrido ya en el Este, pero con su energía y valor podrá usted impedir que llegue lo peor».

Ludendorff partía quince minutos más tarde en el coche del capitán del Estado Mayor. A diez millas de Namur cruzó por Wavre, que «el día anterior, cuando había pasado por allí, había sido una ciudad llena de paz y tranquilidad. Ahora estaba en llamas. También aquí el populacho había disparado contra nuestras tropas».

Ludendorff llegó a las seis de la tarde a Coblenza. En el curso de tres horas fue informado sobre la situación en el Este, fue recibido por Moltke, que «daba la impresión de estar muy cansado», y por el káiser, «que estaba muy tranquilo» pero profundamente afectado por la invasión de la Prusia oriental. Ludendorff dictó varias órdenes para el Octavo Ejército y partió a las nueve de la noche en un tren especial en dirección al Este. Las órdenes que despachó, además de ordenar a Hoffmann y Grünert que se reunieran con él en Marienburg, iban dirigidas al cuerpo de François, indicándole que acudiera en tren a apoyar el XX Cuerpo de Scholtz en el frente sur. Los dos cuerpos de Mackensen y Von Below habían de proceder a su reorganización durante el día siguiente, el 23 de agosto. En resumen, eran las mismas órdenes que ya les había dado Hoffmann, realizando con ello el ideal de la Academia Militar alemana, en la que

todos los estudiantes, cuando se enfrentaban con un problema determinado, habían de llegar a conclusiones idénticas. Cabe la posibilidad de que Ludendorff viera una copia de las órdenes telegráficas de Hoffmann[32].

Después de haberse puesto de acuerdo sobre un jefe de Estado Mayor, el OHL estudió el problema de encontrar un comandante en jefe. Ludendorff, de ello estaba convencido todo el mundo, era un hombre de indiscutible capacidad, pero para completar la pareja de mando faltaba un oficial que llevara el «von». Fueron tomados en consideración los nombres de varios comandantes de cuerpo en situación de retiro. Von Stein recordó una carta que había recibido al estallar la guerra de un antiguo compañero suyo que le decía: «No me olvides, siempre necesitaréis de un oficial con mando», y prometía que se encontraba todavía «muy fuerte». Se llamaba Paul von Beneckendorff und Hindenburg. Era el hombre que necesitaban. Descendía de una vieja familia de *junkers* que desde hacía siglos estaba establecida en Prusia. Había prestado servicio en el Estado Mayor a las órdenes de Schlieffen y había pasado por todas las graduaciones hasta llegar a jefe de Estado Mayor de cuerpo y luego, comandante de cuerpo, antes de retirarse a la edad de sesenta y cinco años, en 1911. Cumpliría sesenta y ocho antes de dos meses, pero no era mayor que Kluck, Bülow y Hausen, los tres generales del ala derecha. Lo que se necesitaba en el Este, sobre todo después del pánico de Prittwitz, era un hombre sin nervios, y, durante toda su carrera, Hindenburg se había ganado fama por su imperturbabilidad. Moltke dio su aprobación y el káiser su consentimiento. Fue enviado un telegrama al general, que se encontraba en situación de retiro.

Hindenburg se encontraba en su casa de Hannover cuando a las tres de la tarde recibió un telegrama preguntándole si estaba dispuesto a aceptar un «destino inmediato». Contestó: «Estoy preparado». Un segundo telegrama le daba instrucciones de

partir para el Este para asumir el mando del Octavo Ejército. El OHL no se molestó en invitarle a Coblenza para discutir la situación. Recibió instrucciones de tomar el tren en Hannover a las cuatro de la mañana del día siguiente y se le comunicaba que su jefe de Estado Mayor sería el general Ludendorff, que viajaría en el mismo tren. Hindenburg dispuso del tiempo justo para que le arreglaran un uniforme gris de campaña, ya que, con gran disgusto por su parte, no podía llevar el viejo uniforme azul de los generales prusianos[33].

Cuando la destitución de Prittwitz fue hecha pública unos pocos días más tarde, la princesa Blücher, conocida periodista, escribió: «El general Hindenburg, un anciano, ha ocupado su puesto». Los periodistas rápidamente se pusieron a buscar material sobre el nuevo comandante y lo encontraron dificultosamente, ya que figuraba con la letra «B» en el escalafón del Ejército. Les gustó que hubiese luchado en Sedán, en donde le habían otorgado la Cruz de Hierro de Segunda Clase, y era veterano también de la guerra contra Austria de 1866. Sus antepasados, los Beneckendorff, figuraban entre los caballeros teutónicos que habían colonizado la Prusia oriental, y el apellido Hindenburg era el producto de relaciones matrimoniales en el siglo XVIII. Era oriundo de Posen, en la Prusia occidental, y al comienzo de su carrera, como oficial del Estado Mayor en el I Cuerpo en Königsberg, había estudiado los problemas militares que planteaba la región de los lagos de Masuria, un hecho que pronto habría de convertirse en el origen de la leyenda que decía que Hindenburg había planeado la Batalla de Tannenberg con treinta años de antelación. Había sido educado en la finca de sus abuelos en Neudeck, en la Prusia occidental, y recordaba haber hablado de joven con un viejo jardinero que había trabajado durante dos años a las órdenes de Federico el Grande.

Estaba esperando en la estación cuando llegó el tren, a las cuatro en punto de aquella mañana. El general Ludendorff, a

quien no conocía personalmente, «saltó rápidamente al andén» para presentarse. Camino del Este le explicó la situación y las órdenes que había despachado mientras tanto. Hindenburg le escuchó y dio su aprobación[34]. Así nació, camino del campo de batalla, lo que había de hacerles célebres a los dos, la combinación, el «matrimonio», expresado en el místico monograma HL que había de gobernar la Alemania imperial hasta su derrota. Cuando algo más tarde fue ascendido a mariscal de campo, Hindenburg se ganó el apodo de «mariscal *Was-sagst-du*», debido a su costumbre de que, siempre que le preguntaban su opinión, se volvía hacia Ludendorff y le preguntaba: «Was sagst du?». («¿Y tú qué dices?»[35]).

Es característico que la primera persona a quien el OHL consideró necesario informar del cambio de mando en el Octavo Ejército, fuera el director de ferrocarriles en el frente del Este, el general de división Kersten. La tarde del 22 de agosto, antes de que se hubiese puesto en marcha el tren especial, este oficial se presentó en el despacho de Hoffmann mostrando una «expresión de gran desconcierto»[36] y le enseñó el telegrama en el que se anunciaba la llegada al día siguiente a Marienburg de un tren especial en el que viajaban el nuevo comandante y el nuevo jefe del Estado Mayor. De este modo Prittwitz y Waldersee se enteraron de su destitución. Una hora más tarde Prittwitz recibía un telegrama personal en que se le colocaba a él y a Waldersee «en la lista de los disponibles». «Se despidió de nosotros —escribió Hoffmann— sin una sola palabra de lamentación por el trato de que era objeto».

Los métodos de Ludendorff no fueron muy diferentes. Aunque conocía bien a Hoffmann, puesto que habían vivido en la misma casa en Berlín durante cuatro años cuando los dos prestaban sus servicios en el Estado Mayor alemán, telegrafió, sin embargo, sus órdenes a cada uno de los comandantes de cuerpo independientemente, en lugar de hacerlo a través del Estado

Mayor del Octavo Ejército. No se trataba de un intento de ofender a Hoffmann, pues los oficiales de Estado Mayor actuaban siempre sin sentimentalismos ni consideraciones de ninguna clase. Hoffmann y Grünert, empero, se consideraron insultados. La recepción que les dieron a sus nuevos jefes en Marienburg fue, según Ludendorff, «muy poco cariñosa».

Ahora era cuestión de enfrentarse con la situación crítica, de la que dependía la suerte de la campaña. ¿Acaso los dos cuerpos de Mackensen y Below habían de permanecer donde estaban para la defensa contra un futuro avance de Rennenkampf, o habían de dirigirse hacia el sur, según el plan de Hoffmann, para enfrentarse al ala derecha de Samsonov? No existían esperanzas de derrotar al ejército de Samsonov a no ser lanzando contra el mismo todo el poder del Octavo Ejército. Aquel día el cuerpo de François se estaba reorganizando en cinco puntos diferentes entre Insterburg y Königsberg y ya se hallaba camino del frente sur. Pasarían otros dos días antes de que estuviera en posición para luchar. La división de Von Morgen iba en la misma dirección por otro camino. Los cuerpos de Mackensen y Below estaban reposando. Los reconocimientos efectuados por la caballería informaban de la continua «pasividad» por parte del ejército de Rennenkampf. Estaba separado por sólo unas cuarenta millas de Mackensen y Below, y si éstos se dirigían hacia el sur para encontrarse con el otro ejército ruso podía seguirles y atacarles por la espalda. Hoffmann deseaba que Mackensen y Below se pusieran en marcha sin pérdida de tiempo. Ludendorff, que sólo hacía treinta y seis horas que había partido de Namur y que se encontraba en una situación en la cual la decisión que debía tomar podía resultar fatal y de la que le harían responsable, vacilaba. Hindenburg, que sólo hacía veinticuatro horas que había sido sacado de su situación de retiro, confiaba en Ludendorff.

Por el lado ruso, la labor de cerrar las tenazas simultáneamente sobre el enemigo atormentaba al Alto Mando. El general Jilinsky, comandante del frente del noreste, cuya función era coordinar los movimientos de los ejércitos de Rennenkampf y de Samsonov, no cesaba de instigar a ambos comandantes para que se dieran prisa. Puesto que Rennenkampf era el primero que había emprendido la marcha y también el primero en entrar en combate, Jilinsky dirigió su mayor atención a Samsonov, hostigándole sin cesar. Por otro lado, Jilinsky se encontraba cada vez más abrumado por los ruegos de los franceses. Para aliviar la presión en el Oeste, los franceses daban instrucciones a su embajador para que «insistiera» en la «necesidad de que los rusos prosiguieran su *offensive à outrance* en dirección a Berlín». De Joffre a París, de París a San Petersburgo, de San Petersburgo al «Stavka» (el cuartel general ruso en Baranovichi, y del «Stavka» a Jilinsky corrían los mensajes, y Jilinsky los pasaba al general Samsonov, que avanzaba paulatinamente por la arena[37].

Había mandado una división de caballería durante la Guerra Ruso-japonesa, y aquel «hombre sencillo y afable»[38], como le llamó el oficial de enlace inglés adscrito al Segundo Ejército, no gozaba de la experiencia necesaria para mandar un ejército de trece divisiones: sus colaboradores, oficiales de Estado Mayor y de división, no le eran conocidos. Dado que el Ejército ruso no estaba organizado sobre una base regional, los reclutas llamados a filas, que en algunos casos representaban las dos terceras partes de un regimiento, eran completamente desconocidos para sus oficiales. La falta de oficiales y el analfabetismo eran un grave obstáculo para la transmisión de órdenes. La mayor confusión reinaba en el cuerpo de transmisiones. En la oficina de telégrafos en Varsovia un oficial descubrió, con gran horror, una pila de telegramas dirigidos al Segundo Ejército que aparecían abiertos y sin despachar, por no haberse podido establecer

comunicación con los destinatarios en el frente de batalla. El oficial los recogió y se fue en su coche a entregarlos personalmente. Los cuarteles generales de cada cuerpo sólo disponían de hilo telefónico para establecer comunicación con los comandantes de las divisiones, pero no el suficiente como para establecer igualmente comunicación con el cuartel general del Ejército o con los cuerpos vecinos. Por este motivo habían de recurrir a las comunicaciones inalámbricas.

Debido a la gran insistencia en que habían de apresurarse en la medida de lo posible, la concentración de las fuerzas había sido reducida en cuatro días y los servicios de retaguardia no estaban completos. Un cuerpo había de ceder munición a su vecino, ya que éste no había recibido al tiempo la suya, desarticulando de esta forma todos los cálculos. No había suministro de pan. Para que un ejército pueda abastecerse en territorio hostil, se requieren destacamentos de requisa que deben ser escoltados por la caballería. Pero no se había pensado en todo ello. Los caballos no podían arrastrar los grandes carros y los cañones a través de aquella región arenosa.

«Apresure el avance del Segundo Ejército y sus operaciones con la mayor energía posible», telegrafió Jilinsky el 19 de agosto. «El retraso en el avance del Segundo Ejército coloca al Primer Ejército en una difícil posición». Esto no era cierto, puesto que el 19 de agosto Samsonov cruzó la frontera, tal como había sido previsto, pero Jilinsky estaba tan seguro de que sucedería lo que él preveía que se anticipó.

«Avanzamos de acuerdo con el plan establecido, sin reposo, marchas de más de doce millas por la arena. No puedo ir más rápido», respondió Samsonov. Informó de que sus hombres marchaban durante diez y doce horas al día sin detenerse. «Necesito con la mayor urgencia operaciones inmediatas y decisivas», telegrafió Jilinsky tres días después. «El gran cansancio de los hombres hace imposible una mayor velocidad», respondió

Samsonov. «La región está devastada, los caballos carecen de forraje y los hombres, de pan»[39].

Aquel día el XV Cuerpo de Samsonov, al mando del general Martos, estableció contacto con el XX Cuerpo alemán del general Scholtz. Entablaron lucha. Los alemanes, que aún no habían recibido refuerzos, se desplegaron. Unas diez millas después de la frontera, el general Martos ocupó Neidenburg, que hasta hacía unas pocas horas antes había sido el cuartel general de Scholtz. Cuando las patrullas de cosacos que entraron en Neidenburg informaron de que los ciudadanos alemanes disparaban contra ellos desde las ventanas de su casa, el general Martos ordenó el bombardeo de la ciudad, que destruyó la plaza principal. Hombre «pequeño y gris»[40], se sintió muy deprimido cuando aquella noche se alojó en una casa que sus propietarios alemanes habían evacuado dejando en la misma las fotografías de la familia, que le contemplaban desde la repisa de la chimenea. Era la casa del alcalde, y el general Martos cenó aquella noche lo que había sido preparado para el alcalde, comida que le fue servida por su criada[41].

El 23 de agosto, el día en que Ludendorff y Hindenburg llegaban al Este, la batalla ya adquiría mayores proporciones. Los VI y XIII Cuerpos rusos a la derecha del general Martos ocuparon nuevos pueblos, y el general Scholtz, que todavía confiaba en la llegada de los refuerzos del ejército del Vístula, retrocedió un poco más. Ignorante de la inactividad de Rennenkampf en el norte, Jilinsky continuaba abrumando a Samsonov con nuevas órdenes[42]. Los alemanes se retiraban rápidamente en su frente, le telegrafió a Samsonov, «se están enfrentando sólo con fuerzas débiles. Debe, por lo tanto, efectuar una ofensiva enérgica […]. Tiene que atacar e interceptar al enemigo que se retire ante el general Rennenkampf con el fin de cortar su retirada hacia el Vístula».

Éste era, desde luego, el plan original, pero se basaba en la suposición de que Rennenkampf mantendría ocupados a los alemanes en el norte, mientras que, en realidad, aquel día Rennenkampf había perdido ya todo contacto con el enemigo. Comenzó a avanzar, de nuevo, el 23 de agosto, pero en la dirección equivocada. En lugar de dirigirse hacia el sur con el fin de unirse con Samsonov frente a los lagos, continuó directamente hacia el oeste para aislar Königsberg. Dado que no sabía dónde se encontraba el cuerpo de François, creía que se hallaba todavía en aquella región y que atacaría su flanco si se dirigía hacia el sur. Aunque se trataba de un movimiento sin ninguna relación con el plan original, Jilinsky no hizo nada para alterarlo. De acuerdo con su teoría, continuó presionando a Samsonov.

La noche del 23 de agosto, el cuerpo del general Martos, estimulado por el conocimiento de que el enemigo se replegaba, continuó su avance desde Neidenburg y alcanzó posiciones a unas setecientas yardas de las líneas alemanas. El cuerpo de Scholtz estaba emplazado entre los pueblos de Orlau y Frankenau. Los rusos recibieron órdenes de conquistar aquellas posiciones costara lo que fuese. Conservaron la posición durante toda la noche y antes del amanecer avanzaron otras cien yardas. Cuando sonó la señal de ataque se lanzaron corriendo hacia adelante para cubrir las seiscientas yardas que les separaban de los alemanes, echándose al suelo bajo el fuego de las ametralladoras alemanas, lanzándose de nuevo hacia delante… otra vez cuerpo a tierra y de nuevo hacia delante. Cuando la ola de soldados rusos, con sus blusas blancas y sus relucientes bayonetas, fue acercándose paulatinamente, los alemanes saltaron de sus trincheras, abandonaron sus ametralladoras y emprendieron la huida. A lo largo de todo el frente la superioridad alemana en artillería castigaba a los atacantes. El XIII Cuerpo ruso a la derecha de Martos, debido a la falta de comunicaciones o a un mal mando, o quizás a ambas cosas a la vez, no pudo acudir

en su apoyo, de modo que no se obtuvo una gran ventaja en la operación. Al final del día los alemanes se habían replegado, pero no habían sido derrotados. Los rusos capturaron dos cañones de campaña e hicieron algunos prisioneros, pero sus propias pérdidas eran elevadas, un total de cuatro mil bajas. Uno de los regimientos perdió a nueve de los dieciséis comandantes de una compañía. Una compañía perdió ciento veinte de sus ciento noventa hombres y todos sus oficiales.

Las pérdidas alemanas no eran tan elevadas, pero Scholtz, que se enfrentaba con una superioridad numérica, se replegó durante otras diez millas, estableciendo su cuartel general, aquella noche, en el poblado de Tannenberg. Instigado por Jilinsky, que insistía en que debía alcanzar la línea convenida, donde podría detener la supuesta «retirada» del enemigo, Samsonov despachó órdenes a todos sus cuerpos, el XXIII a la izquierda, el XV y el XIII en el centro y el VI a la derecha, dándoles instrucciones para la marcha del día siguiente. Más allá de Neidenburg las comunicaciones eran muy deficientes y en su mayor parte habían de hacerse por correos a caballo. El VI Cuerpo no poseía la clave usada por el XIII. Por lo tanto, las órdenes de Samsonov fueron retransmitidas por el sistema inalámbrico sin haber sido puestas en clave[43].

Hasta aquel momento, veinticuatro horas después de la llegada de Ludendorff y Hindenburg, el Octavo Ejército todavía no había decidido si debía destinar los cuerpos de Mackensen y Below a hacer frente al ala derecha de Samsonov. Hindenburg y su Estado Mayor se trasladaron a Tannenberg para consultar con Scholtz, que presentaba un aspecto «grave, pero confiado»[44]. Regresaron al cuartel general. Aquella noche, escribió Hoffmann más tarde, «fue la más difícil de toda la batalla». Mientras discutían en el Estado Mayor, un oficial de transmisiones entró con las órdenes que Samsonov había despachado para el día siguiente, el 25 de agosto, y que habían sido inter-

ceptadas[45]. Aunque no revelaran las intenciones de Rennenkampf en aquel momento crucial, y que representaban el problema más importante de todos, por lo menos los alemanes sabían dónde habrían de hacer frente a las fuerzas de Samsonov. Esto les ayudó. El Octavo Ejército tomó la firme decisión de arrojar todas sus fuerzas contra Samsonov. Fueron despachadas órdenes a Mackensen y Von Below para que no hicieran caso de Rennenkampf y, sin pérdida de tiempo, se dirigieran hacia el sur.

16

TANNENBERG

Atormentado por la presencia de Rennenkampf a su espalda, Ludendorff tenía mucha prisa en enfrentarse lo antes posible con Samsonov. Dio órdenes para que la primera fase de la batalla comenzara el 25 de agosto. Había que llevar a cabo un ataque en Usdau por parte del I Cuerpo del general Von François con la finalidad de envolver el ala izquierda de Samsonov. François protestó. Su artillería pesada y parte de su infantería se estaban reponiendo todavía del largo viaje que les había llevado desde el frente de Gumbinnen[1]. Atacar, sin un pleno apoyo de la artillería y sin poder contar con toda la munición indispensable para la operación, arguyó, sería exponerse a un fracaso, ya que si dejaba libre la ruta de retirada de Samsonov, éste podría escapar a la destrucción. Fue apoyado, en este sentido, por Hoffmann y el general Scholtz, del XX Cuerpo, el cual, aunque había estado combatiendo a los rusos el día anterior, le aseguró por teléfono a François que podía mantenerse en sus posiciones sin su apoyo.

Entretanto, con un caso de insubordinación, el segundo día de su nuevo mandato, Ludendorff, llevado por la ira, se trasladó en coche al cuartel general de François, haciéndose acompañar por Hindenburg y Hoffmann. En respuesta a su insistencia, Von François dijo: «Si da la orden, como es natural, atacaré, pero mis soldados se verán obligados a luchar con la bayoneta»[2]. Para demostrar quién era el que mandaba allí, repitió la orden que ya había dado. Hindenburg no dijo nada durante la entrevista, y cuando ésta hubo terminado acompañó otra vez a Ludendorff. Hoffmann, que iba en otro coche, se detuvo en la es-

tación ferroviaria más cercana, la de Montovo, el lugar más próximo en el que había comunicación telefónica y telegráfica con el cuartel general. Allí, un oficial le entregó dos mensajes inalámbricos de los rusos que habían sido interceptados. Ambos habían sido descifrados. El primero había sido enviado por Rennenkampf a las cinco y media de la mañana, y el otro, por Samsonov a las seis de la mañana. Las órdenes de Rennenkampf, que daban los recorridos para el Primer Ejército, revelaban que su línea objetivo para el día siguiente no le llevaría lo bastante lejos como para amenazar por la espalda al Ejército alemán. Las órdenes de Samsonov revelaban que había interpretado mal el repliegue de Scholtz y daba direcciones y horarios para un movimiento de persecución de lo que él creía un ejército derrotado[3].

Nunca se le había hecho un regalo así a un comandante desde que un traidor griego condujo a los persas por el paso de las Termópilas. Aquellos personajes que señalaban unas órdenes tan concretas y precisas hicieron recelar al general de división Grünert, el superior inmediato de Hoffmann. Éste escribió más tarde: «Me preguntaba una y otra vez si podíamos dar crédito a aquellos mensajes. ¿Y por qué no habíamos de creerlos? […]. Por mi parte, los consideré auténticos desde la primera hasta la última palabra». Hoffmann alegaba tener conocimiento personal de una rencilla privada entre Rennenkampf y Samsonov en la Guerra Ruso-japonesa, en la que había estado como observador alemán. Señaló que los cosacos siberianos de Samsonov, después de haber librado una valiente batalla, habían sido obligados a abandonar las minas de carbón de Yentai, ya que la división de caballería de Rennenkampf había estado inactiva, a pesar de haber recibido órdenes de apoyar a Samsonov, y que Samsonov y Rennenkampf habían llegado a pelearse a puñetazos en una violenta discusión en el andén de la estación de ferrocarril de Mukden. Era además evidente, alegó triunfante,

que Rennenkampf no se apresuraría a acudir en ayuda de Samsonov. Dado que se trataba menos de una cuestión de ayudar a Samsonov que de perder o ganar la batalla, es altamente discutible si Hoffmann creía en su propia historia o solamente lo intentaba.

Después de hacerse cargo de los mensajes, él y Grünert corrieron en su coche tras Hindenburg y Ludendorff y, tras alcanzarles al cabo de pocas millas, Hoffmann ordenó a su chofer que se pusiera a la altura del otro coche y, sin detenerse, entregó los mensajes. Los cuatro oficiales se detuvieron finalmente para estudiar la situación. Se revelaba claramente que el ataque planeado para el día siguiente, en el curso del cual los cuerpos de Mackensen y Below habían de atacar el ala derecha de Samsonov, podía efectuarse sin temer una interferencia por parte de Rennenkampf. Según diferentes interpretaciones, señalaba o no que François podía aplazar su ataque hasta poder contar con todos sus hombres y todo su material. Poco dispuesto a ceder una sola pulgada de su autoridad, Ludendorff, al regresar a su cuartel general, ratificó las órdenes dadas a François.

Al mismo tiempo despachó las órdenes necesarias para llevar a la práctica el plan general para el doble envolvimiento el día siguiente, 26 de agosto. En la izquierda alemana, el cuerpo de Mackensen, apoyado por el de Below, debía atacar el extremo derecho de Samsonov, que ya había ocupado sus posiciones: en Bischofsburg, con su caballería en Sensburg, frente a los lagos en donde hubiesen podido enlazar con Rennenkampf, en el caso de que éste hubiera estado allí. Su ausencia dejaba sin defensa el flanco que los alemanes esperaban poder envolver. En el centro, el XX Cuerpo de Scholtz, apoyado ahora por una división de la Landwehr y la 3.ª División de la reserva del general Von Morgen, debía reanudar la batalla del día anterior. En la derecha alemana, Von François, tal como se le había ordenado,

debía iniciar el ataque que había de envolver el ala izquierda de Samsonov.

Todas las órdenes fueron enviadas antes de la medianoche del 25 de agosto. A la mañana siguiente, Ludendorff se sintió dominado por un ataque de nervios cuando un avión de reconocimiento informó de movimientos de Rennenkampf en su dirección[4]. A pesar de que Hindenburg estaba seguro de que el Octavo Ejército «no tenía que vacilar un solo momento» en dejar sólo unos destacamentos en contra de Rennenkampf, Ludendorff se sentía dominado por las antiguas dudas. «Rennenkampf avanzaba como una oscura nube cargada de truenos hacia el noroeste», escribió. «Sólo tenía necesidad de enfrentarse con nosotros para derrotarnos». Comenzó a experimentar los mismos temores que había sentido Prittwitz y volvieron las antiguas vacilaciones: no sabía si dirigir todas sus fuerzas contra Samsonov o abandonar la ofensiva contra el Segundo Ejército ruso y volverse de nuevo contra el Primero. El héroe de Lieja «parecía haber perdido un poco los nervios», escribió más tarde Hoffmann, que de todos los escritores militares es el que más pródigamente atribuye este estado a sus compañeros de armas. Incluso Hindenburg recuerda que en aquellos momentos, «graves dudas» dominaban a su compañero, y fue él, según su propia confesión, quien le dio nuevos ánimos a su jefe del Estado Mayor, «y de este modo, se recuperó de aquella crisis interna».

Se originó una crisis diferente cuando el cuartel general descubrió que Von François, que todavía esperaba su artillería, no había iniciado la batalla tal como se le había ordenado. Ludendorff ordenó que la batalla comenzara a las doce. François replicó que el terreno preliminar que el cuartel general suponía que había sido conquistado aquella mañana, no había sido ganado, provocando una explosión que Hoffmann califica de res-

puesta «poco amable» por parte de Ludendorff. Durante todo el día, François esperó su momento.

Inesperadamente, una llamada telefónica extraordinaria desde el OHL en Coblenza puso fin a las discusiones de François. Ludendorff cogió un auricular y le ordenó a Hoffmann que cogiera el segundo para «enterarse de lo que quieren». Con gran asombro por su parte, oyó al coronel Tappen, jefe de Operaciones en el OHL, que le proponía enviarle tres cuerpos y una división de caballería de refuerzo. Recién llegado del frente del Oeste, Ludendorff, que había trabajado en los planes de movilización y que conocía hasta el menor detalle la densidad por milla de ofensiva, apenas podía dar crédito a lo que estaba oyendo. El plan de Schlieffen dependía de destinar hasta el último hombre disponible a reforzar el ala derecha. ¿Qué podía haber persuadido al OHL a debilitar este frente en tres cuerpos en el punto álgido de la ofensiva? Sorprendido, le dijo a Tappen que no precisaba de aquellos refuerzos en el Este, y que en todo caso llegarían demasiado tarde para la batalla, que ya había comenzado. Tappen repuso que, no obstante, podía contar con estas fuerzas[5].

Lo que había causado esta decisión crucial era el pánico que había invadido al OHL al ver que los rusos lanzaron su ofensiva dos semanas después de la orden de movilización en lugar de hacerlo a las seis semanas, tal como habían calculado los alemanes. El factor decisivo, en aquellos momentos, tal como nos informa Tappen, fue la «gran victoria» en las fronteras francesas, que «provocó en el OHL la creencia de que la batalla decisiva en el Oeste había sido librada y ganada». Bajo esta impresión, Moltke decidió el 25 de agosto, «a pesar de las objeciones que le fueron presentadas», enviar refuerzos para salvar la Prusia oriental de los rusos[6]. Los lamentos de los fugitivos, las fincas de los *junkers* saqueadas por los cosacos, las peticiones de las damas de la alta sociedad a la kaiserina para que salvara sus tie-

rras y sus bienes, comenzaban a surtir efecto. Con el fin de despertar los sentimientos antirrusos, el gobierno alemán había distribuido a los refugiados por el mayor número posible de ciudades y logró asustarse a sí mismo. El presidente del Bundesrat de la Prusia oriental se presentó en el OHL para solicitar ayuda para su patria[7]. Un director de Krupp escribió en su diario el 25 de agosto que «la gente decía: "Bah, los rusos nunca llegarán a poner fin a su movilización […]. Durante mucho tiempo podremos permanecer a la defensiva"». Pero ahora todo se le antojaba muy diferente a todo el mundo y todos hablaban ya de abandonar la Prusia oriental[8]. El káiser estaba profundamente afectado. Moltke, personalmente, siempre había estado altamente preocupado por las débiles fuerzas de la Prusia oriental, y tal como ya había escrito antes de la guerra, «todos los éxitos en el Oeste serán inútiles si los rusos llegan a Berlín»[9].

Dos de los cuerpos que ahora retiraba del Oeste habían luchado en Namur, en el punto de unión entre el Segundo y el Tercer Ejércitos alemanes, y a la caída de los fuertes belgas el general Von Bülow había declarado que estaban libres. Conjuntamente con la 8.ª División de caballería, el 26 de agosto fueron enviados a pie —debido a la destrucción de los ferrocarriles belgas—, hasta las estaciones alemanas más cercanas, para su transporte, «lo más rápido posible», al frente del Este. Otro cuerpo ya había llegado a la estación de ferrocarril de Thionville cuando voces más prudentes en el OHL persuadieron a Moltke para anular estas órdenes[10].

A ochocientas millas al este, el general Samsonov se preparaba para una nueva batalla el 26 de agosto. En su extremo derecho el VI Cuerpo, a las órdenes del general Blagovestchensky, había llegado, tal como se le tenía ordenado, a la zona de cita frente a los lagos, pero Samsonov había dejado aislado este cuerpo mientras él empujaba el grueso de su ejército más en di-

rección oeste que norte. Aunque esta maniobra le alejara de Rennenkampf o del lugar en donde habría de encontrarse éste, Samsonov estaba convencido de que aquélla era la dirección correcta que había de llevarle entre el Vístula y los alemanes, que, todo lo hacía suponer así, se estaban retirando hacia el oeste. El objetivo de Samsonov era la línea Allenstein-Osterode, con lo que capturaría la línea de ferrocarril alemana, y desde allí, tal como informó a Jilinsky el 23 de agosto, «sería más fácil avanzar hacia el corazón de Alemania»[11].

Pero estaba claro que sus agotadas y semidepauperadas tropas, que apenas habían tenido la fuerza precisa para llegar hasta la frontera, no estaban en condiciones de luchar y mucho menos todavía de adentrarse hasta el corazón de Alemania. Las raciones eran escasas, los soldados ya habían agotado todas las provisiones que llevaban encima, los pueblos estaban abandonados, las cosechas no habían sido aún recogidas, y poco se podía requisar en aquel territorio hostil para los hombres y los caballos. Todos los comandantes de cuerpo solicitaban un alto para reposar. Un oficial del Estado Mayor informó a Jilinsky del «mísero» suministro que se daba a la tropa. «No sé cómo los hombres lo aguantan. Es necesario montar un servicio de requisa organizado»[12]. En Volkovisk, a ciento ochenta millas del frente de batalla, Jilinsky estaba demasiado lejos para dejarse inmutar por estos informes. Insistió en que Samsonov continuara la ofensiva «para enfrentarse con el enemigo, que se repliega ante Rennenkampf, y cortarle la retirada hacia el Vístula»[13].

Esta versión de lo que hacía el enemigo se basaba en lo que le había contado Rennenkampf, y puesto que éste no había mantenido el menor contacto con los alemanes después de la Batalla de Gumbinnen, sus informes sobre los movimientos de los alemanes se basaban, única y exclusivamente, en lo que le dictaba su fantasía. Sin embargo, Samsonov tuvo la certeza, a cau-

sa de los movimientos de ferrocarriles y otras pruebas, de que no se enfrentaba con un ejército que se encontraba en plena retirada, sino con un ejército perfectamente organizado que marchaba a su encuentro. Recibía continuos informes sobre la concentración de una nueva fuerza enemiga —el cuerpo de Von François— que se dirigía sobre su flanco izquierdo. Al reconocer el peligro que se cernía sobre su izquierda, mandó un oficial a Jilinsky para que le persuadiera de la necesidad de avanzar con su ejército en dirección oeste en lugar de continuar hacia el norte. Con el desdén normal de un alto comandante por las precauciones de un comandante en primera línea, Jilinsky lo consideró como un deseo de ponerse a la defensiva y, «rudamente», le replicó al oficial: «Ver al enemigo donde no existe es cobardía. No quiero que el general Samsonov sea un cobarde. Insisto en que continúe la ofensiva»[14]. Su estrategia, según un compañero de armas, se parecía al *poddavki,* un juego ruso de damas que consiste en ir perdiendo todas las piezas menos una.

La noche del 25 de agosto, a la misma hora en que Ludendorff despachaba sus órdenes, Samsonov dispuso sus fuerzas. En el centro, el XV y XII Cuerpos, a las órdenes de los generales Martos y Kliouev, con una división del XXIII Cuerpo mandada por el general Kondratovitch, que habían de cargar con el peso de la ofensiva en dirección a la línea Allenstein-Osterode. El flanco izquierdo del ejército lo componía el I Cuerpo del general Artomonov, apoyado por la otra división del XXIII Cuerpo. A cincuenta millas de distancia, el VI Cuerpo defendía el flanco derecho. Dado que la técnica de reconocimiento de la caballería rusa no era muy eficiente, Samsonov desconocía que el cuerpo de Mackensen, que había sido visto abandonar, dominado por el pánico, el escenario de Gumbinnen, había sido reorganizado y que, a marchas forzadas, conjuntamente con el cuerpo de Below, había ocupado sus posiciones en el frente y ahora avanzaba sobre su derecha. En un principio ordenó al

VI Cuerpo que defendiera sus posiciones «con el fin de proteger el flanco derecho del ejército», y luego cambió de parecer y le ordenó que regresara «a toda prisa» para apoyar el avance del centro hacia Allenstein. En el último minuto de la mañana del 25, cambió la orden y señaló que se había de proteger el flanco derecho. Pero en aquellos momentos, el VI Cuerpo ya se hallaba en marcha hacia el centro[15].

En la retaguardia, el presentimiento de desastre dominaba completamente al Alto Mando ruso. El 24 de agosto, Sujomlinov, el ministro de la Guerra, que no se había tomado la molestia de montar fábricas de armamento pues no creía en las armas de fuego, le escribió al general Yanushkevich, jefe del Estado Mayor: «Por el amor de Dios, dicte órdenes para recoger todos los fusiles. Hemos enviado ciento cincuenta mil a los serbios, nuestras reservas están casi agotadas y la producción en las fábricas es muy baja»[16]. A pesar del fervor de aquellos valientes oficiales, como el general que había gritado «¡Guillermo a Santa Helena!», el ambiente que dominaba entre los altos jefes del Ejército era muy sombrío[17]. Entraron en la guerra sin sentir la menor confianza y luchaban ahora sin fe. Los rumores de pesimismo en el cuartel general llegaron, como es lógico, a oídos del embajador francés en San Petersburgo. El 26 de agosto Sazonov le dijo que Jilinsky «consideraba que una ofensiva en la Prusia oriental estaba condenada al fracaso». Añadió que Yanushkevich se había mostrado de acuerdo con esta declaración y que había protestado enérgicamente contra una ofensiva. El general Danilov, el segundo jefe del Estado Mayor y su auténtico cerebro, insistía, sin embargo, en que Rusia no podía defraudar a Francia y que debía pasar al ataque, a pesar de los «indudables riesgos» que ello entrañaba.

Danilov acompañaba al gran duque en el Stavka, el cuartel general supremo en Baranovichi. Un lugar tranquilo entre bosques, en donde el Stavka debía permanecer durante todo un

año. Se había elegido Baranovichi debido a que era el punto de enlace de la línea de ferrocarril norte-sur con la línea principal entre Moscú y Varsovia. Los dos frentes, el alemán y el austriaco, eran dirigidos desde allí. El gran duque, con su séquito personal, los altos oficiales del Estado Mayor y los agregados militares aliados, dormían y comían en los vagones del tren, dado que la casa elegida por el comandante en jefe estaba demasiado lejos del edificio empleado por el Servicio de Operaciones y de Información. Fueron construidos unos tejados sobre los vagones para protegerlos del sol y de la lluvia, así como una valla de madera, y en el jardín de la estación, una especie de comedor de verano. No reinaba ninguna pompa, pero tampoco se notaba allí ninguna clase de sacrificio[18].

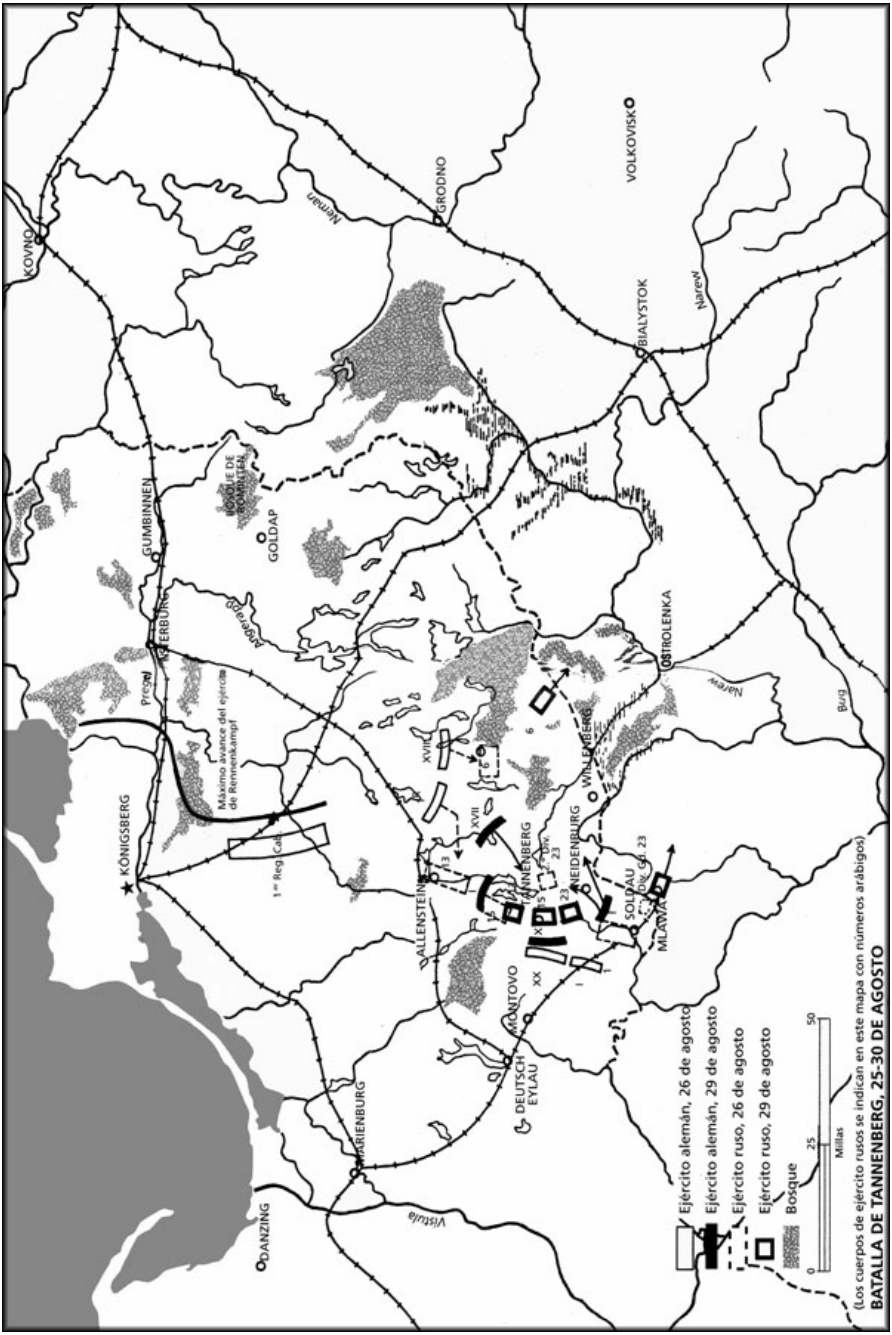
Danilov estaba disgustado por el hecho de que Rennenkampf hubiese perdido todo contacto con el enemigo y por las deficientes comunicaciones, ya que, a causa de ello, Jilinsky desconocía dónde se encontraban los ejércitos, y éstos tampoco podían comunicarse entre sí. Cuando llegó la noticia al Stavka de que Samsonov había establecido contacto con el enemigo la jornada del 24 al 25 de agosto y estaba a punto de lanzarse a la batalla, el temor de que Rennenkampf no lograra formar la segunda punta de la tenaza comenzó a agudizarse. El 26 de agosto, el gran duque visitó a Jilinsky en su cuartel general en Volkovisk para insistir en que Rennenkampf acelerara su marcha. En su indolente persecución, que había iniciado el 23 de agosto, Rennenkampf había pasado por delante de las antiguas posiciones alemanas en el Angerapp que el Octavo Ejército había abandonado en su gran marcha hacia el sur. Las pruebas de una rápida partida confirmaban la impresión de que se trataba de un enemigo derrotado. De acuerdo con las notas de uno de sus oficiales de Estado Mayor[19], consideraba que era un error empujar demasiado violentamente a los alemanes, dado que entonces podrían llegar demasiado pronto al Vístula y Samsonov

no dispondría del tiempo necesario para cortarles la retirada. Rennenkampf no persiguió al enemigo demasiado de cerca para cerciorarse personalmente de la situación y sacar sus propias conclusiones, ni tampoco esta omisión pareció preocupar a Jilinsky, que creía a ciegas la versión que le había transmitido Rennenkampf.

Las órdenes que Jilinsky le transmitió a Rennenkampf, el día después de la visita del gran duque, eran las de perseguir a un enemigo que suponía que todavía se batía en retirada y protegerse contra una posible salida alemana desde la fortaleza de Königsberg contra su flanco. Habían tenido la intención de cercar Königsberg con seis divisiones de la reserva, pero éstas todavía no habían llegado. Ahora Jilinsky dio instrucciones de bloquear Königsberg con dos cuerpos hasta que llegaran las divisiones de la reserva y con los otros dos cuerpos perseguir «a las tropas enemigas para impedir que buscaran refugio en Königsberg y de las que se supone se retiran hacia el Vístula». Puesto que «se suponía» que el enemigo se replegaba, no creía que pudiera constituir una amenaza para Samsonov y no dio prisas a Rennenkampf para que estableciera contacto con el ala derecha de Samsonov, tal como se había planeado en un principio. Se limitó a decirle que las «operaciones conjuntas» del Primer y Segundo Ejércitos tenían como objetivo presionar a los alemanes que se replegaban en dirección al mar y lejos del Vístula. Dado que los dos ejércitos rusos no estaban en contacto ni avanzaban en la misma dirección, la palabra «conjuntas» no podía aplicarse[20].

La mañana del 26 de agosto, el VI Cuerpo de Samsonov inició su marcha en dirección al centro, obedeciendo las órdenes que él no sabía que habían sido anuladas. Una división ya estaba en marcha cuando la otra recibió la noticia de que las fuerzas enemigas habían sido vistas a unas seis millas detrás de ellos hacia el norte. Suponiendo que se trataba de tropas que

huían ante la presión de Rennenkampf, el comandante de división ruso decidió dar la vuelta y atacarlas. Estas fuerzas eran, realmente, el cuerpo de Mackensen, que se dirigía hacia el ataque. Cayeron sobre los rusos y, mientras luchaban para salvarse, la otra división, que ya había avanzado ocho millas, fue llamada desesperadamente para ayudarles. Emprendió de nuevo el camino ya andado, y después de recorrer diecinueve millas se enfrentó, al final de aquel día, con otro cuerpo enemigo: el de Bülow. Se había perdido el contacto entre las dos divisiones rusas. El comandante de cuerpo, el general Blagovestchensky, «perdió la cabeza», en palabras de un crítico militar inglés[21]. El comandante de división, cuya unidad había estado en combate durante todo el día, había sufrido cinco mil bajas y la pérdida de dieciséis piezas de artillería, y ordenó el repliegue por propia iniciativa. Durante la noche, órdenes y contraórdenes aumentaron la confusión y las unidades bloqueaban las carreteras. Al amanecer, el VI Cuerpo era una unidad totalmente desorganizada y continuaba replegándose. El ala derecha de Samsonov había sido derrotada.


KOVNO
GRODNO
VOLKOVISK
BIALYSTOK
Nemun
Narew
GUMBINNEN
GOLDAP
BOSQUE DE ROMINTEN
INSTERBURG
Pregel
Angerapp
Máximo avance del ejército de Rennenkampf
KÖNIGSBERG
1er Reg Cab
OSTROLENKA
Narew
Bug
XVIII
XVII
WILLENBERG
ALLENSTEIN
TANNENBERG
NEIDENBURG
SOLDAU
MLAWA
MONTOVO
DEUTSCH EYLAU
MARIENBURG
DANZING
Vistula
Ejército alemán, 26 de agosto
Ejército alemán, 29 de agosto
Ejército ruso, 26 de agosto
Ejército ruso, 29 de agosto
Bosque
0
25
50
Millas
(Los cuerpos de ejército rusos se indican en este mapa con números arábigos)
BATALLA DE TANNENBERG, 25-30 DE AGOSTO

Mientras ocurría esto, su centro, compuesto por dos cuerpos y medio, se lanzaba a la ofensiva. El general Martos estaba en el centro complicado en una dura lucha. Su vecina a la izquierda, una división del XXIII Cuerpo, fue rechazada, quedando al descubierto su flanco. A su derecha, el general Kliouev, con el XIII Cuerpo, conquistó Allenstein, pero al enterarse de que Martos se encontraba en una situación delicada corrió a su encuentro, dejando que Allenstein fuera ocupada por el VI Cuerpo, que Kliouev suponía que marchaba en esta dirección. El VI Cuerpo nunca alcanzó su objetivo, como es de suponer, y quedó abierta una brecha en Allenstein.

A unas pocas millas detrás del frente, en el cuartel general del Segundo Ejército en Neidenburg, el general Samsonov estaba cenando con su jefe de Estado Mayor, el general Potowsky, y con el agregado militar inglés, el comandante Knox, cuando la derrotada división del XXIII Cuerpo invadió las calles. En la confusión que se originó, todo el mundo se creía perseguido, y desde una ambulancia alguien gritó: «¡Llegan los ulanos!». Al oír la conmoción, Samsonov y Potowsky, un individuo muy nervioso y que era conocido por algún motivo como el «Loco Mullah», salieron corriendo a la calle. Vieron a primera vista el estado de las tropas. Los hombres estaban «terriblemente agotados, habían estado sin pan ni azúcar durante tres días». «Durante dos días, mis hombres no han recibido ninguna clase de suministros», les dijo el comandante de un regimiento[22].

Aunque todavía no había recibido la confirmación del desastre del VI Cuerpo, a su derecha, Samsonov comprendió, al final de aquel día, que no se trataba ya de envolver al enemigo, sino de impedir que sus hombres fueran envueltos por los alemanes. Decidió, sin embargo, no poner punto final a la batalla, sino lanzarse de nuevo a la misma al día siguiente, con su cuerpo en el centro, en un esfuerzo desesperado para contener a los alemanes hasta que Rennenkampf les asestara el golpe decisivo.

Despachó órdenes al general Artomonov, comandante del I Cuerpo, que defendía el frente opuesto al de François en el extremo izquierdo ruso, «de proteger el flanco del ejército […] a cualquier precio»[23]. Estaba convencido de que «ni siquiera una gran superioridad enemiga puede vencer al famoso I Cuerpo», y añadió que el éxito de toda la batalla dependía de la resistencia que pudieran oponer.

A la mañana siguiente, el día 27 de agosto, llegó el momento, esperado con tanta impaciencia, de la ofensiva de François. Había llegado su artillería. A las cuatro de la mañana, antes de que saliera el sol, fue iniciado un terrible e ininterrumpido bombardeo sobre el I Cuerpo en Usdau. En el Alto Mando alemán, Hindenburg estaba muy sereno y tranquilo, y Ludendorff, sombrío y grave; con Hoffmann detrás, abandonaron su cuartel general provisional en Löbau, que estaba a una distancia de veinte millas, para ocupar posiciones en una colina desde donde Ludendorff tenía la intención de «coordinar» las operaciones de los cuerpos de François y Scholtz. Antes de que llegaran a la colina recibieron la noticia de que Usdau había sido ocupada. Pero antes de que fuera confirmada recibieron un segundo informe desmintiendo el primero. La artillería continuaba su fuego. En las trincheras rusas, los hombres del «famoso I Cuerpo», depauperados al igual que sus compañeros del XXIII y carentes de todo deseo de lucha, huían bajo la lluvia de metralla, abandonando sobre el campo de batalla tantos muertos como soldados que huían. A las once de la mañana el I Cuerpo había abandonado el campo y la batalla había sido ganada, única y exclusivamente, por la artillería, y Ludendorff, cuyas prematuras órdenes hubieran podido hacerla perder, anunció que el Segundo Ejército ruso «había sido derrotado»[24].

Pero no había sido derrotado, y descubrió que, «en contraste con otras guerras», la batalla no había sido ganada en un día. El avance de François tropezaba aún con oposición al este de Us-

dau, mientras que los dos cuerpos rusos en el centro, una formidable masa humana, continuaban atacando; la amenaza de Rennenkampf se cernía todavía sobre sus espaldas. Las carreteras estaban bloqueadas por los refugiados y los rebaños de ganado, pues la población entera de los pueblos estaba en camino. También los soldados alemanes estaban agotados y también ellos veían fantasmas por todas partes y gritaban: «¡Llegan los cosacos!». A su regreso a Löbau, el Alto Mando se enteró, horrorizado, de que el cuerpo de François había emprendido la huida y que «restos» de sus unidades llegaban a Montovo[25]. Una rápida llamada telefónica confirmó que las tropas en retirada del I Cuerpo podían ser vistas desperdigadas en grupos frente a la estación del ferrocarril. Si el flanco de François había sido derrotado, entonces podía darse por perdida la batalla, y durante unos momentos la perspectiva de una derrota, la retirada tras el Vístula y el abandono de la Prusia oriental surgió repentinamente en la mente de todos, como ya había aparecido anteriormente en la mente de Prittwitz. Descubrieron entonces que las tropas en Montovo pertenecían a un batallón que, después de luchar detrás de Usdau, había renunciado a la lucha.

A última hora de aquel día, la certeza de que los alemanes «no se replegaban tras el Vístula», sino que, al contrario, avanzaban contra las fuerzas de Samsonov, llegó hasta el cuartel general de Jilinsky. Ahora, por fin, telegrafiaba a Rennenkampf, avisándole que el Segundo Ejército era atacado y que tenía que cooperar «avanzando su flanco izquierdo lo máximo posible»[26], pero los objetivos que se le señalaban estaban demasiado al oeste y no estaba lo suficientemente adelantado para ser de alguna utilidad, ya que, además, no se le hizo mención alguna de que forzara la marcha.

La batalla se encontraba en su tercer día. Dos ejércitos, ahora completamente mezclados en la lucha, combatían de un modo confuso y desordenado en un frente de más de cuarenta millas.

Un regimiento avanzaba y otro se replegaba, se abrían huecos, el enemigo rompía por los mismos o no lo hacía. Tronaba la artillería, se hundían las trincheras, los escuadrones de la caballería y las unidades de la infantería y la artillería avanzaban y retrocedían a través de pueblos y bosques, entre los lagos, a través de los campos y las carreteras. Las granadas estallaban en las granjas y en las calles de las ciudades y pueblos. Un batallón que avanzaba bajo la protección de la artillería desaparecía tras el humo y la niebla lo ocultaba. Las columnas de prisioneros obstaculizaban a las tropas que avanzaban hacia el frente de combate. Las brigadas conquistaban nuevos terrenos y los volvían a perder, se entrecruzaban las líneas de comunicaciones o se comunicaban con una división equivocada. Los comandantes perdían contacto con sus unidades, los coches de los oficiales del Estado Mayor corrían de un lado a otro, los aviones de reconocimiento alemanes sobrevolaban el frente tratando de reunir toda la información posible. Los comandantes de los ejércitos intentaban averiguar lo que sucedía realmente y despachaban órdenes que se recibían o no, y que tal vez no concordaban con lo que sucedía en realidad en el frente de combate. Trescientos mil hombres luchaban en aquel espacio, avanzaban y retrocedían, disparaban sus armas, se emborrachaban cuando ocupaban un pueblo, se tendían en los bosques cuando llegaba la noche, y al día siguiente proseguía la lucha y se libraba la gran batalla del frente oriental.

El general Von François inició la batalla al amanecer del día 28 con otro gran ataque de artillería. Ludendorff le ordenó que girara hacia la izquierda para aliviar la presión sobre el cuerpo de Scholtz, que él creía que estaba «terriblemente agotado». Haciendo caso omiso de esta orden, François continuó su avance directamente hacia el este, decidido a completar el envolvimiento del flanco de Samsonov y a impedir su retirada. Después del éxito que había tenido en su desobediencia el día ante-

rior, Ludendorff casi le suplicó a François que obedeciera sus órdenes[27]. El I Cuerpo «prestaría el mejor servicio al ejército obedeciendo mis instrucciones», le dijo. Pero François no le prestó la menor atención y dirigió sus unidades hacia el este, dejando parte de las mismas a lo largo de la carretera para evitar que el enemigo pudiera escapar.

Preocupados por el centro, Ludendorff y Hindenburg esperaban el resultado de la batalla en el cuartel general de Scholtz, en el pueblo de Frögenau, a unas dos millas de distancia de un pueblo más pequeño incluso, Tannenberg. Las órdenes eran despachadas desde Frögenau. Ludendorff se sentía nuevamente atemorizado por Rennenkampf. Preocupado por el cuerpo de Scholtz, enojado con François, molesto por las «muy deficientes comunicaciones telefónicas» que le ponían en contacto con su insubordinado comandante y por la ausencia total de comunicaciones telefónicas con Mackensen y Below, en su ala izquierda, el general no estaba «satisfecho» de ningún modo[28]. Mackensen y Below, confundidos por aquellas órdenes contradictorias de seguir, primero en una dirección y luego en la otra, mandaron en avión a un oficial del Estado Mayor para que aclarara la situación. Fue objeto de una «recepción poco agradable», dado que ninguno de los dos cuerpos estaba en el lugar en que debía. Hacia el atardecer, sin embargo, los dos marchaban en una dirección más satisfactoria. Mackensen avanzaba tras el ala derecha rusa, que había sido desarticulada, y Below avanzaba hacia la brecha en Allenstein para atacar el centro ruso. Ahora el avance de François parecía más justificado, y Ludendorff despachó nuevas órdenes para que continuara en la dirección que ya había emprendido.

En el preciso momento en que el ambiente de victoria comenzaba a reinar en el cuartel general alemán, llegaron noticias de que las fuerzas de Rennenkampf ya habían emprendido la marcha. Pero todo daba a entender ahora que llegarían dema-

siado tarde. De hecho, aquella noche el cuerpo más cercano de Rennenkampf se encontraba todavía a veinte millas de Bischofsburg, en donde el VI Cuerpo de Samsonov había sido derrotado dos días antes. Dado que efectuaba un lento avance por territorio hostil, el adelanto de Rennenkampf, al final del día siguiente, 29 de agosto, sería unas diez millas más hacia el oeste, pero no más hacia el sur, y no podría establecer contacto con Samsonov. Y lo cierto es que nunca se llegó a establecer este contacto.

El colapso del «famoso I Cuerpo», en cuya resistencia había puesto tanta fe, además del fracaso del VI Cuerpo en su otra ala, presagiaba el fin del general Samsonov. Sus dos alas habían sido derrotadas, su caballería, la única arma en que era superior numéricamente a los alemanes, no había desempeñado un papel importante en la batalla y había quedado aislada, los suministros y las comunicaciones estaban en completo desorden, y sólo el XV y el XIII Cuerpos continuaban luchando. En su cuartel general, en Neidenburg, ya oía el tronar de la artillería de François, que se acercaba. Se le antojó que sólo podía hacer una cosa. Telegrafió a Jilinsky indicando que partía para el frente de batalla, y luego, después de ordenar que mandaran a Rusia los aparatos de radio, cortó sus comunicaciones con la retaguardia[29].

Se ha dicho que la razón de esta decisión «se la llevó a la tumba»[30], pero ésta no es difícil de adivinar. El ejército que había sido puesto bajo su mando se derrumbaba. Se convertía otra vez en un oficial de caballería y un comandante de división, y lo hacía lo mejor que podía. Tomó personalmente el mando, montado a caballo, que era como se sentía más a gusto, y bajo el fuego del enemigo.

En las afueras de Neidenburg, el 28 de agosto, se despidió del comandante Knox, que le había acompañado hasta allí. Samsonov estaba sentado en tierra, rodeado de los oficiales de

su Estado Mayor, estudiando unos mapas. Se puso en pie, se llevó a Knox a un lado y le dijo que la situación era «crítica». Dijo que su lugar y deber estaban con el ejército, pero como el deber de Knox era informar a su gobierno, le aconsejó que regresara «mientras pudiera hacerlo». Montó a caballo, se volvió en la silla y dijo con enigmática sonrisa: «El enemigo tiene suerte un día, nosotros la tendremos el otro», y se alejó al galope[31].

Más tarde, el general Martos, que dirigía la batalla en su sector desde lo alto de una colina, acababa de dar la orden de que una columna de prisioneros alemanes fuera sacada de la línea de combate, cuando, con gran asombro por su parte, se presentó el general, comandante del ejército, a caballo, seguido de los oficiales de su Estado Mayor. Samsonov le preguntó por aquella columna que se retiraba, y cuando le contestó que se trataba de prisioneros, se acercó a Martos, lo abrazó y le dijo tristemente: «Sólo tú nos salvarás»[32]. Pero sabía que esto era ya completamente imposible, y aquella misma noche dio la orden de retirada general.

La retirada, durante los dos días siguientes, 29 y 30 de agosto, constituyó un creciente e inenarrable desastre. Los dos cuerpos del centro que habían luchado más tiempo y mejor, los que habían avanzado más lejos y los últimos en retirarse, habían sido también los últimos en escapar y los que habían sucumbido ante el movimiento de envolvimiento alemán. El cuerpo del general Kliouev se encontraba todavía en plena ofensiva cuando Below avanzó por la brecha a su derecha en Allenstein y completó el cerco alrededor del centro ruso. Las tropas de Martos y Kliouev vagaban indefensas por los bosques y los pantanos, en furtivas marchas y en vanos intentos por reagruparse y hacer frente al enemigo mientras el acoso se hacía más y más estrecho. Los alemanes apostaban nidos de ametralladoras en los cruces de aquellas carreteras que eran sim-

ples caminos vecinales. Los hombres del cuerpo de Martos, durante aquellos cuatro días, estaban literalmente muertos de hambre[33]. El cuerpo de Kliouev cubrió cuarenta y dos millas durante sus últimas cuarenta horas sin raciones de ninguna clase.

El 29 de agosto, el general Martos y algunos oficiales intentaron hallar una salida por los bosques con una escolta de cinco cosacos. El enemigo disparaba desde todos los lados. El general de división Machagovsky, el jefe de Estado Mayor de Martos, fue muerto por fuego de ametralladora. Uno tras otro, los componentes del grupo fueron cayendo hasta que sólo uno de los oficiales y dos soldados de la escolta quedaron con el general Martos. Como había dejado su macuto en poder de su ayudante, que se había perdido, el general Martos no tenía nada para comer, beber o fumar desde aquella mañana. Uno de los caballos se desplomó; los hombres desmontaron y condujeron a los restantes caballos de las bridas. Se hizo de noche. Intentaron guiarse por las estrellas, pero el cielo estaba nublado. Oyeron cómo se acercaban unas tropas que ellos consideraban amigas, puesto que los caballos avanzaban con paso rápido y firme. De pronto, un foco de luz alemán brilló entre los árboles. Martos montó y trató de escapar, pero abatieron su caballo, cayó y fue hecho prisionero por los alemanes[34].

Más tarde, en un «pequeño y sucio hotel» en Osterode adonde fue conducido Martos, Ludendorff entró en su cuarto y, hablando un perfecto ruso, le dijo que habían sido derrotados y que la frontera rusa estaba abierta ahora a las fuerzas alemanas. Hindenburg le siguió «y, al verme tan abatido, me cogió de las manos durante largo rato rogándome que me serenara». En un deficiente ruso, con un acusado acento, prometió devolverle su espada a Martos y se despidió con una inclinación de cabeza, al tiempo que le decía: «Le deseo días más felices».

En los bosques, al norte de Neidenburg, los restos del cuerpo de Martos fueron aniquilados o capturados. Uno solo de los oficiales del XV Cuerpo regresó a Rusia. A unas diez millas al este de Neidenburg, el último del XIII Cuerpo, cuyo comandante, el general Kliouev, había sido igualmente capturado, se atrincheró en un círculo. Con cuatro cañones que habían capturado a los alemanes resistieron al enemigo durante toda la noche del 30 de agosto, hasta que se les acabó la munición, y la mayoría de ellos fueron heridos mortalmente. Los restantes fueron hechos prisioneros.

Aquel día fue lanzado un último ataque ruso, organizado con gran vigor por el general Sirelius, sucesor del general Artomonov, del I Cuerpo, que había sido destituido. Reuniendo varios regimientos desperdigados que aún no habían entrado en combate y unidades de artillería, les agregó una división y lanzó una ofensiva que rompió las filas de François y reconquistó Neidenburg. Pero llegaba demasiado tarde y ya no podía ser sostenida. Este último acto del Segundo Ejército ruso no fue ordenado por el general Samsonov, dado que éste había muerto.

La noche del 29 de agosto también él, al igual que el general Martos, fue apresado en una red, en otra región de los bosques. Él y sus compañeros llegaron a Willenburg, a sólo siete millas de la frontera rusa, pero los alemanes habían llegado allí antes que él. El general y su grupo esperaron en el bosque hasta el anochecer, y luego, dado que era completamente imposible continuar en la oscuridad a caballo por aquella región pantanosa, prosiguieron a pie. Se les acabaron las cerillas y no podían leer la brújula. Cogidos de la mano para no perderse, continuaron avanzando. Samsonov, que padecía asma, estaba agotado. No cesaba de repetirle a Potowsky, su jefe de Estado Mayor: «El zar había confiado en mí. ¿Cómo podré enfrentarme ahora con él después de este desastre?»[35]. Después de recorrer seis

millas, se detuvieron para descansar. Era la una de la madrugada cuando Samsonov se alejó de ellos por entre los pinos. Un disparo sonó en la oscuridad. Potowsky se dio cuenta en el acto de lo que significaba. Antes, Samsonov ya le había confiado su intención de quitarse la vida. Estaba seguro ahora de que el general había muerto. Los oficiales trataron de encontrar el cadáver en la oscuridad, pero no lo consiguieron. Decidieron esperar hasta el amanecer, pero cuando empezaba a clarear oyeron acercarse a los soldados alemanes. Abandonaron la búsqueda y continuaron en dirección a la frontera, en donde se tropezaron con una patrulla de cosacos, con lo que lograron ponerse a salvo. El cadáver de Samsonov fue hallado por los alemanes, que lo enterraron en Willenburg, en donde en el año 1916, con la ayuda de la Cruz Roja, su viuda lo recuperó y lo pudo enterrar en Rusia.

El silencio se había cernido sobre el Segundo Ejército. En el cuartel general de Jilinsky había cesado toda comunicación, y desde hacía dos días no se sabía nada de Samsonov. Ahora que ya era demasiado tarde, Jilinsky ordenó a la caballería de Rennenkampf que atravesara las líneas alemanas en Allenstein y averiguara lo que le había ocurrido al Segundo Ejército. Esta misión nunca habría de cumplirse, puesto que el Octavo Ejército alemán, después de haber roto uno de los brazos de la tenaza, ya se volvía para hacer frente al segundo.

Casi con alivio comprendieron el alcance de su victoria. El número de enemigos muertos y el de prisioneros y artillería capturada era enorme. Fueron hechos 92 000 prisioneros y se necesitaron seis trenes para llevarlos a la retaguardia, la semana después de la batalla. Fueron capturadas de 300 a 500 piezas de artillería de las 600 con que había contado el Segundo Ejército. Los caballos capturados eran llevados a establos al aire libre, construidos urgentemente para albergarlos. El número de muertos se calculaba en unos treinta mil. El XIII y el XV Cuer-

pos habían dejado de existir, cincuenta oficiales y dos mil soldados de estos cuerpos fueron los únicos que lograron salvarse. Los sobrevivientes de los dos cuerpos laterales, el I y el VI, que habían sido los primeros en replegarse, ahora ya formaban sólo una división, y el XXIII Cuerpo, un regimiento[36].

También los vencedores habían sufrido graves pérdidas después de las penalidades y la tensión de la batalla, que había durado seis días, y los nervios estaban destrozados. Cuando Neidenburg, que había cambiado cuatro veces de dueño durante aquellos días, fue reconquistada por los alemanes el 31 de agosto, un nervioso policía militar gritó «Halt!» a un coche que corría veloz por la plaza principal. Cuando el coche en el que iba el general Von Morgen hizo caso omiso de la orden, gritó: «¡Alto! ¡Los rusos!», y disparó. Una ráfaga se abatió sobre el coche y mató al chofer e hirió a un oficial que se sentaba al lado del general. Aquella misma noche, después de escapar con vida de los disparos de sus propios soldados contra él, Von Morgen fue despertado por su asistente, que, al grito de «¡Vuelven los rusos!», salió corriendo llevándose las ropas del general, y éste, «profundamente avergonzado», salió a la calle en ropa interior y esgrimiendo en la diestra su revólver[37].

Para todos, excepto unos pocos oficiales, había sido aquélla la primera experiencia bélica, y de la excitación originada por el miedo, el agotamiento, el pánico y la violencia de una gran batalla, surgió una leyenda…, una leyenda de millares de rusos que se ahogaban en los lagos o se hundían en las arenas movedizas, hombres a los cuales los alemanes se veían obligados a matar con fuego de ametralladora. «Hasta el final de mis días oiré aquellos gritos», les contó un oficial a sus amigos en Alemania[38]. «Los informes que dicen que los rusos fueron empujados hacia los pantanos y que allí murieron son un mito, pues no se veía ningún pantano por ninguna parte», escribió Ludendorff[39].

Cuando comenzaron a comprender el alcance de su victoria, los comandantes alemanes se dijeron, tal como escribió Hoffmann en su diario, «que habían ganado una de las batallas más importantes de la historia»[40]. Decidieron —según Hoffmann, fue él quien lo sugirió, pero Ludendorff asegura que fue él— llamar la batalla con el nombre de Tannenberg, en retrasada compensación por la antigua derrota que habían sufrido los caballeros teutones a manos de los polacos y lituanos[41]. A pesar de este segundo triunfo, todavía mayor que el de Lieja, Ludendorff no estaba contento, «puesto que el temor a la incertidumbre con respecto al ejército de Rennenkampf había sido demasiado grande». Pero ahora, sin embargo, podía volverse más confiado contra Rennenkampf y, sobre todo, con ayuda de los dos nuevos cuerpos que Moltke le mandaba desde el Oeste.

Su triunfo se debía a la intervención de otros muchos comandantes: de Hoffmann, que por razones erróneas había estado firmemente convencido de que Rennenkampf no les perseguiría y había concebido el plan y redactado las órdenes para que el Octavo Ejército se enfrentara con Samsonov; de François, que al desafiar las órdenes de Ludendorff consiguió con ello el envolvimiento del ala izquierda de Samsonov; incluso de Hindenburg, que en el momento crucial le dio nuevos ánimos y tranquilizó sus nervios; y, finalmente, contribuyó aquel factor que nunca figuró en los planes alemanes… el sistema de comunicaciones inalámbrico de los rusos. Ludendorff acabó confiando en la interceptación de los mensajes rusos que sus oficiales reunían durante el día, que eran descifrados o traducidos y que le eran presentados a las once de cada noche. Y cuando se retrasaban, él mismo se presentaba en la sala de comunicaciones para informarse de las últimas novedades recibidas. Hoffmann reconoció que estas interceptaciones habían sido la verdadera causa de la victoria en Tannenberg. «Contába-

mos con un aliado: el enemigo. Estábamos al corriente de todos sus planes», escribió[42].

Para la opinión pública, el salvador de la Prusia oriental fue el comandante en jefe nominal, Hindenburg. El anciano general, sacado de su situación de retiro con su viejo uniforme azul, fue transformado en un titán por la victoria. El triunfo en la Prusia oriental fundamentó la leyenda de Hindenburg en Alemania, que ni siquiera la innata malicia de Hoffmann podía minar. Cuando, como jefe del Estado Mayor en el frente del Este, más tarde en la guerra acompañaba a los visitantes por el campo de batalla de Tannenberg, Hoffmann les decía: «Aquí es donde durmió el mariscal de campo antes de la batalla. Aquí es donde durmió después de la batalla. Aquí es donde durmió durante la batalla»[43].

En Rusia, el desastre no llegó inmediatamente a conocimiento de la opinión pública, ya que fue anulado por una gran victoria que habían obtenido los rusos sobre los austriacos en el frente de Galitzia. Numéricamente, fue una victoria aún mayor que la de los alemanes en Tannenberg, que tuvo las mismas consecuencias sobre el enemigo. En una serie de combates librados entre el 26 de agosto y el 10 de septiembre, y que culminó en la Batalla de Lemberg, los rusos causaron 250 000 bajas, hicieron 100 000 prisioneros, obligaron a los austriacos a una retirada que duró 18 días cubriendo 150 millas y diezmaron el Ejército austro-húngaro, sobre todo en lo que hace referencia a los oficiales profesionales, de lo que nunca habría de recuperarse. Mutiló a Austria, pero ya no pudo borrar los efectos de Tannenberg. El Segundo Ejército ruso había dejado de existir, el general Samsonov había muerto y, de los cinco comandantes de cuerpo, dos habían sido capturados y tres, destituidos por incompetencia. En el curso de la Batalla de los Lagos de Masuria, el general Rennenkampf fue arrojado de la Prusia oriental, «perdió sus nervios» —en este caso, la conocida fórmula fue

aplicada por Jilinsky—, abandonó su ejército y cruzó la frontera en un coche, completando con ello la ruina de su reputación, su caída en desgracia, y arrastrando consigo a Jilinsky. Pero informó al zar de que había sido Jilinsky «quien había perdido la cabeza y había sido completamente incapaz de controlar las operaciones», con el resultado, que otro actor de la Batalla de Tannenberg iba a figurar entre las bajas[44].

La deficiencia en instrucción y material, la incompetencia de los generales y la ineficacia de la organización quedaron claramente expuestas en el curso de la batalla. El general Guchkov, el futuro ministro de la Guerra, declaró «que había llegado al firme convencimiento de que la guerra había sido perdida» después de Tannenberg[45]. La derrota dio nuevos impulsos a los grupos proalemanes, que empezaron a alzar su voz abiertamente a favor del fin de las hostilidades. El conde Witte declaró que la guerra arruinaría a Rusia, y Rasputín, que hundiría el régimen. Los ministros de Justicia y del Interior redactaron una memoria dirigida al zar, recomendándole firmar lo antes posible la paz con Alemania, basándose en que las alianzas con las democracias resultarían fatales a la larga. Se les presentó esta oportunidad[46]. Las proposiciones alemanas a Rusia para una paz por separado empezaron poco después de la Batalla del Marne y continuaron durante los años 1915 y 1916. Sea por lealtad hacia los aliados hacia el Pacto de Londres, o por ignorancia de las olas revolucionarias o simplemente por parálisis de la autoridad, lo cierto es que los rusos jamás las aceptaron. En un creciente caos prosiguieron sus esfuerzos bélicos.

Después del desastre, el general marqués de Laguiche, el agregado militar francés, fue a expresar su pésame al comandante en jefe. «Nos alegra haber hecho estos sacrificios por nuestros aliados», replicó cortésmente el gran duque[47]. La ecuanimidad ante la catástrofe era su reacción y también la de los rusos, que, conociendo sus inagotables reservas de hombres,

están acostumbrados a aceptar las grandes fatalidades con sorprendente serenidad. El rodillo ruso en el que los aliados habían puesto tantas esperanzas, que después de su debacle en el Oeste era esperado aún con más ansiedad, se había desmoronado en la carretera como si fuera un castillo de naipes. Su prematura marcha y su desesperada lucha habían sido, tal como dijo el gran duque, un sacrificio por un aliado. Sin tener en cuenta el precio que pagó Rusia, el sacrificio cumplía lo que había deseado Francia, aquello por lo que tanta presión habían ejercido: la retirada de fuerzas alemanas del frente occidental. Los dos cuerpos que llegaron demasiado tarde a la Batalla de Tannenberg estarían ausentes de la Batalla del Marne.

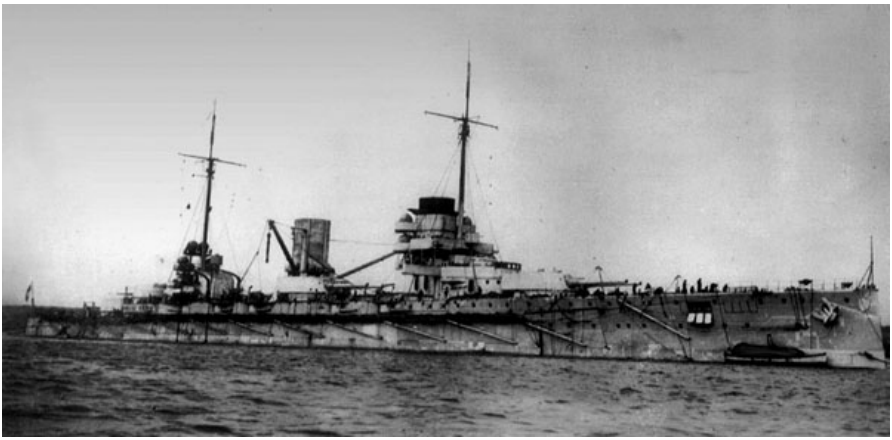
El general Joffre con los generales De Castelnau y Pau. (*Brown Brothers*).

Sir Henry Wilson conversando con Foch y el coronel Huguet. (*Hulton Deutsch Collection*).

El general Sujomlinov con algunos oficiales de su Estado Mayor. (*The Imperial War Museum*).

El zar y el gran duque Nicolás. (*The Imperial War Museum*).

El káiser von Moltke. (*Hulton Deutsch Collection*).



El *Goeben*. (*The Imperial War Museum*).

Almirante Souchon. (*German Information Center*).

El rey Alberto. (*The Imperial War Museum*).

Mariscal de campo *sir* John French. (*The Imperial War Museum*).

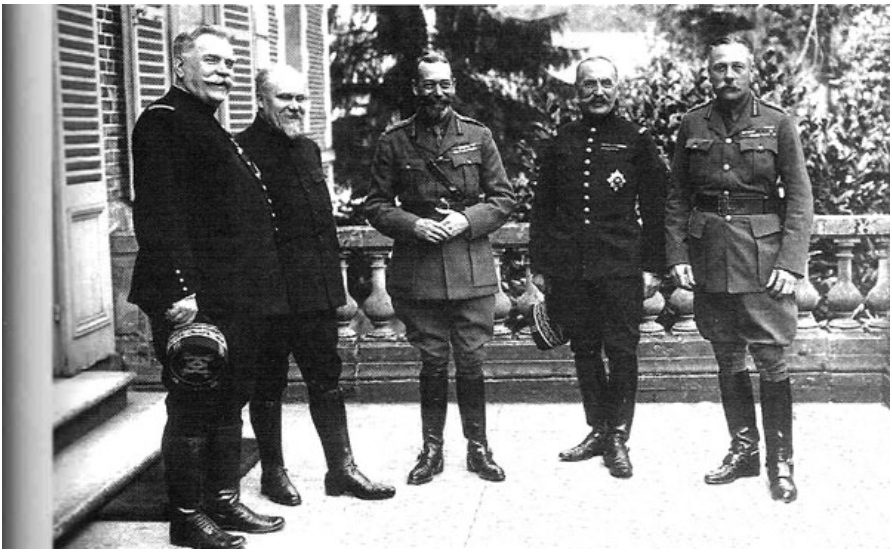
El príncipe Rupprecht y el káiser. (*The Imperial War Museum*).

El general Von François. (*Brown Brothers*).

El coronel Max Hoffmann. (*The Imperial War Museum*).

Oficiales alemanes de caballería en Bruselas. (*Brown Brothers*).

El general Gallieni.



Joffre, Poincaré, el rey Jorge V, Foch y Haig. (*The Imperial War Museum*).

El general Von Kluck. (*The Imperial War Museum*).

17

LAS LLAMAS DE LOVAINA[1]

En 1915, Émile Verhaeren publicó en el exilio un libro sobre la invasión de su país. Verhaeren era el poeta más famoso de Bélgica, cuya vida, antes de 1914, había sido una vibrante veneración por las ideas socialistas y humanistas, que, por aquel entonces, se creía que correspondían a los ideales nacionales. Como prólogo de su relato, escribió la siguiente dedicatoria: «El que escribe este libro en que no se oculta el odio, antes había sido un pacifista. Para él, nunca hubo una desilusión mayor, ni más súbita. Le azotó con tal violencia que no creía ser ya el mismo hombre. Y, sin embargo, como al parecer su conciencia ha disminuido en esos sentimientos de odio, dedica estas páginas, con emoción, al hombre que era antes».

De todo lo que ha sido escrito, el relato de Verhaeren es el testimonio más impresionante de lo que la guerra y la invasión afectaron al espíritu de su época. Cuando terminó la Batalla de las Fronteras, hacía veinte días que la guerra había estallado, y durante este tiempo había creado pasiones, actitudes, ideas, tanto entre los beligerantes como entre los neutrales que permanecían a la expectativa, aspectos que decidieron su curso, y con ello, el curso de la historia en los años venideros. El mundo que había sido y las ideas que había formado desaparecieron igualmente, lo mismo que la anterior personalidad de Verhaeren, desde principios de agosto y en los meses que siguieron. Aquellos impedimentos —la fraternidad de los socialistas, las finanzas, el comercio y otros factores económicos—, de los que se había dicho que harían completamente imposible una guerra, no funcionaron tal como se había confiado cuando

llegó el momento de la verdad. El espíritu nacionalista los barrió.

Los hombres fueron a la guerra con sentimientos contradictorios y muchas ideas. Entre los beligerantes, algunos, pacifistas y socialistas, se oponían a la guerra en lo más íntimo de sus corazones, mientras que otros, como Rupert Brooke, le daban la bienvenida. «Dios sea alabado por habernos deparado esta hora», escribió Brooke en su poema «1914», sin temor a cometer con ello una blasfemia. Para él, aquélla era la hora ideal para:

> Arrojarse, como un nadador en aguas límpidas,
> lejos de un mundo viejo y frío y triste […].
> Ha vuelto el honor […].
> y la nobleza camina de nuevo por nuestras sendas,
> y hacemos honor a nuestra herencia.

Los alemanes experimentaban unos sentimientos similares. La guerra había de ser, escribió Thomas Mann, «una purificación, una liberación, una enorme esperanza. La victoria de Alemania será la victoria del alma sobre el número. El alma alemana es opuesta al ideal pacifista de la civilización, ya que, ¿acaso la paz no es un elemento de corrupción civil?». Este concepto, una clara imagen de la teoría esencialmente militarista alemana de que la guerra ennoblece, no era muy diferente de los exabruptos de Rupert Brooke, y era defendida en aquellos días por un gran número de personas altamente respetables, entre las que figuraba Theodore Roosevelt. En 1914, con la excepción de las batallas en los Balcanes, no había habido una guerra en Europa durante toda una generación, y, en opinión de un observador, la favorable actitud de tantas y tantas personas hacia la guerra se debía a una especie de «inconsciente aburrimiento a causa de la paz».

Allí donde Brooke encontraba limpieza y nobleza, Mann veía un objetivo mucho más positivo. Los alemanes, dijo, los

hombres más educados, más obedientes a las leyes, más amantes de la paz, merecían ser más poderosos, para dominar y establecer la «paz germánica», lo que «justifica la guerra». Aunque escribió esto en el año 1917, Mann reflejaba el espíritu del año 1914, el año que había de ser el año 1789 para los alemanes, el establecimiento del ideal alemán en la historia, la entronización de la *Kultur*, la realización de la misión histórica alemana. En agosto, sentado en un café en Aquisgrán, un científico alemán declaró a un periodista norteamericano, Irwin Cobb: «Nosotros, los alemanes, somos el pueblo más industrial, el más serio, la raza mejor educada en Europa. Rusia aboga por la reacción, Inglaterra es un país egoísta y pérfido, Francia es decadente, pero Alemania lucha por el progreso. La *Kultur* alemana alumbrará el mundo y después de esta guerra no habrá ninguna más».

Un comerciante alemán que se sentaba con ellos expuso unos objetivos más específicos. Rusia debía ser aniquilada de tal forma que nunca más el peligro eslavo pudiera amenazar a Europa; Gran Bretaña, desarticulada y privada de su flota, y debían serle arrebatadas la India y Egipto; Francia habría de pagar una indemnización tan fuerte que nunca más pudiera recuperarse, mientras que Bélgica debía ceder su costa, puesto que Alemania necesitaba sus puertos en el Canal de la Mancha; y Japón tenía que ser castigado severamente cuando llegara el momento. Una alianza de «todas las razas teutónicas y escandinavas de Europa, incluyendo Bulgaria, mantendría un dominio absoluto desde el mar del Norte hasta el mar Negro. Europa presentaría una nueva configuración geopolítica y Alemania estaría en el centro de la misma».

Estos comentarios, durante los años anteriores a la guerra, no habían contribuido, en modo alguno, a establecer lazos de amistad con Alemania. «Con frecuencia excitamos los nervios del mundo», confesó Bethmann-Hollweg, cada vez que se pro-

clamaba el derecho de Alemania a dirigir a los demás pueblos. Esto, explicó más tarde, era interpretado como el producto de las ansias de dominio, pero en realidad se trataba, única y exclusivamente, «de una ebullición infantil y desequilibrada».

Pero el mundo no lo veía de ese modo. Había algo en el tono alemán que era interpretado de un modo muy diferente a una gracia infantil. El mundo «se hartó» de oír cómo Alemania hacía entrechocar sus espadas. «Estábamos hartos ya de ese militarismo prusiano y de su desdén hacia nosotros y hacia todo lo que ayuda a la felicidad humana y es considerado como sentido común, y, por lo tanto, nos levantamos para luchar contra ello», escribió George Bernard Shaw en 1914.

Algunos se alzaron conscientes de lo que estaba en juego, otros sólo con una vaga idea de las razones, y algunos sin saber exactamente a qué atenerse. Entre los primeros figuraba H. G. Wells. El enemigo, anunció en la prensa del 4 de agosto, era el imperialismo y el militarismo alemán, «el monstruo nacido en 1870». La victoria de Alemania «a sangre y hierro» significaría «el entronamiento permanente del dios de la guerra sobre todos los asuntos humanos». La derrota de Alemania «podía —Wells no lo aseguró categóricamente— abrir el camino al desarme y la paz en todo el mundo». Menos claros aparecían los objetivos para un reservista inglés, que en el tren hacia su lugar de concentración le dijo a un compañero de viaje: «Voy a luchar por esos malditos belgas, pues es allí a donde me mandan». Un tercer tipo de individuos, que estaban contentos de poder luchar sin tener en cuenta por qué, ni por quién, ni para qué, opinaban como el comandante *sir* Tom Bridges, comandante del escuadrón de caballería que mató a los primeros alemanes en las calles de Soignies: «No sentíamos ningún odio contra los alemanes. Estábamos dispuestos a luchar contra quien fuere […] y lo mismo nos hubiese dado luchar contra

Francia. Nuestra consigna era: "Estamos dispuestos. ¿Contra quién?"».

Éstas no eran las posiciones públicas de los estadistas, ni tampoco la actitud colectiva de las masas, sino la actitud privada de los individuos. Pero estas actitudes aún no eran tan cobardes como llegarían a serlo. Todavía no existía un odio colectivo contra Alemania. Una de las primeras y más memorables caricaturas de *Punch* sobre la guerra fue la publicada el 12 de agosto, que llevaba la siguiente leyenda: «¡Prohibido el paso!». Se veía a un muchacho belga con zapatos de madera obstaculizando el paso al invasor, un obeso director de una banda militar alemana a quien le salían las salchichas de los bolsillos[2]. Durante los primeros días, el tema preferido por los caricaturistas era el príncipe heredero, al que se presentaba siempre con expresión fatua y vacía, pero todo esto terminó muy pronto. La guerra se iba convirtiendo en un asunto demasiado serio y su figura pronto fue sustituida por la de un alemán mucho más conocido, el supremo jefe de la guerra, cuyo nombre figuraba en todos los comunicados alemanes del OHL, de manera que daba a entender que era él quien dirigía y mandaba todas las acciones: el káiser. Ya no era el emperador de antes de la guerra, con sus conocidos exabruptos y su chocar de espuelas, sino un tirano sombrío, satánico, cruel y maligno, con la expresión de toda la brutalidad humana. Este cambio se inició en el mes de agosto y pasó de la fría declaración de Bridges de que «no hay odio contra Alemania» a la afirmación de Stephen McKenna en 1921: «Entre todos los que son capaces de recordar, el nombre de Alemania huele a podrido y la presencia de un alemán es un insulto». No se trataba de un heroico superpatriota, sino de un sobrio y ecuánime maestro de escuela, cuyas memorias son un documento social de su época. McKenna nos habla de aquellos sentimientos que empezaron a prevalecer, y que hicieron completamente imposible un acuerdo negociado y

obligaron a continuar la lucha hasta la victoria final. Y lo que indujo a este cambio fue lo que ocurría en Bélgica.

Los acontecimientos en Bélgica eran un producto de la teoría alemana del terror. Clausewitz había ordenado el terror con el fin de acortar la guerra, puesto que toda su teoría de la guerra se basaba en la necesidad de que fuera de corta duración y decisiva. Declaró que la población civil no debía quedar exenta de las consecuencias bélicas, sino que había de sufrir sus efectos y ser forzada, por cualquier medio, a obligar a sus jefes a pedir la paz. Puesto que el objeto de la guerra es desarmar al enemigo, argüía, «debemos colocarle en una situación en la cual continuar la guerra resulte más opresivo que la propia capitulación». Esta proposición tan lógica se correspondía plenamente con la teoría científica de la guerra que prevaleció durante todo el siglo XIX, y que los cerebros más inteligentes del Estado Mayor alemán habían tenido buen cuidado de estructurar de un modo detallado. Ya había sido llevada a la práctica en el año 1870, cuando, después de Sedán, surgió la resistencia francesa. La ferocidad de las represalias alemanas, en aquel entonces, en forma de ejecución de prisioneros civiles acusados de *francs-tireurs*, dejó atónito al mundo ante la maravillosa victoria «de las seis semanas» alcanzada por Prusia. Pero en el acto se dieron cuenta de la bestia que se escondía bajo la piel de los alemanes. Aun cuando el año 1870 se reveló como la confirmación de la teoría y la práctica del terror, que profundizó el antagonismo, estimuló la resistencia y terminó por alargar la guerra, los alemanes se mantuvieron fieles a la misma. Tal como dijo Shaw, eran hombres que sentían desprecio por el sentido común.

El 23 de agosto, los bandos firmados por el general Von Bülow fueron pegados a las paredes de Lieja anunciando que en el pueblo de Andenne, un pequeño pueblo situado en el Mosa, cerca de Namur, a causa de haber atacado a las tropas del modo más «traidor», «con mi autorización, el general al mando de las

tropas ha incendiado el pueblo y ha mandado fusilar a ciento diez de sus habitantes». De este modo, el pueblo de Lieja se enteraba de la suerte que le esperaba si osaba comportarse de un modo parecido.

El incendio de Andenne y la matanza —que los belgas calculan en doscientos once habitantes— tuvo lugar entre el 20 y el 21 de agosto, durante la Batalla de Charleroi. Como habían recibido órdenes concretas de atenerse estrictamente a sus planes de avance, al verse obstaculizados por la voladura de puentes y la destrucción de las vías de ferrocarril por los belgas, los comandantes de Bülow ordenaban represalias en todos aquellos pueblos en los que entraban. En Seilles, al otro lado del río de Andenne, fueron fusilados cincuenta paisanos, y los soldados recibieron permiso para saquear e incendiar las casas[3]. En Tamines, capturada el 21 de agosto, el saqueo de la ciudad se inició aquella misma noche, después de la batalla, y continuó durante toda la noche y el día siguiente. La orgía usual de un saqueo autorizado, acompañado del abuso de las bebidas alcohólicas, desenfrenó a los soldados, sumiéndolos en aquel estado de excitación que se deseaba para despertar en ellos un estado de brutalidad. Al segundo día en Tamines, otros cuatrocientos habitantes fueron concentrados en la plaza principal frente a la iglesia, y un pelotón de ejecución comenzó sin pérdida de tiempo su macabra labor. Aquéllos que no morían por las balas era pasados a la bayoneta. En el cementerio de Tamines hay 384 tumbas que llevan la inscripción: «1914: Fusillé par les allemands».

Cuando el ejército de Bülow conquistó Namur, una ciudad de 32 000 habitantes, fueron fijados en las paredes unos bandos anunciando que diez rehenes de cada calle serían fusilados si alguien osaba disparar contra las tropas alemanas[4]. Cuanto más avanzaban los alemanes, mayor número de rehenes eran arrestados. Al principio, cuando el ejército de Von Kluck entra-

ba en una ciudad, inmediatamente los bandos prevenían a la población de que el alcalde, el juez y el concejal del distrito iban a ser detenidos como rehenes. Pero muy pronto ya no se contentaron con tres personas de prestigio, y tampoco con un hombre de cada calle, ni siquiera diez de cada una. Walter Bloem, un novelista movilizado como oficial de la reserva en el ejército de Von Kluck, cuyo relato del avance sobre París es muy valioso, nos dice: «El comandante Von Kleist dio órdenes de que un hombre, y si no había ningún hombre, una mujer, fuera detenido como rehén en todos los hogares». Cuanto mayor era el terror, tanto más terror parecía necesitarse[5].

Irwin Cobb, que acompañaba al ejército de Von Kluck, vio desde una ventana que dos civiles eran conducidos entre dos hileras de soldados alemanes con las bayonetas caladas. Fueron llevados a la estación del ferrocarril, se oyeron unos disparos y luego vio cómo transportaban dos parihuelas con los cadáveres cubiertos con mantas. En dos ocasiones más asistió a este espectáculo[6].

Visé, escenario de los primeros combates camino de Lieja el primer día de la invasión, no fue destruida por las tropas de asalto, sino por las tropas de ocupación, mucho después de haber pasado las tropas de combate. En represalia por unos actos de sabotaje, un regimiento alemán fue destinado a Visé, desde Lieja, la noche del 23 de agosto[7]. Aquella noche los disparos de las ejecuciones se oyeron en Eysden, a cinco millas de distancia, al otro lado de la frontera holandesa. Al día siguiente, la ciudad se vio invadida por cuatro mil refugiados, la población entera de Visé, con la excepción de aquellos que habían sido fusilados, y setecientos hombres y muchachos que habían sido deportados para realizar trabajos forzados en Alemania. Las deportaciones, que tendrían consecuencias morales muy graves, sobre todo en Estados Unidos, comenzaron en agosto. Posteriormente, cuando Brand Whitlock, el embajador americano, visitó lo

que había sido Visé, sólo vio casas vacías e incendiadas, «un conjunto de ruinas que podrían haber sido las de Pompeya». Todos los habitantes habían huido. No había allí ni un solo ser vivo, ni ninguna casa con tejado.

En Dinant, junto al Mosa, el 23 de agosto, los sajones del general Hausen combatían con los franceses al final de la Batalla de Charleroi. Von Hausen fue testigo de la «pérfida» actividad de belgas que obstaculizaban la reconstrucción de sus puentes, «algo tan contrario a las leyes internacionales». Sus tropas detuvieron «a varios centenares» de rehenes, hombres, mujeres y niños. Cincuenta fueron apresados en el interior de la iglesia, ya que era domingo. El general los vio «apretujados los unos contra los otros, de pie, sentados, tumbados, bajo la vigilancia de los granaderos. Sus rostros revelaban el miedo que les dominaba, una profunda angustia, ira concentrada y el deseo de vengarse de todas las calamidades y penalidades por las que se les obligaba a pasar». Von Hausen sintió «una indomable hostilidad» contra aquellos seres. Era el general que se había sentido tan desgraciado en casa del caballero belga que se había metido las manos en los bolsillos de sus pantalones y que se había negado a hablar con Von Hausen durante la cena. En el grupo de Dinant vio a un soldado francés que tenía una herida en la cabeza de la que manaba sangre, moribundo y silencioso, negándose a recibir auxilio médico. Von Hausen termina aquí su relato, incapaz de describir la suerte de aquellos ciudadanos belgas. Permanecieron en la plaza hasta el anochecer y luego fueron colocados de rodillas, los hombres a un lado y las mujeres a otro. Dos pelotones de ejecución se situaron en el centro de la plaza y dispararon hasta que ninguno de los rehenes quedó en pie. Fueron identificados y enterrados seiscientos seres humanos, entre ellos Félix Fivet, de sólo tres semanas de edad[8].

Los sajones recibieron luego permiso para saquear las casas. La ciudadela medieval, que como un nido de águilas se elevaba

en las alturas, en la orilla derecha, sobre la ciudad que antaño había protegido y defendido, contemplaba unos desmanes muy propios de la Edad Media. «Profundamente conmovido» por este cuadro desolador, el general Von Hausen abandonó las ruinas de Dinant con el firme convencimiento de que el responsable era el gobierno belga, «que aprobaba aquellas traidoras luchas callejeras contrarias a las leyes internacionales».

Los alemanes estaban obsesionados por las violaciones de las leyes internacionales. Pero no tenían en cuenta que habían causado una violación por su sola presencia en territorio belga. El abad Watterlé, delegado alsaciano en el Reichstag, confesó en cierta ocasión: «Para una mente formada en la escuela latina, la mentalidad alemana es difícil de comprender»[9].

La obsesión alemana se dividía en dos partes: que la resistencia belga era ilegal y que estaba organizada desde «arriba» por el gobierno belga o los alcaldes, los sacerdotes y otras personas de «arriba». Y las dos partes establecían el corolario: las represalias alemanas estaban justificadas y eran legales. El fusilamiento de un solo rehén o la matanza de 612 y la destrucción de una ciudad, todo tenía que ser cargado en la cuenta del gobierno belga; éste era el pensamiento de todos los alemanes, desde Hausen, después de lo sucedido en Dinant, hasta el káiser, después de lo de Lovaina. La responsabilidad debía recaer «sobre aquellos que incitan a la población a pelear contra los alemanes», protestaba Von Hausen continuamente. No podía caber la menor duda, insistía, de que toda la población de Dinant, así como la de otras regiones, era «animada —¿por orden de quién?— por el deseo de detener el avance de los alemanes». Que la población pudiera sentir deseos de lucha sin una orden de «arriba», se les antojaba completamente inconcebible.

Los alemanes imaginaban por todas partes estas supuestas órdenes. Von Kluck clamaba que los bandos del gobierno belga previniendo a sus ciudadanos contra actos hostiles eran, en

realidad, «una incitación a la población civil a disparar contra el enemigo». Ludendorff acusó al gobierno belga de «haber organizado, de un modo sistemático, la lucha de guerrillas». El príncipe heredero aplicaba este mismo cargo a Francia. Se lamentó de que la «fanática» población de Longwy disparara de forma «traidora y pérfida» desde las ventanas y las puertas con escopetas de salón que les habían sido enviadas «desde París para este fin». Si hubiera conocido más a fondo la región, en la que el tiro al blanco es el deporte favorito, hubiese sabido que no tenían necesidad de mandar aquellas escopetas desde París para armar a los francotiradores.

Los relatos de los alemanes de sus experiencias en territorio enemigo estaban llenos de lamentaciones histéricas sobre la lucha de guerrillas. Ludendorff lo calificó de «molesto». Él, cuyo nombre pronto sería sinónimo de astucia, bribonería, violencia y osadía, había ido a la lucha, como decía, «con un concepto caballeresco y humano de la guerra». Pero los métodos de los francotiradores le habían causado el «espantoso pensamiento» de que podía ser herido o muerto por la bala disparada por un civil, aunque sólo hacía quince días que lucía el uniforme militar. Durante una agotadora marcha de veintiocho millas en un solo día, informó, ni un solo soldado se atrevió a salir de las filas, «ya que el temor a caer en manos de los valones era más fuerte que el dolor que sentían en los pies», esa otra gran agonía de la marcha sobre París.

El miedo y el terror a los *francs-tireurs* se basaban en la sensación alemana de que la resistencia civil no estaba organizada. Si han de elegir entre la injusticia y el desorden, los alemanes siempre se inclinarán por la injusticia, dijo Goethe[10]. Educados en un Estado en que las relaciones entre el ciudadano y el soberano se basan exclusivamente en la obediencia, son incapaces de comprender una situación que se fundamente en otros factores, y cuando se enfrentan con la misma, entonces se sienten

dominados por una terrible sensación de angustia. Seguros sólo en presencia de la autoridad, consideran al resistente civil como un elemento muy siniestro. Para la mente occidental, un *franc-tireur* es un héroe, pero para el alemán es un hereje que amenaza la existencia del Estado. En Soissons existe un monumento de bronce erigido a tres maestros de escuela que organizaron un levantamiento de estudiantes y civiles contra los prusianos en el año 1870. Asombrado al verlo, un oficial alemán le dijo a un periodista norteamericano en 1914: «Esto es Francia: levantan un monumento a los francotiradores. En Alemania no hubieran permitido nada similar. Ni tampoco es probable que nadie lo propusiera»[11].

Para llevar a los soldados alemanes al estado de ánimo que deseaban, los periódicos alemanes se llenaron, ya desde la primera semana, tal como recuerda el capitán Bloem, de relatos sobre las «crueldades cometidas por la población belga: sacerdotes armados al frente de los francotiradores, emboscadas traidoras, centinelas que habían sido encontrados con la lengua cortada y los ojos sacados». Esos «rumores» ya habían llegado a Berlín el 11 de agosto, según escribe la princesa Blücher. Un oficial alemán, al que ella consultó para que le corroborara estos hechos, declaró que en el hospital de Aquisgrán había treinta oficiales alemanes a los que las mujeres y los niños belgas les habían sacado los ojos.

El 25 de agosto empezó el incendio de Lovaina. La ciudad medieval, en la carretera de Lieja a Bruselas, era célebre por su universidad y su incomparable biblioteca, fundada en el año 1426, cuando Berlín sólo era un conglomerado de chozas de madera. Situada en la Sala de los Tejedores, del siglo XIV, la biblioteca incluía, entre sus 230 000 volúmenes, una colección única de 650 manuscritos medievales y otros incunables de inmenso valor. La fachada del ayuntamiento, considerada una «joya del arte gótico», era única en su clase. En la iglesia de San

Pedro había retablos de Dierik Bouts y otros maestros flamencos. El incendio y el saqueo de Lovaina, seguidos del fusilamiento de los ciudadanos, duraron seis días y fueron interrumpidos de un modo tan brusco como empezaron.

Nada extraordinario ocurrió cuando las tropas alemanas ocuparon Lovaina. Los soldados alemanes se comportaban de un modo ejemplar, compraban tarjetas postales y recuerdos, pagaban todo lo que adquirían y hacían cola ante las peluquerías. Al segundo día, un soldado alemán fue herido en una pierna, al parecer por un francotirador. El alcalde inmediatamente previno a todos sus conciudadanos para que depusieran las armas. Él y dos funcionarios fueron arrestados como rehenes. Las ejecuciones en la estación de ferrocarril se hicieron más frecuentes, mientras la interminable columna del ejército de Von Kluck pasaba por la ciudad un día tras otro.

El 25 de agosto, el ejército belga en Malinas, en los límites de la zona fortificada de Amberes, hizo una salida sobre la retaguardia del ejército de Von Kluck, obligándole a replegarse en desorden sobre la ciudad de Lovaina. En la confusión de la retirada, un caballo sin jinete atravesó las puertas de la ciudad, espantó a otro caballo enganchado a un carromato y lo volcó[12]. Y, repentinamente, sonaron los gritos: «Die Franzosen sind da! Die Engländer sind da!», Posteriormente, los alemanes alegaron que los belgas habían disparado contra ellos y que los ciudadanos habían disparado desde los tejados para hacer señas al Ejército belga. Los belgas declaraban que los soldados alemanes habían disparado los unos contra los otros en la oscuridad de la noche. Durante semanas y meses, incluso años, después de aquel incidente que conmovió al mundo entero, las investigaciones judiciales han estudiado el caso y las acusaciones alemanas han sido rebatidas por los belgas. Nunca se supo quién fue el primero en disparar, y, en todo caso, carece de importancia, teniendo en cuenta lo que siguió a continuación, pues los ale-

manes incendiaron Lovaina, no como castigo, sino como advertencia hacia todos los enemigos, una muestra del poder alemán ante todo el mundo.

El general Von Luttwitz, el nuevo gobernador de Bruselas, fue visitado al día siguiente en comisión oficial por los embajadores estadounidense y español, y les dijo: «Algo terrible ha ocurrido en Lovaina. El hijo del alcalde de la ciudad ha disparado contra nuestro general. La población ha disparado contra nuestras tropas». Hizo una pausa, fijó la mirada en sus visitantes y terminó: «Y ahora no nos queda otro remedio que destruir la ciudad»[13]. El señor Whitlock oyó tantas veces la historia de que el hijo, y algunas veces incluso la hija, de un alcalde, había disparado contra las tropas alemanas que llegó a la conclusión de que los belgas criaban una clase especial de hijos de alcaldes, al igual que los asesinos de Siria.

Ya había corrido el rumor de que Lovaina estaba en llamas. Los fugitivos relataban que una calle tras otra eran pasto de las llamas, de salvajes saqueos y de detenciones y fusilamientos. El 27 de agosto, Richard Harding Davis, estrella en la galaxia de los corresponsales norteamericanos que por aquellos días se encontraban en Bélgica, se trasladó a Lovaina en un tren militar. Los alemanes no le dejaron descender del tren, pero las llamas ya habían llegado al bulevar Tirlemont, frente a la estación de ferrocarril, y vio cómo las «columnas de humo y fuego» se elevaban hacia el cielo. Los soldados alemanes estaban ebrios y belicosos. Uno de ellos asomó la cabeza por la ventanilla del compartimiento en donde estaba confinado otro corresponsal, Amo Dosch, y gritó: «¡Tres ciudades arrasadas! ¡Tres! ¡Y seguirán muchas más!»[14].

El 28 de agosto, Hugh Gibson, primer secretario de la legación norteamericana, acompañado por sus colegas sueco y mexicano, fueron a Lovaina[15]. Las casas de paredes ennegrecidas ardían todavía, el empedrado estaba caliente y por todas partes

se veían ruinas, cadáveres de caballos y seres humanos. Un anciano, un ciudadano de luengas barbas, estaba inerte al sol en medio de la calle, al lado de muebles, botellas y ropas. Soldados alemanes del IX Cuerpo de la reserva, algunos borrachos, otros nerviosos y otros manchados de sangre, sacaban a los habitantes que aún se refugiaban en sus casas para que, tal como le explicaron a Gibson, la destrucción de la ciudad fuera absoluta. Iban de casa en casa, derribando las puertas, llevándose todo lo que encontraban de valor y luego prendiendo fuego a lo que quedaba. Un oficial que estaba al cuidado de una calle contemplaba el espectáculo con un cigarro en los labios. Estaba enfurecido contra los belgas y le gritó a Gibson: «Los barreremos, no quedará una piedra sobre otra. *Kein stein auf einander*! Se lo aseguro. Vamos a enseñarles a que respeten a Alemania. Durante generaciones, la gente vendrá a visitar este lugar para ver lo que hemos hecho nosotros». Éste era el sistema alemán de hacerse memorables.

En Bruselas, monseñor De Becker, rector de la universidad, cuyo rescate fue negociado por los norteamericanos, describió el incendio de la biblioteca. No quedó nada, todo fue reducido a cenizas. Cuando llegó a la palabra «*bibliothèque*», no tuvo fuerzas para pronunciarla. Se detuvo, lo intentó de nuevo, pronunció la primera sílaba, dejó caer la cabeza y estalló en sollozos[16].

La pérdida, objeto de una protesta pública a cargo del gobierno belga y comunicada oficialmente a la legación norteamericana, provocó un grito de indignación en el mundo entero. Los relatos de los fugitivos llenaban los periódicos extranjeros. Además de la universidad y de la biblioteca, «todos los edificios nobles», incluyendo el ayuntamiento y la iglesia de San Pedro, con sus retablos, habían sido destruidos. Fue más tarde cuando se comprobó que, aunque habían sufrido graves daños, el ayuntamiento y la iglesia de San Pedro todavía estaban en pie. «Los

alemanes han saqueado Lovaina, han sido fusilados mujeres y niños», rezaba el titular del *Tribune*, de Nueva York, y publicaba a toda plana el relato de Davis. «Berlín confirma el horror de Lovaina», publicando una declaración de Berlín, entregada a la embajada alemana en Washington, en la que se decía que, debido al «traidor» ataque por parte de la población belga, «Lovaina había sido castigada con la destrucción de la ciudad». Del mismo modo que el general Von Luttwitz, Berlín no quería que el mundo se equivocara sobre la naturaleza del acto de Lovaina. La destrucción de ciudades y la lucha contra la población civil conmovió al mundo del año 1914. Los editoriales ingleses comentaban: «La marcha de los hunos» y «Traición a la civilización». El incendio de la biblioteca, escribió el *Daily Chronicle*, significaba no sólo la lucha contra los elementos civiles, sino también «contra la posteridad». Incluso los periódicos holandeses, generalmente tan comedidos y prudentes, elevaban sus airadas protestas. Cualquiera que fuese la causa que originó el desastre, decía el *Courant*, de Rotterdam, «queda el hecho de la destrucción», un hecho «tan terrible que el mundo entero ha sido conmovido»[17].

La noticia apareció en la prensa extranjera el 20 de agosto, y el día 30 terminó la destrucción de Lovaina. Aquel mismo día un comunicado del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán afirmaba que la «entera responsabilidad de aquellos acontecimientos debía ser cargada en la cuenta del gobierno belga», y añadía «que las mujeres y los niños habían intervenido en la lucha y habían cegado a sus heridos»[18].

«¿Por qué los alemanes han hecho una cosa así?», se preguntaba la opinión pública mundial. «¿Sois descendientes de Goethe o de Atila, el huno?», preguntaba el escritor francés Romain Roland en una carta abierta dirigida a su antiguo amigo Gerhart Hauptmann, el león literario alemán. El rey Alberto comentó con el ministro francés que la causa de todo aquello

estribaba en el complejo de inferioridad y en los celos de los alemanes. «Son gente envidiosa, desequilibrada. Han incendiado la Biblioteca de Lovaina sencillamente porque era única y admirada universalmente, un gesto de los bárbaros contra el mundo civilizado»[19]. Válido en parte, este comentario no estaba de acuerdo con el uso deliberado del terror, tal como exigía el *Kriegsbrauch*: «La guerra no puede ser dirigida única y exclusivamente contra las tropas enemigas, sino que ha de pretender destruir todos los recursos materiales e intelectuales [*geistig*] del enemigo»[20]. Para el mundo, aquélla fue una acción propia de los bárbaros, una acción que los alemanes habían hecho para asustar al mundo, para inducirles a la sumisión, pero con lo que consiguieron todo lo contrario, pues todos se dieron cuenta ahora de que se enfrentaban con un enemigo con el que no cabía ninguna clase de negociación ni acuerdo.

Bélgica se convirtió, en muchos aspectos, en el «objetivo supremo» de la guerra. En Estados Unidos, cuenta un historiador al echar una mirada retrospectiva, Bélgica «precipitó» la reacción de la opinión pública y Lovaina fue el punto culminante. Matthias Erzberger, hijo del jefe de propaganda, descubrió que «Bélgica había levantado a todo el mundo contra Alemania»[21]. El argumento de que Alemania hacía la guerra por necesidades militares, confesó él mismo, era «insuficiente».

De poco le sirvió al káiser emprender la ofensiva diez días después del incendio de Lovaina en un telegrama dirigido al presidente Wilson, en el que decía: «Mi corazón sangra por los sufrimientos de los belgas, originados como resultado de una acción criminal y bárbara de los propios belgas»[22]. Su resistencia, explicaba, había sido «incitada abiertamente» y «organizada» por el gobierno belga, obligándole con ello a ordenar a sus generales que adoptaran las medidas más severas contra aquella población «ávida de sangre».

De poco les sirvió a noventa y tres profesores alemanes y otros intelectuales firmar un documento dirigido al «mundo civilizado», proclamando los efectos civilizadores de la cultura alemana y afirmando: «No es cierto que de un modo criminal hayamos violado la neutralidad belga, no es verdad que nuestras tropas hayan destruido brutalmente la ciudad de Lovaina». A pesar de que los firmantes fueran hombres mundialmente célebres (Harnack, Sudermann, Humperdinck, Roentgen, Hauptmann, Liszt), las cenizas de Lovaina proclamaban la verdad con voz fuerte y potente[23]. A finales de agosto, la opinión pública mundial se decía que se enfrentaba con un enemigo que había de ser derrotado, un régimen que debía ser destruido, una guerra en la que se había de luchar hasta el final. El 4 de septiembre, los gobiernos ruso, inglés y francés firmaron el Pacto de Londres, comprometiéndose «a no firmar una paz por separado durante la presente guerra».

Desde aquel momento, todo se complicó y endureció. Cuanto más insistían los aliados en derrotar el militarismo alemán y a los Hohenzollern, tanto más insistía Alemania en que nunca depondría las armas si no lograba la victoria final. En respuesta a la proposición del presidente Wilson de actuar como mediador, Bethmann-Hollweg declaró que el Pacto de Londres obligaba a Alemania a luchar hasta la última gota de sangre y que, por lo tanto, no podía aceptar ninguna base para una paz negociada. Los aliados adoptaron la misma actitud. Cuanto más profundamente se hundían los beligerantes en la guerra, y cuantas más vidas y bienes sacrificaban, más decididos estaban a salir airosos de la contienda para obtener un beneficio.

Las ventajas que Alemania confiaba conseguir con la victoria fueron expuestas durante los primeros treinta días de lucha en una memoria presentada al gobierno, el 2 de septiembre, por Matthias Erzberger. Jefe del Partido Católico del Centro y portavoz del Comité de Asuntos Militares, era la mano derecha del

canciller y un astuto oportunista que coincidía siempre con la opinión dominante en un momento dado, y combinaba energía e inteligencia con una flexibilidad política que no se había conocido en Europa desde los tiempos de Talleyrand. Se decía de él que «no tenía convicciones y sí sólo apetitos». El hombre que años después había de erigirse en el abogado de la petición de paz por Alemania e iba a ser ministro en la República de Weimar, aquellos días, sin embargo, se sentía impulsado a exponer los objetivos de guerra alemanes. Bethmann, que confiaba plenamente en él, sin duda se preguntaría de dónde sacaría aquellas brillantes ideas mientras que a él no se le ocurría ninguna[24].

Alemania, según Erzberger, iba a hacer uso de la victoria para controlar el continente europeo por los «tiempos de los tiempos». Todas las demandas en la mesa de la conferencia de la paz tendrían como base esta premisa, para la cual eran necesarias tres condiciones: abolición de los Estados neutrales en las fronteras alemanas, el fin de la «intolerable hegemonía» inglesa en los asuntos mundiales y la destrucción del coloso ruso. Erzberger preveía una Confederación de Estados Europeos análoga a lo que luego había de ser formado como Estados mandatarios de la Sociedad de Naciones. Algunos Estados serían «controlados» por Alemania; otros, como Polonia y el grupo de los Estados bálticos anexionados a Rusia, permanecerían bajo la soberanía de Alemania «hasta el fin de los tiempos,» con una posible representación, pero sin derecho de voto, en el Reichstag. Erzberger todavía no había llegado a ninguna conclusión con respecto a Bélgica, pero sí que Alemania conservaría el control militar sobre Boulogne y Calais. Alemania se apropiaría igualmente de las minas de Briey-Longwy, así como también de Belfort y la Alta Alsacia, lo que no había hecho en el año 1870. Se apoderaría también de las colonias francesas y belgas en África. No se hacía ninguna mención de las colonias inglesas, lo

que hace suponer que Erzberger confiaba en llegar a un acuerdo con Gran Bretaña. Como reparación de guerra, los Estados vencidos habrían de abonar, por lo menos, mil millones de marcos como gastos directos y el dinero necesario para sufragar las pensiones a los veteranos de guerra, regalos a los generales y estadistas, así como el pago de la deuda nacional alemana, liberando de esta forma al pueblo alemán de toda clase de impuestos durante los años venideros[25].

Redactados durante los días de conquista del mes de agosto, estos objetivos de guerra alemanes eran tan grandiosos que eliminaban ya toda posibilidad de negociación. En el bando aliado, en aquellos momentos el objetivo primordial de la guerra, tal como fue expuesto por el ministro de Asuntos Exteriores Sazonov a Paléologue durante una cena privada en San Petersburgo el 20 de agosto, era destruir el imperialismo alemán. Y estaban de acuerdo en que se trataba de una lucha a vida o muerte y que su meta sólo podía alcanzarse con una victoria total. Y el ministro zarista añadió que habían de efectuarse cambios políticos fundamentales para que el imperialismo alemán no resurgiera de sus cenizas. Debía ser restaurado el reino de Polonia, Bélgica debía ser engrandecida, Alsacia y Lorena habían de pertenecer de nuevo a Francia y Schleswig-Holstein, a Dinamarca, había de ser reconstruido el reino de Hannover, Bohemia separada de Austria-Hungría y todas las colonias alemanas cedidas a Francia, Bélgica e Inglaterra.

Éstos eran los objetivos de los estadistas profesionales. El pueblo, que no sabía diferenciar Schleswig-Holstein de Bohemia sabía, sin embargo, que el mundo entero estaba mezclado «en el acontecimiento humano más importante desde la Revolución francesa»[26]. Aunque se trataba de una catástrofe de proporciones ilimitadas, en el mes de agosto todavía existían «grandes esperanzas», esperanzas que luego se irían transformando en esperanza en el fin de la guerra, esperanza en una

nueva estructuración del mundo entero. El señor Britling, en la novela de Wells, a pesar de ser un personaje ficticio, aunque no por ello menos representativo, afirma que «será un gran paso hacia delante. Es el fin de cuarenta años de terrible suspense. Es crisis y solución». Veía una «tremenda oportunidad […] y podremos hacer un nuevo mapa del mundo. Este mundo es de un material maleable con el que los hombres pueden hacer lo que quieran. Éste es el fin y el comienzo de una nueva época […]».

18

AGUAS AZULES, BLOQUEO Y EL GRAN NEUTRAL[*]

El riesgo era el concepto más temido por el Almirantazgo británico en el año 1914. Su flota era la posesión más valiosa. No era, tal como había dicho Churchill de la Marina alemana en el año 1912, una «flota de lujo»[1], sino que era una necesidad vital en todo el sentido de la palabra «vital». El Imperio británico no podría sobrevivir a una derrota naval, ni siquiera perder su supremacía naval a causa de la pérdida de parte de sus navíos. Su tarea era enorme. Debía impedir la invasión de las islas británicas, escoltar el CEB al continente europeo y conducir a las islas las tropas procedentes de la India que iban a ser añadidas al Ejército regular, y, sobre todo, proteger el comercio con ultramar a través de todos los océanos del mundo.

La invasión había sido declarada «impracticable» por el Comité de Defensa Imperial[2], pero se temía una «interrupción de nuestro comercio y la destrucción de la marina mercante», según reconocimiento hecho por el Almirantazgo, presentándolo como el peor de todos los peligros. Dos terceras partes de los víveres ingleses eran importadas. Su vida dependía del comercio exterior que era transportado en barcos ingleses que representaban el 43 por 100 del tonelaje mercante mundial[3]. El temor a que los barcos alemanes rápidos pudieran ser transformados en navíos de guerra había preocupado mucho a los ingleses antes de la guerra. Se suponía que, por lo menos, cuarenta de estos barcos serían destinados a colaborar con los cruceros alemanes, que se dedicarían a combatir a la marina mercante inglesa por todos los mares. Las unidades de la flota inglesa habían de ser desperdigadas para proteger la ruta de Suez hacia

Persia, la India y el Lejano Oriente, hacia el cabo de Buena Esperanza en su vuelta alrededor de África, hacia el Atlántico Norte en su ruta hacia Estados Unidos y Canadá, la ruta del Caribe hacia las Indias Occidentales, y las rutas del Atlántico y del Pacífico Sur hacia Sudamérica y Australia.

«El principio de la lucha naval —declaró Fisher en el equivalente naval de una bula papal— es gozar de libertad para donde sea con todo lo que posea la Marina de guerra»[4]. Traducido a términos prácticos, esto quería decir que la Marina debía ser superior a todas las demás en cualquiera de los puntos donde pudiera enfrentarse con un enemigo. Debido a la vigilancia que debía ejercer por las rutas del mundo, la flota inglesa, a pesar de su superioridad, debía evitar una batalla con fuerzas iguales en aguas territoriales. La confianza popular estribaba en una gran batalla de los grandes navíos de guerra y sus escoltas, con lo cual la supremacía marítima sería decidida en una sola acción, como en el caso de la batalla ruso-japonesa en Tsushima. Gran Bretaña no podía correr el riesgo de exponerse y perder su supremacía naval en el curso de una sola batalla, pero el caso era muy diferente para la Marina de guerra alemana, que buscaba afanosamente esta ocasión. En la Alemania del año 1914, después de que el káiser hubiera proclamado que «el futuro de Alemania está en los mares»[5], habían proliferado ligas navales por todo el país recaudando dinero para la construcción de navíos de guerra a los gritos de: «¡El enemigo es Inglaterra! ¡La pérfida Albión! ¡El peligro británico! ¡El plan de ataque inglés para 1911!».

El miedo a lo desconocido, ayudado sin duda alguna por unas intenciones belicosas por parte del enemigo y, sobre todo, un miedo invencible a los invisibles submarinos, cuyo fatal potencial emergía con mayor fuerza a cada año que pasaba, hacía que los nervios de los ingleses estuvieran en constante tensión. El lugar más lejano a donde podía trasladarse el grueso de la

Gran Flota inglesa, casi el último extremo del territorio británico, una remota avanzadilla de las islas británicas, más septentrional incluso que el punto más septentrional de la tierra firme, Scapa Flow, un refugio natural en las islas Orcadas, era la base de la flota inglesa en tiempos de paz. A 59 grados de latitud frente a Noruega, Scapa Flow está situado en el mar del Norte, a 350 millas al norte de Heligoland, de donde partiría la Marina de guerra alemana, y a 550 millas al norte del cruce Portsmouth-El Havre, por donde pasaría el CEB. Estaba más lejos de la posible salida de la flota alemana de lo que lo estaban los alemanes de los transportes británicos, suponiendo que tuvieran la intención de atacarlos. Era una posición desde la cual la Gran Flota podía vigilar y proteger sus propias rutas mercantes y, al mismo tiempo, bloquear las alemanas en el mar del Norte y, con su sola presencia, embotellar a la flota alemana en sus puertos o forzarla a la acción si los abandonaba. Pero la construcción de esta base no había sido aún completada.

Todo aumento en el tonelaje de un navío de guerra requería unos muelles mayores, y el programa Dreadnought había sufrido las interferencias del gobierno liberal. Después de haberse dejado persuadir por el interés puesto por parte de Fisher y el entusiasmo de Churchill a adoptar este programa de construcciones, los liberales se vengaron de esta imposición no entregando los fondos para su realización. Como resultado de todo ello, en julio de 1914 Scapa Flow no estaba todavía provisto de diques secos o defensas.

La flota, que tan rápidamente había sido avisada por Churchill, llegó a su base el 1 de agosto, cuando el gobierno debatía aún sobre la necesidad de acudir a la guerra. Los días que siguieron a la declaración de la guerra fueron, según palabras del primer lord, un período de «extremada tensión psicológica»[6]. Mientras se acercaba el momento en que los barcos de transporte debían hacerse a la mar, se esperaba de un momento a

otro una acción por parte de los navíos de guerra contra las costas inglesas u otras tácticas de provocación. Churchill opinaba que «la gran batalla naval puede empezar de un momento a otro».

Su punto de vista era plenamente compartido por el almirante *sir* John Jellicoe, que, en su viaje en tren hacia Scapa Flow el 4 de agosto, abrió un telegrama «secreto» y descubrió que se le nombraba comandante en jefe de la Gran Flota[7]. El nombramiento no le sorprendió, pues había confiado en él desde hacía tiempo ni tampoco albergaba la menor duda sobre su capacidad para este cargo. Desde que ingresó en la Marina en el año 1872, cuando apenas había cumplido los doce años de edad, había estado acostumbrado a que le fuera reconocido su talento. En el servicio activo, y también en el Almirantazgo, se había ganado la admiración de lord Fisher, que eligió a Jellicoe «como Nelson […], para el momento en que se presentara el Armagedón»[8].

Había llegado el momento, y el candidato de Fisher estaba altamente preocupado por la falta de defensas en Scapa Flow. Puesto que no contaba con baterías de tierra ni tampoco con minas, estaba «abierta a los ataques de los submarinos y destructores enemigos»[9].

Jellicoe quedó altamente desconcertado cuando, en los mercantes alemanes capturados el 5 de agosto, se descubrieron palomas mensajeras que se suponía servían para informar a los submarinos alemanes. El miedo a las minas, que los alemanes confesaron haber sembrado sin tener en cuenta los límites que habían sido acordados para estas armas mortíferas, aumentó estos temores de los ingleses. Cuando uno de sus cruceros ligeros abordó y hundió un submarino alemán, el U-15, el 9 de agosto, se asustó más que se alegró y en el acto ordenó que todos los barcos importantes abandonaran aquella «zona infestada»[10]. En cierta ocasión, cuando los servidores de una batería

en Scapa Flow abrieron fuego contra un objeto móvil que ellos creían un periscopio, ordenó que toda la flota de combate se hiciera a la mar, donde permaneció durante toda la noche. Por dos veces la flota fue destinada a bases más seguras en Loch Swilly, en la costa norte de Irlanda, dejando el mar del Norte libre a los alemanes; en el caso de que los alemanes hubiesen lanzado una ofensiva naval en aquellos momentos, hubieran obtenido sorprendentes resultados.

Entre aquella tensión nerviosa y los saltos que recordaban a un caballo que oye el silbido de una serpiente, la Marina inglesa inició su tarea de imponer el bloqueo y, al mismo tiempo, patrullar por el mar del Norte, en una ininterrumpida vigilancia en busca del enemigo, por si éste osaba abandonar sus puertos. Con una potencia de batalla de veinticuatro Dreadnoughts y el conocimiento de que los alemanes tenían de dieciséis a diecinueve, los ingleses no contaban con un gran margen de superioridad, mientras que en la siguiente clase de navíos de guerra, disfrutaban de una «marcada superioridad sobre los ocho alemanes»[11].

Durante la semana en que se hicieron a la mar los transportes de tropas, Churchill previno a Jellicoe, el 8 de agosto, de que «los alemanes se sienten impulsados a la acción»[12]. La inactividad del enemigo aumentaba la tensión. El *Goeben* y el *Breslau* continuaban en el Mediterráneo, el Dresden y el Karlsruhe, en el Atlántico, y el Scharnhorst, el Gneisenau y el Emden, de la escuadra de Von Spee, en el Pacífico, en donde atacaban a los Barcos mercantes aliados, pero la flota de alta mar, silenciosa tras Heligoland, resultaba mucho más temible y siniestra.

«El extraordinario silencio y la inercia del enemigo pueden ser el preludio de acciones importantes […], pues cabe la posibilidad de un desembarco a gran escala en el curso de esta misma semana», señaló Churchill a los comandantes de la Marina el 12 de agosto[13]. Sugirió que la Gran Flota se acercara al «es-

cenario de la acción decisiva». Jellicoe, sin embargo, continuaba su lejana misión de patrulla en las aguas entre Escocia y Noruega, y sólo una vez, el 16 de agosto, cuando el transporte del CEB estaba en su momento culminante, se atrevió más abajo de la latitud 59. Hasta 137 transportes cruzaron el Canal de la Mancha entre el 14 y el 18 de agosto, y durante todo este tiempo el grueso de la Gran Flota, con sus flotillas de patrulla atentas a la menor señal de un torpedo, estuvieron escuchando atentamente las señales de radio que indicarían que la flota alemana se había hecho a la mar.

El gran almirante Von Tirpitz, el Fisher de Alemania, el padre, constructor y alma de la flota alemana, el «eterno Tirpitz», con su doble barba blanca como Neptuno, que a los sesenta y cinco años figuraba como ministro de Marina desde el año 1897 y llevaba mucho más tiempo en el cargo que cualquier otro ministro desde los tiempos de Bismarck, no debía conocer el plan de guerra para el cual había sido forjada su arma. El plan de guerra «me era mantenido oculto por el Estado Mayor naval»[14]. El 30 de julio, cuando le presentaron las órdenes de operaciones, descubrió el secreto: no existía ningún plan. La flota, cuya existencia había sido una de las causas de la guerra, no tenía señalado ningún papel activo para cuando estallaran las hostilidades.

Si el káiser se hubiese limitado a leer *The Golden Age*, el libro de Kenneth Grahame sobre la infancia inglesa en un mundo de fríos adultos, que guardaba en la mesilla de noche en su yate[15], es posible que no hubiera habido ninguna guerra mundial. Sin embargo, era un hombre ecléctico y leyó también un libro americano que apareció en 1890 con el mismo impacto que *El origen de las especies* y *El capital*. En *The Influence of Sea Power on History*, el almirante Mahan demostraba históricamente que todo el que controla las comunicaciones por mar controla su propio destino, que el dueño y señor de los mares es el dueño y se-

ñor de todas las situaciones[16]. Y en el acto una inmensa visión apareció ante los ojos del sensible Guillermo: Alemania había de ser una potencia mayor en los mares que en tierra. Empezó el programa de construcciones navales y, aunque no pudiera superar a Inglaterra de la noche a la mañana, la amenaza por parte de Alemania de que algún día pudiera conseguirlo se hacía más aguda a cada día que pasaba. Discutía la supremacía naval de Gran Bretaña y despertó la animosidad británica durante la guerra, posteriormente activó la principal arma de los ingleses contra Alemania: el bloqueo.

Como potencia de tierra, Alemania hubiera podido luchar contra cualquier posible combinación de las potencias continentales, y esto sin interrumpir sus suministros por mar, siempre que Gran Bretaña hubiese permanecido neutral. En este caso, Alemania hubiera sido más fuerte sin flota de guerra que contando con una gran marina de guerra.

Bismarck había sido enemigo de adulterar el equilibrio terrestre con una aventura naval que añadiría un enemigo por mar. Pero el káiser no le prestó la menor atención. Estaba hechizado por Mahan y se sentía dominado por sus amoríos y sus celos hacia Inglaterra, que alcanzaban su punto culminante durante las regatas en Cowes. Veía su flota como un cuchillo que rompía el bloqueo. Insistía alternativamente en que la hostilidad hacia Inglaterra era lo último que se le podía ocurrir y en que «una gran flota hará entrar en razón a los ingleses»[17]. En este último caso «se someterán a lo inevitable y entonces seremos los mejores amigos de este mundo». Inútilmente, sus embajadores en Londres le prevenían contra los peligros de esta política. En vano Haldane fue a Berlín y comunicó que Churchill había avisado que la flota era la Alsacia y Lorena de las relaciones anglo-germanas. Fueron rechazadas todas las proposiciones para establecer una justa proporción entre las dos flotas o suspender durante algún tiempo las construcciones navales.

Una vez lanzado el reto, Inglaterra no podía cruzarse de brazos. Eran más gastos. Debido a las nuevas construcciones, la Marina hubo de pedirle dinero y hombres —los suficientes para organizar dos cuerpos— al Ejército de Tierra. A no ser que se construyera para nada, debía cumplir con una de estas funciones estratégicas: o impedir el aumento de misiones enemigas contra su propio ejército o impedir el bloqueo. Tal como decía la Ley Naval del año 1900: «Un bloqueo naval […], aunque sólo durara un año, destruiría el comercio alemán y lo sumiría en el desastre»[18].

Mientras crecía en fuerza y eficacia, iba en aumento el número de hombres y oficiales, y los ingenieros alemanes perfeccionaban sus armas, y la resistencia de sus planchas de acero se transformaba, al mismo tiempo, en un arma que resultaba demasiado valiosa para perderla. Aunque barco por barco podían compararse con los ingleses e incluso eran superiores en sus armas, el káiser, que no contaba con la tradición de un Nelson o un Drake, no creía que los alemanes pudieran con los ingleses. No podía concebir que sus «favoritos», como Bülow llamaba a sus navíos de guerra[19], fueran puestos bajo el fuego enemigo, cubiertos de sangre o hundidos. Tirpitz, que había sido ennoblecido con el «von», pero que opinaba que una Marina de guerra debía lanzarse a la lucha, empezó a sobresalir como un evidente peligro, casi tan peligroso como un enemigo, y gradualmente fue ignorado. Ya nadie prestaba la menor atención a su voz que se parecía a la de un niño o un eunuco[20]. A pesar de que continuaba siendo el jefe administrativo, la política naval era dirigida, a las órdenes directas del káiser, por un grupo compuesto por el jefe del Estado Mayor naval, el almirante Von Pohl, el jefe del Gabinete naval del káiser, el almirante Von Müller y su comandante en jefe de la Marina de guerra, el almirante Von Ingenohl. Pohl, aunque era partidario de una estrategia de combate, era una nulidad, uno de los personajes más oscuros

en la Alemania de los Hohenzollern, un hombre que ni tan sólo figura en la enciclopedia de los chismorreos de Bülow. Müller era un pedante y un sicofanta que decoraba la corte de los consejeros imperiales. Ingenohl era un oficial partidario «de una defensiva en las operaciones». «No necesito ningún jefe —alardeó el káiser— eso lo hago yo mismo»[21].

Cuando llegó el momento del cerco, el instante que durante todo su reinado tanto le había atemorizado, el momento en que el difunto Eduardo se le antojó al káiser «más fuerte que yo vivo», las instrucciones del káiser decían: «Por la presente ordeno una actitud defensiva de la flota de alta mar»[22]. La estrategia señalada para aquella arma tan cortante que ahora tenía en sus manos, había de ser permanecer en una posición fortificada inexpugnable, actuar como un peligro potencial constante, obligando al enemigo a permanecer en guardia contra una posible salida y de esta forma mantener inactiva parte de las fuerzas navales enemigas. Un papel bien organizado para una flota inferior y que fue aprobado por Mahan.

Pero incluso el káiser no hubiera podido imponer esta política sin unas buenas razones y un firme apoyo. Contaba con ambos. Muchos alemanes, particularmente Bethmann y el grupo de civiles más cosmopolitas, no lograban convencerse a sí mismos al principio de que Inglaterra fuera un enemigo realmente serio. Acariciaban el deseo de poder concertar una paz por separado, sobre todo después de haber sido derrotada Francia. Erzberger, prudentemente, no hizo la menor alusión a las colonias inglesas en su plan. La familia materna del káiser, las esposas inglesas de los príncipes alemanes, los antiguos lazos teutónicos creaban una especie de parentesco. Luchar y verter sangre entre ellos haría imposible llegar a un entendimiento entre Alemania e Inglaterra. Verter la sangre de los soldados del CEB no era considerado como una acción grave. Además, se confiaba en mantener intacta la Marina de guerra alemana como fac-

tor de negociación con los ingleses y para hacerla entrar en razón, una teoría que era ardientemente defendida por Bethmann y que el káiser hizo suya.

En el mes de agosto el enemigo original no era Inglaterra, sino Rusia, y la principal misión de la Marina era controlar el Báltico, por lo menos para aquellos que deseaban aplazar, lo máximo posible, toda confrontación con Inglaterra. Decían que la Marina debía ser destinada a evitar la interferencia rusa contra el comercio marítimo alemán desde los países escandinavos y los posibles ataques rusos a las costas alemanas. Una acción de la Marina contra Inglaterra, alegaban, debilitaría de tal modo a la Marina de guerra alemana que ésta perdería el control sobre el Báltico, con lo que se permitiría un desembarco ruso y una derrota por tierra.

Siempre se encuentran argumentos a la política que se desea imponer. Pero, primordialmente, lo que impedía la acción de la Marina en el mes de agosto era la confianza en una victoria decisiva del Ejército de Tierra y la creencia general de que la guerra no duraría tanto tiempo como para llegar a albergar serios temores sobre un posible bloqueo. Tirpitz, «con un justo y exacto presentimiento», ya el 29 de julio, el mismo día en que Churchill movilizaba la Marina inglesa, había solicitado del káiser que colocara la Marina de guerra alemana en manos de un solo hombre. Dado que era de la opinión que «tengo yo más en mi dedo meñique que Pohl en toda su anatomía», expresión que no le confió al káiser sino a su esposa, lo único que podía sugerir era que él era el hombre indicado. Su proposición fue rechazada. A pesar de sus intenciones de presentar la dimisión, se abstuvo de hacerlo, «puesto que el káiser no la hubiese aceptado». En Coblenza, junto con los restantes ministros, había de padecer bajo la triunfante aureola del OHL: «El Ejército lograba todos los triunfos, la Marina ninguno. Mi posición era terri-

ble después de veinte años de continuados esfuerzos. Pero nadie lo comprendía»[23].

Su flota de combate, con sus diecinueve Dreadnoughts, doce acorazados de combate antiguos, once cruceros de batalla, otros diecisiete cruceros, ciento cuarenta destructores y veintisiete submarinos, estaba retenida en los puertos o en el Báltico, mientras que la acción ofensiva contra Inglaterra quedaba limitada a un ataque a cargo de submarinos durante la primera semana y a la colocación de minas. También se retiró de los mares la marina mercante. El 31 de julio el gobierno alemán ordenó a las compañías navieras que cancelaran todos sus compromisos. A finales del mes de agosto, 670 buques mercantes alemanes que sumaban un total de 2 750 000 toneladas, o sea, más de la mitad del tonelaje alemán, estaban anclados en puertos neutrales, y el resto, con la excepción de aquellos que navegaban por el Báltico, en puertos alemanes. Sólo cinco, entre cuarenta grandes buques, habían sido armados, y el Almirantazgo inglés, dominado por una intensa sorpresa, informó el 14 de agosto: «El paso por el Atlántico es seguro[24]. El comercio inglés sigue normal». Con la excepción del Emden y del Königsberg en el océano índico y de la escuadra de Von Spee en el Pacífico, la Marina de guerra alemana y los buques mercantes alemanes se habían retirado de la superficie de los mares antes de que acabara el mes de agosto.

Había comenzado otra batalla entre Gran Bretaña y Estados Unidos. Los viejos objetivos que habían sido la causa de la guerra del año 1812, las viejas consignas —libertad de los mares—, el antiguo e inevitable conflicto entre los derechos de comercio de los neutrales y los derechos de los beligerantes a restringirlo volvían a surgir con toda su potencia. En 1908, como continuación de la Segunda Conferencia de La Haya, se había realizado un intento para codificar las reglas, por medio de una conferencia de todas las naciones que luego serían beligerantes en

1914, además de Estados Unidos, Holanda, Italia y España. Gran Bretaña, la potencia mercante más grande, era la nación que invitaba y *sir* Edward Grey, el espíritu impulsor, aunque no era delegado. A pesar de la vigorosa presencia del almirante Mahan como jefe de la delegación norteamericana, la declaración de Londres favorecía los derechos de los neutrales frente a los derechos de los beligerantes al bloqueo. Incluso Mahan, el Clausewitz naval, el Schlieffen del mar, no consiguió nada ante las finas argumentaciones de la parte británica. Todo el mundo estaba a favor de los neutrales y del comercio, y las objeciones de Mahan fueron anuladas por los elementos civiles.

Las mercancías fueron divididas en tres categorías: contrabando absoluto, que comprendía los artículos para usos militares; contrabando condicionado o artículos para uso militar o civil; y una tercera categoría que incluía los productos alimenticios. Sólo las primeras podían ser apresadas por un beligerante que había declarado un bloqueo, las segundas sólo cuando se establecía de un modo concreto que iban a parar a manos del enemigo y los terceros, en ningún caso. Pero después de haber sido firmada la declaración y haber regresado los delegados a sus países, otros intereses británicos alzaban la cabeza… el poder naval. De nuevo Mahan izó su bandera en el palo mayor. Sus discípulos clamaron horrorizados ante la traición de la supremacía marítima, la garantía británica de la supervivencia. ¿De qué servía, se preguntaban, negar el uso de los mares al enemigo si los neutrales podían suministrarles todo lo que les hiciera falta? Convirtieron la declaración de Londres en una *cause célèbre* y organizaron una campaña contra ella: anularía la flota inglesa; era una trampa alemana; Balfour se oponía a ella. A pesar de que la declaración había sido aprobada por la Cámara de los Comunes, los Lores la sometieron a votación, tal vez en el acto más enérgico de los últimos veinte años, y la declaración fue derrotada. El gobierno se contentó con no tener que

insistir sobre el asunto y la declaración de Londres jamás fue ratificada[25].

Mientras tanto, las nuevas realidades del poder naval hacían que la política tradicional inglesa de bloqueo de los puertos enemigos resultara anticuada. Hasta entonces el Almirantazgo había previsto, en el caso de una guerra contra una potencia continental, proceder a un estrecho bloqueo con flotillas de destructores apoyados por cruceros y, en caso necesario, por los acorazados. El desarrollo de los submarinos y de las minas, así como el mayor alcance de los cañones, hacía ahora necesario un bloqueo a distancia. Adoptado por el Almirantazgo en 1912, sumió el problema en una nueva confusión. Cuando un barco intenta romper un bloqueo estrecho, el puerto hacia el que pone rumbo y su lugar de destino no ofrecen ninguna duda. Pero cuando los barcos son interceptados a muchas millas del mar del Norte, la legalidad de la detención debe quedar demostrada por la naturaleza del cargamento.

Cuando estalló la guerra, la declaración de Londres continuaba siendo el acuerdo colectivo de las naciones sobre este asunto, y el 6 de agosto, el segundo día de guerra, Estados Unidos exigió formalmente que los beligerantes se adhirieran a la misma. Alemania y Austria dieron inmediatamente su consentimiento, siempre que el enemigo también lo hiciera. Gran Bretaña, como portavoz naval en nombre de los aliados, dio una respuesta afirmativa que, al reservarse ciertos derechos «esenciales para la eficiente dirección de sus operaciones navales», no decía nada en concreto[26]. Todavía no había establecido una política concreta en relación con la cuestión del contrabando, pero creía que los acuerdos de Londres adolecían de ciertos defectos. Un informe del Comité de Defensa ya había propuesto, en 1911-1912, que fuera considerado contrabando el destino de mercancías y no los barcos en sí. El comité abogó por que la doctrina de la continuación del viaje fuera «aplicada severa-

mente», es decir, por continuación del viaje se entendía el último destino de las mercancías que eran transportadas[27].

Una de aquellas frases de misterioso poder que aparecen y desaparecen en la historia, «continuación del viaje», era un concepto inventado por los ingleses en el curso de una guerra en el siglo XVIII contra Francia. Significaba que el último, no el destino inicial de las mercancías, era el factor determinante, ya que podía darse el caso de que ciertas mercancías fueran desembarcadas en puertos neutrales y conducidas por tierra hasta un país beligerante, lo que anulaba todo bloqueo. El Ministerio de la Guerra había sido informado de que algunos envíos de víveres, que habían sido embarcados por buques neutrales con destino a Holanda, continuaban luego el viaje para suministrar al ejército alemán en Bélgica. El 20 de agosto el gobierno inglés declaró que, desde aquel momento, Gran Bretaña consideraría contrabando condicional todas aquellas mercancías consignadas a un enemigo o «agente de un enemigo», así como si su último destino era hostil. Las pruebas del destino se basarían en adelante no en los documentos de consignación, sino en «pruebas fehacientes»[28].

El efecto principal de la doctrina de la continuación del viaje, confesó el embajador británico en Washington, *sir* Cecil Spring-Rice, era poder declarar contrabando absoluto a todas las mercancías[29].

La inmensa secuela de consecuencias, las grandes dificultades para poner en práctica esa decisión, para proceder a la detención y examen de los barcos y la radiografía de los cargamentos, las complejidades legales que se planteaba el recurso a la guerra submarina por parte de Alemania de un modo ilimitado y los efectos que tuvieron estos ataques sobre Estados Unidos, no los consideraron entonces los autores de la orden. Cuando decidió divorciarse de Catalina de Aragón, Enrique VIII no pensaba en la Reforma. Cuando los ministros se

sentaron alrededor de la mesa de conferencias, el 20 de agosto, lo único que les interesaba era detener el suministro desde Rotterdam al Ejército alemán en Bélgica. La decisión del gobierno fue sometida a la aprobación de las autoridades militares y, después de breves discusiones, fue aprobada. La única referencia de Asquith sobre este tema la encontramos en su diario: «Reunión muy larga del Gabinete; discusiones sobre problemas de carbón y contrabando»[30].

El primer ministro no era el único a quien estos temas, al parecer, no interesaban. Cuando un oficial alemán, previendo una guerra de larga duración, presentó a Moltke una memoria en la que exponía la conveniencia de crear un Estado Mayor económico, Moltke replicó: «No me molesto con problemas económicos, tengo mucho trabajo en dirigir la guerra»[31].

Por curiosa coincidencia, la decisión del Gabinete, que reavivaba un problema que ya se había planteado durante la guerra del año 1812, fue firmada exactamente en el centenario del incendio de Washington por los ingleses. Afortunadamente esta coincidencia fue ignorada por el público norteamericano, así como la propia decisión del gobierno, que estaba completamente absorto en los titulares de los periódicos que hablaban de la caída de Bruselas, del káiser y del zar, de las flotas, de los cosacos, de mariscales de campo, de dirigibles, de los frentes occidental y oriental. El gobierno de Estados Unidos, sin embargo, estaba atónito. El preámbulo inglés a la decisión, en el que se afirmaba su lealtad a la declaración de Londres antes de exponer de un modo delicado ciertas excepciones, no engañó a Robert Lansing, consejero en el Departamento de Estado. Redactó inmediatamente una firme e inmediata protesta que provocó un duelo que se alargó durante meses y años en cartas y respuestas, en memorias y precedentes, en entrevistas entre embajadores y en gran cantidad de documentos.

Para el *Daily Chronicle*, de Londres, del 27 de agosto, parecía existir «un peligro muy real» en discutir con Estados Unidos sobre cuestiones de contrabando y de derecho de registro, el hecho al que, al parecer, Estados Unidos se oponía vivamente. Éste era un problema que se le había presentado a *sir* Edward Grey y que requería un estudio a fondo. En un principio, cuando todo el mundo confiaba en que la guerra durase poco tiempo y lo único que realmente importaba era que fuera lo más corta posible, no había nada que hiciera sospechar que pudieran surgir conflictos con Estados Unidos, dado que no habría tiempo para que éstos se presentaran. Después de Mons y Charleroi saltó el temor a la larga duración, mientras los cadáveres cubrían los campos de batalla. En una guerra de larga duración tendrían que confiar en Estados Unidos para el suministro de productos alimenticios, armas y dinero (nadie pensaba todavía en soldados) y aislar y bloquear a Alemania de todos esos suministros. Reforzar el bloqueo sobre el enemigo y mantener, al mismo tiempo, inmejorables relaciones con los países neutrales y, sobre todo, con el Gran Neutral se convirtió en una necesidad indispensable… e incompatible[32]. Como toda traba al comercio de los neutrales con Alemania despertaba las más airadas protestas en el Departamento de Estado, que clamaba a favor de la libertad de los mares, era evidente que Gran Bretaña habría de decidir, en última instancia, cuál de estos dos objetos era más importante para ella. Momentáneamente, con la peculiar aversión inglesa por todo lo absoluto, *sir* Edward Grey debía de seguir su camino de incidente en incidente, evitando cuidadosamente todos los escollos y no permitiendo, en ningún momento, que las discusiones derivaran hacia aquella encrucijada en la que se vería obligado a adoptar una decisión definitiva. Su objetivo era: «Asegurar el bloqueo más firme sin provocar una ruptura con Estados Unidos».

Se enfrentaba con un formidable oponente que era un hombre de principios. Aferrándose, de un modo rígido y puritano, a la neutralidad, Woodrow Wilson se sentía impulsado a una actitud neutral, debido, en primera instancia, al papel de neutral que ya había concebido desde un principio. Había sido elegido después de prometer que combatiría los «intereses» de los diplomáticos del dólar que se escondían tras la protectora sombra del señor Taft, instaurando una Nueva Libertad en los asuntos nacionales y de América Latina. Sabiendo perfectamente que toda guerra ocasiona ciertas reformas, tenía el mayor interés en mantener a su país alejado del conflicto para que éste no pudiera interferir con su programa. Pero además de ésta le animaba otra razón mucho más importante. Veía en la guerra una oportunidad para escalar un papel preponderante en el escenario mundial. Durante los primeros días de la guerra, el 3 de agosto, en una conferencia de prensa dijo que deseaba expresar con orgullo el sentimiento de que América «estaba preparada para ayudar al resto del mundo»[33], y que él creía que «podía alcanzar una gloria permanente procediendo en este sentido». Incluso antes de que los cañones comenzaran a disparar ya había pensado el papel que deseaba que desempeñara Estados Unidos, un papel con el que se identificaría él mismo, al que fue aferrándose con mayor fuerza mientras el martillo de los acontecimientos le obligaba a aflojar la tenaza, el papel que él nunca, ni siquiera cuando se vio arrastrado por los acontecimientos, logró expulsar de lo más íntimo de su corazón.

Para Wilson la neutralidad era algo opuesto al aislacionismo. Deseaba no verse envuelto en el conflicto con el fin de desempeñar un papel más importante, aunque no menor, en los asuntos mundiales. Deseaba aquella «gloria grande y permanente» para su propia persona, así como también para su país, y tenía el convencimiento de que sólo podría ganarla si se mantenía alejado del conflicto y actuaba como árbitro imparcial. El 18 de

agosto, en su famosa declaración, invitó a sus conciudadanos a ser «neutrales tanto de hecho como de nombre, imparciales tanto en el pensamiento como en la acción»[34], y explicó que la última finalidad de la neutralidad era permitir a Estados Unidos «hablar en nombre de la paz» y «desempeñar el papel de un mediador imparcial». En el conflicto europeo confiaba en ejercer el deber de «juez moral», tal como afirmó en una declaración posterior. Deseaba «servir a la humanidad» imponiendo la fuerza, es decir, la fuerza moral del Nuevo Mundo, para salvar al Viejo Mundo de sus locuras mediante la aplicación de «las leyes de la justicia y de la humanidad», para conseguir la paz gracias a la mediación de la bandera, que «no era sólo la de Estados Unidos, sino la de la humanidad entera».

Una vez que la Marina británica hubo logrado el control efectivo del Atlántico a finales del mes de agosto, el duelo con Estados Unidos, en relación con los problemas de contrabando, aunque grave, prolongado y amargo, fue un duelo que se libró entre las bombas. Para Wilson la libertad de los mares nunca fue un problema de primerísima importancia, y ello a pesar de que, cuando la cuestión se agudizó, se mostró altamente preocupado ante la perspectiva de que pudiera ser el segundo presidente de Princeton, después de Madison, que llevara a su país a la guerra, no tenía ningún deseo de que se repitiera lo ocurrido en el año 1812. Sea como fuere, el incremento del comercio con los aliados, que compensaba sobradamente el comercio que se había perdido con los alemanes, suavizaba enormemente las discusiones. Mientras las mercancías fueran adquiridas, Estados Unidos, de un modo gradual, fue adaptándose a la decisión que había tomado el gobierno inglés en su sesión del día 20 de agosto.

A partir de aquel momento, aunque eran los ingleses los que controlaban los mares, el comercio americano era dirigido, de un modo más o menos directo, hacia los aliados. El comercio

con las potencias centrales descendió de ciento sesenta y nueve millones de dólares en 1914 a un millón en 1916, mientras que, durante el mismo período, el comercio con los aliados subió de ochocientos veinticuatro millones de dólares a tres mil millones de dólares[35]. Para corresponder a la demanda, los comerciantes e industriales americanos producían los productos que deseaban los aliados. Con el fin de que los aliados pudieran hacer frente a los gastos, tuvieron que habilitarse créditos especiales. En realidad, Estados Unidos se convirtió en el almacén, el arsenal y el banco de los aliados y adquirió un interés directo en la victoria aliada, que había de causar confusión entre los genios económicos de la posguerra durante mucho tiempo[36].

Los lazos económicos se desarrollan en donde existe, desde hace ya mucho tiempo, un estrecho lazo cultural, y en estos casos los intereses económicos son los intereses naturales. El comercio norteamericano con Inglaterra y Francia había sido siempre mayor que con Alemania y Austria, y las consecuencias del bloqueo habían de consolidar una condición ya existente, en lugar de crear una artificial. El comercio no se sujeta, única y exclusivamente, a una bandera nacional, sino que tiene muy en cuenta las simpatías naturales.

«Un gobierno puede ser neutral —declaró Walter Hines Page, el embajador estadounidense en Londres— pero los hombres no pueden serlo»[37]. Era un hombre partidario de los aliados en cuerpo y alma; además, desdeñaba la neutralidad y mandaba cartas vehementes y muy persuasivas a Wilson. Aun cuando la plena identificación de Page con los aliados provocó que el presidente le volviera la espalda al hombre que había sido uno de los que más le habían apoyado en su carrera, incluso el propio Wilson no podía, de pensamiento, ser tan neutral como él deseaba que lo fueran sus compatriotas. Cuando Grey le mandó una carta de condolencia con ocasión de la muerte de la señora Wilson, que falleció el 6 de agosto, Wilson, que admira-

ba a Grey y sentía una simpatía especial por él a causa del hecho de que también el inglés había perdido a su esposa, le contestó: «Confío en que siempre me considerará usted su amigo. Sé que estamos unidos por los mismos principios y propósitos»[38]. No había nadie en el gobierno alemán al que le pudiera decir lo mismo.

Los conocimientos de Wilson y su filosofía política, al igual que la de la mayoría de la gente de influencia en la vida norteamericana, se basaba en la tradición inglesa y en la Revolución francesa. Trataba de contenerlas a causa de su ambición de benefactor de la paz del mundo. Durante dos años luchó, empleando todos los medios de persuasión, para que los beligerantes hicieran una paz negociada, una «paz sin victoria». La neutralidad, a la que dedicaba todos sus esfuerzos, era favorecida igualmente por los irlandeses, o, mejor dicho, por lo que podríamos llamar un sentimiento anti-Jorge y por el vociferante grupo progermano, desde el profesor Münsterberg, de Harvard, hasta las cervecerías de Milwaukee. Y hubiera podido prevalecer a no ser por un factor ante el que Wilson se consideró impotente y que fundamentó y consolidó los sentimientos americanos en favor de los aliados… no a causa de la Marina inglesa, sino de las locuras que cometió Alemania.

El 4 de agosto, el presidente, al escribir a un amigo, expresó su «condena» por el conflicto al otro lado del mar y no estableció ninguna diferencia entre los beligerantes[39]. El 30 de agosto, después de un mes de guerra en Bélgica, el coronel House recuerda que el presidente «lamentó profundamente la destrucción de Lovaina […] y llegó más lejos incluso que yo mismo al condenar a Alemania por esta guerra, y acusó no sólo a los dirigentes, sino a todo el pueblo alemán […]. Expresó su opinión de que en el caso de que Alemania ganara la guerra, cambiaría el curso de nuestra civilización y Estados Unidos se convertiría en un país militarista»[40]. Pocos días después Spring-Rice in-

forma de que Wilson le dijo, en un tono muy solemne, «que si los alemanes ganan en el presente conflicto, Estados Unidos habrá de renunciar a sus ideales y dedicar todos sus esfuerzos a la defensa, lo que entrañará el fin del actual sistema de gobierno»[41].

A pesar de estos puntos de vista, Wilson se aferraba a la neutralidad, una neutralidad estrictamente legal. Nunca consideró las posibilidades de una victoria aliada como una amenaza contra los principios sobre los cuales se fundamentaba Estados Unidos, mientras que las perspectivas de una victoria alemana, sobre todo después de lo ocurrido en Bélgica, indicaban todo lo contrario. Si Wilson, que de todos sus compatriotas era el que más abogaba por la neutralidad, cambió tan radicalmente de opinión después de la actitud de los alemanes en Lovaina, ¿qué se va a decir entonces del hombre de la calle? Los sentimientos por lo ocurrido en Lovaina apartaron a un lado el resentimiento por la forma en que Gran Bretaña ejercía su bloqueo. Cada vez que el registro de un barco por parte de los ingleses despertaba las iras de los norteamericanos, los ingleses esgrimían alguna nefasta acción cometida por los alemanes. En el mes de agosto, cuando la protesta de Lansing ante la decisión del gobierno inglés parecía encauzar toda la cuestión por unos derroteros muy delicados, los dirigibles alemanes bombardearon, el 25 de agosto, la zona residencial de Amberes, matando a civiles y destruyendo los barrios cercanos al palacio en donde se acababa de alojar la reina de los belgas con sus hijos.

En un momento de dolorosa premonición, Wilson le confió lo siguiente a su cuñado, el doctor Axon, poco después del fallecimiento de la señora Wilson, el 12 de agosto: «Temo que ocurrirá algo en alta mar que hará completamente imposible para nosotros no intervenir en el conflicto». No fue lo que ocurrió, sino precisamente lo que no ocurrió en alta mar, lo que se convirtió en el factor decisivo. Cuando Sherlock Holmes llamó

la atención del inspector Gregory sobre «el curioso incidente del perro durante la noche», el sorprendido inspector replicó: «El perro no ha hecho nada durante la noche». «Éste es el curioso incidente», observó Holmes[42].

La Marina alemana era el perro en la noche. No luchó. Amarrada por la teoría imperial y por la creencia alemana en una rápida victoria por tierra, no le fue permitido correr el riesgo para el cual había sido construida: mantener abiertas las rutas del comercio para Alemania. A pesar de que la industria alemana dependía de la importación de materias primas, y la agricultura alemana, de la importación de abonos, la Marina de guerra alemana no hizo el menor intento para proteger las fuentes de suministro. La única batalla que libró en el mes de agosto sirvió, únicamente, para confirmar el temor del káiser a exponer a sus «favoritos».

Fue la Batalla de Heligoland el 28 de agosto. En un súbito reto, destinado a distraer la atención de los alemanes del desembarco en Ostende, las flotillas de submarinos y de destructores de la flota inglesa del Canal de la Mancha, apoyadas por cruceros de combate, pusieron rumbo a la cala de la base de la flota alemana. Cogidos por sorpresa, los cruceros ligeros alemanes recibieron la orden de hacerse a la mar sin contar con el apoyo de los grandes navíos de guerra. «Con todo el entusiasmo del primer combate», dijo Von Tirpitz, avanzaron sin objetivo fijo entre la niebla y la confusión[43]. En una serie de combates que duraron todo el día, los ingleses se confundieron unos con otros y se salvaron, única y exclusivamente, por lo que Churchill llamó luego, de un modo muy delicado, «pura suerte»[44]. Los alemanes, que habían ordenado a sus barcos que se hicieran a la mar, estaban en evidente inferioridad y fueron atacados y vencidos. Tres cruceros ligeros alemanes, el Köln, el Mainz y el Ariadne, fueron hundidos, otros dos, gravemente averiados y más de seis mil hombres, entre ellos un almirante y un como-

doro, resultaron muertos o ahogados, y más de doscientos, entre los que figuraba Wolf Tirpitz, hijo del gran almirante, fueron hechos prisioneros. Los ingleses no perdieron un solo barco y sólo sufrieron sesenta y cinco bajas.

Horrorizado por estas pérdidas, que además confirmaban sus temores de lucha con los ingleses, el káiser dio órdenes de que no volvieran a correr un solo riesgo: «Ha de evitarse la pérdida de un solo barco». La iniciativa del comandante de la flota del mar del Norte fue limitada aún más y no se ordenaría ningún movimiento de importancia sin la expresa autorización de Su Majestad[45].

Desde aquel momento, mientras la flota inglesa montaba el bloqueo, la Marina de guerra alemana permanecía inactiva. Luchando contra las cadenas que le ataban, el desgraciado Tirpitz escribió a mediados de septiembre: «Nuestra mejor oportunidad para una batalla con éxito la tuvimos las dos o tres primeras semanas después de la declaración de la guerra»; un triste reconocimiento. «En el futuro, nuestras posibilidades serán menores». Y la Marina de guerra inglesa, cada vez más potente y segura, ejercía una gran presión sobre los neutrales, una presión mayor cada día que pasaba, anulando por completo el comercio marítimo alemán e imponiendo un bloqueo muy firme[46].

En un desesperado esfuerzo, Alemania recurrió a la guerra submarina. A falta de una flota de superficie, los submarinos cumplieron aquellas funciones en alta mar que Wilson había previsto sobriamente durante los primeros días de guerra en el mes de agosto.

19

LA RETIRADA

Como una guadaña en movimiento, los cinco ejércitos alemanes del ala derecha y del centro avanzaban hacia Francia desde Bélgica, después de la Batalla de las Fronteras. Un millón de alemanes formaban las fuerzas de invasión, cuyas columnas más avanzadas, disparando e incendiando, penetraron en territorio francés el 24 de agosto. No consiguieron romper el frente de Lorena, en donde los dos ejércitos del ala izquierda a las órdenes del príncipe Rupprecht continuaban luchando en una prolongada batalla contra la furiosa resistencia de los ejércitos de Castelnau y de Dubail.

A lo largo de las anchas y blancas carreteras del norte de Francia, en un frente de setenta y cinco millas, el ala derecha alemana estaba marchando sobre París, con el ejército de Von Kluck en el extremo derecho tratando de envolver el frente aliado. El problema inmediato de Joffre era detener la retirada de sus propios ejércitos, mientras que, al mismo tiempo, había de destinar sus tropas a la izquierda, para crear una fuerza lo suficientemente potente para rechazar el movimiento de envolvimiento del enemigo y estar en condiciones de «reanudar la ofensiva». Después de la catástrofe, «reanudar la ofensiva» era la consigna que dominaba todos los pensamientos en el GQG. A las veinticuatro horas de la debacle, sin tomarse el tiempo necesario para estudiar el fracaso de los ejércitos franceses o de pensar en una nueva estrategia, Joffre, el 25 de agosto, dictó una nueva orden general, la segunda de la guerra. Proponía crear, en la ruta del ala derecha alemana, un Sexto Ejército, compuesto de fuerzas que pensaba retirar del frente de

Lorena, que no había sido roto por el enemigo. Transportado en ferrocarril hasta Amiens, a la izquierda de los ingleses, podría, conjuntamente con el CEB, el Cuarto y el Quinto Ejércitos franceses, formar el núcleo que debía reanudar la ofensiva. Mientras se estaba organizando el Sexto Ejército, los tres ejércitos franceses que se retiraban habían de intentar mantener un frente continuo y «detener, o al menos retrasar, el avance enemigo a base de cortos y violentos contraataques» dirigidos desde la retaguardia. Tal como decía la Orden General número 2, Joffre confiaba en que el Sexto Ejército estaría en posición y listo para unirse a la nueva ofensiva, el día 2 de septiembre, el Día de Sedán[1].

Esta fecha brillaba igualmente a los ojos de los alemanes, que confiaban completar aquel día el objetivo de Schlieffen: el envolvimiento y la destrucción total de los ejércitos franceses frente a París. En el curso de los doce días siguientes, el nombre de Sedán vibraba en la mente de los dos antagonistas. Doce días durante los cuales la historia del mundo osciló entre dos caminos y los alemanes se acercaron de tal modo a la victoria que alargaron la mano y la acariciaron entre el Aisne y el Marne.

«Luchad en la retirada, luchad en la retirada» fue la orden que durante aquellos días recibieron todos los regimientos franceses. La necesidad de demorar el avance enemigo y ganar tiempo para reagruparse y restablecer un sólido frente daba una urgencia a la lucha que no se había observado durante un solo momento en el curso de la ofensiva. Exigía unas acciones de retaguardia que eran casi suicidas, mientras que la necesidad alemana de no permitir que los franceses pudieran reorganizarse les empujaba con la misma intensidad hacia delante.

En su retirada, los franceses lucharon con habilidad y capacidad, demostrando una instrucción y un espíritu que no siempre había estado presente durante el curso de las batallas iniciales en Bélgica. Ya no luchaban en una vasta ofensiva, un tanto

vaga y mal interpretada en misteriosos bosques y tierras enemigas y desconocidas, sino que ahora luchaban en su propio suelo patrio, ahora defendían Francia. La región por la que pasaban les era familiar; los habitantes eran franceses, los campos, los graneros y las calles de los pueblos eran los propios y luchaban ahora tal como lo estaban haciendo el Primer y Segundo Ejércitos en el Mosela y en el Grand Couronné. Aunque derrotados en la ofensiva, no eran un ejército aniquilado, y su frente, a pesar de haber sido roto en varios sectores, no había sido hundido. En el flanco izquierdo, en la senda del grueso del avance alemán, el Quinto Ejército, que había escapado del desastre de Charleroi y del Sambre, intentaba reorganizarse en el repliegue. En el centro, con las espaldas vueltas al Mosa, el Tercer y Cuarto Ejércitos luchaban salvajemente defendiendo los sectores entre Sedán y Verdún, ante los dos ejércitos alemanes del centro, frustrando el esfuerzo del enemigo para envolverlos y, tal como el príncipe heredero confesó tristemente, «recuperando su libertad de movimientos». A pesar de estos contraataques, el avance alemán era demasiado masivo para ser contenido. Sin dejar de luchar un solo momento, los franceses se iban replegando, conteniendo al enemigo y retrasando su acción siempre que les era posible.

En un lugar, después de cruzar el Mosa, un batallón de *chasseurs à pied* del Cuarto Ejército del general De Langle recibió la orden, al anochecer, de defender un puente que no había sido volado por haber fallado las cargas de dinamita. Pasaron una noche de «angustia y terror» viendo a los sajones del ejército de Von Hausen en la orilla opuesta, «incendiando la ciudad y disparando contra los habitantes ante sus propios ojos. Por la mañana se elevaron llamas desde el pueblo. Veíamos a la gente correr por las calles, perseguidos por los soldados. Oíamos disparos […]. A gran distancia veíamos una columna interminable de jinetes que parecían reconocer nuestras posiciones, por la

llanura apareció una gran masa que marchaba hacia adelante». La masa se aproximaba y de pronto, por la carretera, un batallón de la infantería alemana en columna de a cinco «avanzó firmemente en nuestra dirección. Hasta donde alcanzaba la vista, la carretera estaba ocupada por el enemigo: columnas de infantería, precedidas de oficiales a caballo, trenes de artillería, transportes, caballería… casi una división que marchaba en un orden perfecto»[2].

«¡Apunten!». La orden fue dada en voz baja a los *chasseurs*. En silencio los hombres ocuparon sus posiciones. «Fuego a discreción, apuntando primero a la infantería, y que cada hombre elija su blanco». Los jefes de compañía dieron la orden: «¡Fuego!». Los disparos resonaron a lo largo del río. Los alemanes se detuvieron llenos de estupor. Dieron media vuelta y emprendieron la huida. Los caballos se encabritaban, los carromatos se volcaban. La carretera se cubrió con centenares de cadáveres. A las 8:45 los franceses ya habían agotado casi toda su munición. De pronto, desde su izquierda sonaron unos disparos de fusil. El enemigo les envolvía por el ala. «À la baïonnette!». Ante el ataque a la bayoneta los alemanes volvieron a replegarse y el regimiento francés logró romper el cerco.

Centenares de combates como éste se libraron continuamente mientras los ejércitos se iban replegando, tratando de mantener un frente continuo y alcanzar aquella línea desde la cual pudieran lanzar la ofensiva definitiva. Con los soldados, la población civil se unía a la masa que marchaba hacia el sur, a pie y en toda clase de vehículos. Todo ello contribuía a aumentar la confusión. Los coches de los oficiales del Estado Mayor eran detenidos con demasiada frecuencia, los oficiales lanzaban maldiciones, los mensajes no eran entregados. Aprisionados entre los grupos en marcha, los camiones comerciales y los autobuses municipales movilizados para el servicio del Ejército, cubiertos con símbolos militares, avanzaban muy lentamente,

transportando a heridos con los miembros destrozados y los ojos llenos de dolor y miedo a la muerte.

Cada milla de retirada era una agonía al tener que entregar más territorio francés al enemigo. En algunos lugares los soldados franceses pasaban frente a sus propias casas sabiendo que al día siguiente serían ocupadas por los alemanes. «Abandonamos Blombay el 27 de agosto», escribió un oficial de caballería del Quinto Ejército. «Diez minutos más tarde era ocupada por los ulanos». Unidades que habían intervenido en violentos combates marchaban ahora en silencio, sin cantar. Hombres agotados, hambrientos, amargados, musitaban maldiciones contra sus oficiales o hablaban de traición. Todas las posiciones francesas habían sido reveladas a la artillería alemana, decían en el X Cuerpo del ejército de Lanrezac, que había perdido cinco mil hombres en el Sambre. «Los hombres se arrastraban hacia delante, sus rostros marcados por un terrible agotamiento», escribió un oficial de infantería de este cuerpo. «Realizaron una marcha de dos días durante la cual recorrieron sesenta y dos kilómetros, después de haber combatido ferozmente al enemigo». Pero aquella noche durmieron y, a la mañana siguiente, comprobaron «de qué modo tan extraordinario se recuperaban las fuerzas con sólo unas horas de sueño». Preguntaron por qué se replegaban y el oficial, en tono frío pero confiado, les dijo que volverían a la ofensiva y que «entonces les enseñarían las uñas y los dientes a los alemanes»[3].

Los soldados de caballería, que pocas semanas antes lucían brillantes uniformes y relucientes botas, ahora se tambaleaban sucios y cansados en sus sillas, dominados por la fatiga. «Los hombres dejaban caer la cabeza», escribió un oficial de los húsares de la 9.ª División de caballería. «Sólo veían a medias lo que estaba sucediendo, vivían como en una pesadilla. Cuando se hacía un alto, se dejaban caer de los caballos, y éstos, antes de que les quitaran las sillas, devoraban ferozmente la paja. Ya no

dormíamos, marchábamos durante la noche y durante el día nos enfrentábamos al enemigo». Se enteraron de que los alemanes habían cruzado el Mosa detrás de ellos, que ganaban terreno, y que incendiaban los pueblos por donde pasaban. «Rocroi es una masa de fuego, y los graneros han sido destruidos por las llamas». Al amanecer empezaban a tronar los cañones alemanes, «los teutones saludaban con sus granadas la salida del sol». Pero los franceses también oían el valiente tronar de sus 75 en el fragor de las batallas. Se aferraban a sus posiciones, se atrincheraban en espera de que terminara el duelo de la artillería, pero llegaba el ayudante de un comandante con la misma orden de siempre: «¡Retirada!». Volvían a ponerse en camino. «¡Qué fortuna la que abandonamos! Mis hombres se sentían más animados. Descubrieron unas trincheras cavadas por la infantería y las examinaron con gran curiosidad, como si hubieran sido expuestas allí para admiración de los turistas».

El 25 de agosto, los alemanes que pertenecían al ejército del duque de Württemberg entraron en Sedán y bombardearon Bazeilles, escenario de la famosa Batalla del Último Cartucho, en el año 1870. Los franceses del Cuarto Ejército del general De Langle contraatacaron para impedir que atravesaran el Mosa. «Comenzó un violento duelo de artillería», escribió un oficial alemán del VIII Cuerpo de la reserva. «Un tronar tan terrible que la tierra temblaba. Los viejos y barbudos territoriales lloraban y gritaban». Horas después «se libró un combate de inusitada violencia en las laderas. Cuatro asaltos a la bayoneta. Teníamos que saltar por encima de nuestros propios muertos. Abandonamos Sedán después de haber sufrido gran número de bajas y haber perdido tres banderas».

Aquella noche los franceses volaron todos los puentes de ferrocarril de la región. Luchando entre la necesidad de retrasar al enemigo y el pensamiento de que, dentro de poco, podrían necesitar aquellos puentes para reanudar la ofensiva, los fran-

ceses dejaron la destrucción de las comunicaciones hasta el último momento posible, y a veces era demasiado tarde.

La mayor dificultad estriba en dictar las órdenes para cada una de las unidades, desde los cuerpos de Ejército a los regimientos, pues cada uno de ellos contaba con su propio tren de suministros y elementos auxiliares para la caballería y la artillería, y estas unidades habían de seguir una dirección señalada y mantener comunicaciones con sus unidades vecinas. Mientras se replegaban, las unidades debían reorganizarse y reunirse de nuevo alrededor de sus banderas, informar de sus pérdidas y recibir refuerzos en hombres y oficiales desde los puntos de concentración en la retaguardia. Para un solo cuerpo, el IV Ejército de Ruffey, fueron destinados ocho mil hombres, un cuarto de sus efectivos, para sustituir las bajas, compañía por compañía. Entre los oficiales, y como consecuencia de la doctrina del *élan*, las bajas eran muy elevadas, incluso entre los generales. Una de las causas del desastre, según la opinión del coronel Tanant, oficial del Estado Mayor en el Tercer Ejército, fue que los generales no habían dirigido las operaciones desde el lugar que les correspondía hacerlo en la retaguardia, sino desde la misma línea del frente, «cumplían con la misión que es propia de los sargentos y no de los comandantes»[4].

Pero de la amarga experiencia de aquellas batallas iniciales habían sacado interesantes enseñanzas. Ahora se atrincheraban. Un regimiento que trabajó todo el día en mangas de camisa bajo el fuerte sol, cavó unas trincheras lo bastante profundas como para poder disparar de pie desde las mismas. Otro regimiento, que había recibido orden de cavar trincheras y organizar la defensa en un bosque, pasó la noche sin que ocurriera ningún incidente y, a la mañana siguiente, a las cuatro, recibió la orden de repliegue: «Molestos por no poder combatir al enemigo […], cansados ya de aquel continuo repliegue sin poder luchar»[5].

Cediendo el menor territorio posible, Joffre quería fijar la línea defensiva en el lugar más apropiado, para lanzar, desde la misma, la nueva ofensiva. Esta línea la fijó en la Orden General número 2 y era a lo largo del Somme, a unas cincuenta millas por debajo del Canal del Mons y del Sambre. Poincaré se preguntaba si Joffre no trataba de engañarse a sí mismo con su optimismo, y había otros que hubiesen preferido una línea más retrasada con el fin de consolidar el frente. Desde el día después de la derrota, en París veían ya el frente en la propia capital, pero en la mente de Joffre no se había llegado todavía a París, y no había nadie en Francia que osara contradecir a Joffre.

El gobierno estaba nervioso, los ministros, según Poincaré, se encontraban «completamente consternados»[6], y los diputados, según Messimy, «con un pánico que pintaba una lívida máscara en sus rostros». Sin un contacto directo con el frente, faltos de toda información concreta y fidedigna, sin ser informados de ningún plan estratégico, basándose única y exclusivamente en los «lacónicos y sibilinos» comunicados del GQG o en los rumores, suposiciones e informes contradictorios, se consideraban responsables ante el país y el pueblo, sin tener ninguna autoridad sobre la dirección militar de la guerra. Leyendo entre líneas los comunicados de Joffre, Poincaré llegó a la conclusión de que se enfrentaban «con la invasión, la derrota y la pérdida de Alsacia». Consideraba su deber inmediato informar al país de estos hechos y preparar al pueblo para las «terribles pruebas» que le esperaban. Sin embargo, aún no se daba cuenta de que era mucho más urgente preparar París para el cerco.

A primeras horas de la mañana, Messimy vislumbró con toda claridad la posición indefensa de la capital. El general Hirschauer, de los ingenieros, que estaba encargado de las obras de la defensa, y el jefe de Estado Mayor del general Michel, el gobernador militar de París, fueron a visitarle a las seis de la ma-

ñana. Esto ocurría pocas horas antes de recibirse el telegrama de Joffre, pero Hirschauer se había enterado por conducto privado del desastre en Charleroi, y su mente dedujo rápidamente la distancia que había entre el frente de combate y la capital. Le dijo a Messimy, sin andarse por las ramas, que no contaba con hombres suficientes para ocupar las posiciones defensivas en las afueras de la capital. A pesar de unos detenidos estudios en los que se habían tenido en cuenta todos los detalles, «estas fortificaciones existen sobre el papel, pero no se ha hecho nada para convertirlas en una realidad». Inicialmente, la fecha señalada para que las defensas pudieran ser usadas era la del 25 de agosto, pero tal era la fe en la ofensiva francesa que luego había sido aplazada hasta el 15 de septiembre. Debido a la aversión a talar árboles, abatir las casas y cavar trincheras, no había sido dada ninguna orden concreta en este sentido. La construcción de los emplazamientos de la artillería, la preparación de los depósitos de municiones, el transporte de la madera para los parapetos y la colocación de las alambradas apenas habían comenzado. Como gobernador militar y responsable de la defensa, el general Michel, tal vez dolido desde que en el año 1911 habían sido rechazados sus planes defensivos, se había mantenido cruzado de brazos. A causa de la pobre impresión que le mereció Michel en 1911, Messimy llamó al general Hirschauer el 13 de agosto, dándole órdenes para que recuperara el tiempo perdido y completara la defensa en el curso de las tres semanas siguientes. Hirschauer le confesaba, en aquellos momentos, que se trataba de una labor imposible de realizar.

«Cada mañana pierdo tres horas en informes y discusiones que no llevan a ninguna parte. Cualquier decisión requiere una autorización previa. Incluso como jefe del Estado Mayor del gobernador, no puedo, como un simple general de brigada, dar órdenes a los generales de división que mandan los diferentes sectores».

Tal como tenía por costumbre, Messimy mandó llamar en el acto a Gallieni, y estaba conferenciando con él cuando llegó el telegrama de Joffre. La primera frase, en la que acusaba a «nuestras tropas por no haber demostrado en el campo de batalla las excelentes cualidades que nosotros confiábamos en las mismas», deprimió extraordinariamente a Messimy, pero a Gallieni le interesaban los hechos, las distancias y los nombres de los lugares.

«En resumen —concluyó, sin la menor emoción— es posible que los ejércitos alemanes estén ante las puertas de París dentro de los próximos doce días. ¿Está París en condiciones de resistir un asedio?».

Forzado a contestar que no, Messimy rogó a Gallieni que regresara más tarde, con la intención de, mientras tanto, conseguir permiso del gobierno para nombrarle gobernador militar en lugar de Michel. En aquel momento quedó «sorprendido» al enterarse de la llegada de otro visitante, el general Ebener, representante del GQG en el Ministerio de la Guerra, que le dijo que París había de ceder dos divisiones de la reserva, la 61.ª y la 62.ª, destinadas a su defensa. Joffre las había destinado al norte para apoyar un grupo de tres divisiones territoriales, que eran las únicas tropas francesas entre los ingleses y el mar por donde bajaba, barriéndolo todo a su paso, el ejército de Von Kluck. Enfurecido ante esta decisión, Messimy protestó alegando que, puesto que París pertenecía a la Zona del Interior y no a la Zona de los Ejércitos, la 61.ª y la 62.ª estaban a sus órdenes directas y no a las de Joffre, y no podían ser alejadas de París sin su permiso, el del primer ministro o el del presidente de la República. «La orden se encuentra ya en vías de ejecución», replicó Ebener, añadiendo que él mismo se pondría al frente de estas dos divisiones en su marcha hacia el frente.

Messimy se trasladó urgentemente al Palacio del Elíseo para hablar con Poincaré, que «explotó» al enterarse de la noticia,

pero tampoco podía hacer nada para corregirla. Al preguntarle cuántas tropas quedaban en la capital, Messimy respondió que sólo una división de caballería de la reserva, tres divisiones territoriales y ninguna unidad en activo, con la excepción de los centros de recuperación en la región. Los dos hombres eran del parecer de que el gobierno y la capital de Francia no contaban con medios de defensa. Sólo les quedaba un recurso: Gallieni.

De nuevo le pedían que sustituyera a Michel, como él, en lugar de Joffre, hubiera podido haber hecho en el año 1911. A la edad de veintiún años, como alférez recién salido de St. Cyr, había luchado en Sedán y había permanecido como prisionero de guerra durante algún tiempo en Alemania, donde aprendió el idioma. Eligió hacer su carrera militar en las colonias donde Francia «creaba soldados». Aunque la Academia del Estado Mayor solía considerar el servicio colonial como «le tourisme», la fama de Gallieni como conquistador de Madagascar le llevó, lo mismo que a Lyautey en Marruecos, a los cargos más altos del Ejército francés[7]. Escribía su diario, que titulaba *Erinnerungen of my life di ragazzo*, en alemán, inglés e italiano, y no dejó nunca de estudiar, tanto el ruso como el desarrollo de la artillería pesada o la administración comparativa de las potencias coloniales. Lucía unos grandes bigotes grises que contrastaban con su elegante figura aristocrática. Se comportaba siempre como un oficial en un desfile. Alto y delgado, se rodeaba de un ambiente distante y reservado, de extrema gravedad, y no se parecía a ningún otro oficial francés de su época. Poincaré describe con las siguientes palabras la impresión que le causaba: «Alto y delgado, con la cabeza muy erguida y la mirada penetrante, nos parecía un ejemplo impresionante de poderosa humanidad».

A los sesenta y cinco años sufría de la próstata, a consecuencia de lo cual, después de dos operaciones, moriría dos años más tarde. Apenado por la muerte de su esposa durante el últi-

mo mes y habiendo renunciado al cargo más alto del Ejército francés tres años antes, carecía de ambiciones personales, era un hombre impaciente e irritable por todo lo que hacía referencia a la política en el seno del Ejército, o a las rencillas de los políticos entre sí. Durante los últimos meses antes de la guerra, antes de su licenciamiento en el mes de abril, las intrigas de las capillitas le acosaban, pues algunos pretendían nombrarle ministro de la Guerra o comandante en jefe en lugar de Joffre, y otros reducir su pensión y alejarle de sus amigos. Su diario aparece lleno de comentarios tristes por todo este estado de cosas, de repulsas contra el «clan de los arribistas», de quejas por la falta de preparación del Ejército y de pruebas de su poca admiración por Joffre. «Esta mañana en el Bois le he visto, a pie, como de costumbre […]. Qué gordo y pesado está, no durará ni tres años».

Ahora, en los momentos más graves de Francia desde el año 1870, le encargaban una misión muy desgraciada, pues le encomendaban la defensa de París sin poner un ejército a sus órdenes. Consideraba que era esencial defender la capital, tanto por cuestiones morales como por sus ferrocarriles, sus suministros y su capacidad industrial. Sabía muy bien que París no podía ser defendida desde el interior como si se tratara de una fortaleza, sino sólo por medio de un ejército que diera la batalla desde el perímetro de la capital, un ejército que Joffre había de poner a su disposición… pero Joffre albergaba unos planes muy distintos.

«No quieren defender París», le comunicó a Messimy aquella noche cuando le invitaron formalmente a aceptar el cargo de gobernador militar. «A los ojos de nuestros estrategas, París es una expresión geográfica, una ciudad como cualquier otra. ¿Qué me dan ustedes para defender este inmenso espacio donde está localizado el cerebro y el corazón de Francia? Algunas divisiones territoriales y una hermosa división africana. Una

gota en un océano. Si París no ha de sufrir la suerte de Lieja y de Namur, debe ser defendida a cien kilómetros de distancia, y para esto se necesita todo un ejército. Denme un ejército compuesto de tres cuerpos en activo y aceptaré el nombramiento de gobernador de París. Si llega este caso, de un modo formal y explícito, pueden ustedes contar conmigo para la defensa de París».

Messimy le dio las gracias de un modo tan efusivo («estrechó mis manos repetidas veces y me besó»), que Gallieni quedó convencido de «que el cargo que me ofrecían no era en modo alguno envidiable».

Messimy no tenía la menor idea de cómo le iba a arrebatar un cuerpo en activo, y mucho menos tres, a Joffre. La única unidad en activo de la que podía echar mano era la división africana de la que le había hablado Gallieni, la 45.ª División de infantería de Argelia, que había sido formada a instancias del Ministerio de la Guerra y que acababa de desembarcar en el sur. A pesar de las repetidas llamadas telefónicas desde el GQG reclamando esta división, Messimy decidió no dejar escapar esta «fresca y espléndida» división, costase lo que costase, pero necesitaba cinco más. Obligar a Joffre a cederlas con el fin de satisfacer la condición que había impuesto Gallieni significaba un choque abierto y directo entre el gobierno y el comandante en jefe. Messimy temblaba. En el transcurso del solemne e inolvidable día de la movilización, se había jurado a sí mismo no caer nunca en el error cometido por el Ministerio de la Guerra en 1870, cuya interferencia, por orden de la emperatriz Eugenia, forzó al general MacMahon a la marcha sobre Sedán. Había estudiado cuidadosamente, en compañía de Poincaré, los decretos del año 1913 delimitando la autoridad en tiempos de guerra, y con todo el ardor de los primeros días le había asegurado voluntariamente a Joffre que los interpretaba en el sentido de asignar la dirección política de la guerra al gobierno y la di-

rección militar al comandante en jefe, con una «autoridad exclusiva y absoluta». Estos decretos, además, cuando los había leído conferían al comandante en jefe «amplios poderes» en el país en toda su extensión y un poder «absoluto», tanto civil como militar, en la Zona de los Ejércitos. «Usted manda, nosotros ejecutamos», había dicho[8]. No es de extrañar que Joffre, «sin discusión», aprobara esta forma de proceder. Poincaré y Viviani habían dado igualmente su conformidad a este estado de cosas.

¿Dónde podía hallar ahora aquella autoridad a la que había renunciado? Rebuscando hasta casi medianoche en los decretos una base legal, Messimy dio con una frase que encargaba al gobierno civil «de los intereses vitales del país». Impedir que la capital cayera en manos del enemigo era, sin ninguna duda, una cuestión de interés vital para el país, pero ¿en qué forma debían enfocar la orden a Joffre? Durante una larga noche de insomnio y angustia, el ministro de la Guerra hizo acopio de todo su valor para redactar una orden a Joffre. Después de cuatro horas de penosa labor, de las dos a las seis de la mañana, escribió dos frases bajo el titular «Orden» que indicaban a Joffre que si «la victoria no corona nuestros esfuerzos y nuestros ejércitos se ven obligados a retirarse, un mínimo de tres cuerpos en activo deben ser destinados a los campos fortificados de París. Ruego acuse de recibo de esta orden». Despachada por telegrama, fue entregada a mano, a las once de la mañana siguiente, 25 de agosto, acompañada por una carta «personal y amistosa» en la que Messimy añadía: «No se le escapará a usted la importancia de esta orden».

Aquel día ya corría por París la noticia de la derrota sufrida en la frontera y el grado y amplitud de la retirada. Los ministros y los diputados buscaban al culpable del desastre; la opinión pública, decían, exigía un culpable. En las antesalas del Elíseo se oían los murmullos de protesta contra Joffre: «[…]

idiota […] incapaz […] que lo despidan ahora mismo». Messimy, como ministro de la Guerra, era también objeto de vivos reproches. «Los lobos andan tras su piel», le dijo su ayudante. Afirmar la «sagrada unión» de todos los partidos y reforzar el nuevo y débil ministerio de Viviani era una necesidad vital en la crisis. Se hicieron gestiones con las más altas personalidades políticas francesas para que entraran a formar parte del gobierno. El más anciano, más temido y más respetado, Clemenceau, el Tigre de Francia, aunque era un vivo antagonista de Poincaré, fue el primero en ser abordado. Viviani le halló de «muy mal humor» y sin ningún deseo de reforzar un gobierno que él estaba convencido de que sólo duraría dos semanas más.

«No, no, no cuenten conmigo», replicó. «Dentro de quince días ninguno de ustedes estará en el cargo, no quiero saber nada de todos ustedes». Después de este «paroxismo de pasión» estalló en lágrimas y abrazó a Viviani, pero continuó negándose a entrar a formar parte del gobierno. Un triunvirato compuesto por Briand, un antiguo primer ministro, Delcassé, el más distinguido y experimentado ministro de Asuntos Exteriores antes de la guerra, y Millerand, antiguo ministro de la Guerra, estaba dispuesto a ingresar en el gobierno en grupo, pero sólo con la condición de que Delcassé y Millerand ocuparan nuevamente sus antiguos ministerios a expensas de los que los ocupaban en aquellos momentos, Doumergue en el Ministerio de Asuntos Exteriores y Messimy en el de la Guerra. Sin saber de esta proposición, conocida por el momento solamente por Poincaré, el Gabinete se reunió a las diez de aquella mañana. En sus mentes los ministros oían el estallido de las granadas y veían ejércitos en plena huida y soldados con cascos de acero avanzando hacia el sur, pero, procurando conservar la dignidad y la serenidad, se limitaron estrictamente a la forma de proceder acostumbrada, hablando cada uno cuando les llegaba el turno de preguntas de sus respectivos ministerios. Mientras

hablaban de moratorias bancarias, de los inconvenientes que se originaban en los procesos judiciales por el llamamiento a filas de los magistrados, de las reclamaciones rusas sobre Constantinopla, la agitación y el nerviosismo de Messimy iban en aumento. Después de las revelaciones de Hirschauer y los doce días de Gallieni resonando en sus oídos, opinaba que las «horas valían siglos y los minutos contaban como años». Cuando empezó la discusión sobre los problemas en los Balcanes y Poincaré habló sobre Albania, ya no pudo contenerse por más tiempo.

«¡Al diablo Albania!», gritó, descargando un terrible golpe sobre la mesa. Denunció la pretendida calma como una «farsa indigna» y, cuando Poincaré le rogó que se dominara, se negó, y replicó: «No sé lo que vale su tiempo, pero sí sé que el mío es muy valioso», y lanzó sobre las cabezas de sus colegas la terrible predicción de Gallieni de que el enemigo, en el curso de los doce siguientes días, podía estar a las puertas de París, es decir, alrededor del 5 de septiembre. Todo el mundo empezó a hablar a la vez, se oyeron voces que reclamaban la destitución de Joffre, y a Messimy le reprocharon «pasar de un optimismo sistemático a un peligroso pesimismo». Se llegó a un resultado positivo cuando se aprobó el nombramiento de Gallieni para sustituir a Michel.

Cuando Messimy llegó a la Rué St. Dominique para destituir por segunda vez a Michel de su cargo, su propia destitución era exigida por Millerand, Delcassé y Briand. Decían que era el responsable del falso optimismo y de haber engañado a la opinión pública, que el hombre estaba «agotado y nervioso» y, además, su cargo era deseado por Millerand. Hombre robusto y taciturno, de modales irónicos, Millerand era un socialista de indudable habilidad y valor, cuya «indómita energía y *sang froid*» les hacía mucha falta, en opinión de Poincaré. Veían como Messimy estaba cada vez más sombrío, y dado que un ministro de la Guerra que prevé una derrota no es el colega más deseable, el

presidente estaba conforme con sacrificarlo. Los ritos ministeriales se cumplirían como era tradicional. Messimy y Doumergue presentarían la dimisión y serían nombrados ministros sin cartera, y al general Michel se le ofrecería una misión cerca del zar. Pero estos arreglos no fueron aceptados por las presentes víctimas.

Michel se dejó arrastrar por la ira cuando Messimy le rogó que presentara la dimisión, protestó airadamente y de un modo obstinado se negó a abandonar el cargo. Igualmente excitado, Messimy le gritó a Michel que si se obstinaba de aquel modo le mandaría a la prisión militar de Cherche-Midi bajo vigilancia. Como sus gritos llegaron hasta el despacho de Viviani, éste fue a calmar a ambos y logró persuadir a Michel.

Apenas había firmado el decreto oficial en el que se nombraba a Gallieni «gobernador militar y comandante de los ejércitos de París», al día siguiente le tocó a Messimy el turno de sulfurarse cuando Poincaré y Viviani solicitaron su dimisión. «Me niego a ceder mi puesto a Millerand, no quiero darles la satisfacción de presentar mi dimisión, no acepto convertirme en un ministro sin cartera». Si ellos deseaban librarse de él después de la «agotadora labor» que había realizado durante el último mes, entonces todo el gobierno en pleno habría de presentar la dimisión, y en este caso, dijo: «Tengo rango de oficial del Ejército y la orden de movilización en el bolsillo; por lo tanto me iré al frente». No lograron persuadirle. El gobierno se vio obligado a presentar la dimisión y se volvió a formar al día siguiente, con Millerand, Delcassé, Briand, Alexander Ribot y dos nuevos ministros socialistas que sustituían a cinco antiguos ministros, entre ellos Messimy. Partió como comandante para unirse al ejército de Dubail y sirvió en el frente hasta 1918, alcanzando el grado de general de división.

Gallieni fue nombrado «comandante de los ejércitos de París», sin ningún ejército a sus órdenes. Los tres cuerpos activos

que debían brillar como una luz roja a través de la oscuridad y la confusión de los doce días siguientes, no le fueron cedidos por Joffre. El generalísimo detectó inmediatamente, en el telegrama de Messimy, «la amenaza de la interferencia gubernamental en la dirección de la guerra». Cuando él se encontraba tan atareado recuperando todas las brigadas que podía para reanudar la batalla en el Somme, la idea de destinar tres cuerpos activos «en buenas condiciones» para la capital le gustaba tan poco como someterse a los dictados de los ministros, y se limitó a ignorar el telegrama del ministro de la Guerra.

«Sí, la orden está aquí», admitió su lugarteniente, el general Belin, señalando hacia la caja fuerte, cuando fue visitado, al día siguiente, por el general Hirschauer, enviado por Gallieni en busca de una respuesta. «El gobierno asume una terrible responsabilidad al reclamar tres cuerpos para defender París. Podría ser el origen del desastre. ¡Qué importa París!». También Millerand acudió a reclamarlos y Joffre contestó que no sabía de otra defensa activa de París que la que proporcionara el ejército móvil en el campo de batalla, y que éste ahora tenía necesidad de todos los hombres para la maniobra y la batalla que habría de decidir la suerte de todo el país. Contemplaba, sin la menor emoción, la confusión que reinaba en el seno del gobierno, la amenaza sobre París, puesto que la pérdida de la capital, alegó, no significaba, en modo alguno, el final de la lucha.

Con el fin de cerrar el espacio abierto frente al ala derecha alemana, su objetivo inmediato era poner en posición al nuevo Sexto Ejército. Su núcleo lo formaba el ejército de Lorena, concentrado urgentemente sólo unos días antes y lanzado a la Batalla de las Fronteras a las órdenes del general Maunoury, que había sido sacado de la situación de retiro para ocupar el mando. Hombre delgaducho, delicado, de huesos pequeños, veterano de sesenta y siete años, herido como teniente en el año 1870, Maunoury era un antiguo gobernador militar de París y

miembro del Consejo Supremo de Guerra, del que Joffre solía decir: «Es un soldado completo». El ejército de Lorena comprendía el VII Cuerpo, el mismo que había lanzado la primera ofensiva por Alsacia al mando del desgraciado general Bonneau, y las 55.ª y 56.ª Divisiones de la reserva, que habían sido retiradas del ejército de Ruffey y revelaban, tal como pasaba siempre con las tropas de reserva, un espíritu combativo que había de ser uno de los elementos más firmes en la resistencia de Francia. El día en que se recibieron las órdenes de Joffre de transferir al oeste las 55.ª y 56.ª Divisiones, las dos estaban sumidas en una violenta lucha para impedir el paso del ejército del príncipe heredero entre Verdún y Toul, que se convirtió en una de las mayores hazañas de toda la retirada. Precisamente cuando su firme defensa apoyaba el flanco en una contraofensiva por parte del ejército de Ruffey en la región vital de Briey, fueron retiradas del campo de batalla para reforzar el flanco izquierdo.

Fueron transportadas en tren hasta Amiens pasando por París, en donde cambiaron a los trenes en dirección norte, atestados siempre por los componentes del CEB. A pesar de que los movimientos de los trenes franceses no habían sido previstos por los mejores cerebros del Estado Mayor para alcanzar la fanática perfección de los alemanes, el transporte se efectuó de un modo rápido, aunque no exento de toda clase de incidencias, por medio de un equivalente francés de la meticulosidad alemana llamado «le système D», y en el cual la «D» equivale a «se débrouiller», «arreglárselas como se pueda». Las tropas de Maunoury desembarcaron el 26 de agosto en Amiens, pero el frente se replegaba mucho más rápidamente de lo previsto, antes de que el nuevo ejército pudiera ocupar sus posiciones, en el extremo de la línea Von Kluck ya había conseguido dar alcance a los ingleses.

Si un observador se hubiera podido elevar lo suficiente, en un globo para obtener una vista de todo el frente francés desde los Vosgos a Lila, hubiese visto una cinta roja, los *pantalons rouges* de setenta divisiones francesas, y, cerca del ala izquierda, una pequeña mancha de color caqui: las cuatro divisiones inglesas. El 24 de agosto fueron reforzados por la 4.ª División y la 19.ª Brigada de Inglaterra, haciendo un total de cinco divisiones y media británicas. Ahora que, por fin, la maniobra de envolvimiento del ala derecha alemana parecía cierta, los ingleses se encontraban defendiendo un sector del frente mucho más importante de lo que había sido previsto, en un principio, en el «Plan 17». Sin embargo, no defendían ellos solos el extremo de aquel frente. Joffre, rápidamente, había destinado allí al cansado cuerpo de caballería de Sordet para unirse a un grupo de tres divisiones territoriales al mando del general D'Amade, que ocupaba el sector entre los ingleses y el mar. Esas tropas fueron reforzadas por la guarnición de Lila, que el 24 de agosto fue declarada ciudad abierta y evacuada. «Si llegan hasta Lila —dijo el general Castelnau, y de esto no hacía mucho tiempo— mucho mejor para nosotros». Si el plan de Joffre había de dar resultado, era primordial que el CEB se adaptara al ritmo general de la retirada y, una vez que alcanzara el Somme, en St. Quentin, no retrocediera ya ni un solo paso.

Pero ésta no era la intención de los ingleses. *Sir* John French, Murray e incluso Wilson, el antes entusiasta defensor del plan, estaban horrorizados ante la inesperada amenaza de su posición. No uno ni dos, sino cuatro cuerpos alemanes avanzaban sobre ellos: el ejército de Lanrezac se hallaba en plena retirada, dejando la derecha al descubierto, y toda la ofensiva francesa se había derrumbado[9]. Ante tales hechos, que acaecían después del primer contacto con el enemigo, *sir* John French se dejó llevar por el convencimiento de que la campaña estaba perdida. Ahora ya sólo pensaba en salvar el CEB, que comprendía a casi

todos los oficiales y soldados ingleses que habían recibido una instrucción a fondo. Temía ser envuelto por su derecha o por su izquierda, en la brecha que se había abierto entre él y Lanrezac. Basándose en la orden de Kitchener de no exponer al Ejército, ya no pensaba en el objeto que le había llevado a Francia, sino única y exclusivamente en sacar a sus tropas de la zona de peligro. Mientras sus tropas se replegaban hacia Le Cateau, el comandante en jefe y los oficiales del cuartel general, el 25 de agosto, se trasladaron veinticinco millas más atrás, hacia St. Quentin, en el Somme.

Amargamente, los soldados ingleses, que se sentían orgullosos de sus combates en Mons, se veían obligados ahora a una continua retirada. Era tal la ansiedad de su comandante en jefe por alejarlos del peligro de envolvimiento por parte del ejército de Von Kluck, que no les concedía ni un solo instante de reposo. Bajo un sol aterrador, sin una alimentación adecuada y sin dormir lo suficiente, marchaban en un estado de duermevela, y cuando se detenían se quedaban inmediatamente dormidos de pie. El cuerpo de Smith-Dorrien continuaba lanzando contraataques aislados desde el momento en que comenzó su retirada desde Mons, y aunque Von Kluck les tenía siempre bajo el fuego de su artillería, los alemanes no lograron detener a los ingleses.

Bajo la presión enemiga los ingleses se vieron obligados a cambiar sus planes de repliegue. En un esfuerzo para encauzar adecuadamente los suministros de víveres, el general Wully Robertson, el jefe intendente, un individuo poco ortodoxo que había ascendido desde soldado raso, ordenó que los suministros fueran distribuidos en los cruces de carretera. Pero algunos de estos repartos no fueron efectuados, y esto confirmó la impresión del OHL de que se trataba de una huida desorganizada por parte de los ingleses.

Cuando los ingleses llegaron a Le Cateau, la noche del 25 de agosto, el cuerpo más cercano del ejército de Lanrezac se había replegado a un nivel igual que el CEB. *Sir* John, sin embargo, que se consideraba traicionado personalmente por Lanrezac, ya no quería saber nada de éste. A Lanrezac, más que al propio enemigo, lo consideraba el causante del desastre, y cuando informó a Kitchener de que sus tropas se replegaban a desgana, dijo: «Les diré que las operaciones de nuestros aliados son la causa de todo esto». Dio órdenes de que la retirada continuara al día siguiente hasta St. Quentin y Noyon. En St. Quentin, a setenta millas de la capital, los postes comenzaban a señalar la distancia hasta París.

El 25 de agosto por la tarde, cuando Smith-Dorrien llegó a Le Cateau, pocas horas antes que sus tropas, y fue en busca del comandante en jefe, *sir* John ya se había marchado, y sólo *sir* Archibald Murray, su inagotable jefe del Estado Mayor, se encontraba en el cuartel general. Normalmente tranquilo, equilibrado y reflexivo, todo lo contrario que su jefe, Murray hubiera sido un excelente complemento cuando *sir* John se sentía agresivo, pero dado que por naturaleza era un hombre prudente y pesimista, servía de estímulo al mal humor de *sir* John. Agotado por el trabajo de aquellos últimos días, descorazonado en aquellos momentos, no le pudo dar a Smith-Dorrien ninguna indicación sobre el paradero del cuerpo de Haig, que se suponía acamparía aquella noche en Landrecies, a unas doce millas al este de Le Cateau[10].

Cuando las tropas de Haig entraron en Landrecies, tropezaron por la carretera con una unidad que lucía uniformes franceses y cuyos oficiales contestaron en francés cuando fueron interrogados. Repentinamente, los recién llegados, «sin previo aviso, bajaron sus bayonetas y se lanzaron a la carga». Era una unidad que formaba parte del IV Cuerpo de Von Kluck y, al igual que los ingleses, debía pernoctar aquella noche en Lan-

drecies. En la lucha que se entabló a continuación intervinieron dos regimientos y una batería de artillería por ambos lados, pero Haig, en la tensión y la incertidumbre de la oscuridad, creyó que se enfrentaba con «un poderoso ataque» y telefoneó al cuartel general solicitando «ayuda […] ante una situación muy crítica»[11].

Al oír estas palabras del siempre frío Haig, *sir* John French y los oficiales de su Estado Mayor no podían hacer otra cosa que creer que el I Cuerpo se encontraba en un grave peligro. Murray, que se había reunido con el Gran Cuartel general en St. Quentin, sufrió un colapso al enterarse de la noticia[12]. Estaba sentado estudiando un mapa cuando un ayudante le entregó un telegrama, y un momento después otro oficial vio cómo se desplomaba. *Sir* John quedó también profundamente impresionado. Su inquieto temperamento, que tan vivamente reaccionaba ante las influencias externas, había sido influenciado durante mucho tiempo por aquel oficial, siempre tan seguro de sí mismo y tan modélico, que estaba al mando del I Cuerpo. En 1899, Haig le había prestado dos mil libras esterlinas para que pudiera hacer frente a sus acreedores, sin las cuales hubiese tenido que abandonar el Ejército[13]. Ahora, cuando Haig le pedía su ayuda, *sir* John French temió el envolvimiento en el acto, o peor aún, la penetración del enemigo entre el I y II Cuerpos. Pero sospechando algo así, el Gran Cuartel general mandó órdenes alterando la línea de retirada de Haig para el día siguiente, con el resultado de que el cuerpo de Haig fue destinado a una línea de marcha opuesta al Oise desde el cuerpo de Smith-Dorrien, y que se rompió el contacto directo, que no volvió a establecerse durante los siete días siguientes.

Además de dividir el CEB, el éxito y la exagerada apreciación del ataque en Landrecies tuvo un efecto muy superior a su causa. Reforzó la alarma de su viejo e impresionable comandante hasta el extremo de que reveló un afán casi histérico por

sacar al Ejército británico de toda situación peligrosa y le hizo mucho más susceptible al golpe siguiente, puesto que en aquel momento, la noche del 25 de agosto, recibió otro mensaje. Smith-Dorrien ordenó decirle que el II Cuerpo estaba demasiado cerca del enemigo para proseguir la retirada y que no le quedaba otro remedio que detenerse y hacerle frente en Le Cateau. Abatidos los oficiales, en el Gran Cuartel general lo consideraron ya como perdido.

Lo que había sucedido era que el general Allenby, comandante de la división de caballería en el flanco de Smith-Dorrien, había descubierto durante la noche que la zona que debía ocupar durante la retirada del día siguiente ya estaba ocupada por el enemigo. Incapaz de ponerse en contacto con el cuartel general, a las dos de la madrugada fue a consultar con Smith-Dorrien, que se alojaba en Bertry, a unas cinco millas de Le Cateau. Allenby le previno de que el enemigo estaba en condiciones de atacar tan pronto como amaneciera, y a no ser que el II Cuerpo pudiera, «sin pérdida de tiempo, emprender la marcha escudándose en la oscuridad», se vería obligado a luchar, antes de que pudiera emprender la marcha al día siguiente. Smith-Dorrien llamó a sus comandantes de división, que le dijeron que parte de las unidades aún se estaban concentrando, muchos soldados todavía estaban buscando sus unidades y todos ellos estaban demasiado agotados para continuar la marcha aquella misma noche[14]. Le informaron igualmente de que las carreteras estaban bloqueadas por los transportes y las columnas de refugiados. Reinó el silencio en la pequeña sala. Era completamente imposible emprender la marcha a aquella hora, mientras que quedarse donde estaban y luchar era contrario a las órdenes que habían recibido. Dado que no poseían comunicación telefónica con el Gran Cuartel general, los comandantes de cuerpo debían decidir por ellos mismos. Volviéndose hacia

Allenby, Smith-Dorrien le preguntó si estaba dispuesto a aceptar sus órdenes, y Allenby asintió.

«Está bien, caballeros, lucharemos», anunció Smith-Dorrien, añadiendo que le pediría al general Snow, de la recién llegada 4.ª División, que se colocara también a sus órdenes. Su mensaje, en el que comunicaba su decisión, fue enviado por coche al cuartel general, en donde fue recibido a las cinco de la mañana, causando la natural consternación.

Henry Wilson, al igual que Messimy, había pasado del mayor entusiasmo al derrotismo. Cuando el plan ofensivo, del que él, por el lado británico, era el arquitecto, fracasó, él se hundió con el plan, por lo menos momentáneamente, y con significativas consecuencias sobre su jefe, cuya mente, más lenta, se dejaba influir por él. A pesar de su innato optimismo, ingenio y sonoras carcajadas, se enfrentaba ahora a una calamidad de la que se sentía responsable.

Fue enviado un correo para convocar a Smith-Dorrien al teléfono más cercano. «Si se queda usted donde está y lucha, habrá otro Sedán», le dijo Wilson. Insistió desde su posición en St. Quentin en que el peligro no podía ser tan grande como para exigir el alto a los soldados ingleses, puesto que «las tropas que combaten a Haig no pueden, al mismo tiempo, luchar contra usted». Smith-Dorrien explicó pacientemente, una vez más, las circunstancias en que se encontraba y declaró que era completamente imposible despegarse del enemigo, sobre todo cuando la acción ya había empezado, y mientras hablaba por teléfono ya oía tronar los cañones. «Le deseo buena suerte. Es la primera alegría que recibo en estos tres últimos días», contestó Wilson[15].

Durante once horas, el 26 de agosto, el II Cuerpo y la división del general Snow libraron en Le Cateau una batalla al estilo de las que el Ejército francés libraba aquellos días en el curso

de su retirada. Von Kluck había dado la orden aquel día de continuar «la persecución del enemigo derrotado»[16]. Como el más devoto de entre todos los discípulos del precepto de Schlieffen de «rozar el Canal de la Mancha con la manga», continuaba su marcha en dirección oeste, con el fin de completar el envolvimiento de los ingleses, y había ordenado a sus dos cuerpos del ala derecha que emprendieran marchas forzadas en dirección suroeste. Como consecuencia de ello, nunca combatieron contra los ingleses, pero se enfrentaron con «poderosas fuerzas francesas hostiles»[17]. Éstas eran los territoriales de D'Amade y la caballería de Sordet, a quienes Smith-Dorrien había informado de su situación para que defendieran el flanco inglés. El retraso causado a los alemanes, reconoció Smith-Dorrien posteriormente, «y la valiente lucha de esos territoriales, fueron de importancia vital para nosotros, ya que, en caso contrario, es casi seguro que el día 26 nos hubiésemos tenido que enfrentar con otro cuerpo»[18].

A la izquierda de Von Kluck, la falta de información o deficiente movimiento mantuvo a otro de sus cuerpos alejado de la lucha, de modo que, a pesar de que contaba con una superioridad numérica, no disponía de más de tres divisiones de infantería en la lucha contra las tres y media de Smith-Dorrien en Le Cateau. Contaba, sin embargo, con la artillería de cinco divisiones que abrieron fuego al amanecer. Desde las trincheras, cavadas de forma rápida e inadecuada por los paisanos franceses, incluidas mujeres, los ingleses repelieron el fuego y los ataques de la infantería alemana con su rápido y mortífero fuego de fusil. A pesar de ello, los alemanes, que lanzaban una ola tras otra al ataque, lograron avanzar. En un sector, rodearon una compañía en Argylls, que mantuvieron bajo fuego de fusil, «abatiendo uno a uno a todos sus hombres, contando en voz alta sus bajas», mientras que los alemanes «les gritaban a los ingleses que cesaran el fuego, haciendo gestos para persuadir a sus

hombres a rendirse, pero inútilmente», hasta que finalmente el grupo fue aniquilado. Otras terribles brechas fueron abiertas en la línea. El separarse del enemigo —la parte más difícil de la batalla— no había sido realizado aún, y a las cinco de la tarde Smith-Dorrien consideró que había llegado el momento. Debía ser entonces o nunca. Debido a las brechas, a las bajas y a la infiltración del enemigo en determinados puntos, la orden de despegue y repliegue no podía ser dada a todas las unidades al mismo tiempo. Algunas continuaron en sus posiciones durante muchas horas más, disparando frenéticamente hasta ser aniquiladas o emprender la retirada al amparo de la noche. Una unidad, los Gordon Highlanders, nunca llegaron a recibir la orden y, con la excepción de unos pocos que lograron escapar, dejaron de existir como batallón. Las bajas de aquel día, sólo en las tres divisiones y media que lucharon en Le Cateau, ascendieron a más de ocho mil hombres y treinta y ocho cañones, el doble de las que habían sufrido en Mons y un 20 por 100 de las bajas que los franceses sufrieron en el mes de agosto. Entre los desaparecidos, hubo algunos que pasaron los siguientes cuatro años en los campos alemanes de prisioneros de guerra[19].

Debido a la oscuridad, la fatiga de las marchas forzadas, sus propias pérdidas tan elevadas y la costumbre inglesa de «desaparecer sin ser vistos» en la oscuridad, los alemanes no se lanzaron inmediatamente en su persecución. Kluck dio orden de detenerse hasta el día siguiente, en el que confiaba que podría realizar el movimiento de envolvimiento con su ala derecha. Aquel día, la decisión de Smith-Dorrien de detenerse y enfrentarse a un enemigo superior en número, en una cruenta batalla, había impedido el planeado envolvimiento y la destrucción del CEB.

Cuando llegó a St. Quentin, descubrió que el cuartel general había partido de allí al mediodía, mientras se estaba librando todavía la lucha a vida o muerte por el CEB, y se había traslada-

do, desde allí, a Noyon, veinte millas más atrás. Las tropas de la ciudad no se sintieron, como es lógico, estimuladas al ver a los jefes del ejército partiendo en coches en dirección sur mientras los cañones disparaban en dirección norte, según se refleja en el inevitable comentario de un compatriota: «La verdad es que el día 26, lord French y los oficiales de su Estado Mayor perdieron la cabeza»[20]. *Sir* Douglas Haig, que había recuperado el dominio sobre sí mismo, preguntó: «Sin noticias del II Cuerpo, excepto por el ruido de la artillería en dirección a Le Cateau. ¿Puede el I Cuerpo ser de alguna ayuda?». El GQG estaba demasiado asombrado para dar una respuesta[21]. Al no recibir noticias del cuartel general, Haig trató de ponerse directamente en contacto con Smith-Dorrien, diciéndole que oía el fragor de la batalla, pero como consecuencia de la separación de los dos cuerpos, contestaron: «No sabemos cómo poder ayudarles». Cuando envió el mensaje, la batalla ya había terminado. Mientras tanto, el GQG ya había dado por perdido el II Cuerpo. El coronel Huguet, que todavía actuaba como oficial de enlace, reflejó este estado de ánimo en un telegrama que despachó a Joffre a las ocho de la tarde: «Batalla perdida por el Ejército inglés, que parece haber perdido cohesión»[22].

A la una de la noche, Smith-Dorrien, que había estado combatiendo durante cuatro días de los seis que llevaba en Francia, llegó a Noyon y encontró a todos los componentes del cuartel general profundamente dormidos en sus camas. Cuando lo despertaron, *sir* John French salió en camisón de noche, y cuando vio sano y salvo a Smith-Dorrien y se enteró de que el II Cuerpo no había sido aniquilado, le reprochó por presentarle la situación bajo un cariz demasiado pesimista[23]. Después del miedo que había pasado, *sir* John se dejó llevar por la ira, sobre todo porque estaba resentido por el nombramiento de Smith-Dorrien en lugar del candidato que él mismo había presentado. Aquel oficial ni siquiera pertenecía a la caballería, y aunque *sir*

John no tuvo más remedio que dar cuenta en los comunicados oficiales[24] de que, gracias a la actuación personal de Smith-Dorrien, sé había logrado la salvación del ala izquierda[25], no se recuperó tan pronto de la angustia que había pasado. Las pérdidas de Le Cateau parecían incluso más elevadas de lo que eran, hasta que varios miles de hombres que se consideraban desaparecidos, que se habían mezclado con las columnas de los refugiados franceses y continuado la retirada o se habían abierto paso entre las líneas alemanas hasta Amberes y de allí a Gran Bretaña y de nuevo a Francia, se reunieron nuevamente con el ejército. Las pérdidas efectivas del CEB durante los primeros cinco días de acción fueron superiores a los quince mil hombres. Esto intensificó la ansiedad del comandante en jefe para sacar a su ejército de la batalla, del peligro y de Francia.

Mientras se estaba librando la batalla de Le Cateau, Joffre convocó una conferencia en St. Quentin invitando a la misma a *sir* John French, Lanrezac y a sus respectivos estados mayores para explicarles las instrucciones contenidas en la «Orden General número 2». Cuando comenzó la reunión, con una cortés pregunta sobre la situación del Ejército británico, provocó una violenta réplica por parte de *sir* John, que le dijo que había sido atacado por fuerzas superiores, que había sido amenazado con el envolvimiento de su ala izquierda, que su derecha había quedado al descubierto por la precipitada retirada de Lanrezac y que sus tropas estaban demasiado agotadas para reanudar la ofensiva. Joffre, que consideraba elemental y necesario, sobre todo, mantener la confianza y serenidad ante los oficiales del Estado Mayor, quedó sorprendido por el «excitado tono» del mariscal de campo. Lanrezac, después de escuchar la traducción un tanto suavizada de Henry Wilson sobre los comentarios y observaciones de su jefe, se limitó a encogerse de hombros. Incapaz de redactar una orden, Joffre expresó la esperanza de que el comandante inglés daría su aprobación a su plan,

que estaba explicado en la nueva orden general del día anterior[26].

Sir John se lo quedó mirando con expresión ausente y alegó que no tenía el menor conocimiento de la orden citada. Murray, que todavía no se había recuperado de su colapso de la noche anterior, estaba ausente. Unas miradas sorprendidas e interrogantes se volvieron hacia Wilson, que explicó que la orden había sido recibida en el curso de la noche, pero que no había sido aún «estudiada». La discusión se fue alargando, las pausas se hicieron más largas, el silencio se hizo opresivo y fue suspendida la acción sin haberse llegado a un acuerdo con los ingleses para una acción combinada. Con la impresión de la fragilidad de su ala izquierda, Joffre regresó al GQG, en donde fue recibido con la noticia de nuevas retiradas a lo largo de todo el frente francés, la desmoralización en todo el Ejército, incluyendo el Estado Mayor, y, por último, al final de aquel día, el telegrama de Huguet en que le decía que el Ejército inglés había perdido «toda cohesión».

Von Kluck tenía la misma impresión. Sus órdenes para el 27 eran «atacar a los ingleses que huían hacia el oeste» e informó al OHL de que estaba a punto de rodear a «las seis» divisiones inglesas (sólo había cinco en Francia), y si «los ingleses le hacían frente el día 27, entonces el doble envolvimiento podría convertirse en un gran éxito». Estas brillantes perspectivas que llegaban al día siguiente de Namur, coincidiendo con el informe de Bülow, que indicaba que también su oponente, el Quinto Ejército francés, era un «enemigo derrotado», confirmó al OHL en la impresión de una victoria inminente[27]. «Los ejércitos alemanes han entrado en Francia desde Cambrai a los Vosgos, después de una serie de combates victoriosos. El enemigo, derrotado en todo el frente, se halla en plena retirada […] y no es capaz de ofrecer una seria resistencia al avance alemán», anunció el comunicado oficial del OHL el 27 de agosto[28].

Entre el entusiasmo general, Von Kluck recibió su recompensa. Cuando se rebeló furiosamente contra la orden de Von Bülow de cercar Maubeuge, diciendo que ése era un deber de Von Bülow, y preguntó si debía continuar a las órdenes de éste, el OHL le devolvió su independencia con fecha de 27 de agosto. El intento de conservar los tres ejércitos del ala derecha bajo el mismo mando, que había sido causa de tantas fricciones, fue abandonado, pero como el resto de la senda que seguir parecía fácil, en aquel momento ya no tenía la importancia que había tenido en un principio[29].

Von Bülow, sin embargo, estaba extremadamente molesto. En el centro del ala derecha era acosado continuamente por la negativa de sus vecinos a mantener la misma marcha que él. Había advertido ya al OHL de que el retraso de Hausen había abierto una «molesta brecha» entre el Tercer y el Segundo Ejércitos. El propio Hausen, cuya principal preocupación, que aparecía en segundo lugar después de su ambición por los títulos, era la apasionada atención que sentía por las amenidades que pudieran ofrecerle los alojamientos nocturnos, estaba igualmente molesto. El 27 de agosto, su primera noche en Francia, no pudo disponer de ningún castillo, ni tampoco el príncipe heredero de Sajonia, que le acompañaba. Tuvieron que dormir en la casa de un *sous-préfet* en donde reinaba un completo desorden, ¡incluso las camas estaban por hacer! La noche siguiente todavía fue peor, pues tuvo que alojarse en casa de un tal Chopin, un campesino. La comida fue mala y las habitaciones, «poco espaciosas», y los oficiales de su Estado Mayor tuvieron que acomodarse en la cercana parroquia, cuyo cura se había ido a la guerra. Su anciana madre, que se parecía a una bruja, no les perdía de vista «y nos enviaba a todos al diablo»[30]. Nubes rojas en el firmamento indicaban que Rocroi, por donde sus tropas acababan de pasar, estaba en llamas. Afortunadamente, la noche siguiente la pasó en la elegante mansión de un

rico industrial francés que estaba «ausente». Pasó allí una agradable velada en compañía del conde Münster, el comandante conde Kilmansegg, el príncipe Schoenburg-Waldenburg, de los húsares, y el príncipe Max, duque de Sajonia, que actuaba de capellán católico y a quien Hausen transmitió la agradable noticia, recibida poco antes por teléfono, de que la princesa Matilde le deseaba al Tercer Ejército la mejor de todas las suertes.

Hausen se lamentaba de que sus sajones habían estado marchando desde hacía diez días por territorio enemigo, con calor y frecuentemente luchando. Los suministros no se distribuían de acuerdo con la rapidez del avance, se carecía de pan y de carne, las tropas debían alimentarse con las cabezas de ganado que sacrificaban, los caballos no disponían de suficiente forraje, y, sin embargo, se había conseguido un promedio de veintitrés kilómetros por día. En realidad, esto era lo mínimo que se requería en el Ejército alemán. El ejército de Von Kluck había cubierto más de treinta kilómetros en un solo día y, forzando la marcha, incluso cuarenta. Lo consiguió haciendo que sus hombres durmieran en las cunetas, en lugar de desperdigarlos a izquierda y derecha de las carreteras, con lo que se ahorraban de seis a siete kilómetros por día[31]. Mientras las líneas de comunicación alemanas se iban alargando y las tropas se alejaban más de las vías ferroviarias, los suministros fallaban con mayor frecuencia. Los caballos comían el grano directamente de los campos y los hombres marchaban durante todo el día alimentándose solamente de zanahorias y coles crudas. Los alemanes se sentían tan hambrientos, cansados y con los pies tan doloridos como sus enemigos, pero por el momento se atenían exactamente a sus planes.

A medio camino entre Bruselas y París, el 28 de agosto, Von Kluck recibió un telegrama del káiser que le expresaba «mi gratitud imperial» por las «decisivas victorias» del Primer Ejército y le felicitaba por su avance hacia el «corazón de Fran-

cia»[32]. Aquella noche, alrededor de los fuegos, en los campamentos las bandas interpretaban la canción victoriosa «Heil dir im Siegeskranz», y tal como uno de los oficiales de Von Kluck escribió en su diario, «la canción fue animada y coreada por millares de voces. A la mañana siguiente reanudamos nuestra marcha en la esperanza de celebrar el aniversario de Sedán ante París»[33].

Aquel mismo día se le presentó una nueva y tentadora ocasión a Von Kluck, que antes de que terminara la semana había de dejar su marca en la historia. Los reconocimientos habían demostrado que el Quinto Ejército francés, que se replegaba frente a Bülow, marchaba en dirección suroeste, lo que le llevaría delante mismo de ellos. Vio una posibilidad de «alcanzar el flanco de este ejército, alejarlo de París y rebasarlo», un objetivo que en aquellos momentos se le antojó más importante que el separar a los ingleses de la costa. Propuso a Bülow dar una «vuelta por el interior»[34] con los dos ejércitos. Antes de que adoptaran ninguna decisión, llegó un oficial del OHL con una nueva orden alemana a los siete ejércitos.

Inspirado por un «sentido universal de victoria», según el príncipe heredero, el OHL, sin embargo, tenía conocimiento del traslado de tropas francesas desde Lorena y exigía ahora un «rápido avance para impedir la concentración de nuevas tropas y arrebatar al país todos aquellos medios que le permitieran continuar la lucha»[35]. El ejército de Kluck había de avanzar hacia el Sena, al suroeste de París, y Von Bülow, directamente sobre París, mientras que Hausen, el duque de Württemberg y el príncipe heredero debían avanzar sus ejércitos hacia el Marne, al este de París, a Château Thierry, Epernay y Vitry-le-François, respectivamente. La rotura de la línea fortificada francesa por el Sexto y el Séptimo Ejércitos al mando del príncipe Rupprecht no se había planificado con exactitud, pero se esperaba que ambos ejércitos cruzaran el Mosela entre Toul y

Epinal «si el enemigo se repliega». Se insistía en la rapidez para no dejar tiempo a Francia para recuperarse y organizar la resistencia. Recordando lo ocurrido en el año 1870, el OHL ordenó «severas medidas contra la población para anular toda resistencia por parte de los *francs-tireurs* lo más rápidamente posible» e impedir un «levantamiento nacional». Se contaba con encontrar una fuerte resistencia por parte del enemigo en el Aisne, y luego, más atrás, en el Marne. Aquí, el OHL, reflejando la nueva idea de Kluck, concluía: «Esto puede exigir una vuelta de los ejércitos desde la dirección suroeste hacia una dirección sur».

Aparte de esta sugerencia, la orden del 28 de agosto se atenía al plan de guerra original, pero los ejércitos que debían llevarlo a la práctica ya no eran los mismos. Habían quedado disminuidos en cinco cuerpos, el equivalente de los efectivos completos de un ejército activo. Kluck había dejado atrás dos cuerpos para cercar Amberes y ocupar Bruselas y otras regiones de Bélgica. Bülow y Hausen habían cedido cada uno de ellos un cuerpo al frente ruso: brigadas y divisiones equivalentes a otro cuerpo habían sido destinadas a cercar Givet y Maubeuge. Con el fin de cubrir el mismo terreno, tal como se había planeado en un origen, con el Primer Ejército marchando hacia el oeste de París, el ala derecha había de concentrarse o permitir huecos entre sus ejércitos. Esto ya era lo que sucedía en realidad. El 28 de agosto, Hausen, empujado hacia su izquierda por el ejercito del duque de Württemberg, que se encontraba librando una seria batalla al sur de Sedán y exigía una «ayuda inmediata», no podía mantener la marcha de Von Bülow a su derecha, y pedía, por el contrario, que éste cubriera su flanco derecho. Los dos cuerpos que debían realizar esta unión entre los dos ejércitos se hallaban camino de Tannenberg.

El OHL empezó a manifestar sus primeras inquietudes el 28 de agosto. Moltke, Stein y Tappen discutían ansiosamente sobre la conveniencia de mandar refuerzos de los ejércitos de Ru-

pprecht al ala derecha, pero no se atrevían a renunciar a la esperanza de romper las líneas fortificadas francesas. La perfecta maniobra de Cannae que Schlieffen había soñado y a la que había renunciado, el doble envolvimiento por el ala izquierda en Lorena, simultáneamente con el ala derecha alrededor de París, parecía estar ahora dentro de lo posible. Los golpes de martillo de Rupprecht caían sobre Epinal; sus ejércitos se encontraban a las puertas de Nancy y golpeaban contra los muros de Toul. Desde la conquista de Lieja, las ciudades fortificadas habían «perdido su prestigio», como señaló el coronel Tappen, y cada día parecía que Rupprecht fuera a conseguir la rotura del frente. La destrucción de los ferrocarriles hacía completamente imposible la transferencia de divisiones, y el OHL se convenció, asimismo, de que sería posible forzar el paso entre Toul y Epinal, con lo que se conseguiría, en palabras de Tappen, «el cerco de los ejércitos enemigos a gran escala, y en caso de éxito, el final de la guerra»[36]. En consecuencia, el ala izquierda, a las órdenes de Rupprecht, conservó toda su potencia de veintiséis divisiones, número igual al de las divisiones que le habían sido arrebatadas al ala derecha. No era ésta la proporción en la que confiaba Schlieffen cuando murió y dijo: «Haced fuerte el ala derecha».

Siguiendo el drama de Bélgica, los ojos del mundo estaban fijos en el curso de la guerra entre Bruselas y París. La opinión pública apenas se percataba de que una batalla más violenta, más larga y dura se estaba librando en las puertas orientales de Francia, en Lorena. A lo largo de ochenta millas de frente, desde Epinal a Nancy, dos ejércitos alemanes se lanzaban contra los ejércitos de De Castelnau y Dubail en una lucha cerrada y casi estática.

El 24 de agosto, después de haber concentrado cuatrocientos cañones con otros que habían sido traídos de los arsenales de Metz, Rupprecht lanzó una serie de ataques asesinos. Los fran-

ceses, que ahora empleaban toda su habilidad y capacidad en la defensa, se habían atrincherado y preparado una serie de improvisados e ingeniosos refugios contra las granadas de artillería. Los ataques de Rupprecht no lograron desalojar al XX Cuerpo de Foch frente a Nancy, pero más hacia el sur lograron una cabeza de puente cerca de Mortagne, el último río antes de Charmes[37]. Inmediatamente los franceses vieron una oportunidad para un ataque de flanco, esta vez con preparación de la artillería. Los cañones de campaña fueron emplazados durante la noche. La mañana del 25, la orden de De Castelnau, «En avant! Partout à fond!», lanzó a sus tropas a la ofensiva. El XX Cuerpo bajó de las alturas del Grand Couronné y reconquistó tres ciudades y diez millas de territorio. A su derecha, el ejército de Dubail obtuvo un avance similar, después de un día de furiosos combates. El general Maud'huy, comandante de división de los *chasseurs alpins*, que pasó revista a sus tropas antes de la batalla, les hizo cantar a coro la canción de «La Sidi Brahim».

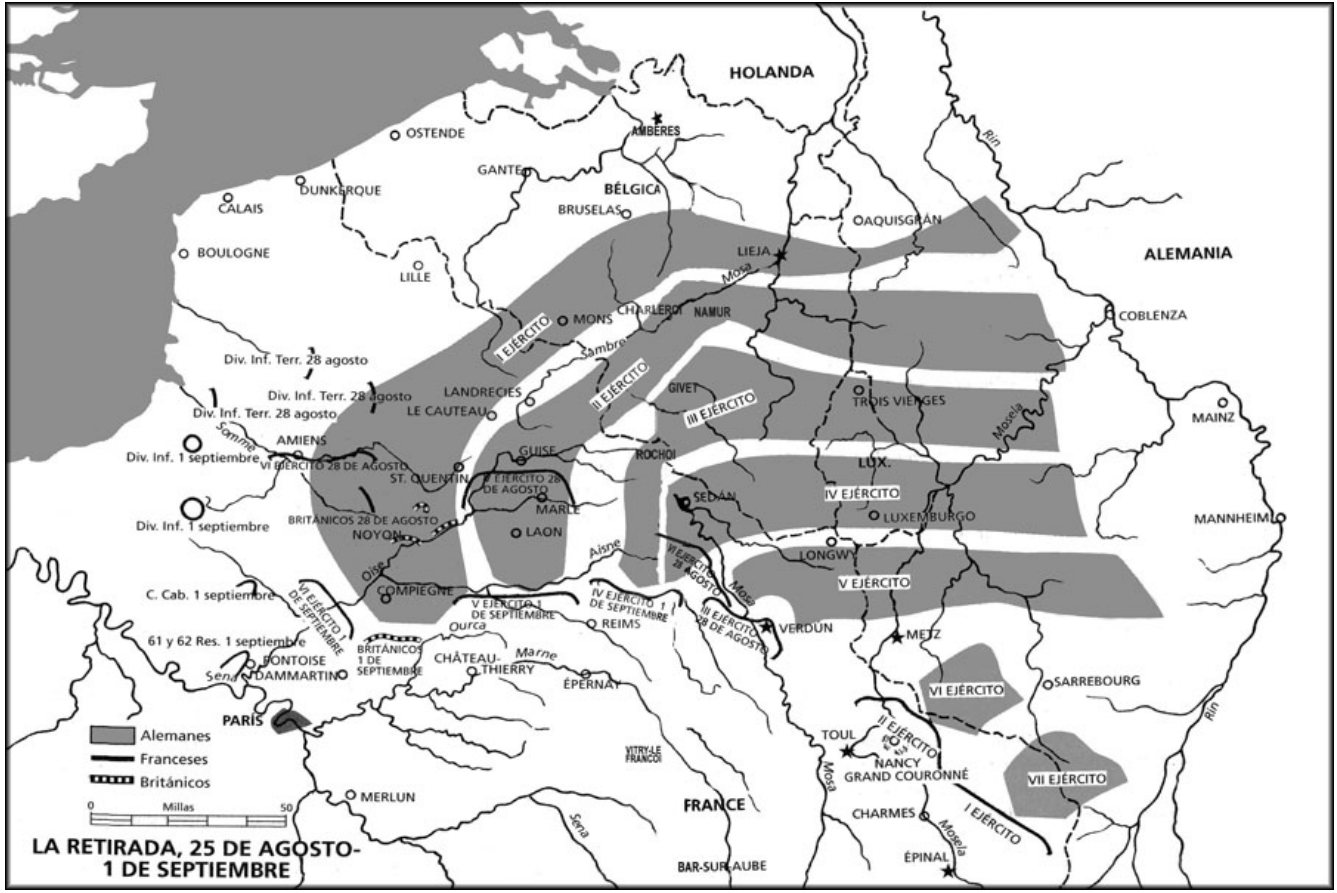
Marchons, marchons, marchons,
Contre les ennemis de la France!

El día terminó con muchas unidades mutiladas, desperdigadas, sin saber si habían alcanzado su objetivo, Clezentaine. El general Maud'huy, a caballo, al ver una compañía agotada y cubierta de sudor buscar alojamiento, levantó el brazo señalando hacia delante y les gritó: «¡*Chasseurs*, dormid en el pueblo que habéis conquistado!»[38].

Durante tres días, continuó la sangrienta e ininterrumpida batalla por el Trouée de Charmes y el Grand Couronné, alcanzando su punto culminante el 27 de agosto. Aquel día, Joffre, rodeado por un ambiente muy sombrío en todas partes, saludó el «valor y la tenacidad» del Primer y Segundo Ejércitos, que, desde que se había iniciado la lucha en Lorena, había luchado sin descanso durante dos semanas y con «obstinada e inque-

brantable confianza en la victoria»[39]. Pelearon con toda la fuerza que les quedaba para cerrar la puerta contra la que golpeaba el enemigo, sabiendo que, si lograba pasar por ella, la guerra habría terminado. Desconocían la maniobra de Cannae, pero sabían de Sedán y de envolvimiento. Mantener la línea fortificada era de vital necesidad, pero la situación a su izquierda era más frágil y obligó a Joffre a sacar de sus ejércitos orientales un elemento clave. Este elemento era Foch, símbolo de la «voluntad de victoria», a quien Joffre necesitaba ahora para reforzar el frente que se hundía en su izquierda.

Una brecha peligrosa se abría entre el Cuarto y el Quinto Ejércitos, y ahora ya se extendía unas treinta millas. Tenía su origen en que el general De Langle, del Cuarto Ejército, poco dispuesto a permitir el cruce del Mosa por los alemanes sin luchar, se plantó en las orillas altas al sur de Sedán y contuvo el ejército del duque de Württemberg en una violenta batalla que duró tres días, del 26 al 28 de agosto. El rendimiento dado por sus tropas en la Batalla del Mosa, se decía Langle, compensaba con margen suficiente la derrota que habían sufrido en las Ardenas[40]. Pero esta resistencia se logró a costa de perder contacto con el ejército de Lanrezac, que continuaba su retirada, con su flanco al lado del Cuarto Ejército al descubierto. Fue para defender este espacio para lo que Joffre necesitó a Foch, y le dio el mando sobre un ejército especial compuesto de tres cuerpos, extraídos en parte del Tercer Ejército y en parte del Cuarto. El día en que recibió la orden, Foch se enteró de que su único hijo, el teniente Germain Foch, y su yerno, el capitán Bécourt, habían muerto en la Batalla del Mosa[41].


HOLANDA
AMBERES
OSTENDE
GANTE
DUNKERQUE
CALAIS
BÉLGICA
BRUSELAS
BOULOGNE
LILLE
LIEJA
AQUISGRÁN
ALEMANIA
Mosa
Rin
MONS
CHARLEROI
NAMUR
COBLENZA
I EJÉRCITO
Sambre
II EJÉRCITO
III EJÉRCITO
GIVET
TROIS VIERGES
Div. Inf. Terr. 28 agosto
Div. Inf. Terr. 28 agosto
Div. Inf. Terr. 28 agosto
LANDRECIES
LE CAUTEAU
Mosela
MAINZ
Somme
AMIENS
Div. Inf. 1 septiembre
VI EJÉRCITO 28 DE AGOSTO
ST. QUENTIN
GUISE
ROCHOI
LUX.
V EJÉRCITO 28 DE AGOSTO
MARLE
SEDÁN
IV EJÉRCITO
LUXEMBURGO
MANNHEIM
Div. Inf. 1 septiembre
BRITÁNICOS 28 DE AGOSTO
NOYON
LAON
Aisne
LONGWY
Oise
VII EJÉRCITO 28 DE AGOSTO
Meuse
V EJÉRCITO
C. Cab. 1 septiembre
COMPIÈGNE
VII EJÉRCITO 1 DE SEPTIEMBRE
V EJÉRCITO 1 DE SEPTIEMBRE
IV EJÉRCITO 1 DE SEPTIEMBRE
REIMS
III EJÉRCITO 28 DE AGOSTO
VERDÚN
METZ
61 y 62 Res. 1 septiembre
Ourcq
BRITÁNICOS 1 DE SEPTIEMBRE
CHÂTEAU-THIERRY
Marne
BONTOISE
Sena
DAMMARTIN
ÉPERNAY
VI EJÉRCITO
SARREBOURG
PARÍS
Alemanes
Franceses
Británicos
0
Millas
50
VITRY-LE FRANÇOIS
TOUL
II EJÉRCITO
NANCY
GRAND COURONNÉ
VII EJÉRCITO
Mosa
Rin
MERLUN
FRANCIA
CHARMES
I EJÉRCITO
Mosela
Sena
ÉPINAL
BAR-SUR-AUBE
LA RETIRADA, 25 DE AGOSTO-
1 DE SEPTIEMBRE

Más al oeste, en la zona ocupada por Lanrezac y los ingleses, Joffre aún confiaba en formar el frente en el Somme, pero ésa se derrumbó como un castillo de naipes. El comandante en jefe inglés no se comprometía a defender su frente, su cooperación con Lanrezac era más bien negativa y, en cuanto al propio Lanrezac, en quien Joffre había perdido su confianza, parecía que no se podía contar con él. Aunque Joffre, durante el mes de agosto, licenció a todos los generales que se le antojó, no se atrevía a destituir a un hombre de la reputación de Lanrezac. Su Estado Mayor todavía andaba en busca de aquellos individuos en quien poder cargar toda la responsabilidad. «Llevo las cabezas de tres generales en mi cartera»[42], anunció a un oficial de Estado Mayor a su regreso de una misión al frente. Pero Lanrezac no podía ser destituido tan fácilmente. Joffre creía que el Quinto Ejército necesitaba un nuevo comandante, pero destituir a su comandante en plena retirada representaba un peligro todavía mayor. A uno de sus ayudantes le confesó que este problema ya le había proporcionado dos noches de insomnio; fue el único momento en toda la guerra en que manifestó esta inquietud[43].

Mientras la 61.ª y 62.ª Divisiones de la reserva, procedentes de París, que debían unirse al nuevo Sexto Ejército, se habían perdido, su comandante el general Ebener, las había estado buscando durante todo el día, pero nadie sabía lo que había ocurrido con ellas[44]. Ante el temor de que la zona del Sexto Ejército fuera rebasada, Joffre, en un desesperado esfuerzo por ganar tiempo para poder ocupar sus posiciones, ordenó al Quinto Ejército que diera media vuelta y pasara al contraataque. Esto implicaba una ofensiva en dirección oeste, entre St. Quentin y Guise. El coronel Alexandre, el oficial de enlace de Joffre con el Quinto Ejército, transmitió verbalmente la orden al cuartel general de Lanrezac, y luego a Marle, a unas veinticinco millas al este de St. Quentin. Al mismo tiempo, en

un esfuerzo para elevar el ánimo de *sir* John French, Joffre le había mandado un telegrama expresándole la gratitud del Ejército francés por la brava ayuda de sus compañeros de armas, los ingleses. Apenas había despachado el mensaje, se enteró de que los ingleses habían evacuado St. Quentin, dejando al descubierto el flanco izquierdo de Lanrezac en el momento preciso en que se suponía que debía pasar al ataque. Según otra de aquellas descorazonadoras misivas de Huguet, el CEB había sido «derrotado y era incapaz de cualquier esfuerzo serio», con tres de sus cinco divisiones sin efectivos para reanudar la lucha hasta que se hubieran reorganizado, «por lo menos durante unos días e incluso algunas semanas»[45]. Dado que *sir* John French comunicó al mismo tiempo lo mismo a Kitchener, no se puede acusar a Huguet de reflejar la situación de los ingleses tergiversando los hechos. Además de este mensaje llegó otro del coronel Alexandre, que decía que Lanrezac vacilaba ante la orden de ataque.

Aunque la mayoría de sus oficiales respondieron con entusiasmo a la orden, el mismo Lanrezac la consideraba «casi una locura»[46], y así lo dijo. Dirigir el Quinto Ejército hacia el oeste era invitar al enemigo a atacarle por su flanco derecho. Opinaba que lo que se debía hacer en aquella situación era despegarse del enemigo y replegarse hacia Laon, antes de poder establecer una línea firme y pasar al contraataque con posibilidades de éxito. Efectuar un ataque en la dirección que le señalaba Joffre requería volver su ejército semidesorganizado, haciéndole dar media vuelta después de una complicada maniobra que resultaba muy peligrosa, dada su posición, y una amenaza para su derecha. Su jefe de operaciones, el comandante Schneider, intentó explicarle la dificultad al coronel Alexandre, que manifestó su asombro[47].

—¿Cómo? —respondió—. ¿Qué otra maniobra resultaría más sencilla? Ustedes miran hacia el norte; les rogamos ahora

que miren hacia el oeste para atacar desde St. Quentin.

Y con un gesto de su mano, separando los dedos para indicar los cinco cuerpos, describió la media vuelta en el aire.

—¡No diga tonterías, *mon colonel*! —estalló Schneider, exasperado.

—En fin, si ustedes no quieren hacer nada… —replicó el coronel Alexandre, terminando con un despectivo encogimiento de hombros.

Este ademán provocó que Lanrezac, que estaba presente, perdiera el dominio sobre sí mismo y se pusiera a explicar, largo y tendido, y con muy poco tacto por cierto, la opinión que le merecía la estrategia del GQG. Pero ahora la poca confianza que tenía en Joffre y en el GQG estaba a la par con la de éstos hacia él. Debido a que en una de sus alas había un general extranjero independiente que se negaba a actuar conjuntamente y al otro lado un flanco no protegido, pues el destacamento de Foch no comenzó a formarse hasta dos días más tarde, el 29 de agosto, y viéndose obligado ahora a lanzarse a una contraofensiva, los nervios de Lanrezac habían llegado al límite de su resistencia. Le había sido confiada una misión decisiva para Francia, y al no tener confianza en el juicio de Joffre, el hombre estaba paralizado y desahogaba su mal humor en sus comentarios cáusticos, por los que era ya conocido en tiempos de paz. Dejando a un lado todo respeto hacia Joffre, le llamó «cavador», un simple ingeniero[48].

«Encontré al general Lanrezac rodeado de numerosos oficiales», informó un oficial del Estado Mayor de uno de los cuerpos que fue a visitarle.

«Parecía estar extremadamente disgustado y se expresó en un lenguaje muy violento. No ahorró críticas contra el GQG y nuestros aliados. Estaba profundamente irritado contra los ingleses. Reclamó que le dejaran solo, que él mismo elegiría el

momento oportuno para rechazar al enemigo». El propio Lanrezac explicaría después: «Sentía una angustia tan terrible que ni siquiera pude disimular ante el Estado Mayor»[49].

Demostrar esta ansiedad frente a sus subordinados era un mal paso, pero fue el añadir el pecado de criticar al GQG y al generalísimo lo que selló los días de Lanrezac.

A primera hora del día siguiente, 28 de agosto, Joffre se presentó personalmente en Marle, donde halló a Lanrezac protestando con vivos gestos contra el plan de la contraofensiva. Cuando Lanrezac insistió otra vez sobre el riesgo de un ataque enemigo por la derecha, mientras todo su ejército marchaba hacia el oeste, Joffre se dejó arrastrar por un súbito ataque de ira y gritó: «¿Quiere que lo releve del mando? Puede marcharse ahora mismo. El destino de la campaña está en sus manos»[50].

Estas espectaculares manifestaciones llegaron a París, incrementadas por el viaje, de modo que, cuando llegaron a oídos de Poincaré al día siguiente, decían que había amenazado a Lanrezac con el fusilamiento si vacilaba o desobedecía sus órdenes de ataque.

Convencido del error del plan, Lanrezac se negó a ponerlo en práctica si no recibía una orden por escrito. Una vez calmado, Joffre dio su consentimiento y firmó la orden después de haberla dictado. En opinión de Joffre, un comandante que estaba al corriente de las órdenes recibidas y del deber ya no podía ser motivo de nuevos disgustos, y tal vez le dijo a Lanrezac lo mismo que más tarde le diría a Pétain cuando le dio la orden de conservar Verdún, durante el bombardeo más intenso de la historia: «Eh bien, mon ami, maintenant vous êtes tranquille»[51].

Lanrezac, que no estaba tranquilo, aceptó su misión, pero insistió en que no podría llevar a la práctica el plan antes del día siguiente. Durante el día, mientras el Quinto Ejército daba media vuelta, el GQG le apremió infinidad de veces para que se

apresurara, hasta que Lanrezac, enojado, ordenó a sus oficiales que no contestaran a las llamadas telefónicas.

Aquel mismo día, los jefes ingleses empujaron el CEB hacia el sur con tal urgencia que los soldados ni siquiera pudieron acostarse. Aquel día, 28 de agosto, las columnas de Von Kluck no les molestaron, pero *sir* John French, e incluso Wilson, estaban dominados por tal prisa en replegarse que ordenaron a los trenes de transporte que arrojaran toda la munición y otros impedimentos que no eran absolutamente necesarios, y que, por el contrario, transportaran a los soldados en los mismos[52]. Arrojar a la cuneta toda la munición significaba renunciar a nuevas batallas. Dado que el CEB no luchaba en territorio inglés, su comandante estaba dispuesto a retirar sus fuerzas del frente, sin pensar en las consecuencias que esto pudiera tener sobre sus aliados. El Ejército francés había perdido la batalla inicial y se encontraba en una situación grave, incluso desesperada, en la que cualquier división podía servir para impedir la derrota. Pero el frente no había sido roto, ni tampoco habían sido envueltos por el enemigo. Los franceses luchaban duramente, y su comandante revelaba sus intenciones de continuar la lucha. Sin embargo, *sir* John French había sucumbido a la creencia de que el peligro era mortal y que el CEB debía ser conservado y separado de la derrota gala.

Los comandantes no compartían el pesimismo del cuartel general. Al recibir una orden que disipaba virtualmente cualquier idea de lucha, quedaron anonadados. El jefe del Estado Mayor de Haig, el general Gough, la rompió iracundo[53]. Smith-Dorrien, que consideraba su situación como «excelente», ya que el «enemigo sólo había hecho acto de presencia con unidades aisladas y se encontraba a considerable distancia», dio la contraorden a sus propias 3.ª y 5.ª Divisiones, pero su mensaje llegó demasiado tarde a manos del general Snow, comandante de la 4.ª División[54]. Después de recibir una orden directa,

«De Snowball a Henry», para que se retirase de inmediato, la cumplió sin pérdida de tiempo. Los soldados creían que se encontraban en una situación de peligro mortal y abandonaron todo el equipo posible.

Cubiertos de polvo y sudorosos, descorazonados y agotados, los soldados ingleses proseguían su retirada. Al pasar por St. Quentin, los agotados restos de dos batallones se negaron a continuar, amontonaron sus armas en la estación de ferrocarril, se sentaron en la Place de la Gare y se negaron a dar un solo paso más. Le dijeron al comandante Bridges, cuya caballería había recibido la orden de detener a los alemanes hasta que todas las tropas hubieran abandonado St. Quentin, que sus oficiales le habían prometido al alcalde, por escrito, rendirse con el fin de salvar la ciudad de todo bombardeo. No deseaba enfrentarse con los coroneles de los batallones, que eran de mayor rango que él, pero Bridges buscó desesperado una banda para elevar los ánimos de aquellos doscientos a trescientos soldados. Finalmente encontraron unas trompetas y unos tambores, y él y sus soldados empezaron a interpretar la marcha de los granaderos y el «Tipperary», y poco a poco, uno a uno, los soldados se pusieron en pie, empezaron a cantar a coro y luego, lentamente, emprendieron de nuevo la marcha[55].

Sir John French, que sólo veía lo que ocurría en su propio sector, estaba convencido de que el káiser, «llevado por su rencor y odio, había debilitado otros sectores del frente con el fin de concentrar una fuerza abrumadora para destruirnos». Exigió que Kitchener le mandara la 6.ª División, y cuando éste le contestó que no podía hacerlo hasta que dicha unidad fuera reemplazada por los soldados procedentes de la India, consideró esta negativa altamente «injuriosa»[56]. Realmente, después de la Batalla de Mons, Kitchener había pensado en la posibilidad de emplear la 6.ª División en un desembarco en el flanco alemán en Bélgica. La vieja idea, abogada durante tanto tiempo

por Fisher y Esher, de usar de un modo independiente el CEB en Bélgica, en lugar de destinarlo como un apéndice del frente francés, nunca dejó de acariciar las mentes inglesas. Ahora lo intentaban, igual que dos meses más tarde en Amberes, pero fue inútil. En lugar de la 6.ª División, tres batallones de los Royal Marines desembarcaron en Ostende, el 27 y 28 de agosto, en un esfuerzo por rechazar las tropas de Von Kluck. Fueron complementados por seis mil belgas que habían seguido la retirada francesa después de Namur y que ahora fueron enviados a Ostende por vía marítima en barcos ingleses, pero que no estaban en condiciones de acudir a la lucha. Dado que los franceses ya se habían retirado demasiado, la operación perdió su significado original y los *marines* fueron reembarcados el 31 de agosto[57].

Antes de que esto sucediera, el 28 de agosto, *sir* John French abandonó su base adelantada en Amiens, que ahora estaba amenazada por el avance de Von Kluck hacia el oeste, y al día siguiente dio órdenes de trasladar la principal base inglesa otra vez de El Havre a St. Nazaire. Ideada en el mismo espíritu de la orden de desprenderse de toda munición, este traslado reflejaba ahora el urgente deseo de… abandonar Francia, un pensamiento que ya no le dejaba ni un solo instante. En parte compartiendo este punto de vista y en parte avergonzado de sentirlo, Henry Wilson, como describió más tarde un joven oficial, con aquella expresión cómica e interrogante en su rostro tan habitual en él, palmoteando de vez en cuando débilmente con las manos, canturreaba en voz baja: «Nunca llegaremos allí, nunca llegaremos allí…». Y cuando le pregunté: «¿Adónde, Henry?», continuaba canturreando: «Al mar, al mar, al mar».

20

EL FRENTE ES PARÍS

Los grandes bulevares estaban desiertos, las puertas de las tiendas cerradas, los autobuses, los tranvías, los coches y los automóviles habían desaparecido. En lugar de eso, rebaños de corderos eran conducidos por la Place de la Concorde en su camino hacia la Gare de l'Est para ser enviados al frente[1]. La mayoría de los periódicos habían dejado de publicarse, en los quioscos sólo se veían las páginas sueltas de los diarios que habían sobrevivido. Todos los turistas se habían ido, el Ritz estaba deshabitado, el Meurice, transformado en hospital. Durante un mes de agosto en su historia, París fue francesa… y silenciosa. El sol brillaba, las fuentes funcionaban en el Rond Point, los árboles estaban verdes, el tranquilo Sena fluía como siempre, las banderas aliadas ondeaban en lo alto de la belleza gris pálida de los edificios más hermosos de la ciudad.

En los amplios salones de Los Inválidos, Gallieni luchaba contra el obstruccionismo y la vacilación de los medios oficiales a la hora de adoptar las medidas radicales necesarias para convertir la expresión «zona atrincherada» en una realidad. Consideraba la zona como una base de operaciones no preparada para hacer frente a un asedio. Después de las experiencias de Lieja y Namur, sabía que París no podía resistir el bombardeo de los cañones monstruo, pero su plan no era esperar pasivamente, sino dar la batalla —con el ejército que él aún no tenía— más allá del círculo exterior de las fortificaciones[2]. El estudio de las guerras en los Balcanes y en Manchuria le había convencido de que un sistema de trincheras profundas y estrechas, protegidas por alambradas y ocupadas por soldados instruidos

y decididos, armados con ametralladoras, sería prácticamente inconquistable. Esto era lo que él pretendía construir entre los emplazamientos de las baterías de artillería, a pesar de que no contaba todavía con el ejército que había de suministrarle los hombres para poder llevar a la práctica la misión que le había sido confiada.

Cada día, a veces en dos o tres ocasiones al día, con creciente desesperación, telefoneaba al GQG solicitando los tres cuerpos activos. Le escribió a Joffre, envió emisarios, abrumaba al ministro de la Guerra y al presidente, y no dejó por un momento de repetir que París no estaba preparada. El 29 de agosto tenía a sus órdenes una brigada naval, cuya presencia, al desfilar por las calles de la capital, despertó el entusiasmo de la población, pero no el de Gallieni.

Concibió el trabajo en tres fases: la defensa militar, la defensa moral y el aprovisionamiento. Para cumplir cada una de estas tareas, debía ser franco con el pueblo francés. A pesar de lo que despreciaba a los políticos, Gallieni respetaba a los habitantes de París, que consideraba sabrían comportarse de un modo digno frente al peligro. Creía que Poincaré y Viviani no querían contarle la verdad al pueblo francés y sospechaba que preparaban algún ardid para engañarlo. Sus esfuerzos por conseguir la autorización para demoler aquellos edificios que obstruían la línea fortificada, eran obstaculizados por el miedo a suscitar el pánico entre la población. La destrucción de cualquier propiedad requería un documento firmado, tanto por el alcalde del *arrondissement* como por el jefe de ingenieros, fijando el valor de la indemnización que pagar al propietario…, un proceso que era causa de largos retrasos en la ejecución de estos planes de defensa. Cada decisión era, además, objeto de infinitas discusiones, con el «bizantino» argumento de aquellos que decían que París, como sede del gobierno, no podía ser transformada en zona fortificada para ser defendida militarmente. Estas

perspectivas, tal como manifestó profundamente disgustado el general Hirschauer, presentaban un «magnífico campo a la controversia» y temía que aquellos que abogaban por declarar la capital ciudad abierta, pronto incluso considerarían ilegal el cargo de gobernador militar. «No se puede convencer a los juristas si no se tiene un texto en las manos», declaró.

Gallieni se lo proporcionó. El 28 de agosto, la zona de los ejércitos fue extendida hasta incluir París y la región a ambos lados del Sena, con la consecuencia de que el gobierno municipal de París quedó a las órdenes del gobernador militar. A las diez de la mañana, Gallieni reunió a su Gabinete militar y civil en un Consejo de Defensa que se celebró permaneciendo todo el mundo de pie y que terminó un cuarto de hora después[3]. Los presentes no fueron preguntados sobre si París debía ser defendida, sino sencillamente invitados a dar su aprobación a la institución de un «estado de defensa»[4], que la presencia del enemigo exigía. Los documentos que proporcionaban la base legal ya habían sido redactados y estaban sobre la mesa. Gallieni invitó a cada uno de los asistentes a estampar su nombre e inmediatamente declaró que el Consejo aplazaba sus sesiones. Fue éste el primero y el último que se celebró.

Sin tregua, continuó las obras de defensa, sin tener compasión alguna por aquellos que intentaban oponerse a sus planes, luchando contra todos los que hacían gala de debilidades o incapacidad. Lo mismo que Joffre, liquidaba a todos los incompetentes; el primer día destituyó a un general de ingenieros y a otro general dos días más tarde. Todos los habitantes de los suburbios, «incluso los más viejos y los menos capacitados», fueron obligados a trabajar a pico y pala. Fue firmada la orden para reunir diez mil picos y palas en el curso de las siguientes veinticuatro horas, y aquella misma noche esta cantidad ya había sido entregada a las autoridades. Cuando en la misma ocasión Gallieni ordenó diez mil cuchillos de monte como herra-

mientas de trabajo, algunos protestaron alegando que la compra de éstos era ilegal. «Mucho mejor», replicó Gallieni, mirándoles fijamente. Y obtuvo los cuchillos de monte[5].

El 29 de agosto, una zona alrededor de París de un radio de unas veinte millas, que llegaba hasta Melun por el sur y a Dammartin y Pontoise por el norte, fue puesta bajo la autoridad de Gallieni. Fueron hechos preparativos para volar todos los puentes de la región. Aquellos que eran considerados «obras de arte» y formaban parte de la «herencia nacional», fueron puestos bajo un control de vigilancia especial para tener la certeza de que no eran destruidos hasta el último momento posible. Todas las entradas a la ciudad fueron bloqueadas. Fueron organizados los panaderos, los carniceros, todos los empleados de los mercados y el ganado llevado al Bois de Boulogne. Para el transporte y la concentración de depósitos de munición fueron requeridos todos los taxis de París, que tan pronto habrían de hacerse inmortales. Asignado al Estado Mayor de la artillería de los campos fortificados había un oficial cuyo nombre ya había pasado a la historia, el antiguo capitán, ahora comandante, Alfred Dreyfus, que había vuelto al servicio activo a la edad de cincuenta y cinco años[6].

En el frente de Lorena, el Primer y el Segundo Ejércitos, bajo la terrible presión de los cañones de Rupprecht, defendían violenta y tenazmente la línea del Mosela. El frente retrocedía y avanzaba, incluso en algunos puntos los alemanes lograron romperlo, pero, atacados por el flanco por los franceses, no lograron abrir ninguna brecha de importancia. Continuaba la batalla, buscando los ejércitos de Rupprecht el punto más débil, y Dubail y De Castelnau, que cedieron nuevas tropas a Joffre para el oeste, y que no sabían hasta cuándo podrían resistir. En los poblados que eran conquistados por los alemanes se repetían los acontecimientos ya conocidos de Bélgica. En Nomeny, en las afueras de Nancy, «los ciudadanos dispararon contra

nuestras tropas», declaró el gobernador alemán de Metz en un bando que fue pegado a las paredes. «Por consiguiente, he ordenado como castigo que el pueblo sea incendiado hasta que no quede nada del mismo. Nomeny ha sido destruido»[7].

A la izquierda de Castelnau, en el lugar en que el frente viraba hacia el oeste, el Tercer Ejército de Ruffey, desequilibrado por la retirada de las divisiones de Maunoury, se replegaba tras el Mosa, más allá de Verdún. A su lado, el Cuarto Ejército, que se había mantenido en posición el 28 de agosto para demostrar que la retirada era «estratégica» y no una huida, recibió orden, con gran disgusto por parte del general De Langle, de reanudar el repliegue el 29 de agosto. Más hacia la izquierda, en donde era mayor la presión contra las líneas francesas, el Quinto Ejército del general Lanrezac completaba la maniobra preparatoria para el contraataque en St. Quentin, la maniobra que Joffre le había impuesto, finalmente, a su reacio comandante. En el extremo de la línea, el Sexto Ejército de Maunoury ocupaba sus posiciones, pero, entre Maunoury y Lanrezac, el CEB era llevado hacia atrás por *sir* John French, a pesar de que sabía perfectamente que al día siguiente iba a librarse una nueva batalla.

El proceso fue casi interrumpido cuando Haig informó a Lanrezac de que sus tropas estaban «en perfectas condiciones y que deseaba establecer comunicación directa con él y actuar de acuerdo con el Quinto Ejército en su planeada acción en St. Quentin». Uno de los oficiales del Estado Mayor del Quinto Ejército fue en el acto a su encuentro a caballo. Haig le dijo que sus fuerzas de reconocimiento aéreas le habían informado de que el enemigo avanzaba en dirección suroeste hacia St. Quentin, «exponiendo su flanco en el avance».

«Vuelva rápido al lado de su general y transmítale esta información […]. Que se ponga en acción. Tengo mucho interés en cooperar con él en este ataque». Cuando le fue transmitido este

ofrecimiento a Lanrezac, le «satisfizo plenamente» y le impulsó a «decir ciertas cosas muy agradables con respecto a *sir* Douglas Haig»[8]. Fueron confirmadas las medidas para una acción conjunta para la mañana siguiente, sujetas sólo a la aprobación del comandante en jefe inglés. A las dos de la madrugada llegó la noticia del cuartel general de que *sir* John French negaba el permiso basándose en que las tropas estaban «muy cansadas y debían disponer al menos de un día de descanso», una exigencia que, aunque era válida para el II Cuerpo, no lo era para el I, cuyo comandante había informado de que estaban preparados y en condiciones para pasar al ataque. Lanrezac estalló de ira. «C'est une félonie!». («Es una traición»), gritó, y añadió lo que un testigo calificó posteriormente de «cosas terribles e imperdonables sobre *sir* John French y el Ejército británico».

Sin embargo, a la mañana siguiente, bloqueado entre Von Bülow, que avanzaba en su dirección, y Joffre, que llegó para controlar la ofensiva[9], no le quedó a Lanrezac otro remedio que lanzarse al ataque. Por unos papeles que encontraron en poder de un oficial francés capturado, Bülow se enteró del ataque y no fue cogido por sorpresa. Dado que no confiaba en Lanrezac, Joffre llegó a primera hora de la mañana a Laon, que era donde estaba ahora el cuartel general de Lanrezac. Laon está construida sobre una colina, desde la que se disfruta de una amplia vista sobre aquellos ondulados campos que se agitan como las grandes olas de un océano. A veinte millas hacia el norte, en un gran semicírculo, el Quinto Ejército había girado hacia el noroeste en dirección a Guise y St. Quentin. Desde la torre de la catedral, en el punto más alto de la ciudad, las cabezas de vaca esculpidas en piedra, en lugar de las figuras habituales, contemplaban con bovina serenidad todo el paisaje. Allá abajo, pero igual de silencioso, se sentaba Joffre viendo cómo Lanrezac dictaba las órdenes y dirigía la batalla. Permaneció allí, sin decir una sola palabra, hasta que, satisfecho por el modo en que

Lanrezac hacía gala de «autoridad y método», se alejó para tomar un buen almuerzo en el restaurante de la estación, y luego continuar con su coche el viaje de inspección.

Su siguiente objetivo era encontrarse con *sir* John French, de quien sospechaba que mantenía fija la mirada en el Canal de la Mancha, y «puede que abandone nuestro frente durante largo tiempo»[10]. El lugar que ocupaba ahora, entre el ejército de Lanrezac y el Sexto Ejército de Maunoury, era crucial, y, sin embargo, estaba fuera del control de Joffre. No le podía dictar órdenes al mariscal French como lo había hecho con Lanrezac, ni tampoco obligarle a la lucha sentándose detrás de él para observar cómo se comportaba. Sin embargo, podía intentar persuadirle de que detuviera su repliegue, pues entonces confiaba en poder estabilizar el frente en el Aisne a lo largo de la línea Amiens-Reims-Verdún y reanudar la ofensiva desde ahí. Puesto que el cuartel general inglés había dado otro paso hacia atrás el día anterior, *sir* John French se había establecido ahora en Compiègne, que estaba a cuarenta millas o, teniendo en cuenta que era una tropa cansada, a unos tres días de marcha de París. Mientras su vecino, el Quinto Ejército francés, luchaba durante todo aquel día en Guise, el Ejército inglés descansaba. Habiéndose replegado sin descanso el día anterior, ahora, después de ocho días de marcha bajo el sol, cavando trincheras y luchando en combates de muy diversa importancia, por fin disfrutaban de un descanso. El II Cuerpo emprendió una corta marcha durante la noche para cruzar el Oise, pero el I Cuerpo disfrutó de todo un día de descanso en los bosques de St. Gobain, a sólo cinco millas del lugar en que el ala izquierda del ejército de Lanrezac, que había estado en movimiento y luchando durante catorce días y se hallaba al borde del agotamiento, estaba librando una importante batalla.

Cuando Joffre llegó a Compiègne, suplicó al comandante inglés que aguantara hasta que pudiera reanudarse la ofensiva en

el momento favorable, pero sus argumentos no parecieron causar el menor efecto. Vio «claramente» cómo Murray tiraba del capote del mariscal de campo para que no cediera a la persuasión.

Sir John French repetía ininterrumpidamente: «¡No, no!», e insistía en que su ejército, teniendo en cuenta las pérdidas que había sufrido, no estaba en condiciones de ir a la lucha, pues necesitaba disponer, como mínimo, de dos días de descanso para poder reorganizarse. Joffre no pudo destituirle allí mismo, como hubiera hecho, sin duda alguna, si se hubiese tratado de un general francés, ni tampoco hablarle de un modo violento, como había hecho con Lanrezac en Marle. Dado que los ingleses se retiraban del espacio entre Lanrezac y Maunoury, ninguno de los dos ejércitos podía mantenerse firme en las posiciones que defendían y debía renunciarse a toda esperanza de poder cumplimentar la «Orden General número 2». Joffre se despidió, según su propia confesión, «de muy mal humor».

Las intenciones de *sir* John French aún eran mucho más drásticas de lo que le había confesado a Joffre. Sin ninguna clase de consideraciones hacia un aliado que estaba al borde de la derrota, le dijo a su inspector de comunicaciones, el general de división Robb, que hiciera los planes necesarios para una «definitiva y prolongada retirada hacia el sur, pasando a derecha e izquierda de París»[11]. Incluso las instrucciones de Kitchener no podían considerarse responsables de esta orden. Concebidas con una profunda desaprobación por el compromiso de Wilson con el «Plan 17», habían sido pensadas para contener a un *sir* John demasiado agresivo y a un Wilson demasiado francófilo e impedir, al mismo tiempo, que el ejército británico, incluido en el plan general de una *offensive à outrance* francesa, pudiera ser aniquilado o capturado. Pero nunca había sido intención de Kitchener tener tanta precaución como se estaba demostrando en aquellos momentos, pues en realidad se estaba gestando una

completa deserción. Pero el miedo no puede ser controlado y *sir* John estaba temeroso de perder su ejército y, con él, su nombre y reputación.

Sus tropas no eran, tal como pretendía, un ejército derrotado incapaz de realizar un nuevo esfuerzo. Según confesión de sus propios oficiales, no estaban, de ningún modo, dispuestos a renunciar a la lucha. El teniente coronel Frederick Maurice, de la 3.ª División, declaró que, a pesar del agotamiento, los pies doloridos y la falta de comida caliente, «con una comida caliente, una noche de descanso y un baño tienen suficiente nuestros soldados para volver al campo de batalla». El capitán Ernest Hamilton, del 11.º de Húsares, dijo que después de aquel día de descanso, el 29 de agosto, el CEB «se encontraba en perfectas condiciones para dar media vuelta y volver al combate». El general Macready, ayudante general del CEB, dijo que «lo único que necesitaban era comida y descanso para sentirse de nuevo con fuerzas», y demostrarles a los alemanes de lo que eran capaces.

Sin embargo, *sir* John French comunicó a Joffre, al día siguiente, que el Ejército inglés no estaría en condiciones de ocupar posiciones en el frente de combate «durante los próximos diez días». Si hubiera solicitado diez días de permiso mientras luchaba con la espalda vuelta hacia Londres, no hubiera continuado al mando. Pero, en aquella situación, *sir* John French continuó como comandante en jefe del CEB durante otro año y medio.

Aquella tarde, deseoso de poner a sus hombres en movimiento y alejarlos de la zona enemiga, tenía el máximo interés en que Lanrezac pusiera fin a la batalla y reanudara la retirada a su misma marcha, no para cubrir el flanco de Lanrezac, sino para proteger el suyo propio. En un esfuerzo por obtener una orden para que el Quinto Ejército actuara en este sentido, Henry Wilson llamó al GQG, y al enterarse de que Joffre aún no ha-

bía regresado, habló con el general Berthelot, el cual se negó a asumir toda la responsabilidad, pero le dijo a Wilson que podía entrevistarse con Joffre en el hotel *Lion d'Or*, en Reims, a las siete y media de aquella tarde. Siempre se sabía dónde pensaba Joffre almorzar o cenar. Cuando Wilson se encontró con él discutió inútilmente. Joffre se limitó a decir que «Lanrezac luchará hasta el final», sin especificar a qué final se refería. Cuando Wilson regresó con esta contestación, *sir* John decidió no esperar más y dio órdenes de que el CEB reanudara la retirada al día siguiente[12].

Mientras tanto, el avance de Lanrezac en St. Quentin tropezaba con dificultades. Un regimiento del XVIII Cuerpo que había recibido órdenes de ocupar un pueblo junto a la carretera, avanzó bajo un mortífero fuego de artillería. La metralla «cubría la carretera y arrancaba los árboles de cuajo», escribió un sargento que sobrevivió a aquella acción.

«Era estúpido echarse cuerpo a tierra. Lo mejor era seguir avanzando […]. Por todas partes, los hombres estaban tendidos en tierra, sobre el vientre o la espalda. Estaban muertos. A uno de ellos, caído bajo un manzano, la metralla le había arrancado media cara y la sangre brotaba de su cabeza. A la derecha, los tambores y las trompetas ordenaban cargar a la bayoneta. Nuestra línea avanzaba mientras el sol se reflejaba en las puntas de las bayonetas. El redoble de los tambores se hizo más rápido. "¡Adelante!". Todos los hombres gritaban: "¡Adelante!". Fue un momento supremo. Un estremecimiento eléctrico me sacudió de pies a cabeza. Los tambores ahora redoblaban furiosos, el cálido viento llevaba las notas de las trompetas; los hombres gritaban. ¡Se sentían transportados! […]. De pronto, nos detuvieron. Lanzarse a la carga contra un pueblo que estaba a un kilómetro de distancia y contaba con sólidas defensas era una locura. Recibimos la orden: "Cuerpo a tierra, cubríos"»[13].

El ataque contra St. Quentin fue rechazado, y tal como había anticipado Lanrezac una fuerte presión enemiga se cernía sobre él por su derecha. Bülow atacaba con todas sus fuerzas en lugar de permitir que los franceses avanzaran contra él para evitar ser atacados por la retaguardia por los ejércitos de Kluck y Hausen. Con la confianza de que se trataba del último esfuerzo de un ejército hundido y aniquilado, Bülow se sentía «muy confiado respecto al resultado final». En un sector, los franceses fueron rechazados hacia la otra orilla del Oise, y cundió el pánico cuando los puentes y las estrechas carreteras que conducían a los mismos se vieron bloqueados por un número tan enorme de soldados. Lanrezac rápidamente ordenó abandonar la acción en St. Quentin para efectuar una nueva concentración, a fin de hacer un último esfuerzo y aliviar la situación de la derecha en Guise.

Franchet d'Esperey, comandante del I Cuerpo, el pequeño general abrasado por el sol de Tonkín y Marruecos, a quien Poincaré calificaba como «inmune a la depresión», recibió órdenes de apoyar la acción del III y X Cuerpos a su derecha e izquierda. Con la ayuda de oficiales que cabalgaban a un lado y otro del frente y las bandas interpretando otra vez el «Sambre et Meuse», reorganizó la línea a las cinco y media de la tarde. Precedidos por una acción bien preparada de la artillería, los franceses se lanzaron nuevamente al ataque. El puente de Guise quedó cubierto por los cadáveres. En el extremo de la línea, los franceses notaban cómo la resistencia se debilitaba. «Los alemanes emprendían la huida», escribió un observador, y los franceses, «dominados por la alegría ante tal noticia y ansiosos de sensaciones, se lanzaron hacia delante en una espléndida oleada victoriosa».

Al finalizar el día, cuando el sargento que había participado en el ataque contra St. Quentin regresó al pueblo del que había partido aquella mañana, vio a un amigo, al que le explicó todo

lo sucedido. «Dijo que había sido un gran día. Nuestro fracaso no importaba. El enemigo había sido rechazado y nosotros éramos los vencedores. El coronel murió por la metralla, murió mientras se lo llevaban. El comandante Theron cayó herido en el pecho. El capitán Gilberti fue herido de muerte. La mayoría de los hombres habían muerto o estaban heridos. Repitió que había sido un buen día, debido a que durante dos noches seguidas dormirían en el mismo pueblo».

El repliegue del Cuerpo de la Guardia, la élite del ejército de Bülow, obligó a retirarse igualmente a sus vecinos y le confirió a Lanrezac una victoria táctica en Guise, ya que no en St. Quentin. Pero ahora estaba solo y expuesto, de cara al norte, mientras que sus vecinos a ambos lados, los ingleses y el Cuarto Ejército, los dos a un día de marcha de él, seguían su retirada y, a cada paso que daban, descubrían más y más su flanco. Si el Quinto Ejército debía ser salvado, había de cesar inmediatamente la lucha y reunirse con sus vecinos, pero Lanrezac no recibió ninguna orden de Joffre, que no se encontraba en el GQG cuando llamó por teléfono para solicitarla.

—¿Ha de continuar el Quinto Ejército en la región de Guise-St. Quentin, corriendo el riesgo de ser capturado? —le preguntó Lanrezac al general Belin, el lugarteniente de Joffre.

—¿Qué significa eso de permitir que capturen su ejército? ¡Eso es absurdo!

—No me entiende. Estoy aquí por orden expresa del comandante en jefe. No me atrevo a dar la orden de repliegue sobre Laon. Es el comandante en jefe quien me debe dar la orden de que me repliegue.

Lanrezac no estaba dispuesto a cargar esta vez con la culpa, tal como había hecho en Charleroi.

Negándose a asumir la responsabilidad, Belin replicó que informaría de la situación a Joffre tan pronto como éste regresa-

ra. Cuando regresó Joffre, aunque estaba muy confiado, sus esperanzas habían sufrido un segundo golpe, mucho mayor aún que cuando el desastre de las fronteras, dado que ahora el enemigo había profundizado mucho más en territorio francés. No tenía medios para saber que la presión de Lanrezac había infligido un duro golpe al ejército de Bülow, puesto que los resultados aún no podían ser valorados. Sólo podía reconocer que el Quinto Ejército se encontraba verdaderamente en una situación peligrosa, que el CEB continuaba replegándose y que no «podía alimentar ninguna esperanza de detener a nuestros aliados en la prevista línea de batalla»[14]. El Sexto Ejército, que aún se estaba formando, sufría intensos ataques por parte de los dos cuerpos del ala derecha de Kluck. El frente que él había confiado formar se había disipado, y cedería nuevos territorios al enemigo; tal vez tendría que retroceder hasta el Marne, tal vez incluso hasta el Sena.

Durante este período, el «más trágico en toda la historia de Francia», Joffre no se dejó arrastrar por el pánico, como en el caso de *sir* John French, ni vaciló tampoco como Moltke, ni perdió momentáneamente el dominio sobre sus nervios, como Haig y Ludendorff, ni sucumbió tampoco a un pesimismo parecido al de Prittwitz. Nunca se supo lo que ocurría en su interior. Los hombres corrientes, escribió Clausewitz, se sienten deprimidos por un sentido del peligro y de la responsabilidad si estas condiciones han de «prestar alas para reforzar el juicio, señal de que gozan de una extraordinaria grandeza de alma». Si el peligro no mejoró el juicio de Joffre en ningún sentido, en cambio éste hizo gala de una cierta fuerza anímica y de carácter. Cuando la ruina lo rodeaba todo a su alrededor, mantuvo un control firme sobre sí mismo, lo que Foch, que le vio el 29 de agosto, calificó de «maravillosa serenidad» que mantuvo unido al Ejército francés en la hora en la que más precisaba de esta confianza en sí mismo. Uno de aquellos días, el coronel

Alexandre, al regresar de una misión cerca del Quinto Ejército, excusó su expresión sombría, alegando que «traigo malas noticias».

—¿Cómo? ¿No cree ya en Francia? —replicó Joffre—. Vaya y descanse un poco. Ya lo verá usted. Todo se arreglará[15].

A las diez de aquella noche del 29 de agosto, dictó la orden, dirigida a Lanrezac, de que emprendiera la retirada y volara los puentes sobre el Oise detrás de él. El general D'Amade recibió orden de volar los puentes sobre el Somme en Amiens y replegarse junto con el ejército de Maunoury. A la derecha, el Cuarto Ejército recibió órdenes de retirarse sobre Reims y al general De Langle, que reclamaba un descanso para sus tropas, le contestaron que su descanso dependía del que el enemigo estuviera dispuesto a concederle. Como acto final de la noche del 29 de agosto, Joffre ordenó hacer los preparativos necesarios para abandonar Vitry-le-François, «aquel cuartel general de ilusiones rotas y perdidas». El GQG había de ser trasladado a Bar-sur-Aube, en la parte oriental del Sena. La noticia circuló pronto entre los oficiales del Estado Mayor, y Joffre, con disgusto, observó «el nerviosismo general y la ansiedad»[16].

Por un fallo en el Estado Mayor, la orden de Joffre no llegó a manos del Quinto Ejército hasta la mañana siguiente, provocando una noche de terrible ansiedad. Afortunadamente, Bülow no reanudó el ataque, y cuando Lanrezac se replegó tampoco se lanzó en su persecución. Los resultados de la batalla eran tan desconocidos para los alemanes como lo eran para los franceses, y las impresiones de Bülow, al parecer, eran contradictorias[17], puesto que informó al OHL de que había obtenido un éxito, y al mismo tiempo le mandó un capitán del Estado Mayor a Von Kluck para decirle que su ejército estaba «agotado por la Batalla de Guise e incapaz de perseguir al enemigo». Ignorantes de este hecho, los franceses, tanto Joffre como Lanrezac, se sentían dominados por un solo propósito: separar el

Quinto Ejército, sacarlo del peligro y ponerlo al mismo nivel que los restantes ejércitos franceses antes de que los alemanes lo pudieran rebasar por su izquierda.

Mientras tanto, la amenaza sobre París por el ala derecha alemana resultaba cada vez más evidente. Joffre le telegrafió a Gallieni, sugiriéndole que colocara cargas en los puentes del Sena, inmediatamente al oeste de París, y del Marne, al este, y que destinara grupos de ingenieros a los mismos para tener la certeza de que las órdenes de volar los puentes serían cumplidas. El ejército de Maunoury, al replegarse, protegería París y se convertiría en el grupo que formaría el ejército de tres cuerpos que reclamaba Gallieni. Pero para Joffre y el GQG, París continuaba siendo una «expresión geográfica». Defenderla por ella misma, y destinar para este fin el ejército de Maunoury a las órdenes de Gallieni, no era la intención de Joffre. París, tal como él lo veía, se mantendría o caería según el resultado de la batalla que él pensaba librar con todo el ejército que estaba a sus órdenes. Para los hombres de París, sin embargo, el destino de la capital era de un interés más directo[18].

El resultado aparente de la Batalla de St. Quentin-Guise aumentó aún más el estado de depresión. La mañana de la batalla, el señor Toulon, vicepresidente del Senado y magnate de la industria de las regiones del norte, se precipitó hacia el despacho de Poincaré «como un torbellino», clamando que el gobierno «era engañado por el GQG» y que «nuestra izquierda ha sido rebasada y los alemanes ya están en La Fère»[19]. Poincaré le repitió las seguridades que le había dado Joffre de que la izquierda resistiría y que, tan pronto como el Sexto Ejército estuviera en condiciones, reanudaría el ataque, pero en lo más íntimo de su persona temía que el señor Toulon pudiera estar en lo cierto. Los mensajes anunciaban que se estaba desarrollando una gran batalla. A cada hora que pasaba, se recibían informes contradictorios. A última hora de la tarde, el señor Toulon se presentó

nuevamente en su despacho, más excitado que nunca. Acababa de hablar por teléfono con el señor Seline, senador por el Aisne, que poseía una propiedad cerca de St. Quentin y había asistido a la batalla desde el tejado de su casa. El señor Seline había visto avanzar a las tropas francesas, había contemplado las nubes de humo cubrir el firmamento y, luego, había distinguido cómo llegaban los refuerzos alemanes, igual que un ejército de hormigas grises, y había visto también cómo se replegaban los franceses. El ataque no había conseguido ningún éxito, la batalla se había perdido y el señor Toulon se despidió profundamente abatido.

La segunda fase de la batalla, en Guise, no fue vista por el senador desde el tejado de su casa, y aún resultaba mucho menos clara a los ojos del gobierno que del GQG. Lo único que quedó claro era que Joffre había fallado en su intento de contener el ala derecha alemana, que París se enfrentaba con el cerco y que tal vez se verían obligados otra vez a comer ratas, como había ocurrido cuarenta años atrás. La posibilidad de la caída de la capital, la cuestión de si el gobierno debía abandonarla, que había pasado por la mente de los ministros desde la Batalla de las Fronteras, se discutía ahora de un modo abierto y urgente. El coronel Penelon, oficial de enlace entre el GQG y el presidente, llegó a primera hora de la mañana siguiente, con su rostro, generalmente iluminado por una sonrisa, mostrando una expresión muy sombría, y admitió que la situación era «bastante grave». Millerand, el ministro de la Guerra, aconsejó en el acto abandonar la capital para evitar ser aislados del resto del país. Gallieni, al que sin pérdida de tiempo le fue pedida su opinión, consultó telefónicamente con Joffre. Éste confesó que la situación no era muy buena, que el Quinto Ejército había luchado muy bien pero no había colmado sus esperanzas, que los ingleses «no se habían movido», que el avance del enemigo no podía ser contenido y que París estaba «seriamente amenaza-

da». Aconsejó al gobierno abandonar la capital, ya que de este modo se evitaba que el enemigo sintiera un mayor deseo de ocuparla. Joffre sabía perfectamente que el objetivo del enemigo eran los ejércitos franceses, no el gobierno, pero, dado que el campo de batalla se acercaba a París, la presencia del gobierno en la Zona de los Ejércitos podía confundir las zonas de autoridad. Su abandono eliminaría una serie de interferencias e incrementaría los poderes y la autoridad del GQG. Cuando Gallieni, por teléfono, trató de convencerle de la necesidad de defender París como el objetivo material y moral de todo el esfuerzo bélico y exigió nuevamente que el Ejército atacara al enemigo antes de que éste pudiera acercarse demasiado a la ciudad, le prometió, de forma un tanto vaga, que le enviaría tres cuerpos, aunque no con todos sus efectivos y compuestos, en su mayor parte, por divisiones de la reserva. A Gallieni le dio la impresión de que no consideraba París como un objetivo primordial y que no tenía la menor intención de restar fuerzas a sus ejércitos para defender la ciudad[20].

El presidente de la República, «preocupado e incluso desanimado», aunque, como siempre, «frío y reservado», le preguntó a Gallieni cuánto tiempo podría resistir París y si creía que el gobierno debía abandonar la capital. «París no puede resistir y será mejor que se prepare usted para abandonar la ciudad cuanto antes», contestó Gallieni. En su deseo, que no era menor que el de Joffre, de verse libre de las interferencias del gobierno, consideró que este consejo era el mejor que podía dar en aquellos momentos. Poincaré le rogó que volviera más tarde para exponer sus puntos de vista ante el Gabinete, que, mientras tanto, estaba reunido y discutía apasionadamente un problema que diez días antes, cuando fue lanzada la ofensiva francesa, era completamente inconcebible.

Poincaré, Ribot y los dos socialistas, Guesde y Sembat, eran partidarios de continuar en la capital, o al menos esperar el re-

sultado de la batalla que se aproximaba. El efecto moral de abandonar la capital, decían, provocaría la desesperación, e incluso la revolución. Millerand insistía en partir. Dijo que una compañía de ulanos podría penetrar más abajo de París y cortar las comunicaciones ferroviarias con el sur, y el gobierno podía arriesgarse a quedar encerrado en la capital, como había ocurrido en el año 1870. Esta vez, Francia luchaba formando parte de una alianza y el gobierno tenía el deber de permanecer en contacto con sus aliados y el mundo exterior, así como también con el resto de Francia. Doumergue causó una profunda impresión cuando dijo: «Se requiere más valor para aparecer como un cobarde y arriesgarse a la ira popular que para correr el riesgo de dejarse matar». Si la situación requería convocar el Parlamento, tal como exigieron en el transcurso de dos excitadas visitas los representantes de ambas cámaras, fue cuestión objeto de una nueva discusión.

Impaciente por regresar a sus obligaciones, Gallieni esperó en la antesala durante una hora mientras los ministros discutían. Finalmente le permitieron entrar y, sin andarse un solo momento con vacilaciones, les dijo que «ya no gozaban de seguridad en la capital». Su grave y castrense aparición, sus modales y la «claridad y fuerza» con que expresó sus puntos de vista causaron un «profundo efecto». Explicó que, sin contar con un ejército con el que luchar en el perímetro de la ciudad, París no estaba en condiciones de ser defendida y «sería una utopía confiar en que la zona atrincherada pudiera ofrecer una seria resistencia si el enemigo se presentaba durante los próximos días ante la línea exterior de nuestros fuertes». La formación de un ejército de cuatro o, al menos, tres cuerpos para luchar a sus órdenes ante la ciudad como ala del extremo izquierdo de la línea francesa, era completamente «indispensable». El retraso en disponer las defensas, antes de que él fuera nombrado gobernador, lo atribuía a aquellos grupos influyentes que

deseaban declarar París ciudad abierta para salvarla de la destrucción. Y estos grupos habían sido estimulados e incitados por el GQG.

—Es cierto —confirmó Millerand—. El GQG opina que París no debe ser defendida.

Guesde, el socialista, que pronunciaba sus primeras palabras como ministro después de haberse pasado toda la vida en la oposición, intervino excitado:

—Usted quiere abrir las puertas de París al enemigo para que la ciudad no sea saqueada. Pero el día en que los alemanes desfilen a través de nuestras calles, les dispararán desde todas las ventanas en los barrios obreros. Y entonces ya verá usted lo que sucederá: ¡París será incendiada[21]!

Después de una violenta discusión, acordaron que París debía ser defendida y que Joffre había de dar su aprobación a esta decisión, pues, en caso contrario, sería destituido[22]. Gallieni protestó contra la destitución demasiado precipitada del comandante en jefe en aquella fase de las operaciones. Pero el gobierno no llegó a tomar ninguna decisión sobre si abandonaban o no la capital[23].

Después de dejar a los ministros «abrumados por la emoción y la indecisión» y, tal como ya se temía, «incapaces de tomar una resolución», Gallieni regresó a Los Inválidos, abriéndose paso entre la muchedumbre que se agolpaba a sus puertas para solicitar permiso para abandonar la ciudad, para llevarse sus coches, para cerrar comercios vitales para la existencia de la ciudad y mil cosas más. La ansiedad que dominaba a todo el mundo era más fuerte que de costumbre. Aquella tarde, por primera vez, un Taube alemán bombardeó París. Además de tres bombas en el Quai de Valmy, que mataron a dos personas e hirieron a otras, arrojó folletos anunciando a los habitantes de

la capital que los alemanes estaban a sus puertas, como en el año 1870, y que no podían hacer otra cosa que «capitular».

Desde entonces, a diario, uno o más aviones enemigos regresaban regularmente a las seis de la tarde y dejaban caer dos o tres bombas que mataban a algunos habitantes, deseando, sin duda alguna, sembrar el pánico entre la población. Los más asustados emprendían la marcha hacia el sur. Para aquellos que permanecieron en París durante aquel período, cuando nadie sabía si al día siguiente ya verían desfilar a los alemanes por las calles de su ciudad, aquellos vuelos de los Taube a la hora del aperitivo compensaban la prohibición del gobierno sobre la venta de absenta[24]. Aquella noche, París apagó sus luces por primera vez. El único «reflejo de luz», en aquella oscuridad general, escribió Poincaré en su diario, estaba en el Este, en donde, según un telegrama enviado por el agregado militar francés, los ejércitos rusos «continuaban su ofensiva en dirección a Berlín». En realidad, quedaban aislados y eran aniquilados en Tannenberg, y aquella misma noche el general Samsonov se quitó la vida.

Joffre se enteró de una versión más verídica cuando un mensaje alemán por radio, interceptado en Belfort, hizo mención de la destrucción de tres cuerpos rusos y la captura de dos comandantes de cuerpo y de setenta mil prisioneros, y anunciaba: «El Segundo Ejército ruso ha dejado de existir». Esta terrible noticia, que llegaba cuando ya se hundían todas las esperanzas francesas, hubiese bastado para desmoralizar a otro hombre, pero Joffre sabía que el sacrificio ruso no había sido inútil. Los informes interceptados revelaban que, al menos, dos cuerpos alemanes habían sido transferidos del frente del Oeste al Este, y estos informes fueron confirmados dos días después del paso por Berlín, en dirección este, de treinta y dos trenes de transporte de tropa. Ésta era la luz que veía brillar Joffre en el lejano firmamento… Ésta era la ayuda que Francia, durante tanto

tiempo, había reclamado tan insistentemente de Rusia. Pero no compensaba, de ningún modo, la pérdida de los ingleses, cuyo comandante se negaba obstinadamente a permanecer en contacto con el enemigo, lo que permitía el envolvimiento del Quinto Ejército. El Quinto Ejército corría también el peligro de ser rebasado por su derecha, en la zona apenas cubierta por las fuerzas de Foch.

Cuando un sector necesitaba ser reforzado con toda urgencia, debía debilitarse otro sector. Aquel día, 30 de agosto, Joffre visitó el frente del Tercer y Cuarto Ejércitos para estudiar las fuerzas que podía colocar a las órdenes de Foch. Por la carretera se tropezó con las columnas que habían estado luchando en las Ardenas y en los altos del Mosa. Los pantalones rojos de los soldados se habían vuelto de un color rojizo pálido, las guerreras estaban destrozadas, las botas, cubiertas de barro y los ojos, hundidos en unas mejillas pálidas por el agotamiento, y todos ellos llevaban muchos días sin afeitarse. Veinte días de combate parecían haber envejecido a aquellos hombres en muchos años. Los caballos mostraban sus huesos, presentaban heridas y eran desenganchados por los artilleros para que no bloquearan la carretera. Los cañones parecían chatarra cubierta de polvo y barro[25].

Otros soldados, en cambio, dominados todavía por un intenso vigor, se habían convertido en confiados veteranos en el curso de los veinte días, orgullosos de la habilidad que habían desplegado en el campo de batalla y ansiosos de impedir la retirada. El mejor elogio lo mereció la 42.ª División del ejército de Ruffey, al que, después de defender la retaguardia y haberse despegado con éxito del enemigo, el general Sarrail, comandante del cuerpo, le dijo: «Habéis hecho gala del *cran*»[26]. Cuando Joffre ordenó que esta división fuera transferida a Foch, el general Ruffey protestó, alegando un anticipado ataque. A diferencia del general De Langle, del Cuarto Ejército, a quien

Joffre había encontrado sereno, confiado y «dominándose a la perfección», la única condición esencial a los ojos de Joffre, Ruffey aparecía nervioso, excitado y «con una imaginación febril»[27]. Tal como dijo el coronel Tanant, su jefe de operaciones, era un hombre muy inteligente y dominado por miles de ideas a cual mejor, pero la cuestión era: ¿por cuál decidirse? Al igual que los diputados en París, Joffre tenía necesidad de un cabeza de turco para el fracaso de la ofensiva, y la conducta de Ruffey le decidió. Aquel mismo día fue destituido del mando del Tercer Ejército y reemplazado por el general Sarrail. Invitado a almorzar al día siguiente con Joffre, Ruffey achacó su derrota en las Ardenas a la retirada en el último minuto de las dos divisiones de la reserva, que Joffre había transferido al ejército de Lorena. Si hubiera podido contar con esos cuarenta mil hombres y la 7.ª de caballería, Ruffey dijo que hubiese podido rebasar el flanco derecho del enemigo, «¡y qué éxito habrían alcanzado nuestros ejércitos!». En una de sus misteriosas observaciones, Joffre replicó: «Chut, il ne faut pas le dire». No sabemos en qué tono de voz pronunció estas palabras, ni tampoco si quiso decir: «Está usted en un error, no debe decir una cosa así», o, en cambio: «Está usted en lo cierto, pero no lo diga».

Aquel domingo, 30 de agosto, el día de Tannenberg, el día en que el gobierno francés recibía el consejo de abandonar París, Inglaterra recibía un *shock*, conocido desde entonces como el «despacho de Amiens». Titulado, con inicial exageración, «La batalla más violenta en la historia», apareció, con terrible impacto, en una edición especial de domingo en *The Times*, en primera página, en donde, generalmente, sólo publicaban aburridos y discretos anuncios. Los subtítulos proclamaban: «Graves bajas entre las tropas inglesas; Mons y Cambrai; lucha contra un enemigo superior; necesidad de refuerzos»[28]. Esta última frase era la clave, ya que, aunque el despacho había de levantar una tormenta oficial, iba a provocar también un furioso debate

en el Parlamento y a merecer un reproche del primer ministro, que lo calificó de «lamentable excepción» en una «prensa patriótica y reservada», a pesar de que lo cierto es que fue publicado con un propósito oficial. Dándose cuenta de las posibilidades de estimular la propaganda, el censor, F. E. Smith, futuro lord Birkenhead, la transmitió a *The Times*, que la publicó, como deber patriótico, con un apéndice remarcando la «extrema gravedad de la labor con la que nos enfrentamos». Había sido escrito por un corresponsal, Arthur Moore, que había llegado al frente cuando se produjo la retirada desde Le Cateau y el desespero reinaba en el Gran Cuartel General.

Escribió acerca de un «ejército aniquilado y en retirada», después de la serie de combates «que pueden ser llamados "la acción de Mons"», del repliegue francés en el flanco, de la «inmediata, incesante» persecución alemana y su «irresistible vehemencia», de regimientos británicos «gravemente heridos», aunque «sin un solo fallo en la disciplina, sin pánico y sin haber arrojado la toalla». A pesar de todo lo ocurrido, los hombres estaban «animados y firmes», aunque «forzados a la retirada, a una retirada continua». Hablaba de «elevadas bajas», de «restos de regimientos aniquilados» y de algunas divisiones que habían «perdido a casi todos sus oficiales». Sin duda, contagiado por el ambiente que reinaba en el cuartel general, hablaba asustado del ala derecha alemana. «Tan grande ha sido su superioridad numérica que no podía ser detenida, como tampoco se pueden detener las olas del mar». Gran Bretaña, concluía, debía enfrentarse con el hecho de que «el primer gran esfuerzo alemán había obtenido éxito» y que el «asedio de París no puede ser alejado del campo de las posibilidades».

Cuando, al insistir sobre el envío de refuerzos, dijo del CEB que «había aguantado el peso del golpe enemigo», escribió los principios de una leyenda. Todo daba a entender que el Ejército francés había sido, única y exclusivamente, un elemento de po-

ca importancia en la acción. En realidad, el CEB nunca, en ningún momento durante el primer mes, estuvo en contacto con más de tres cuerpos alemanes, de un total de más de treinta, pero la idea de que «había llevado el peso» fue perpetuada en todos los relatos ingleses sobre Mons y la «gloriosa retirada». Forjó en las mentes inglesas el convencimiento de que el CEB, en los valientes y terribles días del primer mes de batalla, había salvado a Francia, a Europa, a la civilización occidental, o tal como expuso un periodista inglés: «Mons. En esta única palabra quedará resumida la liberación del mundo».

Sola entre todos los beligerantes, Gran Bretaña había ido a la guerra sin un plan concreto, sin las órdenes de movilización en los bolsillos de los que habían de ser incorporados a filas. Con la excepción del Ejército regular, todo había sido improvisado y, durante las primeras semanas, antes del despacho desde Amiens, casi en un ambiente de vacaciones. Hasta aquel momento, la verdad del avance alemán había sido ocultada, por emplear la exquisita frase del señor Asquith, «por razones de reserva patriótica». La lucha había sido presentada al público británico, como también a los franceses, como una serie de derrotas alemanas en las que el enemigo, por curiosas circunstancias, avanzaba de Bélgica a Francia y aparecía cada día, de acuerdo con los mapas, en un lugar más avanzado. En toda Inglaterra aquel 30 de agosto leyeron el *The Times* durante la hora del desayuno, y el pueblo estaba asombrado. «Fue como si David hubiera lanzado su honda… ¡y hubiese fallado el blanco!», escribió el señor Britling.

Ante la repentina y terrible realidad de que el enemigo estaba ganando la guerra, el pueblo, en busca de una esperanza, se aferró a una historia que había surgido en el curso de los últimos días y que se convirtió en una obsesión nacional. El 27 de agosto, un retraso de diecisiete horas en el servicio ferroviario entre Liverpool y Londres inspiró el rumor de que el incidente

se debía al transporte de tropas rusas que habían desembarcado en Escocia para reforzar el frente occidental. Se decía que habían cruzado desde Arkangel, por el Ártico, hasta Noruega y que habían llegado en transatlánticos a Aberdeen, y desde esta ciudad los transportaban en trenes hasta los puertos del Canal de la Mancha. Todos los retrasos en el servicio de trenes fueron atribuidos, desde aquel momento, a «los rusos». En el estado de ánimo que siguió al parte de Amiens y al incontenible avance alemán «como el oleaje» y su llamamiento en favor de «hombres, hombres y más hombres», todos los pensamientos volaron hacia la inagotable fuente de los recursos humanos rusos, y los fantasmas vistos en Escocia cobraron cuerpo confirmando la historia que había comenzado a circular como un reguero de pólvora[29].

Se limpiaban la nieve de sus botas en los andenes de las estaciones… y esto en el mes de agosto; se sabía de un jefe de estación en Edimburgo que había barrido la nieve del andén. «Extraños uniformes» eran vistos en los trenes al pasar. Decían que eran transportados desde Harwich para salvar Amberes y desde Dover para salvar París. Diez mil fueron vistos en Londres camino de la estación Victoria. La batalla naval de Heligoland fue relatada como una distracción para cubrir los transportes de tropas rusas. Muchas personas los habían visto personalmente, o sus amigos. Un profesor de Oxford conocía a un compañero que había sido llamado para servir de intérprete. Un oficial escocés en Edimburgo los había visto embutidos «en grandes capas de pieles», llevando arcos y flechas en lugar de fusiles y montando sus propios caballos, «muy parecidos a los ponis escoceses, pero más huesudos», descripción que encajaba con los relatos sobre los cosacos de principios de la época victoriana. Un habitante de Aberdeen, *sir* Stuart Coats, le escribió a su cuñado en América que 125 000 cosacos habían cruzado su finca en Perthshire. Un oficial inglés aseguró a sus amigos que

70 000 rusos habían cruzado Inglaterra en dirección al frente occidental, «en el mayor de los sigilos». Señaló primero que habían sido 70 000, luego, 250 000 y, finalmente, 125 000. La historia corría de boca en boca y a causa de la censura oficial nada se publicaba en los periódicos ingleses sobre esto, y, en cambio, sí en Estados Unidos. Los informes de los norteamericanos que regresaban a su patria, muchos de los cuales habían embarcado en Liverpool, en donde los rumores sobre la presencia de los rusos habían provocado un gran revuelo, legaron el fenómeno para la posteridad.

Otros países neutrales recogieron la noticia. Despachos desde Amsterdam hablaban de potentes efectivos rusos que eran destinados a París para ayudar en la defensa de la capital. En la capital gala la gente se concentraba en las estaciones en espera de la llegada de los primeros cosacos. Al pasar al continente, los fantasmas se convirtieron en un factor militar, pues, como es natural, también los alemanes oyeron el rumor. La preocupación por los posibles 70 000 rusos a sus espaldas había de convertirse en un factor tan real como la ausencia de 70 000 alemanes que habían sido transportados al frente oriental. Fue después del Marne, el 15 de septiembre, cuando apareció una negativa oficial del rumor en la prensa inglesa.

El mismo domingo en que el despacho de Amiens dejaba confuso al público inglés, *sir* John French redactó un informe que iba a representar un *shock* mucho mayor para lord Kitchener. El GQG se encontraba entonces en Compiègne, a cuarenta millas al norte de París, y las tropas inglesas, relevadas de la persecución el día anterior, habían descansado mientras los franceses combatían al enemigo. La Orden de Operaciones para el CEB aquel día, firmada por *sir* John French, afirmaba que la presión enemiga «fue aliviada por un avance francés a nuestra derecha que obtuvo gran éxito en las cercanías de Guise, en donde la Guardia y el X Cuerpo alemanes fueron rechazados

hasta el Oise». Este rápido reconocimiento de los hechos, que era completamente contrario a lo que *sir* John le escribía a Kitchener, cabe suponer que lo firmó sin haberlo leído antes[30].

Informaba a Kitchener de la demanda que le había presentado Joffre para hacerse fuerte al norte de Compiègne, para mantener el contacto con el enemigo, pero alegaba que no estaba en «condiciones de continuar en el frente de batalla» y tenía la intención de retirarse «detrás del Sena», conservando «una considerable distancia con el enemigo». Su repliegue significaría una marcha de ocho días «sin fatigar a la tropa», pasando al oeste de París para estar lo más cerca posible de su base. «No me gusta el plan del general Joffre —continuaba *sir* John—, y hubiera preferido una vigorosa ofensiva»; una preferencia que él se había negado a ejercer en St. Quentin cuando le prohibió a Haig que colaborara con Lanrezac en la batalla.

Contradiciéndose en la frase siguiente, *sir* John explicaba que, después de diez días de campaña, consideraba que los franceses estaban derrotados y estaba dispuesto a regresar a casa. Su confianza en la habilidad de los franceses para llevar la campaña a una feliz conclusión «se está esfumando», escribió, y «éste es mi argumento para replegar tan hacia atrás las fuerzas británicas». Aunque «presionado muy fuertemente para continuar en el frente, incluso en las condiciones actuales tan desfavorables», se había «negado rotundamente a actuar en este sentido», de completo acuerdo con «la letra y el espíritu de las instrucciones de Kitchener», e insistía en conservar la independencia de acción «para retirarse a la base» si era preciso[31].

Kitchener leyó el informe, recibido el 31 de agosto, con una sorpresa que se transformaba en consternación[32]. La intención de *sir* John French de retirarse del frente aliado y separar a los ingleses de los franceses, dando la impresión de que los abandonaba en su hora más desesperada, la consideraba calamitosa, tanto desde el punto de vista militar como político. Como una

violación del espíritu de la Entente, se había convertido en una cuestión política, y lord Kitchener rogó al primer ministro que reuniera en el acto al Gabinete. Antes de la reunión mandó un telegrama a French expresando su «sorpresa» por la decisión de retirarse tras el Sena y expresando su disgusto de forma delicada, mediante una pregunta: «¿Cuál será el resultado de esta decisión en sus relaciones con el Ejército francés y en la situación militar en general? ¿Dejará su repliegue un hueco en el frente francés o los desmoralizará hasta el punto de que los alemanes puedan aprovecharse de esta situación?». Terminó recordando que los treinta y dos trenes que habían pasado por Berlín revelaban claramente que los alemanes estaban retirando fuerzas del frente occidental.

Cuando Kitchener, después de leer la carta de French al gobierno, explicó que la retirada detrás del Sena podía significar la pérdida de la guerra, el Gabinete, tal como se expresó Asquith, quedó «perturbado»[33]. Kitchener fue autorizado por el gobierno a informar a *sir* John French de la preocupación gubernamental en lo que hacía referencia a su propuesto repliegue y a indicarle que, «en la medida de lo posible, se ajustara a los planes del general Joffre para la dirección de la campaña». El gobierno añadía, cuidadosamente para no dañar el *amour propre* de *sir* John, que mantenía «plena confianza en sus tropas y en usted mismo».

Cuando el OHL se enteró de la intención del general Von Prittwitz de retirarse detrás del Vístula, éste fue destituido inmediatamente, pero cuando *sir* John French propuso no abandonar una provincia sino a un aliado, no le fue aplicada esta misma medida. La razón era posiblemente que, debido a las consecuencias del levantamiento en el Ulster, no había nadie en quien pudiera confiar el gobierno y al cual el Ejército diera su conformidad, y también es posible que el gobierno considerara la destitución del comandante en jefe en aquellos momentos

como un golpe demasiado fuerte para la opinión pública. Sea como fuere, inspirados por la conocida irritabilidad de *sir* John, todos, tanto los franceses como los ingleses, continuaron tratándole con la mayor circunspección, a pesar de que tenían tan poca confianza en él.

«Los corazones de Joffre y French nunca han estado a menos de una milla de distancia el uno del otro», escribió *sir* William Robertson, el intendente general británico, al secretario del rey un año más tarde. «Jamás, de un modo sincero y honrado, se ha sentido French ligado a los franceses, y éstos nunca lo han considerado un hombre capaz o un amigo fiel, y por este motivo nunca han confiado en él». Ésta no era una situación propicia para el esfuerzo bélico aliado. Kitchener, cuyas relaciones con *sir* John French no habían sido cordiales desde la Guerra de los Bóers, no volvió a tener confianza en él después del 31 de agosto, pero fue en diciembre de 1915 cuando las propias maquinaciones de *sir* John contra Kitchener, realizadas, tal como había de escribir lord Birkenhead, «sin decoro y sin lealtad», obligaron finalmente al gobierno inglés a destituirle[34].

Mientras en Londres Kitchener esperaba impaciente la respuesta de *sir* John, en París Joffre recurría a la ayuda del gobierno francés para mantener a los ingleses en la línea del frente. Joffre había descubierto que por lo menos la mitad de la batalla de Lanrezac, la mitad librada en Guise, había sido un éxito. Los informes decían que la Guardia alemana y el X Cuerpo habían sido «gravemente dañados», y que el ejército de Von Bülow no les perseguía, y esto, combinado con la noticia de la retirada de las tropas alemanas hacia el frente oriental, le había dado nuevos ánimos. Le dijo a Poincaré que el gobierno tal vez no tendría que abandonar la capital, puesto que tenía ya renovada confianza en contener a los alemanes en una nueva acción por parte del Quinto y el Sexto Ejércitos. Le mandó una carta al comandante inglés indicándole que dichos ejércitos habían re-

cibido órdenes de no ceder más terreno al enemigo, y dado que confiaba en conservar el frente donde estaban, invitaba «seriamente» al mariscal de campo French a no replegarse y, «al menos, a dejar unidades en la retaguardia con el fin de no dar una clara impresión al enemigo de que hay una retirada y de que existe una brecha entre el Quinto y el Sexto Ejércitos».

Joffre solicitó del presidente de Francia que ejerciera toda su autoridad para obtener una respuesta favorable y Poincaré habló con el embajador británico, que, a su vez, llamó al Gran Cuartel general, pero todas las llamadas y las consiguientes visitas fueron inútiles. «Me negué», como el propio *sir* John diría más tarde, anulando la esperanza momentánea, aunque ilusoria, de Joffre[35].

La respuesta de *sir* John a su propio gobierno era esperada con tanta ansiedad que Kitchener mandó que los técnicos se la describieran palabra por palabra cuando fue recibida aquella noche. «Desde luego», decía, quedaría abierto un vacío a causa de su repliegue, pero si los franceses continuaban con su actual táctica, es decir, «replegarse a mi izquierda y derecha, sin previo aviso, y abandonando la idea de cualquier operación ofensiva […], las consecuencias habrán de serles atribuidas a ellos […]. No veo por qué he de correr el riesgo de un completo desastre con el fin de salvarlos por segunda vez»[36]. Esta tergiversación de la verdad, cuando Joffre acababa de decirle todo lo contrario, fue lo que impulsó a sus compatriotas, cuando publicó su libro *1914*, a buscar desesperadamente un equivalente a «mentira», y obligó incluso a Asquith a emplear la expresión «tergiversación de los hechos». Incluso teniendo en cuenta las limitaciones de carácter de *sir* John, el hecho de contar con Henry Wilson en su Estado Mayor, con su perfecto conocimiento de la lengua francesa y sus relaciones personales con los oficiales de mayor rango, incluido Joffre, hace inconcebible que el co-

mandante en jefe británico pudiera llegar a formarse esta imagen que presentaba ahora del derrotismo francés.

Cuando Kitchener terminó de estudiar el telegrama, a la una de la madrugada, decidió en el acto que sólo cabía hacer una cosa, y que ésta no podía esperar hasta el amanecer. Como mariscal de campo con mayor antigüedad, él era el jefe del Ejército, y en esta calidad se consideraba autorizado a dar órdenes a *sir* John en las cuestiones militares y, como era ministro de la Guerra, también en todas las cuestiones políticas[37]. Se dirigió rápidamente a *Downing Street*, en donde conferenció con Asquith y un grupo de ministros, entre los que se hallaba Churchill[38]. Como consecuencia de esta reunión, se ordenó que un crucero rápido estuviera listo para hacerse a la mar dentro de las dos horas siguientes en Dover. Telegrafió a *sir* John diciéndole que le esperara, y para que su presencia en el Gran Cuartel General no resultara molesta a la sensibilidad del comandante en jefe, sugirió que fuera el propio *sir* John el que eligiera el lugar de la entrevista. A las dos de la mañana, *sir* Edward Grey quedó sorprendido por la aparición de Kitchener en su dormitorio para decirle que se trasladaba a Francia. A las dos y media partía en un tren especial desde Charing Cross y a la mañana siguiente, 1 de septiembre, estaba en París.

«Irritado, violento, con el rostro congestionado, sombrío y enojado», el mariscal de campo French, acompañado por *sir* Archibald Murray, llegó a la embajada inglesa, que había sido elegida como lugar para la entrevista[39]. Intentaba de este modo dar un carácter civil a la conferencia puesto que insistía en considerar a Kitchener como jefe político del Ejército, sin otra autoridad que la que le era conferida a cualquier otro ciudadano que ostentara el cargo de ministro de la Guerra. Su cólera no se esfumó cuando vio aparecer a Kitchener luciendo el uniforme militar, lo que *sir* John French interpretó inmediatamente como un intento de imponerle su rango. En realidad, después de

haberse presentado el primer día en el ministerio, con chaqué y sombrero de copa, Kitchener cambió pronto las ropas civiles por el uniforme azul de mariscal de campo, que no se había vuelto a quitar. *Sir* John French lo consideró una afrenta personal[40]. El uniforme era una cuestión de suprema importancia para él y solía emplearlo para hacer resaltar su propia dignidad hasta un extremo que algunos de sus compañeros consideraban poco ortodoxo. Ofendió al rey Jorge por su costumbre de «llevar estrellas en el uniforme caqui» y «cubrirse con latones extranjeros», como Henry Wilson solía decir de él. «Es un hombrecillo muy simpático cuando está en el baño, pero cuando se pone el uniforme ya no se puede confiar en él»[41].

Cuando la conferencia en la embajada inglesa[42], en presencia de *sir* Francis Bertie, Viviani, Millerand y otros oficiales que representaban a Joffre, se hizo sumamente embarazosa, Kitchener le rogó a *sir* John que se retirara con él a una habitación contigua. La versión de *sir* John de lo que se dijo allí, publicado después de la muerte de lord Kitchener, no es digna de crédito, y sólo se conoce con seguridad el resultado de aquella conversación. Estos resultados quedaron expresados en un telegrama que Kitchener mandó al gobierno declarando que las «tropas de French se encuentran luchando en el frente, en donde continuarán de acuerdo con los movimientos del Ejército francés», lo que significaba replegarse hacia el este, no hacia el oeste de París. En una copia enviada a *sir* John French, Kitchener decía que estaba seguro de que esto representaba el acuerdo a que habían llegado, pero, en todo caso, «considérelo, por favor, como una orden». Por «luchando en el frente» se refería, decía, a las tropas inglesas que estaban en contacto con los franceses. Pero haciendo gala, otra vez, de su tacto, añadía: «Como es lógico, usted juzgará en función de su posición a este respecto». El comandante en jefe se retiró en un estado de humor peor que al llegar[43].

Durante aquellos dos días, el ejército de Von Kluck, que avanzaba a marchas forzadas en su prisa por envolver a los franceses antes de que lograran ocupar unas posiciones firmes, había rebasado Compiègne y, cruzado el Oise, empujaba a los aliados delante de ellos, y el 1 de septiembre estaba en acción contra las retaguardias del Sexto Ejército francés y el CEB, a treinta millas de París.

En preparación del gran momento en la historia teutona, los alemanes, con admirable eficiencia, habían hecho fabricar confidencialmente, y distribuido entre los oficiales para su posterior reparto a las tropas, medallas de bronce con la inscripción «Einzug d. Deutschen Truppen in París». («Entrada de las tropas alemanas en París»). En las medallas aparecían la Torre Eiffel, el Arco de Triunfo y, combinando orgullo, memoria y anticipación, las fechas 1871-1914.

21

EL CAMBIO DE DIRECCIÓN DE VON KLUCK

«Llegó un coche —escribió el señor Albert Fabre, cuya casa en Lassigny, veinte millas al norte de Compiègne, fue ocupada por los alemanes el 30 de agosto—, y de él descendió un oficial de modales arrogantes e impresionantes. Avanzó, mientras los oficiales que estaban formando grupos delante de la casa le abrían paso. Un hombre alto y majestuoso, de rostro afeitado lleno de cicatrices, de rasgos duros y una mirada penetrante. En la mano derecha llevaba un fusil de soldado y la izquierda se apoyaba en la empuñadura de un revólver. Se volvió repetidas veces, golpeando el suelo con la culata de su fusil, y luego se detuvo en una pose teatral. Nadie se atrevía a acercarse a él y la verdad es que atemorizaba». Atónito ante esa aparición doblemente armada, el señor Fabre recordó a Atila y se enteró, entonces, de que su visitante era el «ya demasiado famoso Von Kluck»[1].

El general Von Kluck, el «último hombre a la derecha» en el esquema de Schlieffen, estudiaba en aquellos momentos una decisión histórica. El 30 de agosto se sentía muy próximo a un momento de crisis. Sus tropas en la parte más a la derecha habían obligado a replegarse a unidades del ejército de Maunoury, alcanzando un éxito que Kluck consideraba definitivo. Su persecución en el centro no había logrado dar alcance a los ingleses, pero los uniformes, botas y municiones que éstos habían arrojado a la cuneta en su esfuerzo por alejar a sus hombres del frente de batalla, confirmaban a Von Kluck en su opinión de que se trataba de un ejército derrotado[2]. A su izquierda, una división que había prestado a Von Bülow para ayudarle en la

Batalla de Guise, informaba de la huida francesa del campo de batalla. Kluck estaba firmemente decidido a no darles tiempo para reponerse.

Los informes sobre la dirección de la retirada de Lanrezac indicaban que la línea francesa no se extendía tanto hacia el oeste como él había creído. Kluck confiaba en que podría envolverlos al norte de París, haciendo innecesario un amplio movimiento hacia el oeste y el sur de la ciudad. El cambio obligaba a una nueva dirección de su avance: en lugar de hacia el sur, habría de continuar hacia el sureste y, de este modo, se le ofrecía la ocasión de cerrar la brecha entre su ejército y el de Bülow. Al igual que todos los demás, había comenzado la campaña con la confianza en recibir refuerzos procedentes del ala izquierda. Los necesitaba ahora para sustituir los cuerpos que había tenido que dejar en el frente de Amberes, la brigada de Bruselas, las diversas unidades para vigilar sus líneas de comunicación, por no mencionar las bajas sufridas en los combates. Pero los refuerzos no llegaban. Moltke no había destinado ninguna unidad del ala izquierda al ala derecha.

Moltke tenía muchas preocupaciones. Fiel a su temperamento, «el sombrío Julius» se sentía poco animado por el avance de sus ejércitos conquistadores, pues estaba deprimido por las dificultades de este avance. Ya estaban en el día 30 del Plan y éste preveía que la victoria sobre Francia debía conseguirse entre los días 36 y 40. Aunque sus comandantes del ala derecha continuaban informando de que los franceses y los ingleses habían sido «derrotados de un modo definitivo» y hablaban de «aniquilamiento» y «huida», Moltke no estaba contento[3]. Observaba con recelo un comunicado que faltaba: ¿por qué tan pocos prisioneros? «Una victoria en el campo de batalla tiene poca importancia —solía decir su viejo jefe Schlieffen— si no da como resultado un rompimiento del frente o un envolvimiento. Aunque obligado a replegarse, el enemigo puede establecerse

en otro sector para renovar la resistencia, a la que momentáneamente ha renunciado. La campaña continuará […]»[4].

A pesar de sus recelos, Moltke no fue a investigar personalmente la situación, ni siquiera se movió del cuartel general, basándose en los informes para obtener una visión sobre la situación. «Es descorazonador —le escribió a su esposa el 29 de agosto— lo poco que sospecha *der hohe Herr* [el káiser] de la gravedad de la situación. Se siente animado por un espíritu de victoria que yo odio como la muerte»[5].

El 30 de agosto, los ejércitos alemanes se aproximaban al punto culminante de su campaña. El OHL avanzó de Coblenza a Luxemburgo, a diez millas al otro lado de la frontera francesa. Ahora se encontraban en un territorio, aunque no oficialmente, al menos emotivamente, enemigo y que, por razones tanto de proximidad como de sentimiento, era un foco de informes aliados. Circulaban rumores sobre la llegada de ochenta mil rusos que acudían a ayudar a los franceses e ingleses. El OHL trataba de conseguir información y de averiguar el punto de desembarco de estas unidades en los puertos del Canal de la Mancha. La noticia del desembarco de tres mil *marines* ingleses en Ostende, cuando llegó a Luxemburgo, ya había sido hinchada a las mismas proporciones que la anterior, y añadió aparente realidad a los temores de los alemanes[6].

Además del espectro de los rusos a sus espaldas, Moltke estaba preocupado por los huecos en sus frentes, especialmente entre los ejércitos de su ala derecha[7]. Existía una brecha de veinte millas entre Kluck y Bülow, otra de veinte millas entre Bülow y Hausen, y una tercera casi tan ancha entre Hausen y el duque de Württemberg. Moltke se percataba plenamente de que estos espacios debían ser cubiertos por unidades procedentes del ala izquierda, a la que ahora había mezclado en la batalla por el Mosela. Se sentía culpable por la insistencia de Schlieffen en que lo correcto era abandonar el ala izquierda a la defensiva

con un mínimo de fuerzas y enviar todas las divisiones disponibles en ayuda del Primer y Segundo Ejércitos. Pero la visión de una rotura de la línea fortificada francesa continuaba incitando los ánimos en el OHL. Indeciso, Moltke, el 30 de agosto, mandó a su experto en artillería, el comandante Bauer, para hacer una inspección personal del frente de Rupprecht[8].

En el cuartel general de Rupprecht, Bauer no halló ningún plan concreto y, cuando visitó el frente, los comandantes y los oficiales le dieron opiniones contradictorias. Algunos, remarcando la retirada de divisiones enemigas, se sentían muy confiados en un éxito inminente. Otros se quejaban de aquellas «montañas cubiertas de bosques» a lo largo del Mosela, al sur de Toul, en donde el ataque era detenido, y añadían que, incluso en caso de éxito, expondrían su flanco a un ataque desde Toul y carecerían de comunicación, dado que todas las carreteras y vías de ferrocarril pasaban por la ciudad fortificada. En primer lugar deberían conquistar Toul. Nuevamente, en el cuartel general del Sexto Ejército el antiguo entusiasmo agresivo del príncipe Rupprecht había cedido al conocimiento de que estaba embarcado en una «labor difícil y desagradable».

Para Bauer, que representaba el Mando Supremo, el informe francés de la retirada de los galos en aquel frente era un mal síntoma, puesto que significaba que el enemigo retiraba fuerzas para destinarlas a oponerse al ala derecha alemana. Regresó al OHL con la conclusión, como le dijo a Moltke, de que, aunque el ataque sobre Nancy-Toul y el Mosela «no carecía de buenas posibilidades», requería un gran esfuerzo que «no estaba justificado» en aquel momento. Moltke le dio la razón… y no hizo nada. No se atrevía a dar la orden de defender aquella ofensiva que le había costado ya tanto, y el káiser deseaba cabalgar triunfalmente por las calles de Nancy. No despachó ninguna orden al Sexto Ejército indicando un cambio en los planes, y continuaron los esfuerzos a gran escala en el frente del Mosela.

Von Kluck se resentía de la falta de refuerzos en el momento decisivo. Pero lo que le impulsó a tomar la decisión de cambiar de dirección hacia el interior no fue tanto la necesidad de estrechar su frente como su convencimiento de que los franceses ya habían sido derrotados y que sólo tenía que rodearlos. En lugar de rozar el Canal de la Mancha con su manga, pasaría junto a París por el interior en una persecución directa del ejército de Lanrezac. Al actuar en este sentido, expondría su flanco a un ataque por la guarnición de París o las fuerzas de Maunoury, que se replegaban hacia París delante de él. Significaba un peligro que no ignoraba, pero al que no concedía la importancia que se merecía. Juzgaba insuficientes los efectivos a las órdenes de Maunoury y no consideró la posibilidad de que fueran reforzados, puesto que suponía que los franceses, replegándose derrotados y en completo desorden, nunca podrían realizar una maniobra así. Además, creía que todas sus fuerzas estaban ligadas por la fuerte presión del ejército del príncipe heredero alrededor de Verdún y por los ejércitos de Rupprecht a lo largo del Mosela. Uno de sus propios cuerpos, el IV de la reserva, quedaría frente a París, y bastaría para guardar el flanco de su ejército mientras él se deslizaba hacia el este, frente a la capital. A fin de cuentas, había quedado demostrado, en las maniobras militares en Alemania, que las fuerzas de una guarnición, dentro de un campo fortificado, no realizan salidas, y el IV Cuerpo de la reserva, de esto estaba convencido, podía hacer frente a las desordenadas unidades que estaban al mando de Maunoury. Habiéndose enterado, a través de una carta capturada, de las intenciones de *sir* John French de abandonar el frente de combate y replegarse tras el Sena, consideraba el CEB, su oponente directo hasta entonces, como una unidad sin valor alguno[9].

En el sistema alemán, a diferencia del francés, Kluck, como comandante con mando, gozaba de la mayor independencia posible. Debidamente aleccionados, con sus ejercicios sobre

mapas y con muchas maniobras, era admitido por todos que un general alemán daría con la solución correcta cuando se enfrentara con un problema militar, de un modo automático. A pesar de que se trataba de una desviación de la estrategia original, el plan de Kluck de ignorar París y continuar tras los ejércitos que se retiraban era la solución «correcta» ahora que se le presentaba la posibilidad de aniquilar a los ejércitos franceses en el campo, sin necesidad de rodear París. De acuerdo con la teoría militar alemana, un campo fortificado no debe ser atacado hasta que las fuerzas móviles puedan ser dominadas por una abrumadora superioridad. Una vez destruidas éstas, entonces pueden recogerse los frutos de la victoria. Aun cuando la atracción de París era muy fuerte, Kluck decidió no dejarse tentar alejándose del sendero del correcto proceder militar.

A las 6:30 de la tarde del 30 de agosto recibió un mensaje de Bülow que le hizo adoptar una resolución. Le invitaba a desviarse hacia el interior con el fin de ayudarle «a obtener la mayor ventaja posible de la victoria» sobre el Quinto Ejército francés. Si Bülow en realidad solicitaba ayuda para explotar la victoria que había obtenido en St. Quentin o para compensar la derrota sufrida en Guise es algo que aparece, a pesar de las palabras que usó, poco claro. Pero dado que esta invitación se correspondía plenamente con lo que, en realidad, deseaba hacer Von Kluck, éste tomó una decisión. Los objetivos que señaló para el avance del día siguiente ya no eran en dirección sur, sino sureste, en dirección a Noyon y Compiègne con el fin de cortar la retirada del Quinto Ejército francés. A las tropas, que ya protestaban alegando que tenían los pies doloridos, que no habían descansado desde que comenzó el avance sobre Lieja dieciséis días antes, sus órdenes del 31 de agosto les decían: «De nuevo, por consiguiente, hemos de pedir a las tropas que fuercen la marcha»[10].

El OHL, informado por Kluck de que el Primer Ejército cambiaría de dirección hacia el interior a la mañana siguiente, dio inmediatamente su conformidad. Preocupado por los vacíos existentes, Moltke observó un peligro en los tres ejércitos del ala derecha, que no podrían apoyarse mutuamente cuando llegara el momento de asestar el golpe final. Los números habían caído por debajo de la densidad prescrita para una ofensiva, y si Kluck debía aferrarse al plan original de rodear París, el frente se extendería en otras cincuenta millas, o incluso más. Aprovechando el movimiento de Kluck como una feliz solución, Moltke dio su aprobación aquella misma noche.

El final estaba a la vista: la prevista derrota de Francia el día 39, con tiempo suficiente para volverse contra Rusia; la prueba de la instrucción, la planificación y la organización alemanas, la fuerza para ganar la guerra y el dominio sobre Europa. Bastaba con acomodar las fuerzas francesas en retirada antes de que pudieran reorganizarse y ofrecer una nueva resistencia. Nada, ni los huecos, ni el fracaso del ejército de Bülow en Guise, ni la fatiga de los hombres, había de impedir la victoria final. Con violenta urgencia Kluck empujó a sus ejércitos hacia delante. Con los oficiales cabalgando por la carretera y los sargentos incitando a sus hombres, aquellas tropas agotadas emprendieron, la mañana del 31 de agosto, una cansina marcha. Puesto que no tenían mapas ni conocían los nombres de los lugares, no sabían tampoco que habían cambiado de dirección. La palabra mágica «París» los animaba a avanzar. Pero nadie les había dicho todavía que éste no era su destino final.

Al hambre se añadía la fatiga. Habían rebasado sus propias líneas de suministro, que funcionaban de modo deficiente debido a la destrucción de los puentes y los túneles de ferrocarril en Bélgica. Las reparaciones no se habían realizado en el tiempo previsto para mantener el ritmo con los ejércitos en avance. El puente de Namur, por ejemplo, no fue reparado hasta el 30

de septiembre. A veces, la cansada infantería, después de un largo día de marcha, descubría que el pueblo en el que habían de pernoctar ya había sido ocupado por su propia caballería. Los soldados de caballería, que debían alimentarse de las confiscaciones, se preocupaban única y exclusivamente de ellos mismos, y frecuentemente se alojaban en lugares, según el propio príncipe heredero, que era oficial de caballería, destinados previamente a la infantería. «Se detenían y entorpecían los movimientos de la infantería cuando el frente se ponía feo», añadió[11].

El ejército de Von Kluck se enfrentó con una desagradable sorpresa también el 1 de septiembre al dar alcance a los ingleses, que, extraña circunstancia, dado que el comunicado de Kluck decía que se retiraban «en el más completo de todos los desórdenes», se volvieron contra los alemanes y les ofrecieron una dura y tenaz resistencia. Después de un día de desesperada lucha, dentro y en los alrededores de los bosques de Compiègne y Villers-Cotterets, la retaguardia británica contuvo al enemigo mientras el grueso del CEB, con gran disgusto de Kluck, volvía a despegarse. Aplazando la «evidente necesidad» de dar un descanso a sus tropas, Kluck ordenó una nueva marcha para el día siguiente, deslizándose ligeramente hacia el oeste con la esperanza de envolver a los ingleses. Nuevamente lograron escapar «en el último momento» y cruzar el Marne el 3 de septiembre. Ahora se había esfumado la posibilidad de aniquilarlos, y después de haber perdido un tiempo muy valioso, aumentando sus bajas y la distancia de su base, reanudó, de mal humor, el avance hacia el interior persiguiendo a los ingleses[12].

«Nuestros hombres están agotados»[13], escribió un oficial alemán del ejército de Kluck en su diario el 2 de septiembre. «Se tambalean hacia delante, con sus caras cubiertas de polvo, sus uniformes destrozados. Parecen unos espantapájaros vivos». Después de cuatro días de marcha a un promedio de

veinticuatro millas diarias, «marchaban con los ojos cerrados, cantando a coro para no quedarse dormidos […]. Sólo la seguridad de una rápida victoria y una entrada triunfal en París los mantenía en pie […]. De no ser por ello, hubiesen caído agotados y se hubieran quedado dormidos donde hubieran caído». El diario revela un problema que cada día adquiría mayor importancia en el avance alemán, sobre todo hacia el este, en donde las tropas de Bülow y Hausen avanzaban por la Champagne. «Beben demasiado, pero esto los hace continuar hacia delante. Hoy, después de la inspección, el general estaba furioso. Quería hacer desaparecer esta borrachera general, pero hemos logrado disuadirle de que dictara unas órdenes demasiado severas. Si abusamos de la severidad este ejército no avanzará. Los estimulantes son necesarios para combatir una fatiga anormal». «Todo eso se arreglará cuando lleguemos a París», concluyó esperanzado el oficial, que, al parecer, tampoco tenía conocimiento de que habían alterado la dirección de la marcha.

A través de Francia, al igual que cuando cruzaron Bélgica, los alemanes dejaban atrás un sendero de guerra ennegrecido y rojo. Los pueblos eran incendiados, los habitantes, fusilados, las casas, saqueadas, los vagones de artillería, arrastrados por los jardines y los caballos, obligados a entrar en las casas, cavaron letrinas en el panteón familiar de Poincaré en Nubécourt[14]. El II Cuerpo de Kluck, que pasó por Senlis, a veinticinco millas de París, el 2 de septiembre, fusiló al alcalde y a otros seis rehenes civiles[15]. Una lápida en las afueras de la ciudad, al borde de un campo, indica el lugar donde fueron enterrados:

Eugène Odène, alcalde
Émile Aubert, curtidor
Jean Barbier, carretero
Lucien Cottreau, camarero
Pierre Dewerdt, chofer
J.-B. Elysée Pommier, ayudante de panadero

El 2 de septiembre fue un día feliz para el general Von Hausen, que se alojó en el castillo del conde de Chabrillon, en Thugny, junto al Aisne[16]. Al ocupar el dormitorio de la condesa, el general quedó muy satisfecho al descubrir por sus tarjetas de visita que había nacido como condesa de Lévy-Mirepois, lo que le hizo dormir aún con mayor placer en su cama. Después de comer un faisán que uno de sus oficiales había cazado en el parque del castillo, Hausen mandó hacer un inventario de la cubertería de plata y se lo dejó a un anciano en el pueblo.

Aquella noche, Moltke, que después de un nuevo examen de la situación estaba atemorizado porque el cambio de dirección de Kluck, hacia el interior, exponía su frente por el lado de París, dictó una nueva Orden General[17]. En lo que hace referencia al ala izquierda, revelaba claramente su indecisión. Confirmaba los cambios de planes de Kluck, ordenando al Primer y Segundo Ejércitos que «alejaran a los ejércitos franceses en dirección sureste, lejos de París». Al mismo tiempo trataba de protegerse contra un posible peligro, ordenando al ejército de Kluck que siguiera «en escala tras el Segundo Ejército» y se hiciera «responsable de los flancos de los ejércitos».

¡En escala! Para Kluck, el insulto era aún mucho peor que haberle puesto a las órdenes directas de Von Bülow. Aquel Atila de rostro sombrío, empuñando el fusil en una mano y el revólver en la otra, el hombre que tenía que señalar el ritmo del ala derecha, no estaba dispuesto a marchar detrás de nadie. Dictó sus propias órdenes a su Primer Ejército «para continuar mañana, 3 de septiembre, el avance por el Marne, con el fin de empujar a los franceses en dirección sureste»[18]. Consideraba suficiente, con vistas a proteger su flanco expuesto cara a París, dejar atrás dos de las unidades más débiles, el IV Cuerpo de la reserva, que ya había dejado una brigada en Bruselas, y la 4.ª Di-

visión de caballería, que había sufrido graves bajas durante la lucha del 1 de septiembre contra los ingleses.

El capitán Lepic, un oficial del cuerpo de caballería de Sordet, había emprendido una misión de reconocimiento, al noroeste de Compiègne, el 31 de agosto, la primera mañana en que Kluck había cambiado de dirección, cuando distinguió a corta distancia una columna de caballería enemiga compuesta de nueve escuadrones, seguidos, quince minutos después, por una columna de infantería con baterías de artillería, vagones de suministro y munición y una compañía de ciclistas. Vio que se dirigían hacia la carretera de Compiègne y no hacia la que llevaba directamente por el sur hacia París. Sin saber que era uno de los primeros testigos de una maniobra histórica, el capitán Lepic se mostró más interesado en informar de que los ulanos habían cubierto sus cascos tan llamativos con pedazos de ropa y que preguntaban las direcciones a los habitantes en un mal francés, diciendo: «English, English». Su informe sobre la dirección de su marcha no fue de gran utilidad para el GQG. La ciudad y el castillo de Compiègne, se dijeron, con toda seguridad atraen a los alemanes, y lo más probable es que prosigan por la carretera de Compiègne en dirección a París. Y tampoco las dos columnas que había visto el capitán Lepic representaban el grueso del ejército de Kluck[19].

También los franceses sabían, el 31 de agosto, que la campaña se estaba acercando a su punto culminante. Su segundo plan, el del 25 de agosto, de trasladar el centro de gravedad a la izquierda en un esfuerzo por detener el ala derecha alemana, había fracasado. La misión del Sexto Ejército, el cual, conjuntamente con el Quinto Ejército y los ingleses, había de fortificarse en el Somme, había fracasado igualmente. Ahora, la tarea del Sexto Ejército, por orden de Joffre, era «defender París»[20]. Los ingleses, tal como dijo en privado, «ne veulent pas marcher»[21], y el Quinto Ejército, con Kluck persiguiéndolo por uno de los

flancos, continuaba en peligro de ser envuelto. Mientras, se había recibido la alarmante noticia de que una avanzadilla de la caballería de Kluck ya había penetrado entre el Quinto Ejército y París, en el espacio dejado libre por la retirada de los ingleses. Tal como el coronel Pont, el jefe de operaciones de Joffre, le señaló claramente a su jefe, «parece imposible oponer al ala derecha suficientes fuerzas para detener la maniobra de envolvimiento»[22].

Era necesario un nuevo plan. El objetivo inmediato era sobrevivir. En el GQG, Joffre, con sus dos lugartenientes, Belin y Berthelot, y el jefe de la Sección de Operaciones, discutieron sobre lo que cabía hacer en aquellas circunstancias[23]. En la «capilla» de la ofensiva, los cálidos vientos habían traído consigo nuevas ideas, «resistir» hasta que los ejércitos franceses pudieran estabilizarse en una línea desde la cual reanudar la ofensiva. Mientras tanto, se había reconocido que el avance alemán extendería sus fuerzas «a lo largo de un tremendo arco, desde Verdún a París». Esta vez el plan era, en lugar de oponerse al ala en avance del ejército alemán, aislarlo por medio de un ataque contra su centro, volviendo a la estrategia del «Plan 17». Pero ahora el campo de batalla estaba en el centro de Francia. Una derrota francesa esta vez no sería un revés en las fronteras, sino una derrota final.

La pregunta que se planteaba era la siguiente: ¿cómo y cuándo lanzar aquel «movimiento hacia delante»?; ¿o acaso debía continuar la retirada hasta una línea a cuarenta millas detrás del Sena? Proseguir la retirada significaba ceder al enemigo más territorio, pero la barrera del Sena proporcionaría un momento de respiro para todos los ejércitos, que se concentrarían allí y se recuperarían, sin una presión directa por parte del enemigo. Dado que el principal objetivo de los enemigos era destruir los ejércitos franceses, «nuestro objetivo principal es sobrevivir», insistió Belin. Adoptar una «actitud prudente» y

reorganizarse detrás del Sena era, además de un deber nacional, el mejor recurso para frustrar los planes enemigos. Belin argumentó en este sentido, apoyado fervientemente por Berthelot. Joffre escuchó… y al día siguiente dictó la Orden General número 4.

Era el 1 de septiembre, víspera del aniversario de Sedán, y las perspectivas de Francia aparecían tan trágicas como en aquella ocasión. El agregado militar francés acababa de informar oficialmente de la derrota rusa en Tannenberg. La Orden General número 4,[24] en contraste con el tono tan firme de la orden que siguió al desastre en las fronteras, reflejaba el escaso optimismo del GQG después de una semana de invasión. Ordenaba una continuada retirada para el Tercer, Cuarto y Quinto Ejércitos, y fijaba el Sena y el Aube como límite de este movimiento, «sin que sea obligatorio alcanzar este límite». Decía que tan pronto como el Quinto Ejército «hubiera escapado a la amenaza de envolvimiento», los ejércitos «reanudarían la ofensiva», pero, al contrario que la orden anterior, no fijaba ni el tiempo ni el espacio. Sin embargo, ya contenía la génesis de la futura batalla, puesto que hablaba de conseguir refuerzos de los ejércitos de Nancy y Epinal para participar en la nueva ofensiva, y señalaba que las «tropas móviles de los campos fortificados de París tomarían parte en la acción general».

Ésta y otras órdenes dictadas durante los cuatro días siguientes fueron objeto de vivas discusiones entre los partidarios de Joffre y los de Gallieni en una larga y penosa controversia sobre los orígenes de la Batalla del Marne. No cabe la menor duda de que Joffre no pensaba en *una* batalla general, sino en la batalla que, en el momento definitivo, habría de librarse finalmente. Él preveía que la batalla tendría lugar cuando los cinco ejércitos alemanes «llegaran a situarse entre París y Verdún» y los ejércitos franceses ocuparan sus posiciones en el centro de Francia. Joffre creía que todavía podía contar con

una semana para hacer sus preparativos, pues le dijo a Messimy, cuando fue a despedirse de él el 1 de septiembre, que pensaba reanudar la ofensiva el día 8 de ese mes, y le anunció que sería llamada «la Batalla de Brienne-le-Château»[25]. Una ciudad, a veinticinco millas tras el Marne, a medio camino entre este río y el Sena, Brienne había sido el escenario de la victoria napoleónica sobre Blücher, lo que le parecía un buen augurio a Joffre. Bajo la amenaza de la retirada y la persecución de los alemanes que se aproximaban, su sangre fría y su sensación de serenidad y confianza impresionaron de nuevo a Messimy.

Pero esto no aliviaba la situación de París, que se encontraba sin protección por la retirada de los ejércitos hasta el Sena. Joffre llamó a Millerand y le dio un breve resumen de la situación militar[26]. Declaró que la «acentuada» retirada de los ingleses había descubierto el flanco izquierdo del ejército de Lanrezac, de modo que la retirada debía continuar hasta que Lanrezac lograra despegarse del enemigo. Le dijo que había dado órdenes a Maunoury para que se replegara sobre París y se pusiera «en relación» con Gallieni, aunque Joffre no dijo nada de colocar el Sexto Ejército a las órdenes de Gallieni. Señaló que las columnas enemigas tomaban una dirección ligeramente desviada de París, lo que podía ofrecerles algún «respiro», aunque, sin embargo, consideraba «urgente y esencial» que el gobierno abandonara París sin pérdida de tiempo, aquella misma noche o a la mañana siguiente.

Gallieni, informado de esta situación por un excitado gobierno, llamó a Joffre, que no le contestó, pero Gallieni le envió el siguiente mensaje: «No estamos en condiciones de resistir […]. El general Joffre debe comprender que si Maunoury no puede resistir, París tampoco podrá hacer frente al enemigo. Han de ser incorporados tres cuerpos activos a las fuerzas del campo fortificado»[27]. A última hora de aquella tarde, Joffre llamó e informó a Gallieni de que colocaba el ejército de Mau-

noury a sus órdenes. Estas fuerzas se convertirían ahora en las tropas móviles del campo fortificado de París. Tales tropas eran tradicionalmente mandadas de un modo independiente respecto del ejército de campaña, y podían no ser enviadas a una batalla general, si así lo creía oportuno su comandante. Pero Joffre no tenía intención de renunciar a estas fuerzas. Aquel mismo día solicitó del ministro de la Guerra que pusiera el campo fortificado de París y todas sus fuerzas bajo la autoridad del comandante en jefe, «para permitirle emplear las fuerzas móviles de la guarnición en el campo de batalla si se presentaba la ocasión». Millerand, que estaba bajo la atracción de Joffre como lo había estado Messimy, dio las órdenes oportunas el 2 de septiembre.

Por fin Gallieni contaba con un ejército. Las fuerzas de Maunoury, de las que ahora podía disponer, comprendían una división en activo que formaba parte del VII Cuerpo, una brigada de nativos marroquíes y cuatro divisiones de la reserva: la 61.ª y la 62.ª, a las órdenes del general Ebener, y la 55.ª y 56.ª, que habían luchado tan valientemente en Lorena[28]. Joffre consintió en añadir, ya que de todas formas no estaba bajo su control, la 45.ª División de zuavos de Argelia, que había desembarcado en París, y un cuerpo en activo del ejército de campaña. Al igual que Kluck, eligió uno que había sufrido elevadas pérdidas, el IV Cuerpo del Tercer Ejército, que había luchado en las Ardenas. Recibía refuerzos y su envío desde el frente del Tercer Ejército en Verdún al frente de París era una maniobra de aquellas de las que Von Kluck consideraba completamente incapaces a los franceses. Las tropas del IV Cuerpo, fue informado Gallieni, llegarían por tren a París del 3 al 4 de septiembre.

En el mismo momento en que recibió la orden verbal de Joffre de asumir el mando sobre el Sexto Ejército, Gallieni se trasladó al norte para establecer contacto con su nuevo comandante. Atravesó entre los fugitivos que abandonaban París ante

el avance alemán, y en sus rostros se reflejaba «el terror y la desesperación». En Pontoise, en las mismas afueras de París hacia el noroeste, en donde se concentraban las divisiones 61.ª y 62.ª, reinaba un completo caos. Las tropas que habían tomado parte en los combates estaban agotadas y la población, dominada por el pánico ante el retumbar de los cañones y los informes sobre la presencia de los ulanos en las zonas vecinas[29]. Después de hablar con el general Ebener, Gallieni fue a entrevistarse con Maunoury en Creil, junto al Oise, treinta millas al norte de París[30]. Dio instrucciones a Maunoury para que volara los puentes sobre el Oise y procurara retrasar el avance enemigo mientras se replegaba hacia París, pues bajo ninguna circunstancia debía permitir que el enemigo se interpusiera entre él y la capital.

A su regreso a París, observó un panorama más feliz que cuando salió de la capital: los espléndidos zuavos de la 45.ª de Argelia, que se dirigían a ocupar sus posiciones. Con su abigarrado aspecto proporcionaban nueva confianza a los parisienses.

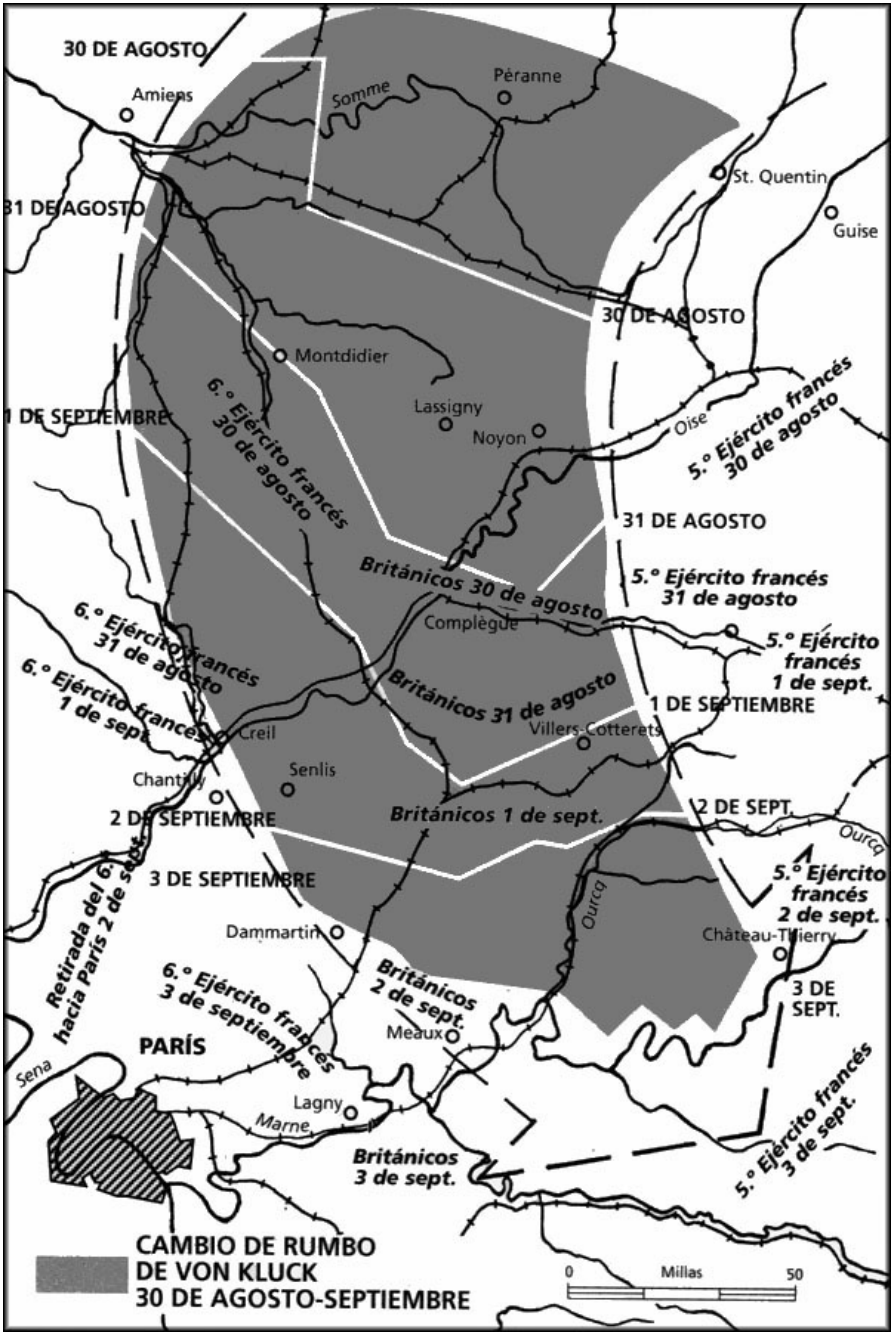
Pero en los ministerios, el ambiente que reinaba era fatal. Millerand había informado de aquellos hechos «tan descorazonadores» al presidente: «Todas nuestras esperanzas se han esfumado, nos retiramos en toda la extensión del frente, el ejército de Maunoury se repliega sobre París […]». En su calidad de ministro de la Guerra, Millerand se negó a asumir la responsabilidad si el gobierno permanecía una sola hora más en la capital. Poincaré se enfrentó con «el hecho más triste de mi vida». Decidió que toda la Administración se trasladara a Burdeos[31].

Al regresar a la ciudad aquella noche, Gallieni se enteró, por Millerand, de que toda la autoridad civil y militar de la ciudad más admirada de Europa estaría en sus manos. Con la excepción del prefecto del Sena y del de la policía, «estaría solo». El prefecto de policía, del que dependería, se había hecho cargo de

su oficina hacía escasamente una hora. El antiguo prefecto, el señor Hennion, cuando se enteró de que el gobierno abandonaba la ciudad, se negó rotundamente a continuar en la capital, y cuando le ordenaron que permaneciera en su puesto, dimitió «por razones de salud». Para Gallieni, la marcha del gobierno tenía, al menos, la ventaja de hacer desaparecer a aquellos que querían convertir París en ciudad abierta, y ahora quedaba en libertad para defender la capital como campo fortificado. Aunque prefería «trabajar sin la presencia de los ministros», opinaba que «uno o dos deberían haberse quedado en París para guardar las apariencias»[32].

Temiendo que los alemanes pudieran hacer acto de presencia ante las puertas de París en el curso de los dos días siguientes, permaneció toda la noche en compañía de su Estado Mayor, «tomando disposiciones para presentar batalla al norte de la ciudad, entre Pontoise y el Ourcq», es decir, en una zona de cuarenta y cinco millas de ancho. El Ourcq es un pequeño río que desemboca en el Marne, al este de París.

A última hora de la noche se recibió una información en el GQG que hubiera podido impedir que el gobierno abandonara la capital. Durante el día le fue entregada una maleta al capitán Fagalde, oficial del Servicio de Información en el Quinto Ejército[33]. Había sido encontrada junto al cadáver de un oficial de caballería adscrito al ejército de Kluck, que había sido atacado y muerto, cuando viajaba en su coche, por una patrulla francesa. En la maleta había documentos, entre ellos un mapa manchado de sangre, que presentaba las líneas de avance para cada uno de los cuerpos de Kluck y el punto que habían de alcanzar al final del día siguiente. Las líneas de todo el ejército señalaban en dirección sureste, desde el Oise hacia el Ourcq.


30 DE AGOSTO
Amiens
Somme
Péranne
St. Quentin
Guise
31 DE AGOSTO
30 DE AGOSTO
Montdidier
Lassigny
Noyon
Oise
1 DE SEPTIEMBRE
6.° Ejército francés 30 de agosto
5.° Ejército francés 30 de agosto
31 DE AGOSTO
Británicos 30 de agosto
5.° Ejército francés 31 de agosto
Complègne
6.° Ejército francés 31 de agosto
5.° Ejército francés 1 de sept.
6.° Ejército francés 1 de sept.
Británicos 31 de agosto
1 DE SEPTIEMBRE
Creil
Villers-Cotterets
Senlis
Chantilly
2 DE SEPTIEMBRE
Británicos 1 de sept.
2 DE SEPT.
Ourcq
3 DE SEPTIEMBRE
5.° Ejército francés 2 de sept.
Retirada del 6.° hacia París 2 de sept.
Dammartin
Ourcq
Château-Thierry
6.° Ejército francés 3 de septiembre
Británicos 2 de sept.
3 DE SEPT.
Meaux
PARÍS
Sena
Lagny
Marne
Británicos 3 de sept.
5.° Ejército francés 3 de sept.
CAMBIO DE RUMBO DE VON KLUCK 30 DE AGOSTO-SEPTIEMBRE
0
Millas
50

El GQG interpretó correctamente el hallazgo del capitán Fagalde, que revelaba la intención de Kluck de pasar junto a París entre el Sexto y el Quinto Ejércitos, en un desesperado esfuerzo por rebasar el flanco izquierdo del frente francés. Si también se percataron de que esto no significaba un ataque directo contra París, no se tomaron la molestia de informar en este sentido al gobierno. Cuando a la mañana siguiente el coronel Penelon, oficial de enlace entre el GQG y el presidente, informó a Poincaré del cambio de dirección de Kluck, no le indicó que el gobierno no tenía necesidad de abandonar la capital. Al contrario, Joffre mandó decir que el gobierno debía partir, que las intenciones de Kluck no eran verdaderas, pues sus columnas ya se encontraban en Senlis y Chantilly, a veinte millas de distancia, y que París estaría pronto al alcance de la artillería enemiga[34]. Hasta qué punto el significado del cambio de dirección de Kluck fue comprendido por Poincaré y Millerand, es difícil de decir. Durante las guerras y las crisis, no hay nada que quede claro o sea incierto hasta que ha pasado algún tiempo. En el aire se respiraba un ambiente de urgencia, incluso de pánico. Después de haber tomado una decisión, el gobierno se enfrentaba con dificultades para dar marcha atrás. Millerand, de todos modos, era partidario de abandonar la capital.

Era el 2 de septiembre, el Día de Sedán, y había «llegado el odiado momento»[35]. Cuando se enteró de que habían sido tomadas las disposiciones necesarias para que el gobierno abandonara la ciudad a medianoche en lugar de hacerlo durante el día a la vista del público, aumentó «la ira y la humillación» de Poincaré. El Gabinete insistía en que su presencia era legalmente necesaria en la sede del gobierno; incluso la señora de Poincaré, que insistía en continuar su labor en los hospitales de París como gesto público, no fue autorizada a permanecer en la ciudad. El embajador norteamericano, Myron Herrick, fue a despedirles con lágrimas en los ojos.

Para Herrick, al igual que para todo el mundo en la capital francesa en aquellos momentos, «el terrible avance de los alemanes no puede ser detenido», como le escribió a su hijo. Le había sido aconsejado por los alemanes que se refugiara en la provincia, ya que «barrios enteros» de París podrían ser destruidos. Sin embargo, estaba decidido a quedarse y le prometió a Poincaré proteger los museos y los monumentos de París con la bandera norteamericana, colocándolos «bajo la custodia de la humanidad»[36]. Ya se había forjado un plan, que estaba en consonancia con la desesperación y el estado de ánimo de la hora. «Si los alemanes llegaban a las afueras de la capital y exigían la rendición, él personalmente trataría de hablar con su comandante en jefe, y si era preciso, con el káiser». Como encargado de su embajada, creía poder conseguir esta entrevista. Meses después, cuando los amigos que se habían quedado en París aquella primera semana de septiembre se contaban a sí mismos entre los elegidos, Gallieni solía decir: «No olviden ustedes que también había un Herrick».

A las siete, Gallieni se fue a despedir de Millerand. El Ministerio de la Guerra, en la Rué Saint Dominique, estaba «triste, oscuro y desierto», y el patio, lleno de camiones en los que cargaban los documentos que debían ser trasladados a Burdeos. Lo que quedaba fue quemado. Reinaba un ambiente «lúgubre». Gallieni encontró a Millerand en un cuarto vacío. Ahora que el gobierno abandonaba París, Millerand no vacilaba en permitir que París y todos los que continuaban en la ciudad cayeran bajo el fuego enemigo. Sus órdenes a Gallieni fueron defender París «à outrance».

—¿Se da cuenta, señor ministro, del significado de las palabras «à outrance»? —preguntó Gallieni—. Significan la destrucción, la ruina y la voladura de los puentes en el centro de la ciudad.

—*À outrance* —repitió Millerand.

Al despedirse, fijó su mirada en Gallieni, como si fuera un hombre al que no volvería a ver nunca más, pues, según dijo Gallieni, «estaba convencido de que me quedaba para caer en la lucha»[37].

Unas horas más tarde, al amparo de la oscuridad, con un sigilo que se habían impuesto ellos mismos y que les llenaba de vergüenza, los ministros y los miembros del Parlamento subieron al tren en dirección a Burdeos, disimulando este momento poco glorioso en una noble declaración dirigida al público a la mañana siguiente: «Para resistir y luchar», decía el comunicado. Francia resistiría y lucharía, mientras que, en los mares, Inglaterra cortaría las comunicaciones del enemigo con el resto del mundo y los rusos «seguirían su avance y asestarían el golpe decisivo al corazón del Imperio alemán». No consideraron oportuno informar en aquellos momentos sobre el alcance de la derrota rusa. Con el fin de dar el mayor «*élan* y eficacia» a la resistencia francesa, el gobierno, a petición de los militares, se trasladaba «momentáneamente» a un lugar en donde pudiera permanecer en comunicación directa con el resto del país. «Franceses, seamos dignos de estas circunstancias trágicas. Alcanzaremos la victoria final (mediante nuestra indómita voluntad, nuestras fuerzas y nuestra tenacidad) negándonos a sucumbir».

Gallieni dictó un bando muy breve para alejar aquellos rumores que decían que París había sido declarada ciudad abierta y para dar a entender claramente a todo el mundo lo que le esperaba. Su proclama apareció en las paredes de la capital a la mañana siguiente:

¡EJÉRCITO DE PARÍS! ¡CIUDADANOS DE PARÍS!

Los miembros del gobierno de la República han abandonado París para dar un nuevo impulso a la defensa nacional. He recibido la orden de defender París contra el invasor. Esta orden la cumpliré hasta el final.

El gobernador militar de París, comandante
del ejército de París, GALLIENI

El *shock* de la población fue mucho mayor, pues la política del GQG, publicando unos comunicados muy poco explícitos, no les había informado de la gravedad de la situación. El gobierno parecía haber desertado sin causa justificada. Se les criticaba por su partida nocturna y se les llamaba «tournedos à la Bordelaise», y la muchedumbre que asaltaba las estaciones de ferrocarril inspiró una parodia de «La Marsellesa»:

Aux gares, citoyens!
Montez dans les wagons[39]*!*

Aquéllos fueron «días de ansiedad»[40] para el gobierno militar de París. Mientras los ejércitos se replegaban al norte y al este de la ciudad, el problema de hasta cuándo resistir y cuándo destruir los ochenta puentes de la región era motivo de renovadas preocupaciones. Los comandantes en todos y cada uno de los sectores, tan pronto como habían logrado el paso de sus propias tropas, tenían prisa por volar los puentes con el fin de cortar la persecución. Las órdenes del GQG indicaban no permitir que un puente cayera en manos del enemigo, añadiendo al mismo tiempo que los puentes serían necesarios para lanzar la nueva ofensiva. Tres mandos diferentes operaban en la zona: Gallieni, Joffre y, geográficamente entre éstos, *sir* John French, cuya principal preocupación, desde la visita de Kitchener, era demostrar que no dependía de nadie. Los ingenieros de París que habían sido apostados en los puentes se sentían abrumados por las órdenes contradictorias. «Todos los preparativos son un desastre», confesó un oficial de ingenieros al general Hirschauer.

El 2 de septiembre, por la tarde, los ingleses llegaron al Marne y lo atravesaron al día siguiente. Detrás de Compiègne, las tropas descubrieron que no se trataba de una «retirada estratégica», como les habían dicho sus oficiales. Sus bases en Boulogne y El Havre habían sido evacuadas y todos los depósitos y

personal fueron trasladados a Saint-Nazaire y a la desembocadura del Loira.

A un día de marcha detrás de ellos, el Quinto Ejército aún no había logrado salvarse del peligro del envolvimiento[41]. Continuaba el tiempo caluroso, la retirada y la persecución. Desde la Batalla de Guise, el Quinto Ejército había andado de dieciocho a veinte millas al día. Los grupos de desertores saqueaban las granjas y las viviendas y aterrorizaban a la población con los relatos sobre los horrores que hacían los alemanes. Se sucedían los fusilamientos. Un oficial del CEB escribió: «Nunca hubiera considerado posible que los hombres pudieran estar tan cansados y tan hambrientos y, sin embargo, estar vivos». Intentando encontrar un alivio en la situación durante aquellos días, Henry Wilson le dijo al coronel Huguet: «Los alemanes corren demasiado. Van a cometer un grave error y entonces habrá llegado el momento para ustedes»[42].

Hasta aquel momento, Joffre y sus consejeros en el GQG, aunque enterados del cambio de dirección de Kluck hacia el interior, no observaban una oportunidad interesante para atacar su flanco. La persecución de los ingleses por parte de Kluck el 2 de septiembre les dejaba en la incertidumbre de si al final se decidiría por continuar en dirección a París. En todo caso, sus mentes no estaban en París, sino fijas en una batalla general a lo largo del Sena, que no habría de librarse hasta que hubieran establecido un frente sólido. Después de nuevas consultas en el GQG, Joffre adoptó la decisión de continuar la retirada «durante unos días más», para permitir la llegada de los refuerzos del ala derecha. A pesar de que esto significaba debilitar el frente del Mosela, decidió transferir un cuerpo del Primer Ejército y otro del Segundo[43].

Su decisión fue transmitida secretamente a los comandantes de ejército el 2 de septiembre y fijaba definitivamente la línea de retirada en el Sena y el Aube. El objetivo, explicaba Joffre,

«era descargar a los ejércitos de la presión enemiga y permitir su reorganización», y cuando se hubiese conseguido esto y hubieran llegado los refuerzos del este, «pasar en aquel momento a la ofensiva». El Ejército británico sería «invitado a participar entonces en esta maniobra» y la guarnición de París «avanzaría en dirección a Meaux», es decir, contra el flanco de Von Kluck. Aunque no fijaba la fecha, Joffre decía que daría la señal dentro de «pocos días». Los comandantes recibieron la orden de adoptar las «medidas más draconianas» contra los desertores, para que la retirada fuera lo más ordenada posible. Invitó a cada uno de ellos a estudiar la situación y destinar sus mayores esfuerzos a aquella batalla, de la que «depende la seguridad de la patria».

Gallieni, que recibió estas órdenes en París, condenó el plan de Joffre, dado que sacrificaba París y estaba «en desacuerdo con la realidad»[44], en el sentido de que no tomaba en consideración al enemigo. Creía que la dirección del avance alemán no permitiría a los ejércitos franceses alcanzar el Sena y reorganizarse. Habían llegado hasta él informes aislados sobre el cambio de dirección de Kluck, pero no le habían informado de la documentación que había sido encontrada junto al cadáver de un oficial de la caballería alemana. La noche del 2 de septiembre, en espera de un ataque al día siguiente, durmió en su cuartel general, que había establecido en el Lycée Victor-Duruy, un instituto femenino al otro lado de Los Inválidos[45]. Era un gran edificio, rodeado de altos árboles, que quedaba aislado del público y, puesto que contaba con menos entradas y salidas que Los Inválidos, era más fácil de proteger. Los centinelas fueron apostados en las puertas, conectaron teléfonos de campaña con todos los cuarteles generales de división en el campo fortificado, montaron oficinas para las secciones de operaciones e información, instalaron dormitorios y comedores para todos los oficiales del Estado Mayor, y Gallieni quedó altamente satisfe-

cho de poder contar con «un cuartel general de campaña, lo mismo que en el frente».

Al día siguiente, 3 de septiembre, se enteró definitivamente del movimiento de Kluck en dirección al Marne, que lo alejaba de París. El teniente Watteau, un aviador de la guarnición de París que hizo un vuelo de reconocimiento, observó las columnas enemigas «deslizarse de oeste a este», en dirección al valle del Ourcq. Posteriormente, otro avión que también despegó de París confirmó la noticia[46].

En la sala del Deuxième Bureau de Gallieni, una silenciosa excitación reinaba entre los oficiales. El coronel Girodon, un oficial que había sido herido en el frente, pero que se consideraba a sí mismo con condiciones para el trabajo en el Estado Mayor, estaba tumbado en un sofá con los ojos fijos en el mapa de la pared, en el que unos alfileres de colores señalaban la dirección del avance alemán. El general Clergerie, jefe del Estado Mayor de Gallieni, entró en la sala cuando apenas se había recibido otro informe de los aviadores ingleses. Una vez más, cambiaron los alfileres, y la dirección del avance de Von Kluck aparecía ahora de un modo que ya no ofrecía la menor duda en el mapa. Clergerie y Girodon exclamaron al unísono: «¡Nos presentan su flanco! ¡Nos presentan su flanco!»[47].

22

«CABALLEROS, LUCHAREMOS EN EL MARNE»

Gallieni vio en el acto la oportunidad que se le ofrecía al ejército de París. Sin vacilar ni un instante, decidió lanzar un ataque contra el flanco del ala derecha alemana lo antes posible e inducir a Joffre a apoyar la maniobra, reanudando la ofensiva en todo el frente, en lugar de continuar la retirada hacia el Sena[1]. Aunque el ejército de París, del que el Sexto Ejército de Maunoury era el núcleo central, estaba al mando de Gallieni, la región de París, con todas sus fuerzas, estaba desde el día anterior a las órdenes de Joffre. Para lanzar el Sexto Ejército a la ofensiva se requerían dos condiciones: el consentimiento de Joffre y el apoyo del vecino más cercano al Sexto Ejército, el CEB. Ambos se encontraban entre París y el flanco de Kluck, Maunoury al norte y los ingleses al sur del Marne.

Gallieni celebró con su jefe del Estado Mayor, el general Clergerie, lo que éste solía calificar como «una de aquellas largas conferencias cuando se trataba de un grave problema […], y que solían durar de dos a cinco minutos»[2]. Eran las ocho y media de la tarde del 3 de septiembre. Decidieron que si la línea de marcha de Kluck continuaba siendo la misma a la mañana siguiente, ejercerían toda la presión posible para que Joffre consintiera en lanzar la ofensiva combinada sin pérdida de tiempo. Los aviadores de la región de París recibieron orden de emprender, a primera hora de la mañana, vuelos de reconocimiento, de los cuales «dependerían graves decisiones», y entregar el resultado de sus reconocimientos antes de las diez de la mañana.

El éxito de un ataque por el flanco, tal como previno el general Hirschauer, «dependía de la avanzadilla penetrante», y el Sexto Ejército no era el agudo instrumento que Gallieni hubiese deseado tener a sus órdenes. Después de las marchas forzadas de aquellos últimos días y de la retirada sobre París, había ocupado las posiciones que le habían sido señaladas en un grave estado de agotamiento. Algunas unidades habían recorrido treinta y siete millas durante el día 2 de septiembre. El cansancio influye en la moral. Gallieni, al igual que sus compañeros, consideraba las divisiones de reserva, de las cuales estaba compuesto en su mayor parte el ejército de Maunoury, como de «valor mediocre». La 62.ª de la reserva, que no había tenido ni un solo día de descanso ni había dejado de luchar durante la retirada, había perdido dos terceras partes de sus oficiales, que había reemplazado con tenientes de la reserva. El IV Cuerpo aún no había llegado. Solamente la «serenidad y la decisión» de los habitantes de París, aquellos que no habían emprendido la huida hacia el sur, eran motivo de satisfacción[3].

Von Kluck alcanzó el Marne el 3 de septiembre por la noche, después del ejército de Lanrezac, al que continuaba persiguiendo, y los ingleses en su flanco extremo, lo hubieran cruzado a primera hora de aquel día. Entre todos, con las prisas, el cansancio y la confusión de la retirada, y a pesar, o precisamente, a causa de la lluvia de telegramas sobre las demoliciones, dejaron los puentes intactos o sólo parcialmente destruidos. Kluck conservó las cabezas de puente y, haciendo caso omiso de la orden que había recibido de mantenerse al mismo nivel que Bülow, pretendió cruzarlo por la mañana, continuando en dirección hacia el interior, en persecución del Quinto Ejército. Había enviado tres mensajes al OHL expresando esta intención, pero las comunicaciones inalámbricas con Luxemburgo aún eran peores que con Coblenza, y no los recibieron hasta el día siguiente. Sin tener contacto con el Primer Ejército durante dos días, el

OHL no sabía que Kluck había desobedecido la orden del 2 de septiembre y, cuando se enteraron, sus columnas ya estaban al otro lado del Marne.

Habían caminado de veinticinco a veintiocho millas el 3 de septiembre. Cuando los soldados llegaron a sus alojamientos, escribió un testigo francés, «se dejaron caer agotados, musitando: "¡Cuarenta kilómetros, cuarenta kilómetros!". Esto era lo único que eran capaces de decir». Durante la batalla que se libró a continuación, muchos soldados alemanes fueron hechos prisioneros cuando estaban dormidos, sin fuerzas siquiera para ponerse en pie. El calor que había reinado aquel día había sido terrible. Sólo la esperanza de llegar a París «al día siguiente o pasado mañana» les daba fuerzas para seguir adelante, y sus oficiales no se atrevían a defraudarles indicándoles el nuevo objetivo. En su fiebre por aniquilar a los franceses, Kluck, además de agotar a sus hombres, se despegó no sólo de sus trenes de suministro, sino también de su artillería pesada. Su compatriota en la Prusia oriental, el general Von François, no quiso avanzar un solo paso hasta poder contar con sus suministros y su artillería. Pero François tenía en cuenta que se enfrentaba a una batalla, mientras que Kluck, que estaba convencido de que solamente perseguía a un enemigo derrotado, olvidó este dato. Consideraba que los franceses carecían, después de diez días de retirada, de la moral y energía necesarias para dar media vuelta si se veían obligados a combatir de nuevo. Y tampoco estaba preocupado por su flanco. «El general no teme nada del lado de París. Después de aniquilar los restos del ejército franco-inglés, regresará en dirección a París y le proporcionará al IV Cuerpo de la reserva el honor de dirigir la entrada en la capital francesa», escribió un oficial el 4 de septiembre[4].

La orden de continuar detrás como vigilante del flanco de avance alemán no podía ser cumplida, informó claramente Kluck al OHL mientras proseguía su avance el 4 de septiembre.

Un alto de dos días, imprescindible para permitir que Bülow se reuniera con él, debilitaría la ofensiva alemana y le proporcionaría al enemigo tiempo para recuperar su libertad de movimiento. En realidad, opinaba, única y exclusivamente por la «osada acción» de su ejército al cruzar el Marne, que se había abierto la puerta a los restantes ejércitos alemanes, y añadió: «Confío en que ahora sepan obtener una ventaja de este éxito». Más enojado cada vez, Kluck preguntaba a qué era debido que las «victorias decisivas» de los «otros» ejércitos [se refería a Bülow] fueran seguidas siempre de un «llamamiento de ayuda»[5].

Bülow estaba furioso al ver que su vecino transformó «la orden de avanzar en escala en la retaguardia del Segundo Ejército, como había ordenado el OHL, en una escala en avanzadilla». También sus tropas, como casi todas las unidades alemanas cuando llegaron al Marne, estaban agotadas. «No podíamos hacer nada más. Los hombres se dejaban caer, sin fuerzas casi ni para respirar […]. Llegó la orden de montar de nuevo a caballo. Apoyé mi cabeza sobre el cuello de mi caballo. Estábamos sedientos y hambrientos. Nos sentíamos dominados por una completa indiferencia. Una vida así no merecía ser vivida. Perderla no tenía importancia»[6], escribió un oficial del X Cuerpo de la reserva. Las tropas del ejército de Hausen se quejaban de no haber «comido nada caliente durante los últimos cinco días». En la zona del Cuarto Ejército, un oficial escribió: «Marchamos durante todo el día bajo un calor sofocante[7]. Los hombres, sin afeitar y cubiertos de polvo, parecen sacos de harina en movimiento». A pesar de que el avance alemán se conseguía en medio del agotamiento y la apatía de las tropas, los comandantes no se alarmaron en ningún momento. Lo mismo que Kluck, estaban convencidos de que los franceses no tenían fuerzas para recuperarse. Bülow, el 3 de septiembre, informó de que el Quinto Ejército francés había sido «derrotado de un

modo decisivo» (lo repetía por tercera o cuarta vez) y que huía «completamente desorganizado al sur del Marne»[8].

Aunque no «completamente desorganizado», el Quinto Ejército era evidente que no estaba en buenas condiciones. La pérdida de confianza de Lanrezac en Joffre, que no se tomaba la molestia de ocultar sus discusiones con los oficiales de enlace del GQG, y su desprecio respecto a las órdenes que recibía, habíanse contagiado a los oficiales de su Estado Mayor, la mitad de los cuales estaban a su favor y la otra mitad, en contra. Todos estaban irritados y con los nervios excitados por el penoso y largo esfuerzo de alcanzar la retaguardia de los ejércitos franceses. El general Mas de Latrie, del XVIII Cuerpo, que era el que estaba más cerca del enemigo, expresaba su «ansiedad» por el estado de sus tropas. Sin embargo, aunque muy cansado, el Quinto Ejército había cruzado el Marne con el suficiente adelanto sobre el enemigo como para considerarse a sí mismo despegado, cumpliendo con ello los requisitos señalados por Joffre para reanudar la ofensiva.

A pesar de que Joffre tenía la intención de realizar este esfuerzo «dentro de pocos días»[9], tal como había informado al gobierno, no se había mostrado más específico, y el desánimo en el seno del GQG era muy grande. Diariamente, los oficiales de enlace regresaban muy deprimidos de sus visitas a los ejércitos, sobre los cuales, como señaló uno de estos oficiales, «soplaban los vientos de la derrota»[10]. Fueron tomadas las disposiciones necesarias para trasladar el GQG treinta millas más hacia atrás, a Chatillon-sur-Seine, y este traslado fue ordenado dos días más tarde, el 5 de septiembre. En el curso de diez días, Francia había perdido las ciudades de Lila, Valenciennes, Cambrai, Arras, Amiens, Maubeuge, Mézieres, St. Quentin, Laon y Soissons, así como las minas de carbón y de hierro, las regiones trigueras, las de remolacha de azúcar y una sexta parte de su población. El pánico cundió cuando Reims, en cuya grandiosa

catedral habían sido coronados todos los reyes franceses, desde Clovis a Luis XVI, fue abandonada como ciudad abierta al ejército de Bülow el 3 de septiembre. Dos semanas más tarde, después de la terrible pesadilla del Marne, ocurrió el bombardeo que había de convertir la catedral de Reims en un símbolo para el mundo, al igual que la Biblioteca de Lovaina.

Joffre, que todavía no había revelado ninguna señal de nerviosismo, cuyo apetito para las tres comidas regulares de cada día permanecía inalterable y que se acostaba invariablemente a las diez en punto, se enfrentó el 3 de septiembre con una tarea que, durante este período, le hizo sentirse visiblemente preocupado. Tomó la decisión de que Lanrezac abandonara el mando. Sus razones eran «la depresión física y moral» de Lanrezac y sus «desagradables relaciones personales», ahora más notorias que nunca, con *sir* John French[11]. Por el bien de la futura ofensiva, en la que el papel que debía desempeñar el Quinto Ejército sería crucial y la participación de los ingleses, esencial, debía ser destituido. A pesar de la firme conducta de Lanrezac en la Batalla de Guise, Joffre se había convencido a sí mismo de que desde entonces, Lanrezac «estaba hecho trizas». Además, ni un solo momento dejaba pasar la ocasión para criticar y poner objeciones a sus órdenes. Desde luego, esto no era un síntoma de depresión moral, pero molestaba al generalísimo.

Con escasas ideas propias, Joffre era partidario de aceptar consejos y se sometió, de un modo más o menos consciente, a la doctrina que dominaba en la Sección de Operaciones. Formaban lo que un crítico militar francés ha llamado «una iglesia fuera de la cual no hay salvación y que nunca perdona a los que han revelado la falsedad de su doctrina»[12]. El pecado de Lanrezac había sido haber tenido razón, y, además, de un modo que no admitía dudas. Había estado acertado ya desde un principio en relación con la apreciación de los efectivos del ala derecha alemana, a consecuencia de lo cual ahora una buena parte de

Francia estaba bajo el dominio alemán. Su decisión de poner fin a la Batalla en Charleroi, cuando se vio amenazado por un doble envolvimiento de los ejércitos de Bülow y Hausen, había salvado el ala izquierda francesa. Tal como reconoció el general Von Hausen después de la guerra, trastocó todo el plan alemán, que esperaba envolver el ala izquierda francesa, y fue el origen del cambio de dirección de Von Kluck hacia el interior en su esfuerzo por aniquilar el Quinto Ejército. No podemos saber con seguridad si la retirada de Lanrezac se debió al miedo o a su juicio sobre la situación, cuestión que carece de importancia, dado que el miedo es a veces prudencia y sabiduría, y en este caso había hecho posible el renovado esfuerzo que estaba preparando Joffre. Todo esto iba a reconocerse mucho más tarde, cuando el gobierno francés, en un aplazado gesto de enmendar errores, otorgó a Lanrezac el Gran Cordón de la Legión de Honor. Pero en el amargo fracaso del primer mes de lèse majesté de Lanrezac, éste se hizo inaguantable para el GQG. El día en que cruzó el Marne con su ejército selló su destino.

El estado de ánimo de Lanrezac, después de todo lo que había pasado, no era, lógicamente, muy de fiar; sin duda alguna, la desconfianza mutua entre él y el GQG, fuese de quien fuese la culpa, y entre él y *sir* John French, le convertían en un verdadero problema en aquellos momentos de crisis. Joffre se consideraba en el deber de adoptar todas las medidas posibles para evitar cualquier fracaso en el curso de la ofensiva que planeaba. Incluyendo sus destituciones durante los dos días siguientes, Joffre, en el curso de las primeras cinco semanas[13], había desprovisto al Ejército francés de dos comandantes de ejército, diez comandantes de cuerpo y treinta y ocho —o sea, la mitad de los existentes— de los generales de división. Nuevos y en su mayoría mejores hombres, entre ellos tres futuros mariscales, Foch, Pétain y Franchet d'Esperey, acudieron a sustituirles.

Aunque se cometieron algunas injusticias, lo cierto es que el Ejército salió ganando.

Joffre emprendió el viaje en dirección a Sézanne, en donde aquel día estaba localizado el cuartel general del Quinto Ejército. Durante el camino, se tropezó con los transportes del IV Cuerpo, camino de París, y con los coches llenos de fugitivos que habían abandonado la capital. En el lugar previsto conferenció con Franchet d'Esperey, comandante del I Cuerpo, que se presentó con la cabeza envuelta en una toalla debido al calor.

—¿Se siente usted capaz de mandar un ejército? —le preguntó Joffre.

—Como cualquier otro —contestó Franchet d'Esperey, y cuando Joffre se lo quedó mirando fijamente, se encogió de hombros y continuó—: Cuanto más alto sube uno, es mucho más fácil. Se dispone de un Estado Mayor más importante y hay muchas más personas que le ayudan a uno.

Una vez decidida esta cuestión, Joffre continuó su camino.

En Sézanne se retiró a solas con Lanrezac y le dijo:

—Amigo mío, está usted agotado e indeciso. Tendrá que renunciar al mando del Quinto Ejército. Odio tener que decírselo, pero no me queda otro remedio.

Según Joffre, Lanrezac meditó durante unos instantes, dando la impresión de un hombre a quien le quitan una terrible carga, y replicó:

—General, está usted en lo cierto[14].

Según el propio relato de Lanrezac, protestó vivamente y exigió que le presentaran pruebas, pero Joffre se limitó a repetir: «Vacilante, indeciso», y se quejó de que hiciera «observaciones» sobre las órdenes que él le daba. Lanrezac replicó que esto no era una prueba en contra suya, puesto que los hechos habían demostrado que sus observaciones eran correctas, lo que, desde luego, era el motivo de su destitución. Pero Joffre no le escu-

chaba. Hizo «unas muecas, indicando que había agotado su paciencia, y no se atrevió a mirarme a los ojos». Lanrezac renunció a cualquier discusión. Joffre salió de la conferencia «un tanto nervioso» por una vez, como observó su ayudante de campo.

Llamaron a Franchet d'Esperey. Estaba tomando una sopa, se puso en pie, bebió de un trago un vaso de vino, se puso la guerrera y partió para Sézanne. Cuando quedó detenido por un suministro militar, saltó del coche. Era tan conocida en el Ejército su figura compacta y dura, su pelo corto, sus penetrantes ojos negros y su aguda voz autoritaria, que los hombres, los caballos y los vehículos se hicieron rápidamente a un lado como por arte de magia. Durante los días siguientes, cuando su tensión y sus nervios iban en aumento, su método para abrirse paso por las carreteras, cuando se trasladaba de un lado a otro, era sacar el revólver por la ventanilla del coche y disparar al aire. Los soldados ingleses le pusieron el apodo de «Desperate Frankey». Sus compañeros lo encontraron transformado, pues ya no era un hombre jovial y amable, aunque severo y disciplinado, sino que se había convertido en un tirano. Un hombre glacial ahora, autoritario, que imponía un reinado de terror sobre los oficiales de su Estado Mayor y su tropa. Apenas le había entregado Lanrezac los documentos confidenciales y el mando en Sézanne, cuando sonó el teléfono. Hely d'Oissel, que se puso al aparato, repitió varias veces: «Sí, general… No, general», con creciente irritación[15].

—¿Quién es? —preguntó Franchet d'Esperey. Cuando le dijeron que era el general Mas de Latrie, del XVIII Cuerpo, que insistía en que no podía cumplir las órdenes para el día siguiente debido a la extrema fatiga de sus tropas, continuó—: Déjenme a mí. «Oiga, soy el general d'Esperey. He asumido el mando sobre el Quinto Ejército. No quiero más discusiones. Emprenderá la marcha; marchará o morirá»[16].

Y, sin más, colgó el auricular.

El 4 de septiembre se inició con una sensación general de que se avecinaba un momento culminante, y esto sucedió en varios lugares al mismo tiempo. Era una especie de conocimiento extrasensorial que producen a veces los grandes acontecimientos. En París, Gallieni estaba convencido de que aquél era el día «decisivo». En Berlín, la princesa Blücher escribió en su diario: «No se habla de otra cosa que de la esperada entrada en París». En Bruselas habían empezado a caer las hojas y soplaba un fuerte viento por las calles de la ciudad. La gente percibía el aire de otoño y se preguntaba lo que sucedería si la guerra se prolongaba durante todo el invierno. En la legación norteamericana, Hugh Gibson observó un «creciente nerviosismo» en el cuartel general alemán, en el que durante los últimos cuatro días no habían anunciado ninguna victoria. «Creo que algo muy grave se respira hoy en el aire»[17].

En el OHL, en Luxemburgo, la tensión alcanzaba su punto culminante cuando se aproximaba el momento triunfal de la historia alemana. El Ejército estaba a punto de completar en el Marne la labor que había iniciado en Sadowa y en Sedán. «Hoy es el día treinta y cinco. Ocuparemos Reims, estamos sólo a treinta millas de París»[18], le dijo el káiser, con expresión de triunfo en su voz, a un ministro recién llegado de Berlín.

En el frente, los ejércitos alemanes pensaban en la batalla final, más en términos de un golpe de gracia que de un combate. «Grandes noticias. Los franceses nos han ofrecido un armisticio y están dispuestos a pagar una indemnización de diecisiete mil millones. Por el momento, el armisticio ha sido rechazado»[19], anotó un oficial del Quinto Ejército en su diario.

El enemigo había sido derrotado y toda prueba en contra era rechazada con disgusto. Una terrible duda surgió en la mente del general Von Kuhl, el jefe del Estado Mayor de Kluck, cuando se enteró de la presencia de una columna francesa cerca de Château-Thierry, que cantaba mientras continuaba su retirada.

Disipó sus dudas, «ya que se habían dado ya todas las órdenes para la nueva maniobra»[20]. Aparte de unas pocas excepciones, no existían recelos de ninguna clase sobre que el enemigo estuviera preparando una contraofensiva. Aunque eran visibles ciertos signos, el servicio de información alemán, que operaba en territorio enemigo, no logró interpretarlos. Un oficial del Servicio de Información del OHL llegó al cuartel general del príncipe heredero el 4 de septiembre para decir que la situación era favorable en toda la extensión del frente y que «avanzamos victoriosos por todas partes»[21].

Un solo hombre no opinaba de ese modo. Moltke, a diferencia de Joffre, no tenía confianza en su propia estrella y lo veía todo sin ilusiones de ninguna clase. El 4 de septiembre estaba «serio y deprimido», le dijo a Helfferich, el mismo ministro que acababa de hablar con el káiser: «Apenas tenemos un caballo en el Ejército que pueda dar un paso hacia delante»[22]. Y después de una penosa pausa, añadió: «No debemos engañarnos a nosotros mismos. Hemos logrado éxitos, pero no victorias. El triunfo significa el aniquilamiento del poder de la resistencia del enemigo. Cuando un millón de hombres se enfrentan en combate, el vencedor hace prisioneros. ¿Dónde están nuestros prisioneros? Veinte mil, en Lorena, tal vez otros diez o veinte mil en total. Y el número relativamente bajo de cañones que hemos capturado, da a entender que los franceses están llevando a cabo una retirada planeada y ordenada». Había sido reflejado un pensamiento inadmisible en aquellos momentos.

Aquel día, por fin, llegó al OHL el telegrama de Kluck de que iba a cruzar el Marne, demasiado tarde para detener el movimiento. El flanco que Kluck exponía de esta forma a París preocupaba a Moltke. Llegaban informes sobre un intenso tráfico ferroviario en dirección a París, que aparentemente se trataba de movimientos de transportes de tropa[23]. Rupprecht, el 4 de septiembre, informó de la retirada de dos cuerpos franceses

de su frente. No se podía rehuir por más tiempo la evidencia de que el poder de resistencia del enemigo no había sido eliminado.

El traslado de tropas francesas, tal como señaló el coronel Tappen, podía significar «un ataque desde París sobre nuestro flanco derecho ante el que no contamos con los refuerzos necesarios»[24]. Era éste un problema del cual Moltke, lo mismo que los comandantes en el campo de batalla, tenía pleno conocimiento. Las pérdidas sufridas en los continuados combates con la retaguardia francesa, durante la retirada, no podían ser sustituidas por las reservas, al igual que estaban haciendo los franceses. Los vacíos en las filas alemanas continuaban y los dos cuerpos que habían sido destinados a la Prusia oriental se echaban en falta en aquellos momentos. Moltke estaba decidido a retirar tropas del ala izquierda, cuando ya Rupprecht había lanzado una nueva ofensiva contra el frente del Mosa el 3 de septiembre; el káiser se encontraba en el cuartel general de Rupprecht cuando llegó la orden de Moltke[25]. Confiado esta vez en que por fin serían rotas las defensas de Nancy, el káiser apoyó vivamente a Rupprecht y a Von Krafft, que se oponían a que sus fuerzas fueran disminuidas en un solo hombre. Otra persona tal vez hubiese insistido, pero Moltke no. Desde aquella noche del 1 de agosto, los altibajos de la campaña habían debilitado todavía más su voluntad. Dado que no contaba con refuerzos suficientes para el ala derecha, decidió detener su avance.

La nueva orden, dirigida a todos los ejércitos, fue redactada aquella noche y despachada a primera hora de la mañana siguiente, y era una abierta confesión del fracaso del ala derecha, del fracaso de aquel plan de victoria por el que Alemania había sacrificado la neutralidad de Bélgica. Fechada exactamente un mes después del día en que los ejércitos alemanes habían invadido Bélgica, la orden empezaba con la siguiente declaración: «El enemigo ha evitado el envolvimiento por el Primer y Se-

gundo Ejércitos y una parte de sus fuerzas se ha enlazado con las fuerzas de París». Tropas enemigas eran retiradas del frente del Mosela y enviadas hacia el oeste, «probablemente con el fin de concentrar efectivos superiores en la región de París y amenazar el flanco derecho del ejército alemán». En consecuencia, «el Primer y Segundo Ejércitos deben continuar de cara al frente oriental de París […], actuar contra cualquier operación del enemigo en este sector». El Tercer Ejército tenía que continuar un avance en dirección al sur del Sena y los otros ejércitos, cumplir la misión que se les tenía asignada por la orden del 2 de septiembre.

Detener el ala victoriosa en la misma víspera de la victoria final, se le antojó una grave locura al ministro de la Guerra, el general Von Falkenhayn, que dos semanas después sería el sucesor de Moltke como comandante en jefe. «Sólo una cosa es cierta», escribió en su diario el 5 de septiembre. «Nuestro Estado Mayor ha perdido completamente la cabeza. Las notas de Schlieffen ya no sirven para nada y aquí ha terminado el ingenio de Moltke»[26]. No era el ingenio de Moltke lo que había terminado, sino que Alemania había perdido el tiempo. En los movimientos de las tropas francesas, Moltke, correctamente, adivinó el peligro que se cernía sobre su flanco y adoptó una medida acertada y prudente para hacer frente al mismo. Su orden tenía un solo defecto: llegaba demasiado tarde. Pero incluso entonces hubiera llegado aún a tiempo si no hubiese habido otro hombre que tenía muchas prisas: Gallieni.

Los comunicados de los aviadores franceses, a primeras horas del 4 de septiembre, le demostraron que era «vital actuar de un modo rápido». La variación de la marcha de Kluck, en su curva hacia el sureste, señalaba un claro objetivo al ejército de Maunoury y a los ingleses si podía ser lanzado un ataque combinado en el momento preciso. A las nueve de la mañana, antes de obtener el consentimiento de Joffre, envió órdenes prelimi-

nares a Maunoury: «Mi intención es mandar su ejército hacia delante en íntimo contacto con las fuerzas inglesas contra el flanco alemán. Tome inmediatamente las disposiciones necesarias a fin de que sus tropas estén preparadas para emprender la marcha esta misma tarde en un movimiento general hacia el este, con las fuerzas de la región de París»[27]. Tan pronto como le fuera posible, Maunoury debía trasladarse a París.

Gallieni procuró a continuación de obtener una aprobación «inmediata y enérgica» de Joffre[28]. Entre ambos habían existido antiguas relaciones de comandante y subordinado. Ambos sabían que, en el caso de que algo le sucediera a Joffre, Gallieni sería automáticamente designado comandante en jefe. Consciente de que Joffre se resentía de su influencia, Gallieni contaba con, más que poder persuadirle, poder obligarle. Por este motivo había llamado ya a Poincaré a Burdeos para decirle que «había una buena oportunidad» para reanudar la ofensiva sin pérdida de tiempo[29].

A las 9:45 llamó al GQG, la primera de una serie de llamadas de las que diría posteriormente: «La auténtica Batalla del Marne fue librada por teléfono»[30]. El general Clergerie dirigió la conversación con el coronel Pont, jefe de operaciones, ya que Gallieni no quería hablar con nadie más que con Joffre y éste no quería ponerse al teléfono. Sentía una aversión por este instrumento y solía decir que no entendía su mecanismo. El verdadero motivo era que, como todos los hombres que ocupaban elevadas posiciones, tenía la mirada fija en la historia, y temía que aquello que pudiera decir por teléfono fuera anotado sin que él tuviera, luego, oportunidad de revisarlo[31].

Clergerie explicó el plan de lanzar el Sexto Ejército y a todas las fuerzas disponibles del flanco de París en un ataque contra el flanco de Kluck, con preferencia al norte del Marne, en cuyo caso el contacto se establecería el 6 de septiembre, alternativamente en la margen izquierda, lo que exigiría un día de retraso

para permitir que Maunoury lo pudiera cruzar. En ambos casos, Clergerie solicitó la orden para que el Sexto Ejército emprendiera la marcha aquella misma noche. Insistió en que Gallieni estaba convencido de que había llegado el momento deseado de poner fin a la retirada y lanzar a todo el ejército a la ofensiva en combinación con la maniobra de París. El GQG debía tomar una decisión en este sentido[32].

Contrariamente a la intención del GQG de sacrificar la capital, Gallieni, ya desde un principio, se sentía dominado por el convencimiento de que París debía ser defendida. Veía el frente desde el punto de vista de París y sin un conocimiento directo de la situación de los ejércitos en el campo de batalla, dado que el GQG no le enviaba ningún informe. Estaba, sin embargo, decidido a aprovecharse de la oportunidad que le ofrecía el cambio de dirección de Kluck, convencido de que su propio movimiento debería precipitar una ofensiva general. Era una decisión osada e incluso precipitada, ya que sin un conocimiento exacto del emplazamiento de los restantes ejércitos no podía juzgar de un modo correcto las posibilidades de éxito. Pero Gallieni se decía que no existía otra alternativa. Tal vez ello se debiera a que se dejó llevar, en aquel momento, por el instinto de un gran caudillo militar, pero lo cierto es que creyó que a Francia no se le volvería a presentar una ocasión parecida.

A las once de la mañana llegó Maunoury, pero todavía no se había recibido una respuesta de Joffre. Al mediodía volvió a telefonear Clergerie.

Mientras tanto, en la escuela de Bar-sur-Aube, en donde estaba instalado el GQG, los oficiales de la Sección de Operaciones, frente al mapa en la pared, discutían animadamente la proposición de Gallieni sobre una ofensiva combinada. El terrible descalabro de las esperanzas militares francesas durante el mes anterior había hecho que muchos de esos oficiales se dejaran llevar ahora por la prudencia e incluso por el pesimismo. Otros

eran unos fervientes apóstoles de la ofensiva y tenían una respuesta para todas las objeciones en contra. Joffre estaba presente y escuchaba sus argumentos, que eran anotados por su ayudante de campo, el capitán Muller. «¿Las tropas al límite de sus fuerzas? No importa, son franceses y están cansados de replegarse. En el momento en que oigan la orden de avance, se olvidarán de su fatiga. ¿Una brecha entre el ejército de Foch y el de Langle? Será ocupada por el XXI Cuerpo del ejército de Dubail. ¿Que los ejércitos no están preparados para el ataque? Pregúntenlo a los comandantes, ya verán lo que contestan. ¿Cooperación con los ingleses? Ah, eso ya es más grave. No les podemos dar órdenes a sus comandantes, hemos de negociar con ellos y no disponemos de mucho tiempo. Pero el problema estriba en aprovechar la ocasión antes de que se nos escape. Kluck puede rectificar su error, y los movimientos del Sexto Ejército, sin duda, llamarán su atención y le indicarán los peligros a los que se está exponiendo»[33].

Sin haber pronunciado una sola palabra, Joffre se fue a consultar con Berthelot en su despacho y descubrió que éste era enemigo del plan. Los ejércitos no podían dar repentinamente media vuelta, arguyó. Debían continuar la retirada planeada hasta una fuerte línea defensiva y dejar que los alemanes penetraran más profundamente en la red. La superioridad numérica que tanto se deseaba no podría conseguirse hasta la llegada de los dos cuerpos de Lorena y hasta que éstos ocuparan sus posiciones.

Silencioso, a horcajadas sobre su silla, fija la mirada en el mapa de Berthelot que colgaba de la pared, Joffre estudió detenidamente la situación. Su plan para reanudar la ofensiva había partido siempre de la inclusión del Sexto Ejército en un ataque contra el flanco del enemigo. Gallieni, sin embargo, precipitaba los acontecimientos. Joffre deseaba poder disponer de un día más para que llegaran los refuerzos, y para que el Quinto

Ejército pudiera prepararse y asegurar la colaboración de los ingleses. Cuando llegó la segunda llamada de Clergerie, le contestaron que el comandante en jefe prefería un ataque en la orilla sur del Marne, y cuando Clergerie se lamentó del aplazamiento, repusieron que «el aplazamiento significaba poder disponer de un mayor número de fuerzas».

Joffre se enfrentaba ahora con una gran decisión: si continuar la planeada retirada hasta el Sena o aprovechar la ocasión —y el riesgo— y enfrentarse, sin pérdida de tiempo, con el enemigo. Hacía un calor insoportable. Joffre salió al exterior y se sentó debajo de un fresno en el patio de la escuela. Por naturaleza le gustaba recoger las opiniones de los demás, seleccionarlas, estudiar el coeficiente intelectual del que hablaba y anunciar luego su veredicto. Era él quien siempre decía la última palabra. Si obtenía éxito, la gloria sería para él; si fracasaba, la responsabilidad caería sobre sus hombros. Era un problema en el que estaba en juego el futuro de Francia. Durante los treinta últimos días, el Ejército había fracasado en la gran tarea para la cual se había estado preparando durante los últimos treinta años. Su última ocasión de salvar a Francia, el resurgir de la Francia del año 1792, había llegado. El invasor se encontraba a cuarenta millas de donde estaba sentado Joffre y a apenas veinte millas del Ejército francés más cercano. Senlis y Creil, después de haber sido rebasadas por el ejército de Kluck, estaban ardiendo y el alcalde de Senlis, muerto. ¿Y si los franceses se lanzaban ahora a la ofensiva antes de estar preparados… y fracasaban?

Ahora, la premisa inmediata era saber si podían estar preparados a tiempo. Ya que el Quinto Ejército se encontraba en una posición crucial, Joffre mandó un mensaje a Franchet d'Esperey: «Puede resultar ventajoso presentar batalla mañana o pasado mañana con todas las fuerzas del Quinto Ejército junto con los británicos y las fuerzas móviles de París contra el

Primer y Segundo Ejércitos alemanes. Por favor, indique si su ejército está en condiciones de proceder en este sentido con posibilidades de éxito. Conteste inmediatamente». Una pregunta similar fue dirigida a Foch, que se encontraba junto a Franchet d'Esperey y frente a Bülow[34].

Joffre continuaba sentado y meditando debajo del fresno. Durante casi toda la tarde, embutido en su capote negro, sus pantalones rojos y sus botas, de las cuales, con gran desespero de sus ayudantes, se había quitado las espuelas, permaneció silencioso e inmóvil.

Mientras tanto, Gallieni, que se hizo acompañar por Maunoury, abandonó París a la una para dirigirse al cuartel general británico en Melun, junto al Sena, a veinticinco millas hacia el sur[35]. Como respuesta a su demanda en favor del apoyo inglés, había recibido una contestación negativa de Huguet, que informó de que *sir* John French, «de acuerdo con los consejos prudentes de su jefe de Estado Mayor», *sir* Archibald Murray, no pensaba intervenir en una ofensiva francesa a no ser que éstos garantizaran la defensa del bajo Sena, entre los ingleses y el mar. Los dos generales franceses llegaron al cuartel general inglés a las tres de la tarde. Los centinelas presentaron armas y los soldados escribían afanosamente a máquina en el interior, pero ni el mariscal de campo ni su primer ayudante se encontraban allí, y los oficiales del Estado Mayor parecían «confundidos» por la situación. Después de una prolongada búsqueda encontraron a Murray. Declaró que su jefe se hallaba inspeccionando las tropas y que no tenía la menor idea de cuándo regresaría *sir* John French.

Gallieni trató de explicar su plan de ataque y por qué la participación de los ingleses era «indispensable», pero se percató, de buenas a primeras, de la desgana de los ingleses en intervenir en aquella acción. Murray repitió varias veces que el CEB había recibido órdenes concretas de su comandante en jefe de

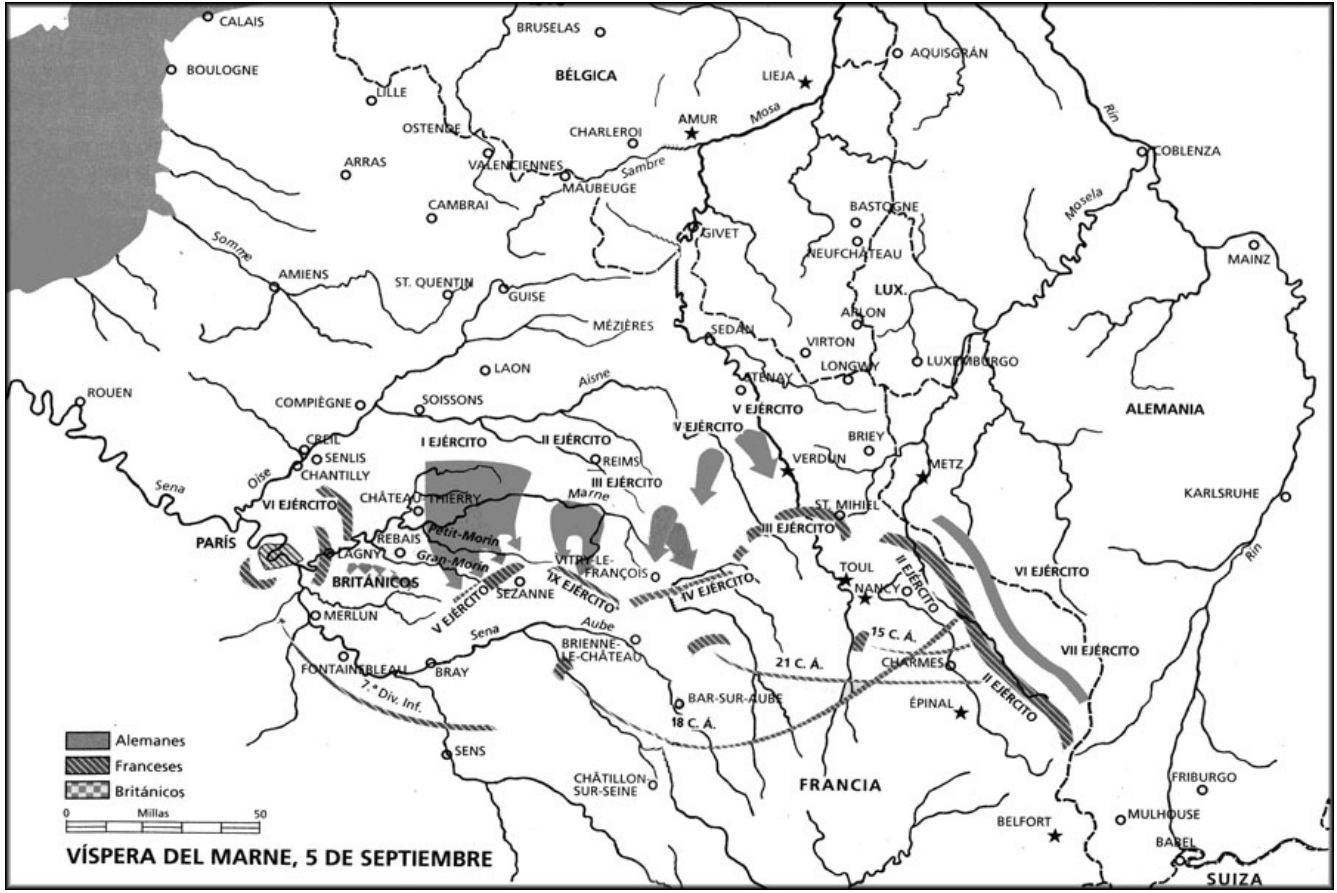
reponerse, reagruparse y esperar refuerzos, y que no podía hacer nada hasta el regreso de su jefe. Después de más de dos horas de discusión, durante las cuales *sir* John French no regresó, Gallieni logró persuadir a Murray para que redactara un resumen del plan de ataque y las proposiciones para una acción conjunta que, «al parecer, él no entendió muy bien». Antes de despedirse se aseguró la promesa, por parte de Murray, de que éste le avisaría tan pronto como volviera su jefe.

Al mismo tiempo se celebraba otra conferencia anglo-francesa, a treinta y cinco millas más arriba del Sena, en Bray, a la que tampoco asistió *sir* John French. Ansiosos de mejorar las poco agradables relaciones que había dejado Lanrezac, Franchet d'Esperey había convenido una cita con el mariscal de campo en Bray a las tres. Como gesto de reconciliación se puso, para esta ocasión, la banda de caballero de la Orden Victoriana. Al llegar a Bray su coche fue detenido por un centinela francés, que le informó de que un mensaje urgente esperaba al general en la oficina de telégrafos. Era la pregunta de Joffre sobre la batalla. Mientras la estudiaba, Franchet d'Esperey caminaba de un lado a otro por el valle, en espera de la llegada del mariscal inglés. Al cabo de quince minutos se detuvo un Rolls-Royce con un «gigantesco *highlander*» al lado del chofer, pero, en lugar del florido y pequeño mariscal de campo, descendió del coche «un individuo alto y satánico de expresión inteligente». Era Wilson, que se había hecho acompañar por el jefe del Servicio de Información inglés, el coronel Macdonogh. Habían quedado detenidos por el camino cuando, al encontrar a una dama parisiense en la carretera a quien se le había terminado la gasolina de su coche, Wilson galantemente le cedió parte de la que llevaban de repuesto[36].

El grupo se retiró a una sala en la segunda planta del Ayuntamiento y el *highlander* quedó apostado como centinela a la puerta. Macdonogh levantó un pesado tapete sobre la mesa,

abrió la puerta que conducía a la habitación contigua, miró debajo de la cama y golpeó con los nudillos contra las paredes. Luego, como respuesta a una pregunta de Franchet d'Esperey sobre la situación del ejército británico, desplegó un mapa que mostraba las posiciones exactas, marcadas en círculos azules, del enemigo en su frente, y dio un análisis maestro de los movimientos del Primer y Segundo Ejércitos alemanes. Franchet d'Esperey quedó altamente impresionado.

«Usted es nuestro aliado, no tengo secretos para ustedes», declaró, y leyó en voz alta la proposición de Joffre. «Voy a responder que mi ejército está preparado para el ataque», y clavando una mirada de acero en su visitante, añadió: «Confío en que no nos obligará usted a hacerlo nosotros solos. Es necesario que ustedes cubran el espacio entre el Quinto y el Sexto Ejércitos». Esbozó a continuación un plan preciso que había forjado en su mente durante el cuarto de hora que había estado esperando. Se basaba en una hipótesis a la que él había llegado por sí solo, la de un ataque al ejército de Maunoury al norte del Marne el 6 de septiembre, y también la dirección del ataque. Wilson previno que habría dificultades en obtener el consentimiento de *sir* John French y especialmente de Murray, pero prometió hacer todo lo que estuviera a su alcance. Partió de nuevo para Melun mientras Franchet d'Esperey mandaba su respuesta a Joffre.


CALAIS
BOULOGNE
BRUSELAS
BÉLGICA
LIEJA
AQUISGRÁN
LILLE
OSTENDE
CHARLEROI
AMUR
Mosa
Rin
COBLENZA
ARRAS
VALENCIENNES
Sambre
MAUBEUGE
CAMBRAI
BASTOGNE
Mosela
GIVET
NEUFCHÂTEAU
MAINZ
Somme
AMIENS
ST. QUENTIN
GUISE
LUX.
ARLON
MÉZIÈRES
SEDAN
VIRTON
LONGWY
LUXEMBURGO
LAON
Aisne
ATENAY
ROUEN
COMPIÈGNE
SOISSONS
V EJÉRCITO
ALEMANIA
CREIL
I EJÉRCITO
II EJÉRCITO
V EJÉRCITO
BRIEY
SENLIS
REIMS
VERDUN
METZ
CHANTILLY
Oise
III EJÉRCITO
Marne
Sena
VI EJÉRCITO
CHÂTEAU-THIERRY
ST. MIHIEL
KARLSRUHE
Petit-Morin
III EJÉRCITO
PARÍS
REBAIS
LAGNY
Gran-Morin
VITRY-LE-FRANÇOIS
TOUL
II EJÉRCITO
VI EJÉRCITO
BRITÁNICOS
IX EJÉRCITO
IV EJÉRCITO
NANCY
SEZANNE
V EJÉRCITO
MERLUN
Sena
Aube
15 C. Á.
BRIENNE-LE-CHÂTEAU
VII EJÉRCITO
FONTAINEBLEAU
BRAY
21 C. Á.
CHARMES
7.ª Div. Inf.
BAR-SUR-AUBE
II EJÉRCITO
ÉPINAL
18 C. Á.
Alemanes
Franceses
Británicos
SENS
CHÂTILLON-SUR-SEINE
FRANCIA
FRIBURGO
0
Millas
50
BELFORT
MULHOUSE
BASEL
SUIZA
VÍSPERA DEL MARNE, 5 DE SEPTIEMBRE

En Bar-sur-Aube, Joffre se levantó de su lugar bajo el árbol. Sin esperar la respuesta de Franchet d'Esperey o de Foch, había tomado una decisión. Entró en las oficinas de la Sección de Operaciones y ordenó que redactaran unas instrucciones «para ampliar la acción local prevista para la guarnición de París a todas las fuerzas aliadas del ala izquierda». Y había llegado el momento de dar media vuelta. Todo el mundo se puso a trabajar en los detalles. Para reducir el riesgo de que el enemigo se enterara de los nuevos planes, fue convenido no despachar las órdenes hasta el último momento posible.

Eran las seis de la tarde, y a las seis y media Joffre fue a cenar con dos oficiales japoneses a los que había invitado[37]. Mientras estaba sentado a la mesa le susurraron que Franchet d'Esperey había persuadido a los ingleses de unirse a la ofensiva y que importantes papeles habían llegado procedentes del Quinto Ejército. Las comidas eran sagradas, al igual que la cortesía internacional, especialmente en unos momentos en que los aliados estaban en relaciones con los japoneses para obtener una ayuda militar de éstos en Europa. Joffre no podía interrumpir la cena, pero cometió la descortesía de «apresurarla de un modo desacostumbrado en él». Cuando leyó la respuesta de Franchet d'Esperey se sintió como aquel al que le echan al agua y se ve obligado a nadar, d'Esperey le señalaba la hora, los lugares y las condiciones precisas y exactas de la batalla para los tres ejércitos, el Quinto, el Sexto y los ingleses. La acción podía iniciarse el 6 de septiembre, pues el ejército británico efectuaría un «cambio de dirección» con la condición de que su izquierda fuera protegida por el Sexto Ejército, ya que, «en caso contrario, los ingleses no avanzarían». El Quinto continuaría su retirada al día siguiente hasta el sur del Grand Morin y estaría en sus posiciones un día después para un ataque frontal contra el ejército de Kluck, mientras que los ingleses y Maunoury atacarían su flanco. Una condición necesaria era una «vigorosa in-

tervención» por parte del ejército de Foch contra el Segundo Ejército alemán.

«Mi ejército puede pasar al ataque el 6 de septiembre —concluyó Franchet d'Esperey— pero no está en perfectas condiciones». Esta declaración reflejaba claramente la verdad. Cuando más tarde Franchet d'Esperey le dijo al general Hache, del III Cuerpo, que el ataque había sido fijado para la mañana siguiente, Hache «se lo quedó mirando como si le hubieran golpeado en la cabeza con una porra»[38].

«¡Es una locura! —protestó—: Las tropas están agotadas. No duermen, ni comen… ¡han estado marchando y luchando durante dos semanas! Necesitamos armas, munición, equipo. Todo está en un estado desastroso. La moral es baja. He tenido que reemplazar a dos generales de división. El Estado Mayor no tiene ningún valor y no sirve para nada. Si dispusiéramos de tiempo para reorganizarnos al otro lado del Sena […]».

Lo mismo que Gallieni, d'Esperey estaba convencido de que no existía otra alternativa. Su inmediata y clara respuesta, lo mismo que la de Gallieni, se reveló como un factor decisivo, y lo más probable es que su predecesor no hubiese actuado de un modo tan rotundo y tajante. Otros comandantes fueron igualmente reemplazados. El general Mas de Latrie fue destituido aquel día para ser sustituido por el impulsivo general De Maud'huy, del ejército de Castelnau. El Quinto Ejército había sufrido las siguientes alteraciones: habían sido cambiados su comandante, tres de sus cinco comandantes de cuerpo, siete de sus trece generales de división y un número proporcional de generales de brigada.

Estimulado por la «audaz inteligencia» de la respuesta de Franchet, Joffre le dijo a la Sección de Operaciones que preparara las órdenes de batalla conforme a las condiciones ya dictadas, pero fijando la fecha para el 7 de septiembre. Recibió una

respuesta igualmente afirmativa de Foch, que anunció simplemente: «Listo para el ataque»[39].

Cuando llegó al cuartel general británico Henry Wilson, se encontró con una respuesta negativa. Murray, sin esperar siquiera el regreso de *sir* John French, había dictado órdenes de continuar la retirada de diez a quince millas en dirección suroeste. «Es sencillamente descorazonador», dijo Wilson[40]. Wilson también se encontró con la memoria de Murray sobre el plan de Gallieni. En el acto mandó un cable a París: «Mariscal no ha regresado aún», e informó sobre la propuesta de retirada. No informó a Franchet, seguramente confiando en lograr persuadir a *sir* John French de que la anulara.

Cuando regresó *sir* John, se encontró con un mar de confusión de planes y proposiciones. Había allí una carta de Joffre, escrita con anterioridad a los acontecimientos de aquel día y en la que le proponía una acción inglesa en el Sena, una proposición de Gallieni a Murray, el consentimiento de Wilson a Franchet d'Esperey y, por último, el propio Murray que insistía en la retirada. Confundido por tantos planes e incapaz de tomar una decisión, *sir* John French no hizo nada. No anuló las órdenes de Murray e indicó a Huguet que comunicara a sus superiores que, debido a los «continuos cambios», prefería «estudiar otra vez la situación antes de decidirse por una acción u otra»[41].

Aproximadamente a la misma hora, Gallieni regresó a París de Melun. Se encontró con el telegrama de Wilson y también con otro que le había enviado Joffre a las doce de la noche, confirmando la preferencia expresada ya por teléfono, al mediodía, de que el ataque de Maunoury tuviera lugar, al sur del Marne, el 7 de septiembre. No era ésta ninguna novedad, pero, unido al mensaje de Wilson, tuvo un efecto decisivo sobre Gallieni. El tiempo corría y Kluck avanzaba. Preveía que la ocasión se les escapaba de las manos y decidió precipitar los acontecimientos.

Esta vez llamó él personalmente al GQG. Joffre trató de rehuirle haciendo que Belin se pusiera al teléfono, pero Gallieni insistió en hablar personalmente con el generalísimo. Según el relato de la conversación, hecho por el ayudante de campo de Joffre, Gallieni dijo: «El Sexto Ejército ha hecho los preparativos necesarios para atacar al norte del Marne y es completamente imposible modificar la dirección general a la que el ejército ya se ha comprometido, e insisto en que el ataque debe ser efectuado sin ningún cambio en las condiciones de tiempo y lugar ya establecidas»[42].

Confrontado personalmente con su antiguo superior, es posible que Joffre experimentara de nuevo la autoridad moral que ejercía un hombre de temperamento imperativo como Gallieni. O, tal como alegó más tarde, se sintió obligado, aunque «a desgana», a adelantar la ofensiva general un día por miedo a que los precipitados movimientos de Maunoury, ordenados por Gallieni, revelaran todo el dispositivo francés al enemigo. Había recibido la conformidad a la lucha tanto por parte de Foch como de Franchet d'Esperey, y creía que este último, con su mágica energía, había logrado comprometer a los ingleses. Desconocía que los esfuerzos de Franchet habían sido inútiles. Sea como fuere, lo cierto es que autorizó o, si se prefiere, dio su aprobación al ataque a cargo del Sexto Ejército al norte del Marne, y dio su consentimiento, que la acción general empezara el 6 de septiembre, «tal como deseaba Gallieni». Éste, sin pérdida de tiempo, a las ocho y media de la tarde, confirmó su orden de marcha a Maunoury, que ya se había puesto en movimiento. El Estado Mayor en el GQG revisó las posiciones de ataque para que estuvieran en correspondencia con la fecha avanzada. A las diez de la noche, dos horas después de haber firmado Moltke la orden que detenía el ala derecha alemana, Joffre firmaba la Orden General número 6.

«Ha llegado el momento —manifestó con pleno conocimiento de que se trataba de una hora histórica— de aprovecharse de la posición avanzada del Primer Ejército alemán y concentrar contra este ejército todos los esfuerzos de los aliados en el extremo izquierdo». Los movimientos para el Quinto y Sexto Ejércitos y para el ejército inglés eran los que había enunciado Franchet d'Esperey. Fueron despachadas órdenes por separado para el Tercer y el Cuarto Ejércitos.

La noche aún no había terminado. Apenas había sido firmada la orden cuando se recibió el mensaje de Huguet anunciando que *sir* John French se negaba a ratificar el plan de acción conjunta y manifestaba su deseo de «estudiar de nuevo la situación»[43]. Joffre quedó atónito. Había tomado ya una decisión, las órdenes ya habían sido despachadas, dentro de treinta y seis horas empezaría la batalla que había de salvar a Francia. El aliado, cuya participación se había dado como segura, aquella colaboración que había sido planeada, tal como había dicho Foch en cierta ocasión, para después de que hubiera muerto un solo soldado inglés en el campo de batalla, pero que, a causa de un desdichado destino, se había visto en la necesidad de defender un sector vital del frente, ahora, en aquellos momentos, daba marcha atrás. Como único medio de persuasión que se le ocurrió a Joffre, mandó una copia especial de la Orden número 6 al cuartel general británico. Cuando el oficial llegó a Melun, a las tres de la madrugada, los tres cuerpos del CEB ya habían emprendido la marcha nocturna, ordenada por Murray aquella misma tarde.

También el enemigo, al amanecer del 5 de septiembre, había iniciado la marcha demasiado pronto. En su esfuerzo por rebasar el flanco francés, Kluck había enviado su ejército a la carretera antes de que llegara la orden de Moltke de detenerse y hacer frente al peligro que amenazaba su flanco. Esta orden la recibió a las siete de la mañana. Cuatro cuerpos que ocupaban un

sector de más de treinta millas de ancho, habían emprendido la marcha en dirección al Grand Morin. Kluck no los detuvo. O no creía, o no le importaba, la advertencia sobre la concentración de efectivos franceses en su flanco. Convencido de que los ejércitos alemanes «avanzaban victoriosos en todos los frentes»[44] —es costumbre alemana creer al pie de la letra lo que dicen sus comunicados— no creía que el enemigo pudiera disponer de las fuerzas necesarias para atacar su flanco. También él había empezado a comprender que la retirada francesa no era tan desorganizada como le había parecido al principio y, por lo tanto, consideraba aún mucho más urgente no cejar en su presión para no permitir que el enemigo pudiera desplegarse y organizarse y «recuperar la libertad de maniobra, así como su espíritu ofensivo». Haciendo caso omiso de las instrucciones de Moltke, Kluck avanzó con su ejército, adelantando también su cuartel general veinticinco millas hacia delante, desde Rebais, entre los dos Morins. Aquella tarde las tropas del Primer Ejército alemán alcanzaron una línea a diez o quince millas de distancia del CEB y a menos de cinco millas de los franceses. Aquél iba a ser su último día de avance.

Un representante del OHL, con plenos poderes, se presentó en el cuartel general de Kluck aquella noche. Debido a la desagradable experiencia tanto de las comunicaciones como del temperamento de Kluck, Moltke envió a su jefe del Servicio de Información, el coronel Hentsch, que hizo un recorrido de 175 millas desde Luxemburgo, para explicarle personalmente los motivos de la nueva orden y comprobar si ésta era cumplida. Con «gran sorpresa», Kluck y los oficiales de su Estado Mayor se enteraron de que los ejércitos de Rupprecht habían sido contenidos y de que luchaban inútilmente frente a las fortificaciones francesas, lo mismo que el príncipe heredero delante de Verdún. El coronel Hentsch describió las pruebas de los movimientos militares franceses, que habían inducido a sospechar al

OHL que se trataba «de potentes fuerzas enemigas» que se dirigían hacia el oeste y representaban una evidente amenaza para el flanco alemán. El Primer Ejército debía regresar al Marne. Aunque no significara un gran consuelo, el coronel Hentsch añadió que «el movimiento no debía precipitarse, no era necesaria una urgencia especial»[45].

La confirmación llegó del IV Cuerpo de la reserva, que había sido destinado como protección del flanco en el Marne. Informaba de que había entablado combate con una fuerza que calculaba, por lo menos, en dos divisiones y media apoyadas por artillería pesada. Se trataba, desde luego, del ejército de Maunoury, que avanzaba hacia el Ourcq. Aunque el ataque había sido «rechazado con éxito», el comandante del IV Cuerpo de la reserva había ordenado la retirada tan pronto como oscureciera.

Kluck cedió. El avance de los dos últimos días, después de cruzar el Marne, había de ser desandado. Despachó órdenes para empezar la retirada de dos cuerpos al día siguiente, 6 de septiembre, y los otros cuerpos debían continuar más tarde. Después de la marcha que había emprendido en Lieja y que le había llevado a la altura de París, éste fue un momento muy amargo para él. Si hubiera permanecido escalonado detrás de Bülow, tal como se le había ordenado, incluso si hubiese detenido su ejército aquella mañana a las siete, entonces hubiera estado en posición de responder a la amenaza contra su flanco con todo su ejército. Según el general Von Kuhl, su jefe del Estado Mayor, «ni el OHL ni el Estado Mayor del Primer Ejército tenían ni la más remota idea de una inmediata ofensiva del Ejército francés en su conjunto […]. Ni un indicio, ni una palabra de los prisioneros, ni una frase en los periódicos que sirviera de advertencia». Si Kluck no sabía a quién tenía delante, por lo menos había algo que no podía ignorar: renunciar a la persecución y replegarse cuando sólo quedaban cuatro días, de

acuerdo con el plan fijado, no podía considerarse, en modo alguno, un preludio de la victoria.

El 5 de septiembre fue un día muy negro para los aliados. Hasta aquel momento sólo habían sufrido reveses, pero sus representantes se reunieron en Londres aquella mañana para firmar un pacto en el que se comprometían «a no firmar una paz por separado en el curso de la presente guerra».

En París, Maunoury le preguntó a Gallieni: «En el caso de que no obtengamos éxito, ¿nuestra línea de retirada será…?». Con los ojos entornados Gallieni contestó: «En ninguna parte»[46]. Preparándose para un posible desastre envió órdenes secretas a los comandantes de la región de París informándoles de todo lo que debía ser destruido antes de caer en manos del enemigo. Incluso los puentes en el corazón de la ciudad, como el Pont Neuf y el Pont Alexandre, debían ser volados. «Un vacío» debía abrirse ante el enemigo en el caso de que éste lograra romper el frente, indicó al general Hirschauer.

En el GQG se recibió un informe de Castelnau que amenazaba con el desastre incluso antes de haber pasado a la ofensiva. La presión enemiga era tan fuerte que temía que aquella noche tuviera que abandonar Nancy. Joffre le ordenó que resistiera durante otras veinticuatro horas antes de tomar una decisión, pero, en el caso de que no pudiera ser así, daba su conformidad a la línea de retirada que proponía Castelnau.

Al trasladar un cuerpo del Tercer Ejército y dos cuerpos del frente del Mosela, Joffre había corrido un grave riesgo, con el fin de obtener superioridad numérica esta vez, superioridad con la que no había contado cuando lanzó su primera ofensiva. Pero estos refuerzos aún no habían llegado al campo de batalla. Cuando llegó el momento de informar al gobierno sobre su decisión de ir al combate, Joffre, cuidadosamente, preparó una coartada por si fracasaba. Su telegrama al presidente y al pri-

mer ministro decía: «Por haber atacado Gallieni prematuramente, he dado órdenes de suspender la retirada y, a su vez, reanudar la ofensiva». Posteriormente, cuando Joffre trataba de minimizar el papel desempeñado por Gallieni en el Marne, e incluso expurgó ciertos hechos de la documentación oficial, este telegrama fue desenterrado por Briand, quien se lo mostró a Gallieni. «Este "prematuramente" vale oro», comentó[47].

Durante la mañana del 5 de septiembre la incertidumbre de Joffre en relación con las intenciones de los ingleses resultaba «insoportable». Rogó a Millerand que ejerciera toda la influencia de la que fuera capaz ante el gobierno. La inminente batalla «puede tener resultados decisivos, pero en el caso de un revés puede tener también graves consecuencias para el país […]. Cuento con usted para llamar la atención del mariscal de campo hacia la importancia decisiva de una ofensiva sin un *arrière-pensée*. Si pudiera dar órdenes al Ejército inglés como lo hago con el Ejército francés, pasaría inmediatamente al ataque».

A las tres de aquella mañana Henry Wilson recibió la Orden número 6 de Huguet, que, sin embargo, no permitió al capitán De Galbert, el mensajero que la entregó, hablar con ninguno de los jefes británicos[48]. En el centro de cualquier discordia durante aquel período, aparecía con maliciosa insistencia la figura de Huguet. Convencido de que la situación requería de alguien de rango superior, el capitán De Galbert emprendió el viaje de regreso al GQG. A las siete de la mañana Wilson presentó la orden a *sir* John French y en el curso de la mañana, le persuadió a cooperar. Mientras tanto Galbert llegaba de nuevo al GQG, a las 9:30, sin noticias concretas. El alcalde de Melun le había dicho que el equipaje de *sir* John French había sido preparado para ser enviado a Fontainebleau.

Joffre se dijo que necesitaba al Ejército inglés en la batalla «costara lo que costara», incluso aunque tuviera que recorrer personalmente los ciento ochenta kilómetros que le separaban

del mismo. Mandó un telegrama rogándole que le esperara en Melun y se puso en camino en compañía de su ayudante y dos oficiales del Estado Mayor. A las dos de la tarde llegaron al castillo en el que se había instalado *sir* John French.

El mariscal de campo estaba sentado a la mesa esperándole, rodeado por Murray, Wilson, Huguet, «con una expresión, como de costumbre, como si hubiese perdido a su último amigo», y varios otros miembros de su Estado Mayor. Joffre se dirigió directamente a él y por una vez fue el primero en hablar. En lugar de sus frases, generalmente tan lacónicas, un chorro de persuasión fluyó de sus labios acentuándolo con los gestos de sus brazos, «que parecían querer arrojar su corazón sobre la mesa»[49]. Declaró que había llegado el «momento supremo», que había despachado sus órdenes y que hasta el último hombre sería lanzado a la batalla para salvar a Francia. Las «vidas de todos los franceses, la tierra francesa, el futuro de Europa», dependían de la ofensiva. «No puedo creer que el Ejército inglés se niegue a participar en esta batalla suprema […], la historia juzgaría muy gravemente su ausencia».

Joffre descargó su puño sobre el tablero de la mesa: «*Monsieur le Maréchal*, ¡el honor de Inglaterra está en juego!».

Al oír estas palabras, *sir* John French, que había estado escuchando lentamente con «apasionada atención», se sonrojó. Se hizo el silencio. Lentamente unas lágrimas aparecieron en los ojos del comandante en jefe inglés y resbalaron por sus mejillas. Intentó decir algo en francés, pero renunció a hacerlo. «Maldita sea, no sé decirlo. Dígale que haremos todo lo que esté en nuestras manos».

Joffre se volvió interrogante a Wilson, que tradujo: «El mariscal de campo ha dicho que sí». No hubiera sido preciso traducir estas palabras, puesto que las lágrimas y el tono eran elocuentes. Murray, entonces, explicó que las tropas inglesas se

encontraban a diez millas más atrás de las posiciones que figuraban en la orden y que no podrían partir hasta las nueve de la mañana, en lugar de las seis, tal como solicitaba Joffre. Era la voz de la prudencia, que no se acallaría con estas palabras. Joffre se encogió de hombros: «No se puede remediar. Tengo la palabra del mariscal de campo, esto es suficiente».

La retirada del GQG a Chatillon-sur-Seine, planeada antes de la ofensiva, había sido realizada durante su ausencia. Joffre regresó allí por la noche, a la misma hora en que el coronel Hentsch prevenía a Von Kluck. Cuando entró en la sala de operaciones para confirmar las decisiones que ya habían tomado, Joffre les dijo a los oficiales allí reunidos: «Caballeros, lucharemos en el Marne»[50].

Firmó la orden que sería leída a las tropas cuando sonaran las trompetas a la mañana siguiente[51]. Generalmente la lengua francesa, sobre todo en las declaraciones oficiales, requiere hacer un esfuerzo para que no suene demasiado grandilocuente, pero esta vez las palabras eran sencillas, casi cansadas, un mensaje oscuro y sin compromisos. «Ahora que empieza la batalla de la que depende la salvación de nuestro país, todo el mundo ha de recordar que ha pasado el momento de mirar hacia atrás. Han de hacerse todos los esfuerzos para atacar y rechazar al enemigo. Una unidad que no pueda avanzar debe, al precio que sea, defender sus posiciones y morir allí, antes que retroceder. En las presentes circunstancias no será tolerado un solo fallo»[52].

Esto era todo, había pasado el momento para subterfugios. No decía «¡Adelante!» ni invitaba a los hombres a la gloria. Después de los primeros treinta días de guerra en el año 1914, reinaba el presentimiento de que poca gloria podía alcanzarse.

DESPUÉS

La Batalla del Marne, como todo el mundo sabe, terminó con la retirada de los alemanes. Entre el Ourcq y el Grand Morin, en los cuatro días que les quedaban para cumplir el plazo de tiempo que se habían fijado en sus planes, los alemanes perdieron la ocasión de alcanzar una «victoria decisiva» y con ello la oportunidad de ganar la guerra. Para Francia, para los aliados y, con el tiempo, para el mundo entero, la tragedia del Marne no significó la victoria que hubiese podido ser.

El ataque de Maunoury contra el flanco alemán y el cambio de dirección de Von Kluck para hacer frente a este peligro, abrieron una brecha entre el Primer y el Segundo Ejércitos alemanes. El resultado de la batalla dependía de si los alemanes obtenían éxito en aniquilar las dos alas, Maunoury y Foch, antes de que Franchet d'Esperey y los ingleses pudieran aprovechar la brecha avanzando por el centro alemán. Maunoury, cuando ya había sido casi derrotado por Kluck, fue reforzado por el IV Cuerpo, del cual seis mil soldados que habían llegado a París fueron mandados por Gallieni en taxis al frente de combate, y logró defender sus posiciones. Foch, fuertemente presionado en St. Gond por el ejército de Hausen y parte del de Von Bülow, en el momento crítico, cuando su derecha era rechazada y su izquierda cedía, vociferó su famosa orden: «¡Atacad pase lo que pase! Los alemanes se encuentran en el límite de sus fuerzas […]. La victoria será para el bando que resista más»[1]. Franchet d'Esperey rechazó la derecha de Bülow, pero los ingleses penetraron de un modo demasiado lento y vacilante en la brecha, y como el coronel Hentsch volvió a aparecer de nuevo, en su histórica misión, para aconsejar la retirada, los

ejércitos alemanes se retiraron a tiempo para que no fueran destrozadas sus líneas.

Alemania había estado tan cerca de la victoria y los franceses, tan cerca del desastre durante los días anteriores, y tan grande era la ansiedad del mundo mientras contemplaba el ininterrumpido avance de los alemanes y la retirada de los aliados hacia París, que la batalla que cambió el signo de la guerra fue conocida como «el milagro del Marne». Henri Bergson, que había formulado para Francia el mito de la «voluntad», veía en ella el milagro que ya había sucedido anteriormente: «Juana de Arco ha ganado la Batalla del Marne», fue su veredicto[2]. El enemigo, súbitamente detenido como si ante él se hubiera alzado un muro de piedra, también lo experimentó. «El *élan* francés, precisamente cuando creíamos que se había extinguido, arde de nuevo poderosamente», escribió Moltke tristemente a su esposa después de la batalla[3]. La razón básica del fracaso alemán en el Marne, «la razón que domina a todas las demás», reconoció Kluck después, fue «la extraordinaria y peculiar capacidad del soldado francés para recuperarse tan rápidamente. Que los hombres se dejen matar en el lugar en que se hallen es normal y figura en todos los planes de batalla. Pero que hombres que habían estado retirándose durante diez días, que dormían al aire libre y estaban medio muertos de fatiga, pudieran pasar al ataque cuando sonaran las trompetas es algo con lo que nosotros nunca habíamos contado. Era ésta una posibilidad que no habíamos estudiado en nuestra academia militar».

A pesar de Bergson, no fue un milagro, sino los síes, los errores y los fallos en el primer mes los que determinaron el resultado de la Batalla del Marne. A pesar de Kluck, los errores del mando alemán ayudaron tanto como la resistencia de los soldados franceses. Si los alemanes no hubiesen retirado dos cuerpos para destinarlos a luchar contra los rusos, uno de ellos hubiera estado a la derecha de Bülow y hubiese podido llenar la brecha

entre él y Kluck, mientras que el otro hubiese estado con Hausen y hubiera proporcionado la superioridad numérica para derrotar a Foch[4]. La fiel ofensiva rusa había sustraído estas fuerzas del frente occidental, y ello fue reconocido debidamente por el coronel Dupont, jefe del Servicio de Información francés: «Rindamos a nuestros aliados el homenaje que se merecen. Uno de los elementos de nuestra victoria ha sido su derrota»[5].

Otros «síes» se acumulaban. Si los alemanes no hubieran destinado demasiadas fuerzas en un intento de doble envolvimiento por el ala izquierda, si ésta no se hubiese alejado demasiado de sus bases de suministro y agotado a sus hombres, si Kluck se hubiese mantenido al mismo nivel que Bülow, si, incluso en el último día, hubiera vuelto a cruzar el Marne en lugar de seguir avanzando hacia el Grand Morin, la decisión en el Marne hubiese sido diferente y, entonces, hubieran cumplido el plazo de seis semanas que se habían fijado para alcanzar la victoria sobre Francia. Y hubiesen podido si, y éste era el «si» decisivo, el plan de las seis semanas no se hubiese basado en la marcha a través de Bélgica. Aparte del hecho de obligar a Inglaterra a entrar en la guerra y el efecto que produjo en toda la opinión mundial, la adición de Bélgica como enemigo redujo el número de las divisiones alemanas que se presentaron en el Marne y añadió cinco divisiones inglesas al frente aliado.

En el Marne los aliados consiguieron aquella superioridad numérica de la que no habían disfrutado en ningún sector durante la Batalla de las Fronteras. Las divisiones alemanas que faltaban fueron responsables en parte, y el equilibrio fue roto por las divisiones francesas procedentes del Tercer Ejército y de los ejércitos de Castelnau y Dubail. En el curso de la retirada, mientras los otros ejércitos cedían terreno, estos dos mantuvieron cerrada la puerta oriental de Francia. Durante dieciocho días lucharon casi ininterrumpidamente hasta que, al final, reconociendo demasiado tarde el fracaso, Moltke renunció a la

ofensiva y el ataque contra la línea fortificada de Francia el 8 de septiembre. Si el Primer y Segundo Ejércitos franceses hubieran cedido en algún punto, si hubiesen caído bajo el ataque final de Rupprecht el 8 de septiembre, los alemanes habrían logrado su Cannae y no hubiese habido oportunidad de que los franceses lanzaran su contraofensiva en el Marne, el Sena o donde fuese. Si existió un milagro en el Marne, éste fue posible gracias al Mosela.

Sin Joffre no hubiese existido un frente aliado que les hubiera cerrado el paso a los alemanes. Su indómita confianza durante los trágicos y terribles doce días impidió que el Ejército francés se desintegrara en una masa destrozada y fragmentada. Un comandante más brillante, de reacciones más rápidas y tajantes, hubiese podido haber evitado errores básicos, pero, después del desastre, aquello que necesitaba Francia lo poseía Joffre. Es difícil imaginarse a otro hombre que hubiese podido sacar a los ejércitos franceses de la retirada en condiciones de luchar nuevamente. Las posiciones que él preveía en el Sena tal vez hubiesen sido ocupadas demasiado tarde. Fue Gallieni quien vio la oportunidad, y con la poderosa ayuda de Franchet d'Esperey, provocó aquella prematura contraofensiva. Fue Lanrezac, que no participó en el Marne, quien, al salvar a Francia de la locura original del «Plan 17», hizo posible la recuperación. Es una ironía del destino que tanto su decisión en Charleroi como su sustitución por Franchet d'Esperey fueran igualmente necesarias para la contraofensiva. Pero fue Joffre, a quien en ningún momento dominó el pánico, quien organizó el ejército para la lucha. «Si no le hubiésemos tenido en el año 1914 —declaró Foch, su sucesor—, no sé lo que hubiera sido de nosotros»[6].

El mundo recuerda la batalla por la intervención de los taxis. Un centenar de esos coches ya estaban al servicio del gobierno militar de París. Con quinientos más, transportando cada uno

de ellos a cinco soldados y efectuando dos veces el recorrido de sesenta kilómetros hasta el Ourcq, el general Clergerie calculó que podían transportar seis mil soldados al frente, donde se necesitaban con toda urgencia. La orden fue dada a la una de la tarde y la hora de partida eran las seis. La policía transmitía la orden a los taxistas en la calle y éstos, entusiasmados, hacían bajar a sus pasajeros explicando orgullosos que tenían que ir «al combate». Después de llenar sus depósitos en sus garajes, se alinearon seiscientos taxis en perfecta formación en el lugar fijado. Gallieni, que los inspeccionó, estaba encantado: «Eh bien, voilà au moins qui n'est pas banal!». Con los autobuses y camiones emprendieron la marcha tan pronto como oscureció… el último gesto valiente de 1914, la última cruzada del viejo mundo[7].

Después de la incompleta victoria en el Marne siguió la retirada alemana al Aisne, la carrera en el mar por la posesión de los puertos del Canal de la Mancha, la caída de Amberes y la Batalla de Ypres, en la que los oficiales y los soldados del CEB se mantuvieron firmes en sus posiciones luchando hasta morir y deteniendo a los alemanes en Flandes. Ni Mons ni el Marne, sino Ypres, fue el monumento real al valor inglés, así como fue también la tumba de cuatro quintas partes del CEB original. Después, con la llegada del invierno, también llegó la guerra de posiciones en las trincheras. Desde Suiza al Canal de la Mancha, como una herida infectada a través de los territorios francés y belga, las trincheras señalaban la guerra de posiciones, aquella locura conocida como «frente occidental» que había de durar cuatro años más.

El «Plan Schlieffen» había fracasado, pero había obtenido el éxito suficiente para que los alemanes ocuparan toda Bélgica y el norte de Francia hasta el Aisne. Tal como el periódico de Clemenceau había de recordar incesantemente a sus lectores, año tras año: «Messieurs, les Allemands sont toujours à No-

yon». De su presencia allí, muy dentro de Francia, era responsable el «Plan 17». Había permitido al enemigo penetrar demasiado en su propio territorio para ser luego rechazado después de la Batalla del Marne. Había permitido la rotura que luego, pudo ser contenida a base de una terrible sangría que convirtió la guerra de 1914-1918 en un preludio del año 1940. Éste fue un error que nunca pudo ser compensado. El fracaso del «Plan 17» fue tan fatal como el fracaso del «Plan Schlieffen», y juntos produjeron aquel callejón sin salida que era el frente occidental. A un promedio diario de cinco mil vidas, e incluso a veces de cincuenta mil, y absorbiendo constantemente munición, energía, dinero, cerebros y gente instruida, el frente occidental consumió todos los recursos de los aliados y provocó el fracaso de esfuerzos entre bastidores como el de los Dardanelos, que, en otro caso, hubieran podido acortar la guerra. Aquel punto muerto, determinado por los fracasos del primer mes, decidió el curso de la guerra y, como resultado, las condiciones de paz y las condiciones del segundo asalto.

Los hombres no pudieron soportar una guerra de semejante magnitud y dolor sin esperanza, la esperanza de que esa atrocidad mayúscula garantizaría que nunca volviera a ocurrir nada semejante y la esperanza de que esos años de lucha sin cuartel conducirían al establecimiento de los fundamentos de un mundo mejor. Al igual que la trémula imagen de París mantuvo en pie a los soldados de Kluck, el espejismo de un mundo mejor brilló con luz trémula entre el yermo lleno de cráteres y los tocones deshojados de lo que habían sido campos verdes y chopos mecidos por el viento. Nada más podía dotar de dignidad o sentido a las monstruosas ofensivas en las que miles y cientos de miles de hombres encontraban la muerte para ganar diez metros de terreno e intercambiar con el enemigo una trinchera enfangada por otra. Cuando cada otoño la gente decía que la guerra no podía durar más allá del invierno, y cuando cada pri-

mavera seguía sin verse la luz al final del túnel, la única razón que mantuvo en pie de guerra a las naciones fue la esperanza de que, al finalizar la contienda, la recompensa sería un mundo más habitable.

Al concluir, la guerra tuvo numerosas y variadas consecuencias, pero una de ellas se dejó notar por encima de las demás: la desilusión. «Todas las grandes palabras dejaron de tener sentido para esa generación», escribió D. H. Lawrence a modo de sencillo resumen para sus contemporáneos. Si alguno de ellos optó por recordar —aunque fuera con un profundo dolor—, como Émile Verhaeren, «el hombre que solía ser», ello se debió a que sabía que las grandes palabras y creencias de la época anterior a 1914 nunca volverían.

Después del Marne la guerra adquirió unas proporciones cada vez más grandes y se extendió hasta afectar a naciones de ambos hemisferios, a las que involucró en una dinámica de conflicto mundial que ningún tratado de paz podía detener. La Batalla del Marne fue una de las batallas más decisivas de la historia, no porque determinara la derrota de Alemania o la victoria de los aliados, sino porque determinó que la guerra iba a seguir su curso. La víspera de la batalla, Joffre afirmó ante sus soldados que no cabía la posibilidad de mirar hacia atrás. Una vez concluida ésta, lo que no había era vuelta atrás. Las naciones cayeron en una trampa, una trampa elaborada durante los primeros treinta días de unas batallas que no fueron decisivas, una trampa de la que no había —y no ha habido— escapatoria posible.

BIBLIOGRAFÍA

La relación siguiente sólo contiene aquellos títulos que han sido citados en las notas. Se limita a las fuentes originales, incluidos las biografías y los estudios especiales, como *Schlieffen Plan*, de Ritter, que comprende material original. Una corta lista de obras de valor secundario se señala aparte.

Una bibliografía completa sobre el tema llenaría un libro. Ningún otro episodio en la historia aparece más documentado por los que participaron en el mismo. Parecen haber comprendido en vida que, al igual que la Revolución francesa, la Primera Guerra Mundial fue una de las grandes convulsiones de la humanidad, y todos notaban la mano de la historia apoyándose pesadamente en sus hombros. Cuando terminó, a pesar de todo el valor, habilidad y sacrificio, la guerra en que ellos habían intervenido demostró ser, en conjunto, un monumento al fracaso, la tragedia y la desilusión. No había dado paso a un mundo mejor, y los hombres que habían participado en un nivel de mando, político o militar, se sintieron impulsados a explicar sus decisiones y acciones. Hombres que habían caído de sus puestos de responsabilidad, de forma justificada o como cabezas de turco —y entre éstos figuraba la mayor parte de los comandantes del mes de agosto—, escribieron sus propias argumentaciones. Dado que cada relato aparece inevitablemente cargando la responsabilidad a alguna otra persona, ello provocaba una respuesta. Los desencuentros privados se hicieron públicos, y las controversias públicas se fueron extendiendo.

Hombres que en otras circunstancias habrían guardado silencio, se sintieron obligados a hablar, como *sir* Horace Smith-Dorrien, instigado por *sir* John French. Los libros proliferaban. Escuelas de partidarios de un bando u otro, como las de Gallieni y Joffre, llenaban bibliotecas para la controversia.

A través de esta mezcolanza, el historiador busca su camino, tratando de descubrir la verdad de los acontecimientos pasados y averiguar «lo que ocurrió realmente». Descubre entonces que la verdad es subjetiva e independiente, compuesta de una serie de fragmentos vistos, experimentados y anotados por diferentes personas. Es como si miráramos a través de un caleidoscopio cuando el cilindro, en incesantes movimientos, forma una nueva imagen. Sin embargo, se trata de los mismos fragmentos que nos han ofrecido otra imagen momentos antes. Éste es el problema de los documentos legados por los actores de los hechos pasados. El famoso objetivo «wie es wirklich war» nunca lo podemos alcanzar de un modo completo.

PUBLICACIONES GUBERNAMENTALES OFICIALES

ALEMANIA, Ministerio de Asuntos Exteriores, *El comienzo de la guerra mundial*, documentos alemanes compilados por Karl Kautsky y editado por Max Montgelas y Walter Schucking. (Referencia en las notas: «Kautsky». Compilados y publicados por el gobierno de Weimar, forman el *Libro blanco alemán* original).

ALEMANIA, Estado Mayor, *Usos de guerra en la lucha por tierra*, de J. H. Morgan, Londres, Murray, 1915.

ALEMANIA, Archivo de la Marina de Guerra, *La guerra en el mar, 1914-1918*, núm. 5, 1.1, *La guerra en aguas turcas, la división del Mediterráneo*, Berlín, Mittler, 1928.

ALEMANIA, Archivo del Reich, *La guerra mundial 1914-1918*, 1.1, *Las operaciones militares por tierra; La Batalla de las Fronteras en el Oeste*, t. 3, *Del Sambre al Marne*, Berlín, Mittler, 1924.

CARNEGIE ENDOWMENT FOR INTERNATIONAL PEACE, *Documentos diplomáticos referentes al comienzo de la guerra europea*, 2 vols., ed. de James Brown Scott, Nueva York, Oxford, 1916. (Contiene las órdenes oficiales de diversos ministerios de Asuntos Exteriores que aparecen a intervalos después de haber estallado ya las hostilidades, empezando con el *Libro blanco alemán*, publicado el 4 de agosto de 1914. Incluye también los siguientes libros: *Rojo austro-húngaro, Gris belga, Amarillo francés, Blanco alemán, Azul inglés I y II, Verde italiano, Naranja ruso I y II, y Azul serbio*).

ESTADOS UNIDOS, Departamento de Estado, *Documentos referentes a las relaciones exteriores de Estados Unidos, Suplementos*, Guerra Mundial, 1914, Washington, G. P. O., 1928. *Documentos referentes a las relaciones exteriores de Estados Unidos. Los Documentos Lansing*, 2 vols., Washington, G. P. O., 1934-1936.

FRANCIA, Asamblea Nacional, Cámara de los Diputados, Sesión de 1919, *Protocolo de la Comisión de Investigación sobre el estado y la situación de la metalurgia en Francia: defensa de la cuenca de Briey*, 2 partes.

—, *Memoria sobre la Comisión de Investigación*, por Fernand Engerand, diputado, 1.ª parte; *Concentración de la metalurgia francesa en la frontera del Este*, 2.ª parte; *La pérdida de Briey*.

Estas investigaciones, a las que fueron convocados los principales jefes del Estado Mayor francés, así como también los comandantes, para prestar testimonio, es la fuente básica de la política militar francesa en agosto de 1914. Tiene su origen en la pérdida de la cuenca de Briey, que se hizo crítica al prolongarse la guerra. La situación en la industria de armamentos, con sus intereses creados germano-franceses estrechamente ligados entre sí, indujo a un diputado, Fernand Engerand, a realizar una investigación minuciosa de la estrategia francesa al estallar la guerra. Cuando terminó la misma, el señor Engerand logró formar una Comisión de Investigación de la que él fue nombrado ponente. «Cuando nuestra investigación comenzó a desarrollarse con la presencia de ilustres testigos», es-

cribió en su memoria, resultó evidente que la verdad sobre los orígenes y el fracaso del «Plan 17» había sido «obstinadamente oculta» al gobierno y a la Cámara de los Diputados, pero «nosotros hemos intentado desenredar los escondidos hilos de ese mes de agosto del año 1914, el más trágico, tal vez, en toda la historia de Francia».

FRANCIA, Ministerio de la Guerra, Estado Mayor del Ejército, Servicio Histórico, *Los ejércitos franceses en la Gran Guerra*, 1.1, vols. 1 y 2 y *Anexos*, París, Imprimerie Nationale, 1922-1925. En las Notas hacemos referencia a «AF». El primer volumen de la Historia Oficial, que empieza con los meses anteriores al estallido de las hostilidades en 1914, los planes forjados antes de la guerra y el incidente Michel en 1911, estudia la guerra hasta la Batalla de las Fronteras. El segundo volumen estudia la retirada hasta la víspera de la Batalla del Marne. El verdadero valor está en los dos volúmenes de anexos que incluyen los textos de las órdenes y comunicaciones entre el GQG y los ejércitos. Ésta es la fuente de información más valiosa.

GRAN BRETAÑA, Comité de Defensa Imperial, Sección Histórica, CORBETT, SIR JULIAN, *Operaciones navales: Historia de la Gran Guerra basada en documentos oficiales*, vol. 1, Nueva York, Longmans, 1920. Referencia en las notas: «Corbett».

—, EDMONDS, GENERAL DE BRIGADA JAMES E., *Operaciones militares, Francia y Bélgica, 1914*, vol. 1, y volumen de mapas, Londres, Macmillan, 1933. Referencia en las notas: «Edmonds». Esta obra de erudición es valiosa por sus selecciones de las fuentes alemanas y francesas.

GRAN BRETAÑA, Ministerio de Asuntos Exteriores, *Documentos británicos sobre los orígenes de la guerra, 1898-1914*, 2 Vols. C. P. Gooch y H. W. V. Temperley, Londres, 1927-1938. Referencia en las notas: «BD».

FUENTES NO OFICIALES

BÉLGICA

BASSOMPIERRE, BARÓN ALFRED DE, *La noche del 2 al 3 de agosto, 1914, en el Ministerio de Asuntos Exteriores belga*, Londres, Hodder & Stoughton, 1916.

BEYENS, BARÓN, *Dos años en Berlín, 1912-1914*, 2 vols., París, Plon, 1931.

CAMMAERTS, ÉMILE, *Alberto de Bélgica*, Nueva York, Macmillan, 1935.

CARTON DE WIART, HENRY (ministro de Justicia belga en 1914), *Memorias políticas*, Bruselas, Brouwer, 1948.

COBB, IRWIN S., *Senderos de gloria... Impresiones de guerra escritas en y cerca del frente*, Nueva York, Dutton, 1914.

DAVIS, RICHARD HARDING, *Con los aliados*, Nueva York, Scribner's, 1914.

DEMBLON, CELESTIN (diputado por Lieja), *La guerra en Lieja: Páginas de un testigo*, París, *Lib. Anglo-Française*, 1915.

D'YDEWALLE, CHARLES, *Alberto y los belgas*, Nueva York, Morrow, 1935.

ESSEN, LÉON VAN DE, *La invasión y la guerra en Bélgica desde Lieja al Yser*, Londres, Unwin, 1917.

GALET, GENERAL ÉMILE JOSEPH, *Alberto, rey de los belgas, en la Gran Guerra*, Boston, Houghton Mifflin, 1931. (Estos documentos del consejero militar personal del rey Alberto y futuro jefe del Estado Mayor son fidedignos, meticulosos, detallados e indispensables).

GIBSON, HUGH (primer secretario de la Legación norteamericana), *Diario de nuestra Legación en Bélgica*, Nueva York, Doubleday, 1917.

KLOBUKOWSKY, A. (ministro francés en Bruselas), «Memorias de Bélgica», *Revue de París*, sept.-oct. de 1927.

—, «La resistencia belga a la invasión alemana», *Revue d'Histoire de la Guerre*, julio de 1932.

MALCOLM, IAN, *Fragmentos de papel: Las proclamaciones alemanas en Bélgica y Francia*, Nueva York, Doran, 1916.

MILLARD, OSCAR E., *El alcalde Max*, Londres, Hutchinson, 1936.

POWELL, E. ALEXANDER (corresponsal del *New York World* adscrito a las fuerzas belgas en 1914), *La lucha en Flandes*, Nueva York, Scribner's, 1914.

SCHRYVER, CORONEL A. DE, *La batalla de Lieja*, Lieja, Vaillant-Carmanne, 1922.

SUTHERLAND, MILLICENT, DUQUESA DE (jefa de un cuerpo voluntario de enfermeras en Bélgica en agosto de 1914), *Seis semanas en la guerra*, Chicago, McClunny, 1915.

VERHAEREN, ÉMILE, *Bélgica sangrante*, París, *Nouvelle Revue Française*, 1915.

WHITLOCK, BRAND, *Bélgica: Un relato personal*, vol. I, Nueva York, Appleton, 1919. (El nombramiento por el presidente Wilson como ministro en Bélgica de este abogado y antiguo periodista que había ganado fama como alcalde indepen-

diente de Toledo durante cuatro legislaturas, fue una fortuna para la historia. Un hombre progresista en la política, abierto y valiente, Whitlock fue también un distinguido escritor. Su libro, junto con el de Hugh Gibson, que, aunque diplomático profesional, escribió sin concesiones de ninguna clase, constituyen una destacada documentación de un mes fatal en la historia de una nación).

INGLATERRA Y EL CEB

ADDISON, CHRISTOPHER (secretario parlamentario del Ministerio de Educación), *Cuatro años y medio, un diario personal desde junio de 1914 a enero de 1919*, Londres, Hutchinson, 1934.

ANGELL, NORMAN, *La gran ilusión: Un estudio de las relaciones entre poder militar y ventaja nacional*, 1.ª ed., Nueva York, Putnam's, 1913.

«ARMY QUARTERLY», Londres. Referencia en las notas: «AQ». (Esta revista hace la crítica de libros extranjeros publicados durante los años veinte y proporciona la guía más completa de la literatura de la Primera Guerra Mundial).

ARTHUR, SIR GEORGE, *La vida de lord Kitchener*, vol. III, Nueva York, Macmillan, 1920.

—, *Jorge V*, Nueva York, Cape, 1930.

ASQUITH, CONDE DE OXFORD Y, *Memorias y reflexiones, 2* vols., Londres, Cassell, 1928.

ASTON, GENERAL DE DIVISIÓN SIR GEORGE, *Biografía del difunto mariscal Foch*, Londres, Hutchinson, 1930.

BACON, ALMIRANTE SIR REGINALD, *Vida de lord Fisher*, Londres, Hodder & Stoughton, 1929.

BEAVERBROCK, LORD, *Políticos en la guerra, 1914-1916*, Nueva York, Doubleday Doran, 1928.

BERTIE, LORD, *Diario de lord Bertie of Thame*, vol. I, Londres, Hodder & Stoughton, 1924.

BIRKENHEAD, VIZCONDE, *Puntos de vista*, vol. I, Londres, Hodder & Stoughton, 1922.

BLAKE, ROBERT, *Haig: Documentos privados, 1914-1918*, Londres, Eyre & Spottiswoode, 1952.

BRIDGES, TENIENTE GENERAL SIR TOM (oficial en la 2.ª Brigada de caballería del CEB y antiguo agregado militar en Bruselas), *Alarmas y excursiones*, Londres, Longmans, 1938.

CALLWELL, GENERAL DE DIVISIÓN SIR CHARLES E. (director de Operaciones e Información en el Ministerio de la Guerra en agosto de 1914, cuando Wilson y Macdonogh se trasladaron a Francia). *Experiencias de un Dug-Out, 1914-1918*, Londres, Constable, 1920.

—, *El mariscal de campo sir Henry Wilson, su vida y sus diarios*, vol. I, Nueva York, Scribner's, 1927. (Todas las citas en el texto de los relatos de Wilson son de este libro. Referencia en las notas: «Wilson»).

CHAMBERLAIN, SIR AUSTIN, *En el transcurso de los años*, Londres, Cassell, 1935.

CHARTERIS, GENERAL DE BRIGADA JOHN, *En el Gran Cuartel General*, Londres, Cassell, 1931.

CHILDS, GENERAL DE DIVISIÓN SIR WYNDHAM, *Episodios y reflexiones*, Londres, Cassell, 1930.

CHURCHILL, SIR WINSTON, *La crisis mundial*, vol. 1, 1911-1914, Nueva York, Scribner's. (Éste es el único libro importante, de entre las fuentes inglesas, de una persona que ocupaba un puesto clave al estallar las hostilidades. Todas las referencias a «Churchill» en las Notas son de este libro cuando no se especifica lo contrario).

—, *La segunda siega*, vol. IV de *La crisis mundial*, Nueva York, Scribner's, 1929.

—, *Grandes contemporáneos*, Nueva York, Putnam, 1937.

CORBETT-SMITH, COMANDANTE A. (oficial de artillería en el cuerpo de Smith-Dorrien), *La retirada desde Mons*, Londres, Cassell, 1917.

CUST, SIR LIONEL, *El rey Eduardo y su corte. Algunos recuerdos*, Londres, Murray, 1930.

CUSTANCE, ALMIRANTE SIR REGINALD, *Un estudio de la guerra*, Londres, Constable, 1930.

DUGDALE, BLANCHE E. C., *Arthur James Balfour*, 2 vols., Nueva York, Putman, 1937.

ESHER, VIZCONDE REGINALD, *La influencia del rey Eduardo y otros ensayos*, Londres, Murray, 1915.

—, *La tragedia de lord Kitchener*, Nueva York, Dutton, 1921.

—, *Diarios y cartas*, vol. III, 1910-1915, Londres, Nicolson & Watson, 1938.

FISHER, ALMIRANTE DE LA FLOTA, LORD, *Memorias*, Londres, Hodder & Stoughton, 1919.

—, *Temed a Dios y Dread Nought: Correspondencia del almirante de la flota lord Fisher of Kilverstone*, 3 vols., Arthur J. Marder, Londres, Cape, 1952-1956 y 1959.

FRENCH, MARISCAL DE CAMPO, VIZCONDE DE YPRES, 1914, Boston, Houghton, Mifflin, 1919. (Las omisiones en el relato de *sir* John French hacen completamente imposible usar este documento como una fuente fidedigna por la idiosincrasia del autor).

GARDINER, A. G., *Los caudillos de la guerra*, Londres, Dent, 1915.

GREY, VIZCONDE, DE FALLODON, *Veinticinco años*, 2 vols., Londres, Hodder & Stoughton, 1925.

HALDANE, VIZCONDE RICHARD BURDON, *Una autobiografía*. (Todas las referencias son de este libro, siempre que no se especifique lo contrario). Nueva York, Doubleday Doran, 1929.

—, *Antes de la guerra*, Nueva York, Funk & Wagnalls, 1920.

HAMILTON, CAPITÁN ERNEST W. (capitán de los Once de Húsares en la división de caballería de Allenby), *Las primeras siete divisiones*, Nueva York, Dutton, 1916.

HURD, SIR ARCHIBALD, *La flota alemana*, Londres, Hodder & Stoughton, 1915.

—, *La flota inglesa en la Gran Guerra*, Londres, Constable, 1919.

JELLICOE, ALMIRANTE, VIZCONDE, *La gran flota. 1914-1918,* Nueva York, Doran, 1919.

KENWORTHY, J. M. (lord Starbolgi), *Soldados, estadistas y otros,* Londres, Rich & Cowen, 1933.

LEE, SIR HENRY, *El rey Eduardo VII,* 2 vols. Nueva York, Macmillan, 1925-1927.

LLOYD GEORGE, DAVID, *Memorias de la guerra,* vol. I, Boston, Little Brown, 1933.

MACREADY, GENERAL SIR NEVIL, *Anales de una vida activa,* vol. I, Londres, Hutchinson, s. f.

MACDONAGH, MICHAEL, *En Londres durante la Gran Guerra, Diario de un periodista,* Londres, Eyre & Spottiswoode, 1935.

MAGNUS, SIR PHILIP, *Kitchener,* Nueva York, Dutton, 1959.

MAURICE, GENERAL DE DIVISIÓN SIR FREDERIC, *Cuarenta días en 1914,* Nueva York, Doran, 1919.

MCKENNA, STEPHEN, *Mientras recuerde,* Nueva York, Doran, 1921.

MILNE, ALMIRANTE SIR ARCHIBALD BERKELEY, *La huida del* Goeben *y del* Breslau, Londres, Eveleigh Nash, 1921.

MORLEY, VIZCONDE JOHN, *Memoria de una dimisión,* Nueva York, Macmillan, 1928.

NEWTON, LORD THOMAS, *Lord Landsdowne,* Londres, Macmillan, 1929.

NICOLSON, HAROLD, *El rey Jorge V,* Londres, Constable, 1952.

—, *Retrato de un diplomático: La vida de sir Arthur Nicolson, primer lord de Carnock,* Boston, Houghton Mifflin, 1930.

PEEL, SEÑORA C. S., *Cómo vivíamos: 1914-1918,* Londres, John Lane, 1929.

REPINGTON, TENIENTE CORONEL CHARLES A. COURT, *La Primera Guerra Mundial, 1914-1918,* vol. 1, Boston, Houghton Mifflin, 1920.

ROBERTSON, MARISCAL DE CAMPO SIR WILLIAM, *De soldado a mariscal de campo,* Boston, Houghton Mifflin, 1921.

—, *Soldados y estadistas, 1914-1918,* vol. I, Nueva York, Scribner's, 1926.

SHAW, GEORGE BERNARD, *Lo que realmente escribí sobre la guerra,* Nueva York, Brentano's, 1932.

SMITH-DORRIEN, GENERAL SIR HORACE, *Memorias de 48 años de servicio,* Londres, Murray, 1925.

SPEARS, GENERAL DE BRIGADA EDWARD L., *Enlace, 1914: El relato de la Gran Retirada,* Nueva York, Doubleday Doran, 1931. (Una memoria de guerra escrita con mucho ingenio, colorido y brillantez, fascina por la riqueza de sus detalles; es el libro inglés más interesante sobre los principios de la guerra en Francia. Cuando entran en juego los prejuicios personales del autor, entonces disfruta de una cierta libertad en la relación de los hechos. Véanse las notas a los capítulos 15 y 22).

STEED, WICKHAM H. (corresponsal extranjero del *The Times), Durante treinta años,* Nueva York, Doubleday, Doran, 1929.

TREVELYAN, GEORGE MACAULAY, *Grey of Fallodon*, Boston, Houghton Mifflin, 1937.

WILSON, GENERAL SIR HENRY, *véase* CALLWELL.

FRANCIA

ADAM, H. PEARL, *París es testigo. Un diario, 1914-1919*, Londres, Hodder & Stoughton, 1919.

ALLARD, PAÚL, *Los generales destituidos durante la guerra*, París, Éditions de France, 1933.

BIENAIMÉ, ALMIRANTE AMADÉE, *La guerra naval, faltas y responsabilidades*, París, Taillander, 1920.

BRUUN, GEOFFREY, *Clemenceau*, Cambridge, Harvard, 1943.

CHARBONNEAU, CORONEL JEAN, *La Batalla de las Fronteras*, París, Lavanzelle, 1932.

CHEVALIER, JACQUES, *Conversaciones con Bergson*, París, Plon, 1959.

CLERGERIE, GENERAL (jefe del Estado Mayor del GMP), *El papel del gobierno militar de París del 1 al 12 de septiembre de 1914*, París, Berger-Levrault, 1920.

CORDAY, MICHEL, *El frente de París*, Nueva York, Dutton, 1934.

DEMAZES, GENERAL, *Joffre, la victoria de un carácter*, París, Nouvelles Éditions, Latines, 1955.

DUBAIL, GENERAL AUGUSTIN, *Cuatro años de mando, 1914-1918. Diario de campaña*, 1.1, *Primer Ejército*, París, Fornier, 1920.

DUPONT, GENERAL CHARLES (jefe del Deuxiéme Bureau en 1914), *El Alto Mando alemán en 1914: Desde el punto de vista alemán*, París, Chapelot, 1922.

ENGERAND, FERNAND (diputado por Calvados y ponente de la Comisión de Investigación de Briey), *La Batalla de las Fronteras, agosto de 1914: Briey*, París, Brossard, 1920.

—, *El secreto de la frontera, 1915-1871-1914; Charleroi*, París, Brossard, 1918. (Todas las referencias en las notas son de este libro cuando no se especifica lo contrario).

—, *Lanrezac*, París, Brossard, 1926.

FOCH, MARISCAL FERDINAND, *Memorias*, tr. del Coronel T. Bentley Mott, Nueva York, Doubleday Doran, 1931.

GALLIENI, GENERAL, *Memorias. La defensa de París, 25 de agosto a 11 de septiembre de 1914*, París, Payot, 1920.

—, *Los carnets de Gallieni*, Gaetan Gallieni & P.-B. Gheusi, París, Michel, 1932.

—, *Gallieni habla*, Marius-Ary et Leblond, París, Michel, 1920. (Gallieni murió en el año 1916, antes de haber completado la versión final de sus memorias. Fueron completadas con su *Agenda*, editada por su hijo y un antiguo ayudante, y por las *Conversaciones*, editadas por uno de sus antiguos secretarios).

GAULLE, GENERAL CHARLES DE, *Francia y su ejército*, París, Plon, 1938.

GIBBONS, HERBERT ADAMS, *París resurgida*, Nueva York, Century, 1915.

GIRAUD, VÍCTOR, *El general De Castelnau*, París, Cres, 1921.

GRASSET, CORONEL A., *La Batalla de los dos Morins: Franchet d'Esperey en el Marne, 6-9 de septiembre de 1914*, París, Payot, 1934.

GROUARD, TENIENTE CORONEL, *La guerra eventual: Francia y Alemania*, París, Chapelot, 1913.

—, *La dirección de la guerra hasta la batalla del Marne*, París, Chapelot, 1922.

GUARD, WILLIAM J., *El alma de París: Dos meses en 1914 por un periodista norteamericano*, Nueva York, Sun Publishing Co., 1914.

HANOTAUX, GABRIEL, *Historia ilustrada de la guerra de 1914*, 17 vols., París, 1916. (Excepcionalmente valioso por sus extractos de diarios de guerra franceses y de oficiales alemanes capturados).

HIRSCHAUER, GENERAL Y GENERAL KLEIN (jefe y segundo jefe de ingenieros del gobierno militar de París en 1914), *París en estado de defensa*, París, Payot, 1927.

HUDDLESTON, SISLEY, *Poincaré, un retrato biográfico*, Boston, Little Brown, 1924.

HUGUET, GENERAL A. M., *Gran Bretaña y la guerra, una acusación francesa*, Londres, Cassell, 1928. (La amargura que matiza el valor del relato de Huguet queda expresada con claridad en el título).

ISAAC, JULES, *Joffre y Lanrezac*, París, Chiron, 1922.

—, «La utilización de las reservas en 1914», *Revue d'Histoire de la Guerre*, 1924, pp. 316-317.

JOFFRE, MARISCAL JOSEPH J. C., *Memorias*, vol. 1, Nueva York, Harpers, 1932. (No se trata de un libro de memorias personales, sino dedicado enteramente a la dirección de la guerra. Es el documento más completo y detallado de todos los altos comandantes, pero no es de Joffre. Comparado con su oscuro testimonio en la investigación de Briey, esta obra es lúcida, precisa, detallada, explicativa y comprensible. Demuestra haber sido escrita por un devoto equipo que se basa en los documentos oficiales y que tiende a colocar al comandante como fuente y origen de todas las decisiones. En cada una de las páginas le hacen decir, por ejemplo: «El concepto que ordené que tomara por escrito el coronel Pont…». Sin embargo, por sus valiosos mapas, es una fuente excepcional si se compara con otros relatos).

LANGLE DE CARY, GENERAL FERNAND DE, *Recuerdos de mando, 1914-1918*, París, Payot, 1935.

LANREZAC, GENERAL CHARLES, *El plan de campaña francés y los primeros meses de guerra*, París, Payot, 1920.

LIBERMANN, HENRI, *Lo que vio un oficial de cazadores a pie. Las Ardenas belgas-Marne-St. Gond, 2 de agosto-28 de septiembre de 1914*, París, Plon, 1916.

MARCELLINI, LEOPOLDO, *Política y políticos durante la guerra*, vol. I, París, Renaissance, 1923.

MAYER, TENIENTE CORONEL ÉMILE, *Nuestros jefes en 1914*, Pares, Stock, 1930.

MESSIMY, GENERAL ADOLPHE, *Mis memorias*, París, Plon, 1937. (Hay un poco de todo en Messimy. Tan completo de información como el libro de Galet sobre Bélgica, es, como contraste, tan efervescente, voluble y libre de inhibiciones como Galet es taciturno y disciplinado. La obra de un hombre que fue ministro de

la Guerra en dos períodos cruciales, julio de 1911 y agosto de 1914, es, al igual que los documentos de Galet, Churchill y Kautsky, una fuente esencial de material no publicado en otras partes).

MOTT, CORONEL BENTLEY, *Myron T. Herrick, amigo de Francia*, Nueva York, Doubleday Doran, 1929. (Principalmente extractos de diarios y cartas).

MULLER, COMANDANTE VIRGILE (ayudante de campo de *Joffre), Joffre y el Marne*, París, Cres, 1931.

PALAT, GENERAL BARTHELMY, *La Gran Guerra en el frente occidental*, vols. I-IV, París, Chapelot, 1920-1927.

PALÉOLOGUE, MAURICE, *Un gran giro de la política occidental, 1904-1906*, París, Plon, 1934.

—, «Un preludio a la invasión de Bélgica», *Revue des Deux Mondes*, octubre de 1932.

PERCIN, GENERAL ALEXANDRE (miembro del Consejo Supremo de Guerra en 1911 y gobernador de Lila en 1914), *1914: Los errores del Alto Mando*, París, Michel, 1920.

PIERREFEU, JEAN DE (un periodista profesional que, como oficial, fue adscrito al GQG para redactar los comunicados para su publicación), *El GQG, sector I*, París, Edition Française Illustrée, 1920.

—, *Plutarco ha mentido*, París, Grasset, 1923.

POINCARÉ, RAYMOND, *Memorias*, 4 vols., Nueva York, Doubleday, 1926-1929. (De hecho, si no de nombre, Poincaré fue la figura política central, como Joffre lo fue la militar, y sus documentos son muy valiosos como guía y comentario sobre la política francesa, las relaciones con el extranjero y los conflictos civiles con el GQG).

TANANT, GENERAL (jefe de operaciones en el Tercer Ejército francés), *El Tercer Ejército en la batalla*, París, Renaissance, 1923.

VIVIANI, RENE, *Cómo lo vemos nosotros*, Nueva York, Harper's, 1923.

WHARTON, EDITH (vivió en París en agosto de 1914), *Francia en lucha*, Nueva York, Scribner's, 1915.

ALEMANIA

BAUER, CORONEL M. (jefe de la sección de artillería en el OHL), *La Gran Guerra en el campo de batalla y en la patria*, Tubingen, Osiander, 1921.

BERNHARDI, GENERAL FRIEDRICH VON, *Alemania y la próxima guerra*, tr. de Alien H. Powles, Londres, E. Arnold, 1914.

BETHMANN-HOLLWEG, THEODOR VON, *Reflexiones sobre la guerra mundial*, Londres, Butterworth, 1920.

BLOEM, WALTER (Capitán de la reserva de los granaderos de Brandeburgo en el III Cuerpo del ejército de Von Krack), *El avance desde Mons, 1914*, Londres, Davies, 1930.

BLÜCHER, PRINCESA EVELYN, *Una esposa inglesa en Berlín*, Londres, Constable, 1920.

BÜLOW, BERNHARD, PRINCIPE DE, *Memorias*, 4 vols., Boston, Little Brown, 1931-1932.

BÜLOW, GENERAL KARL VON, *Mis memorias sobre la Batalla del Marne*, París, Payot, 1920.

CLAUSEWITZ, GENERAL CARL VON, *Sobre la guerra*, 3 vols., Londres, Kegan Paul, 1911.

ECKARDSTEIN, BARÓN H. VON, *Diez años en la corte de San Jorge, 1895-1905*, Londres, Butterworth, 1921.

ERZBERGER, MATTHIAS, *Recuerdos de la guerra*, París, Payot, 1921.

FOERSTER, WOLFGANG, *El conde Schlieffen y la Gran Guerra Mundial*, París, Payot, 1929.

FRANÇOIS, GENERAL HERMANN VON, *La Batalla del Marne y Tannenberg*, Berlín, Scherl, 1920.

FREYTAG-LORINGHOVEN, FREIHERR VON, *Hombres y hechos como los vi en mi vida*, Berlín, Mittler, 1923.

GERARD, JAMES, W., *Mis cuatro años en Alemania*, Nueva York, Doran, 1917.

GRELLING, RICHARD, *Yo acuso*, A. Gray, Nueva York, Doran, 1915.

HALLAYS, ANDRÉ, *La opinión alemana durante la guerra 1914-1918*, París, Perrin, 1919.

HANSSEN, HANS PETER (diputado por Schlewig-Holstein en el *Reichstag*), *Diario de un Imperio moribundo*, Indiana University Press, 1955.

HAUSEN, GENERAL FREIHERR MAX VON, *Recuerdos de la campaña del Marne en 1914*, París, Payot, 1922.

HAUSSMAN, CONRAD, *Diario de un diputado en el Reichstag*, París, Payot, 1928.

HINDENBURG, MARISCAL DE CAMPO PAUL VON, *De mi vida*, vol. I, Nueva York, Harper's, 1921.

HOFFMANN, GENERAL MAX, *La guerra de las oportunidades perdidas*, Nueva York, International, 1925.

—, *La verdad sobre Tannenberg*, incluido en el vol. II de su *Diarios de guerra y otros documentos*, introducción de K. F. Novak, Londres, Secker, 1929.

HOTZENDORF, MARISCAL DE CAMPO FRANZ CONRAD VON, *De mis tiempos de servicio, 1906-1918*, Viena, 5 vols., 1921-1925.

KLUCK, GENERAL ALEXANDER VON, *La marcha sobre París y la Batalla del Marne, 1914*, Nueva York, Longman's, 1920.

KOPP, GEORG (miembro de la tripulación del *Goeben*), *El barco diabólico y su hermana pequeña*, tr. de Arthur Chambers, Londres, Hutchinson, 1931.

KRAFFT VON DELLMENSINGEN, GENERAL (jefe del Estado Mayor del ejército de Rupprecht), *La dirección del príncipe heredero Rupprecht de Baviera en el ala izquierda alemana hasta la Batalla de Lorena en agosto de 1914*, Wissen und Wohr, Sonderheft, Berlín, Mittler, 1925.

KUHL, GENERAL HERMANN VON (jefe del Estado Mayor del ejército de Von Kluck), *El Gran Estado Mayor alemán antes y durante la guerra mundial*, París, Payot,

1922.

KURENBERG, JOACHIM VON, *El káiser*, Nueva York, Simon & Schuster, 1955.

LICHNOWSKY, PRÍNCIPE KARL, *La culpa de Alemania*, introducción del vizconde Bryce, Nueva York, Putnam, 1918.

LUDENDORFF, GENERAL ERICH, *La propia historia de Ludendorff, agosto 1914-noviembre 1918*, vol. I, Nueva York, Harper's, 1919.

LUDWIG, EMIL, *Guillermo de Hohenzollern*, Nueva York, Putnam, 1926.

MOLTKE, CAPITÁN GENERAL HELMUTH VON, *Memorias-Cartas-Documentos, 1877-1916*, Stuttgart, Der Kommendetag, 1922.

MUHLON, WILHELM (director de Krupp), *Europa asolada. Notas tomadas durante los primeros años de la guerra*, París, Payot, 1918.

RITTER, GERHARD, *El Plan Schlieffen, crítica de un mito*, Londres, Oswald Wolff, 1958. (Contiene muchos de los documentos originales de Schlieffen).

RUPPRECHT, PRÍNCIPE HEREDERO DE BAVIERA, *Mi diario de guerra*, vol. 1, Múnich, *Deutscher National Verlag*, 1929.

SANTAYANA, JORGE, *Egoísmo en la filosofía alemana*, Nueva York, Scribner's, 1940.

SCHINDLER, TENIENTE D., *Un mortero de 42 cm en la guerra mundial, Breslau*, Hoffmann, 1934. (El autor prestó servicio como oficial de artillería con los 40 en Lieja, y después. Su obra es el único relato de primera mano sobre la operación de los cañones de asedio).

SCHLIEFFEN, MARISCAL DE CAMPO CONDE ALFRED VON, *Cannae*, Fort Leavenworth, Command and General Staff School Press, 1936.

SCHOEN, FREIHERR WILHELM VON, *Memorias de un embajador*, Nueva York, Brentano's, 1923.

SOUCHON, ALMIRANTE WILHELM, «La persecución del *Goeben* y el *Breslau* desde Mesina a los Dardanelos», en *Los marinos alemanes al combate*, ed. del vicealmirante Eberhard von Mantey, Reichs Marine-Archiv, tr. del capitán R. Jouan, París, Payot, 1930.

STÜRGK, GENERAL GRAF JOSEF (representante austríaco en el OHL), *En el Gran Cuartel General alemán*, Leipzig, List, 1921.

TAPPEN, GENERAL GERHARD (jefe de operaciones en el OHL), «Hasta el Marne en 1914», *en Documentos alemanes sobre la Batalla del Marne*, París, Payot, 1930.

TIRPITZ, GRAN ALMIRANTE ALFRED VON, *Mis memorias*, 2 vols., Nueva York, Dodd Mead, 1919.

TOPHAM, ANNE (institutriz de la hija del káiser), *Memorias de la corte del káiser*, Nueva York, Dodd Mead, 1914. (Un punto de vista muy valioso del interior por un observador externo).

WETTERLÉ, ABBÉ (diputado del Reichstag por Alsacia-Lorena), *Tras los bastidores del Reichstag*, Nueva York, Doran, 1918.

WILE, FREDERIC WILLIAM, *Los hombres alrededor del káiser*, Filadelfia, Lippincott, 1913.

—, *El asalto, Alemania antes... e Inglaterra después. El principio*, Indianapolis, Bobbs Merrill, 1916.

WILHELM, PRÍNCIPE HEREDERO DE ALEMANIA, *Mis experiencias en la guerra*, Londres, Hurst, 1922. *Memorias*, Nueva York, Scribner's, 1922.

WILHELM II, *Las Memorias del káiser*, Nueva York, Harper's, 1932. (Esta obra, de un personaje central del drama, defrauda).

—, *Cartas del káiser al zar*, ed. de Isasac Don Levine, Nueva York, Doubleday Page, 1920. (Conocidas generalmente como las cartas Willy-Nicky).

WOLFF, THEODOR (editor del *Berliner Tageblatt), Víspera de 1914*, Nueva York, Knorpf, 1936.

ZEDLITZ-TRUTZSCLER, ROBERT, GRAF VON, *Doce años en la corte imperial alemana*, Nueva York, Doran, 1924. (Un estudio muy revelador del káiser por su desdichado chambelán mayor).

RUSIA

AGOURTINE, LÉON, *El general Sujomlinov*, Clichy, editado por el autor, 1951.

ALEXANDRA, EMPERATRIZ DE RUSIA, *Cartas de la zarina al zar, 1914-1916*, introducción de *sir* Bernard Pares, Londres, Duckworth, 1923.

BOTKIN, GLEB (hijo del médico del zar), *Los Romanov reales*, Nueva York, Revell, 1931.

BRUSILOV, GENERAL A. A., *Diario de un soldado*, Londres, Macmillan, 1930.

BUCHANAN, SIR GEORGE, *Mi misión en Rusia*, Boston, Little Brown, 1923.

DANILOV, GENERAL YOURI, *Rusia en la Gran Guerra mundial*, París, Payot, 1932.

—, *El primer generalísimo de los ejércitos rusos: el gran duque Nicolás*, París, Berger-Levrault, 1932.

DOBROROLSKY, GENERAL SERGE (jefe del Servicio de Movilización en el Ministerio de la Guerra en 1914), «La movilización del ejército ruso en 1914», *Revue d'Histoire de la Guerre*, 1923, pp. 53-69 y 144-165.

GILLAIRD, PIERRE (tutor de los hijos del zar), *Trece años en la corte rusa*, Nueva York, Doran, 1922.

GOLOVIN, TENIENTE GENERAL NICHOLAS N., *El Ejército ruso en la guerra mundial*, New Haven, Yale, 1931.

—, *La campaña rusa de 1914*, Command and General Staff School Press, Fort Lavenworth, Kansas, 1933. (El primero versa sobre la organización y el segundo, sobre las operaciones del Ejército ruso. Ambos son las fuentes más sobresalientes del esfuerzo bélico ruso durante los primeros meses).

GOURKO, GENERAL VASILI (BASIL) (comandante de una división de caballería en el ejército de Rennenkampf), *Guerra y revolución en Rusia, 1914-1917*, Nueva York, Macmillan, 1919.

GOURKO, VLADIMIR, *Hechos y figuras del pasado: Gobierno y opinión en el reinado de Nicolás II*, Stanford University Press, 1939.

IRONSIDE, GENERAL DE DIVISIÓN SIR EDMUND, *Tannenberg, los primeros treinta días en la Prusia oriental*, Edimburgo, Blackwood, 1925.

KNOX, GENERAL DE DIVISIÓN SIR ALFRED, *Con el Ejército ruso*, Londres, Hutchinson, 1921.

KOKOVTSOV, CONDE V. N. (primer ministro, 1911-1914), *De mi pasado*, Stanford University Press, 1935.

NIKOLAIEFF, CORONEL A. M., «El plan de campaña ruso en la guerra mundial, 1914», *Infantry Journal*, septiembre-octubre de 1932.

PALÉOLOGUE, MAURICE, *Memorias de un embajador*, vol. I, Londres, Hutchinson, 1923.

RADZIWILL, PRINCESA CATALINA, *Nicolás II, el último de los zares*, Londres, Cassell, 1931.

—, *Soberanos y estadistas de Europa*, Nueva York, Funk Wagnall's, 1916.

RODZIANKO, M. V. (presidente de la Duma), *Memorias, reinado de Rasputín*, Londres, Philpot, 1927.

SAZONOV, SERGEI, *Años decisivos, 1906-1916*, Nueva York, Stokes, 1928.

SUJOMLINOV, VLADIMIR, *Memorias*, Berlín, Hobbing, 1924.

WITTE, CONDE SERGIUS, *Memorias*, Nueva York, Doubleday Page, 1921. (Entre las innumerables memorias instigadas por la caída del régimen zarista, éste es el documento más sólido e informativo, aunque la carrera de Witte terminó en el año 1906).

WRANGEL, BARÓN NICHOLAS, *Memorias, 1847-1920*, Filadelfia, Lippincott, 1927.

TURQUÍA

DJEMAL PASHA, *Memorias de un estadista turco, 1913-1919*, Nueva York, Doran, 1922.

EMIN, AHMED, *Turquía en la Guerra Mundial*, New Haven, Yale, 1930.

KANNENGIESSER, GENERAL HANS (miembro de la misión militar alemana en Turquía en 1914), *La campaña de Gallípoli*, Londres, Hutchinson, 1928.

MORGENTHAU, HENRY, *La historia del embajador Morgenthau*, Nueva York, Doubleday Page, 1918.

NOGALES, GENERAL RAFAEL DE, *Cuatro años entre la luna creciente*, Nueva York, Scribner's, 1926.

OBRAS SECUNDARIAS

BENSON, E. F., *El káiser y las relaciones inglesas*, Londres, Longman's, 1936.

BUCHAN, JOHN, *Una historia de la Gran Guerra*, vol. I, Londres, Nelson, 1922.

CRAIG, GORDON A., *La política del Ejército prusiano, 1640-1945*, Nueva York, Oxford, 1956.

CRUTTWELL, C. R. M., *Una historia de la Gran Guerra, 1914-1918*, Oxford University Press, 1936.

DE WEERD, H. A., *Grandes soldados de las dos guerras mundiales*, Nueva York, Norton, 1941.

EARLE, EDWARD MEADE, *Forjadores de la estrategia moderna*, Princeton University Press, 1943.

—, *La Francia moderna*, Princeton University Press, 1951.

FLORINSKY, MICHAEL T., *El fin del Imperio ruso*, New Haven, Yale, 1931.

FROTHINGHAM, CAPITÁN THOMAS G., *La historia naval de la guerra mundial*, vol. I: *Operaciones ofensivas, 1914-1915*, Cambridge, Harvard, 1925.

GOERLITZ, WALTER, *Historia del Estado Mayor alemán*, Nueva York, Praeger, 1955.

HALÉVY, ELLIE, *Una historia del pueblo inglés, Epílogo*, vol. 11, *1905-1915*, Londres, Benn, 1934.

MAUROIS, ANDRÉ, *La era eduardiana*, Nueva York, Appleton-Century, 1933.

MCENTEE, CORONEL GIRAD L., *Historia militar de la guerra mundial*, Nueva York, Scribener's, 1937.

MONTEIL, VINCENT, *Los oficiales*, París, Éditions du Seuil, 1958.

NEAME, TENIENTE CORONEL, PHILIP, *La estrategia alemana en la Guerra mundial* (conferencias en la Academia del Estado Mayor), Londres, Arriold, 1923.

PONSONBY, ARTHUR, *Falsedades en tiempo de guerra*, Nueva York, Dutton, 1928.

RENOUVIN, PIERRE, *Las formas del gobierno militar en Francia*, New Haven, Yale, 1927.

ROSINSKI, HERBERT, *El Ejército alemán*, Londres, Hogarth, 1939.

BARBARA WERTHEIM TUCHMAN. (Nueva York, 30 de enero de 1912 – 6 de febrero de 1989) fue una historiadora estadounidense, periodista y escritora.

Hija del banquero Maurice Wertheim, era nieta de Henry Morgenthau, también banquero y Embajador de Woodrow Wilson en el Imperio Otomano.

Barbara Wertheim recibió su Licenciatura en Artes de la Radcliffe College en 1933.

En 1939, contrajo matrimonio con Lester R. Tuchman, un médico internista, investigador y profesor de medicina clínica en el Monte Sinai School of Medicine. Tuvieron tres hijas (una de ellas fue Jessica Mathews).

Entre 1934 y 1935 trabajó como asistente de investigación en el Instituto de Relaciones del Pacífico en Nueva York y To-

kio, y luego comenzó una carrera como periodista antes de dedicarse a los libros.

Se desempeñó como ayudante de redacción de *The Nation* y corresponsal estadounidense para el *New Statesman* de Londres, el Centro de Noticias del Lejano Oriente y la Oficina de Información de Guerra (1944-45).

Algunas de sus obras son: *La política británica perdida: Gran Bretaña y España desde 1700* (1938). *La Biblia y la espada: Inglaterra y Palestina de la Edad del Bronce a Balfour* (1956). *El telegrama Zimmermann* (1958). *Un espejo distante* (1978). *Los cañones de Agosto* (1962).

NOTAS

1. UNOS FUNERALES

[*] Información sobre el funeral, además de la aparecida en la prensa diaria y en las memorias de la época, puede encontrarse en *The Queen, The Sphere* y *The Graphic*, del día 21 de mayo de 1910; también en «La Reunión de los Nueve Reyes», de William Bayard Hale, memoria publicada en el *World's Work* en julio de 1910; «Impresiones sobre los funerales del Rey», por Mary King Waddington, artículo publicado en el *Scribner's*, octubre de 1910; y en las *Cartas* de Theodore Roosevelt a David Grey en octubre de 1911, ed. de E. E. Morrison, Harvard University Press, 1951-1954. <<

[1] *The Times*, 21 de mayo de 1910. <<

[2] Cartas a Bülow, cita de Lugwig, 427. <<

[3] Zedlitz-Trutschler, 177-8. La prensa alemana también consideraba el viaje de Eduardo como «medio de formar una alianza contra Alemania». Correspondencia de Lascelles a Grey, 19 de abril de 1907, BD, VI, núm. 15. <<

[4] Cartas de Roosevelt a Trevelyan, 1 de octubre de 1911, *Cartas*, VII, 397. <<

[5] Lee, I, 477-8. <<

[6] Roosevelt a Grey, *op. cit.*, 409-10. «Su Realeza Bizantina». Sazonov, 230. <<

[7] Cust, II, 249. <<

[8] Maurois, 44. <<

[9] Lee, II, 241-2. <<

[10] Lee, II, 11. <<

[11] Maurois, 177. <<

[12] Eckhardstein, 249. <<

[13] Ibid., 230. <<

[14] Paléologue, *Un preludio*, 494-5. <<

[15] Roosevelt a Trevelyan, *Cartas*, VII, 396. <<

[16] Bülow, II, 355; Benson, 248. <<

[17] Bernhardi, 81. <<

[18] Bülow, I, 418. <<

[19] Hans Delbrück, profesor de historia en la Universidad de Berlín, y primer historiador militar de Alemania, cita a De Wile, en *Men Around the káiser*, 119-22. <<

[20] *Neue Free Presse*, 15 de abril de 1907, cita de Lee, II, 542. <<

[21] De Goschen a Grey, 29 de agosto de 1908, BD, VI, núm. 100; Steed, 1, 287. <<

[22] Lee, II, 587. <<

[23] Witte, 189. <<

[24] *Memorias*, 234. <<

[25] El káiser expresó esta opinión personal al secretario del ministerio de Asuntos Exteriores británico, en el funeral de la reina Victoria. Cita de Newton, 199. <<

[26] Benson, 5. <<

[27] *Cartas Willy-Nicky*, 23,25 de octubre de 1895. <<

[28] Botkin, 103. <<

[29] Cita de Ludwig, 263. <<

[30] Cita de Maurois, 256. <<

[31] *Crown Prince*, 98-100. <<

[32] Conferencias de Esher sobre *La gran ilusión*: «Paz y guerra modernas» y «La guerra y la paz». En: Esher, *Ensayos*, 211-28 y 229-61. <<

[33] Ibid., 224; Esher entregó algunos ejemplares de la obra al káiser. Ibid., 55. <<

[34] Hindenburg, 59. La citas del libro de Bernhardi corresponden a los capítulos I-II, IV, V, IX y X. <<

[35] Acotaciones de Isvolsky y *Le Fígaro*. Los demás detalles acerca de los funerales celebrados en París, Tokio y Berlín fueron tomados del *The Times* del día 8 de mayo del año 1910. <<

[36] *The Times* del día 20 de mayo del año 1910. <<

[37] *Memorias* del káiser, 129. <<

[38] Arthur, *Jorge V*, 125. <<

[39] Trevelyan, 172. <<

[40] *Memorias* del káiser, 131. <<

[41] *The Times* del día 21 de mayo de 1910. <<

[42] Ibid. <<

[43] Arthur, *Jorge V*, 126; Nicolson, *Jorge V*, 40. <<

[44] Esher, *Journals*, III, 4. <<

2. «DEJAD QUE EL ÚLTIMO HOMBRE DE LA DERECHA ROCE EL CANAL CON SU MANGA»

[1] Cita de Buchan, I, 118. <<

[2] Goerlitz, 129. <<

[3] Memorándum de Schlieffen del año 1912, Ritter, 172. <<

[4] Memorándum de Schlieffen para 1912 en Ritter; *Cannae*, de Schlieffen; *Generalstab* de Kuhl; Forster. <<

[5] Schlieffen, Ritter, 172. <<

[6] Schlieffen, *Cannae*.. <<

[7] Cita de Wile, *Men Around the káiser*. <<

[8] Santayana, 69. <<

[9] *Erinnerungen*. <<

[10] General Von Hohnke en sus notas sobre el memorándum de Schlieffen de 1912, Ritter, 186. <<

[11] Clausewitz, III, 209-10. <<

[12] General Percin en un artículo de *Ere Nouvelle*, enero de 1925, cita de Ponsonby, 55-56. <<

[13] Bülow, II, 88. <<

[14] Roosevelt a Trevelyan, 1 de octubre de 1911; *Cartas*, VII, 369. <<

[15] Bülow, II, 82-85; Cammaerts, 198-9. <<

[16] J. V Bredt, *Die Belgische Neutralität und der Schlieffensche Feldengsplan*, cita AQ, julio de 1929, 289. <<

[17] Dupont, 23. <<

[18] El diplomático era Richard von Kuhlmann, entonces consejero de la Embajada alemana en Londres y, más tarde, en el año 1917, secretario del Ministerio de Asuntos Exteriores. Cita de Cammaerts, 134. <<

[19] Memorándum del año 1912, Ritter, 175. <<

[20] Ibid. <<

[21] Cita de Rosinsky, 137. <<

[22] Ritter, 161-4. <<

[23] Isaac, *Reserves*, 335; Foerster, 71. <<

[24] Foerster, 70. <<

[25] *Erinnerungen*. <<

[26] Tappen, 92. <<

[27] Cambon (embajador francés en Berlín), al ministro de Asuntos Exteriores, Pichon, 6 de mayo de 1913. *French Yellow Book*, núm. 3. <<

[28] Tirpitz, I, 343. <<

[29] Eckardstein, *Lebenserinnerungen*, vol. III; *Die Isolierung Deutschlands*, Leipzig, 1921,184. <<

3. LA SOMBRA DE SEDÁN

[*] Las fuentes oficiales relacionadas con el Plan 17 y sus predecesores son: AF, tomo I, capítulos I y II, y Joffre, 45-112. El texto de las directivas generales y las órdenes de despliegue a los varios ejércitos es el número 8 en los anexos AF, I, I. Las principales críticas al plan son de Engerard, el general Grouard y el general Percin; este último, al ser acusado de la evacuación de Lila en agosto de 1914, tenía un interés personal. <<

[1] El coronel Grandmaison las calculó en seis u ocho kilómetros por cuerpo de ejército. <<

[2] Briey, sesión del día 23 de mayo, declaraciones de M. Véndame, diputado por Lila, que acompañó a Lebas; sesión del 4 de julio, declaraciones del general Lebas. <<

[3] Alexandre Zevaes, *Histoire de la Troisième République*. París, 1926,41. <<

[4] Huddlestone, 36. <<

[5] Zevaes, 41. <<

[6] Monteil, 38. <<

[7] Cita de Craig en *Modern Strategy*, de Earle, 276. <<

[8] Pierre de la Gorce, *Histoire du Second Empire*, VII, 343. <<

[9] Las notas y episodios de Clemenceau y Foch proceden de *Du Pie and Foch*, por Stefan T. Possony y Etienne Manteux, capítulo IX, en la «Modern Strategy» de Earle. <<

[10] Lanrezac, 138; Messimy, 72; John Bowditch «The Concept of Elan Vital» en la obra *Modern France*, de Earle, 39-43. <<

[11] Fallieres. Joffre, 30. <<

[12] Los nuevos planes de campaña fueron establecidos en 1913 por una comisión de la que era presidente el general Pau y que incluía a Hely d'Oissel, más tarde nombrado jefe del Estado Mayor bajo Joffre. Se publicó un decreto firmado por Poincaré en octubre de 1913. Texto en Engerand, 445-7, pp. 45 y 46. Plan del general Michel, del año 1911: AF, 1, 1, 13-14; el texto de su informe figura en los anexos a este volumen. Discusión del empleo de tropas de reserva en el frente, de acuerdo con las normas dictadas por el Consejo Supremo de Guerra, 19 de julio de 1911. <<

[13] Spears, 218. <<

[14] Frase atribuida al káiser. Jofre, 61. <<

[15] Percin, 206. <<

[16] Briey, 13 de mayo, y días 23 y 30 del mismo mes, declaraciones de Michel, Percin y Messimy; «Souvenirs», de Messimy, 76-8; AF, 1, 1, 13-4. <<

[17] Messimy, 15. <<

[18] Ibid., 93. <<

[19] Ibid., 75. <<

[20] En el año 1870, los regimientos turcos bajo el mando del general Charles Bourbaki compusieron una canción para las marchas, con las siguientes palabras:

Le chic exquís
Dont les coeurs son conquis,
Ils le doivent à qui?
A Charles Bourbaki.

Citado por De Gaulle, 162. <<

[21] Briey, 13 de mayo, declaraciones del general Michel. <<

[22] Cit. Messimy, 118-20. <<

[23] Percin, 208. <<

[24] Messimy, 77. <<

[25] Briey, 23 de mayo, declaraciones de Percin. <<

[26] Joffre, 12. <<

[27] Messimy, 78. <<

[28] Demazes, 65. <<

[29] Foch, «Memoirs». <<

[30] Cit. Grouard, 5, núm. 2. <<

[31] Joffre, 69. <<

[32] Joffre, 17. <<

[33] Paléologue, *Un Prélude*, 486-8. <<

[34] Ibid., 514. <<

[35] Giraud, 25-29. <<

[36] «Se supo que el plan alemán de movilización predecía que se emplearían tropas de reserva como tropas activas». AF, 1, 1, 39. La crítica de Moltke está tomada de la obra *Reserves*, de Isaac, 335, que también demuestra que los franceses realizaron en el mes de mayo de 1914 un análisis sobre el plan de movilización alemán para aquel año, cuyo análisis mostró que el papel de las reservas era idéntico al de las unidades activas. Esto fue confirmado por Joffre en su discusión sobre tal problema, 145-7. El informe del mayor Melotte está tomado de Galet, 22. Joffre (61) es la única autoridad que cree que los alemanes emplearían las reservas solamente como tropas de segunda línea. <<

[37] Briey, 23 de mayo, declaración de Vendame. <<

[1] De sus *Cahiers de la quinzaine*, 22 de octubre de 1905, reimpreso en su *Notre Patrie*, París, 1915,117-8. <<

[2] Repington, 6-10. <<

[3] Haldane, 198. <<

[4] Grey, I, 72-88; Haldane, 203-4; *Before the War*, 186; BD, III, 212. <<

[5] Maurois, 129. <<

[6] Grey, I, 85. <<

[7] Grey, I, 85. <<

[8] Frase de Campbell-Bannerman. Citado por Repington, 10. <<

[9] Tyler, *The British Army and the Continent*, 1904-14. Londres, 1938, 46. <<

[10] Esher, *Journals*, I, 375-6. <<

[11] *Cartas*, III, 47; Bacon, II, 182-3. <<

[12] Wilson, 51. <<

[13] Ibid., 2. <<

[14] Cit. AQ, julio de 1928, 287. <<

[15] Wilson, 78. <<

[16] Ibid., 79-80. <<

[17] Aston, «Foch», 129. <<

[18] Wilson, 79. <<

[19] Ibid., 78. <<

[20] Huguet, 21. <<

[21] Liddell Hart, *Foch*, 51. En una carta al agregado militar británico coronel Fairholme, Foch exteriorizó su creencia de que el frente principal se extendería desde Epinal hasta Namur, BD, VI, núm. 460. <<

[22] Wilson, 97-98. <<

[23] AF, 1, 1, 17-8; BD, VII, núm. 640. <<

[24] Huguet, 8. <<

[25] Wilson, 99. <<

[26] Wilson, 99-102; Churchill, 55-59; Haldane, 226. <<

[27] Fisher, carta del día 28 de abril de 1912, *Cartas*, II, 456. <<

[28] Wilson, 106. <<

[29] Haldane, *Before the War*, 183; Esher, *Journals*, 111, 61. <<

[30] «Misión de Haldane en Berlín», 254-62; *Before the War*, 72-86. <<

[31] Churchill, 115-6. <<

[32] Grey, 1, 97-8. <<

[33] Wilson, 113. <<

[34] Ibid., 105. <<

[35] Joffre, 50; Haldane estableció un total de ciento sesenta mil hombres. *Before the War*, 189. <<

[36] BD, III, número 227 ff.; Bridges (entonces agregado militar en Bruselas), 62-3. <<

[37] Huguet, 18; Joffre, 54. <<

[38] Wilson, 149. <<

5. EL RODILLO RUSO

[1] Cuando un regimiento alemán, en el año 1914, se enteró de que partía para el frente occidental y no hacia el oriental, hubo «regocijo general, ya que el pensamiento de Rusia producía escalofríos en las tropas». Bloem, 20. El mismo pensamiento movió a un médico militar alemán a quejarse a la duquesa de Sutherland (49), manifestando a ésta cuán terrible era por parte de Inglaterra aliarse contra Alemania «y dejarnos a esos endiablados rusos». <<

[2] Éstos y otros cálculos sobre los hombres y el material que figuran en este capítulo, proceden de la obra de Golovin *Army*. <<

[3] Grey a *sir* F. Bertie, 1 de mayo de 1914, BD, X, segunda parte, núm. 541. <<

[4] Messimy, 179-81; Kokovtsov, 370-2; Joffre, 55-60; Golovin, «Campaign», cap. III, 45-73, pág. 66; Zar, *En el corazón de Alemania*; Joffre, 23. <<

[5] Golovin, *Campaign*, 61. <<

[6] Agourtine, 25. <<

[7] Hamilton, general *sir* Ian, *A Staff Officer's Scrap Book*, Londres, 1907, II, 381. <<

[8] Knox, XXVII. <<

[9] Witte, 270, 247. <<

[10] Pocos días antes de su vigésimo segundo cumpleaños, escribió en su diario: «Hoy ha terminado definitivamente y para siempre mi educación». Cit. Radziwill, *Nicholas* II, 210. <<

[11] Fulop-Miller, *Rasputín*, 89. <<

[12] Kokovtsov, 456. <<

[13] Wrangel, 208. <<

[14] Witte, 319. <<

[15] Paléologue, *Intimate Journal of the Dreyfus Case*, Nueva York, 1957, 180. <<

[16] Witte, 190. <<

[17] Sazonov, 286. <<

[18] Golovin, *Campaign*, 31,34. <<

[19] Paléologue, 83; Poincaré (III, 163) sufrió la misma reacción. <<

[20] Agourtine, 18-22; Vladimir Gurko, 552-3; Knox, 222; *sir* Bernard Pares, *A History of Russia*, Nueva York, 1953, 472-7. <<

[21] Agourtine, 56-59. <<

[22] Cit. Agourtine, 59. <<

[23] Ludwig, 508. <<

[24] Knox, Necrología de Sujomlinov en *Slavonic Review*, 1926, vol. 5, 148; también Golovin en *Army*, 12, 32-43. <<

[25] Danilov, 150; Golovin, «Campaign», 35. <<

[26] Pares, introducción a *Letters of Tsaritsa*, XXI. <<

[27] *Cartas al zar*, 16 de junio de 1915, 97. <<

[28] Esher, *Tragedy*, 19. <<

[29] Danilov, 43. <<

[30] Paléologue, 22-23. <<

[31] Ironside, 31-36. <<

[32] De acuerdo con Danilov, delegado jefe de Estado Mayor, ésta era la idea fundamental y el objetivo del Alto Mando ruso durante el «primer período de la guerra». <<

[33] Ellen M. Pain, *My impressions of East Prusia*, Londres, 1915. <<

[34] Topham, 254. Su capítulo núm. XIII, titulado «Rominten», es un brillante informe sobre las costumbres imperiales. <<

[35] Hoffman, *War of lost opportunities*, 5. <<

[36] K. F. Nowak, introducción a *War Diaries*, de Hoffmann, 1.10, 18. <<

[37] Exclamación anotada por el corresponsal americano Frederik Palmer, cit. De Weerd. 71. <<

[38] Hoffmann, *War of lost opportunities*, 4. <<

[39] Cit. Hoffmann, *Diaries*, II, 241. <<

[1] Exclamación recogida por Albert Ballin, que a su vez se la comunicó a Churchill (207) en julio de 1914, cuando Ballin fue enviado a Londres por el káiser para persuadir a los ingleses a que se mantuvieran neutrales. <<

[2] En el Ayuntamiento de Viena, 21 de septiembre de 1910. Cit. Stanley Shaw, *William of Germany*, Nueva York, Macmillan, 1913, 329. <<

[3] Bethmann-Hollweg a Von Tschirschky (embajador alemán en Viena), Kautsky, núm. 15; káiser al emperador Francisco José, Kautsky, núm. 26. <<

[4] Nota marginal del káiser en la copia del memorándum a Serbia, Kautsky, núm. 271. <<

6. PRIMERO DE AGOSTO: BERLÍN

[*] El episodio central de este capítulo, la experiencia del general Moltke con el káiser en la noche del día 1 de agosto, está basado en las memorias de Moltke, 19-23. Todas las acotaciones que se han hecho del káiser y de Moltke durante el curso de este incidente, proceden de tales fuentes. Se publicó una versión inglesa en *Living Age*, el día 20 de enero de 1923,131-4. <<

[1] Kautsky, núm. 542. <<

[2] El corresponsal norteamericano Frederic Williams Wile, de camino hacia el Foreign Office, vio cómo salían del mismo los dos ministros. *Assault*, 82. <<

[3] Sturgkh, 232. <<

[4] Kautsky, núms. 472 y 521. La insistencia de Eggeling, hasta el último momento, sobre el hecho de que Rusia no podía tomar parte en la lucha a causa de la existencia de grandes deficiencias en su artillería y medios de transporte, fue informada por Kuhl, 31. <<

[5] Wile, «Assault», 81-82; el embajador belga también describe la escena, Beyens, II, 266. <<

[6] Kautsky, núm. 553. <<

[7] Wolff, 504. <<

[8] Hanssen, 22-3. <<

[9] *Reichsarchiv, Das Deutsche Feldeisenbahnwessen*, Band I, *Die Eisenbahnen zu Kriegsbeginn*, cit. AQ, abril de 1928,96-101. <<

[10] Fisher, «Mémoires», 230. <<

[11] Kautsky, núms. 368 y 596. <<

[12] Frase escrita sobre el margen de un despacho enviado a Pourtalès, recibido el día 30 a las siete de la mañana y en el que se informaba de que no podía cancelarse la movilización rusa. Kautsky, núm. 401, versión inglesa, Ludwig, 448. <<

[13] La supuesta propuesta realizada por un íntimo y anónimo asociado de Bethmann, se cita por Radziwill en su obra *Sovereigns*, 70, fuente de información no muy segura. <<

[14] Schoen, 192,197; Messimy, 149. <<

[15] Poincaré, III, 251. <<

[16] Wolff, 504. <<

[17] Kautsky, núm. 562. <<

[18] Dado por *sir* E. Goschen, embajador británico, en honor del general Wilson. Wilson, 94. <<

[19] Lichnowsky, 73-4; Grey a Goschen, *British Blue Book*, núm. 123; Grey, II, Apéndice F, *The Suggestions of August 1, 1914.* <<

[20] Sturkgh, 24. <<

[21] Freytag-Loringhoven, 135-7; Bauer, 33; Goerlitz, 143; General *sir* Edmund Ironside, *Two Chiefs of General Staff*; febrero de 1926; Wilw, NYT, 6 de octubre de 1914, 2:6. <<

[22] *Erinnerungen*, 308. <<

[23] Neame, Rosinsky, 129. <<

[24] AQ, abril, 1928, 96. <<

[25] Su libro *Aufmarsch nach zwei Fronten* es analizado por el comandante Koeltz, «*La Concentration allemande et l'incident du premier Aóut 1914*», *Revue d'Histoire de la Guerre*, 1926,117-30. <<

[26] *Erlebnisse*, de Erzberger, cit. AQ, abril de 1922, 80. <<

[27] Kautsky, núms. 603 y 612. <<

[28] Kautsky, núm. 602; Buch, ministro alemán a Luxemburgo, núm. 619; Bethmann-Hollweg al gobierno de Luxemburgo, núm. 640. <<

[29] Sazonov, 213; Paléologue, 48; «Informe de Pourtalés», Kautsky, núm. 588. <<

[30] Tirpitz, 363-5. La escena también se describe por Bülow (III, 187), tal como se la contó Albert Ballin, que se hallaba presente. Bethmann paseaba arriba y abajo por la estancia mientras el *Geheimrat* Kriege, concienzudo jurista del Ministerio de Asuntos Exteriores, revolvía entre una montaña de textos legales en busca de un modelo. De vez en cuando el inquieto Bethmann le preguntaba: «¿Está ya preparada esa declaración de guerra a Rusia?», y Ballin replicaba: «¿Por qué tanta prisa en declarar la guerra a Rusia, Excelencia?», a lo que Bethmann contestó gritando: «¡Si no lo hago, no dispondremos de los socialistas para que luchen!». <<

[31] Bethmann a Tschirschky, núm. 441. <<

[1] Joffre, 133. <<

[2] Las órdenes del Ministerio de la Guerra para esta retirada llevan los números 22, 25, 26 y 27 en los *Annexes* a AF, I, I. <<

[3] Viviani, 195. <<

[4] Anexo núm. 25. <<

[5] Joffre, 123-5; Messimy, 139-50. <<

[6] Viviani, 195. <<

[7] Messimy, 183. También se hizo hincapié sobre el estado de los nervios del Premier por Bertie, 5. <<

[8] Messimy, 156. <<

[9] Poincaré, III. <<

[10] Messimy, 138. <<

[11] Ibid., 140. <<

[12] Messimy, 144. <<

[13] Poincaré, II, 242. <<

[14] Ibid., 264. <<

[15] Messimy, 147-8; De Gaulle, 237; Renouvin, 13, 27-8. <<

[16] Poincaré, II, 272. <<

[17] Texto de *Livre Jaune, l'Alliance Franco-Russe*, Ministerio de Asuntos Exteriores, París, 1918, 92; también en Joffre, 102. Desde 1892 hasta 1914, la alianza fue tema de continua discusión entre las partes contratantes, especialmente en lo relacionado con su exacta interpretación, con la interpretación de su *casus foederis*, y gradualmente fue aumentando con *aides-memoires*. Según varias traducciones inglesas, Francia estaba obligada a «atacar», a «oponerse» o a «luchar» contra Alemania. En el texto la palabra es «ataquer». En cuanto a la interpretación de Poincaré, consultar el tomo II, 289. <<

[18] Messimy, 183-4. <<

[19] Ibid., 149. <<

[20] Poincaré, II, 265: informe de Schoen sobre la respuesta de Viviani: Kautsky, núm. 571. <<

[21] AF, Anexo núm. 26. AF, Anexo núm. 26. <<

[22] Joffre, 129, núm. 3. <<

[23] Joffre, 128: Messimy, 150. <<

[24] Adam, 20; Gibbons, 73; Guard, 9; Wharfon, 14. <<

[25] Wharton, 10. <<

[26] Bertie, 1, 6-7. <<

[27] Poincaré, U, 264. <<

[28] «Durante toda esta semana he pensado en la probable contingencia de que no debamos decidir ayudar a Francia. En este caso tendré que presentar la dimisión», Grey, II, 312. <<

[29] Lichnowsky a Jagow, 13 de abril de 1913. Cit. Halévy, 627. <<

[30] Grey, 1, 299. <<

[31] Morley, 4, 5,10. <<

[32] Por Owen Seaman, *Punch*, 5 de agosto, 122. <<

[33] Cit. Halévy, 547. <<

[34] Ibid., 548. <<

[35] Cobett. 25-30: Churchill; 230 ff. El material subsecuente sobre el papel de Churchill en la crisis y movilización de la flota procede de su capítulo IX «La crisis», y del capítulo X «Movilización de la Armada». <<

[36] L. J. Maxes, «*Retrospect and Reminiscence*», *National Review*, vol. LXXI, 746 <<

[37] Morley, 24. <<

[38] Asquith, II, 7. <<

[39] Morley, 2. <<

[40] Ibid., 3. <<

[41] Morley, 5: Lloyd George, 61. <<

[42] Chamberlain, 94-101; Wilson, 154. <<

[43] Chamberlain, 101. <<

[44] *British Blue Book*, núms. 114, 124, 125. <<

[45] Beaverbrook, 15-6. <<

[46] Palabras de Grey a Cambon, acotadas por Nicolson en «Diplomatist», 304 <<

[47] Ibid., 304-5. <<

[48] Beaverbrook, 22-3. <<

[1] Jagow a Below, 29 de julio y 2 de agosto. Kautsky, núms. 375 y 648. <<

[2] Whitlock, 3. <<

[3] Massompierre, 15-6. <<

[4] Ibid. <<

[5] Cammaerts, 405; texto de Galert, 31. <<

[6] Bassompierre, 17; el resto del párrafo y otros relatos acerca de las discusiones del gobierno sobre el ultimátum son de Bassompierre. <<

[7] Gibson, 9-10. <<

[8] Klobukowski, 34-5. <<

[9] Kautsky, núm. 376, n.º 1. <<

[10] *Belgian Grey Book*, núm. 20. <<

[11] Cammaerts, 39. <<

[12] Ibid., 67. <<

[13] D'Ydewalle, 94. <<

[14] Cammaerts, 108-9, 115. <<

[15] Gales, 8. <<

[16] Beyens, 11, 38-43; Jules Cambon a Pichon, 22 de noviembre de 1913, *French Yellow Book*, número 6; Poincaré, II, 86; Galet, 23. <<

[17] Beyens, II, 47, 53. <<

[18] Gales, 23. <<

[19] Carton de Wiart, 207-9; Galet, 46-50 <<

[20] Cit. Poincaré, II, 281. <<

[21] Ver notas sobre Moltke y Jagow. <<

[22] *Belgian Grey Book*, número 21; Cammaerts, 13. <<

[23] Carton de Wiart, 210. <<

[24] Tirpitz, I, 366-70. <<

[25] Hanssen, 14. Alemanes más escépticos no creían en los informes, y Conrad Haussmann, al notar la falta de detalles precisos, no los encontraba «muy convincentes». <<

[26] Bassompierre, 31,37; texto de la respuesta, *Belgian Grey Book*, núm. 22. <<

[27] Galet, 58-9. <<

[28] Cammaerts, 19. <<

[1] Grey, II, 12 <<

[2] Informe entregado por el cónsul británico en Dunkerque, BD. XI, 508. <<

[3] Corbett, 20-1. <<

[4] Grey, II, apéndice D, 30. <<

[5] Poincaré, II, 278. <<

[6] Artículo de Cambon, *Revue de France*, 1 de julio de 1921. <<

[7] Morley, 4, 17; Asquith, II, 8. <<

[8] Dugdale, II, 78. <<

[9] Haldane, 294-5. <<

[10] Dugdale, II, 79-80; Chamberlain, 99-100. <<

[11] Morley, 6. <<

[12] Chamberlain, 104. <<

[13] Grey, II, 13. <<

[14] MacDonagh, 3; Punch del 12 de agosto, 153. <<

[15] Grenfell, Lord Mariscal de Campo, *Mémoires*, Londres, 1925, 204. <<

[16] Texto completo, Grey, II, apéndice D. <<

[17] Grenfell, cit. 204. <<

[18] NYT, 4 de agosto. <<

[19] Churchill, 235. <<

[20] Poincaré, IV, 519 (ed. francesa). <<

[21] Blücher, 137. <<

[22] Ibid., 12, 16. <<

[23] Conde Häseler, cit. Grelling, 30. <<

[24] Vladimir Gurko, 542; Botkin, 112. <<

[25] Bridges, 74. <<

[26] Vladimir Gurko, 542. <<

[27] Erzberger, 15. <<

[28] Joffre, 53. <<

[29] Birkenhead, 22. <<

[30] Cit. Bernhard Huldermann, *Albert Ballin*, Londres, 1922,212. <<

[31] Rey Jorge a Grey, 8 de diciembre de 1912, BD, X, segunda parte, núm. 452. El día 26 de julio de 1914, el príncipe Enrique, que estaba de nuevo en Inglaterra, escu-

chó de labios del rey Jorge: «Espero que permanezcamos neutrales, pero si Alemania declara la guerra a Rusia y Francia se une con Rusia, entonces me temo que seremos arrastrados a ello». Nicolson, *Jorge V*, 245-6. <<

[32] Freytag-Loringhoven, cit. AQ, abril de 1924, 153. <<

[33] Wile, 212. <<

[34] Kuhl, 34. <<

[35] Ritter, 68-9. Incluso en el año 1906, Schlieffen consideraba a Inglaterra como un enemigo que podía enviar a Bélgica un cuerpo expedicionario compuesto por cien mil hombres. Ibid., 161-4. <<

[36] Kuhl, cit. AQ, abril 1922,166. <<

[37] Cit. Frothingham, 60. Tanto la Marina inglesa como el ejército esperaban que Inglaterra fuese su enemigo: «Apenas existían dudas de que Inglaterra contase con debilitar a Francia empleándonos a nosotros para ello». Tirpitz, 1, 334. <<

[38] *My war experiences*, 5. <<

[39] *Alldeutascher Blätter*, 3 de agosto, cit. Hallays, 27. <<

[40] Hanssen, 13, 19. <<

[41] Poincaré, II, 284. <<

[42] Ibid., 285-8. <<

[43] Grey, II, 20. <<

[44] Bassompierre, 37. <<

[45] Whitlock, 64; Gibson, 22. <<

[46] Czernin, *In the World War*, Nueva York, 1920, 16. <<

[47] Príncipe heredero, *Mémoires*, 180. <<

[48] Messimy, 289. <<

[49] Galet, 63. <<

[50] Moltke a Jagow, Kautsky, núm. 788. <<

[51] Beyens, II, 269-72. <<

[52] Millard, 35. <<

[53] Bassompierre, 41. <<

[54] Galet, 62; Gibson, 13-19; Whitlock, 60. <<

[55] Bassompierre, 40; Millard, 35-7. <<

[56] Gibbons, 27. <<

[57] *French Yellow Book*, núms. 158 y 159; Poincaré, II, 296-7. <<

[58] Poincaré, ibid. <<

[59] Hanssen, 25. <<

[60] Wetterlé, 29. <<

[61] Haussman, 16-20. <<

[62] Ibid., 21; Hanssen, 25; el texto del discurso se halla en la obra de Ralph H. Lutz, *Fall of the German Empire, Documents, 1914-18*, Stanford, 1932, vol. I. <<

[63] Haussmann, 16-23. <<

[64] Erzberger, 231. <<

[65] NYT, 5 de agosto. <<

[66] *British Blue Book*, núms. 153 y 159. <<

[67] Bethmann, 159. Goschen a Grey, *British Blue Book*, núm. 160. <<

[68] Gerard, 137; Beyens, I, 273. <<

[69] Cit. Blücher, 14. <<

[70] Tirpitz, I, 307. <<

[71] Príncipe heredero, *Mémoires*, 81-2. <<

[72] Haussmann, 25-7; Hanssen, 32. <<

[73] Hanssen, 14. <<

[74] Blücher, 6. <<

[75] Poincaré, II, 293. <<

[76] Wilson, 147,156; Chamberlain, 103-4. <<

[77] Dugdale, II, 81. <<

[78] *Punch*, del día 12 de agosto, 154; MacDonagh, corresponsal de *Punch*, que estaba presente, manifiesta que la declaración de Asquith fue recibida con grandes vítores de alegría. Por otra parte, el corresponsal de *The Times* (el mismo MacDonagh) dice que fue recibida en el más completo silencio. Esto ilustra uno de los peligros que existen al escribir la historia. <<

[79] Lloyd George, 69-71. <<

[80] Conrad, IV, 194. <<

[*] Las fuentes de información relacionadas con los acontecimientos acaecidos a bordo del *Goeben* y del *Breslau*, proceden todas de Souchon, Kopp y *Krieg zur See*, historia oficial de la Marina alemana. De la misma forma, los datos relacionados con los buques británicos proceden de fuentes oficiales y de Corbett, 56-73 (que incluye dos magníficos mapas desgraciadamente demasiado grandes para ser reproducidos), Milne y Churchill, 236-43 y 265-75. El relato de Corbett se publicó primero; el de Milne fue escrito con ánimo de polemizar con Corbett, que según Milne se había portado injustamente con él. Y el de Churchill, aunque no acusa directamente a los comandantes navales, sí lo hace con el Almirantazgo. Esta especie de contrapeso en la culpabilidad se consigue en la obra de Churchill atribuyendo el fallo o el fracaso en detener al *Goeben*, al destino. El relato de Churchill es aconsejable que se lea con precaución, sin que por ello desmerezca en lo más mínimo su mérito. <<

[1] *Krieg zur See*, 2.La idea de Tirpitz era que Souchon debía ser puesto a disposición del gobierno turco, «para mandar la flota turca». Tirpitz a Jagow, Kautsky, núm. 775. <<

[2] Emin, 68-9; Nogales, 26: Morgenthau, 30-4. <<

[3] Steed, 1, 377; Morgenthau, 20-4; Nogales, 26-8. <<

[4] *Aftermath*, 374. <<

[5] Churchill, 524. <<

[6] Las instrucciones del káiser tomaban la forma de notas marginales sobre telegramas de Wangenheim, embajador alemán en Constantinopla; Kautsky, núms. 141 y 149. El káiser se encontraba a bordo de su yate en aquellos momentos, a mediados del mes de julio, y sus notas marginales se telegrafiaban al Ministerio de Asuntos Exteriores, como instrucciones. <<

[7] Emin, 66-8; Djemal, 107-14; correspondencia entre Wangenheim y Jagow; Kautsky, núms. 45, 71, 117, 141, 144, 183, 285. La escritura del tratado firmado por Berthmann-Hollweg corresponde al número 320; el texto final lleva el número 733; y las discusiones más amplias sobre las cláusulas del mismo y su interpretación figuran con los números 398, 411, 508, 517, 726 y 836. <<

[8] Churchill, *Aftermath*, 377-8; Djemal, 96,104,116; Grey, II, 165-6; *Sentimientos de Grey. British Blue Book*, II, núms. 1, 2, 3 y 4. <<

[9] Allen, Whitehead y Chadwick, *The Great War*, Filadelfia, 1916, II, 374. <<

[10] El día 3 de agosto, Wangenheim informó de que Enver era partidario de «declarar la guerra inmediatamente», pero los otros ministros se oponían a ello; Kautsky, núm. 795. <<

[11] Souchon, 33. <<

[12] Souchon da la conversación palabra por palabra, 37. <<

[13] BD, XI, 480. <<

[14] Churchill, 237-8. <<

[15] Ibid., 272. <<

[16] Fisher, *Letters*, II, 451, 22 de abril de 1912. <<

[17] Págs. 418, 447, 451, 458. <<

[18] Churchill, 239; tercera orden a Milne, ibid. <<

[19] Poincaré, II, 279-80. <<

[20] Capitán Voitoux, «L'Evasion du Goeben et Breslau», *Revue Politique et Parlementaire*, marzo y mayo de 1919. El papel francés en el fracaso de detener al *Goeben*, al igual que el de los ingleses, llegó a ser causa de numerosas dificultades para el gobierno, hasta que se ordenó que se abriese una investigación, en el año 1916, por una comisión parlamentaria dirigida por el almirante Amadée Bienaimé. Los informes obtenidos acusaban al almirante Lapeyrère, que se negó a contestar, pero nunca fueron publicados, mas sí analizados en el libro del almirante Bienaimé, que parece ser que trata de hacer del almirante Lapeyrére una víctima propiciatoria para satisfacción de la Marina. Todo el material reunido por la comisión investigadora se depositó en el año 1919 en el Ministerio de Marina. <<

[21] Souchon, 40. <<

[22] Kopp, 23-4. <<

[23] Churchill, 239. <<

[24] Ibid. <<

[25] Ibid., 240. <<

[26] Asquith, II, 21. <<

[27] Kopp, 28-31, 53; Souchon, 42. <<

[28] Churchill, 242. <<

[29] Ibid., 241. <<

[30] *Krieg zur See*, 13; Souchon, 47. Las dudas turcas que causaron la cancelación son narradas por Wangenheim, Kautsky, núms. 852 y 854. <<

[31] Souchon, 47. <<

[32] Souchon, 45. <<

[33] Corbett, 62. <<

[34] Kenworthy, 32. <<

[35] Milne, 104. <<

[36] Churchill, 275. <<

[37] *Krieg zur See*, 20. <<

[38] Ibid. <<

[39] Morgenthau, 70-1. <<

[40] Kannengiesser, 25-6. <<

[41] Churchill, 271. <<

[42] Corbett, 73. <<

[43] Asquith, II, 26. <<

[44] Djemal, 119-20; Morgenthau, 76-8. La «venta» y el furor diplomático que causó la llegada de los buques alemanes está documentada en los informes de varios embajadores en Constantinopla enviados a sus respectivos gobiernos, especialmente el de Giers al Ministerio de Asuntos Exteriores ruso y el de *sir* Louis Mallet al Ministerio británico, que se citan en el *Russian Orange Book* y en el *British Blue Book*, respectivamente. <<

[45] Paléologue, 84-5. <<

[46] Asquith, II, 26, 28 <<

[47] *Gallieni parle*, 78 <<

[48] Ibid., 26. <<

[49] Emin, 75-6; Giers al Ministerio de Asuntos Exteriores, *Russian Orange Book*, II, núm. 98; Roberts a Grey, *British Blue Book*, II, núm. 178; Memorándum de *sir* Louis Mallet, 20 de noviembre, ibid. <<

[50] Artículo sobre Troubridge, DNB. Basándose en que la Cámara de los Comunes poseía el derecho constitucional de revisar la actuación de los tribunales militares, el comandante Bellairs realizó diversos esfuerzos por forzar al Almirantazgo a que diese a conocer el informe del tribunal, sin conseguir el menor éxito. Como el veredicto fue de total absolución, el comandante dijo que no veía razón alguna para que se mantuviese tal informe en secreto, «a no ser que se quisiera impedir que el público se enterara de las malas disposiciones tomadas al comienzo de la guerra», 15 de abril de 1919, *Parliamentary Debates*, 5.ª serie, vol. 114, 2863-71. <<

[51] Artículo sobre Milne, DNB. <<

11. LIEJA Y ALSACIA

[*] Las operaciones del Ejército belga, de este capítulo, se relacionan principalmente con los escritos de Galet, Van der Essen y Cammaerts; las del Ejército alemán proceden de las notas publicadas por Ludendorff en su obra *Lieja*, 28-46, y de la obra del Reichsarchiv, *Weltkrieg*, vol. 1, 108-20, que, un tanto desproporcionadamente, dedica doce páginas al asalto de la infantería y solamente una al trabajo de la artillería. El transporte y operación de la artillería se narra sobre notas procedentes de Schlinder. Las operaciones del ejército de Alsacia figuran en notas de Dubail y AF, I, I, caps. 4 y 5, 90-154. <<

[1] Joffre 136; Engerand, «Bataille», 193. <<

[2] Cit. J. M. Kennedy, *The Campaign Round Liège*, Londres, 1915. <<

[3] Observación hecha por el barón Von Stein al Tugenbund. Cit. Buchan, 129. <<

[4] En su correspondencia con Conrad, en el año 1909, Moltke al principio dijo que esperaba ser capaz de trasladar tropas para ayudar a Austria después de haber derrotado a Francia, «entre el día treinta y seis y el cuarenta de la movilización». Conrad, 1, 369. Más tarde pensó que podía derrotar a Francia en los primeros veintiún días si tomaba la ofensiva, y dentro de los veintiocho primeros días si luchaba detrás de sus fronteras. Ibid., 374. Cinco años más tarde, el día 12 de mayo de 1914, cuando Conrad visitó a Moltke en Karlsbad, Moltke le dijo: «Esperamos acabar con Francia en seis semanas, o por lo menos hallarnos tan lejos en nuestro avance que podamos dirigir hacia el este el principal conjunto de nuestras fuerzas». Ibid., 111, 669. En esta ocasión especificó obtener resultados en el oeste al cabo de «cuarenta días de haber movilizado sus tropas». Karl Friedrich Nowak, «Les Dessous de la défait», París, Payot, 1925, 53. <<

[5] Por añadidura a las notas de Schindler, cuya relación concierne principalmente al transporte y operaciones de la artillería, los detalles técnicos están tomados del Army War College, *Study on development of Large Calibre Mobile Artillery in the European War*, Washington, GPO, 1916, p. 8; *U. S. Field Artillery Journal*, octubre de 1914, pág. 591, y enero de 1915, pág. 35 «Scientific American», 3 de julio de 1915. <<

[6] Cit. Withlock, 126. <<

[7] Ludendorff, 28. <<

[8] Ibid., 29. <<

[9] Galet, 56. <<

[10] Hanotaux, III, 84. <<

[11] Van der Essen, 52. <<

[12] Schryver, cit. AQ, octubre de 1922, 157. <<

[13] Gibson, 31; Cobb, 90. <<

[14] Bülow, III, 160. El general Von Bülow fue muerto el mismo día. De acuerdo con un rumor de aquella época, se suicidó; de acuerdo con una investigación que dirigió el príncipe Bülow, fue muerto por un francotirador. <<

[15] Hanotaux, III, 125. <<

[16] Bloem, 27, 29. <<

[17] Conrad, IV, 193. <<

[18] Cit. «Times history of the war», 1, 336. <<

[19] Ludendorff, 41. <<

[20] Schryver, 103. <<

[21] *Weltkrieg*, I, 115. <<

[22] Van der Essen, 62. <<

[23] Poincaré, III, 7.<<

[24] Spears, 345. <<

[25] AF, I, I, anexo 19, 59-60; Lanrezac, 54-6; Engerard, 412-5. <<

[26] Joffre, 130-1. <<

[27] Briey, 15 de abril de 1919, declaración de Ruffey. <<

[28] Ibid. también Dubail, 12, y Lanrezac, 60-1. <<

[29] NYT, día 20 de septiembre, IV, 3. <<

[30] Mayer, 40; Pierrefeu, GQG, 96-9. <<

[31] *Gallieni parle*, 69. <<

[32] Dubail, 14-20. <<

[33] Hanotaux, III, 179, 185-92. <<

[34] Cit. Mayer, 35; Joffre, 152,156. <<

[35] Poincaré, III, 51. <<

[36] Gallieni, *Mémoires*, 172; Corday, 138; Poincaré, III, 92. Messimy, 243-52, da una cumplida relación de la angustia del gobierno por no ser informado por GQG de los sucesos en el frente y de sus persistentes esfuerzos para forzar a Joffre a salir de su obstinado mutismo. Aunque su exasperación movió a Messimy hasta el extremo de decir a uno de sus oficiales de enlace con el GQG que «esta intolerable y ridícula situación» no podía continuar, y señalar a André Tardieu como su representante en el GQG, Joffre continuó calmosamente con su sistemático desafío al gobierno y tuvo éxito en «seducir» a Tardieu para que aceptara sus opiniones. <<

[37] Gallieni, *Mémoires*, 172; Corday, 138. <<

[38] Gallieni, *Carnets*, 33, n.º 1. <<

[39] Ibid., n.º 2. <<

[40] Maurice, 30; Spears, 100. Los hábitos de la caballería francesa fueron severamente desaprobados por los jinetes británicos. «Nunca se apean», dijo el comandante Bridges, 81. 186 «Las locuras de Ian Hamilton y Hoffman». Cit. De Weerd, 72. <<

[41] Poincaré, III, 19; Engerard, 422. <<

[42] Joffre, 159. <<

[43] Joffre, 141, 147-8, 150. <<

[44] Galet, 96. <<

[45] Ibid., 100. <<

[46] Schindler, 119; Muhlon, 92; Essen, 77-9; Sutherland, 34, 83, estaba en Namur cuando los mismos cañones batieron aquellos fuertes diez días más tarde. <<

[47] Demblon, 110-1. <<

[48] Hanotaux, III, 254. <<

[49] Cammaerts, 151. <<

12. EL CUERPO EXPEDICIONARIO BRITÁNICO

HACIA EL CONTINENTE

[*] Todos los hechos relacionados con el Cuerpo Expedicionario Británico proceden de Edmonds, y todas las notas de *sir* Henry Wilson y de Haig están tomadas de sus respectivos diarios, editados por Callwell y Blake respectivamente. <<

[1] Philip Gibbs, *Now I can be told*. <<

[2] Childs, 134. <<

[3] Cita de F. Maurice en *Life of General Rawlison*, 95. <<

[4] Cit. Magnus, 284. Para estudiar los puntos de vista de Kitchener, ver también *Tragedy*, de Esher, 31,38-9. <<

[5] Cit. Hurd, *British Fleet*. <<

[6] Cit. Magnus, 279. <<

[7] Arthur, 13. <<

[8] Grey, II, 69. <<

[9] Wilson, 112. <<

[10] Artículo del DNB. <<

[11] Cit. Trevelyan, 198. <<

[12] Al duque de Connaught, 23 de mayo de 1915. <<

[13] Cit. Crutwell, 23. <<

[14] Esher, *Tragedy*, 43. <<

[15] Churchill, 248-55; Haldane, 296; Wilson, 158-9; Blake, 68-69; Esher, *Tragedy*, 24. <<

[16] Cit. Magnus, 302. <<

[17] *Memoirs of Field Marshall Montgomery of Alamein*, Nueva York, 1958. <<

[18] Edmonds, 11. <<

[19] Childs, 115. <<

[20] Cit. Poincaré, III, 31. <<

[21] Childs, 117. <<

[22] Caliwell, *Dug-Out*, 17. <<

[23] Huguet, 41-42: Wison, 162-3; Arthur, Kitchener, 22.<<

[24] Edmonds, apéndice 8. <<

[25] Texto en Spears, apéndice XIII. <<

[26] Corbett-Smith, 32. <<

[27] Bridges, 75. <<

[*] La narración de Spears de los capítulos IV y VIII es la más vívida y valiosa, en inglés, en todo lo que se refiere al frente del Sambre y el Mosa, si bien sus tendencias profundamente anti Lanrezac y otros prejuicios se equilibran leyendo a Engerard y otros relatos franceses. Todas las órdenes francesas que se citan se hallan en los anexos de AF, I. <<

[1] Cit. Monteil, 34; Dubail, 44; Messimy, 86-7. <<

[2] Rupprecht, 12, 15. <<

[3] NYT, necrología de Rupprecht, 9 de agosto de 1955. <<

[4] Dubail, 39. <<

[5] Lanrezac, 67-77. <<

[6] Percin, 105. <<

[7] Lanrezac, 73 <<

[8] Pierrefeu, *Plutarque*, 69. <<

[9] Lanrezac, 78. <<

[10] Ibid. <<

[11] Ibid., 79; anexo núm. 283; Joffre, 159. <<

[12] Joffre, 158, Messimy, «Comment j'a nommé Gallieni», *Revue de París*, 15 de septiembre de 1921, 247-61. 232 «Joffre, unas disposiciones preliminares». <<

[13] Anexo núm. 270. <<

[14] Anexo núm. 307. <<

[15] Joffre, 164; Engerand, 523-4 <<

[16] Spears, 89. <<

[17] *Cannae*, de Schlieffen, cit. Earle, *Mode Strategy*, 194. <<

[18] Bauer, 47; Kuhl, cit. AQ, enero de 1921, M6. <<

[19] Sturfgkh, 23. <<

[20] Bauer, 34. <<

[21] Ibid., 46. <<

[22] Tappen, 103-4. <<

[23] Rupprecht, 13-21; tanto éstos como los siguientes relatos sobre los acontecimientos habidos en el cuartel general del Sexto Ejército, visitas de Zollner y Domines, conversaciones con ellos y OHL, proceden de Krafft, 12-32. <<

[24] Guard, 23; Poincaré, III, 51. <<

[25] French, 39. <<

[26] Poincaré, III, 225. <<

[27] Cit. Poincaré, III, 169. <<

[28] Joffre, 161; French, 34-5. <<

[29] Cit. Magnus, 302. <<

[30] A Kitchener, 17 de agosto, French, 39-40. <<

[31] Huguet, 51. <<

[32] Además, hay cuatro testigos visuales de esta reunión: ver Callwell, 164; Spears, 72-82; Huguet, 51, y el discurso del capitán Fagalde, citado en AQ, abril de 1925, 35. <<

[33] Spears, 80-1; anexo núm. 430. <<

[34] French, 40. <<

[35] Bridges, 80. <<

[36] J. W. Fortescue, *Quarterly Review*, octubre de 1919, 363. <<

[37] Galet, 103,116-9. <<

[38] Galet, 106. <<

[39] Galet, 122. <<

[40] Klobukowski, *Resistence Belge*; D'Ydyewalle, 109; Galet, 122. <<

[41] Anexo núm. 430. <<

[42] Spears, 92. <<

[43] Briey, 28 de marzo, declaración de Messimy. <<

[44] Spears, 87-8, 94. <<

[45] Kluck, 18. <<

[46] Edmonds, 44. <<

[47] Kluck, 22; Bülow, 37. <<

[48] Kluck, 29-30. <<

[49] Ibid., 25-6. <<

[50] Whitlock, 209; Dinante: Gibson, 326-9. «Método de proceder». Gibson, 151; Whitlock, Cobb. <<

[51] Hausen, 25, 135, 141, 152-3. <<

[52] Whitlock, 70-1, 162. <<

[53] Kluck, 26. <<

[54] Cobb, 79. <<

[55] Gibson, 115; Whitlock, 113, 124-6, 138. <<

[56] Blücher, 20.<<

[57] *La France heroique et ses alliés*, París, Larousse, 916, 1, 44. *Discurso de Joffre en Thann*. Hinzelen, Emile, *Notre Joffre*, París, Delagrave, 1919, 39. <<

[58] Anexo núm. 587. <<

[59] Anexo núm. 589. <<

[1] Wilson, 165. <<

[2] Cit. teniente coronel Fliecx, *Les Quatre Batailles de France*, París, 1958,12-3. <<

[3] Engerand, 473. <<

[4] Giraud, 535. <<

[5] Aston, *Foch*, 115. <<

[6] Tappen, 15 (edición alemana). <<

[7] Rupprecht, 37; Krafft, 47. <<

[8] Anexos núms. 592, 593. «Batalla de las Ardenas». AF, 1, 1, 351-432. <<

[9] Anexo núm. 352. <<

[10] Joffre, 66. <<

[11] Messimy dice que fueron escritas por «un grupo de devotos y fieles oficiales». <<

[12] Wile, *Men around the Káiser*, 69. <<

[13] Grelling, 43. <<

[14] Príncipe heredero, *War Experiencies*, 3. <<

[15] Príncipe heredero, *War Experiencies*, 12. <<

[16] Engerand, 483, 488-9. <<

[17] Cit. Monteil, 34. <<

[18] Engerand, 491. <<

[19] Langle, 137. <<

[20] Briey, 15 de abril, declaración de Ruffey. <<

[21] Comandante A. Grasset, «Un combat de rencontre», Neufchâteau, 22 agosto 1914, cit. AQ, enero de 1924,390. <<

[22] Cit. Engerand, 499, 504. <<

[23] Cit. W. E. Grey, *With the French Eastern Army*, Londres, 1915, 49. <<

[24] Charbonneau, 54. <<

[25] Príncipe heredero, *War Experiencies*, 26, 29-37. <<

[26] Joffre, 166; Briey, 15 de abril, declaración de Ruffey. <<

[27] Briel, ibid. <<

[28] Langle, 137. «Grave derrota de Tintigny». Anexo núm. 1098. <<

[29] Anexo núm. 1044. <<

[30] Memorándum dirigido al Mando Supremo alemán por el doctor Reichert, de la Asociación del Hierro y del Acero, en diciembre de 1917, que apoya la anexión de Briey argumentando que «sin los minerales de esta región la continuación de la guerra sería imposible. Si no poseyéramos Briey, nos habrían derrotado hace tiempo». *Wirtschaftzeittung der Zentralmaechte*, 17 de diciembre de 1917, cit. Engerand, 486. El tema se discute ampliamente en el informe de Engerand sobre Briey, primera parte. <<

[31] Cit. Isaac, «Joffre a Lanrezac», 87. <<

[32] Cit. abril 1923, 37. AQ. <<

[33] Anexo núm. 695. «Batalla de Charleroi». AF, 1, 1, 433-80. <<

[34] Anexo núm. 705. <<

[35] Spears, 105; Engerand, 530-1. <<

[36] Spears, 132. <<

[37] Spears, 132. <<

[38] Arthur, 30. <<

[39] Spears, 137. <<

[40] Bridges, 77. <<

[41] Edmonds, prefacio para Bloem. <<

[42] Kluck, 33. <<

[43] Kluck, 37-8, 41-2. <<

[44] Bülow, 50. <<

[45] Bülow, 58; Hausen, 165-6, 191-3. <<

[46] Spears, 144. <<

[47] Anexo núm. 894. <<

[48] Lanrezac, 135. <<

[49] Anexo núm. 876. <<

[50] Spears, 149-50; Edmonds, 92 n.º 2. <<

[51] Engerand, 537. <<

[52] Todas las citas de las dos páginas anteriores proceden de Lanrezac, 181-55. <<

[53] Lanrezac, 185; Pierrefeu, «Plutarque», 74. <<

[54] Edmonds, 68,72. Para la Batalla de Mons, consultar también a Maurice, 58-76. <<

[55] Edmonds, 72, n.º 1. <<

[56] Smith-Dorrien, 386. <<

[57] Edmonds, 77. <<

[58] Hamilton, 28; Edmonds, 86. <<

[59] Bloem, 72-3. <<

[60] Wilson, 165. <<

[61] French, 64; Wilson, 167. <<

[62] Smith-Dorrien, 388. <<

[63] Wilson, 167. <<

[64] Arthur, 36. <<

[65] Cit. Mark Sullivan, *Our Times*, V, 26. <<

[66] Joffre, 178. <<

[67] Joffre, 187. <<

[68] Briey, 4 de julio, declaraciones de Joffre. <<

[69] Editor del «Army Quarterly», abril de 1925, 35. <<

[70] NYT de Londres, del 26 de agosto, 1: 3. <<

[71] Poincaré, III, 88. <<

[*] Las principales fuentes de información para este capítulo pertenecen a: Golovin (todas las referencias son de su libro *Campaign of 1914*); Gourko, que se hallaba en el ejército de Rennenkampf; Knox, que estaba en el ejército de Samsonov; Hoffmann y François, que se encontraban con el Octavo Ejército; Danilov y Bauer, que estuvieron en Rusia y en el cuartel general alemán, respectivamente; y por último Ironside, que reunió material de ambas partes. (Los dos libros de Hoffmann se acotan aquí bajo las siglas WLO y TaT). <<

[1] Paléologue, 65. <<

[2] Golovin, 89. <<

[3] Paléologue, 61. <<

[4] Joffre, 140. <<

[5] El que informó sobre esto fue el general Polivanov, ministro de la Guerra en 1915-16, cit. Florinsky, *Russia*, Nueva York, 1958, II, 1320. <<

[6] Poincaré, III, 3, y Wilson, 163. <<

[7] Ironside, 39, 50. <<

[8] Gardiner, 132. <<

[9] Ibid., 133. <<

[10] Cit. Florinsky, *End of the Empire*, 38. <<

[11] Bloem, 13. <<

[12] Golovin, 38-39. <<

[13] Danilov, 203; Hoffmann, TaT, 265. <<

[14] Gourko, 33. <<

[15] Hoffmann, WLO, 17. <<

[16] Teniente general Kabisch, *Streitfragen des Weltkrieges*, cit. AQ, julio, 1925, 414. <<

[17] Cit. Stephen King-Hall, *Western Civilization and the Far East*, Londres, 1924, 160. <<

[18] François, 156; Hoffmann, WLO, 17. <<

[19] François, 170-6. <<

[20] Danilov, 192-3; Golovin, 155. <<

[21] François, «Tannenberg, Das Cannae des Weltkrieges», cit. AQ, enero 1927,411-3. <<

[22] François, 190. <<

[23] Knox, 88. <<

[24] Clausewitz, 1, 224. <<

[25] Hoffmann, WLO, 20-22. <<

[26] Hoffmann, TaT, 248. <<

[27] De los documentos personales de Prittwit hallados después de su muerte y publicados en «Militar Wochenblatt», día 22 de abril y 7 de mayo de 1921, cit. AQ, octubre de 1921, 88-92. <<

[28] Bauer, 45. <<

[29] Hoffmann, WLO, 23. <<

[30] Hoffmann, TaT, 250. <<

[31] Teniente general Kabisch, cit. AQ, julio de 1925, 416. <<

[32] Ludendorff, 55. <<

[33] Hindenburg, 100-3. <<

[34] Ludendorff, 55; Hindenburg, 103. <<

[35] Capitán Henri Carré, «The Real Master of Germany», cit. NYT, 19 de mayo de 1918. <<

[36] Hoffmann, TaT, 253. <<

[37] Paléologue, 102. <<

[38] Knox, 60. <<

[39] Ironside, 126-9. <<

[40] Knox, 62. <<

[41] Martos, cit. Golovin, 171. <<

[42] Ironside, 134-5. <<

[43] Golovin, 171. <<

[44] Hoffmann, TaT, 261. <<

[45] Ibid., 265; Ludendorff, 59. <<

16. TANNENBERG

[1] Hoffmann, 273-5; todas las referencias a Hoffmann de este capítulo proceden de su obra *Truth about Tannenberg*. <<

[2] François, 228. <<

[3] Ludendorff, 59; Hoffmann, 265-8. «Me preguntaba una y otra vez…», cit. Nowak, introducción a *Diaries* de Hoffmann, I, 18. Relato de Hoffmann acerca de la disputa Rennenkampf-Samsonov, 314. <<

[4] Ludendorff, 58; Hindenburg, 115, 118; Hoffmann, 282. <<

[5] Hoffmann, 315-6. <<

[6] Tappen, 16-19, 110-1 <<

[7] Ludwig, 456. <<

[8] Muhlon, 113. <<

[9] François, 51. <<

[10] Bülow, 64-5; Hansen, 179. <<

[11] Ironside, 133. <<

[12] Ibid., 130. <<

[13] Ibid., 134. <<

[14] Golovin, 205; «Poddavki». Ibid., 217. <<

[15] Ironside, 155-7. <<

[16] Agourtine, 34. <<

[17] Paléologue, 104. <<

[18] Danilov, 44-6. <<

[19] Ironside, 198. <<

[20] Ibid., 200. <<

[21] Ibid., 157. <<

[22] Knox, 68-9; Ironside, 176. <<

[23] Ibid., 164. <<

[24] «Batalla de Usdau», Ludendorff, 62-3; Hoffmann, 285-9. <<

[25] Ludendorff, 62. <<

[26] Ironside, 207. <<

[27] Hoffmann, 305. <<

[28] Ludendorff, 64. <<

[29] Hoffmann, 310. <<

[30] Golovin, 254. <<

[31] Knox, 73-4. <<

[32] Martos Ms., cit. Golovin, 263. <<

[33] Kliouev, 245; Knox, 80. <<

[34] Martos Ms., cit. Golovin, 294, 327. <<

[35] Potovsky Ms., cit. Golovin, 301. <<

[36] François, 243-5. <<

[37] François, 240. <<

[38] Blücher, 37. <<

[39] Ludendorff, 68; François también les llama «una leyenda». <<

[40] Hoffmann, «Diaries», 1, 41. <<

[41] Hoffmann, 312; Ludendorff, 68. <<

[42] Hoffmann, «Diaries», 1, 41. Tappen también reconoce que el detallado conocimiento de los movimientos rusos obtenido mediante la interferencia de los telegramas cifrados, facilitó enormemente las decisiones del mando alemán en la Prusia oriental. <<

[43] Cit. De Weerd, 80. Hoffmann permaneció en el frente oriental durante toda la guerra, sucediendo a Ludendorff como jefe del Estado Mayor en dicho sector y conduciendo las negociaciones, por parte alemana, en Brest-Litovsk. Aparece como el general Wilhelm Clauss, personaje central de la novela de Arnold Zweig, *The Crowning of a King*, Nueva York, 1938. <<

[44] Gurko, 83; Golovin, 386. <<

[45] Golovin, «Army», 24. <<

[46] Richard Charques, *The Twilight of Imperial Russia*, Nueva York, 1959, 216. <<

[47] Knox, 90; Paléologue, 106. <<

17. LAS LLAMAS DE LOVAINA

[1] Las acotaciones de estas páginas, excepto tres, están tomadas de los libros por las mismas personas que aquí se citan: Verhaeren, *Dedicae*; Cobb, 176-7; Bethmann-Hollweg, 95; Shaw, 37; Bridges, 73; Bergson (Chevalier), 24; McKenna, 158; Clausewitz, 1, 5. La frase de Thomas Mann está tomada de sus *Reflections of a Non-political Man*, 1917, cit. Hans Kohn, *The Mind of Germany*, Nueva York, 1960,253-5. H. G. Wells está tomado del NYT, 5 de agosto, 3:1. La frase «Voy a luchar contra esos sanguinarios belgas» es de Peel, 21. <<

[2] Gibson, 324. <<

[3] Whitlock, *Dinant*, cap. XXX a XXXIII. <<

[4] Sutherland, 45. <<

[5] Ídem. 34. <<

[6] Ídem. 104. <<

[7] NYT de Maastricht, 25 de agosto, 2:2; Whitlock, 198. <<

[8] *Hausen en Dinant*. 167-70; Gibson, 329; Para la descripción de Dinant después de la destrucción, Cobb, 409-10. <<

[9] Las acotaciones de estas páginas proceden de las obras que se citan, como sigue: Wetterlé, 231; Kluck, 29; Ludendorff, 37; Príncipe heredero, *War Experiences*, 41-2, 50; Bloem, 28, 20; Blücher, 16, 26. <<

[10] Cit. Arnold Zweig, «Crowing of a King», Nueva York, 1938, 306. <<

[11] Cobb, 209. <<

[12] Whitlock, 152. <<

[13] Luttwitz, ibid. <<

[14] Cit. Mark Sullivan, *Our Times*, V, 29; Arno Dosch en *World's Work*, octubre y noviembre de 1914. <<

[15] Gibson, 154-72. <<

[16] Whitlock, 160. <<

[17] NYT, del 30 de agosto. <<

[18] Ibid., 31 de agosto. 313. <<

[19] Poincaré, III, 166. <<

[20] 52. <<

[21] 23. <<

[22] NYT, 11 de septiembre. <<

[23] Texto en «Literary Digest», 24 de octubre de 1914. <<

[24] Bülow III, 235. <<

[25] Von Tirpitz, Politische Dokumente, Hamburg. 19-26 <<

[26] Frank H. Simonds en «1914, el Fin de una Era». *New Republic*, 2 de enero de 1915. <<

[*] Fuentes de información empleadas solamente en este capítulo:

BAKER, RAY STANNARD, *Woodrow Wilson*. «Vida y Cartas», vol. V, Nueva York. Doubleday, Doran, 1935.

COSETT, VICEALMIRANTE MONTAGUE, *The Triumph of the unarmed Forces 1914-13*, Londres, Williams y Norgate, 1923.

GUICHARD, TENIENTE CORONEL LOUIS, *The Naval Blockade*, 1914-18, Nueva York, Appleton, 1930.

EDWARD, M. HOUSE, *The intimate papers*, editor Charles Seymour, volumen I, Boston, Mifflin Houghton, 1926.

PAGE, WALTER HEINES, *Vida y Cartas*, vol. I, edit. Burton J, Hendriek, Londres, He-Hinemann, 1923.

PARMELEE, MAURICE, *Blackade and Sea Power*, Nueva York, Crowell, 1924.

PULESTON, CAPITÁN WILLIAM (USN), *High Comand in the World War*, Nueva York, Scribned's, 1934.

SALTER, J. A., *Allied Blockade Control*, Oxford University Press, 1921.

SINEY, MARION C., *The Allied Blockade of Germany, 1914-16*, Universidad de Michigan, 1957.

SPRING-RICE, SIR CECIL, *Letters and Friendships*, edit. Stephen Gwynn, Boston, Mifflin Houghton, 1929. <<

[1] Churchill, 103. <<

[2] Fisher. *Cartas*, II, 504; «Informe del Comité de Invasión del CID en 1912», Churchill, 158. <<

[3] Cit. Constance, 104; Fayle, 6, 15. <<

[4] Fisher, *Mémoires*, 197. <<

[5] Kurenberg, 129. <<

[6] Churchill, 276. <<

[7] DNB, Jellicoe. <<

[8] Fisher, *Cartas*, II, 416; III, 33. <<

[9] Jellicoe 92. Sus capítulos IV y X, «Declaration of War» y «Submarine and Mine Menace in the North Sea», describen perfectamente esta preocupación en cada una de sus páginas. <<

[10] Corbett, 79. <<

[11] Churchill, 261. <<

[12] Ibid., 276. <<

[13] Ibid., 276. <<

[14] Tirpitz II. 87. <<

[15] Peter Green. *Keneth Grahame*, Nueva York, 1959, 291. <<

[16] Kurenberg, 126. <<

[17] Ludwig, 423. <<

[18] Hurd, *German Fleet*, 183-4. <<

[19] Bülow, 1, 198. <<

[20] Wetterlé, 218; Ludwig, 465. <<

[21] Tirpitz, II, 91; Ludwig, 466. <<

[22] Ludwig, 465. <<

[23] Tirpitz, II, 118-20, 219-20, 223. <<

[24] Corbett, 54. <<

[25] Halévy, 223; Puleston. 130; Siney, 11, Salter, 98-9. <<

[26] Secretario Bryan al embajador Page, 1914, 215-6, 218-20. <<

[27] Siney, 12. <<

[28] Ibid., FF; Parmelee, 37; Guichard, 17. <<

[29] U. S. For. Rel., 1914, 234. <<

[30] Asquith, II, 33. <<

[31] Cit. L. Farago, ed. *Axis Grand Strategy*, Nueva York, 1942, 499. <<

[32] Grey, II, 103. <<

[33] Baker, 2-3. <<

[34] Ibid., 18, 24-5, 73. <<

[35] Durante los dos primeros años de la guerra el comercio de contrabando con Alemania fue dirigido a través de los países escandinavos y Holanda. De agosto a diciembre de 1914 el comercio con estos países aumentó en un 300 por 100 y durante los dos primeros años en un 400 por 100. Los mercantes ingleses comerciaban con el enemigo a través del mismo conducto, hasta que en el año 1916 la situación se hizo demasiado grave y fueron taponados todos los agujeros que todavía existían en el cinturón de bloqueo. <<

[36] Arthur S. Link, *American Epoch*, Nueva York, 1955, 177. Nota al pie de la página sobre comercio oculto, Consett y Enciclop. Brit., edición 14, artículo «Blockade». <<

[37] Page, 631. <<

[38] Baker, 55-6. <<

[39] Ibid., 62. <<

[40] Ibid., p. 330. <<

[41] Spring-Rice, p. 223. <<

[42] Baker, 74. <<

[43] Tirpitz, 11, 91. <<

[44] Churchill, 331-5. <<

[45] Tirpitz, II, 93. <<

[46] Tirpitz, II, 95-7. <<

[1] AF, I, II; Joffre, 189-90. <<

[2] Libermann, 37-50. <<

[3] Hanotaux, V, 221-2; VII, 212, 268; VIII, 76-8. <<

[4] Tanant. <<

[5] Hanotaux, VIII, 76. <<

[6] Poincaré, III, 92; Messimy, 364. Los acontecimientos y discusiones habidos en París durante el 25 y el 27 de agosto, proceden de las fuentes de información siguientes: Poincaré, III, 89-99, 118; *Mémoires* de Gallieni, 20-1; Hirschauer, 59-63; y de los *Souvenirs* de Messimy, tercera parte, cap. IV, «Nomination de Gallieni comme Gouverneur Militaire de Paris», 206-28; cap. V, «Le Gouvernement et le GQG», 229-63, y la última parte del capítulo VII, «Le Ministére de la Guerre en Août 1914», «la journée du 25 Août» y «la journée du 26 Aoüt», págs. 364-75. <<

[7] Monteil, p. 37. <<

[8] Cit. Renouvin, 83. <<

[9] French, 84; Arthur, 38. <<

[10] Maurice, 101-2; Hamilton, 52-3; Edmonds, 134. <<

[11] Edmonds, 135. <<

[12] Childs, 124; MacReady, 206; Wilson, 169. <<

[13] Blake, 37. <<

[14] Smith-Dorrien, 400-1. <<

[15] Ibid., 405; Wilson, 168-9. <<

[16] Cit. Edmonds, 169-70. <<

[17] Ibid., 211. <<

[18] Smith-Dorrien, 409. <<

[19] Relato de Edmods que ocupa tres capítulos y sesenta páginas, 152-211, demasiado detallado para dar una clara impresión; Smith-Dorrien, 400-10; Hamilton, 59-79; Maurice, 113-4. Edmonds, 238. <<

[20] J. W. Fortescue, Quarterly Review, octubre de 1919, 356. <<

[21] Edmonds, 291, n.º 2. <<

[22] Joffre, 197. <<

[23] Smith-Dorrien, 411. <<

[24] El comunicado dice: «La salvación del ala izquierda del ejército a mis órdenes, la mañana del 26 de agosto, nunca hubiese podido ser posible, a no ser que un co-

mandante de rara y poco frecuente frialdad, intrépido y decidido, hubiese estado presente para dirigir personalmente las operaciones». Después de haberse visto obligado a firmar este documento, *sir* John dejó paso a su antipatía y no paró hasta lograr destituir a Smith-Dorrien en 1915 y prosiguió su maliciosa *vendetta* contra él públicamente en el libro que editó después de la guerra. <<

[25] Ibid., 412. <<

[26] Joffre, 195-7; Lanrezac, 209; Huguet, 67; Spears, 233-7. <<

[27] Cit. Edmonds, 204. <<

[28] Bülow, 68-9, 78; Kluck, 51, 63. <<

[29] 182,197-9, 204-5, 215. <<

[30] Briey, declaración de Messimy, 28 de marzo. <<

[31] Kluck, 75. <<

[32] Cit. Maurice, 126-7. <<

[33] Kluck, 76. <<

[34] Príncipe heredero, *War Experiences*, 59. «Orden general del OHL del día 28 de agosto». Cit. Edmonds, 235. 353 «Deliberación del OHL, en el caso de éxito al final de la guerra». Tappen, 105. <<

[35] Giraud, 538; AF, I, II, 305 ff. <<

[36] Hanotaux, VI, 274. <<

[37] Joffre, 203. <<

[38] De Langle, 20-1, 139; AF, 1, 11, 184-201. <<

[39] Foch, 41-7. <<

[40] Percin, 131. <<

[41] Mayer, 194. <<

[42] Joffre, 209, 212; Spears, 270. <<

[43] Joffre, 203-4. <<

[44] Spears, 256. <<

[45] Lanrezac, 218-9; Spears, 256-7. <<

[46] Mayer, 176. <<

[47] Lanrezac, 282. <<

[48] Lanrezac, 225-6; Joffre, 207. <<

[49] Cit. Pierrefeu, GQG, 132. <<

[50] Texto, Edmonds, apéndice número 17. <<

[51] Spears, 254. <<

[52] Charteris, 21. <<

[53] Smith-Dorrien, 416-7. <<

[54] Bridges, 87-8. <<

[55] Arthur, 37, 39, 43. <<

[56] Corbett, 99-100; Crurchill, 334-5. Asquith en su diario, el día 26 de agosto, registra una discusión con Kitchener, Churchill y Grey acerca de una idea de Hankey (*sir* Maurice Hankey, secretario del CID) para enviar tres mil *marines* a Ostende «para complacer a los belgas y preocupar a los alemanes, que evidentemente los supondrían una avanzadilla de otra fuerza mayor». Winston estaba entusiasmado con tal idea. Se concibió como respuesta a las sorprendentes noticias llegadas de Mons y del desastre aliado, que recibió Churchill a las siete de la mañana del día 24 de agosto, cuando Kitchener apareció en su dormitorio «con aspecto descompuesto, como si su rostro hubiera sido golpeado», diciendo con voz ronca: «Malas noticias», al mismo tiempo que alargaba a Churchill el telegrama de *sir* John French, en el que se le informaba de la catástrofe y terminaba haciendo la proposición de defender El Havre. Se esperaba que con la operación de Ostende se pudieran rechazar hacia la costa algunas de las fuerzas de Kluck, movimiento que se consiguió sólo parcialmente; pero el nerviosismo alemán ante esta amenaza, combinado con los rumores que corrían de desembarcos en tierras rusas, contribuyó a la decisión germana de retirarse hasta el Marne. <<

[57] MacReady, 206. <<

20. EL FRENTE ES PARÍS

[1] Guard, 17. <<

[2] *Carnets*, 46. <<

[3] AF, 1, II, 585. <<

[4] Hirschauer, 98-9. <<

[5] Gallieni, *Mémoires*, 33-6, y *Gallieni parle*, 52. <<

[6] Paléologue, *Intímate Journal of the Dreyfus Case*, 309. <<

[7] Cit. Poincaré, III, 108. <<

[8] Lanrezac, 229-31; cit. Lyon, Laurence, *The Pomp of Power*, Nueva York, 1922, 37, n.º 22. <<

[9] Joffre, 212; Lanrezac, 239; *Batalla de St. Quentin-Guis*. AG, 1, II, 67-81. <<

[10] Joffre, 213. <<

[11] Edmonds, 241. Cit. Maurice, 129; cit. Hamilton, 82-3; cit. MacReady, 105. *Another ten days*. Edmonds, 245; Joffre, 217. <<

[12] Huguet, 75; Wilson, 172. <<

[13] Sargento André Vienot, cit. Hanotaux, VIII, 111-2; Spears, 276; Ibid., 279; Lanrezac, 241; Spears, 281-2. <<

[14] Joffre, 217. <<

[15] Engerand, Briey, *Rapport*, cit. Clausewitz, III, 89; Foch, 42; Demazes, 65. <<

[16] Joffre, 217; Muller, 27. <<

[17] Cit. Edmonds, 251, n.º 4; Kuhl., cit. AQ, abril de 1927, 157. <<

[18] De acuerdo con una conferencia dada en la Sorbona en 1927 por el comandante Demazes, miembro del Estado Mayor de Joffre y biógrafo suyo. Cit. Messimy, 264. <<

[19] Poincaré, III, 111-2. <<

[20] Poincaré, III, 115-22; Joffre, 122; Gallieni, *Mémoires*, 37-9; *Carnets*, 48-9. <<

[21] Entrevista con Briand, *Revue de París*, 1 de octubre de 1930, cit. *Carnets*, 128, n. 1. <<

[22] Ibid. La frase empleada por Briand fue: «De lui fendre l'oireille». <<

[23] Gallieni, *Carnets*, 49. <<

[24] Poincaré, III, 120; Gallieni, *Mémoires*, 40, *Carnets*, 50; Gibbons, 159. AF, I, II, anexo núm. 1634. <<

[25] Joffre, 222. <<

[26] Hanotaux, VII, 250. <<

[27] Joffre, 216,221. Cit. coronel Tanant, 22; «Conversación de Ruffey con Joffre». Engerand, *Bataille*, XV. <<

[28] *The History of the Times*, Nueva York, Macmillan, 1952, IV, primera parte, 222-7. «Patriotic reticence». En el Parlamento, 31 de agosto, cit. *Times* del día 1 de septiembre, pág. 10. «Liberation of the world». Corbett-Smith, 237. <<

[29] D. C. Somerwell, *Reign of George V*, Londres, 1935,106,117-8, y R. H. Gretton, *A Modern History of the English People, 1880-1902*, Nueva York, 930, 924-5. Hay otras referencias en MacDonagh, 24; Gardiner, 99; Carton de Wiart, 226, así como relatos proporcionados por norteamericanos de regreso a su país: NYT, día 4 de septiembre (primera página), 5 y 6. «Carta de Sir Stuart Coats». NYT, día 20 de septiembre, II, 6:3. <<

[30] Edmonds, apéndice núm. 20. <<

[31] Arthur, 46-7. <<

[32] Ibid., 50; Edmonds, 249. <<

[33] Asquith, II, 30. <<

[34] Magnus, 292; cit. Birkenhead, 29. <<

[35] Joffre, 223; Poincaré, III, 121-2; Edmonds, 249; French, 97. <<

[36] Arthur, 52-4. «A travesty of the facts». Asquith, cit. en «Living Age», 12 de julio de 1919, 67. <<

[37] Blake, 34. <<

[38] Arthur, 54; Asquith, II, 30. <<

[39] Huguet, 84. <<

[40] French, 101. «Kitchener lo usaba corrientemente». «Tragedy», de Esher, 66; Magnus, 281-2. <<

[41] *Sir* Frederick Ponsonby, «Recollections of three Reigns», Nueva York, 1952, 443-4. <<

[42] Huguet, 84; French, 101-2. <<

[43] Edmonds, 264. <<

[1] Hanotaux, VIII, 158. <<

[2] Kluck, 77,82-4. <<

[3] Bauer, 52. <<

[4] Cit. Hanotaux, VII, 197. <<

[5] Moltke, *Erinrerungen*, 382. <<

[6] Tappen, 115. <<

[7] Tappen, 106. <<

[8] Bauer, 53, ff.; Rupprecht, 77-9 <<

[9] Kluck, 91; Edmonds, 244. <<

[10] Kluck, 83; Broem, 112. Kluck, 83-4; Hausen, 195. <<

[11] Príncipe heredero, *War Experiences*, 64. <<

[12] Kluck, 90. <<

[13] Cit. Maurice, 150-1. El general Maurice añade que después de la Batalla del Marne, cuando los alemanes se retiraban hacia el Aisne, «grupos enteros de oficiales eran capturados porque estaban demasiado intoxicados para poder moverse». <<

[14] Poincaré, III, 204. <<

[15] Ibid., Gallieni, *Mémoires*, 120. Los nombres que figuran en este libro fueron tomados por el autor en el mismo lugar donde están enterrados. <<

[16] Hausen, 208-10. <<

[17] Kluck, 94. <<

[18] Kluck, 100. <<

[19] AF, 1, II, anexo núm. 1772. <<

[20] Ibid., anexo núm. 1783; Joffre, 225. <<

[21] Gallieni, *Mémoires*, 52. <<

[22] Joffre, 218-9. <<

[23] Ibid., 230-3. <<

[24] AF, 1, II, anexo núm. 1792. <<

[25] Messimy, 379. <<

[26] Poincaré, III, 126; Joffre, 232. <<

[27] Gallieni, «Carnets», 53. <<

[28] A causa de que esos acontecimientos ocurrían en una época de gran tensión y asimismo porque las discusiones sobre el Marne oscurecieron un tanto la cuestión

de quién estaba bajo las órdenes de quién, esta parte de la historia no está enteramente clara. Las fuentes de información son: Joffre, 226, 234-5, 239-42; Gallieni, *Mémoires*, 43, y *Carnets*, 53; la petición de Joffre de colocar París bajo su mando figura en el anexo núm. 1806; la orden de Millerand asintiendo a la petición de Joffre figura en el anexo núm. 1958. <<

[29] AF, 1, II, 772-4. Las divisiones de reserva que ahora debían defender París se retiraron de Lorena el día 5 de agosto, eran la 55.ª y la 56.ª; luchando como oficial de una de estas divisiones (la 55.ª), Charles Péguy murió el día 7 de septiembre. <<

[30] *Mémoires*, 42, 48-9. <<

[31] Poincaré, III, 125-7. <<

[32] *Mémoires*, 51-2; *Parle*, 38; *Mémoires*, 57. <<

[33] Spears, 331-2. AF, I, II, anexo núm. 1848. <<

[34] Poincaré, III, 131. <<

[35] Ibid., 134. <<

[36] Ibid., 131; Mott, 155-7,160-3; *Carnets*, 61. <<

[37] *Mémoires*, 59-64; «Parle», 49. <<

[38] Hanotaux, IX, 3; *Carnets*, 55. <<

[39] Marcellin, 41. <<

[40] Hirschauer, 142. <<

[41] Lanrezac, 254-6. <<

[42] Cit. Edmonds, 283; Huguet, 70. <<

[43] AF, I, II, 829, y anexos núms. 1967 y 1993. <<

[44] *Mémoires*, 79; *Parle*, 50. <<

[45] *Mémoires*, 60-1. <<

[46] Pierrefeu, *Plutarque*, 102-3. <<

[47] Hirschauer, 180. <<

[1] *Mémoires*, 95-6; Clergerie, 6-7. <<

[2] Clergerie, 127. <<

[3] *Mémoires*, 75-6. <<

[4] Cit. Hanotaux, VIII, 222; Briey, 28 de marzo, declaración de Messimy; cit. Maurice, 152. <<

[5] Bülow, 103. <<

[6] Cit. Hanotaux, VIII, 223. <<

[7] Ibid., 279. <<

[8] Kuhl, 29; Kluck, 102.<<

[9] Anexo núm. 2152. <<

[10] Muller, 80. <<

[11] Joffre, 236-7. <<

[12] Grouard, 114. Como Hausen da cuenta en *Revue Militaire Suisse*, noviembre de 1919. Cit. Engerand, *Bataille*, XXI. <<

[13] Allard, 15. <<

[14] Grasset, 44; Joffre, 237, p. 405; Lanrezac, 276-7; Joffre, 237-8; Muller, 104-5; Spears, 377-8. En su vívido relato, Spears dice que la conversación entre los dos generales se celebró al aire libre, «paseando arriba y abajo del patio mientras yo los contemplaba con gran interés». Aunque éstas son las declaraciones de un testigo de vista, no se ajustan, sin embargo, al cálculo de probabilidades, ya que Joffre es raro que hubiese escogido tal lugar, a la vista de todo el mundo, para negociar la que para él era una de las más importantes operaciones de la guerra. Y en realidad no lo hizo. «Lanrezac estaba en su despacho. Entré y me quedé solo con él», declara específicamente. <<

[15] Grasset, *passim*; Spears, 398. <<

[16] Grasset, 45. La frase que usó fue: «Marcher ou crever». <<

[17] *Gallieni parle*, 53; Blücher, 23. «En Bruselas soplaba fuerte viento». Gibson, 191. <<

[18] *Der Weltkrieg*, Berlín, 1919, vol. II, 279. <<

[19] Cit. Hanotaux, VIII, 279. <<

[20] Kuhl, 19. <<

[21] Príncipe heredero, *War Experiences*, 69. <<

[22] Helfferich, 17-8. <<

[23] Tappen, 115. <<

[24] Ibid. 25. <<

[25] Texto completo, Edmonds, 290-1. <<

[26] De la *Vida de Zwehl*, de Falkenhayn, cit. AQ, abril de 1926, 148. <<

[27] *Mémoires*, 112. <<

[28] Ibid., 107. <<

[29] El motivo de esta llamada fue revelado por el mismo Poincaré después de la guerra, en una entrevista concedida a *Le Matin*, el día 6 de septiembre de 1920. <<

[30] *Gallieni parle*, 53. <<

[31] Joffre, 250. <<

[32] *Mémoires*, 119; Joffre, 245. <<

[33] Muller, 85-6; Joffre, 243-4; Mayer, 41. <<

[34] Ibid., 91-2; AF, I, II, anexo núm. 2327. <<

[35] *Mémoires*, 121-4; Parle, 55; Clergerie, 16. <<

[36] Grasset, 513; Spears, 400-1; Wilson, 174. <<

[37] Joffre, 249. <<

[38] Grasset, 74. <<

[39] Joffre, 250. <<

[40] Wilson, 174. <<

[41] Joffre, 252. <<

[42] *Mémoires*, 130; Joffre, 251. <<

[43] Joffre, 252. <<

[44] Kluck, 106. <<

[45] Kluck, 107; Ibid., 108. Kuhl; Cit. Edmonds, 292, n.º 2. <<

[46] *Gallieni parle*, 57, n.º 1; AF, I, III, anexo núm. 2494. <<

[47] *Gallieni parle*, 64. <<

[48] Wilson, 174; Joffre, 253. Hirschauer, 179. <<

[49] Joffre, 254; Muller, 106; Wilson, 174; Spears, 415-8. La frase «arrojar el corazón sobre la mesa» es de Muller, así como la descripción de Huguet, del que dice en el original: «Qui semble, à son habitude, porter le diable en terre». (Poco familiar a la mayoría de los franceses, esta frase se me tradujo en varias formas, significando que Huguet se mostraba sardónico, aburrido o tristón. He adoptado el último adjetivo, propuesto por la persona que parecía estar más en lo cierto). <<

[50] Poincaré, III, 136. <<

[51] AF, I, II, anexo núm. 2641. <<

[52] Joffre, 252. <<

[1] Aston, *Foch*, 124. <<

[2] Bergson dijo esto en varias ocasiones. Chevalier, 25, 135, 191, 249. <<

[3] *Erinnerungen*, 385-6. <<

[4] Entrevista concedida a un periodista sueco en 1918, cit. Hanotaux, IX, 103. <<

[5] Danilov, *Grand Duke*, 57; Dupont, 2. En cinco ejércitos presentes en el Marne, los alemanes disponían de novecientos mil hombres repartidos en cuarenta y cuatro divisiones de infantería y siete de caballería. En seis ejércitos, los aliados disponían de un millón ochenta y dos mil hombres repartidos en cincuenta y seis divisiones de infantería y nueve de caballería. AF, I, III, 17-9. <<

[6] Aston, *Foch*, 125. <<

[7] Clergerie, 134-45; *Gallieni parle*, 56. <<

ÍNDICE

Los cañones de agosto 2
Prefacio 6
Prólogo 18
Nota de la autora 25
Introducción 27
1. Unos funerales 28
Los planes 50
2. «Dejad que el último hombre de la derecha roce el Canal con su manga» 51
3. La sombra de Sedán 67
4. «Un solo soldado inglés…» 91
5. El rodillo ruso 108
El estallido 127
El estallido 128
6. Primero de agosto: Berlín 130
7. Primero de agosto: París y Londres 147
8. Ultimátum en Bruselas 168
9. «En casa antes de que caigan las hojas» 188
Las batallas 221
10. «Goeben… un enemigo que huye» 222
11. Lieja y Alsacia 258
12. El Cuerpo Expedicionario Británico hacia el continente 304

13. Sambre y Mosa 322
14. El desastre: Lorena, Ardenas, Charleroi, Mons 358
15. «¡Llegan los cosacos!» 405
16. Tannenberg 444
17. Las llamas de Lovaina 488
18. Aguas azules, bloqueo y el Gran Neutral 509
19. La retirada 532
20. El frente es París 577
21. El cambio de dirección de Von Kluck 610
22. «Caballeros, lucharemos en el Marne» 635
Después 667
Bibliografía 674
Publicaciones gubernamentales oficiales 676
Fuentes no oficiales 678
Obras secundarias 689
Autor 690
Notas 692
1. Unos funerales 693
2. «Dejad que el último hombre de la derecha roce el Canal con su manga» 695
3. La sombra de Sedán 697
4. «Un solo soldado inglés…» 699
5. El rodillo ruso 701
El estallido 703
6. Primero de agosto: Berlín 704
7. Primero de agosto: París y Londres 706
8. Ultimátum en Bruselas 708

9. «En casa antes de que caigan las hojas» 709
10. «Goeben… un enemigo que huye» 712
11. Lieja y Alsacia 715
12. El Cuerpo Expedicionario Británico hacia el continente 718
13. Sambre y Mosa 720
14. El desastre: Lorena, Ardenas, Charleroi, Mons 722
15. «¡Llegan los cosacos!» 725
16. Tannenberg 727
17. Las llamas de Lovaina 729
18. Aguas azules, bloqueo y el Gran Neutral 731
19. La retirada 734
20. El frente es París 737
21. El cambio de dirección de Von Kluck 739
22. «Caballeros, lucharemos en el Marne» 741
Después 743